Jonatan Iglesias Sancho
Ricardo Mateos Sáinz de Medrano

Las cuñadas de Isabel II

Las infantas más raras que ha dado España

Colección
Nobleza Obliga

Ediciones
Insólitas

LAS CUÑADAS DE ISABEL II

LAS INFANTAS MÁS RARAS

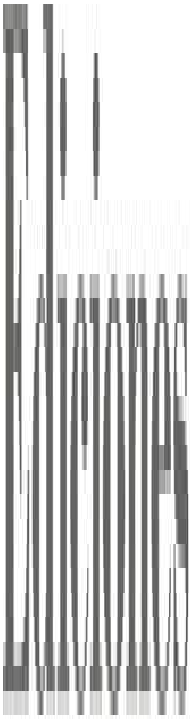
QUE HA DADO ESPAÑA

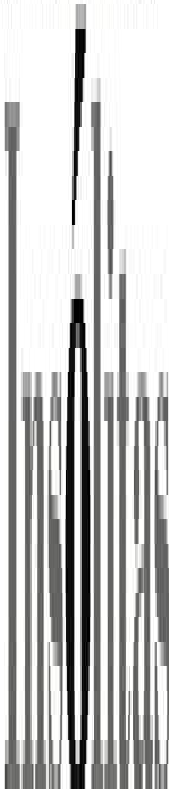
Jonatan Iglesias Sancho
Ricardo Mateos Sáinz de Medrano

LAS CUÑADAS DE ISABEL II

LAS INFANTAS MÁS RARAS

QUE HA DADO ESPAÑA





Primera edición: septiembre 2022
© Difusión de revistas y libros, S. L. U., 2022
© Jonatan Iglesias Sancho y Ricardo Mateos Sáinz de Medrano, 2022
ISBN: 978-84-121037-1-7
Depósito Legal: M-19380-2022
Grupo Editorial Insólitas
Hilarión Eslava, 30
28015 Madrid
editorial@edicionesinsolitas.com
www.edicionesinsolitas.com

ÍNDICE

Introducción 9

Francisco de Paula y Luisa Carlota. Dos infantes de leyenda 17

Interludio en la corte francesa 57

Isabel Fernandina, la romántica 71

Luisa Teresa, la derrochona 145

Pepita, la liberal 195

Cristina, la boba 273

Amalia, la princesa 331

Ricardito, el duque malogrado 381

Bibliografía 405

Notas bibliográficas 413

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1996 publiqué mi libro *Los desconocidos Infantes de España*, existía un gran vacío editorial en relación con la casa real española y, en particular, con sus figuras más secundarias en las que únicamente habían reparado algunos amigos y autores de notable

relieve, como Ana de Sagrera o Juan Balansó. En tiempos en los que aún no despuntaba Internet y las fuentes eran esencialmente literarias, orales y de archivo, las investigaciones eran tan escasas como el interés que estos personajes suscitaban y de ahí que, hasta los trabajos consagrados a las vidas de reyes de España, tendiesen a limitarse a atender los espacios y los escenarios más claramente políticos. Se obviaba entrar en la esfera privada y familiar, para tratar la cual los autores se remitían con excesiva frecuencia a recoger lo previamente escrito con un escaso revisionismo que, por lo general, acrisolaba viejos tópicos que han llegado incólumes a nuestros días especialmente por lo que toca a figuras fuertemente controvertidas como Carlos IV, María Luisa de Parma o Isabel II y su entorno familiar más inmediato.

En aquellos años investigar era cosa complicada y un tanto farragosa, además de que entrañaba no pocos desplazamientos y una gran dosis de paciencia, pues las referencias a estos personajes regios más secundarios eran muy fragmentarias, tangenciales y difíciles de rastrear en una literatura histórica que nunca les había otorgado relevancia alguna pues, a diferencia de otros países de tradiciones muy distintas como Francia y el Reino Unido, en el mundo académico español llevar la mirada a infantes o infantas de la casa real era considerado irrelevante, frívolo o asociado a afiliaciones políticas e ideologías trasnochadas y poco en boga. Sumado a ello, el papel del individuo en la historia también se había ido orillando en el ámbito de la historia académica y era, quizá, algo a lo que no se consideraba necesario prestar más que la justa atención. De hecho, ni siquiera todos los reyes de España de la Casa de Borbón estaban aún bien biografiados —una gran laguna que afortunadamente se ha ido atendiendo en las últimas décadas— y tan sólo un pequeño grupo de raros estudiosos, *frikis* mirados un tanto de soslayo, mostrábamos en pequeños grupúsculos un interés por saber más y por poner carne a aquellos personajes que, en las sonoras genealogías regias, no eran más que un nombre en el complejo trasunto histórico de una dinastía.

Mucho ha llovido desde entonces y mucho es lo que, con calidades distintas, se ha ido escribiendo en las últimas décadas sobre estos príncipes y princesas tan largamente relegados a causa de prejuicios y sesgos apriorísticos, pero ahí están trabajos como los de Isabel Burdiel sobre Isabel II, Antonio Manuel Moral Roncal sobre el primer rey de los carlistas, María José Rubio sobre la infanta doña Isabel, Ana de Sagrera sobre la reina Victoria Eugenia y la infanta Beatriz de Orleans, José Carlos García Rodríguez sobre el duque de Montpensier o María Ángeles Pérez Samper sobre la imponente Isabel de Farnesio por sólo citar algunos. Autores que han intentado rescatar del sueño eterno a estas figuras cuyas vidas, por curiosas, también han interesado a

autores de la novela histórica tan abundante en nuestros días. Obras que no se han limitado a repetir lo siempre dicho, sino que se han apoyado en investigaciones nuevas arrojando una luz más nítida sobre los personajes.

Así se ha transcrito y publicado gran parte de la correspondencia intercambiada entre los miembros de la familia de Felipe V, se ha atendido a figuras como su hijo el infante don Luis, se han puesto de relieve los grandes intereses literarios y culturales del infante don Gabriel, hijo favorito de Carlos III, se han publicado las cartas de un joven Alfonso XII durante sus años de estudio en Viena, y ya disponemos de biografías del primer rey de los carlistas, del duque de Montpensier, de las infantas Isabel, Paz y Eulalia y de la reina regente María Cristina. También se ha prestado atención a las hijas de Alfonso XII y a varios de los hijos e hijas de Alfonso XIII, sin hablar de los incontables libros que abordan la vida y la figura de don Juan de Borbón, conde de Barcelona. Trabajos que en ocasiones entran también de forma intimista en la dimensión más privada de la vida de estos Borbones españoles, en un intento de buscar una mayor comprensión de la idiosincrasia de la singular casa real de España a lo largo de los tres últimos siglos de nuestra historia.

Gracias a ello en la actualidad este ámbito de estudio parece estar menos denostado, si bien aún queda mucho territorio que explorar, particularmente por lo que respecta a las familias inmediatas de Carlos IV, Fernando VII e Isabel II. Dos reyes y una reina fuertemente denostados cuyos convulsos reinados transcurren sobre ese enmarañado telón de fondo político y social de una España turbulenta y revuelta, que transita por ese interesante periodo que se extiende desde la revolución francesa y las guerras napoleónicas hasta la revolución de 1868 y la proclamación de la Segunda República en 1931. Ahí continúan esperando personajes de gran contenido, pero todavía por investigar a fondo, como la reina gobernadora y su esposo el duque de Riánsares, el rey consorte don Francisco de Asís, la reina Isabel en su largo exilio parisino, la infanta Luisa Carlota, el infante don Sebastián, la duquesa de Montpensier o el revolucionario infante don Enrique, que cuentan con biografías propias aún por escribir y en las que, sin duda, hay muchas cosas por ampliar y por descubrir. No obstante emprendimientos de esta naturaleza implican arduas tareas, amén de muchas horas de investigación y de estudio a causa de las grandes masas documentales a encarar.

*

Personalmente siempre sentí una gran curiosidad por las vidas de las cinco peculiares y totalmente desconocidas hijas del infante don Francisco de Paula, el infantito de Goya e hijo menor de Carlos IV. Un interés que hace ya más de veinte años me llevó a leer una

conferencia sobre ellas en uno de los inolvidables encuentros de aquel grupo de *frikis* de la realeza que, procedentes de distintos países, una vez al año nos reuníamos en el pueblecito inglés de Ticehurst, para compartir informaciones en el marco de la publicación *Royalty Digest*. Una conferencia que por entonces apenas tenía contenido, pues aún estaba todo por investigar, si bien con ella pretendía llamar la atención sobre estas cinco mujeres completamente opacadas y olvidadas cuyas existencias llenaron las crónicas novelescas del siglo XIX. Tanto es así que en los días de la muerte de la última de ellas, doña Pepita, en 1910 la prensa española dijo de estas hermanas que eran «*las infantas más raras que ha dado España*»[i]. Una expresión castiza con la que hemos querido subtitular este libro.

Cinco infantas de España con vidas apasionantes y completamente distintas entre sí, a quienes cupo escuchar de sus padres lo vivido durante los vaivenes de los tiempos del gran Napoleón y cuyos trasuntos biográficos nos informan de la vida menuda, doméstica y familiar de los Borbones de España en sus luces y en sus miserias. Todo ello en tiempos de grandes transiciones para una realeza hija de los estertores del siglo XVIII y del Antiguo Régimen, pues les tocó vivir las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia, y las de 1854 y 1868 en España. Una realeza que encaraba tiempos nuevos, se empapaba de actitudes y de anhelos burgueses y que buscaba, como podía, encontrar unas nuevas formas de hacer con las que identificarse en un mundo en el que el barroco de los primeros Borbones ya estaba largamente caduco y marchito.

¿Pero cómo ahondar en las vidas de Isabel, Luisa Teresa, Josefa, Cristina y Amalia? ¿Por dónde comenzar a aprehenderlas? ¿Cómo vivieron y cómo se entendieron a sí mismas como princesas segundonas, e hijas de una madre ambiciosa, en un mundo de enfrentamientos familiares, exilios e intrigas cortesanas? Muchas preguntas a las que dar respuesta, y nada más providencial para mí que mi encuentro con mi ahora gran amigo Jonatan Iglesias Sancho, un investigador magnífico donde los haya. Porque sin pausa pero sin prisa, y con esa envidiable y templada paciencia que le caracteriza, él se había puesto a investigar, a leer, a acudir a las fuentes primeras, y allí estaban las cartas, los memoriales y la correspondencia privada entre los miembros de la familia real, en los que los dos hemos visto aflorar a estos personajes hasta entonces sin carne, pero llenos de ella. Nuestro entendimiento fue inmediato y, desde entonces y con el mayor de los empeños, en el marco de nuestras muchas conversaciones al teléfono entre Sevilla y Barcelona, él me fue relatando sus hallazgos (Jonatan es capaz de encontrarlo todo) aflorando su *expertise* en la materia. Ambos no tardamos en comulgar en el deseo de producir algo sólido, riguroso, y apoyado en los

papeles, sobre estas princesas prácticamente inexistentes. Y fue así como, en el verano de 2020 y en torno a un café de mañana en la tórrida Sevilla, convinimos lanzarnos de la mano a la tarea de rescatar a «*las cuñadas de Isabel II*». Un proyecto estimulante, entretenido y lleno de hallazgos que hacían nuestras alegrías pues, allí donde apenas esperábamos poder encontrar grandes cosas, fueron apareciendo masas ingentes de correspondencia y de documentación que las hacía revivir a nuestros ojos. Datos, detalles y anécdotas que fuimos compartiendo y que fueron tejiendo la trama de este libro. Una obra con mayor contenido del que sin duda habíamos imaginado en un comienzo. Vidas que darían para más de un guion de cine y que poco tienen que envidiar a las de los irredentos hijos de Jorge III, el rey loco de Inglaterra.

El trabajo ha sido grato y ha fluido de forma fácil, a la par que se saciaba nuestro apetito, y en este agradable camino conjunto hemos contado con el siempre inestimable ánimo y aliento de buenos amigos como José Luis Sampedro Escolar, Iván Garrido Jorquera, Dativo Salvià Ocaña, Blanca Briones González, Galo Garcés Ávalos, Lucas Szkopinski, Alejandro Espejo y Andrew Loughrey, sin olvidar a Luis Antón y Claudio Thomann, nuestros compañeros de vida, que tanto han tolerado nuestras peroratas sobre Pepita, Luisita o Isabelita. Pero nuestro agradecimiento va también a algunos de los descendientes de estas infantas que, de forma tan generosa, quisieron compartir con nosotros lo poco o mucho que sabían sobre estas antepasadas de novela: Gregorio Marañón y Bertrán de Lis (marqués de Marañón y Grande de España), la actriz Marisol Ayuso, Álvaro Marañón y Bertrán de Lis (conde de Retamoso), mi vieja amiga Pilar Colón Allen-Perkins (marquesa viuda de Guad El Jelú), Francisco Fernández-Álvarez Leal, Antonio Allen-Perkins Cepa, Elena Ayuso, mi también amigo Francisco López Becerra de Solé (duque de Maqueda) y la recordada Ángela Osorio de Moscoso y Estanga. Vaya también nuestro agradecimiento en Francia al genealogista Fabien Grandille, que indagó para nosotros en los *Archives Nationales*, y al personal del Archivo Municipal de Pau; en Portugal a mi amigo José Alberto Ribeiro, a Lourenço Correia de Matos y Marcus de Noronha da Costa que nos informaron sobre la familia de los vizcondes de Trancoso; en Rusia a Wladimir Wladimirovitch Kuznetsov; y en España a Carlos Morenés y Mariátegui (marqués de Borghetto), Juan Antonio Medina Arredondo que nos informó sobre la familia de la segunda esposa del infante don Francisco de Paula, Alejandro Jabonero Díaz, a la historiadora local de Cabra Lourdes Pérez Moral, al personal del Ayuntamiento y las Monjas Escolapias de esa misma ciudad, a Jesús Herrero Fuentetaja del Archivo Diocesano de Valladolid, a Guadalupe Pérez Ortiz, directora del archivo del arzobispado de Mérida-Badajoz, y en Alicante al

profesor Abilio Reig-Ferrer. Sin olvidar a Reyes Utrera y al personal del Archivo General de Palacio, siempre dispuesto a ayudar con la mejor disposición a quien se acerca a la historia de nuestra casa real, al del Archivo Histórico Nacional y de la Biblioteca Nacional y a nuestra entrañable editora Leddys Valdés-Romero.

Aquí quedan, pues, reflejadas las vidas de estas mujeres, a las que también decidimos sumar un retrato de la corta existencia de su medio hermano el duque de San Ricardo. Juzgue el lector si la tarea mereció la pena. Las carencias son, sin duda, el fruto de nuestras propias limitaciones teniendo en cuenta que todas las cartas y los documentos aquí citados están siempre tomados de las fuentes originales y que, en todos los casos, hemos respetado tanto la ortografía como la sintaxis, a momentos un tanto compleja.

RICARDO MATEOS
Barcelona, marzo de 2022

FRANCISCO DE PAULA Y LUISA CARLOTA. DOS INFANTES DE LEYENDA

Tocaban las nueve de la noche del 11 de junio de 1819 y en el barroco escenario del salón del trono del palacio real de Madrid se apretujaban cortesanos y cargos palatinos de toda suerte. La corte de España parecía querer regresar a los viejos usos dieciochescos, en un intento de hacer borrar de la memoria colectiva los terribles años de la invasión francesa, la usurpación del trono y la Guerra de la Independencia, que tantos dolores y quebrantos habían traído tanto al país como a los baqueteados y enfrentados Borbones de España regresados de sus exilios del palacio Barberini de Roma y del castillo francés de Valençay.

Tan solo hacía cinco años que Fernando VII *el Deseado* había podido restaurar la monarquía de sus mayores, borrando de un plumazo las muchas reformas de la Constitución de Cádiz y su deseo, siguiendo el ejemplo de su tío el rey Luis XVIII en Francia, era mantener las ya marchitas formas del *Ancien Régime*. Por eso aquella noche la ocasión era más que propicia pues se celebraba la boda de su hermano menor, don Francisco de Paula, que se definía a sí mismo como el «último *infante carolino*». Para celebrarlo allí se daban cita toda la grandeza de España, la nobleza titulada residente en la capital, los altos cargos de palacio y los capitanes generales, embajadores, presidentes de los consejos y demás altos cargos políticos. Todos los representantes del gran aparato propio de la etiqueta borgoñona de la monarquía hispánica. Un vistoso conjunto presidido desde el trono por

el propio rey a cuya derecha, y en un altar colocado para la ocasión, tomaba asiento el patriarca de las Indias Occidentales quedando la izquierda reservada para el novio. Como escenario de fondo, una España que todavía despertaba del agitado sueño del período napoleónico y que intentaba con dificultad encontrar su lugar en el tablero de la compleja política internacional.

Además, el matrimonio de don Francisco no era cuestión baladí en momentos en los que el rey, viudo por segunda vez de su sobrina la infanta portuguesa María Isabel de Braganza, carecía aún de progenie y sólo su segundo hermano, el infante Carlos María, esposo de la también portuguesa María Francisca de Braganza, hermana de la difunta reina, podía proveer por el momento en la sucesión por contar con un hijo varón de poco más de un año.

*

A sus veintitrés años se decía que Francisco era el más apuesto de entre los Borbones españoles. Hacía gala de un exótico cabello pelirrojo, que también había heredado su hermano Carlos, tenía profundos ojos marrones, frondosas patillas al gusto de la época y un rostro un tanto anguloso que le alejaba de los rasgos más orondos de su padre y de sus hermanos, aunque acentuado por una clara nariz borbónica. Su regreso a España se había producido tan solo un año antes, tras una larga década de obligado exilio primero en Bayona y posteriormente en Compiègne, Marsella y Roma y siempre inmerso en el grupo familiar conformado por sus denostados padres, los reyes Carlos IV y María Luisa. Él un padre atento y de gran bonhomía y ella una madre atosigante que compartían su común devoción por *el querido Manuel*, el príncipe de la Paz, que en todo momento había sido el gran *factótum* de su casa. Una figura muy controvertida que siempre planeó sobre la existencia de Francisco, por culpa de los persistentes rumores propagados por *les mauvaises langues* que hacían de él su padre biológico, a causa de aquel *parecido indecente* del que había hecho mención lady Holland[1].

Tras su salida de España el fatídico 2 de mayo de 1808, el infantito había compartido fatigas y dificultades con sus mayores, pues había sido testigo de los vergonzantes encuentros de Bayona en los que su padre y su hermano habían entregado la Corona a José Bonaparte, y después de un largo periplo el grupo familiar había recalado en el palacio Barberini de Roma. Las Cortes de Cádiz le habían retirado sus derechos de sucesión por estar, como sus padres, sujeto a los variables designios del gran Napoleón[2] y su adolescencia en Roma había estado marcada por algunas aventuras galantes, siempre bajo la atenta mirada de Manuel Godoy. Pero llegada su mayoría de edad, y con la intención de sacarlo de los aires que consideraba malsanos del palacio

Barberini, su hermano el rey había decidido llamarle de regreso animándole primero a hacer un largo viaje por Europa que le había llevado a las cortes de París, Bruselas, Prusia, Dresde, Weimar y Viena, que le había dado un barniz de cosmopolitismo.

Poco crédito daba el rey a la supuesta paternidad de Godoy sobre este hermano[3] y buena prueba de ello es que, nada más llegar a España, le colmó de todos los honores dignos de un segundón de su casa. Le nombró miembro del Consejo de Estado y Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza y, como muestra última de su real aprecio, le restauró en sus antiguas encomiendas de las órdenes militares históricas la mayor de las cuales era el señorío (compartido con su hermano Carlos) de la Albufera de Valencia[4] (de la orden de Santiago), que producía unas rentas nada desdeñables de 50.000 ducados anuales. A esta se unían las encomiendas aragonesas de Monroyo y Peñarroya y las de Abanilla y Bexis (de la orden de Calatrava), las de Benavente y Montealegre (de la orden de Alcántara), los señoríos de Alcalá de Chivert y Cuevas de Vinromá en Castellón (de la orden de Montesa) y la importante castellanía de Amposta[5] (de la orden de San Juan de Jerusalén).

De inmediato se consideró la necesidad de buscarle esposa conveniente y, en cuanto aquellas noticias llegaron a la corte napolitana, la casamentera duquesa de Calabria, la infanta española María Isabel, se puso al trabajo pues tenía toda una legión de hijas por casar. En Madrid ya se había descartado a la princesa María Ana de Cerdeña[6] y a una de las guapas hijas gemelas del rey de Baviera[7], y la duquesa no dudó un minuto en hacer uso de su influencia en la corte española en la que había crecido para unir a su primogénita Luisa Carlota con este hermano predilecto. Un nuevo paso para revitalizar los ya muy estrechos vínculos que unían a los Borbones de España con sus primos del reino de las Dos Sicilias. Sin tardar, su suegro el rey Fernando I procedió a conceder a esta nieta una interesante dote de 120.000 ducados napolitanos, a la que se sumarían una pensión anual de 30.000 ducados para gastos de cámara que le daría el rey Fernando en Madrid y 30.000 pesos fuertes de 20 reales[ii] como suplemento a la dote[8].

La princesa elegida era por entonces una adolescente de catorce años, de quien su abuela la reina María Luisa de España había dicho que era una niña «*rubia, bonita y de ojos azules*»[iii], y había heredado las redondeces de cuerpo propias de los Borbones napolitanos, cosa que hacía prometer que sería muy fecunda. De notable carácter y digna heredera del temperamento de su abuela paterna, la temida reina María Carolina de las Dos Sicilias, había nacido en el palacio napolitano de Portici el 24 de octubre de 1804 y había crecido en medio de los graves tumultos políticos ocasionados por las guerras

napoleónicas, que llevaron a su abuelo a exiliarse en Sicilia hasta poder finalmente recuperar su reino peninsular de Nápoles en 1815.

Miembro de una extensa familia, Luisa Carlota había escuchado hablar mucho de España a su madre, y nada más oficializarse su matrimonio por poderes en Nápoles salió de inmediato camino de España donde, a su llegada triunfal a Madrid, pudo observar cómo su esposo gozaba de una extraordinaria popularidad entre las masas. El pueblo aún recordaba aquel 2 de mayo de 1808 durante el cual el infante, por entonces solo un niño, había llorado cuando las tropas invasoras francesas le habían sacado de palacio a la fuerza y le habían obligado a emprender una vida errante en el exilio. Sabía perfectamente que llegaba a España para casarse con un infante que no disfrutaba de la primera posición en la Corte, pues pasaba por detrás de su hermano Carlos María y de su esposa María Francisca, pero llegaba con una personalidad arrolladora. Tenía claro que no se iba a dejar amedrentar por nada ni por nadie, y estaba cierta de su deseo de ir escalando de a poco los altos y siempre inestables escalones de la compleja vida de palacio. Las princesas napolitanas eran bravas y resueltas.

Así, cuando finalmente a las nueve en punto de aquel 11 de junio se le abrieron las puertas del salón del trono, y la música empezó a sonar para dar comienzo a la ceremonia de ratificación de sus esponsales en la lejana Italia, entró segura luciendo sobre el pecho la banda y el lazo de la orden de María Luisa para damas que le había entregado su abuela la reina María Luisa en Roma. Lo hizo del brazo de su cuñado Carlos, que actuaba de padrino, estando ya el rey junto al infante Francisco, que vestía uniforme de capitán general de artillería y lucía el Toisón de Oro y la orden napolitana de San Jenaro. Los contrayentes recibieron la bendición del patriarca ante la mirada de todos los invitados, dando comienzo una prolífica vida matrimonial de más de veinte años, que siempre estaría salpicada de intrigas, desencuentros y situaciones mal comprendidas que han creado en torno a la amplia familia de estos infantes toda una nube de leyendas a momentos difícil de desenmarañar.

*

Al nuevo matrimonio le fueron asignadas habitaciones propias en el Palacio de Oriente, pero fueron obligados a compartir servidumbre con sus hermanos Carlos y María Francisca, pues tanto la Corona como la hacienda pública pasaban por grandes penurias y cabía hacer economías, cosa que no gustaba mucho a las cuñadas y en particular a Luisa Carlota, que encontraba la familiar corte española un tanto tediosa y aburrida. Las fiestas y los saraos sociales brillaban por su ausencia y aquella sobriedad se acentuaría más aún con la llegada en

breve de la nueva esposa del rey Fernando, que en busca del ansiado heredero había encontrado tercera esposa en la hija de su difunta prima hermana, la princesa Carolina de Parma, y del príncipe Maximiliano de Sajonia. Se llamaba María Josefa Amalia, había recibido una educación conventual, era más mística e insulsa que sus nuevas cuñadas, detestaba los eventos sociales y llegó a Madrid en octubre de ese mismo año. Un equilibrio difícil de mantener entre damas de tanta alcurnia y caracteres tan dispares.

Por el momento todo pareció funcionar a las mil maravillas en la intimidad de las habitaciones de Francisco de Paula y Luisa Carlota, que desde un inicio mostraron una muy buena sintonía como pareja, pues a decir de él en carta al rey «*somos un matrimonio inseparable, y que hasta comer lo hacemos juntos, y no nos apartamos en todo el dia y que cada dia doy mas gracias a Dios y a tu Maria Ysabel [la duquesa de Calabria], pues por ella tengo esta prenda*»[iv]. Luisa Carlota, que se había educado en un mundo en el que las reinas y las princesas debían procrear muchos vástagos para con ello asegurar su posición en la corte, pronto se puso manos a la obra, pues descubrió que su esposo había heredado el reconocido frenesí sexual[9] de su bisabuelo Felipe V. Para ello, y al más puro estilo de la vieja reina Isabel de Farnesio[10], supo colmar el apetito sexual de su esposo ganándose su favor y quedando embarazada al mes de la celebración de su matrimonio.

Sin embargo pronto se hicieron patentes las claras diferencias existentes entre los dos matrimonios de infantes, pues si Carlos y María Francisca llevaban una vida tradicional afín a su carácter pío y fuertemente conservador y eran poco dados a mostrarse en público, Francisco y Luisa Carlota eran más jóvenes, más ligeros y más dados a los divertimentos. Él era mucho más sensible y cosmopolita que su hermano Carlos, y en el Consejo de Estado se sentía más cómodo al lado de los moderados, mientras que aquel comulgaba con las posturas y las actitudes reaccionarias de los realistas. Pero ambos se procesaban un auténtico amor fraternal y aunque en aquellos primeros años no se produjeron graves diferencias entre ellos, ese no fue el caso de sus esposas que eran dos mujeres temperamentales y con ganas de hacerse notar a pesar de ser primas hermanas. María Francisca utilizaba su posición más relevante en la corte para dar de lado a su cuñada, y Luisa Carlota utilizaba la popularidad de su esposo para darse con él paseos públicos y recibir las aclamaciones del pueblo.

Los infantes anunciaron jubilosos su primer embarazo, pero en la trastienda política los liberales se mantenían en continua conspiración y, en los primeros días de enero de 1820, un ejército expedicionario asentado en Cádiz y listo para surcar las aguas hasta la lejana América para apaciguar a los virreinatos en pie de guerra, se amotinó. Liderados por Quiroga y Riego, los soldados manifestaron su total

apoyo al liberalismo y a la abolida Constitución de Cádiz de 1812 y aunque en un principio no se hizo mucho caso de aquella insurrección en la capital, cuando los levantamientos se extendieron por Galicia y otras regiones del reino, se convocó una reunión de urgencia del Consejo de Estado. En medio de tamaño revuelo los asistentes, entre quienes se encontraba Francisco, recomendaron al monarca una convocatoria de las viejas Cortes estamentales y la concesión de una amnistía general[v]. Así, y bajo presión, el 4 de marzo el rey juró la Constitución gaditana, dando comienzo el período conocido como el Trienio Liberal. Dos meses después, a las cinco de la mañana del 6 de mayo, Luisa Carlota paría a Francisco de Asís Luis Fernando[11] primer miembro de la familia real que llegaba al mundo bajo la égida del liberalismo.

Un niño cuya vida sería tan corta como la del propio régimen liberal y que por no gozar del rango de infante recibió de su tío el ducado de Cádiz, haciendo con ello un guiño a los liberales por ser un título que llevaba el nombre de aquella ciudad con tan clara vinculación liberal. Todo un precedente en la casa real española, pues hasta entonces ningún hijo de rey o de infante había recibido un título de la Corona[12]. Don Francisco se apresuró a escribir a las autoridades gaditanas manifestando: «*crecerá el niño a la sombra del árbol de la libertad civil que ahora se planta, y en solo el título que le condecora reconocerá los destinos a que es llamado, y las virtudes cívicas que tiene que ejercer*»[vi]. Toda una declaración de intenciones en momentos en los que la familia real mostraba un acatamiento público al nuevo régimen y una aparente normalidad en el nuevo estado de cosas, pues tras inaugurar las Cortes el 9 de julio el rey marchó como cada verano a la provincia de Cuenca a tomar las aguas en su propiedad del Real Sitio de la Isabela y de los Baños de Sacedón[13].

Fue así como comenzó a fraguarse la leyenda de infantes liberales que siempre rodeó a Francisco y a Luisa Carlota, que en aquellos años del Trienio se beneficiaron de varias medidas del Gobierno como el decreto de las Cortes por el que a Francisco y a sus hijos se les reconocieron los derechos de sucesión al trono de los que él había sido privado en 1812. Así mismo se reguló el presupuesto de los miembros de la real familia, que otorgó una lista civil de 150.000 ducados a Francisco y a Carlos y 600.000 reales a Luisa Carlota frente a los 550.000 de María Francisca[14]. Una nueva posición más afirmada en la corte que permitía al matrimonio velar por los intereses de su primogénito que, aunque parece que nació robusto, pronto empezó a mostrar serios problemas de salud. «*El chico* —escribía el infante al rey — *esta incomodado con la denticion y de lombrices. D. Ylario*[15] *está ahora aquí y ya le ha recetado polvos de hasta de ciervo para que se les den […] nos acaba de decir que es necesario que el niño salga de Madrid sea a la*

Granja o a un pueblo de aquí»[vii].

Poco después Luisa Carlota, que comprendía bien que su posición en la corte se haría más fuerte con el aumento de su prole, volvió a quedar embarazada dando a luz el 18 de mayo de 1821, a las tres y media de la tarde, en el Real Sitio de Aranjuez a su primera hija que recibió los nombres de Isabel Fernandina Josefa Amalia[16] y que tuvo como padrinos al rey Fernando y a su abuela materna la duquesa de Calabria. Una hija que en el futuro daría mucho de qué hablar y que para todos sería siempre Isabelita.

Entre tanto, y en paralelo con el crecimiento de la familia real, en las calles comenzaban a producirse enfrentamientos entre liberales y realistas, con los primeros muy fragmentados entre sí por convivir en sus filas tanto los grupos favorables a un entendimiento con los realistas más moderados como grupos de exaltados que buscaban llevar a término una agenda más revolucionaria. En esas en agosto de 1822 llegó procedente de Brasil la infanta portuguesa María Teresa de Braganza, conocida como princesa de Beira, viuda del infante español don Pedro Carlos[17] y hermana de María Francisca. La brava princesa llegaba en compañía de su único hijo, Sebastián Gabriel, que ostentaba el rango de infante de Portugal por concesión de su abuelo el rey João VI. Viuda joven, María Teresa tenía claro que su futuro y el de su hijo estaban en España a donde llegaba dispuesta a afincarse y a reclamar no solamente el rango de infante de España para su retoño, que le sería concedido dos años después, sino también las jugosas rentas procedentes del mayorazgo infantazgo que el rey Carlos III había constituido para la familia de su difunto esposo y que ahora correspondían a este hijo[18]. Todo un conjunto de encomiendas que hasta el momento habían estado usufructuadas por la Corona, y algunas de las cuales habían sido asignadas a don Carlos y a don Francisco. A los recién llegados les fueron asignadas habitaciones propias en palacio, y con su incorporación a la corte la Beira y su hermana María Francisca, similares en carácter, conformaron un poderoso tándem que opacaba a la mucho más sobria reina María Josefa.

Una sólida unión de estas hermanas que llevó a María Teresa a adscribirse también al bando de los realistas. Algo que dejaba a Luisa Carlota (que se refería a ellas como *las dos hermanas predilectas*) en franca desventaja. Fue así como dio comienzo una auténtica guerra doméstica en la que esta última no estaba dispuesta a perder, y en la que muchos vieron un claro reflejo de las graves diferencias políticas palpables en la calle pues, en realidad, y a pesar de haber sido educado como sus hermanos en el derecho divino de la reyes, Francisco era el más moderado de los tres regios hermanos. La suya había sido una educación sin duda enriquecida por los aires

extranjeros que había conocido en su juventud en Roma y en otros lugares de Europa, de la que carecían sus hermanos Fernando y Carlos, y por ello era más tolerante y más afín a los realistas moderados. Pero tenía claro que debía apoyar a su hermano el rey, aunque son muchos los que en aquellas fechas aún tempranas han querido buscar en él y en su esposa unas ideas liberales excesivamente estructuradas, a las que solo se irían aproximando de forma paulatina en los años siguientes, hecho por el cual Francisco ha sido historiográficamente tenido por masón[viii].

Un asunto muy maniqueo este de la filiación masónica del infante, si bien dos años antes de los hechos que aquí se narran el nuncio apostólico en Madrid, monseñor Giacomo Giustiniani, que no hacía ascos a ninguna intriga para acabar con el régimen liberal en España, había comentado como a Francisco se le había ofrecido en varias ocasiones la dirección del grupo denominado «*Amigos del Orden*», que tenía su sede en el Ateneo y en la famosa *Fontana de Oro*. Para mayor abundamiento, y siempre según la misma fuente, el encargado de negocios de Rusia, una potencia fuertemente absolutista, tendría en su poder cierta documentación que aseguraba que el infante era uno de los personajes a la cabeza de estas sociedades[ix]. En ese sentido en febrero de 1821 monseñor Giustiniani había recogido por escrito:

«*Entre tanto la aflicción del Monarca pienso que se torna más viva y más amarga por la actitud equivoca que parece tener de nuevo el infante don Francisco, de cuya necedad se sirven algunos para introducir la discordia en la Familia Real, sin que el joven príncipe sepa darse cuenta de que, si momentáneamente fuese elevado al fatal y vacilante Trono de España, no sería sino para sucumbir inmediatamente sepultado bajo sus ruinas*»[x].

Entre tanto, y mientras transcurría el Trienio Liberal, el infante mostraba un abierto apoyo a los realistas más moderados y, como el resto de la familia real, se sentía incómodo con la situación política, o lo fingía. Una actitud que queda clara en sus contactos secretos con su cuñada, la valiente princesa Carolina de las Dos Sicilias, viuda del duque de Berry y sobrina de Luis XVIII de Francia en cuya corte ejercía una cierta influencia. Una figura de confianza a la que la familia real española podía acudir en demanda clandestina de apoyo, tal y como Francisco informaba al rey Fernando escribiéndole: «*Que quede entre los dos el que yo he escrito sigilosamente a la Duquesa de Berry, pintándole el estado en que nos hallamos y que si no vienen quanto antes tropas estranjeras, no podemos adelantar mucho, y si cabe le he aumentado de un modo muy deplorable nuestra situación, y espero tener contestación*»[xi].

En esas, el 15 de noviembre de 1821 se produjo el fallecimiento del pequeño y enfermizo duque de Cádiz, que murió de escarlatina

cuando su madre volvía a estar embarazada de tres meses. Su nuevo hijo, un varón, nació el 13 de mayo de 1822 y fue bautizado con el mismo nombre que el fallecido, Francisco de Asís, heredando de ese hermano también el ducado de Cádiz. Fue apadrinado por sus abuelos paternos, los duques de Calabria, representados por los reyes de España[19], y siempre sería conocido en familia como Paquito. Un niño que nació con algún tipo de anomalía genital, como así lo dejan entrever los informes médicos de aquellos años, y que fue seguido del nacimiento de un segundo hijo de don Carlos y de María Francisca que recibió el nombre de Juan.

Todo ello en momentos en los que las tensiones políticas estaban ya en un peligroso *crescendo*, que llevó a que los reaccionarios realistas solicitasen la ayuda de las potencias absolutistas como única forma de acabar con el régimen liberal. Fue así como en octubre de 1822, en el Congreso de Verona que reunió a los miembros de la *Quíntuple Alianza*, se firmó un acuerdo secreto entre las potencias según el cual Francia era quien debía de tomar cartas en el asunto. Luis XVIII delegó entonces en su sobrino, el duque de Angulema[20], la creación de un ejército conocido como *los Cien Mil hijos de San Luis* cuya misión sería llevar a España de vuelta a la senda del absolutismo de corte más clásico.

El príncipe galo entró con su ejército en España en abril de 1823 y el Gobierno ordenó trasladar a la familia real a Sevilla, lugar en el que Luisa Carlota dio a luz a un tercer hijo. El neófito, que nació a las cuatro menos cuarto del 17 de abril, fue agraciado con el ducado de Sevilla[21], bautizado Enrique María Fernando (aunque siempre sería conocido como Enriquito) y tuvo como padrinos al duque de Burdeos y a la duquesa de Berry (sobrino y cuñada del invasor francés), que fueron representados por los infantes Carlos y María Francisca. Toda una demostración de apoyo simbólico de la familia real a las tropas francesas, que venían a liberarla del gobierno de los liberales. Días más tarde la familia fue enviada a Cádiz, ciudad que fue puesta bajo asedio por los franceses que pactaron con los sitiados que el rey sería liberado con la promesa de mantenerse fiel a los principios de la Constitución de 1812. Sin embargo, tan pronto como se sintió libre el monarca se unió a las tropas invasoras decretando la abolición de todas las normas jurídicas aprobadas durante el Trienio, que aquel 1 de octubre quedó herido de muerte.

Fue entonces cuando aconteció un curioso episodio que marcaría un antes y un después en la ya mala relación entre Luisa Carlota y las hermanas Braganza. Ocurrió cuando la familia real, que viajaba en barco desde Sevilla por el Guadalquivir, desembarcó en el Puerto de Santa María. A decir de los cronistas las princesas portuguesas habían propuesto a la reina María Josefa vestir con ropas escocesas, pero al

desembarcar las portuguesas se desprendieron de sus capas para dejar lucir unos hermosos vestidos de color grana con bordados de flores de lis de la casa real de Francia, que completaban con pulseras en las que se podía leer la inscripción «¡*Viva el rey absoluto!*». Todo ante el estupor de Luisa Carlota, que, no habiendo sido puesta sobre aviso, vestía ropas sencillas y sintió un enorme bochorno. Según otra versión las portuguesas habrían hecho confeccionar tres vestidos iguales, adornados con flores de lis en hilos de plata, y cuando fueron a desembarcar se pusieron encima, para ocultárselos a Carlota, unas batas oscuras que posteriormente se quitaron delante de ella. Sea como fuere la notable diferencia entre los llamativos y jubilosos atuendos de las portuguesas y la sobriedad del vestido de Luisa Carlota, ofrecieron un enorme contraste quedando ésta en evidencia, hecho que provocó que el poco lustre de sus aderezos fuese leído como una muestra de su tristeza por el infausto fin del liberalismo, frente al jolgorio de sus reaccionarias y absolutistas prima y cuñada.

*

El 28 de noviembre de 1823 el rey Fernando decidió elevar al rango de infantes de España a todos los hijos habidos y por haber de su hermano Francisco. Por entonces, y tras la consolidación del nuevo régimen absoluto, las disensiones en el campo de los realistas, divididos ahora entre moderados fernandinos y ultra realistas, se fueron evidenciando con mayor calado mientras estos últimos se acercaban cada día más al infante Carlos, en quien ante la falta de descendencia del rey en su tercer matrimonio veían al eventual y necesario heredero de la Corona. No obstante, y por el momento, la vida proseguía su curso en palacio y el 11 de junio de 1824, estando en el Real Sitio de Aranjuez, Luisa Carlota dio a luz a las diez y veinticinco de la mañana a su segunda hija, llamada Luisa Teresa[22] y siempre conocida como Luisita. Era la primera hija del matrimonio que nacía con el rango de infante de España y tuvo como padrinos a la duquesa de Angulema y a Luis XVIII, que falleció muy poco después. Meses más tarde, en noviembre, los infantes solicitaron permiso al rey para marchar a Francia para participar en las celebraciones por la coronación del nuevo rey Carlos X y de paso visitar a la duquesa de Berry, nuera del nuevo rey galo.

Comenzaba a labrarse la leyenda del supuesto liberalismo de la pareja cosa que despertaba temores en Madrid, pues se temía que los liberales que habían huido y se habían exiliado en Francia, a causa de la cruenta represión, pudiesen aprovechar aquel viaje para presentarlo como un exilio forzado de Francisco y Luisa Carlota tras la restauración del absolutismo[xii]. El rey, que también se negaba a aquel viaje, encomendó a Francisco Tadeo Calomarde, secretario de Gracia y

Justicia, que les comunicase la prohibición de marchar y cuentan que el enfado de Luisa Carlota fue tan monumental que, según expandió la rumorología del momento, llamó al secretario a sus habitaciones y delante de toda la servidumbre y, tras discutir con él, le espetó el primero de los dos sonoros guantazos que al parecer le pegaría en aquellos años. Por si aquello fuese poco, la airada infanta no tardó en escribir al rey para decirle: «*Me hubiera alegrado que nos lo hubieras dicho con toda franqueza y que nos lo hubieras dicho antes de haber venido aquí [Madrid] para no dar la campanada que por precisión se debe dar aquí en España y fuera*»[xiii].

Los decepcionados infantes se quedaron en España donde su familia no dejaba de crecer, pues a fines de 1825 ya esperaban un quinto hijo, si bien por el momento no podían superar en la carrera obstétrica a Carlos y María Francisca que ya eran padres de tres hijos varones sanos y robustos (Carlos Luis, Juan y Fernando) frente a los dos suyos. Toda una frustración para Luisa Carlota que, a pesar de ello, no tenía intención alguna de dejarse vencer en su camino ascendente en la corte. En esas, aquel verano aparecieron en Madrid unos conspiradores franceses, un tal Queipo y un tal José Agustín Fort que viajaba bajo el falso título de marqués de Guarany[23], que se reunieron con los infantes para hablarles de la Asunción del Paraguay y de ciertas posesiones en las Indias que, siempre según ellos, querían pertenecer a la Corona de España o bien tener a un miembro de la real familia a su cabeza como reino independiente. Ambos visitaron con mucha frecuencia las habitaciones de los infantes, pero finalmente fueron apresados aunque parece que continuaron manteniendo relación epistolar con ellos que por entonces también andaban en tratos con el denominado conde Henri de Croy-Chanel[24]. Y es que la idea de asentarse como reyes en otro territorio, y especialmente en las Américas, donde en 1822 el español Agustín de Yturbide ya se había proclamado emperador de Méjico y el príncipe portugués Pedro de Braganza se había proclamado emperador del Brasil, había comenzado a bullir en la cabeza del matrimonio.

Entre tanto, a las once y veinte minutos de la noche del 4 de abril de 1826, Luisa Carlota dio a luz a un varón fuerte y robusto que fue bautizado como Eduardo Felipe[25] y tuvo como padrinos a los duques de Orleans[26], actuando Carlos y María Francisca en representación suya. Un año después se volvía a hablar por los circuitos reales de establecer en Méjico, donde Agustín I había acabado fusilado en 1824, un imperio para frenar el expansionismo estadounidense y, como ya había ocurrido antes, el nombre de Francisco de Paula apareció entre el de otros posibles candidatos[27]. El infante dijo estar dispuesto a aceptar siempre y cuando las cortes de Londres y París le dieran su apoyo, y en medio de esas tratativas volvió a aparecer el conde de

Croy-Chanel cuya misión debía ser entrar en contacto con la corte británica para tal fin. Los dineros para tan ambicioso proyecto los avanzaría el banquero Gonzy, que obtuvo del infante avales y garantías suficientes para invertir en aquella empresa.

Proyectos mesiánicos que pronto llegaron a oídos del rey, que de inmediato instó a su hermano a abandonar tales fantasías. Pero cuando el infante, obediente a aquellos mandatos, envió un representante a París para recuperar los papeles entregados al banquero este se negó a devolverlos a pesar de que no había pagado nada hasta el momento. El asunto se había ido de madre, pues al más puro estilo del Antiguo Régimen más decadente se había autorizado a Croy-Chanel como representante del infante para tratar con los líderes mexicanos y para articular la mejor manera de proclamarle emperador, asumiendo el compromiso de que se reconocerían todos los empeños del gobierno mejicano, que eran la conservación de todos los funcionarios políticos, la otorgación de una Constitución conforme a las necesidades de la nación y la concesión de una amnistía general. Un despropósito en el que colaboraron, entre otros, el duque de Dino[28] que sería comandante general de un ejército; el barón de Talleyrand[29] que recibiría el ministerio de Negocios Extranjeros; y el vizconde d'Astier que sería nombrado coronel del Estado Mayor mexicano. Mientras, varios banqueros y prestamistas reclamaban a Francisco el cobro de los empréstitos y del dinero ya gastado, delegando la tarea en un tal Monsieur Litous que en 1830 tendría que viajar a Madrid a solicitar aquellas sumas. Enterado de ello el rey decidió dar carpetazo al malhadado asunto, que mandó archivar, dejando muy claro a su hermano que debía de cesar en todo empeño de crear un nuevo reino en tierras americanas[xiv].

Aquel episodio pudo generar una cierta fricción entre los hermanos, pero en la correspondencia nada nos indica que fuera algo grave pues como era costumbre entre ellos se escribían casi a diario cuando estaban separados y el monarca enviaba regalos a sus sobrinos. «*Los dos te damos las gracias* —le escribía Francisco— *por los juguetes de los niños que son tan hermosos y tan bonitos. Los niños se han puesto locos de contentos y lo han agradecido infinito, y nos han encargado te diésemos las gracias, a la Reyna ya fueron a dárselas esta mañana*»[xv]. Y es que parece que Fernando profesaba un gran cariño a estos sobrinos, le gustaba recibir cartas de Isabelita escritas de su puño y letra, con su ortografía aún infantil, y al pequeño Paquito solía sentarlo en sus rodillas para, cuando Luisa Carlota no miraba, darle una calada de su cigarro y reírse de los accesos de tos del niño. Algo que la infanta utilizaba sagazmente para ganárselo a su campo, para humillación de las portuguesas, como queda patente en una carta que le dirigió en diciembre de 1827 quejándose abiertamente de no recibir ciertas

atenciones reservadas a ellas en los viajes de la familia a los reales sitios.

«*Tú bien lo sabes* —le decía— *que cuando vamos al Escorial y a La Granja iban en otro coche detrás. Tú eres dueño de mandar lo que gustes y que pase delante María Teresa [la princesa de Beira], aunque no sea justo pero aquel día me quedo en el pueblo donde sea y desde allí te pediré licencia para desde ahí mismo marcharme a Francia […] con todo no dejo de suplicarte que me concedas esta gracia cuando estemos en Madrid porque ya no puedo aguantar el infierno que arman las dos hermanitas predilectas… de cismas y el tiro tan directo a nosotros*»[xvi].

Ataques a los que don Carlos y los suyos se mantenían muy atentos, pues en febrero de 1828 era este infante quien se dirigía al rey para quejarse de la celebración de las fiestas de carnaval en los cuartos de Francisco y Luisa Carlota.

«*En este carnaval ha habido* —le decía determinado— *y estando tú fuera, lo que jamás ha habido. Y es, bromas hasta las cinco de la mañana en el cuarto de Francisco Antonio los dos primeros días y el tercero no sé, hasta las once y media o una de la mañana. Creo que han venido solo las familias de los de la servidumbre de ellos y algunos de las oficinas y así las puertas se han cerrado a la hora regular, pero su efecto como si no lo hubieran sido y en la plazuela no dejaba de haber coches […] El baile en la segunda y tercera noche parece que fue en el salón largo correspondiente al del tocador de María Josefa [la reina]*»[xvii].

Innumerables rencillas en torno a cuestiones puramente domésticas que no hacían sino enfrentar más entre sí a las infantas, como sucedió cuando Carlos se quejó al rey de que Francisco hubiese permitido a una de sus criadas casarse de forma inadecuada, o cuando en julio de 1828 él y María Francisca solicitaron al monarca que expulsara de España al peluquero Jean Kazareff[30], adscrito a su cuarto, que se quejaba de haber tenido que convertirse al catolicismo. Una situación que llevó a Luisa Carlota a salir inmediatamente en su defensa, escribiendo al rey para denunciar a las hermanas que «*le juraron que se vengarían de él y que lo perseguirían hasta que lograsen una orden para echarlo del reino y del servicio también mío, de esto que te digo fue en Aranjuez el año pasado*»[xviii].

*

Hacia las siete menos cinco de la tarde del 25 de mayo de 1828, Luisa Carlota dio a luz a una nueva hija, que recibió el nombre de Josefa Fernanda[31], fue apadrinada por los reyes y siempre sería conocida como Pepita. La familia crecía y en palacio el matrimonio se distanciaba cada vez más de Carlos y Francisca, que tenían como firme aliada a la princesa de Beira en momentos en los que el rey recelaba un poco de este hermano por el abierto apoyo que recibía de

los realistas. Algo que Luisa Carlota aprovechaba para acercarse cada vez más al rey Fernando, confiada en su fuerte magnetismo y en el carácter bromista que ambos compartían.

La relación entre «*las hermanas predilectas*» y «*la signorina*», como las portuguesas se referían a la napolitana, era cada vez más tensa y la sagaz Luisa Carlota no dudaba en sacar partido de la popularidad de su esposo, pues juntos iban al teatro y a la ópera para dejarse ver. Además como en la corte no se celebraban fiestas por el carácter retraído de la reina, los infantes intentaban acudir a cualquier celebración en la capital como las fiestas organizadas los jueves por los príncipes de Partanna[32], representantes del reino de las Dos Sicilias, en las que se daba cita lo más granado de la sociedad. Según escribe Fernando Fernández de Córdoba en sus memorias: «*Las señoras llevaban todos sus brillantes y alhajas en sus prendidos y trajes a cual más caprichoso. Recuerdo a la condesa de Cervellón, que apenas podía soportar el peso de los diamantes en su preciosa cabeza y sobre su elegante traje, o a la infanta doña Luisa Carlota, radiante de hermosura y de riquísimas joyas, siendo las únicas que pudieron rivalizar en tal conjunto con la princesa de Partanna*»[xix].

La buena sintonía entre Luisa Carlota y el rey se hacía sentir, y tanto era así que, para ganar la partida a su cuñada, en las Navidades de 1827 consiguió que Fernando le cediese las figuras del Belén de Carlos IV para decorar sus aposentos. Un gesto del que María Francisca fue a quejarse al rey, igual que lo hizo con ocasión de las fiestas de Carnaval del año siguiente a las que los miembros de la familia de Francisco llegaron disfrazados. Meses más tarde, a las cinco y diez de la madrugada del 16 de noviembre de 1828, nacía una nueva infanta que fue bautizada María Teresa y que tuvo por padrinos a los duques de Lucca[33] representados de nuevo por Carlos y María Francisca.

Pero el colofón de la enemistad entre las cuñadas, y algo que irritó particularmente a María Francisca, aconteció el 2 de marzo de 1829, cuando en las habitaciones de Francisco y de Luisa se organizó una gran fiesta que comenzó a las diez de la noche y acabó cerca de las siete de la madrugada. Un sarao al que los infantes y sus hijas llegaron disfrazados de antiguos magnates de Polonia, sus hijos Paquito y Eduardito de moriscos y Enriquito de arlequín. Al baile acudió toda la sociedad madrileña con figuras destacadas como los marqueses de Alcañices, grandes amigos de los infantes, los príncipes de Partanna, el duque de Osuna, el ministro de Rusia, los embajadores de Francia, los condes de Benavente o los duques de Medinaceli, entre otros muchos, pues según recogían las crónicas, «*La magnificencia, el decoro, el servicio más exquisito y delicado, la reunión más selecta y distinguida y el conjunto en fin de cuantas circunstancias pueden amenizar una función del*

género de la que describimos»[xx].

Poco después, el 18 de mayo de ese año, fallecía la reina María Josefa Amalia[34] sin haber dado descendencia al rey y, tan pronto como se produjo el óbito, los ministros se pusieron en marcha en busca de una sustituta en el tálamo real. Una búsqueda que apoyaban los moderados, que querían gastar hasta el último cartucho para intentar que el rey tuviera progenie y así apartar a don Carlos de la Corona. Una oportunidad que Luisa Carlota supo aprovechar bien jugando sagazmente sus cartas, pues aunque se habló de una princesa de Baviera y de otra de Cerdeña ella conocía muy bien la naturaleza de su rijoso cuñado, que no quería otra princesa ñoña a su lado, y supo hacer los oficios de alcahueta presentándole a la candidata idónea que no era otra que su propia hermana María Cristina de las Dos Sicilias. Con esa intención mostró a Fernando un favorecedor retrato de la joven y hermosa princesa, tocada con un aderezo de coral, tras cuya visión el rey habría exclamado, según años más tarde relataría su nieta la infanta Eulalia, «*¡He aquí un real coño!*». Y ante tales pasiones poco y nada pudo hacer María Francisca, que se vio atrapada ante los avances de lo que para ella era un peligroso proyecto matrimonial. Luisa Carlota estaba convencida que su hermana podría ser tan fecunda como ella y dar a Fernando una buena descendencia, además de que ya concebía el anhelo que el príncipe de Asturias por nacer podría casarse un día con una de sus propias hijas.

Con el hilo puesto a la aguja, el 23 de septiembre, Francisco y Luisa Carlota partieron desde Madrid hacia Valencia, Castellón y Barcelona, y en octubre cruzaron la frontera entrando en Francia para dar allí la bienvenida a la comitiva napolitana encabezada por los antiguos duques de Calabria, ahora ya reyes de las Dos Sicilias, Francisco I y María Isabel, que viajaban con su hijo el conde de Trapani acompañando a la nueva reina. Un encuentro familiar para el que la duquesa de Berry y los duques de Orleans viajaron desde París hasta Grenoble, a donde llegaron las luctuosas noticias de la muerte de la pequeña María Teresa, hija menor de los infantes. Días después la comitiva emprendía el viaje de regreso hacia Madrid y Luisa Carlota escribía al rey:

«*Querido Fernando de mi vida, Fernando de mi corazón. Hoy ha sido el día para mí más feliz de mi vida. Como si no faltara más para que fuese completo que estuvieras aquí. Albricias a mis ojos, Cristina se parece al retrato de la pulsera tanto como el que te he dado, pero este es mejor pues es animado. Tiene los ojos como los carrillos, es de unas curvas regulares, morenilla, pero con mucha gracia, es un poco más pequeña que yo, de buenos colores; la nariz es muy regular, no se le conoce manchas, el pelo muy negro. Los ojos bastante oscuros y brillantes, muy buenas cejas; en fin, a mis ojos es un conjunto muy hermoso…*»[xxi].

La boda real se celebró el 9 de noviembre con Francisco y Luisa Carlota oficiando como padrinos, cumpliéndose con ello el sueño de la infanta de convertirse en la hermana de la nueva reina que, muy pronto, y cumpliendo con todas las predicciones, quedó embarazada. Un jubiloso acontecimiento que precipitó que el 14 de abril de 1830 se leyese en el Consejo de Estado, presidido por el obispo de León por ausencia de los infantes, la Pragmática Sanción de Carlos IV redactada en 1789 pero que solo ahora cobraba carta de naturaleza. Un cambio legislativo que terminaba con la ley sálica de origen francés y contraria a los fueros históricos españoles, permitía que la criatura que naciera del real matrimonio, ya fuera varón o mujer, pudiese heredar el trono. Todo un varapalo para el infante Carlos, que por ese acto pasaba al número dos en la línea sucesoria.

Los reyes de las Dos Sicilias estaban aún en España y, aunque la reina María Isabel no había tomado parte en aquellos asuntos, la nueva medida no sentó nada bien a su marido el rey Francisco, que no había sido informado de nada, hecho que le llevó a aquejarse sonoramente ante su primo español porque con la Pragmática tanto él como sus descendientes quedaban mucho más alejados de sus hipotéticos y eventuales derechos al trono español. Un cambio también difícil de tragar para los realistas exaltados que rodeaban a don Carlos, que emprendieron una campaña de desprestigio dirigida a la reina y a su hermana, a quienes veían en la base de lo que ellos consideraban enredos y cambios indeseables. Especialmente ahora que, llegado julio de 1830, una nueva revolución acababa en Francia con el trono absolutista de los Borbones descabalgando a Carlos X y poniendo en su lugar al heraldo de una monarquía burguesa y constitucional, el duque Luis Felipe de Orleans cuya esposa, María Amelia de las Dos Sicilias, era tía de Luisa Carlota y de María Cristina.

Los liberales españoles exiliados en Francia se fueron entonces aproximando poco a poco a la frontera, pillando por sorpresa a la familia del infante Francisco que se encontraba veraneando en Cestona y en San Sebastián. Desde allí, el 3 de agosto, Luisa Carlota escribía una carta a su hermana que pone un tanto en cuestión su afiliación liberal que quizá no lo era tanto:

«*Mi amada Cristina,* —le decía— *cuando esta mía te alcance, ya tendrás noticias de la revolución que se ha producido en París y en casi todas las provincias de Francia, y que han nombrado al duque de Orleans teniente general del reino; el rey ha sido destituido y toda la familia ha partido de Saint Cloud, no se sabe a dónde, algunos dicen que para Holanda y otros para Inglaterra, pero realmente no se sabe, y yo estoy con preocupación mientras no sepa que la pobre Carolina [la duquesa de Berry] está a salvo con sus hijos, pero por más que hice para averiguar noticias, no sabían qué decirme. Mi querida Cristina, cuida tu estado por*

amor a Fernando, cuida que sepas bien que el duque de Orleans no está solo, que hay otros que lo superan en ambición, crueldad y deseos de mandar, que te odian, que odian a Fernando y a todos les gustaría vernos bajo tierra, no quiero nada más que saber de ti»[xxii].

El 20 de julio los infantes perdieron a su hijo Eduardo de cuatro años, que fue a acompañar a su hermana María Teresa al panteón de infantes de El Escorial y, finalmente, el 10 de octubre la reina dio a luz a la infanta Isabel para disgusto de todos pues la llegada de un varón habría evitado muchas posibles complicaciones. Temores aumentados por los acontecimientos en el vecino Portugal que se desangraba en una guerra civil entre los absolutistas miguelistas, defensores de los derechos del autoproclamado rey Miguel I, y los liberales que sostenían los derechos al trono de su sobrina la reina niña María II da Gloria, a quien Luisa Carlota comenzó a defender públicamente en Madrid afirmando que don Miguel, hermano de las infantas portuguesas, era un mero «usurpador»[35]. Unos tumultos que eran un claro ejemplo de lo que podía llegar a acontecer en España si el rey Fernando fallecía y don Carlos se proclamaba rey sin reconocer los derechos de su sobrina Isabel. El infante Francisco reclamaba prudencia a la vista de aquellos sucesos y escribía al rey: «*Por Dios te pido estés alerta y nada de pastel, por Dios te lo suplico que si no todo es perdido»*[xxiii].

La Corte estaba cada vez más dividida, pero aún se fracturó más cuando el rey ordenó que los hijos de don Carlos recibieran 100.000 ducados para sus gastos mientras que los de Francisco recibirían 160.000. Un gesto en el que muchos vieron la mano de Luisa Carlota, cuando la realidad era que la familia de Francisco necesitaba más dinero por ser mucho más numerosa, y por tanto, si el primero y su grupo familiar percibían 3.950.000 reales en consignación por vía de alimentos y gastos de cámara, don Francisco y los suyos recibían un total de 5.760.000[xxiv]. Sin embargo en lo que las manos de la infanta y de la reina sí que estaban involucradas era en otra cuestión, pues ahora andaban intrigando para conseguir que el joven infante Sebastián, el hijo de la princesa de Beira por el que el rey sentía un gran afecto, se casase con otra de sus hermanas napolitanas. Toda una bofetada para las portuguesas, pues de producirse aquel matrimonio la corte de Madrid contaría con tres hermanas napolitanas hecho que aumentaría su poder.

En mayo de 1831 su madre, la reina de las Dos Sicilias, que había enviudado meses antes, les había escrito a Madrid para tantear la posibilidad de casar a su hija Amalia ya fuese con don Sebastián o con don Miguel de Portugal, y de inmediato se delegó a Nápoles a don Pascual Vallejo con la misión de cumplimentar al nuevo monarca Fernando II por su próximo matrimonio con la princesa María Cristina

de Cerdeña y, de paso, cerrar el matrimonio de Amalia[xxv]. Un movimiento que no sentó nada bien a la princesa de Beira, que en paralelo y por su cuenta ya estaba negociando una posible boda de su hijo con una de las hijas del reaccionario duque Francisco IV de Módena[36]. Informado de ello el rey le pidió que esperara, pero todas aquellas pequeñas intrigas no hicieron sino ahondar las ya grandes diferencias entre las princesas portuguesas y las napolitanas, que siempre encontraban algo sobre lo que disputar generando un sinfín de problemas domésticos. Así, el 26 de septiembre la reina María Cristina escribía en su diario:

«*Por la tarde vino Mª Francisca diciendo que se le había quitado un cuarto a una de las de su servidumbre para darlo a las de Luisa: esto había sido porque como a la ida a la Granja pusieron a las cuatro de la Niña en cuartos de las de Luisa, esta justamente dijo que porque a todas las suyas se les habían quitado de los cuartos y se dijo que para las de la Niña se tomasen tres de las de Luisa y uno de las de María Francisca. Esta me insinuó que se lo había dicho al conserje. Lo verdadero es que ella antes de decírmelo a mí fue arriba, hizo despintar el letrero que decía de la servidumbre de Luisa e hizo poner el suyo; por esto se ha dicho al conserje que para el año que viene se pongan al mismo piso todas las de los Niños nuestros y así se acabarán estas diferencias*»[xxvi].

Pero los problemas no iban a terminar, pues el 26 de noviembre el rey firmó el decreto que ratificaba la mayoría de edad del infante Sebastián, que pasaba a ser el administrador de sus muy cuantiosos bienes, y aprovechó para comunicarle que casaría con Amalia de las Dos Sicilias. Una decisión que provocó un ataque de cólera en la princesa de Beira, que solicitó de inmediato poder seguir gestionando el patrimonio de su hijo pese a su mayoría de edad[37]. Fernando tuvo que pararle los pies recriminándole que a él, como cabeza de familia, nadie le había informado de sus gestiones ante el duque de Módena y que le correspondía a él decidir con quién casaban los miembros de su casa. A partir de entonces se produjo un notable distanciamiento entre la princesa y su hijo, algo de lo que ella hizo culpables a las princesas napolitanas. A su enfado con Sebastián se sumaron Carlos y María Francisca, mientras que el joven y culto infante se aproximaba a don Francisco que en breve sería su cuñado y con quien compartía afinidades e intereses. Los dos bandos estaban fuertemente establecidos y diferenciados.

A primeros de enero de 1832, todo el mundo volvía a estar atento a un segundo parto de la reina que podría, esta vez, traer al mundo al ansiado heredero varón. Pero para frustración de los reyes, el día 30 de ese mes nacía la infanta María Luisa Fernanda, ahijada de Francisco y de Luisa Carlota, renovándose con ello la crisis política y sucesoria. La noticia no pudo agradar más a los partidarios de don

Carlos, que veían con ello fortalecerse la posición del infante en la sucesión a la Corona. Algo a lo que Francisco y Luisa, decepcionados, respondían afianzándose como la cara pública de la familia real y el 4 de marzo, con Luisa Carlota en avanzado estado de gestación, volvieron a dar un espléndido baile de trajes al que acudió toda la sociedad madrileña. Allí, y por sorpresa, se personaron los reyes y el infante Sebastián, que apareció disfrazado de rey de Francia al estilo medieval. Semanas más tarde, a la una del mediodía del 10 de abril, la infanta paría a su hijo Fernando María, y un mes más tarde Sebastián contraía matrimonio con Amalia para satisfacción de la ambiciosa Luisa Carlota, que con la llegada de esta otra hermana veía llegado el momento cumbre de su influencia en la Corte. Además, y dado que Amalia se convertía en nuera de la princesa de Beira, pasaba a ser una «espía» conveniente en el bando enemigo aunque la plácida recién llegada nunca mostró inclinación alguna por la vida política y pronto entabló una buena relación con su suegra.

*

A pesar de la muy corta edad de sus hijos, Luisa Carlota no perdía el tiempo y ya comenzaba a hacer cábalas sobre matrimonios futuros para ellos. A ese fin había hablado tanto con el rey como con su hermana Cristina de un eventual enlace entre las hijas de los reyes, Isabel y María Luisa Fernanda, con sus Paquito y Enriquito, con el aparente beneplácito del monarca. Entregada a sus afanes, no dejaba pasar ninguna situación que considerase ventajosa para ella, pues ya meses atrás en cuanto había tenido noticia de los intentos de su hermano Fernando II de las Dos Sicilias para casar con la princesa María Cristina de Cerdeña estaban un tanto paralizadas por las reticencias sin fin de aquella piadosa princesa, corrió a enviar a su madre un retrato de su hija Isabelita para proponerla como esposa de su hermano. Un episodio sobre el que la reina Cristina escribía en su diario: «*a mí me parece imposible por la diferencia de edad y por el color del pelo tan rojo, que en Nápoles no gusta*»[xxvii].

Los infantes gozaban de una buena posición, manejaban buenas rentas y en su círculo más doméstico mantenían una notable unión familiar que recordaba un poco a la antigua corte carolina. Pero no por ello estaban siempre con sus hijos, que eran cuidados y atendidos por un ejército de ayos, camaritas y gentileshombres que se encargaban de todo cuanto acontecía en el cuarto de los niños. El secretario del infante era el afrancesado andaluz Juan Dusmet[38] y su gentilhombre de cámara era José Joaquín del Álamo[39], mientras que la infanta tenía como dama de honor a la marquesa de Alcañices[40], como azafatas a Joaquina Fonseca y a Manuela Lasalla Rosales, y como camarista a Dolores Araujo Vera y Pantoja. Los infantitos Paquito y

Enriquito crecían bajo la atenta mirada de su ayo, Camilo Monforte, y del director de Primera Educación, Jorge de San Miguel, y tenían como gentileshombres a José María Mencos y a Alonso Fuero. Sus hermanas contaban como aya a la baronesa de Rumilly, como azafata a Juana Ballesteros y como camarista a Antonia Tordera, y Fernandito solo contaba con su ama de cría su querida María Cabrera.

Con tan amplia servidumbre el 9 de julio de 1832 la familia se dispuso a iniciar una gira por Andalucía, dejando al rey un tanto enfermo en La Granja. Las principales ciudades andaluzas emprendieron la limpieza de sus calles para dar la bienvenida a estos miembros de la familia real, cuya misión era sin duda sopesar los ánimos del sur de España ante los acontecimientos en Madrid, pues en aquellas tierras se habían producido algunos levantamientos liberales que habían acabado con la malhadada ejecución del general Torrijos. El 12 llegaron a Córdoba, el 17 arribaron a Sevilla donde fueron recibidos en los Reales Alcázares por el cardenal y por los miembros del consistorio, y hacia el 21 alcanzaron Sanlúcar de Barrameda a bordo del vapor *Betis*. Desde allí, y ya a mediados de agosto, llegaron a Granada (prefirieron inteligentemente evitar Cádiz para que no se les asociase con aquel símbolo del liberalismo) donde presidieron corridas de toros y se celebró una fiesta por todo lo alto en La Alhambra. Fueron recibidos en su casa por Pedro Domecq y visitaron su magnífica bodega que surtía de buenos vinos a varias de las mejores cortes de Europa. «*Perdona que te diga* — escribía Francisco al rey desde aquellas tierras— *por el amor que te tengo que no te descuides con todo lo que pudiese venir, y que ayudes a los que te quieren, que hay mucho malo. Los Realistas están bien, como siempre, mas les falta algo, y no me meto en nada más que en quererte y en tu felicidad*»[xxviii].

El 14 de septiembre la enfermedad del rey, que se encontraba en el palacio de La Granja, se agravó mucho temiéndose una muerte inminente. Mientras en Madrid parecía que fuera a estallar una guerra en cualquier momento, pues el ambiente andaba muy enrarecido a causa de las expectativas de los realistas alentados por los diplomáticos extranjeros que representaban los intereses de las potencias absolutistas en España. El conde de Alcudia[41], por entonces secretario de Estado, fue el designado para entenderse con don Carlos a quien avanzó la posibilidad de una corregencia con María Cristina o de una promesa de matrimonio futuro entre su hijo primogénito, Carlos, y la princesa Isabel. Pero el infante estaba enrocado en su negativa rotunda a aceptar una sucesión femenina, noticias que llegaban a Francisco y Luisa Carlota que continuaban en Andalucía donde el general Vicente Genaro Quesada, capitán general de la región, les entregó una carta informándoles de su completa adhesión a la dinastía y de su apoyo frente a los realistas.

Como era de esperar la pareja salió rauda de Sevilla camino de Segovia y, tras un pesado viaje de unas 40 horas, llegó al palacio de La Granja para estar junto a su hermana la reina. Entre tanto, no paraban de llegar miembros de la junta madrileña al grito de «*Viva Isabel*» y varios moderados se acercaban al palacio para ofrecer su apoyo. Fue así como dieron comienzo los denominados «sucesos de La Granja», que no fueron sino una sucesión de intrigas palaciegas en torno a la sucesión del rey doliente. La reina temía una guerra civil, pues se hablaba de conspiraciones entre la guardia real y de posibles levantamientos en las provincias, y en la noche del 18, bajo presión del conde de Alcudia, María Cristina accedió a urgir al rey a firmar una derogación de la Pragmática para aquietar a los partidarios de don Carlos.

En tan complejas circunstancias la llegada de los infantes fue un gran apoyo para la reina, pues según relataba el autor de un informe reservado sobre ella:

«*SS.AA. llegaron a La Granja y no hicieron más que abrazar a la Reyna y dolerse con ella de la situación del Rey; irse a su cuarto y acostarse después de haber visitado a don Carlos con cara de risa, cosa que nunca habían hecho […] Y ¿cuándo fue cuando abrió la voca la Infanta doña Luisa Carlota? Cuando ya el Rey mejorado no tenía ni veía el peligro de que las portuguesas pudieran hacer sufrir los insultos y desaires que ella les había hecho. Entonces fue cuando, encontrándose un día a Calomarde que salía del cuarto del Rey, lo insultó de modo y forma que lo había hecho en el año 24, sin más diferencia que no haberle levantado la mano esta segunda vez*»[xxix].

Una escena de la que se ha contado otra versión, de dudosa veracidad aunque más difundida, según la cual Luisa Carlota habría arrancado de las manos de Calomarde el decreto que había firmado el rey y le soltó un guantazo, al que él respondió diciendo: «*Señora, manos blancas no ofenden*». Una cuestión que aclara una carta de la princesa de Beira, que deja entrever que la reina y Luisa Carlota no se sentían tan fuertes en su posición como pareciera, pues según ella escribía a su fiel Ribeiro Saravia: «*La reina se encontraba presente en aquel acto, pero no objetó nada por miedo y su franqueza fue tan lejos que no solamente ella, sino también Luisa (mujer del infante Francisco de Paula) mandaron pedir ser bien tratadas si el rey muriese, porque como ellas no se conducían bien con nosotros juzgaban a los otros según eran ellas mismas*»[xxx].

Pasados unos días la recuperación del rey tampoco contribuyó a rebajar las tensiones en palacio, donde los guardias se peleaban entre sí por sus ideas políticas y la familia de don Carlos se encontraba cada vez más arrinconada y aislada, pues amplios sectores de la nobleza y de las instituciones mostraban su claro apoyo a la reina.

«*La reina y Luisa* —seguía escribiendo la princesa de Beira— *no teniendo consigo sino a los liberales, prometieron a algunos grandes de España pertenecientes a ese partido convocar a las Cortes en un mes para establecer en España un gobierno representativo. Además de esto les dijeron que si el Rey muriese de esta dolencia ellas montarían a caballo y se pondrían a la cabeza de las gentes que las quisiesen seguir, para defender los derechos de la pequeña princesa. Esto se traduce en fanfarronadas pues, como le dije, cuando el día 18 ellas se vieron en el caso de poderlo hacer, en vez de ordenar que les preparasen los caballos, pidieron clemencia. Las portuguesas, sin embargo, no hablan tanto y serían un poco más capaces de una acción semejante si la ocasión se les presentase, y para esas bajezas ellas, a pesar de todo, no fueron hechas y jamás lo serán, aunque les pueda costar la vida*»[xxxi].

En esas el gobierno sustituyó a los capitanes generales que habían mostrado su adhesión a la causa de don Carlos y de los realistas, y el 31 de diciembre el rey restablecía la Pragmática afirmando que su derogación había sido el producto de una conjura contra la voluntad de un moribundo. Francisco y Luisa Carlota, ahora un poco más seguros en su posición, intentaban no dar muestras de preocupación y para ello en febrero del nuevo año de 1833 organizaron una fabulosa fiesta de temática griega, seguida a los pocos días de un baile de disfraces al que Francisco acudió vestido de guardia pretoriano, el infante Sebastián de Oliver Cromwell y su esposa de la decapitada María Estuardo[xxxii]. Un panorama fatídico para don Carlos, su esposa e hijos y la princesa de Beira, quienes junto con Sebastián y Amalia, en marzo decidieron marchar a un exilio encubierto a Portugal iban a ser bien acogidos por los realistas portugueses encabezados por su hermano don Miguel I.

Sincrónicamente se convocaron las Cortes estamentales para jurar a Isabel como princesa de Asturias, y el 5 de junio Luisa Carlota daba a luz a las dos y cinco de la madrugada a una niña que fue bautizada como María Cristina y de la que fueron padrinos los reyes. Quince días después Francisco y las altas magistraturas del reino juraban su adhesión a la princesa de Asturias ante las Cortes, al igual que lo hizo don Sebastián que junto a su esposa había regresado de Portugal tanto por decidir acatar las órdenes del rey, como por su interés particular en atender a la administración de sus rentas. Poco menos de tres meses después, el 29 de septiembre, fallecía el rey Fernando.

*

Muerto Fernando VII el mecanismo sucesorio se puso en marcha y María Cristina pasó a ser reina gobernadora, regentando el reino en nombre de su hija Isabel II con el apoyo de los moderados. Algo que, como era esperable, provocó una ruptura irreparable en el seno de la

familia real pues en Portugal don Carlos se autoproclamó rey, liderando una facción que no aceptaba ni el nuevo gobierno ni a la nueva reina y dando comienzo a la Primera Guerra Carlista que se alargaría hasta 1839. Así dio comienzo el período más difuso de la vida de Francisco y Luisa Carlota cuyos movimientos, aunque poco claros en aquellos meses, sí indicaban que fueron una especie de líderes simbólicos para un sector político como recogía por carta el nuncio apostólico al escribir: «*Las maquinaciones de este partido [liberal] tienden a revivir la Constitución de 1812, y se encuentran enteramente bajo la protección y el favor de la infanta Luisa Carlota*»[xxxiii].

Daba comienzo un tiempo muy convulso en el que un futuro partido progresista comenzó a crecer en torno al infante utilizando, al menos de manera simbólica su figura por ser una especie de infante de transición abierto a un constitucionalismo moderado, no afecto a extremismos religiosos y amigo de un ambiente familiar afín al creciente aburguesamiento general de la realeza de la época. Su persona casaba bastante bien con aquel progresismo temprano.

Entre tanto, a comienzos de 1834 el infante Sebastián, presionado por su madre y descontento con algunos de los movimientos en la corte, decidió pasarse definitivamente al bando de don Carlos y pretextando marchar a tomar las aguas en Barcelona, él y su esposa se embarcaron camino de Nápoles donde contaban con el amparo de su cuñado el rey Fernando II. Con la marcha de Amalia, siempre afecta a los deseos de su esposo y en buena sintonía con las portuguesas, Luisa Carlota y Cristina quedaban solas y frente a frente en Madrid pues Francisco y su mujer se habían llevado una sorpresa mayúscula al descubrir que el rey Fernando no le había incluido a él en la regencia ni en ningún tipo de consejo u órgano consultivo, además de que poco después tuvieron que tragarse la amarga píldora de que él no fuese reconocido como prócer del reino con la proclamación del Estatuto Real. Un hecho que enfureció sobremanera a la infanta, hasta el punto que desde el lejano Nápoles su madre hubo de llamarla al orden. Las desavenencias con su hermana Cristina iban *in crescendo*, aunque por el momento su situación en la corte varió poco pues en la solemne apertura de las Cortes, en junio, el infante se sentó tan solo un escalón por debajo del trono. La gobernadora, entregada ahora a unos amores secretos, comenzaba a apartarse de forma progresiva de los consejos y del tutelaje de su hermana y de su cuñado, haciendo más caso a sus ministros en un intento de proteger el trono de su hija.

Por entonces las cosas marchaban mal en Portugal para don Miguel, que a fines de mayo tuvo que marchar al exilio[42], al tiempo que la familia carlista se embarcaba camino de Inglaterra. Un triste exilio, pues el 4 de septiembre la reina carlista María Francisca fallecía en su residencia de Alberstock, en las cercanías de Portsmouth, en

momentos en los que el infante Sebastián regresaba a España para integrarse en el ejército carlista como ayudante de campo del pretendiente. Un mes más tarde, el 12 de octubre, Luisa Carlota daba a luz a su último vástago, la infanta Amalia Felipa, que fue apadrinada por los reyes Luis Felipe y Amelia de Francia, representados por los hermanos mayores de la neófita, Isabelita y Paquito. Luisa Carlota solicitó entonces formalmente a la gobernadora que cediese a su esposo los estados de Lucena, Monterrey y Oropesa, renovando una solicitud que ya había elevado a la Corona en 1826 y que, una vez más, le fue denegada. Las afrentas se iban acumulando.

Todo ello cuando ya afianzaba su presencia en el cuarto de los infantes un curioso personaje llamado José Máximo Agustín de la Cerda Cernesio y Palafox, conde de Parcent[43], que era un antiguo gentilhombre de tiempos de Carlos IV que había participado en los sucesos de La Granja como partidario de la sucesión femenina y como beligerante opositor a la derogación de la Pragmática. Parcent fue nombrado mayordomo mayor y jefe de su real cuarto[xxxiv] y él y el liberal marqués consorte de Branciforte, cuya esposa, Carlota de La Grúa-Talamanca, era dama de la infanta[44], entraron en contacto con varios políticos progresistas. Así comenzó a tejerse alrededor de Parcent una leyenda muy similar a la de Manuel Godoy, pues se sabía que el conde quería llegar a ministro y se hablaba de la excesiva influencia que tenía sobre Luisa Carlota, llegando a hablarse, con el paso del tiempo, de una relación amorosa entre ambos consentida por el infante.

En breve Parcent iba a convertirse en el auténtico *factótum* de la vida de los infantes y se cuenta que, cierto día, aparecieron unos folletos en francés cuya autoría se achacó a su pluma. Unos papeles que ponían negro sobre blanco la relación amorosa existente entre la gobernadora y un guapo guardia de corps llamado Agustín Fernando Muñoz y Sánchez. Según una fuente de la época, «*Decía el folleto que un día estando esperando a S. M. para que diese la orden, se abrieron las puertas del Cuarto de la Reyna y poniéndose todos los Generales y demás Jefes de palacio en pie para recibir a S. M., salió Muñoz con un cigarro encendido en la boca y pasó por delante de todos con aire orgulloso*»[xxxv]. Y es que Muñoz, hijo de una familia de estanqueros de Tarancón y nieto de una nodriza real[45], se había convertido en el esposo secreto de la regente ya en diciembre del año anterior, tan sólo tres meses después de la muerte del rey Fernando.

Todo un gran escándalo que María Cristina intentaba ocultar a toda costa, a pesar de su avanzado estado de gestación pues el 17 de noviembre de 1834 le trajo al mundo una primera hija que recibió el nombre de María del Amparo. Como era de esperar Luisa Carlota montó en cólera porque veía peligrar el trono de su sobrina por causa

de los vaivenes emocionales de su hermana, y se acusó a Parcent de intrigar para hacer declarar rey Francisco I a Paquito, el hijo mayor de los infantes, con el apoyo de varios militares, como Vicente Genaro de Quesada, Manuel Llauder y Fernando Gómez de Butrón. La corte estaba llena de intrigas que obedecían a espurios intereses personales.

Tiempos confusos y opacos en la vida de los infantes, aunque el historiador Pirala y Pío Baroja llegaron a afirmar que Francisco y Luisa mantuvieron conexiones con cierto grupúsculo progresista de Barcelona y que Aviraneta[46], el famoso espía cristino y protagonista de la obra de don Pío, llegó a proponer una triple regencia que fue rechazada. Francisco y Luisa se mostraban muy críticos con el curso de la vida política y con la muy irregular vida privada de la regente, que en 1835 volvía a estar embarazada, y también chocaron mucho con el secretario de Estado, Francisco Cea Bermúdez, cuya intención era mantener una línea política inmovilista alejada tanto de los carlistas como de los liberales. Mejor fue su relación con el liberal Juan Álvarez Mendizábal, que intentaba mantener unida a la familia real tras la gruesa fractura que había supuesto el carlismo en momentos en los que cabía apoyar el reinado de la pequeña Isabel. De hecho fue él quien puso por primera vez sobre la mesa la idea de unas dobles bodas entre los hijos e hijas de Francisco y Luisa Carlota con el joven emperador Pedro II del Brasil y sus hermanas las princesas Januaria, presunta heredera, y Francisca[xxxvi]. Un proyecto fallido, que colearía durante algún tiempo, que estaría sujeto a los avatares de la cambiante situación política en España y de las circunstancias de la familia de los infantes.

No obstante, y a pesar del creciente desvío que la reina gobernadora iba sintiendo hacia su hermana y su cuñado, la popularidad de los infantes continuaba siendo notable. La legendaria bofetada de Luisa Carlota al secretario Calomarde había calado en la imaginación popular, al igual que su apoyo firme a los derechos de su sobrina y su papel en la ascensión de su hermana a la regencia. Algo que el matrimonio supo aprovechar muy bien, como muestra la carta que Francisco escribía a María Cristina en octubre de 1835 en la que le expresaba:

«*Mi muy querida hermana de mi vida, Cristina de mi corazón. Mucho hubiéramos deseado que la penuria y falta de medios en que nos encontramos por habernos rebajado la mitad de la asignación que teníamos no nos impidiese manifestarte nuestra decisión por la felicidad de la Nación y sostenimiento del trono de tu hija. Sin embargo, concienciados de la necesidad de hacer Sacrificios para tan digno logro, ponemos a tu disposición medio millón de reales para que se invierta en el levantamiento de un Batallón que dé días de gloria a la Nación. Sentimos como ya te he dicho que la falta de intereses no nos permita hacer mayor esfuerzo pues*

todo nos parece poco para objetos tan dignos»[xxxvii]. La guerra carlista estaba causando estragos y los infantes se ponían a disposición, apuntalando su imagen pública.

Dos años después, y a iniciativa del Partido Progresista, se promulgaba la Constitución de 1837 y Francisco, amparándose en el artículo 20 que declaraba senadores a los hijos del rey y al sucesor a la Corona, solicitó su derecho de asiento en la nueva cámara. Una cuestión que tuvo que ser debatida y que, finalmente y por deseo de la gobernadora, no se coronó con éxito, con la consiguiente bofetada a su cuñado y hermana que comenzaron a financiar el periódico *El Graduador*. Un medio de prensa desde el que se criticó abiertamente a la gobernadora generándose tal tensión familiar que el gobierno terminó invitando a los infantes y a sus hijos a abandonar España, si bien el viaje se justificó aduciendo que marchaban por un tiempo a tomar las aguas. Poco después, y ya en 1838, entraban en Francia de incógnito como duques de Lora, comenzando para ellos un exilio que marcaría su vida posterior y la de sus hijos.

INTERLUDIO EN LA CORTE FRANCESA

El 22 de agosto de 1838 los infantes de España y su amplio séquito hacían su entrada en París. Un vetusto convoy compuesto por las reales personas y por otras cuarenta y ocho de servicio, entre las que se contaban cuatro damas de honor, dos secretarios, un médico, ujieres, ayos y los miembros de rango menor de la servidumbre. Previamente, y tras pasar la frontera en el mes de mayo, habían recalado en Bayona, Toulouse, Burdeos y La Rochelle, donde se habían detenido para tomar las aguas. Entre tanto a comienzos de julio, el conde de Parcent, que viajaba con ellos, había adelantado su marcha a París para acondicionar la futura residencia de la familia. Un amplio conjunto de departamentos del denominado Hotel Galliffet[47], situado en el 50 de la rue de Varenne en el entorno del aristocrático Faubourg Saint-Germain, que ya habían decidido alquilar por tres años, pues su futuro era incierto aunque contaban con poder regresar pronto a Madrid. Don Francisco ya había pasado una temporada en París en sus años de juventud en 1817 como huésped de la corte absolutista y de regusto dieciochesco de su tío Luis XVIII, pero la ciudad con la que ahora iban a encontrarse era distinta pues desde la reciente revolución de 1830 quien ostentaba la corona francesa era el antiguo duque de Orleans, ahora rey Luis Felipe, que había imprimido a su corte un tono menos empolvado, más liberal y de tintes y valores claramente burgueses.

Por fortuna Luis Felipe era un viejo conocido de Luisa Carlota, que

le había conocido de niña en Sicilia cuando él había recalado allí como príncipe sin fortuna en tiempos del imperio napoleónico, cuando los Borbones de las Dos Sicilias, obligados a buscar refugio en la isla por la invasión francesa de Nápoles, le habían dado acogida. El entonces pobre y errabundo duque de Orleans se había casado allí con la princesa María Amelia de las Dos Sicilias, tía de Luisa Carlota y de María Cristina, y por ello la corte del palacio de las Tullerías se abrió de inmediato a los exiliados españoles pues el rey dio instrucciones de que fuesen tratados con la mayor consideración y puso a su disposición a su ayudante de campo, el marqués de Laborde[48]. Gestos de afecto y de solidaridad que, en realidad, no ocultaban la cautela de Luis Felipe que conocía bien el gusto de Luisa Carlota por la intriga y no quería ponerse a mal con el gobierno de Madrid. También sabía que en 1830 la infanta no se había ahorrado sonoras críticas hacia él, por haberse hecho con el trono gracias a una revolución que había enviado al exilio a su hermana la duquesa de Berry.

Los príncipes españoles fueron recibidos con los mayores parabienes y con una cena a la que acudió toda la extensa familia real gala. Poco después, a fines de agosto, fueron invitados al bautizo del primogénito del duque de Orleans por entonces príncipe heredero[49]. Pero a nadie se le ocultaba que el marqués de Miraflores[50], embajador de España, remitía informes regulares a la reina gobernadora de todos los pasos que daban sus hermanos a quienes la reina Amelia y su hija soltera, la princesa Clementina, visitaban asiduamente. Así mismo el infante empezó a congeniar con el duque de Orleans y a acompañarle en sus famosas cacerías. De ahí que el Hotel Galliffet se convirtió pronto en una pequeña corte de visita obligada a todo español de paso por París (Mendizábal se acercaba allí con frecuencia), pero como el dinero escaseaba, los infantes decidieron ahorrarse el ser los anfitriones de grandes fiestas y cenas. Si bien desde un principio mantuvieron una intensa vida social asistiendo a la mayoría de bailes, cenas y saraos organizados por la gran sociedad, en los salones aristocráticos y en las embajadas, relacionándose con personalidades de gran notoriedad como el príncipe de Chimay, la princesa de Wagram, el duque de Reggio, los condes de Celtes, de Henesson y d'Argout, el barón de Gérente y otros muchos miembros del *tout París*.

Por entonces llegó allí el duque de Lucca, un sobrino al que el infante no había visto desde sus años de exilio en Roma y que se convirtió en un habitual de aquella pequeña corte, en la que también solía verse a Francisco Amorós, antiguo instructor de don Francisco, que escribía: «*Le veo rodeado con su hermosa y numerosa familia. La infanta, su esposa, tres infantes y cinco infantas. Me recibe con afecto, me da la mano, se la beso, me abraza y le estrecho en mis brazos con el mayor entusiasmo. Le enseño la sortija con su retrato, el cuaderno de sus axiomas*

y le doy pruebas de que le amo, y Su Alteza me las dio de que me estimaba»[xxxviii]. Amorós había sido uno de los precursores de la Educación Física como materia del currículo escolar y era fiel seguidor del método educativo de Pestalozzi, que el infante don Francisco había seguido en su infancia. Por tanto los infantes, siempre preocupados por la educación de sus hijos, le encomendaron la formación de los más pequeños (Pepita, Fernando, Cristina y Amalia).

La prensa local se hacía eco de la presencia de la curiosa familia en los teatros o en la ópera, donde ocupaban siempre el palco real aunque fueran en solitario, y *La Presse* recogía en sus páginas: «*El infante don Francisco de Paula es un hombre muy guapo, con bigote negro. Las princesas tienen mucho brillo y frescura*»[xxxix]. En septiembre acudieron a la recepción organizada por la visita de los reyes de Bélgica, pues la reina Luisa era hija de los soberanos franceses, y poco a poco Paquito y Enriquito, de 16 y 15 años respectivamente, fueron adquiriendo un cierto protagonismo en la intensa vida social. Además de que para continuar con su educación fueron inscritos como alumnos externos en el prestigioso *Lycée Henri IV*, a donde también acudía el más pequeño de los hijos de Luis Felipe, el príncipe Antonio, duque de Montpensier.

A pesar de sus tensiones continuas con la corte de Madrid, Francisco y Luisa Carlota aún mantenían una cierta relación con la regente, pues en octubre esta les envió unos poderes para que organizasen una vistosa fiesta en honor al teniente general Miguel Tacón, marqués de la Unión de Cuba, recién llegado de la isla caribeña y retenido en París por problemas de salud, con ocasión de imponerle la orden del Toisón de Oro. La ceremonia se llevó a cabo en la residencia de los infantes, representando don Francisco a la reina en presencia de sus hijos mayores y oficiando Enriquito de padrino del teniente general. Sin embargo no faltaban ni las situaciones inquietantes ni los problemas, pues en noviembre el infante recibió una citación del Juzgado de Paz por una demanda interpuesta contra él por aquel conde de Croy-Chanel que años atrás le había ayudado en su aventura mejicana y que ahora le reclamaba el pago de una deuda de 200.000 francos. Un proceso judicial del que quizá no podrían salvarle sus prerrogativas y sus privilegios y que le llevó a contratar al abogado Vervoort para su defensa.

*

Enero de 1839 amaneció con el luto en la corte francesa por la sentida muerte de la princesa María, hija de los monarcas y esposa del duque Alejandro de Wurttemberg, y en abril el querido duque de Lucca abandonó París. En esas la familia, atemorizada por los problemas judiciales, se vio obligada a acudir a la reina Amelia para

que intercediese en Madrid ante la reina gobernadora en favor de su posible vuelta a España. La propia Luisa Carlota también apeló al amor de hermana escribiendo a María Cristina, pero esta última le respondió tajante: «*El de tu hermana para ti es el mismo [cariño] pero debes comprender que en cosas de Gobierno no puedo faltar en cumplir con mi deber. Como siempre me has dicho y me repites en tu última carta que no quieres mezclarte en política ni que sirva vuestro nombre para bandera de ningún partido, creo que está enteramente conforme a tus deseos el no venir a la frontera*»[xl]. La gobernadora sabía que, aunque en la distancia, sus hermanos continuaban intrigando e involucrándose en política manipulados por el conde de Parcent, varios progresistas e incluso algunos carlistas, pues se tenían noticias fundadas de que existía correspondencia entre Francisco y su hermano don Carlos, ahora exiliado en la ciudad francesa de Bourges tras el final de la guerra carlista. Por otra parte el infante Sebastián, que tras el fin de la contienda había regresado junto a su esposa a Nápoles, les visitaba siempre que pasaba por París y en el Hotel Gallifet se organizaban reuniones secretas con personajes como el conde del Valle de San Juan, el conde de Lara, los marqueses de las Marismas del Guadalquivir o el carlista Valdés Alguer[xli].

En la intimidad de su hogar la pareja se ocupaba del futuro de sus hijos y en particular de los mayores, pues su mayor empeño era conseguir casar a Paquito y a Enriquito con la reina Isabel y con su hermana la infanta Luisa Fernanda. Pero también les inquietaba el futuro de Isabelita, que a sus ya dieciocho años era una joven educada y correcta que topaba mucho con su asfixiante y controladora madre. Por ello se habían entablado conversaciones para su posible matrimonio con el príncipe Luis, duque de Nemours y segundo hijo de los reyes galos. Algo de lo que nos da cuenta la bien informada duquesa de Dino[51] que recogía en su diario: «*En España la reina Cristina intenta hacer dinero con todo, y pide un precio por cada una de las nominaciones que hace. Solo piensa en amasar dinero y en gastarlo tranquilamente fuera de España, para lo cual es posible que pronto tenga una oportunidad. Su hermana, cuya mente práctica ya le ha ganado una cierta influencia aquí, y que podría casar a la más guapa de sus hijas con el duque de Nemours, intriga vigorosamente contra ella*»[xlii].

Para la buena fortuna de la familia en noviembre la corte de Justicia francesa archivó el proceso del conde de Croy-Chanel contra el infante, alegando que dado que éste tenía residencia en Gran Bretaña y don Francisco no era ciudadano francés aquella era una deuda entre dos extranjeros y la justicia francesa nada tenía que decir ahí[xliii]. Pero el matrimonio seguía preocupado por su economía, pues recibía con grandes atrasos los 3.500.000 reales de vellón que las Cortes españolas les asignaban para su mantenimiento y, para colmo,

el gobierno español decidió dejar de pagar la consignación que don Francisco recibía de las islas Filipinas, cosa que le ponía en serios aprietos pues el nivel de gasto de su casa era muy elevado.

Antes de salir de España el conde de Ofalia[52], por entonces presidente del Consejo de Ministros, les había dado la seguridad de que aquellas partidas le serían pagadas puntualmente junto con otras sumas atrasadas, pero nada llegaba y el infante tuvo que pedir dinero porque se había comprometido a cubrir las deudas contraídas ese año con sus acreedores.

«*Ya ves Cristina* —escribía él a la gobernadora—*, cuál será mi posición si no entrego el último trimestre de dicho año, habiendo recibido ya su importe y sobre todo en un país extranjero en donde estoy expuesto a ser llevado a la cárcel si no pago, porque tal es la ley, esto es en cuanto a mi posición en el momento, dejo a tu consideración y a la de tu Gobierno que suerte será la mía en un país extranjero sin recursos y sin nada seguro con que contar para mantenerme solo con decoro, que es el tuyo, sino también las obligaciones que sobre mí pesan para la manutención y educación de mi familia. Confío sin embargo en tu cariño que tantas veces me has manifestado en tus cartas y no permitirás tenga el terrible porvenir que la falta de medios me prepara*»[xliv].

La reina Amelia de Francia, que era conocedora de que las cosas en España no iban bien, intentaba en todo momento convencer a sus sobrinas de que debían de unirse como hermanas para fortalecer la aún endeble monarquía isabelina, y sabía que Luisa Carlota estaba más que empeñada en casar a uno de sus hijos (se decantaba por Paquito) con la reina niña. Una proposición que en un principio, y según todo parece indicar, contaba con el visto bueno del rey Luis Felipe que prefería un Borbón a un príncipe alemán como rey consorte en España, pues ya comenzaba a hablarse de Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha[53] como baza del gobierno británico. Por otra parte, y a nivel simbólico, se consideraba importante poder unir por matrimonio estas dos ramas de los Borbones españoles, hecho por el cual Francisco de Paula y Luisa Carlota pusieron todo su empeño en sacar adelante aquella boda y, a comienzos de febrero de 1840, el infante y su hijo Paquito firmaron con Fermín Tastet[54], antiguo banquero del infante don Carlos, un préstamo de 1.200.000 francos para fomentar aquel proyecto matrimonial comprometiéndose el joven infante a devolver 8 millones de francos una vez fuese rey consorte[xlv].

La política matrimonial de sus hijos no era cuestión baladí para cualquier matrimonio de la realeza europea de mediados del siglo XIX, y si a los infantes ya se les había escapado el duque de Nemours para Isabelita, pues en abril de 1840 habían acudido en el palacio de Saint Cloud a la boda de este príncipe con la princesa Victoria de Sajonia-Coburgo-Gotha, aún se reservaban la carta de casar a Paquito o a

Enriquito con la princesa Clementina, hija menor de los reyes. Una opción que gustaba poco a la reina Luisa de Bélgica, que escribía a su madre: «*Un matrimonio con Paquito me inspiraría una especie de horror. Sin embargo, hay que reflexionar. Clementina, que me ha escrito sobre ello, no parece tan aterrada. Creo haberos dicho este verano que ella misma pensaba en eso y que no rechazaría del todo esa idea*»[xlvi]. Las cartas estaban sobre la mesa y, mientras todo aquello se iba cociendo, los infantes decidieron inscribir a sus hijos menores como alumnos externos y, en mayo de 1840, Fernandito, de ocho años, Cristina, de siete y Amalia, de seis, fueron matriculados en el *Gymnase civil et orthosomatique*, dirigido por el citado Francisco Amorós.

Persistente en su propósito, Luisa Carlota seguía recordando a su hermana Cristina la vieja voluntad del difunto rey Fernando de casar a la reinecita con Paquito. «*Querida Cristina* —le decía en el mes de junio— *Te escribí vía Barcelona creyendo que estarías allí: hoy lo vuelvo a hacer por la vía ordinaria [...] para lograr la realización del matrimonio, en su debido tiempo, de nuestra reina, tu hija, con nuestro hijo Paquito (que sabes muy bien que está de acuerdo con tus deseos, y con la voluntad del rey Ferdinando como tú me decías en tu carta de Pardo fechada el 23 de enero de 1836)*»[xlvii]. También le informaba del empréstito firmado con el banquero Tastet por 120.000 francos, pues se sentía un tanto sola en su empeño en sacar adelante aquel matrimonio tal como escribía a uno de sus confidentes en Madrid diciéndole: «*Ya conoces el carácter de Paco, y las angustias que me hará sufrir para inclinarse a que pida lo que le pertenece […] tan irresoluto y medroso que no hay poder humano que le saque de sus trece […] Esta situación sería mía si, en vez de un genio revolucionario, no me hubiera dado el destino por compañero a Juan*[55] *de las Viñas*»[xlviii].

A pesar de ello María Cristina no ponía la alfombra roja a los planes de su hermana a quien, por mediación del marqués de Miraflores, hizo saber que iba a «*dejar a su hija en libertad de elegir al esposo que más le agrade cuando se halle en estado de hacer la elección […] y que si entonces pareciese útil a los citados objetos el enlace que se pretende, Su Majestad cree que por su parte podrá consentir en que se verifique, toda vez que los padres se comprometan a no permanecer en España durante el periodo de cuatro o seis años que, por lo menos, cree indispensable para que los hijos se hallen ya en estado de gobernar por sí solos*»[xlix]. Tres meses más tarde, la duquesa de Dino fue a visitar a los infantes dejando consignado el 21 de octubre en su diario:

«*Fuimos a una audiencia que me concedió la infanta Carlota, la mujer de don Francisco. Al igual que yo, los dos están hospedados en la residencia Galliffet y aquella fue una curiosa entrevista. El infante es un personaje mucho más atrevido que Madame de Zea*[56] *y mucho más alto. Ella [la infanta] es muy rubia y con un rostro que, aunque lavado, no deja*

de ser severo con una forma tosca de hablar. Aunque se mostró muy cortés, me sentí muy incómoda con ella. Su marido es pelirrojo y feo, y la totalidad de la tribu de pequeños infantes, chicos y chicas, es absolutamente detestable. La mayor de las princesas [Isabelita] está bien educada, es inclinada a la conversación y tomó amable noticia de la presencia de Pauline[57]*. En mi opinión este infante sería un soberano muy desagradable»*[l].

Un retrato muy poco halagador de la familia en momentos en los que la siempre revuelta situación política en España daba un giro inesperado, pues ese mismo mes María Cristina se vio obligada a abandonar el país y a entregar la regencia al duque de la Victoria, el fuertemente liberal general Baldomero Espartero[58], vencedor de la guerra carlista.

Cristina perdía el poder y en la pequeña corte del Hotel Galliffet Francisco y Luisa Carlota se aprestaron a reclamar para sí la regencia. Una fantasía terminada en nada, si bien corrieron múltiples rumores generados por las continuas intrigas de la infanta y de Parcent. Rumores infundados según los cuales el infante estaría dispuesto a arrebatar el trono a su sobrina y proclamarse rey de España como Francisco I[li], aunque sí se produjeron encuentros con el liberal Juan Álvarez Mendizábal, el duque de Broglie y representantes de los banqueros Fould[59] y Rothschild[60] con la intención de recabar financiación para promover el matrimonio de la reina con Paquito. Un asunto muy embarrado porque, al parecer, el secretario de la infanta, Juan Sáez, que se encontraba en Madrid, había ayudado a repartir unos panfletos con graves acusaciones hacia la reina María Cristina. Una especie que obligó a Parcent a publicar una carta exculpatoria en la que tildaba todo aquello de habladurías infundadas, afirmando que el secretario de la infanta no había tenido que ver con aquellos hechos[lii]. De lo que no hay duda es de que desde la casa de los infantes se buscó en vano obtener la tutela de la reinecita y de su hermana, y que se envió un manifiesto a los españoles en el que se dejaba claro que don Francisco, como tío suyo y segundo en el orden de sucesión al trono, era la persona más indicada para cuidar de aquellas desamparadas sobrinas[liii]. Un manifiesto que no tuvo efecto alguno, pero en el que se saludaba la sublevación contra la ex regente, se felicitaba al nuevo regente Espartero y se buscaba apelar al gobierno para «*contribuir más a estrechar los lazos que me unen con mi patria, y que un maligno influjo ha intentado aflojar, para eso y nada más, deseo merecer la confianza de la nación*»[liv].

Mientras, a París llegaban también todo tipo de rumores sobre el futuro establecimiento de la reina Cristina, ahora errante en el exilio, tal y como el 25 de octubre recogía la duquesa de Dino en su diario: «*Aparentemente la reina Cristina intenta asentarse en Florencia, donde*

están centrados sus intereses sentimentales[61]*. Tiene dos hijos de Muñoz, al que adora, y ha conseguido ahorrar una renta de 1.500.000 de francos*»[liv]. Pero tras pasar unos días en Roma, donde consiguió que el papa Gregorio XVI diese la bendición a su matrimonio con Muñoz, la sagaz Cristina decidió afincarse finalmente en París, donde encontró un palacete del 12 de la rue de Courcelles[62] desde el que poder seguir con mayor interés los desarrollos políticos en España e intentar sacar provecho de su relación con el rey de los franceses. El 14 de noviembre, los infantes fueron invitados al bautizo del duque de Chartres, hijo del duque de Orleans, y nueve días después María Cristina llegó al palacio de las Tullerías donde también la esperaban su hermana y su cuñado.

«*La reina Cristina* —volvía a escribir la duquesa de Dino— *es guapa, su cutis es soberbio, su piel fina y blanca; tiene una mirada amable e inteligente y una sonrisa graciosa, pero aquellos que quieren creer que tiene encanto no han de mirar más abajo de su cabeza pues, vista al completo, es casi una monstruosidad muy similar a su hermana la infanta […] su entrevista con su hermana fue muy fría, pero transcurrió sin que se produjese ninguna escena aunque no se esperaba mucho más*»[lvi].

Las hermanas se encontraron compartiendo exilio, pero no por ello enterraron el hacha de guerra, pues los infantes ya pensaban que aquella situación era perfecta para orquestar su vuelta a España y para ello comenzaron a cortejar al regente Espartero. Para poder tener mayor libertad de acción, a mediados de abril de 1841 decidieron enviar a sus hijas a la residencia de Damas Agustinas, que era una institución religiosa que ofrecía un refugio tranquilo y una vida saludable para las jóvenes, y a la que se desplazaron en compañía de las duquesas de Orleans y de Nemours y de la princesa Clementina, siendo todas ellas recibidas por el arzobispo de París[lvii]. Se trataba de un convento para la formación de jóvenes de la buena sociedad, que desde 1824 estaba instalado en un hotel particular del 84 de la rue de Sèvres y que previamente había servido de prisión durante los años negros del Terror en tiempos de la Revolución. Había sido fundado por la madre Marie Euphrasie Binart, canonesa de la congregación de Nôtre Dame, quien había adoptado la regla de las Hermanas del Sagrado Corazón en aquel gran edificio de claustro neogótico en el que se congregaban 240 pensionistas, 118 religiosas y 16 profesores extranjeros y en el que las alumnas pagaban 1.800 francos anuales por recibir sus enseñanzas. En cuanto a Paquito y Enriquito, fueron despachados a un largo viaje por Europa que comenzó en Le Havre, y que luego les llevaría a Cherburgo, donde admiraron el nuevo buque de guerra Friedland, y a Normandía antes de recalar en la corte de Bruselas donde reinaba el rey Leopoldo. Y siguiendo los pasos de sus hermanos, Fernandito fue enviado a estudiar en el *Lycée Henri IV*.

Movimientos que alarmaban poderosamente a la ahora temerosa Cristina, que a fines de aquel mismo mes se aprestó a escribir a su hija la reina, objeto siempre de sus manipulaciones y de sus intereses y mantenida hasta entonces al margen de aquellos manejos.

«*Hasta aquí, hija mía* —le decía— *no te había hablado de tu tía Carlota; estaba fuera de España y no podías verla, hablarla, ni oírla; eras tan niña, que no hubieras podido comprender lo que hubiera podido decirte acerca de ella; y, por otra parte, cuando se trata de una persona que nos está unida con los lazos de un estrecho parentesco, de una hermana, y se tiene que decir de ella lo que yo tengo que decir de Carlota, no se habla sino en el último extremo. Pero hoy ya no puedo vacilar. Carlota va a encontrarse cerca de ti; no puedo dejarte expuesta a su influjo fatal […] Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada a don Carlos. Persiguió con su odio la vida de tu tío como había atormentado la muerte de tu padre con sus asedios. ¡Estaba escrito que Carlota sería el azote de su familia, y yo tuve muy pronto motivo para quejarme de ella como tu padre! Ya ves, hija mía, si puedo decirte con razón: "Desconfía de esa mujer, que lleva consigo la desgracia y la ruina: sus palabras son engañosas, sus protestas de amistad son lazos, su presencia es un peligro*»[lviii].

Con Cristina fuera de juego Luisa Carlota pertrechaba sus naves para embarcar camino de Madrid, pero cuando su mente se encontraba entregada a aquellas estrategias vino a estallarle en las manos un grave conflicto familiar que, de forma abrupta, iba a dar inicio a la vida adulta de sus cinco singulares hijas de destinos tan diversos que son el objeto de esta obra.

ISABEL FERNANDINA, LA ROMÁNTICA

«*Conozco toda la vehemencia de tu corazón.*»

(Infanta Amalia a su hermana Isabel, julio de 1856)

Cuenta la leyenda que, despuntando la madrugada del 8 de mayo de 1841, las monjas agustinas del convento des Oiseaux, situado en la esquina entre el boulevard de los Inválidos y el 86 de la rue de Sèvres de París, andaban muy agitadas buscando entre cuartos y estancias porque una de sus pensionistas había desaparecido de forma misteriosa. El pajarillo se había escapado de la jaula, pero se trataba de un ave exótica que llevaba por nombre Isabel Fernandina Josefa Amalia de Borbón y Borbón, era una infanta de España, una alteza real y una sobrina del rey Luis Felipe I de los franceses. De ahí que el revuelo fuese mayúsculo, además de comprensible, pues ¿qué iba a ser de la reputación de aquellas religiosas a cuyas bondadosas y vigilantes manos se entregaban las jóvenes de la mejor sociedad francesa e internacional? Y aún peor ¿qué sería de la honra de la propia princesa cuya vida podría quedar estigmatizada para siempre? Las educandas y las hermanas de la fugada se hacían lenguas sobre la suerte de Isabel, cuya naturaleza melancólica y romántica todas conocían, y pronto hubo de enviarse una comisión para llevar tan malhadadas noticias a sus ignorantes padres, los infantes Francisco de Paula y Luisa Carlota, que, como hemos visto, eran figuras satelitales que formaban parte del aparato de la corte de las Tullerías.

Como era de esperar la noticia corrió como la pólvora por el *tout Paris*, mientras el conde Maximiliano de Lalaing, encargado de negocios de la corte belga en Madrid, escribía al ministro belga de Asuntos Exteriores para informarle del conocido «*mal trato que la infanta padecía en casa de sus padres*» que, a su entender, era cuestión clave para comprender tan sorprendente fuga. Aquellos eran tiempos de romanticismos, las princesas leían las novelas de Walter Scott, y en casa de los infantes se sabía que Isabelita se entendía mal con su madre, la adusta y controladora Luisa Carlota, que hacía largo tiempo que venía acusando a su esposo de ser excesivamente laxo con las lecturas que permitía a la niña. Por ello con 20 años la joven se había declarado en rebeldía contra una madre de reconocido temperamento pero que, en realidad, poco tenía que reprocharle pues a nadie se le ocultaban los rumores que corrían sobre la relación de Luisa Carlota con el intrigante conde de Parcent, a quien sus hijos Paquito y Enriquito no toleraban. Además Isabelita, aficionada a cantar el *Ave*

María de Schubert y a declamar los poemas de Lamartine, tenía ejemplos cercanos y poco edificantes en los que mirarse, pues conocía muy de cerca la historia de los amores también románticos y sin duda fogosos de su tía la reina María Cristina con el apuesto guardia de corps Agustín Fernando Muñoz. También sabía que otra de sus tías, la aventurera princesa María Carolina de las Dos Sicilias, viuda del duque de Berry, se había casado en secreto y a toda prisa con el conde italiano Hettore Lucchesi-Palli tras haber tenido un hijo, ya fuese de él o de un padre desconocido, con el que había mantenido amores ocultos en los meses en los que, tras la revolución de 1830, había levantado en armas a los campesinos de La Vendée en un intento fracasado de colocar en el trono de Francia a su hijo, el conde de Chambord. La sangre corría caliente entre las mujeres de la familia materna de Isabelita, y no faltó quien compadeció «*a las señoritas por su clausura que consideraban que habia de serles muy sensible después de lo que habían visto del mundo*»[lix].

El siglo XIX ya era el de la luchas por las libertades individuales, y la romántica infanta iba a ser un ejemplo temprano de la rebelión de las princesas europeas que, en las siguientes décadas, darían no pocos disgustos a sus augustos padres y parientes en prácticamente todas las cortes de Europa[63].

*

Tan solo un par de años antes sus padres habían barajado la idea de casarla con el príncipe Luis de Orleans, duque de Nemours, pues los reyes de los franceses necesitaban orquestar matrimonios convenientes para sus retoños, lo cual no era fácil dado que muchas casas reales continentales les contemplaban con recelo dado que Luis Felipe había llegado al trono de la mano de la revolución en 1830. Por tanto no era cuestión de hacer ascos a una infanta española, por muy segundona que esta fuese como era aquí el caso. Sin embargo, y por desgracia, aquellas tratativas habían quedado en nada aunque los infantes aún contaban con la aparición de otros príncipes, por supuesto católicos, en el horizonte, como el joven emperador Pedro II del Brasil[64]. De ahí el estupor que cundió en su casa al tenerse noticia de la fuga de Isabelita, pues todos se hacían cábalas sobre el paradero de la joven y sobre la identidad de su galán, porque estaba claro que no había podido escaparse sola.

No obstante todo apuntaba a un joven conde polaco, guapo por más señas, en quien se sabía que la infanta había reparado con notable empecinamiento. A decir del conde de Lalaing se habían conocido en casa de los infantes, pues el polaco se movía entre la buena sociedad parisina, pero entre la prensa y en los circuitos rumorológicos de la capital ganaba puntos otra versión según la cual, él, exiliado de su

Polonia natal, había sido contratado como profesor de equitación en el convento des Oiseaux. Sea como fuere, ambos habían quedado atrapados en la pasión amorosa y aquella noche del 7 de mayo de 1841 ella se habría descolgado de la ventana de su habitación conventual, atando las sábanas de su cama, para encontrarse con su amado al pie del edificio disfrazado de sirviente. Todo un folletín romántico tan propio de aquellos años, pues según tan cautivadora historia la pareja habría partido de inmediato hacia la frontera belga a uña de caballo. Una versión muy colorista de lo sucedido, si bien todo lleva a pensar que la cosa había sido un tanto más prosaica y que había sido Isabelita quien, tras conocerlo en el salón de sus padres, habría quedado subyugada por las incuestionables gracias y por la belleza del conde despertando en sus progenitores la inquietud suficiente como para enviarla al convento, junto a sus hermanas menores, para evitar que aquella obcecación tuviese consecuencias más desagradables[65].

En cualquiera de los casos las agitaciones de la infanta eran más que comprensibles habida cuenta de que su amado, el conde Ignacy Wenzel Mieczyslaw Gurowski, no era en absoluto un personaje cualquiera. Tenía 9 años más que ella y había nacido el 17 de mayo de 1812 en un enclave incierto de Polonia, pues las fuentes varían sobre el lugar indicando ya sea Varsovia, Kalisz[66] o Attendorf, aunque lo más probable es que se tratase de la pequeña localidad de Russocice, situada cerca de Kalisz, que era donde su familia tenía notables propiedades rústicas. Aquellos eran tiempos en los que el antiguo reino de Polonia se encontraba repartido entre Rusia y Prusia, y los Gurowski poseían bienes en ambos territorios: el gran ducado de Posen[67], bajo hegemonía prusiana; y el denominado reino de Polonia, bajo autoridad rusa, en el que se encontraba Kalisz. Pero, a pesar de ello, no formaban parte de la gran nobleza polaca como era el caso de los Czartoryski, los Radziwill, los Zamoyski o los Lubormiski, sino que se insertaban en el cuerpo de una pequeña nobleza rural de segundo orden. Eran castellanos (*kasztelan*)[68] de Kalisz, en el distrito de Colo, y ello les otorgaba ciertas prebendas en sus territorios además de que tenían asiento en la Dieta del reino de Polonia y que, en 1787, habían sido elevados al rango de condes por el rey Federico Guillermo II de Prusia.

El padre de Ignacy, el conde Wladislaw, había sido chambelán del rey de Prusia y había fallecido en 1818 dejando una amplia progenie de sus dos matrimonios. De su primera esposa, Mariana von Bischoffswerder, una hija llamada Cecilia y casada en 1818 con el barón Peter Fredericks, que tenía una notable presencia en la corte rusa; y de la segunda, la condesa Genoveva Cielecka[69], seis hijos de los cuales Ignacy era el menor. Por tanto la familia gozaba de una cierta

influencia tanto en Prusia como en Rusia, lo cual no fue óbice para que en 1830, y al socaire de la revolución de Francia, Ignacy y su hermano Adam se enrolasen en el movimiento revolucionario que levantó a la población polaca del gran ducado de Posen contra el Imperio ruso. Ambos participaron en la insurrección de noviembre de 1831 en la región lituano-volyniana, oficiando Ignacy de segundo teniente, pero aquella fue una revuelta fallida que generó una gran represión por parte de Prusia que eliminó a los polacos de la administración, intentó reducir el poder de la nobleza terrateniente y prohibió la enseñanza de la lengua polaca. Como consecuencia de ello, es más que probable que hacia 1841 los Gurowski hubiesen perdido el grueso de sus propiedades aunque contaban con la suerte de que su hermana de padre, Cecilia, era la gran amiga y confidente de la zarina, la princesa Carlota de Prusia, sobre quien ejercía una notable influencia.

Sabemos a ciencia cierta que dos de los hermanos, Adam[70] e Ignacy[71], se vieron obligados a exiliarse y a buscar refugio en París, donde la familia gozaba de buenos contactos entre la sociedad aristocrática. Con toda probabilidad en la capital francesa entraron en el círculo de aquel rico y poderoso magnate polaco que era el príncipe Adam Czartoryski[72], que había sido el presidente del gobierno nacional polaco durante la insurrección de 1831[73] y que recibía con toda magnificencia en su imponente Hotel Lambert de la capital, por el que pasaban Federico Chopin, Eugeniusz Bréza y tantos otros exiliados polacos de renombre. De ahí que, según algunos, Ignacy utilizase aquellos contactos para entrar a trabajar como profesor de equitación en el convento des Oiseaux pues, según una tradición oral entre sus descendientes, tenía tan buen porte y tan gran dominio de las artes de la equitación que era capaz de sujetar con la boca un tiro de caballos y, por tanto, bien podría haber sido el profesor de picadero de aquellas jóvenes de la buena sociedad, aunque, en realidad, también es posible que la historia, envuelta en aires de folletín, pudiese haber sido un tanto distinta. Sí es cierto que había estudiado en las universidades de Varsovia y de Heidelberg y que era un joven instruido, aunque su gran activo era su belleza, que fue lo que en realidad le abrió las puertas de París a su llegada a la ciudad en 1834.

No fueron pocos los nobles polacos que por entonces hubieron de emigrar a Francia, pues la familia real francesa tenía sus propias vinculaciones familiares con la gran nobleza polaca[74]. Por otra parte un tío abuelo de Ignacy, el conde Alexandre Melchior Gurowski, había tenido un papel relevante en el círculo íntimo del depuesto último rey de Polonia, Stanislas Leczynski, en su pequeña corte de Luneville, y la abuela materna del francés marqués de Custine, la marquesa Françoise de Sabran, había mantenido una cierta relación con los Gurowski en

tiempos de la gran revolución francesa. Por ello todo apunta a que fue gracias a esos vínculos que, sin dinero ni posición, Ignacy consiguió entrar en relación con el conocido Astolphe Louis Leonor de Custine, marqués de Custine, que por aquellos años ya estaba viudo de Leontine de Saint Simon de Courtemer y sentía una pasión profunda por los hombres y, en particular, por su amigo Edward Sainte-Barbe. Una relación amorosa de tiempo a la que el polaco se incorporó de inmediato, conformando aquello que Custine describía con sorna como «*nuestro trío*». Un *ménage à trois* muy bien avenido y en toda regla, que era muy conocido en los circuitos de la vida canalla de París[lx] y que permitía a Gurowski vivir sin estrecheces en el departamento parisino del rico Custine, en la rue de La Rochefoucauld, o en sus castillos de Fervaques y Le Belvedere. Algo que hace improbable que se viese obligado a trabajar como profesor de equitación en un convento de señoritas.

Según los registros policiales sobre prácticas homosexuales en el París de aquellos días (*Femmes galantes et Homosexuels*), custodiados en los archivos de la Prefectura de la ciudad, Custine era «*un pederasta desenfrenado, conocido de todas las tías y todos los Jesuses de París*», Sainte-Barbe era un inglés bastante adinerado, e Ignacy un «*pederasta sin vergüenza*» cuyas costumbres eran algo «*hereditario en su familia, pues su padre y su abuelo eran de la misma religión*»[lxi]. Un trío bien acoplado pues para el marqués su joven adonis tenía, según él mismo escribía al cronista Karl August Vernhagen von Ense en 1841, «*un corazón excelente, un espíritu original y era un hombre de rostro y de comportamiento encantadores*»[lxii]. Poco le interesaban otros atributos, pues también decía de él que «*era graciosamente ignorante de todas las cosas*» al tiempo que otro de los polacos circulantes por la capital francesa le definía como «*casi privado de las capacidades intelectuales*»[lxiii]. Retratos un tanto pobres de un hombre sin duda alguna más ilustrado pues, cuando años más tarde Custine marchó de viaje a Rusia, fueron muchos los que quedaron sorprendidos de su buen conocimiento de aquel lejano país, gracias a cuanto Ignacy le había transmitido con buen saber.

Durante al menos seis años, los tres vivieron juntos en las casas del dandi intelectual Custine, pero hacia fines de 1840 el sexualmente exuberante Ignacy dijo estar enamorado de la famosa actriz trágica Mademoiselle Rachel[75], con quien quiso casarse sin éxito. Al parecer fue el propio Custine quien pidió la mano de Rachel para él pero, según el marqués de Luppé en su libro sobre Custine, un par de Francia sexagenario, el barón Guillaume Pavée de Vendeuvre, había prevenido a la dama contra Ignacy que se personó inmediatamente en su casa, en el 5 de la rue Tronchet, lugar también de residencia de Federico Chopin, para propinar al anciano un sonoro puñetazo que le

costó dos dientes. La cosa llegó a tanto que la policía tuvo que intervenir y desde entonces el irredento Ignacy, que era un apasionado del boxeo, quedó fichado por las autoridades. Fue poco después cuando la infanta apareció en escena, al tiempo que Custine depositaba sus afectos en su nuevo *mignon* que era el citado exiliado polaco Eugeniusz Breza.

*

Que Isabelita hubiese puesto sus ojos en el guapo Gurowski, cuya reputación como vemos no podía ser peor, no es de extrañar en aquellos tiempos en los que las jóvenes, y en particular las de la buena sociedad, estaban sujetas a grados tan altos de represión sexual y conductual que solían presentar toda suerte de síntomas anímicos y psicosomáticos. Y más aún en una casa como la de los infantes, en la que Isabelita convivía con sus hermanas Luisita, Pepita, Amalia y Cristina, todas ellas educadas tanto en los poderosos dictados maternos como en los rígidos dictados morales de su tiempo. Así todo parece indicar que, a comienzos de aquel año de 1841, Ignacy comenzó a frecuentar el Hotel de Galliffet para, como decía Custine, «*consolarse del rechazo de la princesa del teatro con la presencia de una auténtica princesa*». De ahí que hacia mediados de abril los infantes, inquietos por las asiduidades del polaco, hubiesen enviado a esta hija, junto con sus hermanas menores, a la Casa Madre del convento de las agustinas, donde habría tenido lugar la fuga dado que la infanta se creía falsamente embarazada[76]. Hechos sobre los que nos informa la declaración del propio Ignacy ante la policía belga tras su fuga y su detención pocos días después en Namur, que como veremos difiere parcialmente de la leyenda novelesca que desde entonces se fue forjando sobre aquellos hechos y sobre el origen de aquellos amores.

«*Un día del que no recuerdo la época* —declaró él—, *recibí a una persona de parte de la princesa I… que me pidió en su nombre, y por todo cuando hay de más sagrado, de ir a verla al hotel particular de sus padres para mantener un encuentro con ella. Me suplicaba hacer exactamente lo que la persona susodicha me indicaría que hiciese. Conducido por esta persona fui recibido por ella en numerosas ocasiones estando informados sus padres, toda la familia, y toda la casa. La princesa I… declaró a sus padres que se quería casar conmigo, y ellos prometieron que así sería jurando mantener su promesa. Se mostraban enteramente satisfechos de la elección de su hija, e incluso la propia madre hizo que la princesa me escribiese una carta, en su presencia, para animarme a proceder. De todo ello tengo pruebas auténticas. En los primeros días de este año [1841], no osé presentarme y escribí a la princesa que era muy embarazoso para mí ir a solicitar su mano, dado que su rango era mucho más alto que el mío. Ella me respondió que podía enviar un amigo a hablar con su padre, y que*

este le esperaría el día y a la hora que yo designase.

Al cabo de cierto tiempo todo cambió. Yo no osaba animar mi audacia por respeto a la princesa y a su familia, intenté cesar toda comunicación con ella, e incluso durante cierto tiempo dejé de responder a sus cartas. Pero habiendo tenido noticia de su enfermedad, causada por la desesperación que le producía mi enfriamiento, y habiendo recibido cartas de varios miembros de su familia más cercana que me instaban a salvarla y a convertirme en su esposo para evitar males mayores, y también cartas de ella misma muy conmovedoras y llenas de reproches en las que me anunciaba su intención de atentar contra su vida, dado que conocía su carácter no dudé de que pudiera llevar a término sus amenazas. Entonces, y después de tantas pruebas de amor, le respondí.

Unos días antes de nuestra marcha, recibí de ella una nota a lápiz para animarme a encontrarnos en un lugar designado por ella para tener noticias suyas, declarándome que si yo no me personaba no la vería nunca jamás. El día indicado llegué por desgracia un minuto tarde a la cita cuando percibí, para mi gran estupefacción, que ella estaba frente a mí en el lugar señalado. Parecía desgraciada, sin sombrero, sin zapatos, y con un vestido todo rasgado por haber saltado del primer piso de la casa. Desde lejos gritaba "Salvadme, o me mato", reprochándome que ya no quería saber nada de ella. Yo solo tenía un curso de acción para salvarla del deshonor: llevarla con su familia, cosa que hice…».

Un chantaje emocional en toda regla si hemos de creer la declaración del conde, que no parecía ser un alma cándida. Según esta versión él sería una especie de víctima del amor apasionado de Isabelita, y ella no se habría escapado del convento sino de la casa paterna. Pero estas declaraciones no explican la marcha alborotada de París de la peculiar pareja fugitiva, y contradicen la especie que corría por los salones aristocráticos de París pues el relato de tintes más novelescos es el que pasaría a la historia y el que la propia infanta repetiría, una y otra vez, a lo largo de su vida. Testigo de sus palabras fue su buen amigo el conde Bruneel[77], un filántropo belga establecido en París, que muchos años más tarde recordaría:

«*A pesar de todo, en aquel momento en el alma de la infanta se desarrollaba el recuerdo del pasado. Enemiga, como siempre, del silencio, comenzó con esa voz profunda y ese tono bajo tan frecuente en los españoles a relatar la novela de amor que había ilustrado su juventud y que había dado pábulo a las crónicas escandalosas en todas las cortes de Europa. El rapto del convento, la fuga en la noche con el secuestrador, luego el matrimonio, tan puramente romántico […] Esa noche la heroína de la novela nos dio los datos más precisos. Ella precisó que fue gracias a los girones de su vestido hecho trizas que pudo saltar desde lo alto de un balcón para caer en los brazos de su futuro esposo. Y otro detalle picante: nada más poner el pie en tierra la princesa se travistió en sirviente y tomó*

asiento junto al conde en el faetón. Así pudo salir, impunemente, y sin poder ser reconocida por nadie, de las puertas de París».

Dos narrativas bien distintas de una misma historia. Juzgue el lector ambas, aderezadas por los dos protagonistas, que sin duda compartían intereses, pues si Isabelita se llevaba a un buen mozo y se libraba del mal destino de muchas princesas casadas a la fuerza con príncipes nada atractivos, Ignacy se llevaba a una infanta de España confiado en abundancias monetarias y en ganancias sociales futuras, lo cual no era cuestión baladí. Entre tanto, la prensa española de aquellos días aportaba nuevas informaciones sobre lo acontecido.

«*La infanta doña Isabel Fernandina* —publicaba el *Eco del Comercio*[78] —, *jóven bella y de una vivacidad extraordinarísima, adolecia en ciertos periodos de una afeccion que la reducia al estado de una alienacion casi absoluta. Para precaver las funestas consecuencias que podria acarrear semejante fatalidad, sus augustos padres tomaban oportunamente en el recinto doméstico las mas acertadas y enérgicas medidas, pero desgraciadamente el mal llegó a tal estremo que recelando fuesen estas insuficientes o espuestas a la publicidad, y no sirviesen de estímulo a algún abuso maligno tomaron la dolorosa medida de encerrarla en el convento del Sagrado Corazón de María, calle de la Salud, número 7, en 1 de abril último, y para cohonestar el rigor de esta precaucion la acompañaron en esta reclusion sus hermanas menores, el aya, camaristas, azafatas y demás servidumbre correspondiente. Hallándose pues en esta situacion, un aventurero polaco llamado Gurosos Ri [sic.] aprovechándose del conocimiento con la princesa, formado accidentalmente ya en los bailes de la corte, ya en los de algunas embajadas, ensayó y consiguió con el apoyo y cooperacion de varios otros que le han suministrado dinero y auxilios muy notables, apoderarse de la persona de la infantita a las diez y media de la noche del 8 al 9 del actual. Tres cuartos de hora hacía que sus padres se habian separado de ella dejándola acostada y algo calmada de su accidente cuando se verificó el rapto acompañado de las circunstancias mas originales para haber podido burlar la vigilancia (si no ha habido corrupción) de tantas personas asi de su servidumbre particular como del convento, encargadas de su custodia. Dejo a la consideracion de vds. la sorpresa, el disgusto y el desconsuelo de su afligida y desgraciada familia al anunciarles estos sucesos en la misma noche*»[lxiv].

*

Entre tanto, y mientras la pareja se alejaba de París camino de la frontera belga, el embajador de España en la capital francesa alertaba al palacio de las Tullerías de lo acontecido, cuando el escándalo ya se expandía por los salones de París alimentado por los comentarios de la prensa. Todo ello para el descrédito de la familia de los infantes, considerados unos intrigantes por su conducta en la corte de Madrid,

cuyos hijos perdían enteros en el mercado matrimonial europeo con aquellas historias. Mas para cuando las autoridades fueron puestas sobre aviso, el faetón en el que los fugados viajaban ya había llegado a Namur para hacer un primer alto en el camino[79]. Allí se hospedaron en el mejor hotel de la ciudad, el d'Harscamp, donde tomaron dos habitaciones separadas pero comunicadas entre sí, mientras la policía francesa, en estado de alerta, se movilizaba en su búsqueda. Gurowski tenía la intención de llegar a las tierras polacas en las que vivía su familia, y para ello pretendía atravesar toda Bélgica lo antes posible para dejar atrás a sus perseguidores. Pero aquel día se vieron obligados a detenerse en Namur para reparar el coche de caballos en el que se desplazaban.

El rey Luis Felipe se mostraba muy molesto con el incidente y se comunicó inmediatamente con su yerno, el rey Leopoldo de Bélgica, para solicitarle que pusiera en marcha una investigación en su país con la intención de recuperar a Isabelita. Diligente, el 12 de mayo la policía belga comisionó al gobernador de la provincia de Namur para que, esa misma mañana, se personase en la habitación de hotel que ocupaban los fugitivos. Solicitados sus papeles, Ignacy produjo un pasaporte falso a nombre de Edward de Sainte-Barbe, el viejo amante suyo y de Custine, y ella otro a nombre de Madame Fanny Harès. Algo que indica claramente que su fuga había sido pactada, preparada con cierta antelación y quizás apoyada por Custine. Rápidamente desenmascarados, el gobernador notificó a la infanta su obligación de conducirla a casa del burgomaestre mientras que Gurowski quedó en libertad provisional permaneciendo por el momento en el hotel bajo la custodia de un suboficial de la gendarmería.

La fuga había sido un acto fallido y desde Bruselas se envió a Namur a un alto funcionario de la Seguridad Pública al tiempo que los hermanos de Isabelita, Paquito y Enriquito, eran puestos al día de la situación pues, desde semanas atrás, se encontraban de visita en Bruselas instalados en un hotel de paso en compañía de su instructor, Monsieur Junel, que también salió de inmediato hacia allí. Del mismo modo, y sincrónicamente, llegaban a aquella ciudad, procedentes de París, el ministro francés de Asuntos Exteriores y el secretario del infante Francisco de Paula que era portador de plenos poderes para poder actuar.

A su llegada a Namur, al día siguiente, el funcionario de la Seguridad Pública mandó conducir a Ignacy a Bruselas a donde llegó acompañado del abogado Gustave Raymond, encargado de su defensa, y fue instalado en el hotel de Hollande bajo la vigilancia de unos gendarmes. Allí redactó el documento arriba consignado, alegando que él y la infanta se habían unido en matrimonio antes de abandonar París en presencia de un puñado de amigos y ante un sacerdote cuyo

nombre no podía revelar. Isabelita también fue enviada a Bruselas, donde fue alojada en el hotel de l'Univers al que marcharon a visitarla de forma inmediata el embajador de Francia, marqués de Rumigny[80], y sus hermanos. Poco más tarde Gurowski, de quien la prensa belga decía que era «*de bella talla, tenía una fisonomía muy expresiva y llevaba una larga barba*»[lxv], fue puesto en libertad aunque obligado a permanecer en Bruselas en compañía de su amigo el príncipe Lichnowsky[81], que había llegado desde Londres para hacerle compañía.

Días después, el 18 de mayo, el conde de Dietrichstein, ministro de Austria en Bélgica, escribía al canciller austriaco príncipe de Metternich: «*Esto es todo un melodrama lleno de incidentes escandalosos, pero que parece querer desarrollarse como un vodevil, es decir, en boda […] ha habido una correspondencia entre la corte de Francia y Rumigny con la intención de encontrar una salida decente a este escandaloso asunto*». Ese mismo día la reina Luisa de Bélgica escribía consternada a sus padres los reyes de Francia: «*Esta es una novela vergonzosa. Este asunto es tan desagradable se mire por donde se mire, que quisiera ni siquiera pensar en él*»[lxvi]. Y un día después añadía muy crítica:

«*Rumigny dice que Isabel llegó a Bruselas ayer por la mañana, y se muestra afligido de que esté instalada en el hotel sin otra protección que Junel que dice considerarse una especie de perro guardián. Él hubiera querido, por consideración a la sangre Borbón, tenerla en la embajada [de Francia] hasta su boda. Pero falto de instrucciones no ha querido osar. Le ha pedido a Leopoldo [el rey] que haga guardar a Isabel hasta que el matrimonio, si no se puede impedir, esté legalmente concluido. Leopoldo le respondió que no podía mezclarse… Isabel continúa estando aquí y va a ser llevada a una casa en la que se encuentra Gurowski. Parece que este último está poco dispuesto a recibirla y solo Dios sabe si y cómo se casarán. Es realmente horrible. La vergüenza que les cubre casi cae sobre nosotros mientras ellos estén cerca nuestro, pues buscarán asociarnos a su falta de consideración*»[lxvii].

Finalmente, el rey Leopoldo, «*por caridad*» según su esposa, se ocupó junto con Rumigny, que recientemente viudo se había convertido en el gran valedor de los fugitivos, de orquestar un matrimonio e impedir que Ignacy dejase plantada a Isabelita, pues un abandono por su parte la hubiese llenado del mayor oprobio. Según la reina Luisa la idea de una boda encontraba dificultades sin límite, pero finalmente se llegó a un acuerdo entre las partes y horas más tarde la infanta emprendía viaje, confiada a los cuidados del prefecto del Norte[lxviii] y acompañada por el oficial de la Seguridad Pública Monsieur Opdebeeck, Monsieur Junel y un funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores. En un segundo coche iban el secretario de su padre y un suboficial de la gendarmería, llegando la comitiva a Lille

en las primeras horas de la madrugada para cenar y pasar la noche allí. Mientras, el secretario del infante ya había informado a las autoridades belgas de que Su Alteza consentía finalmente en el matrimonio de su hija, a condición de que la pareja, y para allanar el escándalo, se estableciese fuera de Francia pues, como Prosper Mérimée dijo a la condesa de Montijo[82]: «*¿Acaso no es un buen fin para la raza de Luis XV[83], que una de sus sobrinas nietas se case con un polaco mantenido por un hombre?*[lxix]».

Poco después Isabelita llegaba a un París lleno de rumores sobre su aventura, pero su estancia iba a ser breve pues, según Dietrichstein volvía a escribir a Viena: «*La infanta Isabel, que había vuelto a París para implorar el perdón de sus padres, fue rechazada por ellos y fue devuelta a Bruselas donde permanece sola en un hotel de segunda […] Las formalidades del Código Napoleón se oponen a la conclusión de un matrimonio rápido y, por otra parte, el señor Gurowski no parece muy dispuesto a terminar el último capítulo de esta novela salvo que se le asegure algún que otro beneficio más allá del poco lucrativo de pasar por marido de una princesa real*».

El escándalo estaba en todas las bocas y desde París Mérimée continuaba relatando a su amiga española: «*La princesa, reconducida a París, fue llevada a la presencia de su virtuosa progenitora, que no quiso recibirla, como tampoco el padre. Le enviaron al conde de Parcent que, llegando a la antesala, alzo los brazos y los ojos al cielo y comenzó un exordio patético, luego interrumpido por la princesa, que le pidió que dejase la moral para otra ocasión, por ejemplo, para cuando hablase con su madre. Parcent quedó tan desconcertado, que el discurso se le quedó en los labios. Las personas que habían traído a la fugitiva, no sabiendo qué hacer, resolvieron llevarla al ministerio del Interior, donde la depositaron tras la firma de un recibo […] [tras su fuga] la princesa había partido con una pistola y un puñal y, a algunas leguas de París, había descubierto a un cura español al que amenazó de muerte si no efectuaba allí mismo el casamiento. "Mis malditos cabellos rubios", repetía de vez en cuando. "Por causa de ellos fui apañada". Después de un interrogatorio inocuo, despacharon de nuevo a la princesa para Bruselas, donde será de facto casada con Gurowski*»[lxx].

Y fue así como al alba del día 19 de mayo la infausta joven volvía a estar en la capital belga, donde pudo reencontrarse con su amado pero no fue invitada a la cena en el palacio real a la que sí asistieron sus hermanos. «*Rumigny* —volvía a escribir la reina Luisa— *trajo a los infantes. Paquito no ha cambiado, Enriquito ha crecido pero no se ha embellecido ni está más espiritual. Recuerda mucho a su desgraciada hermana. Rumigny loa mucho a Paquito y dice que él sabe cuál es su posición. Es él quien se puso mal al tener noticia del deshonor de su hermana […] Tras la cena de ayer en la que llevaban unos uniformes*

horribles (tenían el aspecto de mercaderes de Orvietan[84]) hicieron el círculo [de la corte] de forma muy conveniente»[lxxi].

En esas llegaron a Bruselas los padres de los infantes y la reina de los belgas volvía a escribir: «*El paso de sus indignos padres por Bélgica no mejora la situación de los hijos. Me hicieron una visita y me caí de culo, aunque nada de ellos debería sorprender. Sus hijos [varones] están en Malinas con un criado y no saben qué será de ellos, o a dónde ir. Estos desgraciados dan pena, pues no reciben ni órdenes ni noticias de sus padres. Sólo han recibido el otro día una carta furibunda llena de comentarios y de reproches. Y Junel es quien tiene el dinero*»[lxxii]. Los infantes padres consintieron finalmente en la boda, que se estipuló que se celebraría tanto fuera de Francia como de Bélgica. Por ello la reina Luisa informaba de que la pareja había marchado al Reino Unido, donde el 6 de junio ambos se unieron en matrimonio en la iglesia católica de Dover en una ceremonia a la que únicamente acudió Paquito, que viajó desde Bélgica en representación de la familia. «*El sábado en la mañana* —escribía un enviado de la prensa belga— *se celebró en la capilla católica de Dover, y en presencia del alcalde y de los cónsules de Francia e Inglaterra, el matrimonio de la princesa Isabel Fernandina Josefa, hija del infante Francisco de Paula de Borbón, con el conde Ignacy Gurowski. A causa de su conocido rango, y de su estancia aquí desde hace tres semanas, la capilla estaba llena desde muy temprano de los ciudadanos más distinguidos de la ciudad, muy interesados en asistir a esta interesante ceremonia*»[lxxiii]. Ofició el sacerdote padre Savage y días más tarde Enriquito escribía a su hermana en francés desde el mismo Dover: «*siempre he deseado tu felicidad. Ahora sé feliz. Olvida el dolor del pasado. Ama a tu marido como el primer día en que le conociste, como el día terrible en el que creíste perderle. Haz que te ame, hazle feliz, haz feliz a tus hijos*»[lxxiv].

Los nuevos cónyuges partieron de inmediato hacia Londres para, días después, abordar un vapor inglés que les condujo al puerto belga de Ostende a donde llegaron con la única compañía de una persona de servicio. Concluía así el primer capítulo en la vida de la infanta. Un matrimonio malhadado que no había gustado nada a sus padres, y en particular a la enérgica Luisa Carlota, porque había emborronado la reputación de la familia que, como en tantas otras ocasiones, había tenido que plegarse a las circunstancias para evitar males mayores.

*

Tras tantas peripecias, y siendo difíciles de acomodar, en agosto la pareja pasó unas semanas en la ciudad balnearia de Spa desde donde, instalados en el Hotel du Lion Noir, ella escribía a Madrid a su tía la reina María Cristina diciéndole: «*Soy la persona más feliz que existe con Ignacio, lejos de las personas contrarias a nuestro modo de pensar y a los*

intereses de cuyas personas no desean más que engrandecer su loca ambición»[lxxv]. Poco después se instalaron definitivamente en Bruselas donde, con la renta anual que el infante Francisco les garantizó de 20.000 francos, pudieron alquilar una casa relativamente modesta en el 79 de la rue Ducale. Allí, además, contaban con la cercanía de una hermana de Ignacy, la condesa Mary Gurowska, que era esposa del conde Berthold de Mülinen. Se les había dejado claro que su presencia no era deseada en la corte francesa, pero tampoco caía bien en la belga como queda manifiesto en la correspondencia de la reina Luisa, que todavía en el mes de diciembre escribía: «*Espero que los Gurowski no me darán más signo de vida… pues sería extremadamente embarazoso para nosotros, sin hablar de las dificultades por las cuestiones de rango… pues si se la trata como Infanta de España, debe tener derecho de paso por delante de todo el mundo*»[lxxvi].

Para entonces los infantes padres habían conseguido regresar finalmente a España, donde el general Espartero se había deshecho de la reina María Cristina, constituyéndose en regente. Francisco marchó el primero y Luisa Carlota se retrasó unos días, viajando en compañía del duque de la Victoria para reunirse con su esposo en Burgos donde, según recogía la prensa, iban a determinar con el nuevo regente su lugar de residencia en España[lxxvii]. La infanta, que llevaba consigo a dos de sus hijos, Luisita y Fernandito, e iba acompañada por su inseparable Parcent y por don Antonio Gamarra, había salido de París hacia Burdeos, había seguido desde allí a Bayona, donde todos se hospedaron en el hotel San Sebastián, y finalmente se reunió con su esposo en la ciudad castellana. Todo un acontecimiento para la familia pues, como Paquito escribía a Isabelita desde Viena, sus padres habían entrado en España «*bajo el astro brillante de nuestra adorada patria*». Poco después don Francisco partió en solitario hacia Madrid, quedando ella en casa de la marquesa viuda de Barrio Lucio[85], hasta que ambos pudieran reencontrarse en la capital.

Finalmente los infantes, a quienes el regente Espartero no invitó a vivir en palacio, se instalaron en el número 40 de la calle de la Luna (actualmente número 32), que su sobrina la reina Isabel II hizo declarar palacio, en una España en la que los aires políticos habían cambiado mucho. Ambos andaban deseosos de reintegrarse a la vida de la corte ante la posibilidad de poder volver a jugar algún papel político e influir sobre la reina niña, especialmente ahora que los exilios se habían trocado y era la reina María Cristina quien se encontraba desterrada en París. Atrás habían dejado a Paquito y Enriquito, todavía de viaje por Europa pero con el anhelo de incorporarse en breve al ejército español, y a sus hijas menores Pepita, Cristina y Amalia, internadas en el colegio-convento de París, que ahora iban a quedar al cargo de la mismísima María Cristina.

Por el momento Isabelita e Ignacy seguían siendo en un elemento incómodo para la corte belga aunque, sorprendentemente, en aquellos primero momentos la pareja intentó mantener un perfil bajo, pues el dinero no daba para mucho si se quería mantener un cierto tren de vida. Se habían mudado a una nueva casa de alquiler en el 68 de la rue Royale Neuve, y fue allí donde el 11 de septiembre de 1842 nació su primera hija, María Luisa Genoveva María del Carmen, que fue bautizada en la catedral de Santa Gúdula. El parto llegó complicado e Ignacy tuvo que recabar con urgencia la ayuda de un eminente ginecólogo local, el doctor Arsène Pigeolet, que desde entonces se convertiría en uno de sus mayores valedores pues, a decir de él mismo, en aquella casa encontró a «*una mujer joven impetuosa y sentimental, y un entorno que parecía marcado por la amable fantasía de sus ocupantes*»[lxxviii].

Pigeolet, que había nacido en 1814, era profesor de la Universidad Libre de Bruselas y quedó rápidamente fascinado por la personalidad de Isabelita, con quien comenzó una profunda amistad que se mantendría inalterada durante toda la vida de ella. Desde entonces sería también uno de los mayores apoyos económicos del matrimonio, que por el momento vivía de la renta que desde Madrid le enviaba don Francisco y de algunas ayudas de la condesa Gurowska, madre de Ignacy. Entre tanto los infantes padres habían marchado desde Madrid a Zaragoza, donde en febrero de 1843 esperaban que don Francisco saliese elegido diputado por aquella circunscripción. Algo orquestado por Parcent pero que se coronó con éxito pues, tras salir él elegido, en julio ambos regresaron contentos a su finca madrileña de Carabanchel mientras que Paquito acababa de incorporarse al ejército con el rango de comandante de caballería, y Enriquito era nombrado alférez de navío a bordo del bergantín *Manzanares.* Las aguas parecían calmarse y por tanto Francisco y Luisa Carlota pudieron centrarse en mantener una correspondencia regular y fluida con Isabelita, en la que también participaban aquellos de sus hijos que estaban en España.

Francisco y Luisa Carlota se habían decidido a dejar el pasado atrás, y sus principales objetivos eran ahora conseguir sacar adelante la difícil tarea de orquestar el matrimonio de Paquito con la reina niña, y luchar por conseguir el reconocimiento oficial del matrimonio de los Gurowski y su regreso a España. Una tarea, esta última, nada sencilla pues aquella boda no parecía ser tenida en cuenta en la corte dado que a Isabelita ni siquiera se le había retirado su rango de infanta y, por tanto, no podía regresar a España sin antes regularizar la situación de su esposo. Se imponía la paciencia y Paquito escribía a esta hermana a Bruselas: «*Mi muy querida Isabelita, nada tengo que decirte después de los consejos que te da el mejor de los padres. Todo marcha lentamente pero es de esperar que algún día cesen nuestros*

disgustos y entonces puedas estar segura que ni tus padres, ni tus hermanos te olvidarán […] Ahora nuestros recursos son bien escasos pero no obstante querida hermana, no dejes de decirle a papá tu verdadera posición»[lxxix].

Corría el otoño de 1843 y fue entonces cuando Custine marchó a Bruselas a visitar a los Gurowski dejando escrito que la infanta:

«*Adorando a su marido, lo maneja a su voluntad. Acaban de tener una niña. Me ha parecido un ángel, una rosa, una verdadera maravilla: con grandes ojos, trazos pequeños, pero con los colores de Rubens, manos que parecen una escultura griega y un gesto de princesa que es la cosa más graciosa que he visto nunca. Tiene un año y su médico la describe como un fenómeno […] La infanta me decía: "En una buhardilla soy la mujer más feliz si estoy con Ignacy. Desde que nos casamos no nos hemos separado ni cinco minutos". Aunque los Gurowski y la Familia Real española les han enviado preciosas cuberterías y vajillas, prefieren utilizar una más rústica y cubiertos de metal de hierro. Sus nobles y alegres sentimientos la embellecen, y es adorable. En cuanto a Ignacy… sigue siendo el mismo […] La princesa me añadió: "yo siempre tuve el presentimiento de que viviría lejos de la corte y que sería más feliz que mi madre y mis hermanas. Todo esto se me hace muy fácil porque tengo tanto amor…" […] Canta y dibuja maravillosamente, y tiene la mirada penetrante de una reina*»[lxxx].

En octubre todo seguía igual y se buscaba la ocasión idónea para que Isabel II aprobara y legitimara el matrimonio de su prima, una tarea que se auguraba difícil y para la que Paquito pedía a su hermana: «*es menester que seas tú la que hagas la petición a la Reyna*»[lxxxi]. Dos meses más tarde, en diciembre, era la reina Luisa de Bélgica quien volvía a dar noticias del matrimonio Gurowski y escribía a sus padres que, según Rumigny y para su sorpresa, Isabel e Ignacy llevaban una vida ejemplar debido principalmente a su constante falta de fondos. «*Isabel* —escribía el marqués— *no tiene doncella… Intentad que Cristina les dé algo… Es una infanta de España, y por esa razón y sea cual sea la que haya sido su conducta, tiene derecho a una pensión*»[lxxxii]. Poco después los reyes de Bélgica marchaban de visita a París, e Isabelita se apresuró a escribir a su tía María Cristina para implorar que intentase ejercer su poderosa influencia sobre ellos.

Entre tanto la infanta, que no había cortado todos sus lazos familiares, se esforzaba en mantener su relación con los numerosos miembros de su familia extendida por vía epistolar. Así en julio de ese año su abuela, la reina viuda de las Dos Sicilias, le había escrito desde Nápoles en respuesta a una de sus cartas diciéndole: «*Yo gozo perfecta salud, asi toda mi familia. Nada se de mi hija la Emperatriz de Brasil*[86]*, es una terrible distancia*»[lxxxiii]. Y en septiembre de 1844 le avanzaba: «*Yo estoy muy buena, y ahora el Rey, que ha dado una vuelta por sus estados con la Reyna, ya esta de vuelta aqui, como tambien mi hijo el Conde de*

Siracusa ha estado de aqui ausente por 5 meses, a viajado en Francia y Italia»[lxxxiv]. Un mes más tarde le hablaba de su gentilhombre de cámara y administrador de su casa, el caballero Vincenzo del Balzo, con cuyo hermano se había casado en segundas nupcias[87], y le relataba: «*Del Brasil tengo escelentes noticias, y mi hija esta embarazada. Este ha sido un gran consuelo para mi pues asi hara mas feliz la Emperatriz al pais y podrá volver a venir mi amado hijo y casarse su muger*[88] *que me dicen ser tan buena y bien educada*»[lxxxv].

Sin embargo, aquel año de 1844 había comenzado con luctuosas noticias, pues el 29 de enero Luisa Carlota había fallecido en su palacete de la calle de la Luna. Una madre con la que Isabelita había alcanzado a reconciliarse a tenor de la correspondencia entre ambas, y que en sus últimos momentos había expresado su claro deseo de que esta hija regresase a España y se produjese un definitivo reencuentro familiar. El óbito estuvo causado por un grave y súbito cuadro físico, fue enterrada en el panteón de infantes del monasterio de El Escorial y desde París su hermana María Cristina escribía a Isabelita: «*Cuando recibas esta carta ya tendrás por desgracia noticia de la inesperada muerte de tu Madre y mi Hermana acaecida de resultas de una violenta erupcion cutanea. Te considero, como es justo, traspasada del mas profundo dolor y te acompaño en él de lo íntimo de mi corazon desconcertado seguramente anteayer con la fatal nueva que recibí sin tener antecedente alguno sobre la enfermedad*»[lxxxvi]. Un mes después María Cristina volvía por fin a España llevando consigo a las tres hermanas pequeñas de Isabelita, Pepita, Cristina y Amalia, que habían permanecido en París. Un cambio que dejaba a los Gurowski muy alejados geográficamente de su familia española, pues la infanta fue la única que no pudo marchar a Madrid para estar junto a su padre quien, poco después, envió a Bruselas a su confesor, el padre Fulgencio López[89], que en mayo visitó a los Gurowski para transmitirles los deseos de la difunta de conseguir que su hija pudiese regresar a España.

En Madrid don Francisco fraguaba sus esperanzas en el regreso de la reina Cristina pues esperaba que, con su notable influencia ahora que había caído Espartero, pudiese facilitar la regularización de la situación de Isabelita y buscar un modo de poder presentar a Ignacy en la corte de manera digna y decorosa. Pero el regreso de los Gurowski a España no iba a producirse por el momento, pues el Gobierno ponía dificultades y el infante sólo pudo obtener algunos dineros para su hija, a quien en abril remitía: «*un decreto muy fino del Ministro de Estado participando que la Reyna te ha señalado 35.000 francos que te seran pagados puntualmente por trimestres, y además de lo que yo por mi parte te enviaré, y espero que Dios querrá que todo se componga pronto y bien, y tenga el consuelo de abrazarte*»[lxxxvii]. Se hacía todo lo posible por encontrar una solución y hasta se barajaba que

Isabelita viajase a España sola, en compañía de su hija, en tren y con el menor equipaje posible (Ignacy solo podría acompañarla hasta Bayona), para no tener que reconocerle oficialmente el rango de infanta. El escollo era que no podía llegar como mujer casada mientras no se hubiese encontrado una forma de consideración pública para Ignacy, que no era sino un conde empobrecido y de muy escasa posición social. Según Paquito volvía a escribirle a Bruselas: «*tu no puedes venir como una cualquiera porque además de ponerte en una posición falsa, el poco respeto que se te tenga recae en perjuicio nuestro, y tu conoces tan bien como yo lo importante que es hoy más que nunca el conservar el prestigio*»[lxxxviii].

Frustrados, aquella primavera los Gurowski marcharon a tomar las aguas a Spa, donde por entonces se daban cita todos los elegantes, en momentos en los que les llegaba una merma económica pues el 13 de julio moría en París la madre de Ignacy, la condesa Genoveva[90], que fue enterrada en el cementerio de Montmartre. Luego, llegado agosto, fue Isabelita quien volvió a dirigirse a su tía Cristina para rogarle que hiciese lo posible para que su vuelta a España se hiciese efectiva. «*Me es penoso, Señora* —le decía— *el verme separada de mi familia y de no poder volver a mi Patria, creo Señora que no he cometido ningún delito para que esta súplica que hago me sea rehusada. Las bondades que Vuestra Magestad me ha demostrado en tantas ocasiones me hacen ver que Vuestra Magestad no me rehusará una cosa tan inocente*». Todo indica que aquella súplica pudo conmover de algún modo a la reina madre, pues ella misma decidió interceder y hablar con el ministro de Estado, el moderado Francisco Martínez de la Rosa, para intentar ayudar en tan espinoso asunto a esta sobrina a quien respondía: «*Para que tus votos y mis deseos se cumplan he hablado ya sobre esta materia con el Ministro de Estado, que es a quien corresponde resolver este negocio. Si la resolución es conforme a mis deseos, te llamarán dichosa. Tu afectísima tía. Cristina*»[lxxxix].

El padre de la infanta también insistía en su regreso y el de su familia a la corte y por ello, en diciembre, se dirigía a su sobrina la joven reina. «*Deseando concluir* —le escribía— *los negocios de la Testamentaria de mi difunta Esposa (q.D.g) cuando va a hacer el año de su doloroso fallecimiento, y al mismo tiempo tener el consuelo de ver a mi hija la Ynfanta Dª Ysabel Fernandina, suplico a V. M. se digne concederle por su parte, el permiso que le he dado por la mia, para venir a esta corte desde Bruselas, donde se encuentra, mandado a V. M. el pasaporte Real que le corresponde por su clase, para verificar su viage, pues esta sencilla gracia llenará completamente mis Paternales afectos, y los de mi referida hija*»[xc]. Esfuerzos en vano porque los Gurowski seguirían por el momento en el exilio, pues el Gobierno denegó su venida a España ya que por aquellas fechas todos los partidos estaban implicados en el

complejo asunto del matrimonio de la reina. Y Paquito, que en breve sería rey consorte, le escribía: «*no te puedes figurar como están todos los partidos sin excepción con el casamiento de la que sabes y creo que esto no acabará muy bien*»[xci].

La familia se jugaba la ansiada boda de Paquito con la reina por la que tanto había apostado la difunta Luisa Carlota y, en medio de tan complejas tratativas que implicaban a los gobiernos de Francia y del Reino Unido, todos recomendaban a Isabelita no contar nada en Bruselas sobre los asuntos de la familia. Cosa lógica pues el candidato británico, el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, era sobrino del rey de los belgas. La espera se hacía larga y la infanta, alejada también de la corte de Bruselas, intentaba paliar su tedio con actividades como cabalgar, pues era una amazona intrépida, y el patinaje que a su hermano Paquito le parecía «*cosa indecorosa*». Una situación que su buen amigo y valedor Rumigny buscaba hacerle más llevadera, solicitando a la reina Luisa que le ofreciese asistencia, pues Isabelita se sentía sola en la ciudad. Enriquito, por su parte, le escribía: «*sigo pidiendo al cielo me conceda la dicha de estrecharte un día entre mis brazos*»[xcii].

Por ello ese mismo año de 1845 ella decidió forzar las cosas y llamar a las puertas del palacio real para ser admitida en la corte. La reina la recibió por primera vez en enero encontrándola muy digna, pues Isabelita le pidió consejo sobre si debía aceptar o no las invitaciones que le llegaban de la buena sociedad belga y, según escribía la soberana, «*Rumigny dice que ella no comprende ya su situación y está decidida a mostrarse y a salir al mundo, donde está haciendo amigos. Madame X. y su hermana son grandes amigas suyas y me han hablado largamente de ella*»[xciii]. Le aconsejó reserva, cosa que ella no escuchó, y aquel fue el comienzo de un tiempo distinto para los Gurowski, ahora lanzados a una vida social en la que pronto hicieron grandes amigos como el conde Van der Noot, el marqués de Assche, el marqués de Chastelet o el conde de Béthune. Sin olvidar a Pigeolet, por entonces médico de enorme prestigio, y otros amigos como el vizconde de Walckiers, o el barón Louis Joseph Seutin que era un médico y académico reputado pasado a la homeopatía. Además no faltaban a las fiestas de los ricos príncipes de Ligne y de Arenberg y pasaban temporadas en Spa y en las playas de Ostende, donde se codeaban con los ricos y los poderosos.

En marzo de 1846 nació su segundo hijo, Carlos Luis, que sólo vivió unos meses pues falleció de una hidrocefalia y fue enterrado en el cementerio de Laeken[91]. Una gran desgracia que llegaba en momentos en los que se aproximaba el matrimonio de Paquito con su prima la reina, lo cual colocaba a los Gurowski en una posición mucho más sólida en Madrid. Las bodas reales, que se fijaron para octubre,

recogían por fin los grandes anhelos de Luisa Carlota, que venían de los viejos tiempos del reinado de Fernando VII, pero aquel doble había sido finalmente fraguado por la reina Cristina y el rey Luis Felipe de Francia que, con gran sagacidad, había conseguido casar a su hijo menor, el duque de Montpensier, con la infanta Luisa Fernanda presunta heredera del trono español.

Un pacto de familia en el que la gran sacrificada era la propia reina Isabel, pero que llevó a Isabelita a escribir de inmediato a su tía la reina Cristina para expresarle: «*El gozo del Enlace de sus dos Augustas hijas, debe ser tan grande para Vuestra Magestad que vengo a unir mis felicitaciones y mi jubilidad a la de Vuestra Magestad. Doble es mi gozo al ver los sentimientos en que se halla mi hermano Enrique, que alejado de aquellos que tan mal le han aconsejado y que quisieran prenderle, que es uno de los defensores de Vuestra Magestad y de sus Augustas hijas*»[xciv]. Todo eran parabienes, pero ahora era Enriquito quien causaba problemas pues, en su calidad de teniente de navío, acababa de verse envuelto en una revuelta contra la monarquía en Galicia y había tenido que salir de España, presentándose en Bruselas a donde Paquito escribía a Isabelita para rogarle que le aconsejase bien «*para que vaya por el buen camino*».

El que su hermano se hubiera convertido por fin en rey consorte de España también colocaba a los Gurowski en una mejor posición en la corte belga, razón por la cual Isabelita reclamó una vez más su vuelta a Madrid, escribiendo a su tía Cristina para suplicarle que se interesase por aquel asunto. Le pedía interceder ante el general Narváez, por entonces ministro de Estado, quien una vez celebradas las dobles bodas reales se decidió a examinar el sempiterno problema de la recepción del matrimonio Gurowski en España. En la corte la influencia de Cristina sobre su hija era capital para el destino de la pareja, y algo debió comenzar a moverse, pues el 12 de diciembre la infanta, acompañada de Pigeolet y de varias personas de su servicio llegaba por tren a París donde fue recibida en la estación por unos coches de la corte francesa que la condujeron al palacio del Elíseo. Allí se hospedó por cortesía de los reyes, que al día siguiente la recibieron en el palacio de Saint Cloud. Volvía a significarse como princesa.

*

Según su amigo el conde Bruneel, Isabelita era una persona generosa, extremadamente caritativa y de una bondad proverbial, lo cual sería siempre una de las razones de sus atávicos e interminables apuros económicos. Apoyaba todo tipo de instituciones asistenciales, tenía poco registro del valor del dinero y, por tanto, en aquellos años fueron muchas las veces que tuvo que acudir a solicitar préstamos aquí y allá en tanto que no recibía los valores de su herencia materna.

Unos bienes tasados en 1.793.003 reales y 72 céntimos, que ya estaban gravados con préstamos personales y con cobros a cuenta de los que su padre había sido avalista. El trámite de la testamentaría era complejo y todo apuntaba a que iba a alargarse en el tiempo tal y como Paquito le escribía en marzo de 1846: «*el reparto que tanto hemos deseado mas por ti que por nosotros no se ha hecho, y las alhajas irán a parar a donde Dios quiera, yo no lo sé*»[xcv]. De ahí que meses después, y ya en 1847, la infanta se dirigiese a Fernando Muñoz, esposo de la reina Cristina y desde tres años antes flamante duque de Riánsares por decreto de la reina Isabel[92], para solicitarle un préstamo del que le resarciría oportunamente su padre don Francisco. «*No tiene mi corazon* —le escribía— *bastantes palabras y fuerza para expresar a V. mi eterno agradecimiento por los diez mil francos que tan generosamente me ha enviado y que he tomado para salir de mi pozo, gracias a V. estoy tranquila y dichosa, asi es que V. no dude un solo momento que tiene en mi no solo a una amiga*»[xcvi].

Poco más tarde, en junio, daba a luz a su tercer hijo, María Isabel, que en agosto del año siguiente fue seguida de Fernando. Para la niña solicitó el padrinazgo de la reina Cristina y de su esposo, que tuvieron que declinarlo por su imposibilidad de dar reconocimiento oficial a su situación marital que se consideraba muy irregular. No obstante, la suerte de la familia parecía mejorar y, un año después, el gobierno belga autorizaba a Gurowski a establecer su domicilio permanente en el reino[xcvii]. Para entonces no les faltaban las invitaciones a las ceremonias de la corte y a los salones de las grandes familias, pues se les pudo ver en un gran baile en palacio con su tío el duque de Siracusa[93] y eran asiduos a las fiestas de las representaciones diplomáticas. Tanto es así que cuando el general Narváez, por entonces presidente del consejo de ministros español, llegó de visita oficial a Bruselas y fue agasajado con una representación de danzas españolas en el teatro de Saint Hubert, Isabelita se sentó a su lado e Ignacy inmediatamente detrás suyo.

Entre tanto la infanta se mantenía en continua relación epistolar con numerosos miembros de su amplia familia con quienes no quería perder el contacto: su abuela la reina viuda María Isabel de las Dos Sicilias, el rey Fernando de las Dos Sicilias, su tía la reina Cristina, el infante Sebastián y otros numerosos parientes como la princesa Amalia de Sajonia[94]. Siendo la más inteligente de entre sus hermanas, y la de mayor brillo en los salones, sabía estar al día de todo cuanto acontecía entre la realeza católica del momento además de que mantener viva la red de parentescos regios era fundamental para encarar posibles dificultades futuras.

Un año antes, en 1847, su hermana Luisita se había casado en Madrid con el duque de Sessa, un buen partido de la mejor nobleza

española, y la pareja había emprendido viaje por Europa, recalando en Bruselas donde habían visitado a los Gurowski en el anhelo de que al final de aquel periplo todos regresarían juntos a España. Algo que, una vez más, no sería posible, pues en aquellos años los hermanos Borbón no dejaban de generar quebraderos de cabeza a la reina Isabel. Pepita había entrado en amores con un periodista cubano, creando un notable grado de malestar en el seno de la familia, y el siempre revoltoso Enriquito, que tras su fugaz paso por Bélgica había vuelto a España, se había casado en secreto en los Estados Pontificios, contraviniendo la voluntad de la reina y del Gobierno, con una joven de la nobleza valenciana llamada Elena de Castellví y Shelly[95] que era camarista de sus hermanas Luisita y Pepita. Un rosario de disgustos para la reina que retiró al revoltoso, que hubo de exiliarse en Francia, su rango de infante en momentos en los que, además, el matrimonio de los reyes pasaba por una crisis muy aguda que bordeó una separación definitiva. Problemas sobre problemas cuando las negociaciones para conseguir el regreso de los Gurowski a España estaban ya avanzadas pero, de nuevo, quedaron aplazadas *sine die*.

La reina y el gobierno andaban molestos con estos primos y primas tan originales, y en junio de 1848 Pepita acabó casándose con el cubano, cosa que le valió perder su rango de infanta. A ello se sumaba que Enriquito y el marido de Pepita, José Güell, eran muy politiqueros, grandes liberales y conspiraban abiertamente contra el gobierno de Narváez, por quien don Francisco también sentía una clara animadversión. Una situación muy enmarañada que terminó con el viejo infante instado a marchar a vivir fuera de Madrid, yendo primero a San Sebastián, luego a Burgos y, finalmente, a Valladolid mientras que su amante, la cantante lírica Teresa Redondo, era puesta bajo vigilancia. Todo un gran revuelo mientras, en Bruselas, Isabelita volvía a pedir dinero (15.000 francos) a la familia para aliviar su situación y la de Enriquito, que había tenido que establecerse con su mujer en Toulouse y pasaba por notables apuros. Una petición que ella cursó a través del británico Mr. Henry Misley[96], cuyo nombre masónico era «William Walton», que era hombre de confianza de su padre y persona cercana a la reina Cristina y al duque de Riánsares, con quienes mantenía ciertos negocios. Un personaje que no gustaba nada a Paquito, que le aconsejaba que no se fiase de él.

*

Su propia familia le ponía las cosas difíciles a Isabelita, y por aquellas fechas su padre escribía al influyente duque de Riánsares: «*La suerte de mi infeliz hija Ysabel, y la de sus hijos, y todo eso no se puede arreglar si no en familia y dejando aparte viejas costumbres [...] Siento infinito que ni Cristina ni tú hayais podido ser padrinos de lo que dé a luz*

mi querida hija Ysabel»[xcviii]. Por otra parte, todo vino a complicarse aún más con la revolución de julio de 1848 en Francia, que dio al traste con el reinado del rey Luis Felipe y abolió la monarquía. Los aires revolucionarios se extendieron por toda Europa y Rumigny, el viejo amigo de los Gurowski, tuvo que huir de París para instalarse de forma definitiva en Bélgica donde una de sus hijas estaba casada con el influyente duque de Ursel.

Corrían tiempos revueltos, la familia real francesa había tenido que buscar refugio y acogida en el Reino Unido, y en 1849 las dificultades económicas volvían a asaltar a los Gurowski, que ese verano tuvieron que mudarse de casa por motivos de salud de la hipocondriaca infanta. Unos gastos extras que supusieron una merma importante en la ya de por sí esquilmada economía del matrimonio y de sus tres hijos, que solo recibían los dineros que don Francisco les enviaba desde Madrid. De ahí que la infanta pidiera a su prima la reina, a través de la reina Cristina, la suma de 12.000 francos para poder pagar sus numerosas deudas y cubrir gastos. «*Si Su Magestad la Reyna* —escribía a la reina madre— *se dignase concederme una suma de doce mil francos me consideraria feliz, pues con esto cubriria yo mis gastos contraidos pues [...] me es doloroso de verme con tres hijos y no poderles dar lo que sus [ilegible] y educacion necesitan a falta de recursos pues Vuestra Magestad sabe lo que es una familia sin fortuna alguna y en el estranjero, sin otro amparo que el de mi hermano y Padre*»[xcix].

El dinero era y sería siempre un problema para Isabelita, que ahora temía por el destino de las joyas heredadas de su madre que seguían en Madrid. Se barruntaba que fuesen a parar a la amante de su padre, alentada en esa idea por Enriquito que le escribía: «*las tuyas cuando salí [de Madrid] estaban seguras, pero hoy me temo que adornan la persona que de las tablas se ha hecho señora con coches, casas, y con un lujo escandaloso*»[c]. Las relaciones familiares andaban enrarecidas y en agosto de 1850 Pepita le escribía: «*escríbeme y no seas injusta porque yo te quiero con todo mi corazón […] recibe un abrazo de tu hermana que está enferma y quejosa de tu silencio*»[ci]. Una relación en la distancia entre dos hermanas que compartían una fuerte hipocondría, que las llevaba a imaginar toda suerte de enfermedades y males físicos a toda hora. Dos meses más tarde moría la reina Luisa de Bélgica, dejando al rey Leopoldo muy afectado, pero pronto corrieron rumores en la corte de que la infanta estaba sabiendo consolarlo para escándalo de la buena sociedad. De hecho su presencia en la corte de Bruselas se había ido afianzando, pues unos años antes había abierto el baile de la corte en el palacio real del brazo del heredero de la Corona, el duque de Brabante, al igual que había asistido a la recepción por la mayoría de edad de éste portando, según las crónicas, «*hermosos encajes de Bruselas y espigas de diamantes en el pelo*»[cii].

Como miembros relevantes de la buena sociedad belga, los Gurowski marchaban con frecuencia a tomar las aguas a Spa y en aquellos años pasaron algunos veranos en el castillo de Eyseringen, cerca de Alost. Su estrella iba en alza y fue en ese año de 1850 cuando Isabelita e Ignacy, apoyados financieramente por Pigeolet que les prestó 50.000 francos sin solicitar garantía alguna[97], se animaron a adquirir finalmente un bello hotel particular al conde Guillermo de Aerschot de Schoonhoven, que estaba situado en el 25 de la avenue des Arts, en la esquina con la rue de la Loi. Un edificio notable donde contaban con no menos de 10 personas de servicio[98] y en el que se desplegaban decorados de inspiración española, como un gran plafón que representaba el triunfo de Carlos V, o medallones con retratos de reyes de Francia y de España. En aquel palacio se organizaban recepciones brillantes a las que se invitaba al todo Bruselas, porque allí no faltaban ni Víctor Hugo ni el primer ministro M. van Zeeland, el rey Leopoldo, el duque de Brabante, el embajador de España Salvador Cea Bermúdez y Buzo, conde consorte de Colombí[99], o el nuncio apostólico monseñor Vincenzo Pecci, luego papa León XIII. Los tres grandes valedores de los Gurowski eran Pigeolet, Rumigny y el conde de Colombí.

Según su amigo Bruneel, la infanta siempre se mostró muy agradecida al rey Leopoldo por haberle reintegrado sus prerrogativas regias en la corte belga, pero fueron muchos los que hablaron de una relación amorosa entre ambos que, en 1851 o 1852, habría producido una hija que, entre los 8 y los 16 años, habría sido educada en el castillo belga de Jannée por unos tutores[100] que recibían un buen estipendio a cambio de su silencio. Verdad o no, en el verano de 1854 fue el rey Leopoldo quien puso a disposición de la familia su propio palacio en la playa de Ostende, pero los Gurowski prefirieron buscar casa propia de alquiler pues Isabelita acababa de dar a luz a un nuevo hijo llamado Carlos Federico.

Celosos de su posición social, Isabelita e Ignacy eligieron como padrinos al duque Carlos II de Parma y a la princesa Amalia, hermana del rey de Sajonia, y se paseaban en un hermoso faetón tirado por dos caballos, construido con maderas preciosas y decorado con ornamentos de oros, con el que pusieron de moda entre los poderosos los paseos sabatinos por la elegante Allée-Verte de la ciudad. De ahí que la prensa local se ocupase habitualmente de ellos, pues ya en 1851 había recogido como Gurowski y sus amigos el conde Van der Noot, el marqués de Assche y el conde de Béthune habían conseguido elevar un globo aerostático en compañía del famoso aeronauta Poitevin, y ahora, en 1854, la infanta había sido recibida en el palacio real con todas las grandes damas llevando un hermoso traje y una soberbia tiara de diamantes[ciii]. Como recoge P. Roger en su libro

Souvenirs de la cour de Bruxelles, su presencia se había impuesto a la corte y su paso por la vida social e intelectual de Bruselas iba dejando huella, pues había conseguido reivindicar su estatus de princesa real. Luego, llegado el verano, tras su estancia en Ostende, aquel año la pareja marchó a Francia pues por fin habían recibido el ansiado permiso para regresar a España, donde una revolución había entregado el poder a los liberales. Antes de abandonar Bruselas, el rey Leopoldo les recibió en el palacio real para la emotiva despedida.

Isabelita insistió en que Pigeolet viajase con ellos y en julio llegaron a Burdeos, desde donde marcharon a Bayona para tomar las aguas a Eaux-Bonnes. Luego prosiguieron hasta Biarritz, donde se vieron obligados a detenerse por causa de la convulsión política en España y se instalaron en el Hotel des Ambassadeurs, al que fueron a visitarles el general Narváez y muchos miembros de la colonia española. Una situación que los emperadores Napoleón III y Eugenia de Montijo aprovecharon para invitarles a la villa imperial de la ciudad, en la que les mostraron las mayores atenciones[civ]. Dada la necesidad de esperar, el doctor regresó a Bruselas a donde la infanta le escribía: «*El aire del Midi me place y me acuerdo de mis buenos años de infancia. Estos bellos días me han hecho olvidar todo lo que he tenido que soportar de duro en Bélgica donde, aunque he tenido algunos verdaderos amigos, he tenido muchos enemigos y he sido el objeto de los celos […] Las noticias de España son peores de lo que usted cree; la reina ya no puede salir de palacio y Espartero, se dice de él que está gastado y que ya no se le quiere. Dios sabe que les sucederá. Por lo que a mí respecta, todavía voy a esperar unos días*»[cv].

En España la vida política había andado muy revuelta desde que, a comienzos de aquel año, la violación de los usos parlamentarios por parte de la Corona había generado un acercamiento entre los moderados del general Narváez y los progresistas del general Espartero. En junio se produjo un levantamiento popular de naturaleza revolucionaria que en Madrid arrasó el palacio de las Rejas, propiedad de la reina madre, que tuvo que buscar refugio junto con su familia en el palacio de Oriente. Tumultos que tuvieron trágicas consecuencias para la familia de Isabelita, pues su hermano Fernandito, que regresaba a casa de sus clases en el seminario, tuvo que ser rescatado en las calles de la ciudad por el embajador francés que le ofreció cobijo y protección en su legación. Allí también buscaron refugio varias familias nobles pero el joven infante, que se estaba preparando para tomar las órdenes religiosas, falleció el día 20 de julio víctima de tan grandes disgustos. Tanta fue la confusión que hasta que la situación se aquietó en las calles su padre no pudo ir a recoger su cuerpo, pues en la embajada tampoco se tenía noticia del paradero de don Francisco. La familia quedó convulsionada,

Fernandito pudo ser finalmente enterrado en El Escorial y, tras tan dolorosos acontecimientos, la reina Cristina marchó a un nuevo exilio en Francia mientras que, gracias al nuevo gobierno liberal, el 24 de agosto los Gurowski hacían finalmente su entrada en Madrid. Aliviado, don Francisco escribía a la reina Cristina: «*Ayer tuve el placer de abrazar a mi hija Ysabel, después de 18 años. La he encontrado muy buena, y con una familia preciosa*»[cvi]. Y Paquito aseguraba a esta hermana recién llegada que las puertas de palacio estaban abiertas para ella y para Ignacy, pues «*siempre tenemos satisfacción de verte*».

*

En la capital, la infanta y los suyos se instalaron en casa de su hermana Pepita, pues desde la muerte de su madre su padre se había instalado, con permiso de la reina, en el denominado palacio de San Juan del Buen Retiro. Una dependencia privada del viejo palacio del Buen Retiro mandada construir en 1815 por el rey Fernando VII[101]. Allí vivía con la que ahora era su segunda esposa, Teresa Arredondo y Ramírez de Arellano, con quien había contraído matrimonio dos años antes legitimando así a su único hijo, Ricardo María, nacido en 1851. Un matrimonio fuertemente desigual que había generado el lógico revuelo en la familia y que había motivado que las dos hijas menores del infante, Cristina y Amalia, aún solteras, hubiesen marchado a vivir al palacio real. Dos hermanas a las que Isabelita no había vuelto a ver desde 1841, pues a Luisita y a Pepita sí las había reencontrado durante las estancias de estas en Bruselas y en París en años anteriores. Jubilosa con aquellos reencuentros, desde Madrid volvía a escribir a Pigeolet: «*Anímese a venir: acompáñeme en mi regreso a esta tierra de la que llevo tantos años alejada. Venga a compartir conmigo la alegría y la felicidad*»[cvii]. Se sentía feliz y, tanto ella como Ignacy, se integraron en la vida de la corte y en la vida social, pues él no faltaba a las cacerías del duque de Alba en su finca de Romanillos.

Sin embargo sus finanzas seguían marchando muy mal, ya que la pareja estaba endeudada hasta las pestañas y el notario Van Mons, de Ixelles, les advertía que tenían un pasivo de 113.000 francos belgas al margen de los 50.000 que no le habían reintegrado a Pigeolet. Algunos de sus acreedores, a los que su amigo el doctor no quiso unir su propia reclamación, hasta viajaron a Madrid para reclamar su dinero mientras Gurowski afirmaba que parte de aquellas deudas eran debidas a la mala intención de los proveedores, que habían «*abusado de la complacencia de la infanta*». Ella, por su parte, escribía en octubre muy angustiada a su querido doctor:

«*La fatalidad me persigue en todo y por todo. Por lo demás, sufro todo, incluso los insultos, sin murmurar y dejando a Dios el cuidado de vengarme y de protegerme. Tras nuestra marcha todo iba para bien pero,*

juzgad, este pobre Enrique ha hecho de las suyas y he aquí que una fuerte suma que me estaba destinada ha debido de pasar a sus manos para viajar al extranjero […] Esta noche vamos a un espectáculo de gala que me va a obligar a presentarme en gran toilette, y no tengo ni siquiera una para una fiesta semejante. Juzgue mi pena…Le ruego que haga todo lo que pueda para que se tenga piedad de nosotros, que no se venda nada, que no se toque nada. Ignacy partirá con los fondos en quince días!!!»[cviii].

Gurowski no pudo finalmente marchar a Bruselas con los fondos prometidos, los enseres y muebles de su palacete fueron embargados, y el inmueble fue malvendido[102] pues la lista civil que Isabelita esperaba poder recibir de la Cortes españolas no llegaba, ni tampoco los bienes de la testamentaría de su madre. Se hablaba de concederle 30.000 francos que se restarían de lo que su padre percibía del Gobierno, pero a don Francisco no le gustaba semejante idea y ahora hasta hablaba de desheredar a algunos de sus hijos que andaban en trifulcas en parte por causa de su segundo matrimonio. Una situación difícil, si bien Isabelita se sentía contenta e importante en España como volvía a escribir a Pigeolet en noviembre. «*Me gustaría* —le decía — *que pudiese ver con sus propios ojos para creer la inmensa posición que he tomado aquí en todos los partidos, en todas las clases. Yo misma estoy sorprendida, ¡y en tan poco tiempo! Me siento contenta y, sobre todo, muy agradecida […] También quisiera que este año no terminase sin que yo le hubiese devuelto los 50.000 francos que le debo con los intereses[103]. Esté seguro de que no debe de estar inquieto. ¡Fé de cristiana y de Borbón! Todo le será bien y lealmente pagado*»[cix]. Poco realista, hablaba de un posible negocio que sin grandes esfuerzos en breve le reportaría millones, que nunca llegaron, y en mayo continuaba con sus lamentos pues, a decir suyo, «*todos quieren devolverme lo que se me debe pero nadie puede: ayer el tesoro tenía 1.600 maravedíes. Se nos promete a todos, reyes y príncipes, pero se le debe a todo el mundo*»[cx]. La hacienda española estaba exhausta una vez más.

A fines de septiembre el doctor, que probablemente mantenía algún tipo de *liaison* romántica con ella, salió camino de Madrid para asistirla en el nacimiento de su nuevo hijo, Augusto, que fue el primero en nacer en tierra española el 6 de octubre. El neófito fue bautizado en la basílica madrileña de Atocha (la infanta regaló un gran manto a la Virgen para la ocasión), tan vinculada con la familia real, siendo apadrinado por el rey regente de Portugal[104] y por la infanta Ana de Braganza[105] representados por la hija mayor de Isabel y por el conde de Arsiniaga, ministro de Portugal en Madrid. Alegrías que duraron poco, pues dos meses después los Gurowski enterraban en la bóveda real de esa misma iglesia a su pequeño Carlos Federico, fallecido de neumonía en el mes de diciembre e inhumado a las 10 de la mañana del 4 de enero en un servicio religioso al que asistieron

Enriquito y su esposa Elena, los duques de Sessa y Pepita con su marido. Un golpe emocional para Isabelita, que ya en enero de 1856 volvía a abrir su corazón a Pigeolet para decirle: «*su aliento, el que yo le había dado al nacer, se extinguió bajo mis besos. Me lo devolvió con una sonrisa, pobre niño que me amaba tanto y al que yo también amaba tanto […] Lo que me apena más es que usted no estaba aquí, pues tengo la firme convicción de que usted le habría arrancado de la muerte y me lo habría devuelto*»[cxi].

La muerte de aquel hijo se había producido mientras Ignacy se encontraba de caza con el duque de Alba, hecho que generó un fuerte desencanto en la infanta aunque la ruptura final del matrimonio aún tardaría en producirse. Meses más tarde, en agosto de 1856, el gran evento fue la fastuosa boda de su hermana Amalia con el príncipe Adalberto de Baviera (¡Por fin llegaba un príncipe real a la familia!), para la cual la corte decidió echar la casa por la ventana. Los Gurowski no asistieron a la ceremonia y un mes más tarde la *Gaceta de Madrid* anunciaba un decreto, de fecha 6 de septiembre, por el que la reina había juzgado conveniente dispersar a algunos de estos singulares primos, amigos de meterse en líos por cuestiones políticas, por toda la geografía española. Enriquito, que tan solo un año antes había sido rehabilitado en su rango y en sus honores de infante, fue enviado a Mallorca; Pepita a Granada; y la propia Isabelita a San Sebastián[cxii].

Un destierro disfrazado pero breve, pues el 10 de diciembre ella volvía a estar en Madrid a donde Pigeolet había viajado para asistirla en su nuevo parto. Allí dio a luz a otro hijo, Luis Antonio, apadrinado por los duques de Montpensier, mientras Ignacy se encontraba de viaje en Rusia. Días antes, y desde Valladolid, su padre había escrito a la reina Cristina: «*Mi hija Ysabel sigue bien en su embarazo y creo pasará a Valladolid uno de estos dias, y está conmigo y se porta muy bien. A los demas, Dios los haga volver en su conocimiento, y no me den los continuos disgustos que me dan*»[cxiii]. Este nuevo hijo fue bautizado en el palacete que los Gurowski habían alquilado en Madrid y poco después, en diciembre, Ignacy abandonaba España de forma precipitada por razones que se nos ocultan aunque la prensa belga aclaraba: «*Se cree que esta medida de austeridad fue dictada por motivos de interés propio, y que fue para dejar de lado un arreglo de intereses exigido por los hijos del infante Francisco de Paula*»[cxiv]. La pareja debía de andar en problemas relacionados con intrigas palaciegas y, al parecer, él iba de nuevo camino de Rusia[106].

Llegado a París fue a visitar a la reina Cristina, a quien todavía no conocía y a quien Isabelita escribía pocos días después:

«*Ya no dudo, Señora, que Vuestra Magestad con esa penetracion y talento que le distingue como ese conocimiento, y esperiencias que tiene de*

las cosas de ese mundo, sabrá comprender estrictamente de que manera es capaz de dulcificar mis penas la sola idea de que Vuestra Magestad en circunstancias como en las que me hallo, me dé a conocer de un modo inequivoco su cariño de un modo tan atento su amistad y de un modo tan esplicito el buen concepto que le merece. Apenas Señora en un todo a los asuntos políticos, separados enteramente de los negocios desagradables de la casa de mi respetado y querido Padre, no habiendome mezclado jamas en asunto ninguno de Palacio, honrada por la opinion publica y sin que mi conciencia me marque la mas pequeña falta. Vuestra Magestad puede pensar perfectamente en que estremo me debe ser sensible aunque sea en concepto de victima, tener que someterme a la solucion que conmigo se ha tomado»[cxv].

A ello, la reina le respondía: «*Creo lo que me dices de que jamas te has mezclado en ninguno de los desagradables asuntos de la politica o de la familia y que por lo tanto te es mas sensible la resolución a que te sugetan. Esa es la idea que yo tengo de tí y esa debe ser tu esperanza. Cuánto deseo, mi querida sobrina, que todas esas penas desaparezcan. De todos modos, ya sabes que en los malos, como en los buenos dias, te acompaña mi afecto. Adiós Ysabel, cree siempre en el constante aprecio de tu Tia. Maria Cristina*»[cxvi].

Un año más tarde, en la primavera de 1858, volvía a haber enfrentamientos entre Isabelita y sus hermanos según se deduce de la correspondencia familiar. Todo ello, muy probablemente, por cuestiones económicas. Ella se había aliado con Enriquito y ambos estaban enfrentados con Pepita que escribía a la reina Cristina: «*por mi parte como siempre he pasado la epoca de los bailes sin ir a ninguno. Siempre en casa. Mi unica diversión es ir al Retiro por las tardes y ver muy frecuentemente a papá, a mi hermana Cristina y a Luisita, pues a Ysabel y a Enrique no he querido verlos ni los veré*»[cxvii]. Y en octubre era su padre quien escribía también a María Cristina para informarle de que Isabelita había perdido a su hijo menor, Luis Antonio, fallecido de viruelas negras[107] en Madrid con 22 meses, aunque él no mantenía relación alguna ni con esta hija ni con Luisita que ahora le habían puesto un pleito[cxviii].

La pérdida de este hijo fue grande para la infanta, a quien Enriquito, que también había perdido a un hijo con ese mismo nombre unos años antes[108], escribía: «*no parece sino que nuestra madre llame al seno de la eternidad donde se halla, a aquellos de nuestro hijos que llevan su nombre*»[cxix]. No obstante, ello no impidió que aquel año los Gurowski volviesen a estar en Bruselas, donde su viejo amigo Rumigny ya había fallecido, y un año más tarde la prensa se hacía eco de que habían ido a tomar las aguas al ducado de Nassau. Para entonces los dos hijos varones que aún les quedaban, Fernando y Augusto, fueron enviados a estudiar internos a un prestigioso colegio

religioso de la ciudad francesa de Orleans llamado Petit Séminaire de la Chapelle Saint Mesmin, mientras la pareja continuaba residiendo en Madrid, donde en agosto de 1860 les nació su última hija, María Cristina, que fue bautizada en el palacio de los duques de Villahermosa y para la cual solicitaron el padrinazgo del duque de Riánsares y de la reina madre, que en esta ocasión sí aceptaron.

Un año después, Ignacy volvía a viajar a Rusia para arreglar unos pleitos que su familia tenía por unas tierras y una pequeña casa cerca de Peterhof[cxx], pues es posible que desde unos años atrás la notable influencia de su hermana Cecilia, fallecida en 1851, sobre la zarina Alejandra Feodorovna le hubiese facilitado el retorno de algunos de sus bienes que se mencionan en la correspondencia familiar. En San Petersburgo se alojó en la embajada española regentada por el duque de Osuna, mientras que su esposa se quedó en París donde antes de marchar a la población francesa de Fécamp, en las costas de Normandía, se encontró con la reina madre que escribía a don Francisco: «*Tuve el gusto de verla en Paris antes de venir a este delicioso sitio. Me quedé encantada de sus hijas, máxime de la mayor, que es verdaderamente hermosa*»[cxxi]. Pero el viejo infante llevaba más de un año sin ver ni a Isabelita ni a Luisita, que a su decir «*se portan conmigo muy fuera del orden y están haciendome pasar con pleitos muy malos ratos*»[cxxii].

Las cuestiones pecuniarias tenían a la familia del infante patas arriba, pues él veía reducirse sus ingresos en favor de sus peculiares hijos, siempre necesitados de más fondos y, por tanto, se resistía a liquidar los bienes de la testamentaría de la largamente difunta infanta Luisa Carlota. De ahí que la infanta escribiese a Pigeolet:

«*Me he decidido a emprender un proceso contra mi pobre padre que, demasiado débil, hace y consiente el mal sin dudar; yo reclamo la parte que mi madre aportó como dote, que asciende a 28 millones de reales y que ha de repartirse entre sus siete hijos, más la parte que mi abuela [la reina María Isabel de las Dos Sicilias] me dejó en su testamento y que no es despreciable, más la parte de mi tío Antonio[109], también muy amable; en fin, el total asciende a más de 14 millones de reales únicamente en lo que toca a mi parte. Esta no es cosa que yo pueda obtener en un día, pero he comenzado. La justicia está de mi parte y todo el mundo está indignado de la infamia con la que mi padre ha actuado hacia una hija que ha preferido sufrir antes que demandarle lo que le era debido, pues pronto hará 14 años que mi pobre madre murió*»[cxxiii].

A decir de don Francisco estas dos hijas le hacían «*llorar gotas de sangre. Dios las convierta y las perdone*» y volvía a escribir a la reina Cristina*:* «*Veo a menudo a mi hija Pepita y a su Esposo, y siempre hablamos de vosotros. La Amalia parece está en estado interesante y Cristinita buena; Ysabel y Luisa nada sé de ellas pues hace un año que no*

las veo, ni las veré, y si por casualidad las encuentro no me saludan e Ysabelita agacha la cabeza a otro lado. Dios la vuelva en su juicio, es en lo que hay que pensar»[cxxiv]. Aunque se hace difícil desenredar la madeja de los enfrentamientos entre los hermanos y el padre, todo parece indicar que Isabelita, Luisita y Enriquito, que siempre andaban con problemas de dinero, conformaban un sólido bando enfrentado a Pepita mientras que Amalia, residente en Múnich, gozaba de una posición más holgada en la corte bávara, y la acomodaticia Cristina contaba con los cuantiosos bienes de su esposo, el más correcto y poco belicoso infante Sebastián con el que acababa de contraer matrimonio en noviembre de 1860 tras el regreso de él, ya viudo de su primera esposa, a España.

*

A pesar de sus aparentes dificultades, Isabelita e Ignacy continuaban viajando y manteniendo un elevado tren de vida que les generaba problemas financieros de continuo, pues sabemos que en enero de 1861 se vieron conminados por la justicia belga a pagar al conde Ernest d'Hane-Steenhuyse la suma de 30.000 francos por deudas contraídas en 1854[cxxv]. Meses después, ya en primavera, ella volvía a estar en París hospedada en el 10 de la elegante rue du Faubourg St. Honoré, dado que finalmente había recibido 25.000 duros a cuenta de la testamentaría de su madre. Fue por entonces cuando accedió a que las señoras Vertus, modistas parisinas con tienda en el 26 de la rue de la Chausée d'Antin, utilizaran su nombre como reclamo publicitario para unos nuevos corsés llamados *cintura regente*, muy conocidos en aquella época por no comprimir «*los órganos esenciales de la vida, volver al talle más delgado, más esbelto y sobre todo más natural*»[cxxvi]. Algo por lo que sin duda recibió algunos dineros, aunque las estrecheces económicas no parecían comprometer su estatus en la corte de Madrid, ya que existen fotografías de ella que la muestran con el traje que lució en el gran baile de disfraces que los duques de Fernán Núñez dieron en su palacio de Cervellón en 1863. Además por aquellos mismos años Ignacy recibió las grandes cruces de las órdenes de Isabel la Católica y de Carlos III a pesar de que, según algunas fuentes, ambos pertenecían a la masonería[110].

En diciembre de 1863, Enriquito perdió a su esposa valenciana en Madrid, víctima de su último parto[111], y días después moría también su madrastra Teresa Arredondo cuyo hijo Ricardo fue creado duque de San Ricardo y grande de España por la reina Isabel. Luego, un año más tarde, los jóvenes Fernando y Augusto Gurowski dejaban su colegio francés y marchaban a España para formarse en el ejército, entrando como alféreces en el cuerpo de caballería. Para entonces su hermana mayor, María Luisa, se había enamorado del valenciano

Vicente Bertrán de Lis, cosa que a su madre no le gustaba tal como ella confesaba por carta a Pigeolet: «*es guapísima, y ha decidido casarse con un joven de su misma edad, que solo sabe cuidar de su poco patrimonio [...] He hecho lo imposible para evitar que se casen. Ahora solo le pido a Dios que la haga tan feliz como deseo*»[cxxvii]. La boda se celebró en la iglesia de la Encarnación de Madrid en julio de 1865, siendo padrinos los reyes que se hicieron representar.

Un pálido reflejo del matrimonio de su prima hermana María Cristina Osorio de Moscoso y Borbón, hija de Luisita y del duque de Sessa, que acababa de celebrarse en marzo con todo fasto en palacio con la asistencia tanto de la propia Isabelita como de toda la familia real, los reyes incluidos, pues el novio era el flamante príncipe y duque francés Eugenio de Bauffremont-Courtenay. El de María Luisa Gurowski, por el contrario, era un matrimonio de poco tronío aristocrático aunque el abuelo del novio, que había sido un gran liberal[112], poseía un palacio en las afueras de Valencia, había fundado la banca Bertrán de Lis y había amasado una gran fortuna, tasada en unos 150 millones de reales de vellón, gracias a la contrata y el suministro de pan para el ejército español. Además, los Bertrán de Lis formaban parte de la nueva élite liberal burguesa, cada vez más presente en la vida social del país, pues un tío del novio, Manuel Bertrán de Lis y Ribes, había sido ministro de Marina y de Hacienda y es probable que hasta hubiese conocido a los Gurowski cuando en 1842 había sido enviado a Bélgica como ministro plenipotenciario de España.

Sin embargo, apenas se habían extinguido los ecos de aquella ceremonia cuando, el 13 de agosto, fallecía en su palacio de San Juan, de serios padecimientos de los órganos digestivos, el infante don Francisco que fue enterrado en el panteón de infantes del monasterio de El Escorial. Una pérdida que puso en marcha su compleja testamentaria que generaría nuevas disputas familiares, pues en su testamento firmado en 1858 había dejado mejorado a su hijo Ricardo y a algunos de sus otros hijos, como Isabelita o Enriquito, se sintieron muy molestos dado que continuaban arrastrando problemas monetarios. A la herencia del infante se sumaba también la todavía irresuelta de la difunta Luisa Carlota y la infanta escribía al doctor: «*los asuntos del testamento marchan muy lentamente. Pero en cuanto todo haya terminado me hago la ilusión de volver a ver esa querida Bélgica y a todos los amigos y conocidos con el dinero en mis manos*»[cxxviii]. Quizá por ello, y para compensarla por el escaso rango de sus hijos, que eran meros condes y condesas Gurowski, en marzo de 1866 la reina concedió el marquesado de Bondad Real con Grandeza de España al mayor de los varones, Fernando, que al igual que sus hermanos Isabel, Augusto y María Cristina permanecía soltero. Una buena noticia que

llegó acompañada de otra aún mejor, en mayo, cuando un real decreto de la reina estableció que Isabelita y sus hermanos recibirían finalmente una asignación del Estado estipulada en 24.000 escudos para ella, Enriquito, Luisita y Pepita, y 12.000 para las más acomodadas Cristina y Amalia[cxxix].

En 1867 llegó el primer nieto, Vicente Bertrán de Lis y Gurowski, y la infanta hacía un retrato de su familia en carta a Pigeolet:

«*[Mi hija] María Luisa es muy bella y está casada desde hace dos años con M. Bertran de Lys, un joven de su edad pero pobre y sin ningún otro bien que su escaso patrimonio… María Isabel, encantadora y buena, gusta mucho más que su hermana a todos y por todas partes, no quisiera sino hacer una buena boda o bien quedarse cerca de nosotros. Para mi gran felicidad tiene el carácter de los flamencos. Fernando, creado marqués y grande de España, por la reina y el rey que le adoran, es digno de ser adorado pues desde hace cuatro años que está en su regimiento no se ha recibido una sola queja de él. Tímido para el mundo, es muy decidido entre sus camaradas y muy recto en su conducta sin que yo pueda hacerle ningún reproche. Es tan sencillo y tan puro como lo era en Bruselas. Auténtico y justo. Un hijo excelente. Augusto, espigado, reflexivo, bromista y con mucho "esprit" pronto cumplirá los once años y habrá de esperar hasta los quince para entrar en la escuela militar. Cristinita, que tiene seis años,* es *guapa, más que María Luisa. Tiene el tipo y el "esprit" de su madre. Llama la atención allí donde está y donde la ven por su buen aire y sorprende por la conversación. Yo, a veces sufro, envejezco, pero nunca olvido a mis amigos y espero siempre con paciencia, y resignándome a todo, confiando en mi hermano y esperando de él y de su justicia. El testamento de mi padre y todo lo demás se encuentra todavía como el día de su muerte, sin ir ni para adelante ni para atrás […] Aquí todos conspiran, los pobres quieren ser ricos, el pueblo quiere ser soberano. Ni idea, ni sociedad industrial, ni nada…*»[cxxx].

Un año más tarde, en julio de 1868, nacía su segundo nieto, Ignacio Bertrán de Lis, cuando el clima político en España volvía a estar fuertemente enrarecido. «*Tenemos aquí* —seguía escribiendo al doctor — *un silencio de muerte y una calma de cementerio. La reina Cristina se ha retirado a su casa de Aranjuez. No comprendo porque haya dejado París, donde tiene un palacio y una existencia de reina, para vivir sola y olvidada en Aranjuez. Me agobia el tiempo. Escríbame más a menudo, venga a vernos a todos, unos crecidos y otros envejeciendo. Nuestro corazón es y será siempre el mismo, bueno y fiel. Escríbame más, se lo ruego, y tómese al hacerlo todo el tiempo. Me sentiré feliz al responderle*»[cxxxi].

Unos meses después, en septiembre, la revolución dio finalmente al traste con la monarquía y con el trono de la reina Isabel para consternación de todos. Al igual que gran parte de miembros de la

familia real, los Gurowski abandonaron España precipitadamente con sus hijas María Isabel y María Cristina, y decidieron instalarse en Lisboa donde alquilaron una casa en el 9 de la rua do Santo Antonio. Allí coincidieron con los duques de Montpensier, que meses antes de la revolución habían decidido salir de España, e Isabelita contaba con el apoyo de su primo el rey Luis de Portugal. Por el contrario sus hijos Fernando y Augusto, que fueron a visitarlos ocasionalmente a Lisboa, se quedaron en España en su calidad de oficiales del ejército mientras la vida política se complicaba, pues ahora se buscaba nuevo rey para el trono vacante postulándose para ello el duque de Montpensier, cuñado de la reina Isabel, que sostenía su pretensión en los derechos de su esposa la infanta Luisa Fernanda.

Una situación que generaba grandes tensiones entre los Borbones de España, complicadas aún más por la oposición frontal de Enriquito a las pretensiones de Montpensier, que concluyeron con un duelo a pistola entre ambos el 12 de marzo de 1870 que acabó con la vida del infante en la dehesa de los Carabancheles. Una pérdida importante para Isabelita, tan unida a este hermano, tan solo meses antes de la boda en Lisboa, en noviembre, de su hija María Isabel que se había enamorado de un norteamericano, secretario de la embajada de los Estados Unidos en Lisboa llamado Charles Perkins. Un personaje con cierta distinción[113] que, según la prensa norteamericana, la había conocido en Lisboa y la había frecuentado en la corte portuguesa. Era el hijo de una familia de granjeros con posibles[114], se había educado en París, donde había trabajado en un banco y había estudiado Derecho y, posteriormente, había sido cónsul de los Estados Unidos en Estocolmo y en Barcelona donde había vivido los tumultos de la revolución de 1868. Era de confesión anglicana y para la boda se pidió la necesaria dispensa al papa, que únicamente solicitó que los hijos por nacer fuesen educados en la fe católica.

Cuando Paquito supo a través de su hermana que su sobrina iba a casarse con un «*yankee republicano*», puso el grito en el cielo y se opuso en rotundo a la boda. Para él, tan conservador como era en algunos asuntos, aquel era un matrimonio que excedía a lo desigual, porque una cosa era haber aceptado que Isabelita se hubiese casado con un conde polaco venido a menos, o aceptar a un pintoresco poeta sin familia de lustre como José Güell (el marido de Pepita), y otra bien distinta dar entrada en la familia a un estadounidense (nación que despreciaba) por muy diplomático que fuera. En cambio la reina Isabel, siempre más romántica y amante de este tipo de historias, dio su aprobación como jefa de la familia, para disgusto de su marido que le espetó que a partir de entonces la responsabilidad y las consecuencias de aquel matrimonio recaerían únicamente sobre ella.

La boda católica se celebró en la iglesia de São Luís dos Franceses y

fue seguido de una ceremonia protestante en la legación de los Estados Unidos. Ambos eventos tuvieron lugar el 12 de noviembre, siendo padrinos los reyes de España que se hicieron representar, en presencia de varios nobles portugueses y de miembros del cuerpo diplomático. Siguió un banquete en casa de la infanta y los recién casados marcharon de luna de miel a Sintra, como recogió puntualmente toda la prensa lusa. Por razones diplomáticas Charles tuvo que abandonar su cargo en la embajada y la pareja recibió, como compensación y para su manutención, una ayuda dineraria de la reina Isabel.

*

Con la caída de la monarquía, Isabelita había perdido su lista civil del Estado y una vez más el dinero faltaba. Por ello en 1873 escribía al duque de Riánsares diciéndole: «*Por Dios haga algo. Si me atrevo a pedir es que me veo desesperada*»[cxxxii]. Para colmo su hijo Fernando, marqués de Bondad Real, coronel de caballería del ejército español y gran cruz de la orden de Carlos III, había decidido enrolarse como oficial en el ejército carlista de su primo el pretendiente Carlos VII[cxxxiii] en el que coincidió con sus primos Enrique y Alberto de Borbón y Castellví. Según Fernando, que en 1873 escribía a su madre desde Biarritz, había sido juzgado como desertor en España y había sido condenado a ser ejecutado si entraba en el país. Un proceder distinto del de su hermano Augusto, que permanecería en el ejército regular incluso durante la corta vida de la Primera República.

Por entonces Ignacy vivía desde hacía un tiempo en París y era muy asiduo del palacio de Castilla, en el que se había instalado su cuñada la reina Isabel. De hecho no faltaron las voces que se atrevieron a afirmar que era él quien había facilitado el encuentro entre los exiliados reyes con el pretendiente carlista y su esposa para propiciar un encuentro entre ambas ramas familiares. Entre tanto Isabelita abandonó Lisboa para afincarse en París, donde ella e Ignacy adquirieron casa propia en el 3 de la rue Lamennais. Con ella marchó también el matrimonio Perkins, que alquiló casa propia cerca del Arco del Triunfo, en el nº 4 de la rue de Balzac, siempre gracias a la ayuda económica de la reina. Allí nacieron sus dos hijos, Alfonso y Carlos, en 1873 y 1874, a quienes su padre, al que no le faltaban pretensiones y era todo un *bon vivant*, hizo inscribir en el registro civil con el apellido Allen-Perkins para dar mayor sonoridad aristocrática a su descendencia, recurriendo para ello a unir el apellido Allen al suyo propio pues recordaba a la memoria de un pariente materno, Ethan Allen, que había sido uno de los héroes de la independencia norteamericana. Un cuñado que gustaba poco al recto y leal Fernando Gurowski, que escribía a su madre: «*a casa de María Isabel no pienso ni*

poner nunca allí los pies, no por ella sino por su marido […] porque no quiere tener nada que ver con ese intrigante de yankees»[cxxxiv].

Todos aquellos vaivenes solo facilitaron que la infanta, que siempre viajaba con su médico, se entregase más a sus habituales brotes de hipocondría que exasperaban a su hermano Paquito que le aconsejaba no tomar «*medicamentos a troche y moche*»

«*Te he conocido siempre de temperamento fuerte* —le escribía—, *aunque como muchos de los individuos de nuestra familia sumamente aprensiva y dispuesta a suponerte sometida a gravísimos males. Nuestro padre, si recuerdas, era así, y ahora tengo el ejemplo de nuestra hermana Pepa que padece todas las enfermedades de que oye hablar, y anda a vueltas con los médicos a cada momento […] abraza cariñosamente a mi sobrinita Cristina, que tan buena hija se muestra para ti y que tan interesante se va haciendo por la edad en que entra. Quiera Dios que la pobre niña haga una buena elección y que su suerte sea menos azarosa que la de otros pobres que también merecían ser dichosos*»[cxxxv]. Y unos meses después le reiteraba: «*es todo tu imaginación como la de muchos de nuestra familia agrava*»[cxxxvi].

Unos padecimientos posiblemente agravados por la siempre acuciante falta de dinero mientras Paquito, que le garantizaba una pensión mensual de 500 francos para contribuir a su mantenimiento, se lamentaba de todas las dificultades por las que todos pasaban. Él lo calificaba de «*desgracias sin tregua*» que generaban graves tensiones internas entre todos, mientras la reina Isabel se veía forzada a vender parte de sus valiosas joyas para hacer frente a los muchos gastos de su casa. A ello se sumaba que a causa de las demandas de Isabelita, aún no se había conseguido hacer las particiones de la compleja testamentaría de sus padres, pues ella se quejaba de que fuese Ignacy quien como varón representase sus intereses. « *[Esto]* —le escribía Paquito— *es lo que está marcado por las leyes. Estas dan el derecho a tu marido y nadie puede quitarle el que te represente y represente a tus hijos, como lo ha hecho por su parte ya Güell con respecto a nuestra hermana Josefa. Los poderes que tu tengas son nulos sin su consentimiento*»[cxxxvii]. Una situación que debía enfurecer a la siempre libre y liberal infanta y que nos da noticia de su mala relación con su esposo ya por entonces.

Afortunadamente, avanzado ya el año 1874, la posibilidad de una restauración de la monarquía en España en la persona del príncipe de Asturias, don Alfonso, parecía convertirse en una realidad. Un anhelo largamente acariciado que coronó a comienzos del año siguiente, pero que ahora colocaba a Fernando Gurowski en el bando carlista que luchaba contra su primo el rey restaurado. El pretendiente don Carlos le animó a abandonar el frente diciéndole que no se sentiría ofendido por ello pero, como escribe Ana de Sagrera, Fernando le respondió: «*Nada hay para mí más importante que cumplir con mi deber. Cuando juré*

seguir la causa de la legitimidad, solo existían doscientos o trescientos combatientes mal armados. Mi puesto está aquí y permaneceré en él»[cxxxviii]. Pero el joven soldado se sentía muy desalentado con la marcha de las cosas en el bando carlista. Pobre y «*sin un real*», se confiaba a su madre desde el Cuartel Real de Durango diciéndole: «*grandísima gana tendría de poderte hablar de muchas cosas que no son para escritas, referentes a tu pariente que no se porta muy allá, y me voy ya un poquito cargando y cual mina algún día reventaré y me iré a otra parte*»[cxxxix]. Todo un augurio de la desgracia que pronto iba a sobrevenir al amable y jovial marqués de Bondad Real[115] quien, como miembro del séquito de Carlos VII, no quiso abandonar al pretendiente en su marcha desde Tolosa hacia Zugarramurdi, camino de Zornoza, a pesar de sentirse ya muy enfermo. En esta última localidad le fue diagnosticada una «pulmonía nerviosa», que resultó fatal pues falleció el 4 de noviembre de 1875 generando un gran pesar en don Carlos que escribía «*con el alma llena de dolor por la pérdida de uno de mis mejores compañeros de armas. Mi primo Fernando Gurowski y Borbón que ayer murió en Zornoza*»[cxl].

El pretendiente concedió a su hermana Isabel Gurowski un salvoconducto para ir a orar ante su tumba en Amorebieta, pero ella no pudo llegar a territorio carlista y él le escribió: «*He recibido tu carta en la que manifiestas el dolor que te ha producido la muerte de nuestro pobre Fernando. Tú has perdido un hermano, y yo un buen amigo. Era un hermoso corazón, un militar leal y entendido a quien yo he amado de todas veras. Dios habrá premiado sus virtudes*»[cxli]. Y desde Lisboa, a donde había viajado para recoger a su hija Cristina que se había quedado allí y pasaba por dificultades, Isabelita escribía a la reina María Cristina: «*Mi pobre hijo Fernando era tan tierno como desgraciado. Morir, y separado de todos nosotros es horroroso y para mí es atroz pues nunca le volvimos a ver, ni sabía la verdad sobre su inesperado fin*»[cxlii]. Una pérdida también sentida por el conservador Paquito, que escribía a su hermana: «*no sé cómo expresarte mi sentimiento por la muerte de tu hijo y mi amado sobrino Fernando ¡Pobre hermana mía! […] dichoso tu hijo de haber dejado la vida como buen católico*»[cxliii].

Lamentablemente las complicaciones no terminaban allí, pues ahora el matrimonio Allen-Perkins no marchaba nada bien. Él tenía fama de libertino y de frecuentar prostitutas (años atrás había sido acusado de corrupción por el senador por Florida Thomas Ward Osborn) y, para embrollar más las cosas, hacía un par de años que había comenzado a coquetear con el carlismo, acercándose al pretendiente cuyo nombre había dado a su segundo hijo. Gestos que molestaban a la reina Isabel, que decidió retirar la pensión que garantizaba al matrimonio, que se encontró atrapado en grandes reveses financieros. Para colmo de males, en septiembre de 1874,

Charles Perkins fue condenado por estafa siendo obligado a pagar 39.000 francos a su casero. Había pedido dinero al conde de Chambord, jefe de la casa real de Francia, y al rey consorte y, finalmente, fue la reina Isabel quien hubo de zanjar la deuda para evitar un escándalo mayor. Su esposa María Isabel fue absuelta en el proceso judicial, pero él fue condenado a un año de cárcel en la prisión de Mazas en París. Tras salir de la cárcel marchó a Madrid, donde ya se encontraba su mujer, pero sólo para meterse en nuevos líos enfrentándose con el rey Alfonso hasta que el gobierno español le declaró proscrito y le expulsó del país. Así, y tras llegar a un acuerdo tácito de separación matrimonial, no le quedó más recurso que regresar a los Estados Unidos donde se instaló en Syracuse y vivió de impartir clases de francés y de italiano y de dar conferencias jugando con el atractivo de su tormentosa relación con los Borbones de España.

*

La restauración de la monarquía en España fue un bálsamo para la familia extendida de los Borbones españoles, y para Isabelita supuso la esperanza de la llegada de una pensión garantizada por el nuevo rey que le permitiese tirar adelante en medio de sus generosidades, sus gastos y sus caridades. Por ello en octubre de 1875 ya estaba en Madrid y un año después, en el otoño de 1876, el gobierno español parecía mostrarse por fin dispuesto a devolverle su antigua pensión de tiempos de la monarquía isabelina, aunque sin los atrasos debidos desde 1868. Una buena noticia para ella que siempre andaba corta de fondos y, que al igual que sus hermanos, aún no había recibido nada de la testamentaría paterna que por entonces todavía coleaba sin resolverse de forma definitiva[cxliv]. De hecho, su mala gestión económica le había generado algunos enfrentamientos con su hermano Paquito que, al parecer harto de sus problemas, le había escrito en el mes de julio: «*ya que entras en ese terreno podría contarte muchos miles y no de reales sino de duros que he satisfecho por ti. No te lo echo en cara pero te lo recuerdo*»[cxlv]. Un desencuentro que ella, que pintaba bastante bien, intentó apaciguar enviándole algunos de sus mejores paisajes.

A pesar de ello, la infanta tenía motivos para estar contenta, porque el 14 de octubre de aquel año de 1876 su hija María Cristina contraía matrimonio, en la iglesia de la Encarnación de Madrid, con el noble portugués Bartolomeu da Costa Macedo Giraldes Barba e Meneses[116]. Un viudo[117] reciente que en 1868 había heredado de su madre el vizcondado de Trancoso[118], y que era el potencial heredero de un gran patrimonio familiar que iba a estar en la base de muchos de sus problemas futuros. Se habían conocido durante la estancia de la familia en Lisboa, pues él era mozo hidalgo de la casa real portuguesa, miembro de la Comisión Nacional del 1º de Diciembre, caballero de la

orden del Cristo, director de la Real Asociación de Agricultura Portuguesa y miembro de una familia con importantes propiedades como la casa histórica de Silvestre Fernandez Leitao, en Castelo Novo; la Casa dos Arciprestes, en Lisboa; la Quinta do Alardo; y la Casa de Graciosa, en Arcos; amén del mayorazgo de Carabaña, Orusco y Valdilecha en la provincia de Madrid con su casa palacio en la plaza de la Constitución de Carabaña[119].

Monárquico convencido, Bartolomeu era amante de la poesía, componía sonetos, hablaba francés e italiano y escribía piezas teatrales como las comedias *Uma Estalagem na Estrada, Os Tormentos do Matrimónio,* el drama *O Rei de Roma* y la ópera *Giralda* en ocasiones representadas en el Theatro Nacional de la lisboeta rua dos Condes, que era de su propiedad. Sin embargo era un gran nacionalista portugués y un comprometido anti-hispanista, que en 1870 había publicado el trabajo titulado *Apontamentos para a história da dominação Castelhana em Portugal; opusculo anti-Iberico.* Un texto que recordaba las barbaridades cometidas por Castilla durante los años de unión de las coronas de España y Portugal en los siglos XVI y XVII, y en el que afirmaba que toda idea de unión ibérica (muy en boga en aquellos años) llevaría al despotismo y a la esclavitud de los portugueses. Todo un alegato nacionalista aunque desprovisto de argumentario religioso.

De buena facha, un encanto añadido era la masa potencial de bienes de los que era heredero tanto por línea paterna como por parte de su madre[120], de la que era hijo único, de su tía María José de Abreu Castelo Branco[121] y de su tío el incapacitado Bartolomeu da Costa de Macedo Coutinho Lopes Tavares e Ornelas[122]. Un palacio en su Trancoso natal, otro en Lisboa y numerosos predios rústicos en los concejos de Évora, Viana do Alemtejo, Portel, Montemor-o-Novo, Estremez, Sousel, Moura, Vila Viçosa, Ourique, Odemira, Almodovar, Mertola, Castro Verde y un largo etcétera[123]. Pero una herencia muy envenenada por las reclamaciones de tres medios hermanos, hijos ilegítimos de su padre.

La boda se celebró con la pompa necesaria e Isabelita se dio permiso para enviar las invitaciones haciendo constar a su hija como «*Princesa María Cristina de Borbón, Duquesa de Posen, Condesa de Gurowski*»[cxlvi]. Poco después la nueva pareja se instaló en Madrid en un piso de la calle Rosales, quedando en Portugal los hijos del primer matrimonio de él a cargo de su abuelo materno el X conde dos Arcos[124]. En tan sólo dos años tuvieron dos hijos, Alfonso y María Cristina, marchando después a Francia para acompañar a Isabelita que por entonces hacía ya algún tiempo que se encontraba separada de Ignacy. Una separación de la que desconocemos los particulares, si bien todo apunta a que él decidió vivir en París de forma permanente,

mientras que ella iba y venía entre París y Madrid para visitar a sus nietos Bertrán de Lis (Vicente, Ignacio, María Cristina, Juana, y Margarita) y a su hijo Augusto, que seguía su carrera militar.

Ignacy continuó en la casa de la rue de Lamennais y ella, a decir del conde Bruneel, «*vivía en París, en la rue de Prony, en un departamento confortable compartido por su hija María Cristina y su yerno, un gentilhombre portugués llamado vizconde de Trancoso. Otra de sus hijas se había casado en España con don Bertrán de Lys, descendiente de una vieja familia de origen francés, descendiente, se decía, de Juana de Arco*». Frecuentaba a la reina Isabel, a Paquito y a su hermana Pepita, que residía en el 39 de la rue de Lisbonne, y se movía en sociedad con grandes amigas como la condesa de Lissac, la princesa Benjamin de Rohan-Guéménée[125] o la condesa Bruneel. Para entonces se había convertido en un personaje de leyenda muy conocido en la escena social parisina, pues como recordaba Bruneel: «*a pesar de los años la infanta había conservado un grado tal del instinto de independencia, que un día abandonó la cohabitación con los suyos y, prefiriendo marchar a vivir sola [en París], se instaló sucesivamente en el Hotel Campbell, en la avenida Friedland, y en el Hotel Balzac, en la rue Balzac*».

Entre tanto, en febrero de 1876 su hijo Augusto, que estaba en el cuerpo de Húsares de la Princesa, se había batido contra los carlistas en el frente de Estella en los últimos conatos de la guerra, y en Madrid su hija María Luisa, una mujer bella e inteligente, andaba enferma. Posiblemente tan derrochadora como su madre, María Luisa, de quien se decía que era tan altiva que no quiso pedir ayuda financiera a la familia real, murió víctima de una severa neumonía, el 12 de diciembre de 1877, en la mayor precariedad en una huerta cercana a Madrid que era el escaso remanente de lo que otrora había sido una gran finca de los Bertrán de Lis. Según parece su relación con su madre no había sido particularmente buena y se había visto obligada a marchar a «*una triste masía sin muebles, donde se había retirado con su marido y sus adorables hijos, para ocultar su extrema pobreza y no soportar la conmiseración de amigos*»[cxlvii]. Allí había vivido sus últimos años en compañía de su esposo, Vicente, que le sobreviviría hasta febrero de 1901. Un esposo que, según la prensa, era «*un madrileño muy popular* que *pasó de altas posiciones a delegado de un distrito por amistad y protección de su amigo íntimo el duque de Tamames*»[126]. De él recuerda su bisnieto Gregorio Marañón y Bertrán de Lis: «*mi madre, a su vez, relataba que su abuelo Vicente Bertrán de Lis, dilapidó por incompetencia y frivolidad la fortuna que había recibido de sus antepasados, una importante saga de banqueros liberales*»[cxlviii]. Todo un varapalo para la posición social de los Bertrán de Lis, que los nietos de María Luisa repararían ya en el siglo XX al contraer matrimonios de relevancia social con miembros de familias notables.

El mal manejo de las cuestiones económicas debía de ser un rasgo familiar, pues en marzo de ese mismo año de 1877 la infanta, siempre endeudada y viendo que la resolución de la testamentaría de su padre se alargaba *sine die*, decidió capitalizar, aunque a la baja, todo cuanto le correspondía en el reparto testamentario. Un total de 159.152 pesetas con 80 céntimos por partidas en plata y alhajas, unas fincas en la provincia de Segovia y dos quintas partes de un palacio en Aranjuez. Derechos que cedió al hombre de negocios Juan Crisóstomo García e Yrabun, a cambio del pago de 90.000 pesetas (360.000 reales) de las que ya para entonces había percibido 70.000 y ahora recibiría las 20.000 restantes en billetes del Banco de España de uso corriente. Una notable merma en el capital, pero un gran alivio financiero en momentos en los que, según se consignaba en aquel documento, hacía nueve años que ella no tenía noticia de Ignacy a quien suponía en Rusia[cxlix].

A pesar de ello, dos años más tarde, el 14 de marzo de 1879, un juez del Distrito Centro de Madrid ordenaba embargarle la pensión que percibía de la Corona, pues debía 940 reales en gastos de médicos y honorarios varios. Situaciones no tan infrecuentes entre los príncipes de aquel tiempo y que, en el caso de Isabelita, la marquesa de Fontenoy, una de las grandes reveladoras de los secretos más oscuros de la realeza de aquellos años y poseedora de una pluma particularmente ácida, recogía en su libro de memorias al referirse a ella. «*Sus extravagancias* —escribía— *tanto en el ámbito monetario como en el moral están más allá de toda descripción […] La princesa es una especie de mujer loca que yo me he encontrado yendo a pie por las calles de Madrid, espantosamente vestida y con el aspecto de un vendedor de ropas viejas de mala reputación. Todas las puertas le están cerradas*»[cl]. Algo muy similar a lo que el «conde Paul Vasili»[127] cuenta en su libro *La société de Madrid*, en el que relata: «*Una vez separada de él [de Ignacy] su esposa se ha convertido, por su despilfarro, en una especie de loca de aire feroz. La alta sociedad española a veces sufre encontrándola por Madrid con indumentaria indescriptible, a pie, con las apariencias de una miseria injustificada, pues el rey Alfonso no olvida a nadie de su familia y ella tiene prerrogativas que bastarían para cualquier otra mujer que no se hiciera, como ella misma, una tonta gloria por sus deudas y su desorden*»[cli].

La reclamación de su pensión ante el gobierno no daba el fruto esperado y, en respuesta a sus peticiones de ayuda, la reina Isabel le escribía en noviembre de 1879: «*En cuanto a lo que me dices de tus justísimas reclamaciones y quejas, te diré, que debes de ver a menudo (ves en mi nombre) al rey tu sobrino y a mis hijas, y al leal general Martínez Campos, creo que él que tiene corazón y quiere a nuestra familia, hará justo se haga justicia y se te atienda, háblale también en mi nombre […] A*

tu marido le suelo ver a menudo, es bueno el pobre y se hace querer»[clii]. La soberana pensaba marchar a Madrid para asistir a la segunda boda de su hijo el rey con la archiduquesa María Cristina y prometía ayudar. Meses más tarde, en abril de 1880, Cristina Gurowski y su marido portugués traían al mundo a una nueva hija, que la reina aceptó amadrinar y, un año después, Augusto, que tiempo atrás había abandonado el cuerpo de Húsares de la Princesa estacionado en Alcalá de Henares para entrar en el de Cazadores de Alfonso XII en Madrid, solicitó ingresar en la Escolta Real lo cual le granjeó la cercanía a los reyes, a quienes acompañaba en sus desplazamientos a La Granja.

En junio de 1884, los Trancoso, que ahora se encontraban residiendo en el castillo de Briaucourt, en el Alto Marne francés, tuvieron un nuevo hijo llamado Fernando Ignacio. Siempre a ramal y media manta, pasaban grandes apuros a causa de los ingentes costos de los largos pleitos que desde tres décadas atrás enfrentaban al vizconde con sus tres medios hermanos portugueses[128] y con la viuda de su tío Bartolomeu que, fallecido en 1879, había dejado una cuantiosa herencia[129]. Procesos judiciales muy costosos en torno a los bienes históricos de los Giraldes, que el vizconde fue perdiendo sistemáticamente en beneficio de sus contrarios. De ahí sus renovadas peticiones de ayuda a la reina Isabel, que les respondía que hablaría con su hijo el rey que se ocuparía de ellos. Bartolomeu había conseguido emprender un negocio de venta de vinos, que parecía ir prosperando, y entre sus expectativas contaba con poder convertirse en proveedor de la casa de la reina en París. Un deseo frustrado pues recibió una clara negativa del marqués de Villasegura[130], que por entonces intentaba poner orden en las descontroladas cuentas de la soberana. Entre tanto Isabelita había marchado a España desde donde la reina Isabel, de regreso de Madrid, escribía a Cristina Trancoso: «*A tu madre tuve el placer de verla en Madrid, buena y cariñosa como siempre para mí*»[cliii].

Por entonces, y para mayor desgracia de todos, en noviembre de 1885 se producía el trágico fallecimiento del rey Alfonso. Una pérdida de enorme calado para el país y para toda la familia real, que tuvo graves repercusiones en el clan de los Gurowski pues la reina viuda María Cristina, ahora regente del reino, mandó retirar las pensiones de numerosos parientes paniaguados, como era el caso de María Cristina Gurowski que percibía 1.500 reales mensuales. Sin olvidar que hasta entonces el difunto rey también había costeado la educación de sus hijos Giraldes, pues las niñas estaban internadas en una institución de monjas dominicas de Neuilly-Sur-Seine. Todo un descalabro para aquel grupo familiar que aún continuaba residiendo en París, ahora en el 84 de la rue de Gauffroy, y que llevó a la vizcondesa, amiga del político republicano y masón Ruiz Zorrilla, a escribir una carta a la

regente que hizo publicar en la prensa como medida de presión para volver a asegurarse su pensión. Una situación desesperada que también la llevó a volver a escribir a la reina Isabel. «*Siento en el alma* —le respondía ésta— *no poder al presente, enviarte la cantidad que según me dices bastaría a saldar tus apuros, por no permitírmelo el Estado de mis fondos, teniendo en ello un verdadero pesar*»[cliv]. La herencia portuguesa se había evaporado completamente, y hasta se perdió la casa histórica familiar de Trancoso, vinculada al viejo mayorazgo de Tapada do Alardo, donde los Gurowski habían vivido de forma episódica y que los lugareños denominaban «palacio ducal» o «palacio del vizconde de Trancoso y de la duquesa de Posen»[131].

*

Los líos y los escándalos familiares se amontonaban, pues un año más tarde, en noviembre de 1886, Isabel Gurowski, ya separada de Allen-Perkins desde largo tiempo atrás, contraía un segundo matrimonio en Málaga con el abogado José María Díaz-Martín y Tornería, residente en el 100 de la calle Torrijos. Ella ya vivía en la ciudad andaluza desde al menos fines de 1870, y cometió una clara bigamia[132] que tuvo que ser necesariamente ocultada al público notificándose por todas partes que el molesto Charles había fallecido en Boston el 16 de marzo de 1884. Algo incierto ya que, por entonces, él vivía plácidamente en Syracuse, en el estado de Nueva York, en casa de su hermana la señora de Walter Adams[133], donde la familia presumía de que él era el primer norteamericano que había enlazado con la realeza europea (algunos le llamaban «Prince Perkins»). Dándose aires de príncipe, título que incorporaba en sus tarjetas de visita, se cuenta de él que organizaba fiestas de sociedad en las que hacía gala de su entronque con los Borbones de España, cosa muy atractiva para las ricas familias de la Costa Este norteamericana. Falleció en aquella mansión el 25 de agosto de 1892 según informó puntualmente la prensa local[clv].

En situación tan irregular, su ex esposa y su nuevo marido continuaron residiendo en Málaga, lejos de la maledicencia de los salones de Madrid, donde en 1884 se habían reencontrado con el rey Alfonso cuando este visitó aquellas tierras tras el gran terremoto de Andalucía. Para entonces su hermano Augusto, ahora teniente de caballería y residente en Madrid en el 19 de la calle de Carranza, había entrado a formar parte, como auxiliar de secretario de la Junta de Sanidad Militar, en la Junta Superior Consultiva de Guerra.

En aquellos años, y después de largo tiempo, Isabelita fue a visitar a su hermano Paquito a su nuevo palacio de Épinay-sur-Seine y, días más tarde, éste le escribía: «*muchos recuerdos a Augusto que tan bien se conduce, y a la pobre Isabel siempre mis afectos*»[clvi]. En esas, el 18 de

abril de 1887 el viejo Ignacy daba su último suspiro en su casa parisina de la rue Lamennais a los 75 años de edad, estando acompañado por su hija María Cristina. Reconocido como uno de los habituales en los salones de la sociedad parisina, en los últimos años había estado atendido por su sobrino el conde Melchior Gurowski de Wezele[134] con quien se le podía ver en el magnífico *château de l'Anglais*, una enorme propiedad que éste poseía en Niza desde 1875. Con su belleza de juventud ya evaporada, el día 21 fue enterrado en una tumba adquirida por su esposa en el cementerio de Père Lachaise. La prensa belga no quiso olvidarse de él y de su legendaria figura publicando:

«*La del conde Gurowski, que acaba de desaparecer súbitamente llevado por una enfermedad de corazón, era una curiosa fisionomía muy parisina. Este hombre gordo, de ojos invadidos por la grasa, y difícil de mover aunque hasta su último minuto había sido el asiduo de más de un salón y del foyer de la Ópera, había sido hace unos cuarenta años un "león", como se decía por entonces, soberbiamente esbelto; el verdadero prototipo del héroe de una novela […] A causa de los reveses de la fortuna se vio obligado a habitar de forma burguesa un simple y pequeño bajo, al igual que su cuñado Güell y Renté todavía marido de una infanta y al igual que él un parisino reforzado. ¿Quién hará la cuenta de Altezas o de maridos de Altezas que conviven con nosotros como simples escribanos de notarios y que están contentos con ello?*»[clvii]. Y el cronista español Eusebio Blasco, que conoció bien a la familia, le recordaba diciendo: «*era un viejo muy pulcro y atildado, muy gran señor, considerado siempre en todas partes. Su relación la adquirí en casa de Madame Adam, que le estimaba mucho. Murió pobre, pero en un ambiente de distinción que conservó hasta el último momento*»[clviii].

Aunque separado de la infanta desde años atrás, Ignacy siempre había contado con el cariño de la reina Isabel y había sabido mantener una buena relación con la familia real española pues, al menos en 1883, había acompañado a su cuñado Paquito y al duque de Montpensier a visitar a la reina regente de España en el hotel en el que esta se alojó aquel año a su paso por París camino de Viena. Por ello, y a pesar de las reiteradas penurias económicas de Isabelita, fue ella quien se hizo cargo de su entierro mandando imprimir una regia invitación al sepelio en la que sus nietos Bertrán de Lis aparecen con el Borbón como primer apellido. Un grupo familiar con dificultades que en Madrid intentaba salir adelante con cierto apoyo de la familia real, pues desde fechas tempranas la infanta Isabel, *la Chata*, había tomado bajo su completa protección a las jóvenes Juanita y Margot Bertrán de Lis, además de que esta última, la más guapa de las dos hermanas, había sido prohijada por el duque de Tamames.

Mientras, Isabel Gurowski y su esposo malagueño continuaban en la ciudad andaluza. «*Su marido* —escribe Carlo Bronne—*, viudo y con dos hijos, tierno y trabajador, la envolvía de cuidados y de atenciones y los dos hijos que ella había tenido eran buenos con ella. Pero el sino que se encarnizaba con los Gurowski no le había puesto las cosas fáciles. Carlos, su hijo mayor, le había dicho adiós para marchar a hacer fortuna en América, y el otro estaba sin empleo. En cuanto a los hijos del primer matrimonio de su marido, el mal era más grave. El hijastro estaba en desacuerdo con su padre y la hijastra, afectada por una locura epiléptica, estaba sujeta a crisis terribles. María Isabel, para no dar disgustos a su marido, no había dejado que la internaran. La demente estaba vigilada día y noche pero ello no le impidió burlar la vigilancia de la que era objeto e intentar estrangular a su madrastra*»[clix].

En cuanto a los arruinados Giraldes, tras la muerte de Ignacy andaban de regreso en Madrid donde en 1888 nació su último hijo llamado Enrique. Las cosas iban mal para ellos y es posible que por entonces el vizconde marchase a Portugal para instalarse en su casa de Castelo Novo, que también acabaría perdiendo. Como consecuencia de todo ello, un año más tarde las monjas de Neuilly-sur-Seine apelaban a la reina regente María Cristina para que se hiciese cargo del impago de los gastos del colegio de Isabel y Cristina Giraldes Gurowski, que su madre no había satisfecho. Complicaciones sin fin para la infanta, que el 21 de mayo de 1890 tuvo noticia del fallecimiento de su hijo Augusto en Málaga en momentos en los que se hablaba de un posible compromiso entre él y una de las elegantes «chicas de los Larios»[135]. Con sólo 35 años, en 1888 había dejado la Junta Superior Consultiva de Guerra para entrar en el cuerpo de Húsares de Pavía y de allí había pasado al de Lanceros de la Reina[clx]. En abril había pedido licencia por enfermedad, retirándose a Málaga donde contaba con la presencia de

su hermana María Isabel y donde le llegó la muerte siendo enterrado en el cementerio local.

Ya anciana, desde 1889 Isabelita vivía retirada en un hotel modesto, el Victoria, situado en el 10 de la Chaussée d'Antin donde se mantenía, al igual que Ignacy lo había hecho en sus últimos años, de un dinero que le pasaba regularmente la reina María Cristina desde Madrid. Utilizaba un coche que ponía a su disposición su cuñada la reina Isabel, diariamente se hacía llevar la comida desde un restaurante español de la rue Helder y una bodega cercana le suministraba vino de origen español. Sin embargo, la franca, dadivosa, desordenada y un tanto bohemia infanta seguía fascinando a sus últimos amigos fieles.

«*El placer de la vida en su vejez* —escribe el conde Bruneel— *lo encontraba, sobre todo, en la intimidad. Esta se componía de algunos parientes y también de amigos fieles entre los cuales se encontraban la princesa Benjamin de Rohan, la condesa de Lissac, algunos otros, y también yo y mi madre. A causa de esa asiduidad, aquellos fieles tuvieron la oportunidad de juzgar el estado del alma de la infanta en las circunstancias más disparejas, tanto en las más jubilosas como en las más tristes. Fue así como, en la misma noche del día en que tuvieron lugar los funerales del conde Gurowski, el esposo en otro tiempo adorado pero del que ella estaba separada desde largo tiempo atrás, sus amigos fieles pudieron rodearla de su respetuosa solicitud. Decir que la noche fue dolorosa sería ennegrecer el cuadro, pues simplemente había una melancolía que planeaba en aquella atmósfera. A pesar de todo, en el alma de la infanta se desarrollaba en aquel instante el recuerdo del pasado […] La infanta poseía, en grado extremo, el arte de la narración y el mayor lamento de sus fieles ha sido el no haber anotado cada noche aquello que sus oídos habían escuchado*».

En 1894 su generosidad se extendió a sus sobrinas nietas María Luisa, Marta y Enriqueta de Borbón y Parade, que acababan de perder a su padre Enrique de Borbón y Castellví, segundo duque de Sevilla[136], y pasaban por penurias. Y un año más tarde alcanzó a tener noticia de la boda de uno de sus nietos, Alfonso Allen-Perkins, con la granadina Trinidad Trujillo Delgado, al tiempo que Carlos, el hermano de éste, debutaba como actor en Madrid en la prestigiosa compañía de María Guerrero. Ambos hermanos, que mantenían la nacionalidad norteamericana desde su nacimiento, se habían educado en Málaga[137] donde Alfonso quedó junto a su madre mientras que Carlos marchaba a Madrid para lanzarse al mundo del teatro. Según la familia, *la Chata* intentó en vano disuadirle de entrar en las artes escénicas prometiendo encontrarle una buena colocación. Una propuesta animada por la reina regente, que le propuso un trabajo con un salario de 6.000 reales que él no aceptó y en 1895 debutó finalmente en el

Teatro Novedades. La suya iba a ser una carrera notable que le llevaría por los escenarios de toda España en las prestigiosas compañías de María Tubau y Ceferino Palencia y de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con quienes viajó hasta los Estados Unidos donde la prensa recogió con interés la llegada de este pariente regio de los Perkins.

Mientras, en su hotel parisino Isabelita, *l'infante rouge* como la llamaba la prensa, ya daba signos de agotamiento y días antes de morir fue visitada por su hermano Paquito. Acosada como estaba por las deudas, pues ni siquiera la pensión que le llegaba de Madrid (100.000 francos anuales) le permitía hacer frente a sus gastos, llevaba meses sin pagar las cuotas del hotel Victoria, y fue allí donde a los 75 años encontró la muerte el 9 de mayo de aquel año de 1897. Sola y bastante abandonada, el dueño del hotel tuvo que hacerse cargo de los gastos de amortajamiento y de entierro, que vinieron a sumarse a las cuantiosas deudas por impagos de alojamiento que él se vio obligado a reclamar a la reina regente quien, a su vez, indicó que el pago correspondía a su suegro el rey consorte; una deuda que, según la prensa, ascendía a 13.000 francos. El entierro se llevó a cabo en una ceremonia privada en la iglesia de Saint Louis d'Antin a la que, por expreso deseo de la difunta, Paquito no envió ninguna invitación[clxi] y solo asistieron el duque de Mandas, embajador en París, el personal de la embajada y algunos españoles de distinción[clxii]. En su necrológica, aparecida en el *Journal de Confolens*, el periodista Jean-Bernard recogía:

«*Como signo especial, hay que añadir que la infanta era muy republicana, incluso librepensadora, hasta el punto de que había pedido ser enterrada civilmente; en este momento, la embajada española está tomando las medidas más activas para garantizar que el entierro sea religioso. No sé, en el momento de escribir este artículo, si tendrá éxito. ¿Qué decir de la hermana de este rey, de esta infanta de España que muere sola, abandonada, sin sirvientes, con un vestido de orden inferior y que, después de haber gastado sumas considerables toda su vida, nunca supo negarse a la limosna, incluso en ocasiones de angustia, y que muere como librepensadora después de haber manifestado a menudo y sin disfraz ideas republicanas avanzadas y socialistas?*»[clxiii].

Isabelita fue la primera en morir de entre sus hermanas y en su recuerdo la corte española decretó cuatro semanas de luto. Fue enterrada en el pequeño panteón del cementerio parisino de Montmartre que era propiedad de su hermano Paquito, y en el que ya yacía desde décadas atrás su medio hermano el duque de San Ricardo. El conde Bruneel, para quien ella había conseguido su título condal de manos de su viejo amigo el papa León XIII, redactó una necrológica concluyendo: «*Aquellos de entre sus fieles que aún están en este mundo no*

podrán olvidar nunca a esta princesa cuya bondad fue proverbial». Su desaparición apenas fue registrada en España, donde quedaban sus nietos y dos de sus hijas. María Isabel («Mamabel» para sus nietos) se había separado finalmente de su marido malagueño[138], y se había trasladado a Madrid donde aún viviría hasta su muerte el 11 de febrero de 1925[139] siendo enterrada en el cementerio de La Almudena. María Cristina falleció en Madrid el 28 de febrero de 1901, ya viuda desde un año antes del vizconde de Trancoso que había terminado sus días completamente arruinado en su palacio lisboeta de la rua de Graça (en el 62 de la Rua de Sao Bernardo) que estaba completamente hipotecado[140]. Sin dinero, y probablemente separada de su esposo, dejaba cuatro hijos: Alfonso[141], María Isabel, Fernando y Enrique[142]. Fue enterrada en el cementerio de San Justo, y diez meses más tarde los gastos de su entierro aún continuaban impagados a una funeraria de la calle Preciados número 20. A instancia de los hijos se solicitó que fuese la familia real quien se hiciese cargo de la factura, pero el marqués de Borja, intendente de la Real Casa y Patrimonio, se negó a pagarla. Un claro reflejo del sino de lo que el cronista de *El Imparcial*, el citado Eusebio Blasco, había definido en 1901 como una «*familia infeliz porque en ella se han unido las necesidades y las obligaciones de los apellidos y las terribles angustias de la lucha por la vida*»[clxiv].

De esta infanta romántica, desprendida y legendaria desciende una larga progenie en la que se aúnan todos los grupos sociales. De los Bertrán de Lis, que supieron mantener su estatus social, proceden numerosos nobles y aristócratas[143] como los duques de Alburquerque[144], los futuros duques de Lerma, los marqueses de Bondad Real, de Marañón[145] y de Guad-El Jelú, y el conde de Retamoso, así como varias familias andaluzas de relieve como los Domecq, los Soto y los Larios. De entre los Allen-Perkins destaca[146] notablemente el citado actor de teatro Carlos Allen-Perkins y Gurowski, que en 1904 participó en el estreno de la zarzuela *Bohemios* de Amadeo Vives. Un hombre volcado en el mundo del teatro musical que supo compaginar con el género «chico» (zarzuelas como *La Corte del Faraón*), y que participó en numerosos espectáculos de la época y en grabaciones discográficas de monólogos escritos para él por autores tan reconocidos como Carlos Arniches. También realizó incursiones en la ficción literaria, con novelas policíacas como *La muñeca trágica* y *La marca infame*, a las que siguieron otros títulos dramáticos escritos con éxito para la escena como *El amor fácil, La bala perdía, El dó de pecho, El fantasma de la gloria* o *Una juerguecita*. Su tío abuelo el rey consorte hizo gestiones para recomendarle en el mundo del teatro madrileño, pero cuenta su familia que en cierto momento *la Chata* hizo presiones para que no se le contratara y por ello hacia 1907 tuvo que dirigirse al rey Alfonso XIII para solicitarle una pensión de la Corona. Por último,

entre los Giraldes cabe destacar a Soledad Domínguez Giraldes, esposa del conocido locutor de radio Pedro Pablo Ayuso y madre de la popular actriz de cine y televisión Marisol Ayuso[147].

LUISA TERESA, LA DERROCHONA

«*Aquí estamos tranquilos fuera de chismes y enredos,*
y yo desde que estoy fuera respiro.
Allí [en Madrid] hay una atmósfera muy cargada.»

(Infanta Luisa Teresa a su hermana Isabel, febrero de 1851)

La fuga de Isabelita debió de suponer todo un disgusto para su siguiente hermana, Luisa Teresa, que sin duda vivió en primera persona todo el revuelo acontecido en el convento de las madres agustinas en el que por entonces ella también se encontraba interna. El escándalo había sido mayúsculo y debió de serlo especialmente para esta hermana que le seguía en edad y que, a sus 17 años, ya era amiga de lujos, trajes, joyas, aderezos y elementos de tocador propios de las damas de posición. Coqueta y dispendiosa como su madre Luisa Carlota, sabemos que se sentía particularmente unida a ella, que la consideraba más juiciosa, y que ambas eran clientas asiduas de los establecimientos de los mejores modistos, perfumistas y joyeros parisinos en los que generaban gruesas facturas de las que don Francisco se lamentaba ya que, como tantos príncipes de su tiempo, los infantes vivían permanentemente a crédito por gastar por encima de sus posibilidades. De hecho Luisita no dudaba en dar consejos sobre cuestiones de vestido y de tocador a su tía la reina Cristina tal y como demuestra la correspondencia cruzada entre ambas. Y es que, si en un arrebato de amores románticos su hermana había burlado al destino para labrarse una vida propia, convirtiéndose en la primera infanta de España que casaba por debajo de su rango, Luisita siempre preferiría apostar por la opulencia y la exclusividad de la vida de la gran aristocracia europea, que se manifestaría de forma tan notable durante toda la segunda mitad del convulso siglo XIX dando paso a la *belle époque*.

*

En el verano de 1839 apareció en el horizonte un posible pretendiente ya fuese para esta hija, o para Isabelita, en la persona del emperador Pedro del Brasil. Un proyecto bien visto desde la corte de Río de Janeiro, y apoyado desde Madrid por la bella e influyente brasileña María Buschenthal[148] que contaba con el favor de la reina María Cristina. «*En ausencia de su Augusta Hermana* —escribía

Buschenthal— *[la reina] ha querido aprobar mi carta al señor Albuquerque, y repitiéndome que Ella vería con el mayor placer realizarse la alianza proyectada, me ha hecho comprender que lamentaría mucho que no llegase a término después de haberse expuesto ya a una cierta publicidad*»[clxv].

Aunque el emperador carioca mostraba mayor inclinación por conectar a su familia con los Habsburgo de Viena, pues su madre había sido una archiduquesa, también andaba deseoso de ver a estas lejanas primas españolas, de cuyas cualidades y educación se le había hablado tan bien, que su embajador en Madrid, José Cavalcanti de Albuquerque, le remitió al palacio de Sao Cristovao, en Río de Janeiro, un grabado con imágenes de toda la familia de los infantes. Luisa Carlota, que «*tenait tant à coeur*» aquellas negociaciones, sabía que en España también se había hablado de aquel matrimonio y, por tanto, se había apresurado a escribir a su hermana: «*Por lo que escribiste hace algún tiempo por mano del caballero [José] Buschenthal del deseo que tenía de un matrimonio entre el emperador de Brasil y mi hija Luisa, como dicho caballero hizo algunas proposiciones, a las que respondí que para mí sería mayor placer*»[clxvi].

Sin embargo con la llegada de la regencia de Espartero en España y la marcha de la regente al exilio, en diciembre de 1840 el nuevo embajador español en París, Salustiano Olózaga, dejó claro que a partir de entonces aquellos *pourparlers* se llevarían directamente desde Madrid para evitar la mano de los Buschenthal y «*otras gentes de la misma estofa*». En mayo del año siguiente, las conversaciones aún seguían abiertas, pues en Madrid Espartero estaba de acuerdo y desde Brasil se consideraba que la boda de Paquito o Enriquito, con las princesas brasileñas, podría aportar ciertos beneficios al imperio amazónico habida cuenta de que tan sólo unas décadas antes los Borbones de España habían reinado en todas aquellas tierras limítrofes con las fronteras del Brasil. Como rezaba un informe confidencial de la embajada de Brasil en España, aquella alianza «*no podrá dejar de producir resultados de la mayor importancia no sólo para los destinos del imperio, sino para los estados que lo rodean*»[clxvii].

Además, y aunque en París, María Cristina también estaba por la labor y escribía al plenipotenciario brasileño, señor Cavalcanti de Albuquerque: «*este proyecto de matrimonio, debo deciros —y lo hago sin la menor diplomacia, pues sobre todo mis deseos son para la felicidad del emperador— creo que está de acuerdo con los deseos de mi hermana. Es muy natural, usted lo sabe, que una madre quiere establecer bien a sus hijas. Pero no puedo aseguraros que mi hermana haya hablado de ello con Buschenthal. No conozco a este hombre y apenas le he visto una o dos veces. Por otra parte, en un asunto de esta naturaleza, además de la reciprocidad de los deseos, hay otros intereses que hay que pesar y*

madurar, pues no sabemos si esta alianza convendría al emperador del Brasil»[clxviii]. Pero, por desgracia, entrado el año 1841 la fuga de Isabelita había empañado la imagen familiar, el canciller austriaco, príncipe Metternich, había ejercido su influencia y, finalmente, todo había quedado en nada aprovechando la reina viuda de las Dos Sicilias, madre de Luisa Carlota y María Cristina, la situación para casar a Pedro II con su hija Teresa Cristina y a la princesa Januaria con su hijo el príncipe Luis, conde de Aquila.

Así, y con Luisita compuesta y sin novio, en el mes de octubre los infantes marcharon con la familia real francesa a pasar el otoño en el palacio de Fontainebleau, cuando la prensa hablaba de un posible viaje de Paquito y Enriquito a los Estados Unidos que nunca se realizaría. Estaba claro que Luisita no iba a dar la campanada como su hermana mayor, pues para ella la vida no era lo mismo sin dinero y sin posición. A punto de cumplir los 18 años, y preparada ya para entrar en el mercado matrimonial europeo, a fines de año ella y su hermano Fernandito acompañaron a sus padres de regreso a España, donde ya no se instalaron en el Palacio Real, donde habían crecido, sino en el palacete de la calle de la Luna, que desde entonces sería la residencia de los infantes en la corte.

Luisa Carlota llegaba a Madrid contenta y dispuesta a intentar influir en el ánimo de su sobrina, la reina niña Isabel, pero también se sentía molesta por el trato más favorable que el rey Luis Felipe dispensaba a su hermana Cristina, a quien ahora le tocaba marchar al exilio en París. De ahí que el palacete de la calle de la Luna se convirtiese de inmediato en un lugar en el que no faltaban las intrigas, pues la infanta andaba ahora muy empeñada en sacar adelante el matrimonio de su hijo Paquito con la reinecita. Intrigas conocidas en todas las cortes y en particular en París, donde María Cristina acababa de lanzar al tablero matrimonial a su propio hermano menor, el conde de Trapani[149], que podría llegar a hacerse con la mano de la reina de España.

Un escenario muy revuelto, pues ni Francia ni la Gran Bretaña estaban dispuestas a dejar que el matrimonio de la reina se concertase sin su intervención y su aquiescencia. Algo que tenía claro el político Salustiano Olózaga, que en 1843 llegó a París como embajador de España y mantuvo conversaciones con el jefe de gobierno francés, François Guizot, que veía pocas posibilidades a Paquito a pesar de las simpatías que el rey Luis Felipe parecía mostrar por él. Por todas partes se rumoreaba que Paquito era o impotente, pues se sabía en familia que padecía de algún tipo de trastorno o malformación genital[150], o bien era homosexual. Además en Francia se temía la mala reputación de Luisa Carlota y Parcent, pues se hablaba de «*su escandalosa alianza con los esparteristas y los anarquistas*»[clxix]. Razones

por las cuales Guizot veía con mejores ojos a Enriquito, el segundo hijo de los infantes, que no toleraba al detestado Parcent. Francia no estaba dispuesta a permitir que el futuro rey consorte de España no fuese un Borbón, descendiente de Felipe V.

El Reino Unido proponía como candidato propio al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, pariente de la reina Victoria, pero Francia le ponía el veto al igual que los ingleses hacían con la posibilidad de un matrimonio de la reina con un hijo del rey de Francia. Una pugna compleja en la que la exiliada María Cristina no tenía intención de quedarse fuera, generando más confusión con la candidatura de su hermano Trapani pero, al mismo tiempo, buscando una alianza secreta con el rey Luis Felipe que decía estar dispuesto a conformarse con casar a su hijo menor, el duque de Montpensier, con la infanta Luisa Fernanda, hermana menor de la reina y presunta heredera del trono. Así, si Isabel II se casaba con Paquito, de quien se esperaba que no quedase descendencia, el trono pasaría eventualmente a Luisa Fernanda, hija favorita de María Cristina, y a Montpensier. No obstante, y con tantas manos de por medio, nada estaba claro tal y como *sir* Arthur Aston, ministro plenipotenciario del Reino Unido en Madrid y sospechoso de los manejos del rey de los franceses, reportaba al primer ministro británico lord Aberdeen:

«*[Luis Felipe] conoce demasiado bien el carácter de la infanta, su desgraciada conexión con el conde de Parcent, y la absoluta imbecilidad del joven príncipe como para creer que un matrimonio semejante podría ser popular entre las clases acomodadas, o posibilitar el fortalecimiento del trono. Si se debe de imponer un Borbón en ese país yo diría que hay gran cantidad de exaltados y también de moderados que preferirían a un príncipe francés. La pregunta es qué ventajas tendría para el país un matrimonio con un hijo de don Francisco [de Paula]. No puede esperarse que la reina, de catorce años, sea competente para asumir las riendas del poder, ¿y qué puede esperarse de un marido que es realmente un cretino? El país quedaría, por tanto, gobernado por la infanta que posee todas las malas cualidades del peor de los Borbones […] Las dos hermanas [Luisa Carlota y María Cristina] se detestan y por el momento tienen el mismo objetivo en mente, que es la caída de Espartero, y eso puede inducirles a firmar una tregua temporal. Pero la reconciliación no puede ser ni sincera ni duradera. Cristina no puede nunca olvidar o perdonar las circunstancias en las que la infanta publicó los detalles de su matrimonio con Muñoz, acompañados de un desagradable relato de su modo de vida. Las dos hermanas no podrían pasar juntas un fin de semana sin que aconteciese una bronca mortal*»[clxx].

A pesar de todo ello, la familia de don Francisco mantenía las formas y se deshacía en manifestaciones de afecto hacia María Cristina, pues su amplia correspondencia refleja como Luisita y sus

hermanas nunca dudaron de la importancia de mantener una buena relación personal con su todavía poderosa tía, a la que siempre acudirían en momentos de dificultad.

*

Poco se sabe sobre esta infanta en aquellos primeros años de su regreso a España, pero su vida quedó marcada cuando a las 5 de la tarde del 29 de enero de 1844 su madre fallecía inopinadamente, a los 39 años, tras haber hecho sus últimas disposiciones testamentarias. Una muerte repentina que ponía patas arriba a toda la familia, siempre dirigida con mano firme por la finada y que, además, suponía el fin de la privanza de Parcent. Para mayor desgracia, Luisita era la única de los hijos de los infantes que se encontraba en Madrid para poder acompañar y consolar a su madre en su penoso trance de muerte. Un final muy torturado, pues años más tarde un informe del embajador británico Bulwer[151] a lord Palmerston[152], por entonces secretario del *Foreign Office*, recogería un rumor según el cual en su lecho de muerte la infanta habría confiado a su confesor que su hijo Paquito era, en realidad, el hijo adulterino del difunto rey Fernando[clxxi]. Una afirmación sin duda maledicente, pues de ser cierta habría hecho de Paquito el hermano de padre de la reina Isabel, lo cual habría imposibilitado de todo punto su matrimonio a ojos de una buena cristiana.

Sea como fuere, Luisa Carlota dejó este mundo con plena conciencia y en medio de severos padecimientos, pues fue acometida por un insomnio pertinaz, disminución del apetito, vértigos, ciertos espasmos y una erupción cutánea extendida por todo el cuerpo que fueron combatidos en vano con dos sangrías, cantáridas y sinapismos. Todo ello mientras se llamaba a su confesor, el padre Fulgencio López, pues ella pidió a los facultativos que no le ocultasen la verdad en relación con su inmediato e irremediable fin, que se produjo por una apoplejía general grave y fulminante. Según recogía la prensa,

«*Acometida S.A.R. de un ataque pulmonar, tan frecuentes siempre en Madrid, creyose que no ofrecía gran peligro hasta la mañana de ayer en que la enfermedad tomó tal carácter que los facultativos desesperaron de poder salvar su vida. La augusta enferma no se hizo ilusión tampoco sobre su verdadero y fatal estado, y desde muy temprano manifestó el deseo de ver a su querido hijo el infante don Francisco de Asís que acababa de marchar a Pamplona y a la joven infanta que se encontraba en Madrid al lado de sus padres. Al mismo tiempo que salía un correo extraordinario para Navarra, llamando al joven coronel para recibir el último abrazo de su cariñosa madre, entraba en el cuarto de la enferma su augusta hija. La relación que hemos oído a diferentes y respetables sujetos de la entrevista de estas dos personas que tanto se amaban nos ha hecho derramar más de*

una lágrima. La Serma. Infanta doña Carlota no quiso ocultar cuál era su tristísimo estado y con admirable serenidad y entereza a pesar de los amargos sollozos de su hija, la dio sus últimos consejos tan dignos de una madre como de una princesa de Castilla. También ha sido llamado el infante D. Enrique, que creemos se encuentra en la actualidad en Cádiz; pero desgraciadamente tanto el joven marino como su augusto hermano, vendrán solo para servir de consuelo al profundo dolor de su padre y de la desolada familia real. Nuestra inocente Reina y su querida hermana han dado en estos amargos días grandes pruebas de su amor y cariño hacia su augusta tía; y profundo ha sido el sentimiento de las augustas Huérfanas cuando han sabido el triste suceso que ha cubierto de luto la corte, y enturbiado el gozo que en todos los ánimos produjera el anuncio del próximo regreso a España de S. M. la Reina Cristina»[clxxii].

El cuerpo de la infanta, lujosamente amortajada, fue expuesto en capilla ardiente en su casa, a la que acudió un enorme gentío antes de ser trasladado al pudridero del monasterio de El Escorial, en el que su viudo quiso erigir un túmulo funerario particularmente ostentoso. «*La pobre Luisita* —escribía Paquito a su hermana Isabelita a Bruselas— *recibió su bendición, y sus últimos consejos. Aquí todo el mundo la adora porque no es posible encontrar una persona tan juiciosa, tan bondadosa, tan virtuosa y que se haga respetar tanto como Luisita*»[clxxiii]. Poco después, el 10 de febrero, el viudo infante don Francisco escribía a la reina Cristina, que aún se encontraba en París pero ya preparando su próximo regreso a España, para agradecerle que su hija la reina hubiese puesto a su disposición como nueva residencia el denominado palacio de San Juan del Buen Retiro.

«*En estos días* —le decía añadía— *ha pasado mi Luisita el Sarampión, como Fernandito en su Colegio, mas por fortuna ambos han sido muy benignas. Llegó de Pamplona mi hijo Paquito y me dijo lo que te había escrito y tiene mucha razón que tu harás veces de Madre para mis pobres huerfanos, en memoria de la que han perdido. También espero a Enriquito que vendrá de Cádiz de un momento al otro. Todo Madrid y el Reyno entero han sentido nuestra pena y se han esperado a consolarnos. Mucho te estimaria que si te es posible trajeses a mis hijas porque no podían encontrar mejor proporcion ni que mas llenase los deseos de la difunta, pero no quisiera abusar de tu bondad ni que esto te cause la menor incomodidad*»[clxxiv].

La muerte de Luisa Carlota se produjo en aquellos momentos de gran debate político abierto en España, Francia y el Reino Unido en torno al futuro matrimonio de la reina Isabel. La difunta había apostado con todas sus energías por uno de sus hijos, ya fuese Paquito o Enriquito, mientras que desde París, María Cristina apoyaba tanto la candidatura de Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha como la de su hermano el conde de Trapani. Por otra parte, su también hermano el

rey Fernando de las Dos Sicilias, hermano de Trapani, acababa de reconocer por fin a Isabel como reina de España dejando de dar apoyo a la causa carlista, si bien aquello parecía insuficiente a los gobiernos de Madrid y de París, que consideraban a Trapani un príncipe pacato y pietista, educado por los jesuitas en Roma, del que era mejor librarse. Un escenario muy complejo que el inesperado fallecimiento de Luisa Carlota vino a aclarar en parte, pues con su desaparición tanto Francia como el Reino Unido vieron claro que, aunque todavía en París, María Cristina era ahora la pieza clave para resolver, a satisfacción de todos, el espinoso asunto de los denominados «matrimonios españoles». A ese fin la reina Victoria de Inglaterra y el rey Luis Felipe se reunieron en el castillo de Eu para pactar la cuestión, si bien en breve el rey de los franceses traicionaría aquel pacto aliándose en secreto con la reina madre de España.

Entre tanto en Madrid, y en el ámbito doméstico, la desaparición de la infanta tuvo como efecto inmediato que su viudo apartase de su casa de forma determinante al conde de Parcent[153], que tanto había influido sobre la difunta y sobre toda la familia tal y como recogía un informante desconocido en un escrito dirigido a la reina Cristina:

«*Todo lo pasado de nada tienen culpa hesos desgraciados, solo la tiene el perfido conde de Parsent [sic.] y sus favoritos, que no tan solo ycieron Infelices a S.S.A.A. que también alcanzó a muchos de la Servidumbre que fueron separados sin causa ni motivo solo por no estar conformes con sus hideas de Republicano y otras cosas que mi boca no las dirá. S. M. save que hera Enemigo y lo está siendo para que V. M. no bolviese a pisar el territorio Español y bolber a dominar a esa desventurada familia, heso desean sus amigos que hoy están haconsejando y pidiendo a Dios y entrigando para que buelba y hasta comunicarle todas las operaciones de S.S.A.A. Los sujetos mas Influentes y mas domesticados del Conde son los que a continuacion se espresan: D. Antonio Gonorra, D. Antonio Fuente Taja, ya save V. M. que este fue el que escribió mucho contra V. M. D. Pedro Perales, del Guarda Ropa un buen pajarito que canta en la mano, D. Antonio Ruviralta, hujier, D. Carlos Fernandez, en el Guarda Ropa de D. Francisco de Asís, dos Franciscas, que la una esta en Redada con el dicho Perales y la otra con el Jefe de la cocina D. Cayetano que también es buen pajaro, y por ultimo de la servidumbre que quedó por el Conde solo hay uno de toda satisfaccion que se llama Jose Menendez, y este por desgracia lo tienen a rinconado dicho señor. Faltava que es el Jose de cavallerizos y también de los Cuartos, como no le costó mucho sudor ganandole se le figura que los señores están como en otros tiempos y tira de largo un hombre sin principios y sin heducacion*»[clxxv].

En sus últimos días de vida, Luisa Carlota había encomendado a su confesor que informase a Luis González Bravo, por entonces presidente del Consejo de Ministros, de su petición a su esposo de

librarse de Parcent. Un acto de contrición de última hora que don Francisco cumplió religiosamente, informando al presidente del Consejo y al ministro de la Guerra de que en adelante cualquier nombramiento en el seno de su casa contaría siempre con la aprobación del Gobierno[clxxvi]. El infante tomó entonces como secretario de cámara a Martín Rodón[154], que había jugado un importante papel en los intentos de reconciliación entre la difunta y María Cristina y la familia abandonó definitivamente su palacete de la calle de la Luna, cuyo destino se desconoce. El Gobierno hubiera preferido asignarle el palacio de Buenavista, don Francisco alegaba que en aquel vetusto edificio que había pasado por tantas manos[155] los suelos estaban mal, además de que hubiera preferido regresar al Palacio Real donde, decía, «*podría mirar mejor por mis pobres hijas y esto nos corriese gastos de pagar y amueblar una casa*». Mientras, en París María Cristina ponía todo en marcha para su inmediato regreso a España llevando consigo a sus sobrinas.

«*Te aseguro* —escribía ella al infante— *que las quiero muchisimo, y que si vienen conmigo pondré todo mi cuidado para hacerles lo menos penoso posible el viage, enfin, las cuidaré como si fuesen mis hijas y será para mí un consuelo podertelas entregar en buena salud […] No dudo querido Hermano que habrás pensado en poner cerca de tus hijas una persona de decoro, educacion, etc. Ahora que les falta la madre necesitan de esto para que esté a su cuidado y las acompañe; espero que no extrañes entre yo en esta cuestión, pero mi conciencia me implica a ello, pues me parece un deber que tengo de decirte lo que creo conveniente para el bien de estas criaturas que quiero tiernamente, tanto mas cuanto Luisa (Q.D.G) me las recomendaba mucho en sus cartas. Si mi consejo pudiese servir de algo, te aconsejaría que nombraras como Dama y aya de ellas a la muger de Arana, la Candelaria Ribas[156], ella reune todas las cualidades, a mi modo de ver, que se requieren para estar cerca de tus amadas Hijas […] Desearia que para cuidarlas y servirlas enviaras a la frontera una o dos mugeres pues hasta allí las acompañará la que tienen en el Colegio; creo seria buena la Tardera o alguna otra de las que tienen conocidas y que sean buenas*»[clxxvii].

El reencuentro de Luisita con estas hermanas menores debió de ser muy grato para todas, ahora que eran huérfanas de madre y que Isabelita se encontraba alejada en Bruselas. Llegado el verano, las jóvenes ya estaban en Madrid instaladas en su rutina de la cual también se informaba puntualmente a la reina Cristina, que hacía las veces de figura maternal sustitutiva.

«*Ahora fiaré* —le escribía Candelaria Rivas, aya de las niñas— *a V. M. como ocupan el día: se levantan S.S.A.A. a las seis, hacen su oración, pasean las mayores con el Sr. Infante D. Francisco de Asís, acompañados de la teniente de aya y un criado, vuelven a la misa, almuerzan, enseguida*

las tres señoras pequeñas dan lección de religión, lectura en español, escritura y aritmética con el Padre Campos, esculapio, durante la ausencia del Padre Fulgencio, después hacen labor con la maestra: la Infanta Dª Josefa tiene maestro de geografía, y las Sras. pequeñas reparan con el de francés. Todas las señoras dan lección de música un día sí y otro no. Tenemos además nuestra hora de lectura del Evangelio del día y la Instrucción de Cristo, prolongándose esto los domingos, añadiendo alguna oración. Todo esto se intercala con descansos y por las tardes pasean las Sras. mayores con S.A. ya a caballo ya en coche. Las Sras. pequeñas se acuestan temprano de vuelta del parque, después de haber rezado con la Sra. Dª Josefa y esta Sra. y la Sra. Dª Luisa se entretienen con la música, en la que acompaña a S.S.A.A. el maestro»[clxxviii].

Ocupadas en las tediosas labores propias de las princesas de su tiempo, en 1845 Luisita confeccionó una silla de talla dorada con asiento y respaldo bordados en lana, sedas y oro para una rifa benéfica, pues todas ellas se afanaban en pequeñas caridades. Tampoco faltaban los conciertos y los divertimentos organizados por la familia, en los que ella participaba tocando el piano a cuatro manos con Pepita, mientras su prima la reina se arrancaba con arias de óperas, como el dueto de *Los Lombardos* con el señor Siguer, y su padre con el *Nabucco* de Verdi.

*

El año 1846 comenzó con la resolución de la espinosa cuestión de los «matrimonios españoles». Apartados ya del tablero matrimonial el conde de Montemolín, hijo del pretendiente carlista, el conde de Trapani y el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, el rey Luis Felipe y la reina madre María Cristina se decidieron a zanjar la cuestión al margen del Reino Unido, pactando el matrimonio de la reina niña con Paquito y el de su hermana Luisa Fernanda con el duque de Montpensier. Las dobles bodas se celebraron con todo boato en el Salón del Trono de palacio el 10 de octubre, día del cumpleaños de la reina, mientras la prensa aventaba rumores de un posible matrimonio del infante don Francisco con una hermana del influyente duque de Riánsares[157] y de Luisita con el riquísimo duque de Osuna[158]. Meros rumores en momentos en los que el infante y sus hijos cobraban mayor relevancia en la corte por el matrimonio de Paquito con la reina, y la maternal reina Amelia de Francia intentaba mediar para casar a una de las infantas, probablemente Luisita, con el príncipe Maximiliano Eugenio de Fürstenberg[clxxix].

Un proyecto fallido porque la infanta ya había puesto los ojos sobre un guapo miembro de la más rancia aristocracia española. Se trataba de don José María Osorio de Moscoso y Carvajal y era el único hijo varón del por entonces más titulado noble de España, pues su padre,

don Vicente Pío Osorio de Moscoso y Ponce de León, ostentaba 18 grandezas de España en tanto que era jefe de la prestigiosa y antigua casa de Astorga-Altamira en su calidad de XVIII marqués de Astorga y XIV conde de Altamira. Títulos a los que sumaba otros de gran relevancia como el condado de Cabra, o los ducados de Baena, Soma, Sanlúcar la Mayor, Medina de las Torres, Atrisco, Maqueda o Montemar, amén de otros muchos marquesados, condados, vizcondados, baronías y mercedes de origen italiano. Una casa de gran relevancia que por entonces era todo un enorme conglomerado de mayorazgos, castillos y extensos bienes raíces distribuidos por toda España. Pero un gran patrimonio ya en claro y progresivo declive, pues «*las apremiantes necesidades financieras agravadas por los desastres para su hacienda provocados por la Guerra de la Independencia y por la equivocada política matrimonial que hipotecó gran parte de las rentas de la casa, provocaron una situación insostenible que llevó al XIV conde*[159] *[de Altamira] y a su hijo, don Vicente Pío —último titular que pudo disfrutar de todos los mayorazgos— a malvender su valiosa biblioteca, el archivo y la colección de pinturas*»[clxxx].

Títulos y propiedades sujetos a gruesas hipotecas que habían obligado a don Vicente Pío a llevar a cabo una necesaria política de enajenación de su patrimonio, que se vio acelerada por la Ley de Desamortización de Mayorazgos de 1842 con la que perdió fincas y propiedades de mayorazgos de los Osorio, los Moscoso, los Cárdenas, los Fernández de Córdoba, los Guzmán, etc. Su padre le había dejado al morir en 1837 una deuda de 44 millones de reales, y de ahí esa amplia política de ventas y de desvinculaciones de bienes inmuebles en provincias tan dispares como Burgos, Córdoba, Barcelona, Palencia, o Zamora, cuando ya se había desprendido en 1824 de 8.000 volúmenes de la valiosa biblioteca familiar en una almoneda de Londres. No obstante, la familia todavía mantenía un muy elevado tren de vida en su palacio de la madrileña calle de San Bernardo[160], y desde su viudez en 1843, el futuro suegro de Luisita había afianzado su posición en el entorno de la reina Isabel, con cuya madre mantenía una buena relación. Algo que favoreció que se salvasen las dificultades que surgieron para el matrimonio, a todas luces morganático, de este hijo con rango insuficiente para una infanta de España por muy titulado que fuera. Por entonces ostentaba por cesión paterna el ducado de Sessa y el condado de Trastámara, que era el propio de los herederos de la casa y que llevaba aparejada una Grandeza de España. Una situación de la que se hacía eco la prensa al consignar:

«*La señora Infanta doña Luisa Teresa, colocada como todos los demas hijos de los señores Infantes Francisco de Paula y Luisa Carlota en la categoría de Infantes de España, por orden de Fernando VII en la Real cédula del 3 de diciembre de 1823, ocupa un lugar bastante inmediato al*

Trono, como prima hermana de la Reina, circunstancias que la colocan en una categoría elevada a mucha distancia de la que se halle cualquier otra persona que no pertenece a la familia real, como don José Osorio, por más que pertenezca a una ilustre familia y sea grande de España, la más alta dignidad después de la familia real»[clxxxi].

La cuestión fue llevada a fines de enero de 1847 al Consejo de Ministros, que determinó que se trataba de un matrimonio desigual y por tanto, aunque la reina dio su consentimiento el 8 de febrero, se expidió un real decreto que rezaba:

«*Atendiendo a las razones que me ha expuesto mi Consejo de Ministros, y conformando con su propuesta, he venido en conceder mi Real permiso a mi muy amada prima la Infanta de España Doña Luisa Teresa de Borbón y a don José Osorio de Moscoso y Carvajal, conde de Trastámara, duque de Sessa, grande de España de primera clase, para que puedan contraer matrimonio como lo tienen solicitado; y declaro que por el hecho de contraer mi muy amada prima la Infanta doña Luisa Teresa este matrimonio con persona desigual no decae de mi gracia y cariño, y que debe quedar con todos los honores y prerrogativas que le corresponden como Infanta de España; de cuyos honores y prerrogativas no han de participar su marido el duque de Sessa, ni los hijos y descendientes que tenga en su matrimonio con la Infanta doña Luisa Teresa, los cuales podrán suceder en los bienes libres de sus padres, y deberán usar precisamente del apellido y armas de su padre; en cuyos títulos y honores podrán asimismo suceder; todo en conformidad a lo dispuesto en el artículo 12, ley 9ª tit. 2º lib 10º de la Novísima Recopilación y mando que este mi real decreto se inserte en la partida de casamiento*»[clxxxii].

Al día siguiente de la publicación del real decreto, el conde de Altamira organizó un gran baile en su palacio al que acudieron los reyes y el padre de la novia, mientras que la prensa comentaba que Isabel II había concedido a su prima una dote de 4 millones reales[clxxxiii]. La boda se celebró con todo boato en el Palacio Real el 10 de febrero, siendo padrinos los reyes. Siguió un suntuoso banquete y los recién casados marcharon después al *Circo* antes de instalarse en sus nuevas habitaciones del palacio de Altamira.

«*Luisita* —escribía Paquito a su hermana Isabelita— *ha verificado hoy mismo su enlace con el primogénito de Altamira. Nada tenemos que decir, y creo que han de felicitarnos por su buena índole; además es muy guapo. Mi hermano Henrique quiso hacer lo mismo con una Sra. de muy buena familia, la hermana del conde de Castella pero no ha tenido la buena suerte que nuestra hermana, porque el gobierno ha creído deber oponerse a este matrimonio, y con este fin se ha visto precisado a sacar a Henrique de Madrid, y a tomar providencias fuertes para que no se realice. Esto ha dado lugar a grandes disgustos, y aún no se en que quedará, por el momento mi hermano marcha hacia Barcelona. Puedes hermana mía*

hacerte cargo del contraste de sentimientos, observado por su lado estos pregones, y por el otro la alegría de ver a Luisita contenta»[clxxxiv].

A mediados de marzo, don José María recibió de la reina la gran cruz de la orden de Carlos III, y el día 21 la pareja salió de viaje hacia Europa acompañada por ocho personas de servicio deteniéndose en Burgos para visitar la cartuja de Miraflores. Ya en Francia pararon en Bayona antes de recalar en París, donde fueron acogidos en la corte del rey Luis Felipe. Dos meses más tarde llegaban a Bruselas, donde se hospedaron en el hotel de Belle-Vue y aprovecharon para visitar a los Gurowski, siendo también recibidos en el palacio de Laeken por el rey Leopoldo, antes de proseguir viaje hacia Alemania, donde visitaron Aquisgrán y Colonia. En agosto ya estaban camino de España, pero hicieron un alto en Biarritz (un lugar muy frecuentado por el duque y por su padre) antes de llegar a Madrid a mediados de septiembre. Luisita contaba con el cariño de su cuñada y prima la reina, pues en aquellos días contribuyó a una reconciliación entre los reyes tras su primera y severa crisis matrimonial. Así cuando finalmente, el 13 de octubre, Paquito se avino a volver a palacio para retomar su vida marital, allí estaba su hermana esperándole con la reina. Sin embargo, la cercanía entre las primas no impidió que la petición de don José María de poder gozar de ciertos privilegios por estar casado con una infanta le fuese denegada por el Gobierno. Algo que le fue compensado con la concesión del Toisón de Oro en el mes de noviembre.

Un mes más tarde, el 17 de diciembre, la ya duquesa de Sessa dio a luz en el palacio de Altamira a su primer hijo, que recibió el nombre de Francisco de Asís en honor del rey, que fue su padrino junto con la reina en la ceremonia que se celebró en palacio, para la cual los reyes llevaron como regalo un adorno de brillantes y una rica canastilla encargada expresamente en París para su ahijado[clxxxv]. A pesar de ello, en Madrid las cosas andaban complicadas para los hermanos de Luisita, pues en mayo de ese mismo año Enriquito había contraído un matrimonio secreto, desigual y contrario a la voluntad de la reina, que le valió su expulsión de España nada más regresar de Roma, teniendo que marchar fuera de España estableciéndose primero a Bayona y posteriormente en Toulouse. Todo ello mientras se cocían los amores de Pepita con el general Filiberto Portillo y su posterior y problemático matrimonio con el liberal cubano José Güell y Renté, que también se celebraría en secreto dos años después y que supondría para la novia la pérdida de su dignidad de infanta y su exilio por algunos años en Francia. Los hijos de la difunta Luisa Carlota no eran fáciles de manejar ni para la reina ni para el Gobierno, en momentos en los que el viejo don Francisco también había entrado en amoríos con la cantante Teresa Arredondo, que fue puesta bajo vigilancia por

el Gobierno.

*

A Luisita, que no reparaba en gastos pues para el bautizo de su hijo, mandó bordar el faldón de cristianar en París, le gustaban las diversiones y ella y su marido no faltaban ni a las fiestas y los saraos en palacio y en los salones de Madrid ni a las funciones del circo. En febrero de 1849 dio a luz, también en el palacio de Altamira, a su segundo hijo que recibió el nombre de Luis María Isabel y que fue apadrinado por la reina y por su abuelo el infante don Francisco. Pocos meses después, la pareja y sus hijos marchaban a Suiza, donde compraron una gran villa de corte palaciego llamada *La Lignière* en la que años atrás había vivido el famoso filósofo Voltaire. Querían alejarse de Madrid y de las tensiones de la corte, y a fines del otoño ya se encontraban allí donde de inmediato se dedicaron a ampliar la propiedad adquiriendo 44 parcelas de tierra y a encargar al arquitecto Alfred Cugnet embellecer y agrandar la casa. Una gran mansión de cuatro cuerpos de cuatro, tres y dos plantas, rodeada de grandes jardines y situada en la población de Gland, en el cantón de Vaud, a escasa distancia del lago Leman, que habían adquirido a François de Paule Clouet perceptor de las finanzas de la ciudad de París. Una pequeña región en la que con el pasar de los años se afincarían personalidades del gran mundo como el conde de Riencourt; la princesa Galitzine, que poseía una finca de Versoix; el conde de Gannay, que residía en Vinzel; o la princesa de Belgioioso, que vivía en Nyon.

Allí le escribía en mayo su tía la reina María Cristina, con ocasión del nacimiento de su tercer hijo, una niña nacida en 1850, que recibió el nombre de María Cristina por ser ahijada suya y del duque de Riánsares.

«*Mi muy querida sobrina Luisita* —le decía— *con el mayor jubilo recibí la noticia de tu feliz parto y que ya se bautizó nuestra querida ahijada. Quiera el Señor colmarla de todas sus bendiciones y que siempre haga la felicidad de sus padres, a los cuales deseamos toda clase de bienes […] Deseo que todos esteis buenos. Aquí, gracias al Señor, gozamos todos de este beneficio. Ysabelita [la reina] no tardará mucho en parir. Dios quiera que salga con felicidad […] Tu padre está muy muy bueno. Te pido que digas a tu marido mil cosas afectuosas por mi y da mil besos de mi parte a tus preciosos niños que amo de todo corazón, quien te abraza tiernamente y se dice, tu afecta Tia María Cristina*»[clxxxvi]. Por encontrarse, en *La Lignière*, los padrinos se hicieron representar por el caballero François Michel Constantin de Magny, cónsul general de Cerdeña, y su esposa Louise Marie de Planchamp.

En *La Lignière* los Sessa mantenían un lujoso tren de vida que iba

drenando más a la casa de Altamira, de la que en aquellos mismos meses el padre de don José, el viejo duque, enajenaba a favor del duque de Montpensier el palacio de Villamanrique en la provincia de Sevilla. La familia permaneció en Suiza durante todo el año 1851 y Luisita escribía a Bruselas a Isabelita: «*aquí estamos tranquilos fuera de chismes y enredos, y yo desde que estoy fuera respiro. Allí [en Madrid] hay una atmósfera muy cargada*»[clxxxvii]. Cómoda y sosegada, la infanta se interesaba por su jardín y solicitaba a su hermana que le enviase camelias de los parterres del palacio de Laeken, pues quería hacer una colección de «*las flores más raras y hermosas*». Meses más tarde, a comienzos de febrero de 1852, le llegaron noticias del atentado del cura Merino contra la reina Isabel, el día en la que ésta se aprestaba a presentar a su primogénita, la infanta Isabel, a la Virgen de Atocha[161].

Sabedora de aquellas noticias escribió de inmediato a la reina Cristina, que días más tarde le respondía:

«*Dos cartas tuyas tengo a la vista, la una del 31 de diciembre felicitándome por el parto de Ysabelita, la otra del 16 de febrero en la que me pruebas el horror que te ha causado el atentado cometido contra esta misma querida hija mía. Por las dos cartas te doy gracias, amada sobrina mía, en las dos veo tu hermoso y afectuoso corazon, expresarse en términos que lisonjean sobremanera el mío y que si fuera posible aumentaría mi cariño hacia una sobrina que por tantos títulos debe ser amada. Es inútil describirte, querida mía, las penas que he probado el día 2 y las angustias que han seguido hasta saber fuera de peligro mi hija, porque tu como yo siendo Madre las has comprendido. Ah, si mucho ha padecido mi corazón, Dios que nos ha querido probar con esta prueba nos ha salvado también y ha hecho con su omnipotencia que de un gran mal haya resultado un bien numeroso, porque con esto se han animado más y más los corazones de los españoles de afecto por su Reyna. Efectivamente increíble parece las simpatías, el afecto y casi diría el frenesí que por la Reyna ha resultado de un golpe que tanto nos ha afectado. Enfin, sean dadas gracias a Dios y a su Santísima Madre, y por ver tan buena a Ysabelita, Paquito también está bueno y consolado, puedes imaginar cómo ha sufrido su corazón. Su hija está buenísima: es el retrato de los dos*»[clxxxviii].

Una curiosa afirmación, ésta última, que sin duda apuntaba a negar los muchos rumores circulantes por la corte que hacían a la recién nacida infanta hija adulterina de la reina y de José María Ruiz de Arana y Saavedra, conde de Sevilla la Nueva[162] e hijo de la antigua aya de Luisita y sus hermanas menores.

Entre tanto en Suiza la vida continuaba agradable en *La Lignière*, donde los Sessa frecuentaban a toda la gran sociedad noble y aristocrática de Europa de paso por aquellas tierras. «*Aqui* —escribía la infanta a la reina Cristina— *lo estamos igualmente y mis amados hijos*

están hermosisimos y muy crecidos; me llenan de la mas gran satisfaccion. Mi mas dulce ocupacion es la de cuidarlos y de enseñarles yo misma a leer. Mi querida hija Maria Cristina anda ya sola y principia a hablar un poco, nunca se me olvida el darle los besos que V. tiene la bondad de acusarme para ella y para mis otros hijos»[clxxxix]. Su secretario personal era Monsieur Paul Mophy Chapuy, antiguo ayo del duque y por entonces encargado de negocios de España en Suiza, para quien la infanta solicitó la gran cruz de Carlos III y cuyo hermano era representante de la casa de joyería de «Boutte», cuyas hermosas piezas de orfebrería Luisita recomendaba a la reina Cristina.

Además, no faltaban las visitas de parientes y de miembros de la realeza de paso por Suiza, como ella volvía a escribir a su tía: «*En la vuelta que hice a la Reyna Amalia [de Francia], a la Duquesa de Palermo [sic. probablemente la princesa de Salerno, archiduquesa Maria Clementina de Austria] y a sus hijos, hemos hablado mucho de todos y quiero asegurar a V. que estos solos instantes pasados con ellos me han dado un inmenso placer para mi en el mayor gusto al ver las bondades y grandes beneficios que hace, Tia querida, la persona de V. a todos los Españoles*». Durante aquella misma visita a la reina Amelia en Lausana, coincidieron también con el príncipe Alejandro de Prusia[163] y con los grandes duques de Mecklemburgo-Strelitz[164] y en 1856 también tuvieron ocasión de conocer, durante una estancia en las aguas termales de Aix-les-Bains, a la exótica reina viuda Emma de Hawái[165] que estaba de viaje por Europa.

Aunque afincados en Suiza, donde estudiaban sus hijos varones, Luisita y José marchaban con frecuencia a España donde pasaban varios meses al año. En Madrid continuaban recibiendo generosamente en el palacio de Altamira, como fue el caso cuando en diciembre de 1853 llegó de visita su primo el díscolo duque Carlos III de Parma. «*Una noche* —escribe Ana de Sagrera— *después de cenar en casa de los duques de Sessa y de decir todo cuanto se le ocurrió, sin que le impusiese reparo la presencia de las señoras, al despedirse, en vez de bajar andando por la escalera, [el duque] montó en la barandilla y así se deslizó hasta el portal, en medio de la estupefacción de los presentes*»[cxc]. Luego desde Madrid, y vía Valencia, marchaban en barco hasta Marsella desde prosiguiendo camino a las tierras helvéticas.

En julio de 1857 estaban en Madrid, aunque distanciados de los reyes por motivos que se nos ocultan. «*Cuantos perdones tengo que pedir a V.* —escribía ella a la reina Cristina— *por no haberle escrito desde tanto tiempo, pero no crea V., querida Tia, que por eso me haya olvidado de la que siempre ha sido como una Madre para mi cada día pensaba escribir a V. y siempre disgustos de toda clase me lo han impedido sobre ellos el mas penoso y triste el estar privada del placer de abrazar a mi amada prima Ysabel y a mi hermano, pues sin motivo y solo por las faltas*

de otros me han impedido vaya a volver. V. save, querida Tia, que jamas he dado el menor motivo de queja a nadie asi es que tal injusticia o severidad conmigo me tenia sumamente triste. Muchas veces he pensado tomar la pluma y abrirle mi corazon, manifestandole cuanto sufria de verme abandonada de los de mi familia; yo que se que V. es buena y generosa hubiera aliviado mis penas pero tambien temia ser importuna, sin embargo, no quiero tardar mas tiempo en asegurarle que no ha sido por pereza ni olvido, sino la he escrito antes y espero que V. me lo dispense»[cxci].

Un alejamiento quizá motivado por la mala relación que por entonces los Sessa y los Gurowski mantenían con su padre, con quien todavía dos años después seguían sin hablarse por cuestiones pecuniarias, pues la testamentaría de su madre permanecía todavía inconclusa y ahora el viejo infante había fundado una nueva familia con Teresa Arredondo y su hijo Ricardo.

No obstante, hacia 1861 la relación con los reyes debía de estar completamente restablecida, pues el duque emprendió su andadura política como senador y la infanta, supuestamente en nombre de su prima y cuñada la reina, comenzó lo que sería una larga relación epistolar con su primo el pretendiente carlista don Juan III, por entonces residente en Londres, con vistas a un acercamiento familiar que pusiese fin al conflicto dinástico. Ambos se habían conocido de niños en la corte de Madrid, pero es muy probable que hubieran vuelto a encontrarse durante el largo viaje de los duques por Europa tras su matrimonio. El hecho de residir en el extranjero facilitaba que Luisita pudiera hacer de enlace con vistas a un posible fin del pleito dinástico, y tan pronto como Mr. Serre[166] y el general Lara le comunicaron las intenciones de don Juan de reconocer a la reina Isabel, solicitó una audiencia con ella y con su hermano Paquito, tras la cual escribía al primo carlista:

«*En esta conferencia se mostraron muy satisfechos de tus excelentes disposiciones y por consiguiente dispuestos en favorecerlas; te lo aseguro, y que se olvide todo lo pasado. Por consiguiente convendrá que sin influencia de nadie me escribas algunos renglones, remitiéndome además, para que a mi vez la entregue a la Reina, una carta tuya en la cual la asegurarás que renuncias para siempre en nombre tuyo y en el de tus hijos a los derechos que creías tener anteriormente. En cuanto a lo que pudieras añadir en dicha carta tu corazón, que es bueno, te inspirará dignamente y de ese modo esa cuestión podrá arreglarse. Después de haber recibido tu carta la Reina dará las órdenes consiguientes y puedes presentarte en la embajada de España en Londres para que conste en un documento oficial la renuncia ya citada y que de esta manera desaparezca cualesquiera dificultad. Al concluir, no puedo menos, mi querido primo, de decirte cuan grata ha sido para mí la misión que se me ha encargado y que tiene por objeto el contribuir a la unión y a la felicidad de nuestra augusta familia*»[cxcii].

El viejo pretendiente carlista Carlos V había fallecido en Trieste, en Italia, en marzo de 1855 y había sido sucedido por su hijo el conde de Montemolín, que en 1860 había intentado un fallido levantamiento en el delta del Ebro contra la reina Isabel. Meses más tarde, en enero de 1861, este Carlos VI había fallecido súbitamente también en Trieste, seguido trágicamente a la tumba por su esposa María Carolina de las Dos Sicilias tan solo dos días después[167]. Por tanto, la pretensión carlista al trono de España había pasado a este hermano don Juan, que era un notable liberal admirador del Reino Unido y que se mostraba dispuesto a reconocer a la reina Isabel para poner fin al pleito dinástico. El nuevo pretendiente se encontraba separado desde 1850 de su esposa, la rica pero muy piadosa princesa María Beatriz de Módena, y había entrado en relación adulterina con una dama inglesa con quien ya tenía un par de hijos[168], desentendiéndose de la causa carlista en la que probablemente no creía. Una conducta contraria a la voluntad de su madrastra, la influyente princesa Beira[169], con quien por entonces andaba muy enfrentado por ser ella la auténtica cabeza del partido carlista y la persona que educaba a sus hijos. De ahí que en junio de 1862 él escribiese a Luisita:

«*Después de cerca de treinta años de expatriación, de disidencias de familia y disturbios políticos, deseo hacer por mi parte cuanto esté a mi alcance, para poner término a toda la diferencia entre los miembros de nuestra familia; quiero evitar que mi nombre pueda ser un dia causa de trastornos y derramamientos de sangre, quiero recuperar mis hijos para educarlos como el interés del pais exige, y evitar el que un dia mas o ménos lejano, puedan, mal aconsejados, hacer revivir un partido político que no debe tener existencia legal en España, y acaso reproducir dias aciagos de nuestras guerras civiles. Mi ambicion se limita a hacer lo que pueda en bien de mi pais y de nuestra familia, y creo que no puedo dar mejor prueba de mis sentimientos, que reconociendo la reina, y alejándome de la política, dedicarme a la educación de mis hijos, fomentar en ellos el cariño para su familia y el respeto a las instituciones nacionales*».

Un mes más tarde la infanta escribía a la reina desde *La Lignière*, a donde había llegado el señor Enrique de Lazeu, secretario del pretendiente. Una carta a la que adjuntaba otra que había recibido de don Juan y en la que le decía:

«*Mi muy querida Ysabelita. Desde mi salida de Madrid no he dejado de la mano el asunto que sabes y en este momento tengo el grandisimo placer de remitirte por intermedio de mi querido hermano Paquito la carta particular que te dirige nuestro Primo Juan en la cual te incluye un acta de entera sumision a tu Trono. Como puedes pensar, mi querida Ysabel, este resultado no podía obtenerse con mas prontitud porque para un acuerdo de esta naturaleza, y a esta distancia del punto y por escrito, se necesita no solo tiempo pero mucha prudencia. Nuestro Primo reconoce del modo mas*

solemne tu soberana autoridad y dice que será uno de tus subditos mas adictos y fieles. No presenta condicion alguna al paso que acaba de dar y confía en tu perdon y en tu generosidad, y espera con extrema ansiedad tus órdenes para volver a su Patria donde está bien decidido, segun me lo repite siempre, en vivir con la mayor tranquilidad sin ocuparse más de política. De aqui en adelante continuará sus estudios cientificos y vigilará la educacion de sus hijos, a quienes quiere particularmente enseñar a amarte y a conducirse en todos tiempos del modo más digno hacia su Reina y las instituciones que rigen en nuestra amada Patria. A mi modo de ver, querida Ysabel, esta sumisión de nuestro Primo Juan es completa y hecha sin restriccion de ningun genero; la sola idea en que se olvida lo pasado y no quiere sino vivir tranquilo y que su nombre no sirva más de bandera a ciertas ambiciones o intrigantes, que por desgracia abusaban antes de su inexperiencia, halagandole y engañandole con pretendidos derechos de su Padre y de sus hermanos»[cxciii].

Días después era don Juan, residente en el 17 de Alfred Place West, Thurloe Square, en Londres, quien contestaba a la infanta: «*No me es fácil decirte la dicha con que he escuchado la relación del cuadro de ventura que te presenta tu familia; viéndote rodeada de tu esposo que tanto te aprecia y tan digno es de tu cariño, de tu querida hija, de quién tan halagüeña descripción he oído, de su hermosura y de sus gracias, así como de la alegría e inteligencia que respiran tus hijos, y puedes comprender cuánto me ha afectado el considerar el triste contraste con mi propia familia, cuando ni la más leve noticia tengo de mis hijos, sin siquiera saber cuál es su estado de salud ni su educación; espero que tú habrás sido mi ángel bueno, que te deberé* el *inefable placer de que la Reina me obtenga mis hijos*»[cxciv]. El conde de Altamira, suegro de la infanta, hizo de mediador en aquella copiosa correspondencia entre Londres, Suiza y Madrid, pero a pesar de tan loables esfuerzos, el Gobierno consideró insuficiente la renuncia el pretendiente, entendiendo que aquello no era una mera cuestión de familia.

«*Cuando el Gobierno ha tenido conocimiento de tu renuncia* —escribía Luisita a su primo—*, según parece no la ha encontrado satisfactoria en cuanto a los principios y leyes que hoy rigen en España, donde la Reina misma, a su entender, debe obedecer la primera a dichas leyes. Segun he podido comprender de la carta que se me ha remitido, este documento estaba demasiado motivado, es decir, que en él hablas de renunciar a unos derechos que el Gobierno de la Reina no puede reconocerte sin violar completamente la misma Constitucion jurada por la Reina y por los mismos ministros […] Por mi parte, deseo tan ardientemente tu vuelta a España y la reconciliación de toda nuestra familia, que te suplico en tu propio interés no te pares en ceder ante esta exigencia. Si, por el contrario, te negaras a ello, lo que deploraría infinito, siempre sería para ti, lo mismo que mi marido y mis hijos, unos sinceros parientes con quienes puedes*

contar en todos tiempos. Quiero mucho a la Reina y a mi hermano, pero no me impedirá el amarte también como primo y como caballero leal y simpático. No entiendo nada de política; jamás tendré la pretensión de ocuparme de ella, y si he tomado tu asunto con calor y energía, no he sido motivada sino por la tristeza que me causaba tu aislamiento y lo que mil veces me han contado de las dotes que te adornan y de las nobles aspiraciones de tu corazón»[cxcv].

En Madrid el gobierno daba largas sin fin y llegado el mes de octubre nada se había resuelto. Al parecer la reina había comunicado aquellos hechos a su Gobierno, pero O'Donnell se negaba a dar aún una respuesta pues consideraba que aceptar la renuncia del pretendiente implicaba un reconocimiento explícito y, *de facto*, a unos derechos que no podían serle reconocidos por ser inexistentes. De ahí que Luisita volviese a escribir al pretendiente: «*Mi muy querido primo Juan. He recibido tu carta del 23 de septiembre, que ha aumentado mi tristeza porque veo hay personas que se complacen en contrarrestar los deseos de la Reina y de mi hermano hacia ti. Es imposible que en tan poco tiempo hayan cambiado de modo de pensar; yo que les he oído tantas veces, y últimamente felicitándome por mis días me han escrito frases tan satisfactorias relativamente a tu asunto*»[cxcvi].

Don Juan envió a su secretario a Madrid para entrevistarse con el gobierno, pues a decir suyo en carta a Luisita «*Tengo razones para creer que los carlistas viejos, junto con mi tía [la princesa de Beira], tratan de no darse por vencidos, haciendo valer el nombre de mis hijos. Podrán así despertar en ellos ambiciones que no convienen, pues deben acatar a la reina. Mi tía me ha escrito pidiéndome le diga si he reconocido o no a la reina […] El objeto de su carta no es otro que el de empezar a hacer valer el nombre de mis hijos tan luego como conozcan de un modo positivo mi sumisión a la Reina. Bien sabes que si esto sucede no seré yo el responsable de que cobre nueva vida un partido que no debiera existir. No dejes de decirlo a SS.MM. cuando los veas, que según tu carta, espero será pronto*»[cxcvii].

Los reyes decían sentirse engañados por su Gobierno y en enero de 1863 los Sessa, ahora en Madrid, fueron en varias ocasiones a visitarlos a palacio. En esas don Juan se presentó en Madrid para desconcierto general, instándosele desde el Gobierno a abandonar de inmediato la ciudad, por lo cual marchó a Perpignan. En marzo todo continuaba igual y aunque los Sessa invitaron a su palacio a varios políticos importantes de su confianza para pedirles consejo sobre cómo proceder con vistas a contribuir al fin de la escisión dinástica, el Gobierno había cambiado y Luisita escribía de nuevo a su primo:

«*Has debido extrañar que desde tu marcha no te haya escrito, y sin embargo, te puedo asegurar que no por eso me he quedado ociosa ni indiferente. Como te lo había prometido, he hecho todo cuanto me fue*

posible para adelantar tu asunto y hacer que llegase a éxitos más favorable. Desgraciadamente las circunstancias políticas no nos han servido bien. Al ministerio O'Donnell ha sucedido el del marqués de Miraflores[170]*, el cual, si puede decirse así, no está tan dispuesto a tu favor como el ministerio anterior. En efecto, la Reina, que nunca ha variado de sentimiento hacia ti, y que desea mucho más de lo que puedes figurarte tu vuelta a Madrid, ha empleado, como me consta, sus mayores esfuerzos para arreglar definitivamente tu asunto, y se ha encontrado constantemente con la negativa, disfrazada con esas palabras aduladoras y de miel que acostumbran a tener ciertas gentes, tan falsas como despreciables […] En todo lo que antecede, no verás más, mi querido Juan, sino el profundo deseo de servirte y de darte pruebas de mi sincero cariño. Todo cuánto dependía de mí, tengo la satisfacción de haberlo hecho y continuaré con el mismo ardor cualquiera que sea el resultado de mis gestiones, y te suplico solo de aquí en adelante no hagas nada por tu parte ni tampoco tu secretario que puede hacer inútil los pasos que damos aquí*»[cxcviii].

Finalmente todo empeño resultó fútil y a mediados de mayo la embajada de España en Londres notificaba a don Juan «*que en vista de la ley solemne hecha en Cortes, cuyo artículo primero excluye al difunto don Carlos y a su línea de la sucesión a la Corona de España, prohibiendo por el artículo segundo que puedan residir en el territorio español, el Gobierno de S. M. la Reina considera a Don Juan de Borbón fuera del derecho común en cuanto se refiere al juramento y sumisión a S. M., mientras otra ley hecha en Cortes, de conformidad con los preceptos y prácticas constitucionales no derogue la anteriormente citada, no estando, por tanto, en sus facultades admitir, menos deliberar sobre solicitud alguna de Don Juan de Borbón*»[cxcix]. Para entonces el pretendiente ya era considerado como una figura irrelevante y fuertemente incómoda para el carlismo militante, ahora dirigido con determinación por la princesa de Beira en nombre del primogénito de don Juan, Carlos VII, y el gobierno de Madrid juzgó no sacar ninguna ventaja política del reconocimiento de Isabel II por parte de un pretendiente sin apoyo, que desde aquel año y hasta su fallecimiento llevaría la vida completamente anónima de un burgués británico con su nueva familia inglesa.

*

En diciembre de ese año de 1863 fallecía en Madrid Teresa Arredondo dejando viudo a don Francisco de Paula, y en enero Luisita y el rey fueron a consolar a su hermano Enriquito por la muerte de su esposa Elena de Castellví, que fue enterrada en el convento de las Descalzas Reales. Todo ello cuando el viejo conde de Altamira daba graves signos de enfermedad para acabar falleciendo en el palacio de

Altamira el 22 de febrero de 1864. «*La vida modesta y virtuosa* —reseñaba la prensa— *que ha tenido constantemente el conde de Altamira, cuya sentida muerte tenemos comunicada, se halla justificada hasta en sus últimas disposiciones testamentarias. Ha encargado tan distinguido patricio que se le haga un entierro sin lujo, ni ostentación, celebrándose los oficios de cuerpo presente con una misa rezada, sin nada de música ni gran túmulo y sin que le acompañe ningún coche*»[cc]. Su cuerpo fue expuesto en su palacio madrileño y se dio inicio a su compleja testamentaria, pues dejaba, entre otros objetos y obras de valor, una magnífica y amplia pinacoteca[171]. Para entonces la gran casa de Astorga-Altamira, de economía muy quebrantada, ya se había desprendido de muchas heredades y propiedades patrimoniales[172], pues las cargas por préstamos, gravámenes e hipotecas eran muy gruesas y pronto se sacaron muchos bienes a pública subasta. Las ventas más importantes de las colecciones de arte se celebrarían entre los años 1869 y 1872 y el palacio de Altamira, que además del edificio principal contaba con dos terceras partes del resto de la manzana de la misma calle con un amplio patio ajardinado en el que se disponían tres glorietas circulares con sus fuentes, se dividió entre los hijos del difunto[173].

Unos meses más tarde, don José María, ahora heredero del grueso de los títulos de su casa, y su familia marcharon de nuevo a *La Lignière*. Había cosas que organizar, pues su hija María Cristina, de 15 años, había encontrado un buen partido en un príncipe y duque francés de gran prosapia. Se trataba de Eugène de Bauffremont-Courtenay, nacido en París el 6 de septiembre de 1843 y portador de los títulos de príncipe y duque de Bauffremont, príncipe de Marnay y marqués de Pont-de Vaux. Un noble de vieja raigambre que en el mes de diciembre depositada 60.000 francos ante la cancillería de París para poder obtener también el título de príncipe de Robecq, que le contestaba el duque de Brissac[cci]. En febrero del nuevo año de 1865, la reina Isabel dio su consentimiento para el matrimonio, la novia recibió de su padre los títulos de duquesa de Atrisco y marquesa de Leganés y de Morata de la Vega, con sus dos grandezas de España asociadas, y los esponsales se celebraron con toda brillantez en el palacio de Oriente el 11 de marzo en presencia de los reyes, los Gurowski, Enriquito, y numerosos miembros de la grandeza de España.

«*S. M. la Reina* —recogía la prensa— *lucia en aquel acto un trage amarillo y un magnífico aderezo de esmeraldas y brillantes. La Infanta doña María Luisa Teresa, duquesa de Sessa, vestía un trage de muare lila, con encajes blancos, corona ducal de brillantes y tres hilos de perlas. Sobre el pecho del señor duque, que vestía de frac, brillaba el Toisón de oro. La duquesa de San Lúcar la Mayor, tia de la novia, vestía un trage de raso blanco, bordado de oro, corona ducal de perlas y brillantes, pendientes que*

formaban juego con la corona, y sobre su cuello brillaba un magnífico hilo de las mismas preciosas piedras. La novia lucía un riquísimo vestido azul, de terciopelo, con aderezo de perlas negras y brillantes»[ccii].

Una boda para la cual el duque, que tiró la casa por la ventana, entregó un millón de francos a su hija como dote dándole además un collar valorado en 250.000 francos, a cuenta de un resto de dote por satisfacer y un pago de 25.000 francos mensuales hasta poderla saldar. Un gesto muy rumboso en tiempos de gran falta de liquidez para la casa y que llevó a don José a intentar constituir una hipoteca especial de un millón de reales sobre los bienes que poseía en Villaseca. Un acto fallido por estar aquellos bienes ya gravados con otras hipotecas[174], y que zanjó cediendo a la nueva princesa de Bauffremont las rentas de 100.000 francos anuales procedentes de otros bienes raíces situados en Santo Tomé (Cazorla)[cciii].

Llegado el verano, en el mes de agosto fallecía en su palacio de San Juan del Buen Retiro el infante don Francisco de Paula, que dejaba mejorado en su testamento al único hijo de su segundo matrimonio con la difunta Teresa Arredondo. Ello prometía la próxima entrada de importantes bienes materiales en la hacienda de los Sessa, además de que ese año el Gobierno concedió finalmente una lista civil de 25.000 escudos a Luisita. Indiferente al gasto, la pareja continuaba viviendo lujosamente, pues en enero de 1866 se encontraba en París en compañía de Pepita y Enriquito, en diciembre compraron a su amigo el conde de Saint-Roman[175] el castillo de Méréville, en el departamento francés del Essonne, y en enero del año siguiente estuvieron a punto de comprar a Monsieur Gudin un bello hotel particular en el 20 de la rue Balzac de París[cciv]. Y fue a orillas del Sena donde al duque le comunicaron que, en la madrugada del 1 de abril, unos ladrones habían robado la testamentaría de su padre. «*Los ladrones* —recogía *La Discusión*— *penetraron en la habitación por el alcantarillado, rompiendo tres tabiques y otras tantas puertas*»[ccv]. El robo consistió en unos 600 reales en metálico y 5.467,229 en papel de Estado, pues afortunadamente antes de marcharse del palacio de Altamira el cajero se había llevado consigo la mayoría de los dineros allí depositados. Rápidamente se interpuso una denuncia y fueron detenidos cuatro hombres y una mujer[176].

Meses más tarde, en julio, les nació el primer nieto, François de Bauffremont-Courtenay, que llegó al mundo en el castillo francés de Brienne propiedad de la princesa Théodore de Bauffremont. Pero el matrimonio de la infanta no marchaba nada bien, pues llegado el fatídico año 1868 Luisita puso en marcha un proceso judicial para inhabilitar a su esposo y ser nombrada curadora de sus bienes. Todo un folletín decimonónico motivado porque el duque, que días atrás había emitido su voto como legislador en el Senado, había nombrado

como apoderado general de su casa y de sus estados al señor Paul Chapuy, en sustitución de su antiguo administrador, antes de marchar a Valencia para visitar algunas de sus propiedades. Algo a lo que se oponía frontalmente su esposa, que usó de toda su influencia ante los reyes y ante el gobierno para tirar adelante un proceso por el que pretendía erigirse en administradora de todos los bienes de la casa y otorgar a su esposo una pensión de 4.000 reales para alimentos y para su mantenimiento y el de su servidumbre. Una situación muy irregular que no tardó en saltar a la prensa, pues el 17 de julio el diario *La España* publicaba un suelto afirmando: «*Nos aseguran que el señor duque de Sessa, que conoció en Valencia la providencia judicial declarándole interinamente incapaz y nombrándole un curador ejemplar sin perjuicio, ha regresado inmediatamente á esta corte, hospedándose en el hotel de París*»[ccvi].

De regreso en Madrid, don José solicitó al diputado Rojo Arias que redactase una declaración de oposición a aquellas acciones por parte de su esposa, pero cuando a la mañana siguiente este se personó en el hotel para que la firmase, se encontró con que el duque había desaparecido habiendo sido conducido no se sabía a dónde por dos agentes de seguridad. Según informó el gobernador civil, Sessa se encontraba preso e incomunicado en el palacio de Altamira siguiendo una real orden expedida por la reina, que se encontraba en el palacio de La Granja, y se solicitó al diputado que convenciese al despojado duque de marchar voluntariamente a aquel real sitio pues, de otro modo, sería conducido a la fuerza. Allí llegó acompañado de un inspector que no le dejaba comunicarse con nadie, pero mantuvo un encuentro con el secretario particular de su esposa tras ser conducido con violencias a la casa en la que residía ella. Todo ello invocando órdenes de la reina en un episodio nada edificante que, según relataría Rojo Arias ante el Congreso de los Diputados dos años después, concluiría del siguiente modo:

«*¿Y sabéis lo que aconteció, Sres. diputados? Que a pesar de haber ido yo con el juez de Segovia y con un escribano de la Granja para cumplimentar el exhorto, el señor Ministro de Gracia y Justicia, que estaba allí entonces, le retuvo, se fue con él primero al palacio de los reyes, y después al de la Duquesa de Sessa, y su intervención, así ejercida, dió por resultado una diligencia de cumplimiento, en la cual el Duque parecía que declaraba, y digo que parecía porque ha alegado después y alega a todo el que le quiere oír que fue violentado, "que se conformaba con la decisión de su augusta esposa, la señora Infanta; que se conformaba con ser declarado incapaz" ¡Y a esta declaración se le da fuerza, siendo un incapaz el que la firma! Aquí concluyo mi intervención, Sres. diputados: yo, que no comprendo que se pueda violentar la voluntad de un hombre, no podía disculpar en el Sr. Duque de Sessa ese acto de debilidad, fueran las que*

quisieran las presiones que sobre él se hubieran ejercido. Desde entonces le dije que no contara conmigo; y más tarde, cuando ha impetrado mi dirección en los siete pleitos que tiene pendientes, he continuado negándosela»[ccvii].

No hay duda de que el matrimonio estaba completamente separado, pues en la ceremonia y en las celebraciones por la boda de la infanta Isabel con el conde de Girgenti, no se vio al duque y Luisita asistió en compañía de su hermana Isabelita[ccviii]. No obstante, el 17 de julio y, para dar una imagen conveniente ante el público, la prensa publicaba que se había visto a los duques paseando juntos por los jardines de La Granja y añadía: «*Con esto desaparecerán tantas versiones como han aparecido estos días en los periódicos*»[ccix]. Pero, a pesar de aquella reconciliación de cara a la galería, la pareja no volvió a dejarse ver junta en público, pues desde entonces sería Luisita quien acudiría a las ceremonias palatinas en solitario, siempre junto a la reina y Paquito. Entre tanto se rumoreaba la próxima boda de su hijo menor, que ya llevaba el título de conde de Cabra, con la condesa de El Pilar[177] que era guardajoyas de palacio[ccx]. Un proyecto que no se llevó a término probablemente por aquellos y otros escándalos familiares, como el que se produjo durante las negociaciones fallidas para aquella boda cuando varios comerciantes denunciaron que la infanta, con la excusa de necesitar joyas valiosas para aquella ceremonia, se las llevaba para empeñarlas luego en el Monte de la Misericordia: «*Un joyero francés* —publicaba la prensa gala— *fue a buscar a la infanta y le dijo que si en dos horas no le habían devuelto las joyas (estas joyas valían unos 20.000 francos), presentaría su denuncia ante la Fiscalía*»[ccxi].

Terribles sobresaltos cuando ya se anunciaba una nueva y grave crisis política que en septiembre dio al traste con la monarquía isabelina, marchando la familia real al exilio en Francia. Durante una de aquellas jornadas revolucionarias en Madrid el palacio de Altamira fue rodeado por una turba que exigía que el duque, como persona vinculada a la familia real, marchase también al exilio y una patrulla de la Guardia Civil tuvo que disolverla amparándose en su calidad de senador, la misma que él esgrimió para no tener que abandonar el país[178]. Una situación que debió de facilitar la separación definitiva de los esposos que, a diferencia de otros parientes de los reyes, decidieron permanecer en España pues tras haber incapacitado a su marido Luisita tenía que hacer frente a distintas demandas judiciales y procedía a la venta, en el Reino Unido, de los restos de la gran biblioteca de la casa de Altamira. Una complicada maraña financiera pues en febrero de 1870 ella, que se había declarado en rebeldía, y sus cuñadas Osorio de Moscoso fueron condenadas al pago, al conde de la Torre del Fresno, de 24.495 reales de vellón por tres anualidades

vencidas y no pagadas de un censo sobre bienes de los antiguos mayorazgos de Arcos, Maqueda y Nájera[ccxii]. Una situación que no impedía que don José continuara moviéndose en ciertos círculos sociales, pues meses después de aquello presidió junto a su sobrino Raimundo Güell el funeral de Enriquito, muerto en duelo por el duque de Montpensier. Gran señor, aún, organizaba teatros y *soirées* en su palacio de la calle Ancha de San Bernardo y pasaba largas temporadas en sus tierras andaluzas.

*

Con la caída del trono, Luisita había perdido su lista civil de 24.000 escudos y, para mayor desgracia, la testamentaría de su padre quedó congelada e inconclusa. Problemas económicos sin fin que dificultaban mantener su alto tren de vida y que la llevaron a marchar a Francia, donde residían los Bauffremont y donde tuvo que vender el castillo de Méréville al empresario maderero Monsieur Carpentier. Poco después también se desprendió de *La Lignière,* que en 1872 fue adquirida por Monsieur Louis-Anne-Victor de La Desgautière[179]. Una venta que probablemente coincidió con la compra de una villa en Biarritz, bautizada *Villa Amalia*, en momentos en los que el duque ponía en marcha en su palacio madrileño un teatro que se inauguró con la obra *Oros, copas, espadas y bastos*, dirigida por el conocido Pérez de Echeverría, que resultó todo un éxito y coronó a don José como uno de los grandes señores del Madrid del breve reinado de Amadeo de Saboya[ccxiii]. Para entonces, ya se preparaba la boda de su primogénito, Francisco de Asís, que se celebró el 30 de diciembre de 1873 en Biarritz. La novia, Pilar Jordán de Urriés y Ruiz de Arana, tenía 23 años había nacido en Zaragoza y era hija del marqués de Ayerbe y de Encarnación Ruiz de Arana y Saavedra. El novio recibió de su padre el ducado de Maqueda y la ceremonia se celebró en el palacio episcopal de Bayona, siendo padrinos los exiliados Isabel II y Paquito.

Biarritz era por entonces uno de los grandes lugares de encuentro de la alta sociedad internacional, tras haberse convertido en un enclave de moda gracias a la emperatriz Eugenia, y allí bullía un hervidero de familias nobles españolas huidas tras la caída de la monarquía. Un lugar ideal para Luisita, siempre derrochadora y sin noción alguna del valor del dinero, que frecuentaba el casino, gastaba a manos llenas y se trataba con todos los grandes de paso por la ciudad. Además, desde allí podía llegarse hasta Pau donde se habían instalado su hermana Cristina y su esposo el infante Sebastián. Entre tanto su hijo Luis, ahora conde de Cabra y todavía soltero, había decidido afincarse en París para estudiar técnicas de pintura y escultura para las que estaba muy dotado. Allí, también vivían su hija Cristina y su esposo en el Hotel Bauffremont, en el 87 de la rue de

Grenelle, que era un magnífico palacete con jardín y grandes árboles que fue decorado lujosamente por el conde Wimpfen, antiguo embajador austríaco en Francia, que terminó suicidándose tras haber contraído enormes deudas con aquel encargo. Un hotel particular en el que a los Bauffremont les nació en marzo de 1874 su segunda hija, a quien llamaron Marie Louise. Corrían buenos tiempos para la alta aristocracia residente en París y la reina Isabel, instalada en su palacio de Castilla organizaba allí cenas y conciertos a los que Luisita, acompañada por los Bauffremont, asistía de continuo sin dejar de visitar de tanto en tanto a su hermano Paquito que ahora contaba con casa propia en la capital.

Nueve meses más tarde eran los nuevos duques de Maqueda, ya de regreso en una España en la que todo apuntaba a una próxima restauración de los Borbones en el trono, quienes traían al mundo a su primogénito, Francisco de Asís, nacido en el palacio de Altamira. Entre tanto, y por el momento, la infanta se sentía cómoda en Biarritz a donde en marzo de 1875 llegó de visita el viejo general carlista Ramón Cabrera, perseguido por algunos de sus antiguos correligionarios que a las puertas de la casa de ella dejaron pintadas que decían «*Viva don Carlos! ¡Muerte al traidor!*»[ccxiv]. Poco después, en diciembre, nacía en el palacio de Altamira el segundo hijo de los Maqueda que recibió el nombre de Luis Gonzaga.

Para entonces, y con el joven Alfonso XII ya rey de España desde enero de 1875, la familia real volvía a florecer a la misma velocidad a la que periclitaba el viejo palacio familiar de los Osorio que tanto costaba de mantener. Por ello, una parte del edificio (difícil saber cuál de las tres en las que había sido dividido) tuvo que ser alquilada a la famosa y polémica Madame Ratazzi[180], que dio allí sonoras fiestas hasta su regreso a París en 1889 tras el fallecimiento de su tercer esposo, el político Luis de Rute. La noble casa de Astorga-Altamira se iba viniendo abajo y en otra parte del palacio se instalaron las oficinas de la administración provincial[ccxv]. A tanto llegó la cosa, que en 1877 la infanta se dirigió desde su villa de Biarritz al presidente del Consejo de Ministros para solicitar ciertas ayudas que le fueron concedidas, y que ella agradecía «*por haberme otorgado la proteccion en unos momentos que tanto la necesito*»[ccxvi].

En 1878 y 1879, los Bauffremont tuvieron sus dos últimos hijos, Hélène y Théodore, nacidos en París, cuando ya el viejo duque de Sessa se encontraba retirado en sus estados cordobeses e instalado en su castillo-palacio de la villa de Cabra. Los Bauffremont menudeaban en esos entonces en el entorno de la reina Isabel y de otros miembros de la familia, como era el caso de sus primos los vizcondes de Trancoso con los que mantenían cierta relación. Además asistieron a los funerales de la reina abuela María Cristina y, junto con Luisita, se

encontraban siempre en la lista de las fiestas más importantes que se celebraban en el palacio de Castilla como la recepción que en aquellos meses se dio en honor de la princesa Matilde Bonaparte. El segundogénito de los Sessa, Luis, también acompañaba a su madre en todos los saraos aristocráticos de la *belle époque* parisina, y por aquellos años empezó a relacionarse con su primo el marqués Valcarlos, hijo de la infanta Pepita, con quien se le podía ver en cenas diplomáticas. La prensa francesa, sin duda por equivocación, le daba el título de duque de Sessa, hecho por el cual se formó cierto revuelo cuando se anunció que «el duque de Sessa» había sido recibido por el embajador del Imperio chino en Francia para tratar asuntos comerciales. Como consecuencia, y por encargo de su padre, el interesado tuvo que emitir un comunicado para dejar claro que el ducado de Sessa no lo poseía él[ccxvii].

Entre tanto la hacienda de la infanta iba de mal en peor, a pesar de que por entonces entró en posesión de la herencia de sus padres por la que le correspondieron una tercera parte de una casa palacio en el Escorial, una séptima parte de numerosos bienes raíces en la provincia de Segovia y alhajas, muebles y objetos de valor. Bienes raíces que probablemente puso a la venta pues se sentía acosada por sus acreedores.

«*La suma total que debo* —escribía al presidente del Consejo de Ministros— *es efectivamente la que usted conoce y no hay posibilidad de que salgan a luz nuevos creditos de importancia contra mi, pues ademas de que conservo todas las cuentas, tengo la lista general de las deudas hechas por el mismo que está encargado por los acreedores de proceder judicialmente. Para mayor seguridad hice que la citada persona fuera tienda por tienda aqui y en Bayona a preguntar si algo se debia y por consiguiente se puede decir con certeza que dicha lista es exactisima. En cuanto a que no se contenten tal vez con el arreglo ya mencionado a usted, solo puedo decir que mis noticias de que si lo harán, vienen del mismo Hunier, aunque con la añadidura de que no lo harán si se les rebaja un cuarto de los 40.000 francos. El encargar al Banquero Garcia de Bayona se entere de la situación que se ocupe de su remedio seria para mi una grandisima ventaja pues me quitaria de encima los mil disgustos porque estoy pasando. Tambien es posible que enterados los acreedores de que el Rey mi sobrino se haria cargo del arreglo de sus creditos, fueran menos exigentes con el que conmigo, teniendo en cuenta la mayor garantia que de ese modo se les ofrecia. Lo que urge es que de un modo o de otro se haga algo porque de todas partes me vienen noticias de que para fin de este lo probable es que mi situacion tome un caracter aun mas desagradable que el que hasta ahora ha tenido*»[ccxviii].

*

El 5 de noviembre de 1881 fallecía en Cabra, a los 53, años el viejo

duque. Gran señor de Madrid, siempre había estado presente tanto en la mayoría de las recepciones ofrecidas en palacio por su sobrino el rey Alfonso como en las grandes fiestas de la aristocracia, hasta que a finales de 1880 había decidido retirarse a su castillo de Cabra donde falleció y fue enterrado[181]. Un funeral al que Luisita, en el lejano París, no asistió dejando clara la por entonces nula relación entre los esposos. Algo que fue disfrazado en la prensa que publicó: «*S.A.R. la duquesa de Sessa, impresionada por la triste noticia que le trajo el telégrafo, cayó en tal estado de postración que le fue imposible dejar París para ir a España para asistir al funeral de su marido*»[ccxix]. Cinco meses más tarde los periódicos locales recogían que ella continuaba en París, donde ahora pretendía adquirir un hotel particular cerca del Arco de Triunfo y a escasa distancia del palacio de Castilla[ccxx].

Poco después, en julio de 1882, otra parte del palacio de Altamira fue arrendada como sede del nuevo *Círculo de Comercio y de la Industria* generándose con ello unos buenos ingresos de 30.000 reales para las arcas de la familia. Luisita, por su parte, pudo finalmente comprar su casa parisina en el 30 de la Avenue de Friedland, en la que ya vivía en el otoño de 1883 y a la que se había trasladado desde otro domicilio anterior en el cercano 7 de la avenue du Bois de Boulogne. Allí vivía en compañía de su hijo el conde de Cabra (ahora también marqués de Ayamonte), que entregado a su pasión por el arte y por la pintura había conocido a una dama de la buena sociedad con la que contrajo matrimonio a las 10 de la mañana del 19 de noviembre. Se trataba de la belga Mathilde Juana Dorothea Boonen[182], nacida en Amberes el 14 de septiembre 1849 y viuda desde un año antes de Adrien Jacques Aloysius Voys de quien había heredado el castillo de La Mothe Saint-Lyé-la-Forêt[183]. El rey Alfonso fue padrino de la boda, haciéndose representar por el duque de Fernán Núñez, y oficiaron de testigos los primos del novio, el marqués de Guadalcázar y los marqueses de Güell y de Valcarlos, hijos de Pepita. Tras la ceremonia, los recién casados tomaron una nueva residencia en la rue de Lincoln y, tras visitar a Paquito en su nuevo palacio de Épinay-sur-Seine salieron camino de España en compañía de la infanta.

Por aquellos años, la ruina de la otrora poderosa casa Altamira era *vox populi*, pues por entonces saltó a la prensa el caso de Eduardo Doncet, un comerciante parisino y propietario de la *boutique* Madame Doncet, que se había visto obligado a denunciar a los Sessa. Según facturas presentadas por él ante los tribunales, entre 1866 a 1868 había acumulado impagados por un valor de 19.445 francos con 75 céntimos, cuya cuenta había sido remitida a la infanta que había asegurado su intención de pagarlas, si bien indicando que tardaría un poco en hacerlo pues tenían intención de encargar algunos vestidos más. El escándalo estalló finalmente en 1882 cuando Doncet presentó

las facturas, que ascendían ya a 21.118 francos e impagadas a pesar de las reiteradas peticiones de los acreedores al difunto don José, que siempre se había negado a satisfacerlas por considerar que él no había realizado ninguna de las compras y que eran por tanto deudas de su esposa. Los tribunales dieron la razón a la *boutique* y el pago de las facturas tuvieron que cubrirlo los hijos de la infanta[ccxxi].

La impertérrita Luisita solía regresar a España todos los inviernos para pasarlos en las propiedades familiares de Cabra, y ahora tras la boda de su hijo menor iba a presentar a las recién casados al rey Alfonso instalándose por unos días con ellos en el hotel de París. El conde de Cabra se había convertido en un pintor de talento y en aquellos años y en otros posteriores, realizó varios retratos notables, como uno de su madre que es todavía propiedad de la familia, y otros de Hernán Cortés y de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia que se encuentran en el Casino Español de la ciudad de Méjico. Por ello, él y su esposa decidieron abandonar París para instalarse en el castillo de Cabra a donde pronto llegó el hermano de la nueva condesa, el arquitecto Louis Boonen, que diseñó para sí una finca de recreo aneja al viejo edificio. El conde y su cuñado emprendieron entonces un conjunto de reformas en el castillo en el que se decoraron varias estancias con estucos mudéjares en base a los bocetos que diseñaba el conde que se acondicionó un estudio de pintura.

Unos intereses muy distintos de los de su hermano, el nuevo duque de Sessa, que prefería vivir en la corte y que por entonces mandó deslindar su parte del viejo palacio madrileño, cuando la parte perteneciente a su tía la duquesa de Baena ya había sido derribada por las nuevas alineaciones marcadas por el ayuntamiento[184]. La familia andaba siempre con falta de liquidez y por aquellos años se decidieron a vender la mayoría de los muebles y obras de arte todavía existentes en la calle de San Bernardo, cuya venta se publicitó en la mayoría de los diarios de la capital como recogía *La Correspondencia de España*: «*En breves días se abrirá en el palacio del conde de Altamira (duque de Sessa), calle Flor Alta, núm. 10, una exposición y venta extraordinaria como nunca se ha visto en tan gran escala ni en Madrid ni en ninguna otra parte, compuesta de una inmensa cantidad de muebles de lujo, antiguos y modernos, estatuas, bases, guarniciones de relojes, etc.*»[ccxxii].

A pesar de su avanzada edad, Luisita, siempre protocolaria y orgullosa de su rango, no se perdía las fiestas ni los saraos aristocráticos y mantenía su presencia en palacio por ser dama de guardia de la reina María Cristina, segunda esposa del rey Alfonso. Por ello se sintió muy ofendida cuando su sobrino se negó a conceder a ninguno de sus dos hijos el collar del Toisón de Oro que había sido de su difunto esposo.

«*El mismo dia que recibi tu carta* —escribía ella a su hijo Paco — *le*

escribi [al rey] diciendole lo que mi corazon de Madre pensaba sobre la [ilegible] que con mis hijos se tenia, le daba de termino 8 días, si en este termino nada se habia dicho tomaria la determinacion que he tomado, Luis devuelve su llave de Gentilhombre y yo mi banda de María Luisa. Tu estás en el mismo caso que tu hermano, no te han encontrado digno de llevar el Toisón de Oro que tu Padre había llevado y aun el [ilegible] ha sido para ti, pero para ti era el Toisón. Ademas ya he escrito para que se ponga en la Correspondencia de España un suelto que en este momento acabo de escribir, pues no quiero que nadie crea que se nos habia quitado. Si mis hijos no son dignos de llevar una insignia de su País, yo tampoco la quiero llevar, pero todo el mundo sabra el porque lo hemos hecho»[ccxxiii].

Mientras su hijo Luis triunfaba con su pintura en París, donde en 1887 participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes con el citado retrato de ella, Paco intentaba sacar adelante una gran casa noble en ruinas con inversiones en proyectos de gran envergadura, como *la Compañía del Ferrocarril Transversal del Principado de Cataluña* de la que era un notable accionista desde 1882. Hacia 1885 en el palacio Altamira se ubicaba el Hotel de Ventas, en el que ese año se organizó un gran baile benéfico con una amplísima asistencia de lo más granado de la aristocracia. Una fiesta cuyos beneficios fueron enviados a los damnificados por los terremotos de Andalucía y sirvieron para hacer un lavado de cara al palacio que, según la prensa «*descendió hasta convertirse en almoneda de muebles, vuelve a verse ennoblecido por la caridad*»[ccxxiv].

Dos años más tarde, el duque encargó al arquitecto Mariano Belmás las obras de mejora estética del edificio, cuya fachada permanecía todavía parcialmente inacabada. La testamentaría de su padre aún no se había resuelto, y elevó al juzgado de primera instancia del sur de Madrid una petición para que se le declarase pobre para poder litigar los autos de los juicios por la testamentaria. El fallo no fue a su favor en los mismos años en los que se destapó una cuestión particularmente molesta para la cada vez menos ilustre casa de Altamira al publicarse un informe emitido de Albert Pike, un conocido abogado estadounidense y activista francmasón, en el que figuraban como miembros de la masonería algunas personalidades españolas como Práxedes Mateo-Sagasta, el fallecido infante Francisco de Paula, el nuevo duque de Sessa y su difunto padre[ccxxv]. Algo muy inconveniente cuando el duque andaba empeñado en sacar a flote la esquilmada hacienda de su casa y su esposa emprendía la construcción de unas salinas en la isla de Canela, en Ayamonte, que contaba con más de 8.000 pilas y auguraba la ocupación de un gran número de operarios y braceros[ccxxvi].

En abril de 1890, Luisita perdió en París a su nieto el joven François de Bauffremont y un año más tarde, su hijo Paco tomó

posesión de su escaño de diputado por Huelva cuando el conde de Cabra ya ocupaba su cargo de senador del reino. Luis se había decidido a emprender una tibia carrera política, y en las elecciones generales de 1893 don José Sánchez Guerra le convenció para ir en las listas del Partido Liberal. Meses más tarde, a finales de febrero de 1894, Paco envió una carta abierta a la prensa en la que aclaraba que la duquesa de la casa de Trastamara protagonista de la obra de Pérez Galdós titulada *La de San Quintín*, que se había estrenado en el Teatro de la Comedia y en la que la citada duquesa recibía una propuesta de matrimonio del hijo ilegítimo de un amigo con el que emprendía una nueva vida en América, era un personaje ficticio que no tenía nada que ver con su casa.

Corrían tiempos difíciles para los Altamira y el duque se veía obligado a malvender sus obras de arte para poder obtener cierta liquidez, como fue el caso de dos óleos tasados en 300 pesetas que puso a la venta en 1896 en su domicilio del 13 de la calle del Barquillo, cuarto principal izquierda[ccxxvii], pues aún se alargaba la resolución de la testamentaria paterna. Un año más tarde, en mayo de 1897, su prima hermana Marie Louise de Bauffremont contraía un matrimonio muy conveniente en París con el conde Jean de Merode, gran mariscal de la corte belga y miembro de una de las familias más nobles y más importantes de aquel país, con el que marchó a vivir a su castillo de Everbergh.

Un gran acontecimiento que fue seguido en diciembre del mismo año por la boda del marqués de Astorga, primogénito de los duques de Sessa y doctor en Derecho, con Dolores Reynoso y Queralt[185], hija del marqués de Pico de Velasco de Angustina y de la condesa de Fuenclara. Una boda muy aristocrática celebrada en el palacio madrileño de Fuenclara de la que se hacía eco la prensa al escribir sobre los regalos recibidos por los novios:

«*Todos han hecho magníficos regalos. El marqués de Astorga regala á su prometida el traje de boda, de raso blanco con encaje de Brujas; otro de moiree negro; uno de baile, azul; una guarnición de encajes de Chantilly, otra de Bruselas, una riviere de brillantes, dos solitarios, dos abanicos antiguos y un abrigo de marta cibelina. Los duques de Sessa regalan á su futura hija política, una diadema de brillantes y perlas, y el duque de Montemar, hermano del novio, regala a la que será su cuñada un tocador y espejo de plata en estuche de Boule. La condesa de Fuenclara da a su hija además del regio equipo, un collar de brillantes, un hilo de perlas con broches y pendientes, varios abanicos antiguos y una colección de encajes blancos. D. Rafael Reynoso regala á su hermana unos magníficos pendientes de brillantes. La lista de los regalos recibidos por la novia llenaría varias columnas y constituyen una verdadera riqueza. La boda se verificará el día 8 por la noche en el oratorio de la condesa de Fuenclara*

que inaugurará con motivo de esta solemnidad su elegante hotel de la calle de Villanueva en el que se han hecho muchas obras. Los marqueses de Astorga saldrán al día siguiente de su boda para una excursión para el extranjero y volverán para instalarse en el piso segundo del hotel de su padre»[ccxxviii].

Para entonces Luisita, que desde 1892 vivía ya afincada en España, se había ido retirando paulatinamente de la vida social en aquellos últimos años del declinar de su vida. Llevaba una existencia muy retirada y apenas se la veía, pues pasaba largas temporadas junto a su hijo menor en Cabra, que compaginaba con estancias en la casa que había comprado en Madrid. Aún debía de viajar a Francia para visitar a los Bauffremont, a Paquito, a la reina Isabel y a sus hermanas Pepita e Isabelita cuya muerte en 1897 debió de apenarla mucho. No obstante continuaba recibiendo notables atenciones por parte de la reina María Cristina, como cuando en diciembre de 1898 marchó a Sevilla y la reina dio orden de que se le acondicionasen habitaciones en los Reales Alcázares. En aquellos años de la vejez tuvo algunos problemas de movilidad y a veces se la veía en silla de ruedas llevada por alguna dama, y la última vez que estuvo en una recepción en Palacio para saludar a la reina regente en noviembre de 1899, tuvo que subir en silla de manos por su delicado estado de salud[ccxxix]. Instalada en un palacete madrileño en los altos del Paseo de la Castellana, debía de mantener relación con su hermana Cristina, que era la única que también vivía en Madrid, donde ella misma falleció, a los 76 años, en su casa en las primeras horas de la madrugada del 27 de diciembre de 1900.

Se decretaron veintiocho días de luto en la corte y el conde de Alba Real de Tajo fue comisionado para trasladar su cadáver para su entierro en el panteón de infantes del monasterio de El Escorial, al que nadie se había molestado en trasladar a su hermana Isabelita.

«*También* —recogía la prensa— *se hablaba en la reunión de la Infanta Luisa Teresa, que acaba de fallecer. Algunas personas recordaban haberla visto pasear en su cochecito, pues ya sabe usted que estaba impedida hace algún tiempo. —Yo también recuerdo haberla visto. El cochecito fue un regalo de su hermano el Rey D. Francisco. Por cierto que al citar a los hijos del Infante don Francisco de Paula, hermanos de la duquesa viuda de Sessa, se ha cometido una omisión. —Exacto. La de la Infanta Isabel Fernandina, que casó en Junio de 1841 con el conde Ignacio de Gurowsky. Fué un matrimonio de amor contrariado. Nietos de los condes de Gurowsky son unas señoritas muy estimadas en la sociedad madrileña, las de Bertrán de Lis*»[ccxxx].

El féretro de la infanta fue llevado a hombros por sus hijos el duque de Sessa y el conde de Cabra y por sus nietos Francisco de Asís y Luis Gonzaga (duques de Maqueda y de Montemar). La reina regente envió

como representante al duque de Sotomayor, mayordomo mayor de Palacio, y acudieron también el señor Coello, tesorero de la infanta Isabel (*la Chata*); el conde Chotek, jefe de cámara de la archiduquesa Isabel, madre de la reina regente; y el señor Redondo, jefe de la casa de la infanta Cristina, hermana de la difunta. Otros amigos y familiares acudieron a despedirla, como su sobrino Vicente Bertrán de Lis, el marqués de Pico de Velasco de Angustina, el marqués de Ruffano en representación del príncipe Carlos de las Dos Sicilias y el conde de Toreno.

Su hijo Paco, detentador del grueso de los títulos de la casa de Astorga-Altamira, la sobrevivió hasta enero de 1924. Un año fatídico para la familia pues el 19 de abril también falleció sin descendencia en Madrid su hermano Luis, viudo desde 1915, y en agosto fue el turno de su viuda, doña Pilar Jordán de Urriés. El duque murió en el palacio madrileño que había adquirido en la calle Lagasca, toda vez que el palacio de Altamira ya había sido vendido[186]. Muchos años antes, en 1904, también había desaparecido su hermana la princesa de Bauffremont-Courtenay[187].

El viejo castillo palacio de Cabra, tan difícil de mantener para la esquilmada casa nobiliaria, se había intentado vender durante años, siempre a la baja, hasta que finalmente en 1889 el conde de Cabra se desprendió de él por 25.000 pesetas[ccxxxi] pasando a albergar un colegio[188]. De Paco y María Cristina queda amplísima descendencia que en la actualidad se extiende por muy numerosas familias nobles de España[189], Bélgica[190] y Francia que sería muy prolijo enumerar aquí, muchas de las cuales recuerdan con nostalgia los años gloriosos de la casa de Astorga-Altamira, acaso la más noble y antigua de España, que Luisita contribuyó a arruinar.

PEPITA, LA LIBERAL

«*Cuando Castilla me necesite,*
me hallará siempre llena de entusiasmo,
dispuesta a contribuir con mis débiles fuerzas
a su felicidad y engrandecimiento.»
(Infanta Josefa en carta abierta a la prensa, agosto de 1854)

Cuando en el otoño de 1841 los infantes don Francisco de Paula y doña Luisa Carlota abandonaron París para, como hemos visto, regresar con grandes anhelos a Madrid, la infanta Pepita, como esta hija sería siempre conocida en familia, contaba tan solo catorce años y aún no había entrado en edad casadera. Lejos de sus padres, que tenían una agenda propia que sacar adelante en la corte española, y confinada junto a sus hermanas menores en el convento des Oiseaux,

nada sabemos sobre su carácter en aquellos años, pero aunque ella no tenía ni los aires bohemios de Isabelita ni los gustos aristocráticos de Luisita, la vida le tenía reservada una existencia marcada por sobresaltos, intrigas palaciegas y las tormentas políticas y revolucionarias que marcaron el reinado de su prima la reina Isabel. Pepita estaba llamada a ser la heredera de aquellos aires liberales que siempre habían rodeado a sus padres, y que ella supo utilizar bien en determinados momentos, pues ante el pueblo consiguió ganarse fama de ser la «infanta progresista» que, por sus vaivenes amorosos y por su propia disposición de carácter, sería a momentos apartada del encorsetado mundo regio para convertirse en una adalid de la causa liberal decimonónica.

*

En aquellos años, y sujeta a la vigilancia y a la estricta moral católica de las madres agustinas de la rue de Sèvres, para Pepita no había habido ofertas matrimoniales de príncipes extranjeros como el duque de Nemours o el emperador del Brasil, y languidecía en el convento en compañía de sus hermanas menores, la intelectualmente limitada Cristina, de ocho años, y la pequeña Amalia, de tan solo siete. Una primera juventud muy poco estimulante para un espíritu libre, ahora que ellas tres quedaban a los cuidados de su tía María Cristina, recientemente expulsada de España por el general Espartero y afincada en un palacete de la rue de Courcelles con su esposo Agustín Fernando Muñoz y Sánchez y sus, por entonces, cinco hijos Amparo, Milagros, Agustín, Fernando y María Cristina Muñoz y Borbón.

Sin embargo, como hija de infantes y en su calidad de infanta de España, su estancia en París no iba a ser sino un entremés en su agitada existencia, pues quiso la fatalidad que en enero de 1844, y de forma inusitada, su temperamental madre viniese a fallecer de forma inopinada en su casa de la calle de la Luna. Una orfandad inesperada y una muerte que tuvo dos consecuencias inmediatas: el deseo de su padre de llamarlas de vuelta a España y el regreso también de su tía María Cristina, ahora que su hija ya era reina en ejercicio, y que Espartero había sido apartado del poder por un pronunciamiento militar de moderados y progresistas. En un primer momento se consideró que ella sería la única que viajaría a España pero, finalmente, todas las hermanas emprendieron el camino de Madrid en compañía de la reina madre en el mes de marzo. Con un español aún vacilante, pues se habían educado en francés, por fin volvían a la recordada España tras un largo viaje en varias etapas, pues el séquito era grande, con una primera parada en Lyon.

Poco conocedoras de las complejidades del mundo exterior, Pepita, Cristina y Amalia tuvieron que despedirse de su aya francesa en la

frontera y, al alcanzar Barcelona, María Cristina escribía a don Francisco para darle noticias de ellas: «*Yo procuro cuidarlas cuanto es posible, y veo con mucho placer que soportan las penalidades indispensables en los viajes, pudiendose añadir para su satisfaccion que lejos de perderme parece que han ganado en el camino*»[ccxxxii]. Y este le respondía*:* «*Como las menores indicaciones tengas serán preceptos para mi, he llamado la Candelaria Rivas para que sea Dama y Aya de mis hijas y tu elección la considero tan acertada que merece igualmente mi aprecio por tus buenas circunstancias. Ya mi difunta Esposa dejó nombrada por Teniente de Aya a la Bambitali que es una persona muy recomendable por sus virtudes, y así ayudarán las dos a completar la educación de mis queridas hijas*»[ccxxxiii].

Ya en Madrid, en la primavera se instalaron junto a su progenitor en el palacio de San Juan del Buen Retiro, donde se reencontraron con sus hermanos Luisita y Fernando, pues los mayores, Paquito y Enriquito, ya se habían independizado y buscaban labrarse un incierto porvenir en el ejército y en la marina.

Tres años pasaron y, ya con veinte años, Pepita no había recibido ninguna solicitud de matrimonio de alguna corte europea. Una cuestión preocupante para la familia y que sin duda tenía que ver con el estigma que había dejado la fuga de Isabelita, aunque ya para entonces Paquito acababa de casarse finalmente con la reina y la posición de toda la fratría se había afianzado en la corte. Y fue por entonces, a comienzos de 1847, cuando, sin que sepamos bien las circunstancias, pues se han dado de ello distintas versiones, ella, que ya tenía fama de liberal, de vida licenciosa y de mal carácter, entró en conocimiento de otro gran liberal llegado de Cuba. Se trataba de don José Güell y Renté, un joven procedente de una familia catalana de la comarca del bajo Llobregat[191], que había emigrado a Cuba donde había prosperado. Había nacido en 1818 en La Habana, había cursado sus primeros estudios y su bachillerato en leyes en el seminario de San Carlos y, con solo diecisiete años, había viajado a la metrópoli ingresando en la Universidad de Barcelona. En junio de 1840 había alcanzado el grado de doctor en Derecho con solo veintiún años[ccxxxiv], y desde fechas muy tempranas se había afiliado al Partido Progresista, pues había trabado una buena amistad con el prometedor general Prim. Pronto comenzó a colaborar en la prensa progresista, regresando luego a su Cuba natal donde ejerció la abogacía durante dos años. Pero hastiado del repugnante espectáculo de la esclavitud, en 1847 volvió a Madrid para reencontrarse con Prim y decidido a tomar parte activa en la vida política y social de la capital, donde rápidamente se hizo amigo de periodistas, poetas y pintores como Esquivel[192]. Güell era un claro ejemplo del liberal decimonónico dotado para el periodismo, la poesía y la literatura.

Cuentan algunos que un día en que Pepita marchaba a la afamada confitería Lhardy, de la que sus padres eran clientes desde su fundación en 1839, en busca de sus delicados bombones de licor, su carruaje sufrió un accidente del que fue rescatada por Güell. Según otros, el encuentro se produjo en otra circunstancia un día en el que ella paseaba, en compañía de su padre y de sus hermanas Amalia y Cristina, por la Fuente Castellana, y los caballos del carruaje se desbocaron, siendo el cubano quien corrió a detenerlos evitándoles un grave accidente. Aquel día Pepita puso sus ojos en su salvador, que desde entonces comenzó a cortejarla con manifestaciones de amor (poemas y cartas), que conseguía hacerle llegar a escondidas al palacio de San Juan. Una versión un tanto novelada que apela a un cortejo romántico y epistolar muy del gusto de la época, pero que quizá se redujo a algo un tanto más prosaico, pues hacía ya tiempo que Güell era conocido en ciertos círculos intelectuales madrileños. Sea como fuere, ambos quedaron inflamados por aquellos amores y la fascinable reina Isabel, íntima de esta prima y conocedora de aquellas

pasiones, no tardó en invitar a Güell a un baile en palacio para desmayo de varios de los ministros presentes. Días más tarde, él escribía y publicaba en prensa su oda *La Razón* para demostrar a todos ellos su cordura y sus cualidades.

Sabemos con certeza que en mayo de 1847 Güell había estado en Aranjuez en compañía de otros personajes cercanos al círculo íntimo de la familia real, como el marqués de Miraflores o el general Serrano, que por entonces era el amante de la reina. Un estancia en el real sitio durante la cual el empecinado José terminó detenido por órdenes de la autoridad, considerándose desterrarlo a Cuba a causa de unos papeles que habían llegado a conocimiento de la reina. Papeles en los que él hablaba de su intención de contraer matrimonio con alguien de rango muy elevado[ccxxxv]. «*A las cinco de la mañana del lunes* —publicaba el *Eco del Comercio*— *se presentó en casa del señor don José Guell, joven americano, poeta, y muy conocido en los círculos de Madrid, un oficial de guardias civiles con cuatro individuos del mismo cuerpo, y sin darle lugar de arreglar sus negocios, ni avisar a persona alguna, ni concederle la más corta detencion, fue colocado en un carruage y sacado de esta poblacion, diciéndose hoy por algunos periódicos que se le conduce a Cádiz para trasportarle a la isla de Cuba, su patria*»[ccxxxvi]. Eran tiempos complicados y de mucha conspiración política y el real sitio, en el que se encontraba la familia real, estaba completamente rodeado por fuerzas policiales por orden del Gobierno, pues no hacía mucho que se había expulsado de Madrid al político liberal Eugenio de Aviraneta.

Pepita era conocedora de aquellos hechos y, por ello, el mismo día en el que su enamorado, retenido por la guardia civil, iba a ser enviado desde allí a Cádiz, abandonó resuelta la función teatral a la que asistía. La prensa liberal lanzó severas críticas contra la decisión tomada por el Gobierno, considerando que los deseos de Güell de contraer un matrimonio con alguien de gran relevancia social no justificaban su envío a Cuba. El 13 de mayo llegó a Cádiz, desde donde solicitó un indulto del Gobierno, pero cayó enfermo y permaneció encerrado en el castillo de San Sebastián, a donde fue llamado el doctor Benjumea que le colocó dos cantáridas. Se aplazó así su destierro y, finalmente y gracias a la enorme presión de la prensa liberal, el Gobierno cedió y hasta se llegó a decir que la reina se reunió con el Consejo de Ministros, quién sabe si por petición de la propia Pepita, para solventar el asunto. «*Parece cierto* —publicaba *El Espectador*— *que el gobierno había despachado un correo estraordinario con pliegos para las autoridades de Cádiz, mandando poner inmediatamente en libertad al señor Güell y Renté […] A esta noticia no faltó quien añadiera, refiriéndose a persona bien informada, que S. M. había llamado con este objeto a los ministros, y que les habia reconvenido ágriamente por su conducta*»[ccxxxvii].

Cierto o no, Güell llegaba el 15 de junio a Barcelona a bordo del vapor *Castilla*, saliendo diez días después hacia Marsella camino de Roma donde, por entonces, se le pierde la pista. Seguramente en palacio todos respiraron aliviados al considerar que el alejarle durante un tiempo indefinido, podría domeñar su espíritu, ardientemente luchador y liberal. Todo un error de cálculo como pronto se iba a demostrar.

*

Con su amado fuera de escena, y probablemente sin noticias suyas, Pepita, que ya conocía las mieles del amor, no tardó en entrar en amores con el militar valenciano José Filiberto Portillo y Fernández de Velasco, con el que había coincidido en algunas ceremonias en palacio. Un militar de vida muy intensa, pues en su juventud había abandonado los estudios en la Academia de Ingenieros, luego había sido subteniente de Milicias en el Regimiento Provincial de Toledo y posteriormente había perseguido a malhechores y a contrabandistas en Sevilla y Granada hasta llegar a ser subteniente de infantería. Tiempo después, durante la guerra carlista, se había batido en Mallorca y había sido gobernador militar de Castellón y de Morella, hasta que en 1843 había salido elegido diputado por Cuenca. Como buen liberal, había tomado parte en el levantamiento de Espartero contra la regencia de María Cristina, había alcanzado el grado de brigadier y, finalmente, se le había encomendado el ministerio de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar[193]. Tras su cese en el ministerio, la reina le había concedido el título de conde de Campo Arcís, y cuando conoció a la infanta ya era mariscal de campo. Un personaje propio de un folletín decimonónico que no podía atraer más a la apasionada Pepita, cuya vida había estado sujeta a las escasas actividades propias de una princesa de su tiempo: labores, tocar algún instrumento, paseos por la Casa de Campo, y estar al tanto de los últimos chismes tanto de la familia como de las casas nobles que menudeaban alrededor del trono.

Por entonces la infanta y su padre eran las personas de la familia real más cercanas a la todavía adolescente reina Isabel pues, como recogía puntualmente la prensa, los tres se dejaban ver juntos en sus salidas de palacio en coche por los paseos de Atocha y de El Prado. La joven reina pasaba por momentos de gran expansión personal, que redundaban en una notable popularidad que se percibía en las calles, a causa de su relación amorosa con el general Serrano, al que llamaba «el general bonito». Algo que, de forma lógica, comenzaba a generar tensiones en su matrimonio real tal y como Juan Donoso Cortés[194] escribía a su amigo el duque de Riánsares: «*V. creía y yo también que esto más que amor era un capricho sensual: pues amigo nos equivocamos:*

todos los datos están contestes: en esto no cabe duda: la pasión es honda, profunda, permanente, y con todos los caracteres de indestructible: sepa V. que no quiere divorciarse por separarse de su marido: quiere divorciarse para casarse con Serrano»[ccxxxviii]. Una situación muy espinosa, además de escandalosa, que generó la primera grave crisis entre la reina y Paquito.

A todo ello se sumaban todos los altibajos por los que pasaba la familia real, pues la reina había tenido que sancionar el matrimonio secreto de su madre con Muñoz, a quien había concedido el ducado de Riánsares; Isabelita seguía exiliada en Bruselas con Gurowski; y en febrero Luisita había contraído un matrimonio desigual, aunque conveniente y con su permiso, con el duque de Sessa, que le había costado la renuncia de sus derechos al trono para ella y para sus hijos por venir. Para más inri, a comienzos de mayo, todo eran habladurías en torno a los amores de Enriquito con Elena de Castellví y Shelly, hermana del valenciano conde de Castellá.

«*Ayer tarde* —recogía el diario *El Católico*— *paseó S. M. la reina acompañada de su augusto tio. El no ver en el mismo coche a la infanta doña Josefa llamó la atención, atribuyendo a una causa que no queremos revelar hasta asegurarnos de su certeza. El rey consorte, que iba en otro carruaje, estuvo en el Retiro y solo dio una vuelta por el Botánico y Atocha. […] Ante todas cosas, parece que en dicho consejo se resolvió no poner nuevos obstáculos al casamiento de S.A. el infante don Enrique con la jóven hermana del conde de Castellá, suceso ya inevitable despues del giro que ha tomado el asunto. Otra cuestion del mismo género y relativa a una de las augustas hijas de S.A. el infante don Francisco, fue objeto tambien del exámen del consejo de ministros, el cual no se mostró favorable a los deseos de la princesa*»[ccxxxix].

Todo un rosario de escándalos y de situaciones irregulares que inquietaban a los moderados y a la reina madre, y que se agravó con la boda en secreto de Enriquito con Elena, que les supuso el exilio en Francia y la pérdida del rango de infante. La relación de la reina con Serrano era un secreto a voces y hasta se hablaba de anulación del matrimonio real cuando, a comienzos de mayo, la soberana decidió trasladarse a Aranjuez a donde llegó acompañada por el general, su suegro y Pepita, mientras Paquito se retiraba ofendido al palacio de El Pardo. Se temía una fractura irreversible en el matrimonio, y en aquella grave crisis, tanto don Francisco como Pepita decidieron tomar conveniente partido por la reina y no por su propio hijo y hermano, sobre quien intentaron ejercer fuertes presiones para que retomase la vida marital. Una situación familiar muy tensa y muy determinada por los intereses personales de cada quien cuando, de pronto, la reina sufrió un atentado del que salió ilesa pues, según recogía la prensa:

«*El disparo, produjo una momentánea confusion entre todos los espectadores, la infanta Doña Josefa que habia oido el áspero y seco chillido de la bala, palideció, y por pocas cae en brazos de la Reina; el caballerizo volvió los ojos a todos refrenando su caballo, el tronquista que pasa por uno de los mas diestros y serenos se alzó tranquilamente del pescante haciendo tascar el freno a los pares de la lanza y en aquel momento de turbacion instantánea, que nadie casi apercibió, solo la Reina conservó su serenidad y dijo adelante. Dos minutos despues S. M. estaba en palacio*»[ccxl].

Según informa una carta de aquellos días de don Francisco a la reina Cristina, parece ser que a la infanta se le habría hecho la promesa de darle el real permiso para contraer matrimonio con Portillo. Un permiso que también sería extensivo a Enriquito y a Elena de Castellví toda vez que Luisita ya se había casado con alguien de rango inferior, aunque de gran prosapia aristocrática. Pero en medio de tantas turbulencias, y con el matrimonio de los reyes a un paso de disolverse, se aconsejaba esperar, cosa que Enriquito no parecía estar dispuesto a hacer. Días después, y ya de regreso en Madrid, don Francisco y Pepita marcharon a El Pardo para entrevistarse con Paquito en busca de una solución a la crisis en el matrimonio real, y llegado el mes de julio la noticia del posible matrimonio entre Pepita y Portillo saltaba, o se filtraba, a la prensa, pues *El Heraldo* publicaba: «*Anoche se aseguraba en algunos circulos aristocráticos que la Serma. señora infanta doña Josefa honrará con su mano al señor general Portillo, añadiéndose que este negocio está muy adelantado*»[ccxli].

El rumor se había propagado por los salones, se especulaba que Portillo iba a ser nombrado capitán general de Filipinas y otros decían que el gobierno de Francisco Javier de Istúriz se oponía al enlace[195]. Por ello, y para escapar de dimes y diretes y no complicar aún más las cosas, pues otro matrimonio desigual no contribuiría sino a dar una peor imagen de la familia real y a rebajar las posibilidades matrimoniales de las pequeñas Cristina y Amalia, don Francisco decidió llevarse a Pepita fuera de Madrid, marchando juntos el día 10 hacia San Sebastián con el pretexto de ir a tomar los baños de mar. Una ausencia que la prensa calificaba de destierro al decir: «*S. M. la reina ha sentido estraordinariamente el separarse de su joven prima y única compañera que le quedaba, la infanta doña Josefa; y que ha costado gran trabajo a los ministros y a las influencias que sostienen a los ministros, el lograr se verificase la especie de destierro a que ha sido condenada la familia del infante*»[ccxlii].

No obstante, y según la prensa internacional, aquella marcha de la corte de padre e hija obedecía a razones distintas y más vinculadas a la pertenencia Pepita a una sociedad secreta (probablemente la masonería), hecho que habría llevado al Consejo de Ministros a

imponerle aquel alejamiento de Madrid, produciéndose una violenta escena en la que la infanta «*dirigió los epítetos mas insultantes a S. M.*»[ccxliii]. Sea como fuere, el 20 de agosto el infante, su hija y su servidumbre llegaron en coche de diligencia a la capital donostiarra, donde fueron recibidos por las autoridades en una ciudad engalanada en la que se hospedaron en el parador del Dorado. Tres días más tarde, don Francisco escribía a su cuñado el duque de Riánsares:

«*Me has consolado con una que nadie ha hecho, cosa de mil absurdos como han escrito y que son puras mentiras. Las que vieron a la Reyna con la Pepita, fueron la de Ureña*[196] *y la Villagarcía*[197]*, personas que son muy conocidas por lo que brillan en politica, y la ultima se ha metido mucho con la Reyna, queria apoderarse de Pepita, mas ya estoy alerta. Desde que he salido de Madrid estoy en paz, pues ya ni mi cabeza ni mi cuerpo ni aun mi Alma podian mas conmigo, y salí al fin de ese Ynfierno, y de chismes y no me ha costado poco tiempo el haber salvado a la Pepita de donde estaba metida y que quieren llamarla a la Granja, aunque nada puedo creer después de la falsedad con que la Reyna ha obrado con nosotros, y apartandonos meternos en su corazon. Veo que la paz seria la union de los Esposos mas lo veo muy difícil, si te digo aun imposible. Tenemos el gusto de que se nos ha enviado aqui Portillo, se le desanimo mas esto sea plan hasta de la intriga, y de Palacio, con Serrano y compañia*»[ccxliv]. Y días después le añadía: «*La Pepita sigue con el pensamiento de enlazarse con Portillo, no creo que le convenga pues me temo que no será feliz, y todos sus hermanos se han opuesto formalmente a ese enlace. Desearía que con mucha premura la Reyna de los franceses la recibiera bien alli, y si concediera que fuera allá […] y entonces la Pepita podría irse con su hermana [Luisita]*»[ccxlv].

En esas, Portillo también había llegado a San Sebastián y en agosto la prensa volvía a hablar de un matrimonio inminente. Entre tanto en Madrid la crisis del matrimonio de la reina seguía abierta, cuestión que se sumaba a las agitaciones de don Francisco que en agosto volvía a escribir a Riánsares:

«*Cuan hermoso y alegre seria vernos a todos unidos, sin amparar nada de mezquindades y solo la feliz unión para mi tan deseada. Ya sabrás también que a mi hijo el Rey se le ha negado la entrada en el Palacio Regio, nada te digo mas. El Cielo se apiade de nosotros, y de este Pais digno de otra suerte. El Plan ya sabes cual es la destrucción y aniquilamiento completo de todo Borbon […] La Pepita agradece infinito tu memoria y me encarga te dé sus finas expresiones y ofrecernos a los Reales Pies de la Reyna Cristina y muy finas memorias a tus hijos. La Pepita esta animada de los mejores sentimientos, mas ya antes de salir, y mas ahora no tiene la mas minima influencia en nada, y lo que yo siento es el tiempo que estubo tan unida en que no ha ganado nada. Ahora esta obstinada con Portillo me ha prometido no darme el mas minimo*

sentimiento, mas estoy alerta por Portillo que es muy osado y tiene gana de enlazarse cuanto antes, no sabes lo que deseo tome estado mi hija, pues no paso buenos ratos y ese sujeto, que se ha plantificado aqui, y nos deja en sol ni sombra. He hecho cuanta influencia puede hacer un Padre y hasta el Rey y el Gobierno me han hecho responsable de su bien que era mi obligacion como un Padre. Por un lado me hallo libre del Ynfierno de Madrid, mas por el otro aqui solo, y lejos del Gobierno y del Rey mi hijo, me hallo en posición fuerte y comprometido pues el mismo Gobierno y otros desearan un mal paso para aprovecharse de el, y cortarme la mano como sé bien o espatriarme para siempre, y la entrevista con Portillo, como se lo dije, y que no consentiria por ningun titulo se hiciese por ningun otro modo que los legales. Autorización de la Reyna, del Rey mi hijo, y del Gobierno, y de otro modo no. Conozco lo que son, y malas han sido las intenciones de traerme a este punto. Ya ves que no te puedo hablar con mas claridad»[ccxlvi].

Al infante Portillo le parecía excesivamente temerario pero este último, también en carta a Riánsares, dejaba claras sus razones y sus motivaciones:

«*por mi honor que a nada aspiro ni cosa alguna ambiciono mas que el ser su marido, aunque para serlo hubiese en vez de quemar que perder mi posicion y mi carrera, fruto V. sabe bien de una vida entera pasada y consumida entre agitaciones y peligros.*

Luchamos la Señora y yo con obstaculos inmensos que a cada paso nos presentan la política y los partidos, porque aunque tal vez alguna oposicion tomen los del destino de rancias preocupaciones y de añejos y hasta ridiculas desigualdades, no es esta causa sincera sino que es costosa bajo la cual se oculta una verdadera desconfianza política. Y en este verdadero campo de Agramante que tal debe llamarse la España de hoy no solamente no he podido disipar las que me importan sino que por primera vez en mi vida he perdido el sino y aturdido cuento con la salida, sin embargo, de que en encontrarla o no va envuelta toda la felicidad o el malestar del resto de mis vidas […] en la fina inteligencia de que protegera a un enamorado muy agradecido a un militar que sabía ser caballero y a un político que desde que supo que era amado de la señora Ynfanta ha roto con todo su pasado y vive consagrado a su porvenir, primero que a ninguno otro deber, a fortalecer la monarquía y a buscar en el puro y debido agradecimiento de toda la familia Real el de sus propios hijos, si los tiene.

Por ultimo, y para mas intensa su amistad de V. en mi favor, concluir esta carta haciendo observar que como si llegase a ver realizado mi enlace nuestra posicion respecto de las Señoras sería muy parecida y nuestras familias esparcidas y domiciliados por los mismos pueblos, tendrían identicas necesidades políticas, creo que a entre ambos nos convendría estrechar nuestra amistad amparandonos y amparandolas nuevamente en

tantos vaivenes como tiene todavía que sufrir este nuestro desgraciado pais. Para esto para todo creo que logramos ponernos de acuerdo en París a donde si mi matrimonio llegase a verificarse pienso trasladarme inmediatamente para que S.A. en edad apropiada disfrute de tanto bueno como en el se encierra y cuyo goce es muy natural que le apetezca en los cortos años de S.A.»[ccxlvii].

*

Pepita, quizá animada por Luisita que también se había desplazado hasta San Sebastián, se mostraba decidida a casarse con Portillo, y hacia septiembre su padre hablaba ya de regresar a Madrid parando en Burgos. El día 21 de ese mes, padre e hija llegaron a Vitoria donde pasaron tan solo una noche, y ya en Burgos su presencia animó la vida social local. Ambos se detuvieron allí varios días en compañía del enamorado, dieron largos paseos a pie o a caballo, salieron en carruaje y fueron bien atendidos por las autoridades. En esas, a Portillo se le ordenó, por mandato de la autoridad no abandonar la ciudad y desde allí intentó sacar adelante lo que él denominaba su «negocio», buscando de nuevo la ayuda de Riánsares, que por entonces era el gran poder en la sombra en el entorno de la reina madre.

Al parecer Muñoz se mostraba dispuesto a ayudar, pero en Madrid la reina Isabel carecía de poder suficiente para autorizar el matrimonio de su prima, cuyo gran opositor era el moderado general Narváez que desde el 4 de octubre volvía a ser el jefe del Gobierno. «*Hoy he recibido de S.A.* —escribía Portillo al duque— *la adjunta carta fechada de ayer y se la remito a V. en el seno de la mayor confianza para que vea que la pobre Señora, lo mismo que yo, no tiene mas esperanzas que la de su querida tia y mi Señora S. M. la Reina Madre […] ¿Cree V. que si fuésemos al estranjero se allanará algo de dificultades? Yo estoy pronto a todo y también la Ynfanta y si V. cree que esto puede calmar los malos políticos de quienes se oponen, haga V. alguna indicación*»[ccxlviii].

Portillo y Pepita se empecinaban, pero el apoyo de la reina no les era suficiente y desde Burgos él volvía a escribir con toda su artillería al duque:

«*Mi estimado amigo y paisano*[198]*. Durante casi toda la noche me han tenido ocupado pensando autorizaciones ¿que es esto? ¿Por ventura que mi salida de la Corte es un negocio tan importante? ¿Ha olvidado el Sr. Narvaez que todavia hay prensa en España y manos movidas por hombres de mucho corazon? ¿Creé que mi salida va a ser tan suave como la de esta tarde en Palacio y por los mismos sugetos que allí me enfrenaran dentro de mi casa? ¿Sabe él o ha pensado en el espectaculo de un General vestido de uniforme sacado o a rastra o atado de su domicilio por una causa huraña? Pues que el General Narvaez se prepare porque todo lo arrastro, todo, hasta la partida del empleo y hasta otra mayor, hasta la ultima. […]*

Tambien quisiera que V., y sobre todo S. M. la Reina Madre, insistiesen en la mediación que sé que han tenido la dignación de interponer e hicieran comprender al General Narvaez que es una sinrazon grande lo que pretende y que ningun lustre dará a la administracion el atropello de un General que no ha incurrido en ningun delito político ni tampoco en militar, segun resulta de la sumaria frenada esta noche. Además creo también que si esto no se frena el nombre de S.A. la Ynfanta vendrá a salir alterado del negocio y en ello perdera la Señora muchísimo como Princesa y como doncella. Esta consideracion debe ser de gran peso para cuantos hombres hoy sean Ministros o Generales con tal de que sean caballeros»[ccxlix].

En prensa se llegó a afirmar que la pareja se había casado en secreto en la capital burgalesa, oficiando un sacerdote que había viajado desde Madrid portando las correspondientes licencias[ccl], pero nada de aquello era cierto. De hecho, y no teniendo respuesta satisfactoria alguna, Portillo consiguió viajar a Madrid y personarse en Palacio, donde la reina se negó a recibirle. De inmediato, y mientras esperaba ser recibido, fue arrestado allí mismo y retenido 24 horas en su casa hasta que se le notificó su obligada marcha a Valencia. Enfermo, hubo de emprender viaje cuando hasta se hablaba de enviarle a Canarias. En su descargo, decidió escribir a la reina madre:

«*Desde que fijé la mirada en la Señora Ynfanta, su augusta sobrina, y sentí mi corazon empeñado en su servicio, he contado los dias y las horas que tardava en llegar la situacion política que hoy empiezan a imperar y aunque el tiempo está rodado con su natural orden, tanto admirada la llegada de esta, que me parecia que el tiempo adelantaba perezosamente. Desde que empezó el mutuo afecto entre S.A. y yo, tres figuras (Cordoba, Rosi y Serrano), se levantaron frente a frente de mi, tan hostilmente, que a ser yo menos hombre creo que me hubieran pulverizado; a tal grado han llevado siempre su acto [...] No me engañé cuando se alzaron, antes comprendí que mientras dominarse y todo que estos Señores eran tan solo un fragmento, jamas conseguiría la dicha que deseaba porque para ellos casarse con una Ynfanta no podía representar mas que el trepar osadamente a una posicion; y por mas que los mismos no calumnian y me difaman algo me tienen para dejarme llanamente subir a la que ocupaban, y cierto si yo hubiera subido mas pronto y a menos precio se habría despejado. Son Señora, algunas gentes tales que como que no tienen corazon no sienten, siendo solo susceptibles del cálculo. En vano yo, cuya cabeza estaba vacía de toda intencion política mientras del corazon rebozado el mas ardiente afecto a S.A., ofrecí alejarme de España, enmudecer en todo asunto de Gobierno y retirarme enteramente de la política; en vano mas tarde y mas empeñado en amor hacia la Sra. Ynfanta escribí a Serrano, con mayor entereza, ofreciendole amistad y perdon si cedía en su oposición y tenaz y mortal guerra, si se obstinaba en*

obstruirme el camino de mi dicha, en vano fue todo»[ccli].

El intenso episodio romántico llegaba a su fin y Pepita escribió también a Riánsares para agradecerle su intervención, pues había evitado el destierro de su enamorado a Canarias cuando ella ya se resignaba a dar por concluido un proyecto matrimonial que hubiera sido muy de su agrado. Y a Portillo solo le quedó reiterar una y otra vez al duque por escrito, cuáles habían sido los reales opositores a su matrimonio: «*Su Hermano el Rey, su Hermano el Ynfante [Enrique] y el partido de la situación*». El entorno íntimo de Paquito le había desacreditado esparciendo rumores que le acusaban de amores clandestinos y de tener hijos adulterinos, mientras que Enriquito, que también deseaba un matrimonio mejor para Pepita, andaba asociado con los progresistas más exaltados a quienes no gustaba el más moderado Portillo, que volvía a escribir al duque de Riánsares:

«*Cuantas personas rodean a la Ynfanta incluso su augusto Padre, se han dado la mano para incomunicarla conmigo, asi es que no podemos sostener nuestra correspondencia que a cada paso la intercepten y advierto a V. que en esta clase de guerra juegan un papel muy importante la querida del Padre toda entregada desde muy antiguo a Cordoba y a Salamanca, los criados en su mayor parte Enriquistas y la alta servidumbre, dirigida por la camarilla primitiva e independiente de V. que aun forma parte de la atmósfera en la que el Rey respira*»[cclii].

La «*querida del padre*» no era sino la cantante Teresa Arredondo y Ramírez de Arellano, que desde una fecha indeterminada estaba en la vida de don Francisco en calidad de amante y que, según Portillo, estaba aliada con el influyente general Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría, que era miembro del Partido Moderado y desde ese año senador vitalicio, y con José de Salamanca y Mayol, marqués de Salamanca, gran opositor de Narváez y compañero de negocios y trapicheos financieros del duque de Riánsares. En cuanto a los enriquistas, que como vemos eran en su mayoría miembros del servicio de la casa de don Francisco, eran quienes daban apoyo al revolucionario Enriquito que, tras su boda desigual y su caída en desgracia en la corte de Madrid, se había instalado con su esposa de forma más permanente en Toulouse. Todo un conjunto de enmarañadas pequeñas intrigas, hijas de banderías políticas, que arroja gran confusión sobre unos acontecimientos muy sesgados por intereses particulares, políticos y económicos. Afortunadamente para entonces los reyes habían conseguido resolver su gruesa crisis matrimonial y habían retomado su convivencia en palacio, toda vez que el general Serrano había salido de escena para pesar de la reina.

Habladurías que llegaban a oídos de la abandonada Pepita que, a decir de su padre en carta a la reina madre, sufría mucho en soledad y

decidió escribir a su amiga Camila para averiguar cuánto había de cierto en todo lo que escuchaba, ahora que parecía que desde Burgos ella y su padre iban a ser enviados a Valladolid.

«*Estoy vivamente agradecida* —le escribía— *por todo el interes que te tomas por mi, y por mi salud que por cierto no es nada buena desde que salí de Madrid voy donde restablecerme por ahora poco bien, la bondad de mandarnos a Valladolid, siendo el clima tan parecido como el de Burgos, que me prueba atrozmente pero, sin duda, quieren acabar conmigo para nada les importa que pierda una la salud […]. Desearia saber si P. [Portillo] está en Madrid, y si es cierto lo que me dicen que tiene tres hijas de la Matilde Díaz, a donde estan, como se llaman, y qué edad, si sigue con ella, deseo amada Camila, saber toda su historia desde que salió de Burgos y la que tubo desde San Sebastián, si recibía cartas de la Matilde, me alegraré que me digas todo. Tengo ese empeño en saber todo, espero me darás ese gusto y también dime si está en Madrid. Dime también si hablan de mi, o si tratan de fastidiarme con dicho novio, mientras eso de que se cansan si creen que eligiere el que ellos busquen, si no se habla de eso no digas nada*»[ccliii].

Al parecer se estaba en busca de un príncipe para casarla convenientemente, pero allí y de aquella forma concluyó esta historia fallida que también dio la puntilla a la carrera de Portillo, que dos años después redactaría unas memorias políticas dedicadas a los partidos políticos en las que, en su descargo, relataría:

«*Unos días después se trató por primera vez de mi matrimonio con una Alteza, Infanta de España. Se me dijo que esta proposición emanaba de la propia corona, y que contaba con la aceptación de la mayor parte de las personas de la familia real. Se me prometió, junto con la mano de la princesa, una dote de varios millones de reales (un millón de francos) procedentes del patrimonio real, y o de rentas públicas, la Grandeza de España, y un empleo militar muy alto cerca del trono. Todo hombre hubiera aceptado aquella proposición, tanto por honor como por la elegante belleza de la real damisela. Pero en mi caso a eso se le unía otra razón, la fuerte razón de verme colocado a la cabeza de los militares y al lado de mi reina […] Se fue tan lejos en este asunto, que tuve el honor de recibir las felicitaciones de una parte de la alta diplomacia extranjera residente en Madrid. Pero en todo esto debe prestarse atención a que estas ofertas de matrimonio, estas altas distinciones de la familia real, tenían lugar en uno de esos intervalos de ausencia de gobierno y de la España del general Narváez, que residía en París después de haber terminado y de haber autorizado el matrimonio de otra princesa, hermana mayor de aquella de la que acabo de hablar, con el duque de Sessa, un simple Grande que por causa de su juventud no había tenido la gloria de rendir a su país los sobresalientes servicios que yo había rendido […] Nunca, ni una sola vez, me presenté a Sus Altezas durante la negociación de este*

matrimonio, durante la duración de estos amores como se ha escrito con tanta inexactitud, sin haber sido invitado por el infante padre o por la propia princesa […] Esta dama ya está casada, y yo podría relatar al público las extrañas razones, extrañas pero fuertes, que me obligaron a no actuar siguiente una línea determinada. Si, podría enumerarlas y echarlas a la cara del mundo y aplastar con su peso a mis enemigos. Mi conducta en aquel momento, nuestra conducta, no fue amorosa sino política. Pero todavía un rasgo de prudencia y un gesto del gran amor que profeso por la reina, me hacen pasar por encima de ello»[ccliv].

Sintiéndose atacado y deshonrado por intereses políticos, salió finalmente de España para afincarse en Burdeos donde fue internado en un hospital para dementes en el que aún continuaba en 1875. Se desconoce la fecha de su fallecimiento, que sin duda fue posterior a 1892 y, aunque soltero, se sabe que mantuvo un sonado romance con una famosa cantante con quien tuvo una hija, a la que reconocería y daría sus apellidos, llamada Blanca Portillo Fernández de Velasco[199].

*

Amanecía el nuevo año de 1848 y, con Portillo ya fuera de la vida de Pepita de forma definitiva, Güell volvió a aparecer en escena regresando de su exilio francés. Quizás el romance se había mantenido en la lejanía y Pepita había jugado a dos bandas, pero lo cierto es que en cuanto el perseverante cubano se dejó ver por España y se supo de su deseo de marchar a Valladolid, ciudad en la que Pepita se encontraba con su padre, saltaron todas las alarmas, pues el 1 de mayo el Gobierno remitía una carta reservada al Capitán General de Castilla la Nueva, diciendo: «*Don José Güell y Renté deve llegar a Valladolid de un momento a otro procedente de esta corte con objeto de procurar seducir a S.A. la Serma. Sra. Ynfanta Doña Josefa, según noticias que tiene el gobierno. En consecuencia la Reyna q.D.g. se ha servido resolver que se prevenga a las autoridades de esa capital vigilen cuidadosamente por saver si Güell llega afectivamente a ella y en caso afirmativo, sin perder un momento le prendan lo hagan conducir hasta la frontera de Francia*»[cclv]. Pero disuadir a un ardiente liberal y a un periodista con fama de literato y poeta, no iba a ser tarea fácil, además de que, por otra parte, se hacía difícil volver a frustrar los anhelos de su enamorada, que no ocultaba sus padecimientos, según don Francisco informaba a la reina madre a fines de mayo:

«*Me tomo la libertad de pedirte que uses la mediacion con mi hijo el Rey, para que insista en ver cumplidos los deseos de Pepita, por parte de la Reyna creo no hay la mas minima dificultad , y yo he accedido a los deseos de mi hija después de las explicaciones que un Padre debe hacer, mas el estado de ansiedad en que se encuentra, y que su salud se resiente, y saber que la persona de D. Jose Güell puede hacerla feliz no ha tenido*

inconveniente en acudir, siempre contando con ustedes y que todo se haga en regla, pudiéndole dar un destino fuera de [ilegible], pues mi hija asi me lo ha pedido. Imaginate como está mi corazon por ver de que mis hijos sean felices y estén contentos»[cclvi].

Y es que, como vemos, el problema no radicaba en la reina, sino en su esposo. El rey Francisco no olvidaba que su hermana había apoyado a doña Isabel en los momentos de su crisis matrimonial y aquello, sumado a su poco gusto por aquellos matrimonios desiguales, le convirtió en el gran opositor de aquellas románticas nupcias. Pero, a pesar de ello, hacia julio la prensa ya daba la boda por arreglada y afirmaba que la pareja contaba con el permiso de la soberana.

El medio de tan grandes vaivenes, el infante no dudó en dirigirse también al duque de Riánsares para decirle:

«*que tomes el mejor empeño para que se cumplan los deseos de Pepita de enlazarse con D. José Guell y Renté, que ya sabes, se le dió su consentimiento cuando el enlace de Luisita y el de Enriquito, y que así se hizo por entonces, mas mi hija está decidida a llevarlo a efecto con el dicho sugeto y mi hija confía en ti y en la Reyna Cristina que entendereis las agitaciones que pueda haber con esto, y que se desengañen que Príncipes ya no se encuentran y que Pepita no quiere aunque los hubiere. El estado de agitacion continuo de la Pepita, su salud padece, y esponerse a un aneurisma por las palpitaciones que sufre como de su agitacion y afecciones. Despues de muy detenidas observaciones que le he hecho como debo hacerselas, conociendo que Guell le hará feliz, y que se amarán, he dado mi consentimiento, sabiendo que tambien por parte de la Reyna no hay la más mínima dificultad. Pepita dice que se irá al Estranjero, y están en eso, mas sería muy facil se podría dar a Guell un caracter diplomatico, o sea para Napoles, donde seria mejor, pues allí Pepita tendría la Abuelita y estaria muy bien; o si no en otro Reyno donde pudieran estar mejor*»[cclvii].

Días más tarde era la reina madre quien escribía a su cuñado:

«*Mi amada sobrina Pepita me habia escrito el otro día hablandome de su afecto por Güell. Aquí te incluyo esa carta para que tengas la bondad de leerla y despues de darla a Pepita, en ella hallaras las sinceras espresiones que mi cariño me dicta, y tambien veras que en cuanto a la elección de persona, no puedo por mi posición particular dar mi parecer. La misma conducta he tenido cuando se casó tu Luisita y la misma cuando Enrique, y si el único consejo que doy de que sea cual fuere el casamiento de Pepita, no se haga sin que sea de acuerdo con tu voluntad, con la de su hermano el Rey y la del Gobierno de la Reyna, es porque mi cariño por mi amada sobrina y el deseo de su felicidad no me permiten guardar silencio en este punto*»[cclviii].

La cosa no estaba fácil, pues ya eran muchos los matrimonios irregulares en la familia, pero los novios estaban determinados y la reina era connivente. No así el más puntilloso Paquito, que no podía

gustar mucho de este cuñado cubano y fuertemente liberal, entregado a escribir en las páginas de la prensa y a participar en la enrarecida vida política de aquellos años. Finalmente el real permiso les fue concedido verbalmente y por escrito, y hasta se dispuso lo necesario para la celebración de las nupcias en el palacio de San Juan. Años después, y haciendo recuento de tanto como había acontecido desde mayo del año anterior, la prensa desvelaría como finalmente se desenredó aquel embrollo.

«*Al llegar* —aclararía el diario *El Globo*— *el señor Güell al punto de la cita, acompañado de sus padrinos, que eran el general Prim y don Eugenio Moreno Lopez, les salió al encuentro el gobernador de Madrid, don Patricio de la Escosura, diciéndoles: "Pueden ustedes alejarse, porque el gobierno no ha de permitir que se lleve a cabo el acto que tratan ustedes de celebrar". Pocas horas despues fué dicho funcionario a casa del señor Güell a ofrecerle en nombre del gobierno la posicion diplomática que quisiera, con tal de que saliese inmediatamente de Madrid y olvidara a la infanta. El señor Güell le contestó que eso a ella era a quien tenían que exigírselo, pues como él nada había solicitado, nada podia hacer en el asunto. El señor Escosura*[200]*, que era amigo de Güell, se retiró, comunicó la respuesta al gobierno, y a las dos de la madrugada, cuando el señor Güell dormia tranquilamente, la policia abrió las puertas de su cuarto, lo sacó a viva fuerza de su lecho, lo metió en una silla de postas, que le aguardaba en la puerta de la calle, y acompañado de un teniente y de un guardia civil, sin decirle a dónde iba, fué conducido, sin detenerse en ninguna poblacion, al castillo de Santa Catalina de Cádiz, donde se le incomunicó y se le tuvo encerrado por espacio de cuarenta dias. El ministro de Inglaterra sir Henry Bulwer, amigo de Güell, intervino entonces cerca del gobierno, y a sus ruegos se puso en libertad al preso, que fué embarcado es uno de los vapores del Mediterráneo, con la órden de no poner los pies en tierra hasta llegar a Francia, á donde iba desterrado por dos años. Antes de terminar este tiempo, volvió Güell a Madrid. El infante don Francisco le escribió, para que fuese a Valladolid a casarse con su hija, diciéndole que le había pedido permiso para él a la reina; la cual, por conducto del marqués de Bedmar, envió una carta al señor Güell autorizándole para verificar su matrimonio con la infanta doña Josefa (carta de la que jamás, hizo uso, a pesar de todas las persecuciones de que fué víctima). El señor Güell llegó dos dias despues a Valladolid. Acompañado del coronel Pastor, del coronel Cascajares y del señor Capellán don Cristóbal Poyatos, aguardó al infante en un campo de trigo ya muy crecido y cercano a la población. El infante llegó con su hija, dejó en el coche a su servidumbre, y subió la pequeña cuesta para reunirse con Güell y sus testigos, quienes le aguardaban en la cumbre. El capellan leyó la carta de la reina, preguntó al infante si daba permiso a su hija para contraer el matrimonio, a los contrayentes si tenian voluntad para casarse, a los testigos si estaban dispuestos á serlo; y*

contestándole todos afirmativamente, el capellan bendijo al fin la proyectada union, y el matrimonio quedó realizado según dispone el Concilio de Trento. El infante dio un abrazo a su yerno, Güell dio un beso en la frente a su esposa la infanta doña Josefa, el padre y la hija bajaron tranquilamente a tomar su coche y reunirse con la servidumbre, y una hora despues Güell tomaba asiento en la diligencia y volvia precipitadamente a Madrid con objeto de poner en conocimiento de la reina que se había efectuado el enlace.

A la hora de la cena, doña Isabel refirió a los que la acompañaban lo que habia sucedido; alguno de los oyentes, al salir de allí, fué á contar el caso al presidente del consejo de ministros, don Ramon María Narvaez, y a las veinticuatro horas aparecia un decreto en la Gaceta, quitando los honores a la infanta doña Josefa por haber contraido un matrimonio desigual y sin consentimiento de la reina. Entre tanto, el señor Güell recibía una órden del gobernador para que saliera inmediatamente de Madrid. Güell tomó su silla de postas, y causado por el decreto de la Gaceta, dirigióse á Valladolid a buscar a su esposa, Al llegar a Palacio, fué introducido en la cámara del infante don Francisco, a quien acompañaban el gobernador de la provincia y dos gentiles-hombres. Después de los saludos de costumbre, el infante le preguntó qué iba a hacer á Valladolid. —Vengo a buscar a mi esposa la infanta Pepita, le respondió Güell. —Yo no sé que se haya casado contigo, le dijo el infante, todo inquieto y nervioso. El señor Güell, replicó entonces: —Si V. A. ha leído el decreto de La Gaceta, habrá visto cómo lo estoy. —Yo no sé nada, añadió el infante conmovido y fijando sus miradas en el gobernador y en sus gentileshombres. Güell comprendió que se ejercia notoria presión sobre el Infante, que jamás brilló por su entereza de carácter, y se retiró del Palacio en extremo disgustado y pesaroso. A la puerta le aguardaba el comisario de policia, el cual le dijo: —Tengo orden de hacerle salir a usted inmediatamente de Valladolid. —Eso lo verificaré mañana por la tarde, le respondió Güell, el cual se encaminó a la fonda, seguido del comisario. A la mañana siguiente recibió órden de presentarse a las once en Palacio. Comprendiendo para qué podria ser reclamada su presencia, escribió una solicitud dirigida al capitan general, a quien esperaba ver en la morada de don Francisco; solicitud en que demandaba justicia y la inmediata entrega de su esposa. Cuando llegó a Palacio se encontró al infante rodeado de las autoridades, a quienes leyó la petición que momentos antes habia redactado y que nadie quiso recibir. Entonces Güell manifestó que deseaba ver a la infanta para despedirse de ella, y una vez logrado su propósito, tomó de nuevo su silla de postas y voló a la Granja, donde se hallaba don Ramón María Narvaez, presidente del Consejo de Ministros, el cual se quedó sorprendido al verle entrar en sus habitaciones. ¿Por qué no está usted en camino de Francia? le preguntó el general antes de contestar al saludo que le hacía Güell. —Porque he ido a buscar a mi esposa y las

autoridades y el infante dicen que no estoy casado. —Señor Güell, le respondió Narvaez refrenando su cólera; vuelva usted á Valladolid, y al llegar á Palacio le entregarán a usted a su esposa.

Saludó Güell al general, dándole las gracias por su respuesta, y media hora después se puso en camino, habiendo llegado a la caída de la tarde siguiente a Valladolid. Las puertas del Palacio y las escaleras estaban desiertas; subió pensativo y llegó por aquellas soledades hasta el salón principal, donde estaba el Infante, que se echó en sus brazos, exclamando: —Telegrafía inmediatamente a Narvaez diciéndole que te he entregado a Pepita. Ha enviado un despacho a las autoridades poniéndolas como nuevas, y de resultas del telegrama el gobernador ha caido enfermo. Acto continuo llamó al gentil-hombre, dióle orden de que fuera a buscar a la infanta, y le dijo a ésta cuando se presentó: Hija mía, es necesario que te vayas inmediatamente con tu marido, porque no se puede jugar con Narvaez; era una maldad lo que querían hacerle. Como era hora de comer, se sentó Güell a la mesa con doña Josefa, su padre político y los gentileshombres; dos horas después, en su silla de postas, salió para Francia con su esposa»[cclix].

Una vez más las cosas habían salido mal y, aunque Pepita había contado con el permiso de su prima, el Gobierno había obligado a la soberana a retirarle su rango y sus honores de infanta por real decreto publicado en *La Gaceta de Madrid* el 28 de junio de ese año, en el que se aducía como argumento «*haberse casado con persona notable y manifiestamente desigual, y por haberlo verificado sin mi Real permiso*»[cclx]. La ceremonia se había celebrado el 14 de junio, como consta en los libros de la parroquia de San Martín y San Benito *el Viejo* de Valladolid, haciendo constar el párroco en el acta que el infante Francisco de Paula había mostrado una carta autógrafa de la reina otorgando su real permiso y añadiendo «*desposé de oculto y por palabras de presente que hacen y celebran verdadero y legítimo matrimonio*»[cclxi]. El novio constaba como caballero de la orden de San Juan de Jerusalén, lo cual hace suponer que desde tiempo atrás se movía en círculos aristocráticos[201], y como padrinos habían oficiado el capitán general de Castilla la Vieja, teniente general Atanasio Alesón, y su esposa Dolores Bonilla. No obstante, aquello generó un gran revuelo en la ciudad, pues la cuestión se había complicado todavía más por la presencia de Teresa Arredondo, la amante del infante, que se encontraba vigilada por órdenes del Gobierno.

«*En toda la presente semana* —escribía el corresponsal del diario *La España— no se ha hablado de otra cosa en esta ciudad, por las gentes de todas clases, que del asunto relativo al matrimonio de la señora infanta doña Josefa Fernanda, de que no se tenía noticia hasta que se vió en los papeles públicos el real decreto en que se la priva de su título y condecoraciones. Desde que llegó aquí esta resolucion de S. M. se han*

abstenido tanto S.A. el infante D Francisco como su señora hija de concurrir a los paseos y espectáculos, segun lo hacían antes diariamente. Todos creen estar informados del sitio, día y hora en que se celebró la ceremonia del matrimonio, designando cada cual uno diferente; pero la version que corre mas acreditada es que fue al aire libre, en la proximidad de la ermita de San Isidro, extramuros de esta capital, y como a mediados del próximo pasado mes de Junio. El Sr. Güell y Renté se presentó aqui hace unos seis dias a reclamar su esposa y llevársela a Francia, para donde parece que tenia pasaporte. Ha sido recibido por S.A. el infante y aun por su hija; pero esta parece que se ha resistido a seguirle, y que a su presencia y la de las principales autoridades, ha manifestado una y otra vez su resolucion de reclamar la nulidad del matrimonio, de todo lo cual se han extendido actas, dirigiéndolas al gobierno para que determine lo conveniente. Generalmente se cree que a la señora infanta la ha causado una gran impresión el real decreto en que se la priva de sus honores y consideraciones, y que este ha sido el motivo principal de no querer unirse a su esposo. En fin el señor Güell y Renté, cansado sin duda de insistir sin fruto a su solicitud, aunque algunos dicen que obligado por las autoridades, ha emprendido su viaje a Francia en la madrugada de este día. Otro suceso notable ha ocurrido en el intermedio, que puede considerarse como un episodio de esta especie de drama. Una jóven llamada doña Teresa Redondo, que vino aquí al mismo tiempo que SS.AA. que tenia frecuente acceso en Palacio, llamando con este motivo la atencion pública y siendo objeto de la crítica general, ha sido expulsada por este gefe político, dándola tan solo el término de dos horas para salir de la ciudad y dirigirse a esa corte, adonde ha sido conducida por un dependiente de policía, a las órdenes del director del ramo. Se cree que debe haber tenido participación más o menos directa en estas ocurrencias del matrimonio»[cclxii].

De repente, Pepita, orgullosa de una posición que no quería perder, se mostraba arrepentida y, cinco días después de la boda, su padre convocaba a la una del mediodía en el palacio real de Valladolid al capitán general de Castilla la Vieja, pues su hija quería «*manifestar ante él y las autoridades que no había contraído el matrimonio que se suponía con Güell*»[cclxiii]. Don Francisco decía estar contento con aquella decisión pero el capitán general, que había asistido a la ceremonia, no alcanzaba a comprender que el Real Decreto se hubiese expedido sin tenerse prueba alguna del casorio. A pesar de ello, escuchó de labios de la infanta su deseo de anular el matrimonio y, dos días más tarde, fue convocado nuevamente para escuchar otra vez de labios de ella que no quería alejarse del lado de su padre y que estaba dispuesta a dar cualquier paso necesario para ello, afirmando que se había casado por falta de reflexión y que el matrimonio no había tenido consecuencia alguna, puesto que ella y Güell se habían separado nada

más recibir las bendiciones. Es decir, que no había habido consumación. Aquel fue un encuentro sin testigos y el capitán general reportaba al secretario de Estado: «*me ha suplicado [la infanta] que no se le haga mal a Güell y que si [él] viene se le permita verlo en presencia de otras personas que se nombre para que de sus labios oiga esta determinación*»[cclxiv].

Finalmente, el día 6 de julio, Güell se personó en el palacio aduciendo que «*su matrimonio no podía anularse porque tenía todos los requisitos legales, y leyó un escrito en el que protestaba contra todo acto de coacción o violencia que se hubiera podido ejercer en la voluntad de la expresada Señora*»[cclxv]. Pepita le confirmó en persona que quería la anulación y él se marchó afirmando que iba a tomar el camino de Francia para dejar que ella procediese según su deseo. Abandonó Valladolid y es posible que ella marchase a Madrid para entrevistarse con su prima la reina, que el día 14 se pronunció diciendo que una anulación canónica no era de su competencia. ¿Coacción, irreflexión, deseo de conservar su rango? La documentación no arroja más información sobre tan singulares hechos, pero como resultado de todo aquel drama se llamó a Güell de regreso, y el día 21 de julio los esposos marcharon en silla de postas camino de París, con la única compañía de una doncella para ella, portando pasaportes expedidos al efecto en los que no constaba título o rango alguno[cclxvi]. El 1 de agosto, y tras haberse detenido en Bayona, llegaron finalmente a la capital francesa como don Francisco informaba por carta a la reina madre: «*La Pepita ha salido y deben estar ya en Paris, me ha escrito desde Bayona que era muy feliz*»[cclxvii].

*

En París alquilaron un elegante inmueble en el 36 de la rue de Longchamp, que era en palabras de Pepita una bonita casa con jardines, una espaciosa cuadra y con billar, piano y todo lo que necesitaban, en la que llevaban una vida bastante retirada, según ella misma informaba a María Cristina:

«*Me pide V. que he de ver soluciones, yo mi querida Tia soy muy feliz, me he unido a un hombre tan bueno que hace la delicia de mi vida a su lado nada estraño, solo la unión de mi familia, de quien me considero huerfana por que todo pasa a que me han olvidado, menos mi pobre padre de mi alma, el cual me entristece considerandolo tan solito, y sin ninguna de sus hijas en Valladolid. Aquí tengo una casa muy bonita en Long Champs, nº 36 […] por las tardes solemos salir a dar un paseo por París, recogiendonos muy tempranito, ya le digo a V. nada me falta, nada ambiciono, estoy contentisima pero necesito del amor de mi familia y principalmente de mi hermano Paquito a quien quiero con toda mi alma. Yo ruego a V. que interceda porque olvide el desagrado que ha servido con*

mi casamiento. Güell es un hombre bondadoso y muy bueno y él se hará digno con el tiempo del amor de toda mi familia»[cclxviii].

Al igual que su hermana Isabelita antes que ella, Pepita recurría a la reina madre para intentar regularizar su situación en España y evitarse un exilio que habría de durar dos años. Un deseo que también era el de su padre, que en diciembre, y sabiendo que ella ya estaba embarazada, se encomendaba de nuevo a la influencia de María Cristina escribiéndole todavía desde Valladolid: «*Pepita me escribió ayer y sigue bien en su embarazo, mas me dice le prueba mal Paris para sus nervios, y siempre me encomiendo a ti, yo te lo suplico, aunque lo veo ahora un poco dificil, mas siempre confiamos en ti, y que se le volvieran los honores*»[cclxix]. Intentos vanos, pues si bien la reina Isabel, de corazón compasivo, parecía dispuesta a mostrar clemencia, el escollo era Paquito que seguía muy molesto con su hermana. Para colmo de males, la monarquía francesa había caído en el mes de febrero a causa del proceso revolucionario de aquel año de 1848 que se extendió por toda Europa, y los Borbones de España ya no podían contar con el apoyo del rey Luis Felipe, que había marchado junto a los suyos al exilio en Reino Unido.

Con la llegada de 1849 y el avance de su embarazo, la infanta volvía a escribir a María Cristina diciéndole: «*Van adelantandose los dias de aquí a tres meses debe ser mi parto, si la Virgen me ayuda antes de que llegue ese tiempo, quisiera que el gobierno me permitiera ir a San Sebastian o a otro cualquiera punto de España, a tener mi hijo. Yo creo que no se negará a esto que es bien justo y si V. se lo pide mucho menos; así es, que confio que V. pedirá esto por mí, como si fuera una madre. Mi salud no es muy buena, tengo poca alegría porque me niegan su amor muchos de mi familia, a quienes yo quiero con toda mi alma, pero en medio de todo, soy feliz porque me hará dichosa mi marido, que es muy honrado y me quiere con todo su corazon. Ayer llegué a este pueblo de Bayona a donde estoy con mucho miedo porque hay epidemia de viruela, así es que desearía que el gobierno me mandara inmediatamente el permiso para ir a San Sebastian*»[cclxx]. Quería que su hijo naciese en suelo español para que no perdiese cualquier hipotético derecho que pudiera pertenecerle, pero la oposición del Gobierno era frontal. El matrimonio, con ella a punto de parir, se atrevió a entrar en España clandestinamente desde Bayona llegando hasta la localidad navarra de Valcarlos, donde finalmente dio a luz el 29 de mayo a su primogénito Raimundo, cuya partida de bautismo se dijo que fue mandada borrar por las autoridades de Madrid, si bien nos consta que existe.

Una semana después *El Clamor Público* desvelaba:

«*Escribo a Vds. para darles noticia de un suceso que ha llamado sumamente la atencion de esta villa, y que ha sido objeto de las simpatías de todos. Hacia algunos dias que en una casa del barrio de Pecoecheta*

habitaban dos personages con su servidumbre. Todas las gentes de los alrededores hacían comentarios de los recién venidos, sin que se pudiera saber quiénes eran: por fin, el dia 29 se descubrió el enigma, habiendo dado a luz la señora Infanta doña Josefa un niño que a las cinco de la tarde fué bautizado en la Iglesia de la villa. Inmediatamente que se supo que venian al bautizo, todas las gentes de la poblacion se prepararon a recibirlo: los niños y las niñas se vistieron perfectamente, y aguardaron a los padrinos para ir arrojando flores y tocando panderetas delante del recien nacido: a la entrada, cerca de la Iglesia, se hizo un hermoso arco de hojas y flores, por donde pasaron, y sin duda habia en la Iglesia y en los alrededores mas de mil y quinientos vecinos presenciando la ceremonia. Fué padrino del niño en nombre de S.A. el señor Infante don Francisco de Paula, su augusto abuelo, el señor don Pedro Aguirre, comendador de Isabel la Católica y ex-diputado a Córtes y provincial, a quien Vds. conocerán mucho por la gran influencia que tenía en la villa y valle y en toda la montaña de Navarra: estuvo presente al acto, el señor don Fernando Bezunartea, diputado provincial de Navarra, el señor alcalde, el escribano y todo el Ayuntamiento. Le han puesto por nombre al recién nacido Raimundo Roberto Jorge Francisco de Paula Antonio José Lorenzo Buenaventura. A la salida de la Iglesia principió la algazara y regocijo, y allí fué ella: el padrino comenzó a arrojar puñados de monedas a la multitud, y por cierto que con dos bautizos como este al año estaria muy contenta la poblacion. Parece que la vida de S.A. la señora Infanta ha estado muy espuesta por lo grave y laborioso del parto, pues hubo varios medicos en la casa los días 28 y 29; pero va muy bien, y dicen se dispone a regresar a Francia inmediatamente despues de su restablecimiento»[cclxxi].

Desde Valcarlos, donde hubo grandes regocijos entre la población campesina local, los Güell regresaron a Francia yendo primero a tomar las aguas a Biarritz, donde aún continuaban en septiembre a la espera de noticias. Pepita escribía suplicante a su tía al ver que su destierro se alargaba más de lo esperado: «*Señora, yo creo que si V. M. se dignase llegar con sus ruegos hasta los oidos de mi adorada Reina y Señora, ella hara estendida hasta nosotros su real clemencia. Yo no deseo mas que volver con mi familia a cualquiera de las provincias de la monarquia, y el favor que me haya puesto de V. M. no lo tornará nunca de mi corazon*»[cclxxii]. Pero en octubre parecía que María Cristina no tenía intención alguna de favorecer su vuelta a España y en noviembre decidieron regresar resignados a París. Al parecer, y siempre según la infanta, las autoridades de Bayona le habían remitido una nota en la que se decía: «*se conoce V. A. que sepa, S. M. la Reyna madre no quiere que ustedes vuelvan a España y mientras ella lo desea asi todo será inutil*». Algo de lo que ella se lamentaba en enero de 1850 a su tía, una vez que todo parecía ya más encaminado y la buena entente entre ambas se había recuperado:

«*No puede V. figurarse con tan tristes ideas que alegría me ha causado la de V. en que hace rezos a Dios por mi felicidad, la de mi marido a quien amo con todo mi corazon, y la de mi adorado hijo […] En Paris estamos sufriendo unos frios horrorosos. Hace veinte dias que está todo cubierto de nieve, yo me divierto muy poco porque V. sabe que vivo muy retirada sin tratar a nadie, por dos motivos; el primero porque Pepe dice que en nuestra desgracia no debemos tener amigos en un pais republicano, donde se ha desterrado a mi querido Tio Luis Felipe, y lo segundo por que me causaria dar verguenza si estando en alguna reunion llegase el Embajador de la España y me volviese la espalda sin saludarme, como lo ha hecho varias veces, dando lugar a que el publico creyera que yo no era la mujer, sino la concubina de mi marido, yo creo mi querida Tia, que por ser sobrina de V. y prima hermana de Isabelita [la reina], merecía algunas consideraciones, si a esto se une nuestra conducta ejemplar e irreprensible*»[cclxxiii].

Sin embargo, y a pesar de desplantes y de chismes de salón, su suerte parecía cambiar, pues en abril la prensa ya hablaba de su próxima vuelta a España para hacerla coincidir con el nuevo parto de la reina Isabel[202]. Hasta se hablaba de la posibilidad de conceder a José el exótico título de duque de Tamarindo[203], y también del regreso del infante don Francisco al palacio de San Juan, donde los Güell tendrían habitaciones propias. Pero llegado julio nada se había decidido y la prensa reseñaba: «*El día 7 del presente mes salió de Paris la señora infanta doña Josefa para Eaux Bonnes en el Pirineo. Nos aseguran que S.A. sufre mucho a consecuencia de una nostalgia contraida por los padecimientos morales que han combatido su espíritu y delicada complexion y que de dia en dia se va agravando su situacion hasta el punto de que en muy breve plazo podrá hallarse amenazada seriamente su existencia,. Los mas hábiles facultativos de la capital de Francia que asisten a esta desgraciada señora, son de opinion que solo haciéndola respirar el aire patrio podria contenerse el funesto creciente de su fatal dolencia*»[cclxxiv]. Las aguas de Chantes habían probado no ser eficaces para sus dolencias, y días más tarde un médico viajaba desde Madrid hasta Eaux Bonnes para valorar el estado de salud de Pepita (una gran hipocondríaca) que, de necesitarlo, podría finalmente regresar a España por razones médicas.

En medio de aquellos aconteceres, parece que Paquito cambió de opinión y decidió velar por la suerte de aquellos hermanos que se hallaban fuera de España (Isabelita, Pepita y Enriquito), cosa nada fácil viendo lo problemáticos que eran. Comunicó a su esposa su deseo de que pudieran entrar a España, y la reina lo hizo saber al Consejo de Ministros, si bien la decisión fue que el regreso debía de aplazarse para más adelante. El rey no se quedó conforme y fue necesario convocar un Consejo de Ministros extraordinario en el que se contó con su presencia. «*S. M. el Rey* —recogía la prensa— *pidió que se*

solemnizasen sus días levantando a los augustos príncipes el castigo incalificable que hoy sufren, devolviéndolos al regio hogar de sus mayores y al leal suelo de España»[cclxxv].

En esos días, la prensa empezó a preguntarse el porqué del exilio de estas infantas y de Enriquito y el diario *La Patria*, que hacía de oposición a Narváez, insistía en que consideraba necesario: «*no perpetuar en fin ese escandalo que damos a la Europa Monárquica con tener proscritos tantos de nuestros príncipes. Si después de ganadas unas elecciones casi por unanimidad, no nos atreviéramos nosotros a que los hermanos de nuestros Reyes volvieran a España, sabríamos en el lugar de los ministros, dejar el poder*»[cclxxvi].

Un ataque directo que surtió efecto pues, finalmente, en octubre se autorizó a los Güell[204] a entrar a España pero para instalarse por el momento en Valencia, donde el clima se juzgaba favorable para lo que parecía ser la frágil salud de Pepita. Desde Pau marcharon a la localidad francesa de Gelos donde, a decir de la prensa:

«*S.A.R. la Infanta doña Josefa de Borbon acompañada de su esposo, de su lindo niño, de su médico y de la mayor parte de su servidumbre, acaba de dejar la encantadora habitacion propia de Mr. Betteret, que ocupa como a una legua de esta ciudad. S.A. deja dulces y preciosos recuerdos en todos los alrededores, en los que ha distribuido abundantes limosnas, particularmente en Gelos, cuyo digno cura habia guiado á S.A.R. con un celo ilustrado en la distribucion de sus beneficios. La salud de S.A. está muy debilitada, y suplicamos al Todopoderoso haga que el hermoso cielo de España disipe todos sus sufrimientos. Multitud de personas, entre ellas muchos paisanos, asistian a la partida de S.A. y la despedian afectuosamente con las lágrimas en los ojos, deseándole un feliz viaje*»[cclxxvii].

La siguiente parada fue en Figueras, procediendo luego hasta Gerona y Barcelona, donde pernoctaron en la *Fonda Oriente* camino ya de la capital levantina[205] a la que llegaron, en silla de postas, el día 23 de octubre, alojándose en la fonda del *Cid*. Días después marchaban a casa del conde de Pinohermoso[206], mientras la prensa celebraba las múltiples muestras de generosidad y de caridad de la infanta, que escribía a la reina madre: «*Desde que entré en España me siento mejor, y creo que me voy a poner buena*»[cclxxviii]. Su salud mejoró rápidamente, dejándose ver por toda la ciudad donde desplegó todo tipo de prodigalidades entre los menesterosos[cclxxix]. Acompañados por el alcalde, los Güell visitaron la Sociedad Económica, asistieron a representaciones teatrales, conocieron a la nobleza local y llegado diciembre se anunció que él, muy interesado por la vida política, iba a presentarse a las nuevas elecciones municipales por Granollers.

A comienzos de enero de 1851 la familia alquiló la casa del conde de la Alcudia[207], en la plaza de Santo Domingo, que Pepita amuebló

elegantemente para «*figurar a la altura de su clase en la culta Valencia*». Pero andaba sin ánimos tal y como volvía escribir a María Cristina: «*Yo no le escribí a V. felicitandole por estas santas Pascuas porque desde la ultima carta que le escribí a Paquito, estoy mala doliendome otra vez el pecho, cosa que me tiene muy triste aunque estoy embarazada estoy muy delgada y no tengo mas pensamiento que en la muerte y en cosas muy tristes*»[cclxxx]. A ello se unían las malas noticias llegadas de Cuba sobre la familia de José, que también escribía a la reina madre para recabar su ayuda:

«*Señora, yo tengo una madre muy respetable porque tiene muchos años y muchas virtudes. Todos sus hijos estamos en Europa. Hoy la acompaña en la Habana, donde vive, su hija menor de diez y ocho años de edad. Su unica diversion es ir a la casa de sus hermanos, a donde el dia diez y nueve de noviembre del año que acaba de pasar, a las once de la mañana, han entrado once negros con puñales, arrojaron a tierra a su hermana, encerraron a todos sus criados, y acabaron por robar cuanto oro y objetos preciosos hallaron en la casa. Escaparon luego y el veinte y dos aun no se habían detenido más que dos de los ladrones. Este suceso ha acabado tanto a la pobre anciana, que yo suplico a V. M. se sirva hacer vuestra gracia de recomendarle al capitan general de la Ysla de Cuba, para que le preste apoyo y proteccion en cualquiera circunstancia que se presente. Señora, este sera el mayor favor que V. M. podra hacerme y yo se V. M. cuan discutible es que yo acuda a V. M. en un asunto tan sagrado para mi corazon*»[cclxxxi].

*

A pesar de su muy requerida presencia en Valencia, Pepita consiguió finalmente permiso para trasladarse a Valladolid, hacia donde marchó a comienzos de mayo dando un rodeo para evitar entrar en Madrid. En el camino recibió grandes muestras de afecto popular en poblaciones como Requena, Utiel, Caudete o Bonache de Alarcón, en las que la familia pernoctó, y el día 16 de mayo se instalaron en el palacio real de Valladolid, dándose a conocer su nuevo embarazo para el que Pepita solicitó el padrinazgo de los reyes. Paquito seguía sin perdonarla y la petición fue declinada pero sí aceptada por la reina madre y al duque de Riánsares, hecho por el cual el neófito recibió los nombres de Fernando José Cristiniano Francisco de Asís Roberto Lorenzo Buenaventura. El parto tuvo lugar el 4 de junio y estuvo asistida por el tocólogo doctor Saura, enviado desde Madrid por la reina Isabel. El bautizo se celebró solemnemente el día 20 de ese mes en la capilla del palacio, en presencia de las autoridades civiles y militares, vistiendo todos uniforme de gala. Un segundo hijo del que ella misma diría en carta a María Cristina: «*Fernandito no ha salido tan feo como Raimundo, me parece que tendrá*

muy buena fisionomia».

En julio, y para recuperarse del parto, la familia marchó de nuevo a Eaux Bonnes a tomar las aguas, pasando por Burgos y San Sebastián y parando un par de días en Valcarlos, lugar de nacimiento de Raimundo, donde todos fueron muy festejados por los valcarlinos. Luego, camino de regreso a Valladolid a mediados de septiembre, se detuvieron en Burgos en casa del capitán general, y la prensa recogía: «*Ayer anunciamos lo que se decia con respecto a la peticion hecha por la infanta doña Josefa, hermana de S. M. el rey, para que se le permita residir en el Pardo. Hoy podemos asegurar que su salud se deteriora mas cada día, y comienza a inspirar serios temores. Aquel clima, lejos de aliviar sus dolencias, las agrava visiblemente. No se comprende la fatalidad que pesa sobre esa rama de la estirpe real de España, destinada á servir de modelo de resignacion y de constancia á los que, como ella, tienen que apurar hasta las heces el cáliz del infortunio*»[cclxxxii]. Ciertos medios, que alababan su generosidad y su compromiso con los pobres, solicitaban que le fuese devuelto su rango pero, aunque ella escribía a su hermano y a la reina «*a fin de que se acaben mis penas*»[cclxxxiii], éstos hacían oídos sordos.

Además quería que a su marido le fuese concedida la Gran Cruz de Carlos III, pero solamente en julio del nuevo año de 1852, José pudo viajar a la corte para emprender negociaciones para el regreso de todos. Una gestión con poco éxito, hecho por el cual en verano marcharon a las playas de Santander hospedándose en la finca de don Ramón Solano Aibear, en la localidad de Cueto. Meses más tarde, en diciembre, don Francisco contrajo matrimonio con permiso de la reina con Teresa Arredondo, llevando a su familia un nuevo matrimonio desigual después de los de Isabelita, Enriquito, Luisita y Pepita. Una situación que no mejoraba el prestigio de un grupo familiar, en cuyo seno tanto Enriquito, todavía en el exilio en Francia, como Güell, eran grandes liberales deseosos de tomar parte activa en la vida política española. Así, en febrero de 1853, José salió elegido diputado a Cortes por Valladolid con 244 votos, cuando la prensa, y en particular la monárquica, aunque conservadora, seguía cuestionando las limitaciones a las que los Güell continuaban estando sujetos.

«*La infanta doña Josefa* —publicaba *La Nación*— *hermana del rey y prima de S. M. la reina, vive desterrada de la córte y privada de todas las consideraciones debidas a su alto rango, sin que al parecer haya habido motivos que espliquen dureza semejante por parte del gobierno. Casada, con el señor Güell con permiso de su reina, su conducta nada tiene de reprensible, antes bien es sumamente respetable, máxime si se atiende a que muchos príncipes y soberanos de Europa no perdieron nada de su rango, y antes al contrario, revelaron la grandeza de los sentimientos morales, al contraer enlaces fuera de las condiciones, de eso que se llama*

razon de Estado o exijencias de posicion. ¿Cuáles son, pues, las causas de una severidad tan perseverante como la de que está siendo víctima, esta desconsolada familia? ¿Por qué no se ha de devolver a la infanta doña Josefa el rango y los titulos de que está desposeida?¿Cree el gobierno que es justo y decoroso que la prima de nuestra reina viva en Valladolid en medio de privaciones que no sufren personas que pertenezcan a una clase regularmente acomodada? »[cclxxxiv].

Entre tanto, Pepita volvía a estar embarazada de un tercer hijo que nació el 28 de julio y fue bautizado Francisco de Asís María José Lorenzo en el palacio real de Valladolid, siendo esta vez padrinos los reyes, que se hicieron representar. El puerperio se complicó con fiebres y «*calenturas gástrico biliosas*» que se alargaron hasta el mes de octubre, cuando se le permitió viajar al convento de las monjas de Santa Clara de Tordesillas con la intención que mejorar su «*quebrantada salud*», que muchos achacaban a la tristeza por el alejamiento de su familia. Algo que inquietaba a su esposo, que salía en su defensa y en la de sus derechos, incluso en la prensa, al tiempo que ambos apoyaban enfáticamente las demandas de los liberales, que en febrero de 1854 salieron triunfantes tras la Vicalvarada que terminó con el gobierno moderado y dio el poder a los liberales. Un cambio de Gobierno muy celebrado por los Güell, aliados con O'Donnell y Espartero contra el gobierno de Narváez, y cuyos primeros efectos fueron el nombramiento de José como presidente de la Junta de Salvación de Valladolid, y el perdón a Enriquito que a fines de julio pudo regresar finalmente a Madrid. Días más tarde, el 30 de julio, Pepita y José llegaban a la capital siendo muy aclamados por haber tomado «*una parte muy activa en el alzamiento de Castilla la Vieja, y la Serenísima infanta ha contribuido, no poco, con la autoridad de su nombre, al triunfo de la causa liberal*»[cclxxxv].

Una llegada sin duda triunfal, que no quedó deslucida por la penosa muerte de Fernandito, el hermano de Pepita, a causa de los tumultos revolucionarios acaecidos en Madrid. Su viaje se hizo coincidir con la publicación de un decreto del día 31 de la Junta Provisional de Gobierno de la Provincia de Valladolid, por el que se le devolvían a ella los honores y la consideración correspondientes a los infantes de España. Un decreto que argumentaba la injusticia de su caso, habida cuenta de que no se había aplicado el mismo rasero ni al segundo matrimonio de la reina madre, ahora huida a Francia tras la quema de su palacio de Madrid durante la revolución, ni al viejo don Francisco. Un gesto que Pepita agradeció con una carta publicada en la prensa en la que expresaba: «*Cuando Castilla el 15 de julio alzó sus pendones, a su sombra me coloqué para partir con sus hijos el peligro; cuando Castilla me necesite, me hallará siempre llena de entusiasmo, dispuesta a contribuir con mis débiles fuerzas a su felicidad y*

engrandecimiento. Apartada en estos momentos de ella, ¡ojalá que mi débil voz pueda ser escuchada! Yo pediré siempre para los pueblos los beneficios que merece la cuna de la hidalguía y la tierra de los héroes de la libertad»[cclxxxvi].

Pero aún faltaba que la reina ratificase aquel decreto provincial, y la infanta se dirigió a su prima el 20 de octubre adjuntando un documento que probaba la existencia de su matrimonio canónico en Valladolid. Un escrito en el que afirmaba que en su momento se le había aplicado «*una Pragmática que estaba derogada por las costumbres, puesto que sucedieron antes de mi matrimonio los casamientos de S. M. la Reina madre Doña María Cristina de Borbón, de la Ynfanta de España hermana del duque de Luca*[208]*, de la Ynfanta Doña Isabel, y el de otros infantes*[209] *que por razón de ellos no quedaron privados de sus títulos y consideraciones*»[cclxxxvii].

Sin embargo, aquellos días de bonanza se nublaron por el fallecimiento de su hijito Francisco el 22 de agosto en Valladolid, estando el matrimonio todavía en Madrid, donde en aquellos días acogieron a Isabelita y a los Gurowski, que por fin regresaban a España[210]. Pepita estaba entregada a la causa liberal y se decidió a publicar en la prensa una carta pública dirigida a su hermano el rey, por la que instaba a la reina a que cediera el poder gubernamental a los generales Espartero y O'Donnell, como así sucedió, comenzando el bienio progresista.

«*Mi querido hermano* —le decía— *Dos propios te he mandado con cartas para la reina y para tí; han entregado las cartas en Palacio; y no los han dejado verte: no sé lo que te habrán parecido, pero te las he escrito con la lealtad y el amor de mi alma. Lo que te decia se ha realizado: por Dios, ahora antes que corra más sangre que Isabelita haga abrazar a Espartero y O'Donnell; que no haya mas que un partido en España; que todos juren obedecer y cumplir, como si fuera una ley de Dios, la Constitucion, y que unidos estos dos generales contengan la revolucion y salven el pais, porque si no va a correr mucha sangre, y a peligrar el trono de mi prima. Tu no puedes figurarte las infamias que se han hecho, escudadas con el nombre sagrado de la reina. Tu no puedes figurarte las violencias y los crimenes que se han cometido: solo asi se levanta una nacion entera como si fuera un solo hombre; y no creas que este levantamiento es contra el trono, no; es contra los abusos, la inmoralidad, la injusticia, la falta de respeto a todas las leyes que vosotros no sabeis, y de que sois inocentes, pues ni uno solo ha tenido valor de deciros el estado del pais*»[cclxxxviii].

Unas actitudes excesivamente liberales que no gustaban a don Francisco, que en diciembre escribía a su hija Isabelita: «*aquí estoy fastidiado […] con Güell no me gusta su compañía y a mas se las malas intenciones que me han dicho tiene; siguele la pista, y avísame de todo lo*

que sepas»[cclxxxix]. Fruto de aquellos hechos y de aquellas actitudes, el 4 de febrero de 1855, la reina devolvió finalmente a su prima y cuñada sus honores y su rango de infanta de España «*por su ejemplar conducta y por sus esfuerzos en favor de la Monarquía constitucional*», si bien sus hijos continuarían sin gozar de derechos de sucesión a la Corona. Una decisión muy celebrada en la prensa que la consideró «*un acto de justísima reparación*», al tiempo que en marzo las Cortes votaban una pensión anual y vitalicia de 6.000 duros anuales en favor Pepita y de sus hermanos a cargo del presupuesto de la Casa Real.

Momentos de grandes laureles para ella y para José, que ese mes de julio mandó a su amigo el pintor Antonio María Esquivel retratar a sus hijos Raimundo y Fernando en un bello cuadro de ecos bucólicos y pastoriles, que pone de manifiesto sus ideales liberales de raíz rousseauniana sobre la infancia y sobre la educación libre. Todo un alegato en las mismas fechas en las que mandó reeditar su libro *Lágrimas del corazón* en el que incluyó un poema dedicado a Raimundo, en el que glosaba: «*Y no adornes tu frente con laureles, la luz del amo sol nunca te vea, ridículo, vestido de oropeles, ni del poder llevando la librea*».

Ese verano la pareja volvió a Eaux Bonnes para tomar las aguas y para que Pepita, siempre presa de padecimientos psicosomáticos, fuese tratada por su médico Monsieur de La Roche. El 26 de julio fueron recibidos en la villa imperial de Biarritz por Napoleón III y la emperatriz Eugenia, que la colmaron a ella de atenciones, y desde allí marcharon a París donde se hospedaron en el Hotel de Londres, yendo a visitar a la reina madre y al duque de Riánsares, que por entonces habían alquilado al emperador de Francia el palacio de la Malmaison. En octubre, ya de regreso en Madrid, la infanta envió al alcalde de la ciudad 800 reales mensuales para el socorro de los necesitados mientras durase una epidemia que se había declarado, al tiempo que sus hijos eran nombrados cadetes de artillería. Pero un año más tarde, el color político del Gobierno volvía a cambiar dando por concluido el bienio progresista, y Pepita y sus hermanos Enriquito e Isabelita eran enviados por los nuevos poderes fuera de Madrid. A comienzos de octubre ella marchó San Sebastián con su hijo Fernando y dos personas de servicio tras:

«*Vender sus carruajes y sus caballos, con el objeto de atender a los gastos del viaje y de instalacion en San Sebastian […] esta virtuosa princesa, ajena siempre a intrigas cortesanas, ha permanecido en el tranquilo retiro de su ejemplar vida doméstica, consagrándose con especial cuidado a la educacion de sus hijos. Sus instintos y sus delicados pensamientos no se han alterado jamás; y lo mismo en el destierro que sufrió durante la última dominacion francamente moderada, que mientras ha permanecido en la corte, se la ha visto apacible y bondadosa*»[ccxc].

El bienio liberal había concluido, y viendo como otros notables liberales como Prim, Olózaga, Martos, Castelar, Fernández de los Ríos o Sagasta eran perseguidos, Güell, que se había quedado en Madrid, «*trajo una exposición para la reina, aceptada por el general Prim y Olózaga, para que doña Isabel II diera la amnistía, y el gobierno dejara hacer unas elecciones libres, donde el partido liberal luchara con las fuerzas que tenia en el pais, dándose, el gobierno a la mayoria. La reina le entregó la exposicion a Narvaez, el cual le dijo a Güell que si la publicaba, se veria en el caso de mandarlo a Filipinas; y lo mejor que podía hacer era volverse inmediatamente a Paris, lo que verificó aquella misma noche. Desde aquel momento, Güell dejó de tener comunicacion con la familia real*»[ccxci]. *Una posición que molestaba a su suegro don Francisco, que enfrentado por entonces con algunos de sus hijos escribía al duque de Riánsares desde La Granja: «Ya me ves otra vez en danza, pues he tenido que venirme a este Sitio con mi Esposa, para descansar de los disgustos que me dan Enrique y Güell, habiendome [ilegible] en pleito en los Tribunales, que la cosa es mia, mas es un horror que se porten de tal modo mis hijos: Ysabelita, Luisa y el Rey estan conmigo. [...] Tu conoces lo que son los Palacios y los aduladores*»[ccxcii].

El vehemente José había perdido su acta de diputado por Valladolid, pero ahora se decidió a abrir en Madrid un bufete de abogado en el piso principal del número 8 de la calle de San Quintín, afirmando querer dedicarse también a diversos trabajos históricos sobre la conquista de América. Una circunstancia que aprovechó para publicar su librito *Leyendas Americanas.* Entre tanto, Pepita continuaba en la ciudad donostiarra donde era cumplimentada por la buena sociedad local y adquiría una casa a la orilla del mar, pues su salud seguía dándole problemas como calenturas recurrentes, fruto, seguía afirmando la prensa liberal, de su tristeza y su melancolía al tener que verse apartada una vez más de la corte. Tanto era así que, a comienzos de diciembre, se le aconsejó abandonar un clima tan frío y tan húmedo permitiéndole el Gobierno buscar otra residencia a condición de que no fuera en Madrid. El día 7 de diciembre salió camino de Barcelona con destino Zaragoza[211], a donde ya había enviado a sus hijos, pero fue detenida en Tudela rumoreándose que finalmente se asentaría en aquella localidad navarra durante un tiempo.

En julio de 1857 los Güell se encontraron finalmente reunidos en Pamplona con intención de enviar a sus hijos a un colegio en Gran Bretaña, hacia donde marcharon vía París, donde la emperatriz Eugenia les invitó a comer en el palacio de Saint Cloud. Una estancia que se aprovechó para inscribir a Raimundo y Fernando en un internado parisino, pues en noviembre la pareja regresaba a Madrid habiendo dejado muy buenos recuerdos tras de sí en Navarra. «*He tomado* —escribía ella a la reina madre— *una casa de campo que*

llaman de la Ricamar fuera de la puerta de Sta. Barbara, y aquí me tiene V. viviendo aislada de todo el mundo hasta ver en lo que para todo. Cuando parió mi prima[212] *le escribí una carta a ella y otra a mi hermano felicitandolos. He ido dos o tres veces a ver a mi padre y no a Ysabel [Gurowski] ni a Elena [la esposa de Enriquito] que no se han dignado venir a visitarme, cosa que las agradezco mucho*»[ccxciii]. Y Güell escribía al duque de Riánsares, dándole parte de la reconciliación familiar que finalmente tuvo lugar en aquellos días gracias a un desdichado accidente:

«*El domingo en el Paseo de Recoletos frente del palacio de Salamanca se desbocaron las mulas a la señora infanta, temiendose le sucediera lo de la [marquesa de] Castelldosrius, se tiró del carruaje y cayó recibiendo un fuerte golpe en la cabeza y en todo el cuerpo. Porque Dios permite todas las cosas, la recibió en tierra el general Narvaez que pasaba el cual le prestó un buen servicio, levantandola de tierra a donde cayó sin el conocimiento que recuperó a los pocos momentos. Llamó el coche de la señora de Calderon el banquero que pasaba, y le rogó que la trajera a casa, pues el no se atrevia a venir. Luego el mismo detuvo el coche de las infantas para que le dijeran a S.A. el infante D. Francisco la novedad, y a los pocos momentos vinieron a casa donde ya se curaba a la infanta. Por la noche vino S. M. el Rey y muy cariñoso nos habló de las cosas pasadas y nos tendió la mano de amigo, recordamos los dias que la infanta habia pasado en Paris, la amabilidad de S. M. la Reina Cristina, lo buena que habia sido para nosotros y nuestros hijos, y concluyó la infanta diciendole que esta augusta Señora la queria muchísimo y yo le dije "Señor, estando yo muy enconado contra V. M. y hablando amargamente, y me dijo Güell es necesario que quieras y estés debidamente al lado de la Reina y del Rey, porque tener a uno es tener al otro, y asi tu debes ser para Paquito lo que eres para Isabelita, porque el Rey es bueno y si hace algo raro es porque alguno de los que lo rodean le daran algun mal consejo". Estuvo muy afectuoso con nosotros y se pasó a nuestro lado mas de una hora. Ayer vino S.A. la duquesa de Montpensier y su señor esposo, y todos los días viene S.A. el infante D. Francisco, de modo que las buenas relaciones de familia están restablecidas*»[ccxciv].

Una reconciliación que era más formal que real, pues ahora Pepita estaba enfrentada a Enriquito y a Isabelita mientras que su padre andaba empeñado en conseguir un título del reino para su hijo Ricardo, nacido de su segundo matrimonio. Así en marzo de 1858, la infanta volvía a escribir a la reina madre:

«*Pues por mi parte como siempre he pasado la época de los bailes sin ir a ninguno. Siempre en casa. Mi única diversión es ir al Retiro por las tardes y ver muy frecuentemente a papá, a mi hermana Cristina y a Luisita, pues a Isabel y a Enrique no he querido verlos ni los veré. Mi prima y mi hermano sé que me quieren mucho pero como a pesar de haber venido*

el Rey cuando mi caida no me há recibido luego, yo no he dado ningun paso para ello. De modo que aquí me tiene V. sin haber tenido el gusto de conocer a mi sobrino el príncipe de Asturias. Mi padre está muy agradecido a lo que V. se há interesado porque hagan grande a Ricardito, andan con tales vajezas y se arrastran al lado de los reyes como intrigantes tan grandes que dudo pueda mi pobre padre conseguir esto que es tan justo. En todas las cosas de mi vida yo confio en que se cumpla la voluntad de Dios»[ccxcv].

Llegado abril José, siempre defensor en sus numerosos escritos y artículos periodísticos de la unión del trono con los liberales, escribía a Riánsares:

«*Aqui nos acordamos mucho de ella [de la reina María Cristina] y no pasa dia en que haga conversacion en diferentes círculos. Enseñé a [el marqués de] Cortina el martes la carta que se dignó escribirle S. M. dandole las gracias por su defensa. Es un documento precioso que revela la grandeza de S. M. y el talento y generosidad de su alma. Sirvase V. de darle a la Señora, que aunque mi opinion es insignificante, la felicito por esa carta tan ingeniosamente escrita. Ahora se está en el Senado en la lucha de la estatua de Mendizabal, esta no debió ser cuestion, pero hay algunos hombres en el Partido Moderado que por dar a sus odas, son capaces de jugar el trono de la reina al ajedrez: esto tiene exasperados los ánimos y para mas entonar, no por amor, sino por otra cualquier pasion han causado el nombre de S. M. la Reina Madre en la discusion*»[ccxcvi].

*

En julio los Güell volvieron a París para visitar a sus hijos, de quienes se cuidaba la reina madre que en reciprocidad les había confiado los cuidados de su propio hijo Fernando Muñoz, que estudiaba en Valladolid y ostentaba el ducado de Tarancón[213]. Pepita había trabado buena relación con estos primos Muñoz y Borbón, y en particular con las chicas mayores Milagros y Amparo. Temeroso del manejo que los moderados, ahora en el poder, pudieran hacer del siempre frágil trono de la reina, Güell aprovechó su estancia en Francia para entregarse a la literatura, que solía ser su refugio, y en el mes de agosto publicó un librito titulado *Paralelismo entre las reinas católicas doña Isabel I y doña Isabel II*. Un trabajo en defensa de su cuñada, en el que intentaba adornar algunos acontecimientos del presente aprovechando la aureola de un pasado mítico, percibido como glorioso y aparentemente similar, aunque claramente distinto. Como escribe Juan Sisinio Pérez Garzón: *"Así, se justificaban, entre otros argumentos, la legitimidad sucesoria en la persona de una mujer, en medio de intrigas palaciegas; el matrimonio como cuestión de Estado; la nueva organización provincial, con la política de unificación emprendida por los Reyes Católicos; el ferrocarril con la expansión territorial, o el*

liberalismo, con la magnanimidad de la justicia"[ccxcvii].

Desde París el matrimonio marchó a Dieppe, donde se instaló en el Hotel Morgan para tomar los baños de mar en un viaje que duraría seis meses. A su regreso a Madrid, y mientras amueblaban su nueva casa, recalaron en el palacio de los duques de Medina de las Torres[214], cuñados de Luisita, en la calle del Almirante. Los Güell se entendían bien con los Riánsares, a quienes José asesoró entonces sobre la posible venta del palacio de la calle de las Rejas, propiedad de María Cristina, que había quedado destruido durante los levantamientos revolucionarios de cuatro años antes. Pero los enfrentamientos familiares continuaban tal y como refleja la amplia correspondencia de aquellos días, pues don Francisco se quejaba de los malos ratos que le hacía pasar Pepita y, aunque esta mantenía una buena relación con Luisita, seguía sin hablarse con Isabelita y con Enriquito. Todo posiblemente a cuenta de los dineros, ahora que los hermanos tenían que repartir sus futuros bienes con una madrastra y con su medio hermano, además de que ninguno había podido recibir aún ni un real de la herencia de la largamente difunta Luisa Carlota.

A fines de mayo, los Güell regresaron de nuevo a París para encontrarse con sus hijos, y en diciembre emprendieron un largo viaje por Italia visitando Milán, Florencia, Venecia y Roma, del que regresaron a España ya en julio de 1860 tras hacer una nueva escala en París, donde nuevamente fueron agasajados por los emperadores de los franceses. A fines de octubre volvían a estar en París para asistir en la Malmaison a la fastuosa boda de María Cristina Muñoz y Borbón, hija de la reina madre y marquesa de la Isabela, con el marqués de Campo Sagrado[215]. Sintiéndose muy a gusto en Francia, sus viajes allí eran cada vez más frecuentes, pues en enero de 1861 volvían a estar en aquella ciudad, donde alquilaron por dos años un bello hotel particular en el 10 de la rue d'Angouleme. En Madrid se sentían poco escuchados y su acceso al círculo íntimo de los reyes era escaso debido a las intrigas y al enrarecido clima político, tal y como José escribía a Riánsares: «*He estado un mes en Madrid, todo sigue alli su curso ordinario. No tuve el gusto de ver a mis reyes. Todos pueden besar sus reales manos menos nosotros, ¡Que desgracia! es imposible que podamos con la porcion de intrigantes que a su lado amargan y enfrian las relaciones mas santas de familia*»[ccxcviii]. Además, la salud de Pepita seguía siendo frágil, según ella escribía a la reina madre. «*He estado* — le decía— *cerca de caer mala de los bronquios y de la garganta. Este año Paris ha estado insoportable de frio y de nieve, en la cama estaba cuando ocupé la muerte de mi Tia, y de Montemolin y familia y me quedé muy anulada*»[ccxcix].

En esas la infanta volvía a estar embarazada, dando a luz a mediados de septiembre de ese año de 1861 en la capital francesa a

una hija, que fue bautizada Cristina y apadrinada por la reina madre y por Riánsares. Corría el año 1862 y Pepita continuaba en París, si bien José iba con frecuencia a Madrid a ocuparse de sus asuntos, ahora desde un nuevo despacho del nº 19 de la calle Infantas, desde el que volvía a escribir al duque:

«*Yo estoy muy triste, muy triste, aqui he venido por el bien de mi familia y cada dia que paso sin lograrlo aumentan mis penas. Cuideme V. mucho a la Infanta, vaya V. a verla de cuando en cuando y que alguna vez le lleven a V. a mis hijos para que amen bien a su augusta madrina y al bueno y querido amigo de mi corazon*[ccc] *[…] Hace algunos dias que por fin tuve la honra de ser recibido por SS.MM., me dieron muchas esperanzas sobre el porvenir de su hermana e hijos; esto me ha tranquilizado, hasta que llegue el dia de que se realizen para V. me encargaron mil recuerdos afectuosos […] Me pareció ver muy interesada a la reina mientras hablaba de su augusta madre y que yo tan desgraciado que temia cada palabra no decir algo que pudiera hacerlos caer de nuevo en la frialdad que tanto tiempo he entendido. Me fui de allí triste porque hubiera querido ser el balsamo que cura las heridas de todos*»[ccci].

En Francia continuaban manteniendo una buena relación con el emperador y la emperatriz, a quienes frecuentaban, y en agosto volvieron a los baños de Eaux Bonnes en los Pirineos, aunque en diciembre José volvía a Madrid donde asistió al entierro de Teresa Arredondo, la segunda esposa de su suegro, que había fallecido unos días antes que la duquesa de Sevilla, esposa de Enriquito. En 1864 se mudaron a una nueva casa llamada *Maison Vallin*, en los Campos Elíseos, pero los padecimientos de Pepita no se aliviaban y las disputas entre el matrimonio menudeaban. «*Mi muy querido amigo* —escribía él a Riánsares— *desde que recibi su ultima carta tan cariñosa y buena he pasado muchas penas. Que no he escrito en el papel porque contarlas no alivian y uno se parece a los animales, que cuando discuten el dolor lo revelan a gritos. Bastele a V. saber que de aqui sali a toda prisa para Paris, y alli como pude arregle lo desarreglado quedandome en el alma una herida profunda. Luego llevé a mi hijo Fernando, ahijado de S. M. la Reina Cristina, a Londres y lo dejé en el colegio de Oscott en Birmingham*[216] *y vine aqui a dar cuenta de todo a SS.MM. Muchas penas he pasado. Muchas*»[cccii].

Su hijo Fernando había marchado a Gran Bretaña y para junio Raimundo ya había ingresado en el colegio militar de Valladolid por deseo del rey. Pero Pepita volvía a estar enferma, tratada ahora por el prestigioso médico Nelaton, famoso por haber curado a Garibaldi. «*Ya principia a llegar la vejez* —escribía José a Riánsares —*, el tiempo pasa y aun no tengo mas que esperanzas, y yo estoy resignado […] Toda mi intelijencia la tengo puesta en ver como les consigo un buen porvenir, quisiera dejarle a su madre dos hijos que fueran su apoyo. Quisiera que*

estos niños con su virtud y su sabiduria fueran la dicha de su madre, si no lo consigo lo he trabajado sin descanso por realizar este pensamiento»[cciii].

El año 1865 comenzó con dificultades económicas, pues Pepita hubo de solicitar a Riánsares un préstamo de 3.000 francos y salió camino de Madrid para solicitar a Paquito que la sacase de aquel atolladero. Meses más tarde, y con aquellos dineros, marchó a Italia para mejorar su salud por lo cual no pudo llegar a Madrid para ver morir a su padre, fallecido en su palacio de San Juan el 13 de agosto. La estancia en Italia se alargó hasta fines de año, pero en la lejanía se mantuvo informada sobre la marcha de las cosas en España, pues en noviembre envió a Madrid 1.000 reales para los afectados por la epidemia de cólera. Meses después, en febrero de 1866, ya estaba de regreso en París donde se encontró con Enriquito y Luisita y, finalmente, el 21 de diciembre la reina decidió conceder a Raimundo el marquesado de Valcarlos con grandeza de España, aunque sin hacer constar su apellido Borbón en el decreto de concesión.

En julio de 1867 el nuevo marqués ingresó en el regimiento de caballería de Lanceros, estacionado en Alcalá de Henares, mientras en Francia su madre seguía gastando sin mesura lo cual inquietaba a su esposo que tuvo que mandar a Paquito «*una nota de las deudas de la Infanta para que tuviera la bondad de decirle al encargado de la testamentaria de S.A.R. el Infante D. Francisco que asegurase su pago antes que la Infanta (si se la deja hacer lo que quiera en lo adelante) contraiga deudas y compromisos que dificulten el pago de sus deudores*». Tales eran las dificultades que, no habiendo podido pagar las tasas que conllevaba la concesión del marquesado de Valcarlos a Raimundo, el título fue por el momento suprimido con el consiguiente disgusto de José que añadía en su carta: «*si la infanta fuera otra madre no le hubiera sucedido*»[ccciv].

Para entonces las cosas marchaban muy mal en la pareja, además de que las alianzas entre los hermanos habían cambiado, pues ahora Pepita y Enriquito, los dos más liberales, parecían entenderse muy bien. Una alianza que no gustaba en absoluto a José que se lamentaba de las mentiras que ambos hermanos esparcían por España.

«*He escrito* —decía a Riánsares— *a SS.MM. diciendoles que aunque su hermana quisiera volver a mi lado, yo no podria recibirla sin peligro de mi honra, que no tenia mas que mi honra y mi buen corazon, y que la infanta los habia herido mortalmente. Despues de tantos años de sacrificios y de sufrir toda clase de martirios, aqui me tiene solo y pobre en el mundo. He escrito a SS.MM. diciendoles que no puedo recibir huida su hermana de mi lado, ni su pension ni la que me daban para la educacion de mis hijos. Yo quiero que en todo conozcan la honradez y la delicadeza de mi corazon, y si la infanta y su hermano D. Enrique tienen conciencia alguna vez, les quitará el sueño la maldad que acaban de hacerle a un hombre de bien.*

Una mujer debil y viciosa puede faltar, pero un hermano sin entendimiento puede hacer una necedad, pero calumniar al padre de sus hijos, de una mujer eso no lo perdona Dios [...] Estoy sin saber que hacer, me falta de poder tomar consejo en esta grave situación. Aqui estoy con este pobre niño, con quien pienso mudarme el dia primero a un cuarto pequeño porque no tengo nada»[cccv].

Güell desconfiaba del problemático Enriquito, a quien el Gobierno acababa de quitar de nuevo su rango y consideración de infante que le había sido restituida en 1855, y también de la perniciosa influencia que ejercía sobre Pepita, que ahora hablaba hasta de un divorcio. «*Hay atrás de ella* —escribía al duque— *un miserable que cree que teniendola va a ser rico y para eso no se paran en barras que desgracia, Dios mio. No vale la honradez, la caridad, la prudencia, la humildad, nada, estos locos se rien de todo, harian la desgracia del Universo entero. Mire V. en la situacion actual, estos escandalos. Vamos, D. Enrique ha nacido para la desgracia de cuantos lo traten*»[cccvi]. Para colmo de males, Raimundo había sido arrestado en Alicante y conducido por un mes al castillo de Santa Bárbara «*por haber promovido un escándalo en su casa y en la de mujeres públicas*»[cccvii].

Al parecer Pepita y Enriquito habían viajado juntos a los Pirineos para tomar las aguas, contraviniendo los deseos de Güell, y de regreso de allí él la había dejado abandonada a ella en el Hotel Avrim de la Place Vendôme, negándose ella a regresar al domicilio conyugal. Noticias que llegaban a España y que hacían flaco favor a la familia real, ya puesta muy en entredicho en aquellos turbulentos meses previos a la revolución, que en breve derribaría el trono de doña Isabel. No obstante, meses más tarde, en mayo de 1868, Pepita asistía en Madrid a la boda en palacio de su sobrina la infanta Isabel, primogénita de la reina, con el príncipe Cayetano de las Dos Sicilias, mientras su marido marchaba a Gran Bretaña para sacar del colegio a su hijo Fernando, que ya hablaba cuatro idiomas, con intención de llevarlo al internado del Doctor Graus de la ciudad alemana de Dresde. Algo que Pepita vivía en la lejanía, ahora que se veía inmersa en la convulsa situación política de España que pasaba por un momento tan crítico que, en septiembre, una nueva revolución liderada por los generales Serrano y Prim y el almirante Topete, dio al traste con la monarquía y los Borbones de España hubieron de salir precipitadamente hacia el exilio en Francia. En la última batalla por la salvaguarda del reino, la del puente de Alcolea, Pepita tuvo la honra de ver participar a su hijo Raimundo, por entonces miembro del prestigioso regimiento de caballería de Húsares de la Princesa.

*

La Gloriosa no encontró a la infanta en España, pues cuando la

familia real española llegó finalmente a París allí estaba ella esperándoles en la estación. Güell aún estaba en Alemania, pero su hijo Raimundo sí se quedó en España instalado en el palacio Altamira con su tío el duque de Sessa. Sin embargo, no se sabe nada ni sobre los primeros años de aquel nuevo exilio de la infanta en París, ni sobre las andanzas de José, que tenía su propia visión de la caída del trono tal y como años más tarde expresaría en una carta publicada en la prensa.

«*Desde el año 57* —escribía—*, después de haber sido diputado en las Constituyentes del 54 y de haber defendido como pude con la espada en la mano la libertad de las Córtes, me alejé voluntariamente de mi pátria, haciendo votos por que llegaran para ella mejores dias. Dos años ántes de la salida de España de la reina Isabel habia cesado de dirigirme a S. M.; previendo lo que la iba a suceder, le aconsejé en un escrito que imprimi en París, y que llevé a Madrid, "que diera una amnistia general, llamara a Córtes, libremente elegidas por el país, y diera el poder a la mayoría política que resultara de ellas". Los ministros de aquella época me contestaron "que si publicaba aquel escrito me mandarian a Filipinas" y con su respuesta me volví lleno de pesadumbre a mi retiro de París, a esperar la catástrofe que antes de dos años anunciaba en mi escrito*»[cccviii].

A su llegada a Francia, la reina y su amplio y variopinto séquito se instalaron en el Pabellón de Rohan (un anexo del palacio del Louvre), siendo muy bien acogidos por los emperadores de los franceses y por la gran sociedad de París. Juntos conformaron una corte en miniatura compuesta por miembros de la familia, un nutrido grupo de fieles[217] y el inevitable Carlos Marfori[218], por entonces favorito y amante de doña Isabel, de quien había recibido el marquesado de Loja y ahora era jefe de su casa. Un círculo en el que de inmediato comenzaron a aparecer las desavenencias entre los reyes y las pequeñas intrigas al tiempo que, a pesar de sus graves diferencias, los Güell se afincaban en el 18 del boulevard Malesherbes, según consta en los documentos del registro civil de París. En breve doña Isabel adquirió residencia propia comprando un palacete situado en la Avenue du Roi de Rome, que fue denominado *Pabellón de Isabel* pero que el joven duque de Tamames bautizó pronto como *Palacio de Castilla*, en el que Pepita y José serían desde entonces visitantes habituales.

Un ambiente poco recomendable para un matrimonio mal avenido como el de la infanta, pues allí se enseñoreaban Marfori, el marqués de Cabra, el escritor y ex ministro Tomás Rodríguez Rubí y el turbio conde de Sanafé[219]. Un personaje, este último, al que Paquito llamaba «conde de Malafé» y de quien se decía que era «*un libertino poseedor de un garito, que vivía con alguno de sus truhanes en la Chaussée d'Antin y reunía en su timba al sector de la alta sociedad de París aficionado a la canalla*»[cccix]. Un puñado de personajes no carentes de ambición, y con intereses no siempre afines, y un entorno en el que algunos

influyentes, como el más sensato duque de Sesto, intentaban poner un poco de orden y de cordura dada, además, la atávica falta de fondos de la reina que era de una generosidad extraordinaria y no tenía la menor noción del valor del dinero.

« *[La reina]* —recuerda Julito Benalúa en sus memorias— *tenía, ante todo y sobre todo, como característica la bondad y la generosidad sin límites. Cariñosa en extremo, la recuerdo siempre con veneración en medio de todo lo triste de su desgracia, con el tranquilo sello de la Majestad, y tengo impreso hasta alguna vez que la vi asomar lágrimas de madre al abrazar al Príncipe su hijo, por la lucha que revelaba en lo íntimo de su ser, la abdicación de ser reina […] Soberana por naturaleza y atavismo de raza, habiendo hecho siempre su voluntad, es fácil concebir la batalla terrible que libraría en su espíritu entre los consejos interesados de Marfori y del Padre Claret, y los razonamientos sensatos del duque de Sesto, única persona que le decía la verdad, tan amarga a los reyes, sobre todo, en momentos creados a consecuencia de la Revolución y agravados por la actitud del rey Francisco*»[cccx].

Pepita sería desde entonces testigo de innumerables enfrentamientos y de continuas intrigas y escaramuzas en aquel circuito cerrado, apoyando siempre a su prima en sus continuos enfrentamientos con Paquito, que siempre giraban en torno a cuestiones crematísticas y relativas a la pésima gestión de la casa. A ello se sumó la pérdida de su hija Cristina Güell, la única que seguía en su compañía, fallecida el 16 de diciembre de 1869[220] y enterrada en el panteón familiar que sus padres adquirieron en el cementerio de Montmartre. Entre tanto en España se buscaba rey y uno de quienes se postulaban para conseguir la Corona era el duque de Montpensier, cuñado de la reina, que sostenía sus derechos en los de su esposa la infanta Luisa Fernanda.

Una situación que levantaba muchas ampollas en el seno de la familia y que el 12 de marzo de 1870 terminó en tragedia a causa de la muerte de Enriquito en duelo a pistola en Madrid con Montpensier, tras haberse él erigido en defensor del honor de doña Isabel, mancillado por la propaganda montpensierista. El cortejo fúnebre del infante fue presidido por el duque de Sessa y por Raimundo Güell, que por entonces cubría una vacante en el Consejo de Redenciones y Enganches. Una pérdida muy importante para Pepita, que estaba muy unida a este hermano irredento que dejaba cuatro hijos huérfanos y sin medios. Poco después, el 25 de junio, la reina abdicaba sus derechos dinásticos en su hijo el joven príncipe de Asturias, Alfonso, en cuyas manos se ponía el anhelo de restauración de la monarquía en España. Un acto al que no faltó la infanta y para cuya consecución había colaborado Güell, solicitado por la reina madre para que aconsejase a doña Isabel la abdicación, hacer las paces con

Montpensier y enviar al príncipe Alfonso a estudiar a Austria o a Reino Unido. José había insistido en que el acta de abdicación se remitiera a las Cortes españolas y se pusiese en un lugar seguro pero, como aquello no llegó a hacerse, a última hora prefirió no firmar como testigo.

En septiembre de ese año el Segundo Imperio francés cayó en pedazos tras la derrota de Francia ante a las tropas prusianas, y se sucedieron hechos tumultuosos en lo que vino a conocerse como la Comuna. La reina Isabel, insegura y temerosa de que el palacio de Castilla fuese bombardeado y saqueado, salió precipitadamente hacia Suiza en compañía de un séquito de sesenta personas en el que quizás estaban también incluidos los Güell. La singular comitiva emprendió entonces un largo y penoso periplo hasta instalarse en el Hotel de la Paix de Ginebra, que la soberana tuvo que alquilar casi al completo incurriendo en enormes gastos. Toda la familia real salió corriendo de la tumultuosa Francia y, mientras la reina María Cristina y el duque de Riánsares zarpaban hacia Gran Bretaña[221], Paquito y Ricardito (que desde la muerte de su padre estaba bajo la protección de este hermano) alquilaron una casa en el 9 de la rue de Marie Thérèse, en Bruselas, pues la Comuna les había pillado en su viaje de regreso de Viena y habían decidido recalar en Bélgica hasta que los aires se calmaran. Luego, cuando finalmente pudieron regresar a París en agosto de 1871, los dos hermanos y el fiel acompañante del rey y, según algunos, amante, Antonio Ramos de Meneses, se instalaron por su cuenta en un edificio del 7 de la rue Lesueur, propiedad de éste último, oficializándose la separación definitiva de los reyes.

A pesar de ello los enfrentamientos entre Paquito y doña Isabel continuaron siendo frecuentes, por desencuentros en relación con los dineros, hasta que, finalmente, el 9 de mayo de 1874 ambos acordaron firmar en París una escritura pública por la que ella se comprometía a concederle una dotación anual de 150.000 francos para su manutención y para la asistencia a sus numerosas necesidades[cccxi]. Enredos familiares a los que en nada fueron ajenos los Güell pues por entonces, y según el marqués de Mendigorría[222], a la reina se le había ocurrido ahora la peregrina idea de casar a Raimundo con su hija la infanta Isabel, que acababa de enviudar tras el suicidio de su esposo el conde de Girgenti.

Al parecer la reina y el influyente Marfori habían cobrado un gran afecto al hijo de Pepita, a quien quisieron nombrar ayudante de campo del príncipe don Alfonso, si bien nada se llevó finalmente a término por la clara y cuerda oposición de Montpensier. Todo ello en momentos en los que los Güell andaban de nuevo cortos de fondos, pues dos años antes Raimundo había orquestado en París una gran venta en subasta de objetos históricos familiares. Un total de 92 piezas

de orfebrería de los siglos XVI, XVII y XVIII entre las que destacaban un Goya y un Fragonard, amén de tabaqueras, esmaltes, mármoles, bronces, tapices, objetos en cristal de roca y porcelanas chinas y japonesas[cccxii].

En esas, Paquito se decidió a publicar en *El Diario Español* una carta contra Güell, en la que calificaba de perniciosa su influencia en el entorno de la reina. Al parecer José había mantenido contactos con el general Serrano con vistas a favorecer la restauración de la monarquía, pero siempre bajo la idea de que el nuevo rey habría de serlo en base a los principios de la Constitución de 1869[cccxiii]. Por tanto proponía que la reina declarase nula su abdicación y despidiera al fiel duque de Sesto, que era quien había puesto límite a la entrada de su pretencioso hijo Raimundo en el palacio de Castilla. Además, y como buen liberal, mostraba una firme oposición a que el proyecto restaurador fuese liderado en España por Antonio Cánovas del Castillo que tenía claros intereses esclavistas en Cuba[223].

Buen conocedor de la isla en la que los suyos habían medrado, pues una de sus hermanas se había casado con Julián Alfonso y Mádan, hermano del hacendado conde de Canimar, la idea de la persistencia de la esclavitud levantaba ampollas en José, que siempre lucharía contra los malos tratos ejercidos sobre la población negra. Finalmente, y para su desgracia, sería Cánovas quien sacase adelante la restauración, que eclosionó en enero de 1875 cuando Alfonso XII fue proclamado rey ante las Cortes con grandes apoyos. Una situación que, paradójicamente, supuso para los Güell un gran alivio económico pues de inmediato él marchó a España para gestionar que el Gobierno devolviese a su mujer y a sus hermanas las pensiones de las que habían gozado en tiempos de la monarquía isabelina. «*Güell* —escribía Paquito a Isabelita— *es infatigable en ese negocio y no pierde paso para conseguirlo*»[cccxiv].

En julio de ese año su hijo Fernando fue nombrado tercer secretario de la embajada de España ante la Santa Sede, y en septiembre terminó por fin la privanza de Marfori en la corte del palacio de Castilla, convirtiéndose en jefe de la casa de la reina su nuevo favorito, el sevillano José Ramiro de La Puente y González Nandín, por entonces propietario del castillo de Savigny-sur-Orge y portador del dudoso y rimbombante título de marqués de Alta Villa Casale Monferrato del Piamonte. Un hombre pretencioso que, devenido nuevo amante de la reina, iba a generar incontables problemas en su entorno que quedaron patentes cuando, en 1876, la soberana se empeñó en llevarlo consigo en su primer viaje de vuelta a España desde el inicio de su exilio. Una privanza en el ánimo de la reina y en la corte chica del palacio de Castilla, que no iba a mejorar en nada el ambiente de pequeñas intrigas que allí reinaban y al que no eran ajenos los Güell.

Por ello el joven y ambicioso Raimundo, que desde mayo de 1876 era agregado militar de la embajada de España en París, no iba a tardar en entrar en colisión frontal con él, pues el favorito había convertido la casa de la reina en un desastre administrativo y en un lugar de dudosa reputación en el que menudeaban el citado conde de Sanafé, un amigo de este llamado Ruete, que era socio de la bancarrota del banquero José Buschenthal, y otros facinerosos.

En Madrid se temían aquellas intrigas, además de que circulaba el rumor de que durante la estancia de la reina en España se había organizado en los bajos del palacio una oficina de libelos contra Antonio Cánovas y contra el propio rey Alfonso, supuestamente redactados por José Güell y por Ruete, que al final no habían cobrado de Puente lo que éste les había prometido. Una situación que de ser cierta podía generar un gran escándalo y que, en diciembre de 1877, terminó con un sonoro altercado entre Raimundo y Puente que para mayor vergüenza se aireó en la prensa francesa. Al parecer, el marqués de Valcarlos formaba parte de la banda de amigotes de Sanafé, y era él mismo quien había comenzado a filtrar a la prensa aquellos hechos tan poco edificantes sobre la vida íntima en el palacio de Castilla. Se decía que hasta había escrito una carta en la que manifestaba su propósito de conquistar a su tía la reina, de convertirse en su amante y de manejarla a su antojo, y que su padre era quien andaba ofreciendo aquella carta a los diarios parisinos.

En su defensa, Raimundo afirmó que Puente era el verdadero autor de aquella carta con el objeto de destruirle, y se jactó de estar dispuesto a atravesarle de una estocada en un duelo a florete. Acto seguido Puente entregó a la prensa una nota contra Raimundo, cuyos padrinos fueron a aporrear los portones del palacio, diciendo estar dispuestos a acabar con él a palos sin necesidad de duelo alguno. Finalmente se convocó a la prensa, se hizo desaparecer algunas de las cosas publicadas, José Güell tuvo que intervenir, el favorito se disculpó y todo se resolvió entre los padrinos de uno y otro gallito, evitándose el duelo y que corriera la sangre. Quizá por eso, desde Madrid se dio autorización a Valcarlos para abandonar Francia y pasar unos meses en España, donde poco después de su llegada se entrevistó con Antonio Cánovas antes de marchar a su nuevo destino como agregado militar de la embajada española en Bruselas.

La situación llegó a tal punto por los deseos de protagonismo de Puente, que las autoridades españolas decidieron dejar de tratar con él, entendiéndose en su lugar con don Martín Belda, el citado marqués de Cabra, que como apoderado general de la reina la había acompañado en su viaje a España. Además, y a espaldas de doña Isabel, el favorito se había apoderado de documentos altamente comprometedores para ella con los que no tardó en intentar

extorsionar al gobierno de Madrid para su propio beneficio. De ahí que, a comienzos de 1878, Cánovas solicitase su detención a la policía francesa, para gran disgusto de la reina que se vengó de ello no asistiendo en Madrid a la boda de su hijo el rey con la infanta Mercedes, hija de los duques de Montpensier, y manteniéndole en la jefatura de su casa hasta 1882[224].

*

Pepita, cuyo papel en aquellos manejos se desconoce, continuaba residiendo en su casa del boulevard Malesherbes, pero por entonces parece desaparecer de las crónicas de aquellos años, aunque continuaba gozando de la intimidad de la reina, fruto de la cual fue la creación para su hijo Fernando del marquesado de Güell, que le fue concedido el 24 de octubre de 1877 sin Grandeza de España anexa[225]. Si bien, y como en el caso de Raimundo, su apellido Borbón no fue incluido en la carta de concesión. Un año más tarde su hermano mayor fue nombrado comisario de España en la Exposición Universal de París, inaugurada en mayo de 1878, y un mes después José Güell escribía una oda a la reina Mercedes, la joven esposa del rey Alfonso que acababa de fallecer, que comenzaba diciendo: «*Yo la amaba también como las flores aman a la risueña primavera; la amaba, como aman los pastores, su choza, su ganado y su pradera*». Todavía muy comprometido con la vida política, Güell vivía entre Madrid y París, había vuelto a ser candidato por Valladolid del Partido Liberal, había publicado en París un nuevo libro titulado *Philippe II et don Carlos* y, tras la Paz de Zanjón firmada en Cuba en 1879, fue nombrado senador por la isla. Muy activo en su quehacer político y literario, al tomar asiento en el Senado declaró: «*que dejaba de pertenecer al antiguo partido progresista, para unirse al partido posibilista; y declaró también a su jefe el señor Castelar que estaba incondicionalmente a su lado; reservándose solo su libertad de acción en los asuntos referentes á la isla de Cuba y a sus necesidades, que conocía perfectamente*»[cccxv].

Su actividad parlamentaria fue grande, pues en aquellos años presentó en el Senado un proyecto para la abolición de la esclavitud en Cuba, defendió con energía los intereses cubanos pidiendo que se aplicaran allí la Constitución y las demás leyes de la metrópoli, solicitó la abolición de cepos, látigos y grilletes, y promovió un proyecto para la organización y edificación de la nueva Universidad de La Habana, que fue votado y puesto en marcha. Desde las filas del posibilismo progresista, consideró firmar un acuerdo comercial con los Estados Unidos facilitando la bajada de aranceles aduaneros a los productos cubanos con mayor demanda, como el azúcar o el tabaco, fue miembro de las Sociedad Abolicionista Española, abogó por una mayor libertad de prensa en la isla y, en su deseo de terminar con la

lacra de la esclavitud, propuso indemnizar a los esclavos liberados con algún dinero con el que poder rehacer sus vidas, así como la creación de juntas de libertos. Aún viajaba con frecuencia, seguía entregado a la literatura, pues en 1881 publicó un recopilatorio de poesías, y en abril de ese mismo año ganó en París un pleito a los prestigiosos joyeros Mellerio, que tuvieron que indemnizarle con 8.000 francos por los daños causados por la deficiente reparación de una espada de gala y de pedrería, que él había vendido al vizconde de Saint Louis, procedente de la testamentaría de su suegro[cccxvi].

Una suma con la que quizá pudo contribuir a la próxima boda de Raimundo, en momentos en los que también luchaba con fiereza para que a éste y a Fernando les fuese reconocido el apellido Borbón, tanto en los viejos decretos de concesión de sus títulos nobiliarios como en otros ámbitos civiles. Con esa intención, el 29 de mayo de aquel año de 1881, hizo publicar en la prensa una carta dirigida a él por la reina Isabel, en la que ésta le reconocía de forma explícita: «*quiero que sepa el gobierno y todo el mundo, que yo te di mi real permiso para que contrajeras matrimonio con mi muy querida prima la infanta doña Josefa Fernanda de Borbon, y a ella tambien. Y lo hice, porque así me lo pidió encarecidamente mi querido tío y padre político el infante don Francisco de Paula Antonio, que asistió a la boda de su hija, que tuvo lugar en Valladolid*»[cccxvii].

Una reclamación que consideraba una cuestión de honor y que en breve tendría como resultado una nueva concesión de los marquesados de Valcarlos y de Güell en la que, por orden del rey Alfonso, se hizo constar finalmente el apellido Borbón de los concesionarios[226]. Poco más tarde, en noviembre, Raimundo solicitó al rey permiso para contraer matrimonio y, recibida la prescriptiva autorización, el 20 de diciembre firmó su contrato matrimonial con Antoinette Laura Alberti Caro. Una joven que había nacido en mayo de 1863 en Constantinopla, donde su progenitor era por entonces administrador de la Banca Otomana, y de quien se decía que aportaba tres millones de francos como dote al matrimonio, pues su padre era un rico banquero llamado Martin Alberti socio de la prestigiosa firma *Alberti Oppenheim et Cie* y residente en el 37 de la elegante avenue Hoche de París.

La boda se celebró con la bendición del cardenal Czaqui, siendo los novios apadrinados por los reyes Alfonso e Isabel, representados por el marqués de Guadalcázar, y el 22 de diciembre el nuevo matrimonio y sus respectivos padres marcharon al palacio de Castilla para almorzar con la reina Isabel. Una boda conveniente para Valcarlos, por entonces residente en el 6 de la rue de Vezelay, que le aportaba buenos dineros amén de buenos contactos pues una de las hermanas de su esposa, Elisa, estaba casada con el conde Guillaume de Bremond d'Ars y otra,

Angèle, con el conde Henri de la Cornillère. Él ya había regresado a París desde su puesto en Bruselas (donde había recibido la orden de Leopoldo), y este matrimonio le permitió entregarse a lo que aquella conocida cronista de sociedad que era la marquesa de Fontenoy denominaba «*una vida extravagante*», que pronto agotaría la paciencia y la generosidad tanto de su esposa como de su suegro.

Poco después su padre, que veía como su proyecto de construcción de la nueva universidad de La Habana no acababa de ponerse en marcha, decidía regresar a su Cuba natal tras 40 años de ausencia. Enfermo, pero activo y patriota, aunó las voluntades de las autoridades locales y universitarias y consiguió poner la primera piedra del edificio, construido sobre unos terrenos del Estado a la entrada del puerto y frente a la fortaleza del Morro. Gran orador y profundamente liberal, aquel día pronunció un discurso sobre la igualdad de los derechos humanos, la liberación de las razas, la libre expansión del pensamiento y los frutos fecundos de los progresos sociales. Muy reconocido en ciertos medios de prensa y en círculos intelectuales y liberales, en aquellos días el diario *El Globo* le glosaba de los siguientes términos:

«*Güell hizo su viaje de ida y vuelta en tres meses; y hoy se ocupa de que se terminen los planos que han de servir para la edificacion de la Universidad, a fin de que sean luego aprobados por el gobierno. Las palabras de Güell en la Habana han sido siempre de conciliación, atribuyendo todos los bienes que iba a producir la Universidad a la madre pátria; así es, que los hombres de todos los partidos lo han rodeado para que pida en las Córtes lo necesario a la felicidad de la isla, que está pasando en estos momentos por una terrible crisis. Güell, como político, es un hombre de convicciones sólidas, de gran energía y honradez: habla con facilidad, es lógico y muy conciso en sus discursos, en los que evita los giros poéticos. Como escritor tiene estas mismas cualidades; y como poeta tiene mucho sentimiento, y sus versos son amorosos y están llenos de ternura. Aun a la edad con que cuenta, parece dominado por las pasiones de los veinticinco años. Ha escrito un libro histórico, Felipe II y don Carlos, cuya edición de 1.800 ejemplares se agotó en muy poco tiempo; ha escrito en París muchas novelas en francés, de las cuales las más interesantes son: Catherine & Ossema, Neludia, Les deux folies, algunas de las cuales se han publicado en el folletín de la prensa madrileña. El carácter de Güell es taciturno; su espíritu penetrante, enérgico, sufrido y siempre lleno de intención. Ve con rapidez, conoce el corazón humano y tiene una paciencia admirable para realizar sus proyectos. Es modesto, sobrio, indiferente a las vanidades sociales. Entre opresores y oprimidos está siempre al lado de los últimos. Tiene un alma compasiva, y ama como si tuviera 25 años. Su vida es bastante aislada; le gusta el silencio y la soledad; tiene pocas necesidades, y su actividad es febril; se acuesta a las cuatro de la madrugada y se levanta a las ocho de la mañana, y pasa su vida leyendo. El desgraciado no toca nunca en balde a su puerta. Sus amigos le quieren entrañablemente. Cavour. Girardin, Lamartine, Mory, Thíers, Gambetta, Sterbiui, Quintana, Prim, Castelar y la mayor parte de los poetas, escritores, músicos y escultores de la Europa moderna, han sido o son sus amigos. Ha tenido grandes tristezas en su vida privada, y antes de que*

llegaran los sucesos los había presentido en un libro que publicó titulado Nieta de rey»[cccxviii].

Entre tanto, Pepita continuaba oculta para la crónica social a pesar de seguir participando de la vida de su prima la reina, que en 1882 se vio obligada a desembarazarse de Ramiro de La Puente[227] por presiones directas del rey Alfonso y del gobierno de Madrid. Su tendencia a las caridades, y su reconocida generosidad, le habían llevado de nuevo a contraer gruesas deudas, a pesar de la venta de su castillo de Fontenay-Trésigny, de joyas y de objetos valiosos hecho que forzó a que desde Madrid se le impusiese, como jefe de su casa, al prudente marqués de Villasegura[228] que puso en práctica una administración germánica, apartó a numerosos parásitos y en los años siguientes mejoró notablemente sus finanzas. Por lo que respecta a Paquito, tras el fallecimiento en 1882 de su querido Meneses[229] se había trasladado al vivir al palacio de Épinay-sur-Seine, que su hijo el rey Alfonso había comprado al marqués de Terrail y que él usufructuaría hasta su propia muerte.

*

Ese mismo año de 1882 trajo la alegría de la boda en noviembre de Fernando Güell, ya marqués de Güell, con su prima hermana la cubana María Josefa Teresa Alfonso Güell, nacida en La Habana en 1862, huérfana de padres y residente junto a su tío el conde de Canimar en el 1 de la rue de Berri. El joven diplomático, que había compartido casa con su hermano en el 6 de la rue Vezelay, era por entonces secretario de la embajada de España en París y había recibido el collar de la prestigiosa orden francesa de la Legión de Honor. El matrimonio se celebró en París en presencia tanto de su padre, que aún mantenía la casa del boulevard Malesherbes, como de Pepita que en algún momento había tomado casa propia en el 39 de la rue de Lisbonne, donde pasaría el resto de sus días. Un enlace con la familia paterna procedente de Cuba, donde por entonces el ministro español de Ultramar había mandado liberar a 40.000 hombres que permanecían en un estado de semi-esclavitud tras las presiones reiteradas de Güell. Meses más tarde el rey Alfonso, ya casado en segundas nupcias con la archiduquesa María Cristina de Austria, llegaba a París camino de Alemania y era recibido en la estación por Raimundo y por Fernando.

Llegado 1883, Pepita se encontró de nuevo atrapada en grandes dificultades financieras y se decidió a escribir en francés a su hermana Isabelita, que por entonces se encontraba en Madrid. «*Se* —le escribía — *que tienes influencia y que ves a nuestro sobrino el rey, y por tanto vengo a rogarte que me hagas un favor. Necesito dinero. Di a Alfonso que me envíe mil o dos mil francos […] Sabeis perfectamente que no recibo mi*

pensión y que no he recibido nada de mi padre»[cccxix]. Aún no había percibido nada de cuanto le había correspondido en la partición de la herencia paterna, que le asignaba más bienes muebles e inmuebles que dinero líquido, pues finalmente le había correspondido el derecho a medio diezmo de las tierras sujetas a inundaciones del río Riánsares, la séptima parte de los bienes del difunto don Francisco en Segovia, una sexta parte de las alhajas y numerosos bienes muebles procedentes de Aranjuez. Un capital difícil de convertir en líquido y que debió de llevarla a emprender una política de ventas de aquellos bienes ubicados en la lejana España.

Entre tanto Güell, en su calidad de senador y ahora como representante de una delegación aragonesa, se entrevistaba en octubre de ese año con el presidente de la república francesa, Jules Grévy, para solicitarle la creación de una comisión encargada de fijar el punto concreto en los Pirineos por el que habría de pasar el túnel del ferrocarril que uniría Francia y España. Fruto de aquellos y otros empeños, en diciembre de 1884 recibía en París la Legión de Honor, por haberse ocupado siempre, según la prensa francesa, «*en el Senado español de la defensa de Francia. Ha publicado numerosos trabajos en prosa y en verso, entre otros sobre Felipe II y don Carlos, últimamente un estudio sobre los restos de Cristóbal Colón. Este interesante trabajo tiene como objetivo probar que los restos del gran aventurero no se encuentran ni en la isla de Santo Domingo ni en la catedral de La Habana, y que se ignora que ha sido de ellos*»[cccxx]. Gran amante de Francia, desde allí viajó de regreso a España para asistir a una sesión del Senado y donde le llegó la muerte, falleciendo en Madrid a las 7 de la tarde del 19 de diciembre a los 66 años. Su cuerpo fue enviado a una casa mortuoria del 89 de la calle Hortaleza, y desde allí conducido al cementerio de San Isidro acompañado por una comisión de miembros del Senado, todo ello sufragado por su hijo Valcarlos que llegó a Madrid el 22 de diciembre para tomar posesión del archivo de su padre[cccxxi]. Las prensas española y gala se hicieron eco de su fallecimiento y la prestigiosa *Ilustración Española y Americana* destacaba sus numerosas colaboraciones con aquel medio, sus intervenciones en el Senado y su carácter opositor a lo establecido pero siempre con criterio propio.

No sabemos cómo Pepita vivió aquella pérdida, pero continuó viviendo en la opacidad más absoluta pues, según las crónicas, no parece que nunca regresase a España, ni se encuentran registros de sus posibles viajes a los países en los que sus hijos sirvieron en cargos diplomáticos (Bélgica, Reino Unido, Suecia, Portugal), pues ahora Fernando era secretario de la embajada de España en Londres. Vivía sola y con pocos medios en su casa de la rue de Lisbonne, pero en enero de 1887 la prensa española daba algunas noticias sobre ella, al glosar la figura de su difunto esposo. Unas informaciones que el

periódico *El Día* tomaba de la publicación francesa *Matinées espagnoles* en la que un misterioso *barón Stock* había escrito:

«*Todo el mundo ha conocido más o menos a Güell y Renté. Era un poeta sin talento, aunque un hombre excelente, pero sin consistencia y cuya nota principal era un amor propio inconcebible que nada justificaba. Ya viejo, abarrotaba los periódicos con sus malas novelas y con sus peores versos. Huido por las mujeres, a cuyas doncellas perseguía, habría vivido absolutamente aislado de no ser por la buena voluntad de Madame Buschenthal*[230]*, que continuó siendo su amiga aunque únicamente porque ya lo había sido cuando él era menos desagradable. Con un marido semejante, que vivía con gusto entre los más bajos fondos de la sociedad parisina y dejándose enredar en asuntos industriales a menudo de la peor calidad, es sorprendente que la infanta Josefa no haya cometido más errores y más excentricidades de las que se la acusa*»[cccxxii].

Un retrato que contrastaba poderosamente con la imagen que se había dado de la figura de Güell en la prensa española. Pero pronto se supo que el *barón Stock* era el nombre de pluma de la intrigante Madame Ratazzi, la misma que por aquellas fechas había alquilado una parte del palacio de Altamira al duque de Sessa. De ahí que la reacción de sus hijos fuese inmediata, pues llevaron a la Ratazzi a los tribunales en Francia consiguiendo 200 francos como compensación y una condena de quince días de prisión. No obstante, habladurías de aquel tipo nos dan una idea de los difíciles años finales del matrimonio de la infanta pues, aunque aquellos rumores fueran un tanto exagerados, nos permiten entender el aparente alejamiento en el que vivía de sus hermanos, tres de los cuales, Paquito, Isabelita y Luisita, residían por entonces en Francia. Tanto es así que el diario *El Día* hablaba incluso de «*la atroz miseria en que vegeta tristemente en París, abriendo ella misma su puerta, cubierta de vestidos ajados, y ya sin rango, ni prestigio, ni crédito de ninguna clase, abandonada por todos, hasta por sus hijos*»[cccxxiii].

Se hace difícil saber el grado de abandono o de precariedad en la que vivía la infanta que, sin embargo, era propietaria de una casa propia en Argel[231], que por entonces era un lugar vacacional de moda para las clases altas francesas. Pero sus problemas monetarios eran bien conocidos en la familia y, al igual que su hermana Isabelita lo había hecho en incontables ocasiones, siempre terminaba recurriendo a Paquito ante quien se victimizaba por su falta de ayuda. Una actitud que levantaba las iras del rey, que por aquellos años le escribía muy airado: «*No entiendo como me dices que nunca en la vida he hecho nada por ti. Que mala memoria debes tener para no acordarte de que fui yo quien tendio tablas entre Pepe y tu con nosotros a pesar de lo poco que me gustó vuestra unión porque te recomendé que esperases a que se relajara la situacion. Yo pelee mas que nadie por buscarle acomodo a Amalia y*

Cristina, mira que bien estan las dos a pesar de sus dificultades, pero tu y Isabelita (QGE) siempre habeis sido las difíciles de la familia y siempre he tenido que ir yo tras vosotras apagando los fuegos que se iban encendiendo. No voy a tolerar que me digas que no e estado nunca para ti porque bien sabes que es mentira y tanto a ti como a Pepe y a tus hijos os e tendido siempre la ayuda que e podido desde mi difícil situacion y posición. Preguntale a tus hijos y veras como ellos no tienen la misma idea que tu»[cccxxiv].

Escasas son, también, las informaciones sobre su relación con sus hijos, aunque Raimundo se mantenía en su cargo de agregado militar de la embajada de España en París, residiendo ahora en el número 20 de la rue de Messine. Fernando, por el contrario, había sido enviado como agregado a la embajada de España en Estocolmo aunque, por el momento, con residencia en Copenhague. Un año más tarde los Valcarlos se mudaron a una nueva residencia en el 90 de la rue Monceau, donde el 8 de septiembre de 1888 les nació su hija primogénita que fue bautizada Elisabeth Marie Françoise Ysabel. Mientras, Fernando había mudado su residencia a Estocolmo donde sus tres hijos, María Amada, Cristina y Fernando, nacerían en rápida secuencia en 1887, 1888, y 1891. Muchos movimientos familiares, pues en noviembre de 1891 los Valcarlos traían al mundo a una segunda hija bautizada Victoria Raimunda Antonia que fue amadrinada por la reina regente. Poco antes, el 17 de marzo de ese mismo año de 1891, los hermanos habían hecho repatriar a La Habana los restos de su padre y todavía dos años después, el 26 de marzo de 1893, la marquesa de Valcarlos dio a luz a su último hijo bautizado Enrique Antonio Martín José.

Iniciado 1894, Valcarlos se vio fuertemente implicado en el espinoso *Affaire Dreyfus*[232] que soliviantó tantas conciencias y que puso patas arriba a la prejuiciosa alta sociedad francesa. Ahora vivía en el 24 de la rue Prony, la misma calle en la que en algún momento de aquellos años también vivió su tía Isabelita, ya separada de Gurowski, y parece que oficiaba de agente secreto del departamento de guerra francés. En esa calidad, y bajo el falso nombre de «Monsieur B.», había mantenido unas entrevistas con el también agente secreto francés F. Guénée, a quien habría revelado que existía un traidor en las filas del Estado Mayor del ejército galo. Una situación muy preocupante, en una Francia convulsa con tan espinoso caso, que llevó a Raimundo a acudir en busca de ayuda a su tío Paquito que no quiso comprometerse, interviniendo ante el gobierno francés, ni hacerse responsable de sus líos .

Según Valcarlos, que fue llamado a declarar en tan complejo proceso, él había actuado en beneficio de Francia, su patria de adopción, esperando ser recompensado como su padre y su hermano

con la orden de la Legión de Honor. Sus filtraciones, verdaderas o falsas, fueron parte de la munición de los antisemitas y los homófobos anti-dreyfusistas en aquellos años y, como consecuencia de ello, se hizo público que entre 1893 y 1895, él había estado percibiendo una asignación regular de los fondos del servicio secreto del departamento de guerra francés, para el uso de una tercera persona cuyo nombre se negó a revelar.

Acto seguido el gobierno español se vio obligado a darle de baja de inmediato en sus cargos y a insistir en que se quedara en el extranjero y no apareciese por España por el momento. Tiempo después, él declararía a la prensa: «*Ignoro en absoluto por qué se pretende mezclarme en este asunto; se trata simplemente de una calumnia. Jamás me he ocupado de esas miserias del affaire Dreyfus, y me limito a cumplir estrictamente en París mis obligaciones de agregado militar a la Embajada*»[cccxxv]. Un año más tarde, en octubre de 1896, su hermano Fernando perdía a su hijo del mismo nombre sin que tengamos registro alguno del sentir de la ya vieja infanta ante aquella muerte, que en 1897 fue seguida de la de su hermana, la singular Isabelita, a cuyo entierro no asistió.

El affaire *Dreyfus* dañó fuertemente la imagen de Raimundo, que desde entonces quedó señalado por la desgracia pública y fue condenado al ostracismo. Desde tiempo atrás se había convertido en alguien difícil de acomodar para la familia a causa de sus continuos escándalos y de una vida privada no exenta de vaivenes. Además, y para complicar más la cosas, en 1896 había tenido un hijo adulterino con la joven Estelle Georges que fue inscrito en el registro civil francés como Henri Antoine Edouard[233] y que él legitimaría años después dándole el apellido Güell Borbón[cccxxvi]. Un hijo conocido en el seno de la familia, pues en 1898 su tío Paquito escribía desde Épinay a Pepita diciéndole: «*Tengo aqui desde hace unos dias a Estelle a ver como la acomodamos, el pequeño se parece mucho al padre*»[cccxxvii].

*

El siglo XX amaneció con notables pérdidas. En diciembre de 1900 falleció Luisita en Madrid, en enero de 1902 fue el turno de Cristina, también en Madrid, y tres meses después moría Paquito en su palacio de Épinay-sur-Seine, a cuyas exequias parisinas no hay constancia de que Pepita asistiese, quizá aún rencorosa por no haber querido él ayudar a su hijo en el caso *Dreyfus*. La reina Isabel ya daba signos de enfermedad, pero aún sobrevivió hasta el 9 de abril de 1904, muriendo con ella los restos de la vieja corte del palacio de Castilla. El palacio fue prontamente vaciado, muebles y enseres salieron a pública subasta para hacer frente a deudas y al pago de las pensiones y de los generosos legados que dejaba y el edificio fue puesto a la venta.

Pepita, de quien no se olvidó en su testamento[234], se quedó aún más sola y meses más tarde, el 28 de agosto, los Valcarlos pasaban por el amargo trance de ver morir a su hijo Enrique, ahogado en su casa víctima de un accidente doméstico cuando pasaban unos días en la pequeña isla de Laborde, en Mesnil le Roi, cerca de Versalles. Unos tristes años finales para la infanta, que aún contaba con un puñado de amigos como Amalia González-Nieto y León, viuda del pintor catalán José Galofré y Coma[235], cuya hija María Josefa era ahijada suya, o el literato y filántropo francés Auguste Blanplain Vignot de Renusson, que la ayudaba en sus quebrantadas finanzas.

El 14 de julio de 1907, Raimundo falleció en la localidad francesa de Danmarie-les-Lys, donde se encontraba de vacaciones, dejando una herencia de 2.973,90 francos a su viuda[236] y a sus dos hijas, a las que reclamó su parte su hijo ilegítimo Henri Antoine Güell y Bourbon. Ese mismo año, Pepita vendió una finca situada en la localidad toledana de Corral de Almaguer, que había sido parte de la herencia de su padre, y hacia 1909 su hijo Fernando ya se encontraba instalado en Portugal como encargado de negocios de España y primer secretario de embajada. Él, su mujer y sus hijas tomaron casa propia en Sintra y comenzaron a veranear en el entorno aristocrático de Cascais, que por entonces habían puesto de moda sus parientes los reyes Carlos y Amelia de Portugal. Allí fue entrevistado por un periodista de *El Imparcial*, en momentos en los que la historia del controvertido matrimonio de Pepita había vuelto a saltar a la palestra a causa de la boda del infante don Alfonso de Orleans, que se había casado en Coburgo, con la aquiescencia del rey pero sin permiso del gobierno español, con la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha. Una buena ocasión para que este hijo pudiese dignificar a su madre declarando:

«*El nombre de mi madre ha sido traído y llevado estos días por toda la prensa española, y yo agradecería muchísimo que El Imparcial, periódico de todas mis devociones, hiciera constar que no es cierto, como han afirmado algunos diarios, que doña Isabel II desautorizase a mi madre por haberse casado. Nada más lejos de la verdad. Precisamente al morir mi padre (el Sr. Güell y Renté), encontramos entre sus papeles una carta cariñosísima de aquella reina, dirigida á mi madre, en la que, no sólo se muestra consentidora del matrimonio, sino que además la felicita por casarse con el elegido de su corazón. Dicha carta obra en poder de mi cuñada la marquesa de Valcarlos. Lo que ocurrió entonces fácilmente puede comprenderse. Intervino Narváez, y ante ciertas razones de Estado, mi padre, siempre caballeroso, se comprometió a no publicar la carta mientras viviera doña Isabel II. La infanta doña Josefa Fernanda reside en París, y á pesar de sus ochenta y cuatro años, se conserva muy bien*»[cccxxviii].

Con pocos recursos, Pepita expiró finalmente el 10 de junio de

1910, a los 83 años. Última en fallecer de las hermanas, y última nieta viva de Carlos IV, moría olvidada por todos. En marzo había sido ingresada para una intervención quirúrgica en una clínica de Neuilly-sur-Seine, en el 58 del boulevard Victor Hugo, siendo allí donde le sobrevino la muerte. Su hijo Fernando marchó desde Lisboa hacia París, donde el féretro fue expuesto en la iglesia de Saint Philippe du Roule antes de ser enterrado, el día 14, en el panteón familiar del cementerio de Montmartre[237]. Solo hubo un breve servicio religioso, en el que estuvieron presentes su sobrina la infanta Isabel de Orleans, condesa de París, su nuera la marquesa de Valcarlos, los embajadores de España en Francia marqueses de El Muni, la condesa de Bari, la condesa de Saint-Aubin y los vizcondes de Brimont, entre otros. En Madrid se decretaron 9 días de luto por su fallecimiento, tras lo cual su recuerdo cayó completamente en el olvido. Su hijo Fernando[238] la sobrevivió hasta el 23 de diciembre de 1933, cuando falleció en Madrid, en su casa del número 80 de la calle Mayor[239], dejando atrás, como recordaba el diario *ABC*, «*una estela de simpatía y afecto*». Ninguno de sus nietos, tan opacos al ojo público como ella misma en sus últimos cuarenta años de vida, dejó descendencia alguna[240]. Los marquesados de Valcarlos y Güell, solicitados sin éxito en el pasado por algunos parientes lejanos de estos hermanos Güell y Borbón, están caducados y extinguidos.

CRISTINA, LA BOBA

Mi pobre hija Cristina se parece mucho a
nuestra querida Tia Pepa,
aunque mi hija es más despierta y menos singular.
(Infante don Francisco de Paula a su hermana
la reina viuda de las Dos Sicilias)

Cristina, la más enigmática de estas cinco infantas paulinas, contaba tan solo once años cuando la inusitada noticia del fallecimiento de su madre llegó a las puertas del convento des Oiseaux en el brumoso enero de 1844. Tres años habían pasado desde que en el otoño de 1841 la había visto por última vez, y su recuerdo sobre ella debía de ser muy difuso especialmente ahora que quien vigilaba su educación, y la de sus hermanas Pepita y Amalia, era su tía la reina María Cristina que velaba por ellas con celo particular, tal y como don Francisco reconocía en una de sus cartas a la exiliada Isabelita: «*la Reyna Cristina* —le decía— *se ha constituido una madre cariñosa para todos nosotros […] tengo la satisfaccion de decirte la buena armonía que Reyna entre Cristina y nosotros y que ella se trae a las 3 hermanitas*»[cccxxix].

En tan solo unos meses todas ellas regresaron a una España que tan

escasamente conocían pero de la que tanto habían escuchado hablar, y cabe imaginar cuál debió de ser el grado de comprensión que de todos aquellos cambios y vaivenes tuvo esta infantita, cuya limitación madurativa o cognitiva le haría ganarse el remoquete eterno de «infanta boba» o «infanta tonta». Ninguna mención a su mal aparece en la documentación consultada, ni tampoco en la abultada correspondencia familiar, pero no cabe duda de que era una joven de inteligencia justa y sujeta a frecuentes cuadros nerviosos, que bien podrían indicar a algún tipo de cuadro epiléptico nada ajeno a ciertas familias de la realeza católica, sujetas a una fuerte endogamia de clase[241].

Su padre, don Francisco, reconocía en ella algunos de los desconocidos rasgos limitantes que marcaron la vida de su propia tía doña Pepa, la hija soltera y de carácter agrio del rey Carlos III, si bien en las cartas que se conservan de Cristina se aprecia una grafía limpia y clara, y no hay duda de que en aquel año de su regreso a España se la consideraba lo suficientemente funcional como para compartir con sus hermanas los mismos principios y actividades docentes (tomaba clases de arpa). De carácter dócil, y querida por todos, a su llegada a Madrid no se tomó ninguna medida educativa especial en relación con ella, que compartió cuartos, ayas y personal de servicio con su hermana Amalia. Por otra parte, cabe recoger aquí una curiosa referencia a su persona que acaso arroje un poco de luz sobre ella, pues cuestiona lo que podría suponerse como una total falta de inteligencia y de entendimiento. Se trata de una carta de la marquesa de R. de T. a la condesa de X., recogida por el diario *La Correspondencia de España* en 1893 en la que la primera relataba a la segunda:

«*Desde que recibí tu carta, no hago más que pensar en el buen tiempo pasado. ¿Te acuerdas tú del primer baile al que fuimos? Fué en el Palacio Real nada menos. La infanta doña Cristina, hoy viuda del infante D. Sebastián, estaba entonces soltera, y nuestras maestras de las Ursulinas la daban lección de idiomas. ¡Una sabia la infanta! según nos decían las buenas monjas: se aprendía los temas que era una maravilla, y se sabía de memoria columnas enteras del Diccionario. Como S.A. se aburría soberanamente en el regio alcázar, donde tenía sus habitaciones Madame Gordon[242], que era su dama, ideó celebrar todos los sábados unos bailes blancos a los cuales asistirían las señoritas de la aristocracia. Las Ursulinas fueron autorizadas para llevar doce niñas de las más aventajadas, y tú y yo formamos parte de las elegidas […] Muchas veces he ido después al Palacio, voy con frecuencia todavía; pero nunca olvidaré aquellos momentos. Nos introdujeron en la cámara de la infanta, hicimos las reverencias que nos habían enseñado, y nos hallamos en plena fiesta. ¿Te acuerdas? Un baile de niñas espigaditas, en el que no había un solo*

muchacho; el pianista que tocaba era ciego, y no entraba allí más hombre que Bascour, el preceptor del infante, hermano menor de doña Cristina. Bascour, con su barba blanca, me pareció a mí el Abraham que estaba grabado en el Fleury. Bailábamos las unas con otras, y nos divertíamos mucho»[cccxxx].

Un tema difícil de calibrar este de la limitación intelectual de Cristina que, a falta de fuentes escritas, queda a juicio del lector.

*

Cuando aquella primavera de 1844 Cristina, Pepita y Amalia arribaron finalmente a Madrid tras su largo viaje desde Francia, lo hicieron en compañía de la reina madre y de su familia Muñoz para establecerse junto a su padre y sus hermanos Luisita y Fernandito en el palacio de San Juan, pues Paquito y Enriquito estaban ya adscritos a sus puestos militares en el ejército y en la marina respectivamente. Una jaula de oro, pues como don Francisco escribía a Bruselas a Isabelita: «*Aqui las hermanitas están cuidadas y vigiladas tanto como en medio de un Convento*»[cccxxxi]. No podía repetirse un escándalo como el de su primogénita, amén de que el infante intentaba poner orden en su casa, apartar al odiado Parcent, posibilitar el regreso de los Gurowski a España, y encauzar a Fernandito que parecía decidido a seguir estudios en el seminario con vistas a entrar en la Iglesia. Así, y dado que Luisita y Pepita ya tenían una edad que les obligaba a tomar parte de la vida social adulta, Cristina y la menor, Amalia, eran aún tenidas por niñas y tomaban sus clases juntas y contaban con una asignación económica conjunta. Su aya, la citada Candelaria de Saavedra, condesa de Sevilla de Nueva, era quien rendía cuentas sobre los gastos de ellas al contador general de la hacienda del infante, don Antonio Fernández Osorio.

Cuentas que revelan que en aquel año allí donde los gastos en concepto de encargada de guardarropa, zapatero, modista, guantero, costurera, encajera, corsetera, relojero, dentistas y otras fornituras de la siempre derrochadora Luisita, ascendían a 6.249 reales de vellón, los de Pepita alcanzaban los 3.720, y los conjuntos de Cristina y Amalia tan solo 1.312. Las infantas debían de vestir bien y por ello recibían prendas del «*almacén de novedades de París*», eran atendidas por las modistas Madame Petibon[243] y Madame Chabani, y no les faltaban los innumerables complementos propios de una moda muy recargada (manguitos, guantes, gorros, sombreros, corsés o paraguas), aunque también había partidas de gasto para libros o las clases de arpa y de labores. Luisita y Pepita recibían una asignación paterna que en conjunto ascendía a los 125.543 reales de vellón pero, como siempre andaban en déficit, su exceso de gasto se compensaba con el sobrante de la partida de Cristina y Amalia, que ascendía a

72.000[cccxxxii].

En aquellos momentos el grupo familiar parecía estar bastante unido, y cuando el infante escribía de forma regular a Isabelita, todos sus hermanos y hermanas añadían a aquellas cartas unos renglones de cariño y de apoyo. La vida de las jóvenes estaba regida por el estudio, las labores y la música, siempre en manos de ayas, amas, profesores y miembros de la servidumbre. Algo que vino a cambiar de forma sustancial con el matrimonio de Paquito con su prima hermana la reina Isabel, que supuso una mejora notable en la posición en la corte de todos los hermanos que ahora se convertían en cuñados de la soberana. Vivencias de las que, por su corta edad, Cristina y Amalia debieron de ser testigos mudos en la lejanía. Sin embargo los hijos de don Francisco y de Luisa Carlota no eran aguas mansas, y aquel año de 1847 llevó grandes disrupciones a la vida en el palacio de San Juan, justo cuando la condesa de Sevilla la Nueva abandonaba su cargo de aya de las pequeñas.

En febrero Luisita contrajo matrimonio con el duque de Sessa, por entonces Pepita andaba envuelta en su drama amoroso, ahora deseando casarse con Portillo tras la salida de José Güell de España, y en mayo Enriquito se casaba en secreto en Roma con Elena de Castellví, encarando la pérdida de su rango y un exilio en Francia. Situaciones complejas que aún vinieron a complicarse más con la boda de Pepita con Güell, que tanto tumulto generó en 1848 y que obligó a la pareja a marchar a París al tiempo que su padre don Francisco comenzaba su relación de amante con Teresa Arredondo, y era conminado a abandonar la capital para instalarse en el viejo palacio real de Valladolid. Muchos y variados acontecimientos en el seno de una familia amplia, compleja y de personas de marcado carácter, que tuvieron como resultado la instalación definitiva de Cristina y de Amalia en el palacio real de Madrid, donde contaban con cuartos propios bajo el ojo atento del más sensato y vigilante Paquito.

Nada se sabe sobre la vida cotidiana y el carácter de Cristina, que por entonces ya era una adolescente de quince años y entraba en edad de salir al incierto mercado matrimonial europeo. Dada su desconocida limitación intelectual no aparecían príncipes en el horizonte y, por el momento, debió de resignarse a esperar tiempos mejores para ella, sin que podamos saber cuánto alcanzaba a comprender de la agitada vida política española, que en 1854 produjo una revolución que se llevó por delante la vida de su hermano Fernandito. Un duro trance para toda la familia, como reflejaba don Francisco en carta remitida a Isabelita en Bruselas, diciéndole: «*Mi muy querida hija de mi vida y de mi corazon, Ysabelita, no puedo menos de ponerte estos renglones, y en medio del dolor con que me hallo porque la pérdida de Fernandito tu hermano, y en la seguridad de que goza del*

Señor y está pidiendo por nosotros. El Señor me ha dado este golpe tan fatal»[cccxxxiii].

Sorprendentemente, llegado el verano de 1848 la prensa se hacía eco de la llegada a Madrid del príncipe Adalberto de Baviera, que venía a pedir la mano de una infanta de España. En buena lógica, y probablemente por desconocimiento del calado de su limitación, la prensa suponía que el bávaro venía en busca de Cristina por ser la mayor de las hermanas solteras, pero la realidad era otra. No obstante, el 24 de julio la reina dio un magnífico banquete en El Escorial por el cumpleaños de Cristina, en el que Adalberto estuvo presente pero, como era de esperar, el príncipe teutón puso sus ojos en la más pequeña y vistosa Amalia, que desde tiempo atrás venía siendo preparada para la eventualidad de casarse con un príncipe alemán. Todo un varapalo para Cristina, que a sus veintidós años se quedaba sola y soltera, y una situación que a su padre debió de recordarle aquella otra acontecida cuando en 1795 el príncipe de Parma había llegado a Madrid para pedir la mano de su hermana mayor Amalia, prefiriendo después quedarse con la hermana menor, María Luisa[244].

Desconocemos la reacción o el sentir de Cristina ante aquellos hechos, especialmente dada su estrecha unión con Amalia que, un año después, en agosto de 1856, se casaba con Adalberto y se marchaba a vivir definitivamente a Alemania. A los 23 años Cristina se quedaba sola, pues Isabelita, Luisita y Pepita vivían más en el extranjero que en España, y a ella le tocaba encarar un futuro bastante incierto en tiempos en los que su padre ponía sus energías en su nueva familia con Teresa Arredondo y con su hijo Ricardo. Un porvenir incierto que la abocaba a una vida que giraba en torno a las labores, los paseos por la Casa de Campo y el Retiro, los desplazamientos con los reyes a los reales sitios y la asistencia a las ceremonias religiosas y palatinas que marcaban la agenda anual de la familia real. Eso sí, siempre particularmente bien atendida por las ocho personas asignadas a su servicio: una aya, una camarista, dos mozas de retrete, dos mozos de oficios y dos criados.

*

Tres años pasaron, pero quiso la diosa fortuna que en 1859 apareciese en el horizonte un pretendiente de la forma más inesperada. Se trataba de su tío y primo, el infante don Sebastián, a quien páginas atrás habíamos dejado exiliado en Nápoles por su afiliación al partido carlista desde 1834. El infante, que ahora contaba 48 años, se había batido valientemente durante la primera guerra carlista[245], había unido su suerte a la de la familia de don Carlos, y había vivido siempre sujeto a los imperiosos mandatos de su madre, la fuertemente conservadora princesa de Beira, segunda esposa del

pretendiente. Inteligente, culto, y apasionado por el arte, la literatura, la arqueología, la prensa y la fotografía, tras concluir la guerra carlista el infante había pasado años vegetando en la corte napolitana de la familia de su esposa, en la que había sido tenido en alta estima. El marqués Robert de Custine, que le conoció por entonces, dejó escrito de él:

«*El infante don Sebastián, que tuve la ocasión de ver con frecuencia durante mi estancia en la residencia real*[246]*, es un príncipe lleno de instrucción y de amabilidad. Su educación es extremadamente cuidada; habla muy bien francés, y posee, además de profundos conocimientos militares y de la bravura que todo el mundo le reconoce, numerosos talentos que le distinguen como hombre de gusto y como hombre de mundo. Pinta de maravilla, es un buen músico, tiene una voz muy bella, y el gusto perfecto con el que canta prueba que ha aprovechado su estancia en Italia para estudiar el método de los grandes maestros*»[cccxxxiv].

Desde el fallecimiento del viejo pretendiente don Carlos en 1855, y viendo palidecer el futuro de la causa carlista, el infante había comenzado un tibio acercamiento a la corte de Madrid, donde se barruntaba que podía aguardarle un futuro mejor. Un acercamiento que finalmente se llevó a cabo a través de un hombre de toda la confianza de la reina, que era su ministro en la corte napolitana Salvador Bermúdez de Castro, marqués de Lema, que se movía en el círculo más íntimo de la por entonces baqueteada familia real napolitana[247], que estaba a punto de perder el reino de las Dos Sicilias amenazado por el expansionismo del Piamonte y por las tropas de Garibaldi. Así, en 1857 se había comenzado a considerar en Madrid la posibilidad de devolver al infante su rango y sus cuantiosísimos bienes, y el fallecimiento de su esposa en noviembre de aquel año[248], seguido del de su cuñado el rey Fernando II de las Dos Sicilias dos años más tarde, precipitaron las cosas. Tras ambas muertes poco le quedaba en Nápoles y fuera de España salvo su madre que, residente en Trieste, ahora se había convertido en la gran adalid de los restos del carlismo y no podía ver con buenos ojos tan gruesa y cobarde defección de su hijo a la causa. Las iras de la princesa de Beira no iban a hacerse esperar.

Las conversaciones entre Nápoles y Madrid se llevaron muy en secreto, pues no convenía informar a los carlistas, además de que Sebastián se jugaba mucho si perdía definitivamente sus bienes que desde 1835 permanecían bajo secuestro[249]. La cosa tenía su complejidad, además de que una de las condiciones del acuerdo era su matrimonio con la olvidada Cristina. Un asunto en el que Paquito, tras los pobres matrimonios de sus tres hermanas mayores, estaba particularmente empeñado. Pero, como era de esperar, se produjeron filtraciones pues en enero de 1859 la princesa de Beira escribía

admonitoriamente a su hijo: «*se anuncia por aquí un casamiento que sería una excepción en lo que digo de nosotros, pero se me hace duro el creerlo y temo hacer una injusticia en creer sea cierto; por eso no digo de quién ni con quién, pues creería ofender sus principios legitimistas y su honor*»[cccxxxv]. Sin embargo nada hizo variar el ánimo y la decisión de Sebastián, y el 15 de junio le fueron finalmente devueltos por real decreto todos sus honores en España, siendo Leopoldo O'Donnell presidente del Gobierno. Tres días antes había jurado en Nápoles fidelidad a doña Isabel ante el marqués de Lema y, el 26 de julio, regresaba alborozado a España para recuperar su lugar en la familia y poder entrar en posesión de su fortuna.

Un patrimonio que incluía como activo más importante el denominado Mayorazgo Infantazgo que el rey Carlos III había instituido el 13 de marzo de 1785 en favor de su hijo, el infante don Gabriel, abuelo de Sebastián[250]. Así mismo se le reintegraron las rentas producidas por dichos bienes desde el 4 de junio de ese mismo año, la pensión anual de 150.000 ducados, de la que había gozado en 1834 y por parte del Tesoro Público se le abonó «*la cantidad equivalente graduada por el rendimiento de las fincas del citado priorato [de la orden de San Juan de Jerusalén en los reinos de Castilla y León] en el año común del decenio último con deducción de contribuciones y gastos de administración*»[cccxxxvi].

Sebastián era un Creso y todo cuanto le faltaba en belleza (tenía un ojo de cristal), quedaba cumplidamente compensado por su naturaleza bondadosa, sus capitales, y su vasta cultura, sus muchos intereses literarios y científicos y su magnífica colección de arte. Era, sin duda, un activo para la poco culta familia real española, al mismo tiempo que una salvación para la nada atractiva Cristina, cuyo noviazgo solo se filtró a la prensa en el verano del año siguiente, cuando el 2 de agosto de 1860 los novios ya se encontraban en el real sitio de La Granja, donde pasearon juntos a caballo por el camino de Segovia, según reportaba el corresponsal local del diario *La Época*. Un acuerdo muy satisfactorio para ambas partes y orquestado al margen del padre de la novia, que desde Denia se quejaba por carta al duque de Riánsares.

«*Te participo* —le escribía— *que Sebastian me ha pedido la mano de mi hija Cristina. Yo ya lo había visto en todos los papeles, y saber que la Reina lo dijo al Señor Odonnell, y como ni mi hijo ni la Reina nada me han dicho, he pasado un papel indicandolo a todos, y los que venian a felicitarme; pues ante todo es en el Padre con que se debe contar, antes que con otros. Teresita y Ricardito te dan sus finos recuerdos y a tu familia como igualmente de parte mia*»[cccxxxvii].

*

Casar a Cristina debió de suponer un gran alivio para don Francisco que, ahora entregado a su nueva familia, unas semanas antes de la boda escribía a la descontenta princesa de Beira: «*Mi muy querida Hermana Maria Teresa. Te pongo estos renglones para tener el gusto de escribirte, y darte parte del enlace de tu muy querido hijo Sebastian con mi hija Cristina, y que sera de tu aprobación y no dudo seran muy felices*»[cccxxxviii]. Una misiva a la que ella, como era su costumbre, respondió de forma franca y directa diciéndole:

«*Si tú hubieras seguido como debías la causa de tu hermano Carlos V, mi amado esposo y rey legítimo, y ahora la de tu sobrino y mi querido hijo el rey Carlos VI, su legítimo sucesor, a pesar de la pena de ver reemplazar a mi muy amada hija Amalia (QEGE), lo sería porque era tu hija y de Luisa, pero estando tú y ella por la usurpación contra la legitimidad y contra los principios puros que nosotros defendemos y que son inseparables de la legitimidad, no puede tener mi aprobación, tanto más que este casamiento es consecuencia y acaso una de las principales causas, del horrible paso que ha dado Sebastián abandonando nuestra justa causa, que es la de Dios. También, y abrazando la de la usurpación y de la de los enemigos de nuestra religión. Paso este que ha tenido, tiene y tendrá siempre mi completa desaprobación*»[cccxxxix].

Entre tanto, y a la espera de las nupcias, se decidió asignar residencia al futuro matrimonio en uno de los edificios del patrimonio real ubicado en la calle de Alcalá, en el que pronto se emprendieron obras de mejora y de acondicionamiento para la inmediata instalación de la pareja. Se trataba de la denominada *casa de Los Heros*, ubicada en el número 34 y también conocida como *Almacén de Cristal*; un edificio construido en 1779 por el comerciante vasco Juan Antonio de los Heros, que había sido vivienda de personajes ilustres como el pintor José Madrazo y que posteriormente había servido de almacén de grandes piezas de cristal procedentes de la Real Fábrica de La Granja.

Para entonces ya se habían acordado los términos de las capitulaciones matrimoniales que revelan que, paradójicamente, la olvidada Cristina iba a convertirse en la más rica de entre sus hermanas. Así se estipuló que la reina le otorgaría 1.000.000 de reales de vellón pagaderos el día de la boda, a los que se sumarían las siguientes y cuantiosas partidas: 400.684,16 reales que le entregaría ese mismo día su hermano el rey, 342.699 reales como dote de su padre, 647.300,80 reales que su progenitor entregaba a Sebastián procedentes de la hijuela correspondiente a Cristina de la herencia de su madre, 517.655,4 reales como parte de una octava parte del valor de un aderezo de pedrería que había sido adjudicado el rey y por el que tenía que compensar a sus hermanos, 80.660 reales también pagados por el rey como octava parte del valor de otra valiosa joya

que había pertenecido de su abuela la reina María Isabel de las Dos Sicilias, 979.658 reales que aportaba la propia infanta por un conjunto de brillantes que había sido de su madre, 50.000 reales en alhajas de plata de vajilla y de uso doméstico, y 700.000 reales en pequeñas alhajas. Un total de 4.718.597,36 reales de vellón a los que sumar otros 546.000 que la novia aportaba en concepto de arras como aumento de su dote, la pensión anual de 120.000 reales que el infante don Francisco garantizaba a su yerno, y un aderezo de esmeraldas y de brillantes que el novio aportaba por un valor de 454.000 reales[cccxl]. Por aquel mismo acto el esposo se comprometía a entregar a Cristina, a cargo de gastos de la sociedad conyugal, la suma de 20.000 reales mensuales para dinero de bolsillo y gastos de tocador y una sexta parte de la renta de sus bienes libres y de sus pensiones y rentas, como derecho de viudedad, caso de sobrevivirle.

Los esponsales se celebraron el 19 de noviembre de 1860 con toda la pompa requerida en palacio, siendo padrinos los reyes cuyo regalo fue un magnífico carruaje de gala con tronco, guarniciones y los adornos correspondientes.

«*El estado de S. M.* —recogía el diario monárquico *La Esperanza*— *que la molesta bastante, no permitió que la ceremonia tuviera efecto en la capilla, verificándose en la cámara de S. M., donde apenas cabia la inmensa y brillante concurrencia invitada al acto. La jóven desposada ostentaba un riquísimo aderezo de brillantes de valor de dos millones de reales; estos brillantes, que eran de la herencia de su madre, son magníficos. Los regalos del infante D. Sebastian han sido espléndidos; consisten tambien en bellísima pedreria. Los de la familia real han sido dignos de las augustas personas que los hacen. Así que se acabó la ceremonia, los nuevos esposos se trasladaron a su casa de la calle de Alcalá, habilitada provisionalmente*»[cccxli]. Y La *Correspondencia de España* añadía: «*Vestia esta augusta señora [la reina] de blanco con un rico manto de encaje sobre viso verde, y completaba su elegante tocado una diadema de brillantes y perlas con gruesas sartas de estas últimas al cuello. La infanta doña Cristina, que, como era natural, atraía hácia sí las miradas de todos, vestia con elegancia el traje blanco de desposada, y estuvo en estremo afable antes y despues de la ceremonia, asistiendo a esta con gran devocion y recogimiento. S. M. el rey y los infantes don Francisco y don Sebastián vestian el uniforme de capitanes generales. En el dintel del oratorio de S. M. la Reina se presentó el patriarca a recibir á los augustos novios, y allí mismo se celebró el desposorio, despues del cual se velaron los desposados en una misa rezada, que tambien fué celebrada ante el patriarca*»[cccxlii].

Cuatro días después Sebastián escribía a la reina madre: «*Estamos como V. sabrá en el Almacén de Cristales, casa muy capaz, y que, cuando esté completamente arreglada será una magnífica habitación. Hemos*

debido este nuevo favor a la bondad de S. M. la Reina»[cccxliii]. Provisionalmente se habían instalado en el segundo piso del edificio, siendo él quien se encargó de supervisar las obras pues Cristina había quedado embarazada de inmediato. Sin embargo, con la llegada de 1861, aquellos días de bonanza se vieron oscurecidos por la triste suerte de la muy querida familia real napolitana que, tras la invasión y la conquista del reino de las Dos Sicilias por las tropas de Garibaldi y su incorporación al reino de la nueva Italia, se veía conminada a huir de Nápoles. Los reyes Francisco II y María Sofía, junto a sus hermanos los condes de Trani, de Girgenti y de Caserta, tuvieron que hacerse fuertes en el pequeño puerto de Gaeta, convertido en su último foco de resistencia, que tras ser sitiado cayó finalmente en el mes de febrero para lamento de sus primos los Borbones de España[251].

«*Mucho habrá sentido V.* —escribía el infante a la reina Cristina— *los sucesos de Nápoles y el ultimo resultado del Sitio de Gaeta, pues aunque era cosa que se veía inevitable, no puede menos de causar amargura. Veo que ha gustado a V. mucho El Rey [Francisco II]. Es joven de talento de virtud, de valor, de no comunes prendas. Quiera Dios hacerle ver mejores días. Yo le amo entrañablemente y le he visto desde la edad de tres años hasta que subió al trono y tenido la honra que Su Augusto Padre me lo confiase en distintas ocasiones*»[cccxliv].

Sincrónicamente, el gobierno español propuso un proyecto de ley para la abolición del Mayorazgo Infantazgo del que gozaba Sebastián, que se consideraba obsoleto tras la disolución de los señoríos y la aplicación de las leyes desamortizadoras. Un gran problema para él, que protestó de inmediato a través de su administrador, Gabriel de Aristizábal. Una batalla legal desagradable pero que no empañó en absoluto su buena consideración en la corte, donde vivían en la intimidad de la familia real, pues en junio él y Cristina fueron padrinos de la nueva hija de la reina, la infanta Pilar. «*Como V. sabrá* —volvía a escribir a la reina madre—*, me han hecho la honra, y a Cristina, de que fuesemos padrinos de La Ynfanta recien nacida. Esta grandisima merced, que nunca podré bastantemente agradecer, es una nueva que nos dispensa su bondad. No sé como podré demostrarselo, pero puede estar La Reina bien cierta que derramaré mi sangre por ella siempre que sea necesario, y que tendrá siempre en mi un leal servidor, un súbdito respetuoso y amante, y un pariente, un hermano el mas cariñoso*»[cccxlv].

Poco después, a la una de la tarde del 20 de agosto de 1861, Cristina dio a luz a su primer hijo, cuya presentación a la corte se llevó a cabo con las mayores formalidades y que fue bautizado Francisco María Isabel Gabriel Pedro de Alcántara, oficiando los reyes de padrinos. «*Es muy robusto* —escribía Sebastián a su madre— *y si no me engaña el afecto de padre, muy bonito. Tiene unos ojos muy grandes y oscuros, con pestañas muy largas. Padeció bastante con la vacuna, pero ya*

se haya repuesto»[cccxlvi].

*

En enero de 1862 se llevó a las Cortes el proyecto de abolición del mayorazgo infantazgo, para el que se señaló como compensación dineraria el pago al infante del equivalente de las rentas procedentes de sus varias encomiendas. Una suma de 900.000 reales anuales, pagaderos en «*inscripciones nominativas del 3 por ciento*», a la que se sumó una segunda indemnización a liquidar en «*inscripciones transferibles*» por las rentas que generaba el priorato de la orden de San Juan. Como contrapartida, se fijó para el 1 de enero del año siguiente la extinción de su asignación de 150.000 ducados, abonándosele solo a partir de entonces, y de forma vitalicia, únicamente los 900.000 reales anuales citados «*para sostener su alta dignidad de infante*»[cccxlvii]. Pero pronto comenzaron a producirse los habituales retrasos en los pagos por parte del Tesoro, pues todavía en otoño aún no le habían sido satisfechos ni las sumas que se le debían desde su llegada a España, que se estimaban en 1.815,68 reales, ni otros 1.100 reales por cargas de justicia que el gobierno dijo que satisfaría mediante Deuda no Preferente con los debidos intereses. Noticias que llegaban a Trieste desde donde la conservadora princesa de Beira, eternamente descontenta con aquellos acuerdos y con la boda de su hijo, a quien seguía considerando un traidor a la causa carlista, le escribía «*Estando ya todo hecho fue cuando me lo escribiste; yo, como buena madre y única interesada en tu bien, te aconsejé, pero ningún caso hiciste y te marchaste al campo enemigo. Te casaste cómo y con la que yo había previsto, y no eres ni puedes ser feliz siendo Cristina desgraciadamente como es*»[cccxlviii].

En esas, saltó la prensa la noticia de la candidatura del infante al trono de Méjico, por la cual apostaban con vehemencia medios de la prensa monárquica como el diario *La Esperanza*, que enfatizando la idoneidad de Sebastián para regir aquel hipotético trono escribía en sus páginas: «*Precisamente es aficionadísimo a las bellas artes, tanto, que no parece sino que los periódicos ministeriales quisieran reducirle su papel de mecenas, papel, que, la verdad, en los tiempos que corren para los pueblos y para las dinastías, no es ni el más importante ni el más lúcido*»[cccxlix]. Francia, aliada con Gran Bretaña, había invadido la República Mejicana con la intención de instaurar allí una monarquía de nuevo cuño que reviviese el fallido Imperio mejicano de Agustín Iturbide. De ahí que pronto se hablase de distintos miembros de la familia real española como pretendientes para tan exótico trono: don Sebastián, los infantes carlistas Carlos y Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, Enriquito, la infanta Luisa Fernanda (duquesa de Montpensier), y hasta un hijo de la reina madre con el duque de

Riánsares[252]. Se decía que Gran Bretaña vetaba a los españoles, se hablaba del conde de Flandes (hijo del rey Leopoldo I de Bélgica y primo hermano de la reina Victoria) y que Francia postulaba al archiduque Maximiliano, hermano del emperador Francisco José de Austria.

Pretensiones que finalmente quedaron en nada por la parte española, pues Madrid se retiró rápidamente de aquella aventura que dos años después finalmente otorgaría aquella vacilante Corona al malhadado Maximiliano. Por otra parte, no era del interés de Sebastián el hacerse con una corona americana, pues sus energías y su pasión estaban dirigidas al arte, la ciencia y la cultura en un sentido amplio, cuando ya era presidente de la Academia Española de Arqueología y Geografía, se entregaba con gran empeño a su laboratorio fotográfico, que fue uno de los más importantes de la España del momento (fue una especie de fotógrafo no oficial de la familia real), y en mayo adquirió la casa que en Argamasilla de Alba había servido de prisión a Miguel de Cervantes. Un edificio de valor histórico que se proponía «*restaurar de un modo que recuerde la gloria y los sufrimientos de tan eminente escritor*»[cccl]. Se trataba de la llamada «Cueva de Medrano», a la que un año más tarde el editor Manuel Rivadeneyra trasladó su imprenta para imprimir la edición del *Quijote* de Juan Eugenio Hartzenbursch, en el mismo lugar en que se creía que había sido escrita.

Entre tanto Cristina volvía a estar embarazada, dando a luz a su segundo hijo en la madrugada del 12 de diciembre de aquel año de 1862. Un niño que recibió los nombres de Pedro de Alcántara María de Guadalupe, en honor a su tío el emperador Pedro II del Brasil que, junto con su esposa la emperatriz Teresa Cristina, aceptó su padrinazgo. Poco después, en febrero de 1863, el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil nombraba a Sebastián presidente por aclamación, cargo que se sumaba a su presencia en otras notables instituciones como la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Academia de San Carlos, la de Valencia, la de Arqueología de Bélgica, la de Bellas Artes de Lisboa, la de Bellas Artes de Herculano, la Sociedad Geográfica de París y las academias de San Lucas, el Panteón, Roma, Perugia, San Marcos (Venecia) y de Artes y Manufacturas de Toscana. Apasionado arqueólogo, seguía de cerca los trabajos en las ruinas sevillanas de Itálica, sin olvidar su valiosa colaboración en aquellos años al fomento de la presencia y las actividades de la Cruz Roja en España, pues era gran defensor de las ideas de Henri Dunant sobre el socorro a los soldados en los campos de batalla y un admirador de los logros en ese campo del príncipe Carlos de Prusia[253].

Ese mismo año, la *Gazette des Beaux-Arts* francesa le consagró un

artículo en el que se hacía mención a sus investigaciones y sus experimentos con aceites y barnices en la restauración de cuadros. De hecho, junto a su laboratorio fotográfico, también había montado en el piso superior de su palacio un taller en el que él mismo restauraba parte de su excelente colección de pinturas, que contaba con 590 piezas de grandes artistas como el Greco, Goya, Murillo y maestros flamencos y holandeses. Reconocido como un excelente *connoisseur* del mundo del arte, su primer matrimonio con Amalia le había aportado una notable pinacoteca que acrecentó la ya magnífica reunida por su abuelo don Gabriel. Un gran patrimonio artístico al que vinieron a sumarse las obras de las colecciones reales que Cristina había aportado al matrimonio y que se incrementó con su sagaz política de adquisiciones a través de su amigo el pintor José de Madrazo[254].

Actividades que combinaba con la administración de sus bienes, muy difíciles de rastrear, entre los que se encontraban propiedades rurales en Cáceres (la dehesa de las Casillas y fincas urbanas en Navas del Madroño), Córdoba (el Cortijo de las Pilas)[255], Granada (la Cortijada de Ánsola), Toledo (Madridejos, Zuero y Tembleque) y fincas urbanas en Madrid (casas en la Cuesta de la Vega y en otras calles) y en los reales sitios de Aranjuez, El Escorial, La Granja y El Pardo, pues sus viejas encomiendas de las órdenes militares históricas estaban en proceso liquidación y de paso definitivo a propiedad del Estado[256], pudiendo él conservar únicamente lo que se consideró como de libre adquisición y de pleno dominio suyo.

Por desgracia apenas hay registros sobre la vida y las actividades de la infanta, que ahora volvía a estar embarazada y en cuya casa trabajaba por entonces un personaje singular sobre cuya suerte informaba en aquellos meses la prensa.

«*Afirma la Correspondencia* —publicaba el diario *La Corona— que en el hospital general de Madrid ha fallecido estos dias un jóven que constantemente y desde su infancia habia llevado el traje de mujer. Las especiales circunstancias de su físico hacian este cambio aparente de sexo tan natural que dicho jóven habia servido como doncella, primeramente en casa del baron de Eroles, y despues en alguna otra casa también principal. Ultimamente vivia por su cuenta dedicándose al planchado de la ropa, y siendo planchadora del infante D. Sebastián. En una disputa que tuvo hace pocos dias con alguna de sus vecinas, ésta lo delató delante de algunos agentes de la autoridad, y parece ser que el disgusto de verse descubierto y la vergüenza que le causó, le ocasionó la enfermedad que lo ha causado la muerte*»[cccli].

El 17 de enero de 1864 Cristina, siempre acompañada por su fiel dama Rosa Prendergast y Gordon[257], dio a luz a su tercer hijo. Otro varón bautizado Luis Jesús que, al igual que sus hermanos, fue cristianado con todo aparato en la capilla del palacio real, apadrinado

por el rey Luis I y la infanta Ana María de Portugal, pues Sebastián siempre cuidó su relación con sus primos Braganza lusos y brasileños. Vínculos importantes con su familia materna para este hijo único, alejado de su progenitora por grandes diferencias ideológicas, y ahora denostado por los carlistas y atacado por progresistas y liberales a causa de su pietismo y de sus ideas conservadoras.

«*Tomo la pluma* —escribía a su secretario Joaquín de Roa y Erostabe— *para decirte que me encuentro malo, más aún de espíritu que de cuerpo. Veo que cada día se me clava un puñal, que mi salud se altera considerablemente, y que al fin conseguirán poner término a mi existencia que no ha sido nunca sino existencia rodeada siempre de dolores, de aflicciones, de desgracias. Sea bendito el Señor, en quien nuevamente confío. Te confieso que no puedo más… ahora mismo mis infelices hijos, riendo y dando gritos de alborozo inocente en la cercana habitación me están partiendo el alma… ¿Y no se hará nada por ellos cuando yo no puedo nada, pues tengo las manos atadas? ¿Y nadie se compadecerá de esas pobres criaturas? ¡Infelices! ¡Desgraciados! ¿Y qué será de ellos cuando ya no tengan padre?*»[ccclii].

A finales del año 1864, el viudo Enriquito volvió a hacer acto de presencia en la corte solicitando un nuevo matrimonio. No hacía mucho que el rey había vuelto de un viaje oficial a la Francia de Napoleón III, donde parece que se había hablado de casar a este hermano con la princesa Ana Murat[258]. Un asunto delicado en el que Sebastián también quiso participar, proponiendo para su cuñado un matrimonio con una de las hijas del gran duque de la Toscana. Cuestión difícil, pues no podía haber dos personas más ideológicamente en las antípodas que Enriquito y Sebastián, y de ahí que el primero no aceptase como esposa a una hija del reaccionario gran duque toscano, totalmente contrario a sus ideas en relación con la unificación italiana.

Poco se sabe de la relación entre estos cuñados, pero está claro que Enriquito no sentía simpatía alguna por Sebastián, como él mismo comunicó a su tía la reina Cristina por carta al excusarse por no haber podido saludarla debido a intrigas palaciegas. «*No podré hacerlo [saludarla]* —le escribía— *con la Corte ni con Sebastian acorde con la opinión pública que condena ciertas influencias en Palacio, me he impuesto retraimiento hasta que para bien de la Reina y del Pais salgan de allí esas personas*»[ccliii].

Una situación que no tardaría en producirse debido al ataque de los sectores liberales a Sebastián, que decidió a alejarse de España por un tiempo para afincarse en Portugal. Vació de mobiliario su palacio de la calle Alcalá, depositando los contenidos en su palacio de Aranjuez y, en junio de 1865, la familia marchó al país vecino mientras en la prensa se rumoreaba que pensaba adquirir un hermoso palacio en

Belén, cerca de Lisboa, a orillas del Tajo. La familia y su séquito salieron hacia Cartagena, desde donde un buque de guerra les condujo hasta Lisboa, pero aquel movimiento desató nuevas críticas al publicarse la noticia falsa de que el costo de aquel traslado había sido pagado por el Estado.

La comitiva se instaló momentáneamente en un palacio de los marqueses de Vianna en Pedrouços, a los pies de la sierra de Sintra, y en julio fueron a tomar baños de mar a un palacio del duque de Cadaval. Entre tanto, en Madrid ya se hablaba de reutilizar su palacio de la calle Alcalá para ubicar allí la sede del ministerio de Ultramar por aplicación de la Ley de Desamortización del Real Patrimonio. Un mes más tarde, el infante firmaba la compra del denominado palacio de Monte Cristo[259], en Belén, por la suma de un millón de reales[ccccliv], comenzando también obras de mejora y de modernización en el palacio *A Junqueira* que su madre poseía en la capital portuguesa.

Como era de esperar, los infantes fueron recibidos con todos los honores por la familia real portuguesa, si bien aquello no era un exilio sino un alejamiento voluntario ya que, en los meses siguientes, él materializó varios viajes breves a España para atender asuntos relacionados con la administración de sus bienes, ahora que se había suscitado una polémica en torno al Cortijo de las Pilas, en Córdoba, que estaba en manos de varias instituciones de beneficencia y que fue vendido en 1865. En marzo de 1866 todos abordaron un barco camino a Cádiz, donde fueron recibidos con todos los honores por las autoridades locales. Desde allí siguieron hasta Sevilla, donde se hospedaron en los Reales Alcázares y evitaron el palacio de San Telmo que era la residencia de los duques de Montpensier. «*Dentro de algunos dias* —escribía él a la reina madre— *pensamos verificar nuestro regreso a España yendo por Cadiz y Sevilla hasta Aranjuez, donde fijaremos nuestra residencia pues, como ya conocerás, no tengo casa en Madrid. Mucho deseo tener pronto el gusto de verte*»[ccclv].

En abril estaban en su palacio de Aranjuez, pero en julio regresaron a Lisboa para, ya entrado el otoño, volver a Madrid pues Cristina volvía a estar embarazada y quería dar a luz en la capital. Enfermo y durmiendo poco, Sebastián llegó a la capital para ver nacer a su hijo, que vino al mundo el 15 de noviembre de 1866 y fue bautizado Alfonso en honor a su padrino el príncipe de Asturias. Sin casa propia en la ciudad, pues había perdido definitivamente la suya de la calle de Alcalá, él y Cristina se vieron obligados a residir entre el palacio de San Juan de Buen Retiro y la denominada Casa del Infante en El Escorial, que era de su propiedad y donde él mandó depositar su importante archivo.

Una inestabilidad que en la lejanía preocupaba a la princesa de Beira, que en marzo de 1867 escribía a Joaquín de Roa: «*Deseo mucho*

saber el estado de salud de mi hijo Sebastián, y le ruego me diga con claridad, verdad y franqueza, cuál es, pues estoy muy inquieta. Veo también cierto misterio en la causa o causas que motivaron su enfermedad, que creo más bien moral; estas quiero saberlas también verdadera, clara y francamente»[cccLvi]. La salud del infante, que acababa de ser nombrado presidente de la Asociación Internacional de Socorros a Heridos de Campaña, no era buena y aunque la documentación consultada no arroja luz alguna sobre su mal, las razones médicas aconsejaron su marcha a las provincias vascas, donde adquirió casa propia en Guipúzcoa por ser aquel un lugar óptimo para los baños de mar.

Un lugar tranquilo desde el que retomó la correspondencia con su madre, que aprovechaba la mínima oportunidad para reprocharle el no poder conocer a sus nietos: «*Te agradezco mucho la descripción que me haces de los niños y que añadas "¡Qué gusto tendría en que usted los viese!" ¡Ni tú puedes comprender el que sería para mí! Una barrera fuerte lo impide; tú la has puesto, por desgracia; tú solo la puedes repasar. ¡Pobrecillos! Dales mil besos de mi parte e inspírales cariño hacia esta desgraciada abuela que tanto los quiere y no puede ni siquiera conocerlos. ¡Fiat voluntas tua!*»[cccLvii]. La vieja princesa sugería para aquellos nietos, que nunca alcanzaría a conocer, la asistencia a un colegio de jesuitas que eran quienes impartían una formación más afín a los ideales de las familias reales católicas legitimistas, cercanos a los añejos principios del Antiguo Régimen.

Dos meses más tarde, la reina María Pía de Portugal llegaba de visita a Madrid siendo agasajada en la corte, con Sebastián y Cristina tomando parte en todas las ceremonias palatinas. Últimos boatos de la monarquía isabelina que todavía un año más tarde, en mayo de 1868, desplegó sus galas para el matrimonio de la infanta Isabel, primogénita de la reina, con el príncipe Cayetano de las Dos Sicilias, a quien Sebastián conocía desde la infancia. De hecho la intervención del infante fue esencial en la urdimbre de aquellas nupcias, con las que la reina Isabel intentaba llevar apoyo a sus primos napolitanos caídos en desgracia. La reina madre y Paquito oficiaron de padrinos en aquel canto del cisne de los Borbones de España, que ese verano viajaron a las provincias vascas para tomar baños de mar. La reina y su familia se alojaron en Lequeitio, en el palacio de los marqueses de Narros, desde donde a fines de agosto marcharon a casa de Cristina y de Sebastián, pues esperaban la visita de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia de Francia. Dos semanas más tarde, y para asombro de todos ellos que se mantenían en la mayor ignorancia de la realidad, estallaba la revolución.

*

Con pocas tropas fieles a la Corona, la batalla del puente de Alcolea

dio al traste con el vacilante trono de doña Isabel, que cayó descabezado, y el 30 de septiembre la familia real abandonaba España pasando a Francia. Su salida fue muy seguida por la prensa que reseñaba: «*Salieron para la estación en un coche D. Sebastián y su mujer, esta riéndose y saludando a todo el mundo, como acostumbra; doña Isabel y D. Francisco en otro segundo coche; el hijo y sus hermanas en el tercero, y luego los demás que los acompañan*»[ccclviii]. En la estación de la Negresse, en Biarritz, fueron recibidos por los emperadores de los franceses, que inmediatamente les ofrecieron como lugar de hospedaje momentáneo el viejo y abandonado castillo de Pau, que fue pobremente acondicionado a toda prisa. Obligados a pasar unos pocos días en el Hôtel de France a la espera de aquellos acomodos, recibieron noticias de la reina madre que, junto al duque de Riánsares y sus hijos, habían salido el 3 de octubre de forma atropellada desde Gijón camino de París. Una situación lamentable que todos encararon como bien pudieron, en medio de notables dificultades monetarias.

La reina y su séquito pronto emprendieron el camino a la capital de Francia para instalarse en el Pavellón de Rohan, junto al Louvre, pero Sebastián prefirió permanecer en la región y un tanto alejado del enmarañado entorno de doña Isabel. Así se decidió a alquilar una villa en Pau, que desde entonces, y por unos años, sería la residencia permanente de la familia. Se trataba de la *Villa Labordette*[260], ubicada en el 3 de la avenue de la Porteneuve, cuya sólida planta cuadrangular de piedra y de estilo inglés contaba con dos pisos y amplia buhardilla sobre un terreno de 29.736 m^2. Allí mandó, a poco que pudo, trasladar desde Madrid sus bienes muebles e incluso su querida galería de pinturas, quedando solo atrás gran parte de la biblioteca y piezas de mobiliario que pronto serían dispersadas por los reales sitios. Su viejo palacio de Madrid, el *Almacén de Cristal* que él y los suyos apenas habían podido habitar en los últimos años, pasó a ser residencia del regente general Serrano, que desde enero de 1871 celebraría allí el consejo de ministros[261].

Ya instalado en la villa, en el mes de noviembre el infante escribía a la reina madre:

«*Una ocasión la mas plausible el cumpleaños de tu Augusto Nieto, el Príncipe de Asturias, me hace romper con sumo gusto el silencio después de los terribles acontecimientos que España ha presenciado. Vengo, pués, en tan fausto dia a presentarte mis tan sinceras como cordiales felicitaciones. Quiera el Todopoderoso oir mis fervorosas frases y colmar de Bendiciones Celestiales al joven Alfonso, esperanza de la Patria y de la Dinastía, acompañados de cuántas prosperidades y venturas le diese [...] Por lo demás, ajeno a todo, establecido en una casa de campo de estos deliciosos contornos, espero tranquilo a que Dios disponga, haciendo los mas fervorosos votos para el bien de la España y el bien de todos*»[ccclix].

Conocedor de la influencia de María Cristina sobre el grupo familiar y de su sagacidad para la política y para la pequeña intriga, Sebastián estuvo de acuerdo en que se delegase en ella el acuerdo familiar que permitiese la abdicación de la reina en el príncipe de Asturias, como única vía posible para la restauración de la monarquía en España. Un cometido nada fácil habida cuenta de la inquina que doña Isabel sentía por su cuñado el duque de Montpensier, sin cuyo apoyo y aquiescencia no se podía dejar de contar. Por entonces, Cristina volvía a estar embarazada y el 23 de marzo de 1869 daba a luz a su último hijo, Gabriel.

«*Como tuve la honra y la satisfaccion de comunicarte por telegrafo* —volvía a escribir él a la reina madre—*, dió Cristina a luz el 23 un robusto niño, con felicísimo parto, y de corta duracion. Al siguiente dia fué el Bautizo en casa, concurriendo a él las autoridades y las personas mas conspicuas que se encuentran en esta ciudad, recibiendo el recién nacido los nombres de Gabriel Jesús María Adalberto Enrique Fernando Luis y otros muchos que no refiero por no molestar tu atencion. Cristina y el niño siguen perfectísimamente gracias a Dios, encargándome ella te ofrezca la expresion de su invariable y respetuoso cariño*»[cccl x].

Por desgracia la infanta y su esposo descubrirían pronto que aquel hijo era sordomudo. Un golpe fuerte para ambos, y en particular para él que, fatigado y envejecido, preveía un futuro sombrío para su extensa prole. «*Efectivamente* —escribía de nuevo—*, tenemos a nuestro querido hijo Pedro enfermo. Ha tenido una diarrea disentérica con proxima amenaza de congestion cerebral serosa y principio de hidrocefalia. Ha estado casi dentro del sepulcro, pero, gracias a Dios y a la Virgen Santisima, hace dos dias que se halla en buena convalecencia. Esta deberá ser muy larga y ofrecerá aun peligro*»[ccclxi]. A ello se sumaban las pocas noticias recibidas desde París de la reina Isabel, que ahora había tomado residencia propia en el denominado palacio de Castilla donde muchos temían que, siempre mal asesorada, se resistiese a abdicar.

«*No adivino* —añadía— *lo que pueda pensarse en aquellas regiones, si bien estoy persuadido que, así como con tino y con prudencia aun puede sacarse no solo mucho partido, sino radicales ventajas para la Dinastía y para el orden en nuestro pais, así tambien se puede hechar a rodar todo por completo si se dejan llevar de ilusiones, de vanas lisonjas o de aspiraciones de algunos hombres, que han acabado y estando en el siglo decimonono se crée nos hallamos en el diecimotercio o decimoquinto, pués cada epoca tiene su fisionomía, como tiene sus costumbres y sus necesidades y de que no se puede, ni debe prescindir*»[ccclxii].

Nuevas intrigas y enfrentamientos familiares que a criterio del infante, que se sentía apartado de cuanto se cocía en París sin su pleno conocimiento, no llegaban a ninguna parte. Además, y para complicar las cosas, en marzo de 1870 su cuñado Enriquito retó en Madrid a un

duelo al duque de Montpensier, de resultas del cual el primero perdió la vida. Unos hechos que generaron grandes turbulencias en el seno de la familia, y Sebastián volvía a escribir a doña Cristina:

«*Lleno de penas y de horror a un tiempo por la terrible catastrofe de que han sido teatro las cercanias de Madrid, tomo hoy la pluma para enviarte el mas sentido pésame, ademas de haber cumplido por telegrafo con este deber. Lloro y lloro amargamente por la víctima, pero lloro mas aun por el escándalo que han dado dos miembros de nuestra familia. Y esto, precisamente cuando todas las ramas reinantes de ella, esparcidas por la Europa y victimas de las implacables iras de la revolución, debieran estrechar mas y mas su unión, para adquirir fuerza y acaso triunfar en un dia no lejano. Te aseguro que estoy lleno de amargura y desconsuelo, acrecentándose la que ya tenia por algunos rumores que corrían y que me hacían menos duras las esperanzas de que no fuesen ciertas, cuando el fatal y tristísimo trance que dá margen a estas líneas ha venido a llevarla hasta su colmo […] Efectivamente, segun las noticias que tengo por estas autoridades, se mueven los carlistas, pero este partido absurdo carece de medios y de fuerza: es imposible*»[ccclxiii].

En España el trono estaba vacante y ahora se buscaba un príncipe para ocuparlo, cuestión que había estado en la base del duelo a pistola entre los dos primos, y ahora todo apuntaba a que la Corona recaería en el príncipe italiano Amadeo de Saboya, duque de Aosta. Un liberal hijo del mismo rey Víctor Manuel II, que había desposeído de su trono a los reyes de las Dos Sicilias. Noticias que no podían dejar de entristecer e inquietar a Sebastián, y a las que se añadían las continuas disputas entre la reina y el rey Francisco, que solo algún tiempo después pudieron ser aquietadas mediante un necesario acuerdo económico del que la reina madre informaba a Cristina y a Sebastián. Doña Isabel quedaba de jefe de la familia y administradora de todos los bienes, dotando a su esposo con una pensión 150.000 francos anuales que le permitió abandonar definitivamente el domicilio conyugal.

Finalmente, y contra viento y marea, en junio de aquel año de 1870 el infante marchó a París para ultimar los acuerdos que desembocaron en la esperada abdicación. Una ceremonia a la que, a última hora, nadie pensó invitarles ni a él ni a Cristina. El joven príncipe Alfonso se convertía ahora en la figura en la que se cifraban todas las esperanzas de una posible restauración de la monarquía en España, mientras por esas mismas fechas la familia entera andaba muy inquieta por la salud mental del conde de Girgenti, esposo de la infanta Isabel, hasta el punto que la reina madre escribió al infante para solicitarle su ayuda.

«*Juzgo enteramente inútil* —le respondía él— *mi ida a Paris, atendiendo el caracter poco maleable de Cayetano, y, si el año pasado allí mismo y en asuntos de interés general, nada pudo conseguir sobre el mi*

influencia, hasta el punto de poder causar una desazón entre los dos, como creo tuve entonces la honra de referirte, ¿Qué seria ahora cuando se trata de un negocio puramente personal, aunque el mas importante, de inducirle a que trate de combatir la enfermedad que le aqueja con los medios, bien escasos e inciertos, a la verdad, que la ciencia médica para tales casos reconoce?»[ccclxiv].

*

En febrero de 1871 la salud de Sebastián seguía dando signos de preocupación pues, según sus palabras, además de sus habituales padecimientos oculares ahora se sentía «*acometido de fuertes calofríos, con calambres en las piernas y ataques nerviosos en las mismas, a que siguió una fuerte calentura que continuó al siguiente dia y otros tres mas aunque en continuado descenso*»[ccclxv]. Días antes se había desplazado a Bayona para encontrarse allí con sus cuñados y primos, el emperador Pedro II y la emperatriz Teresa Cristina del Brasil, que llegaban de viaje a Europa, y unas jornadas más tarde fueron los duques de Montpensier los que llegaron de visita a la *Villa Labordette*. Entre tanto, Amadeo de Saboya se había sentado en el trono de España y los carlistas amenazaban con una nueva revuelta.

«*El estado de España* —escribía el infante a la reina madre—*, la intriga que se está urdiendo en la corte del intruso para colocar en el poder a hombres de opiniones mas conservadores, arrojandole de él a los que actualmente lo tienen, los peligros que esto puede ofrecer, acaso produciendo adhesiones de muchos de débil temple de alma, de insegura consecuencia y de sobrada ambicion, y otras muchas consideraciones que me he atrevido a presentar a la consideracion de la Reina* [...] *Hoy he vuelto a escribir a tu Augusta Hija para darle parte de la intentona carlista que se me ha avisado por conducto seguro que va a tener lugar. Nuevos engaños esperan a este partido quijotesco e insensato, pero correrá sangre española y acaso tal locura podrá reportar ventajas al Saboyano*»[ccclxvi].

En noviembre llegaron noticias terribles desde Lucerna anunciando el suicidio del frágil conde de Girgenti, que el día 26 se descerrajó un tiro en la habitación de su hotel. Una nueva tragedia que levantó algunas ampollas en la familia, pues no faltó quien consideró que, cuando años atrás Sebastián había participado en la concertación por correspondencia del matrimonio del difunto, habría podido ocultar de forma voluntaria ciertas informaciones sobre la débil constitución anímica del príncipe, de la que se pensaba que él debía de haber tenido amplia noticia durante sus años de residencia en Nápoles. Acusaciones que minaron aún más el ánimo de Sebastián, que escribía a la reina María Cristina: «*Y ni de palabra tampoco se manifestó nada a la persona enviada a Roma, ni Besia me hizo tampoco la mas pequeña indicacion, ni en el mismo Cayetano oi nada que pudiera hacerme*

presumir que no gozase de la mas robusta y completa salud, de la que disfrutó, sin interrupción, los dias que se alojó en mi casa»[cccLxvii].

No obstante, y dada su lealtad a la causa de la restauración, no dejaba de trabajar con aquel fin y empeñó sus dineros y sus cualidades de experto fotógrafo para reproducir más de mil fotografías del príncipe Alfonso con las que poder ir dándole a conocer en España. Tanto era así que el 18 de noviembre, día del cumpleaños de éste, le escribía:

«*que el año próximo, llenos de contento, nos dirijamos todos al alcázar de tus mayores en tal día para rendir los homenajes de nuestro respeto y de nuestro amor a Alfonso Doce, legítimo sucesor de Pelayo y San Fernando, a Alfonso Doce, esperanza de la Patria, a Alfonso Doce iris de paz, y de reconciliación para todos los españoles, a Alfonso Doce que no será Rey de partidos, sino Rey del pueblo español, pues es español e Hijo, y nieto de Reyes Españoles. Tales son mis ardientes deseos, tales mis sinceros votos y los de Cristina*»[cccLxviii].

Una toma de posición que desagradaba a su madre, que continuaba insistiendo en su regreso al bando carlista, en el que le aseguraba que sería bien recibido por el nuevo pretendiente Carlos VII. «*Te pido, hijo mío* —le escribía— *que pienses el porvenir de tus hijos y mis queridos nietos, y por el amor que les tienes renuncies a los falsos principios que te tienen ligados a la usurpación y que no pueden haceros felices a ti ni a tus hijos*»[cccLxix]. Mientras, en Pau la vida continuaba y la familia pasaba sus días entregada a los contactos políticos y familiares, a excursiones a Arcachon, viajes a Eaux-Bonnes y a Bagnères de Luchon para tomar las aguas y desplazamientos estivales para tomar baños de mar en Royan, en Charente, instalados en el chalet de Monsieur Jones.

El año 1874 comenzó con la luctuosa muerte en Trieste, el 17 de enero, de la princesa de Beira[262]. Otro fuerte golpe para el espíritu de Sebastián, ahora solo sostenido por las esperanzadoras noticias de la restauración de la monarquía, que finalmente se proclamó en el mes de diciembre. De inmediato escribió al nuevo rey para ponerse a su disposición, y para solicitarle su permiso para entrar con él en Madrid, pero don Antonio Cánovas no se lo permitió por querer librar al joven soberano de toda posible influencia familiar. Sin embargo la relación epistolar entre él y el nuevo rey fue abundante y fluida en aquellos meses, pues le daba consejo sobre cómo proceder en la guerra con los carlistas en el norte. Alfonso hasta le solicitó que entrase en negociaciones con el viejo general Cabrera, pero aquellas eran intervenciones que no le perdonaban sus viejos correligionarios carlistas, que ahora le atacaban con mayor furia.

«*Es tal la ira* —escribía él al rey en enero— *y el furor que les ha entrado que, entre otras cosas, se me ha mandado un cartel de desafío por un conde francés (que no conozco), firmado y con las señas de sus*

habitaciones. Cuántas injurias, cuántos denuestos, cuántos groseros insultos puedan imaginarse y mucho más están contenidos en ese escrito soez e inmundo que conservo, y tendré la honra de mostrarte algún día para que veas hasta dónde pueden llegar el fanatismo y el delirio. Como ni mi posición, ni mi dignidad no me permiten otra cosa, he juzgado mirarlo con el más completo desprecio y esperar a ver si continúan otras manifestaciones de semejante naturaleza venenosa, pero entre tanto he querido elevarlo a tu superior conocimiento. Si hay que combatir, combatiremos; estoy pronto y resuelto a todo, y a que se quede bien puesto el pabellón; y, aunque preferiría mil veces pelear frente a frente con los carlistas en los campos de batalla, y verter, si fuera necesario mi sangre por ti y por la patria, como mil veces he tenido el honor de decirte; el veterano de los capitanes generales solo debe decir lleno de sumisión, cúmplase lo que S. M. manda»[cclxx].

Días más tarde era Cristina quien telegrafiaba a don Alfonso: «*Mi querido Sebastián está desde el domingo con una fuerte pleuresía ayer estuvo muy mal pero hoy está un poco mejor seguiré dándote noticias a pesar de estar malo no hace más que pensar en tu gloria querido Alfonso recibe cariños de tus primos con el extremado que te profesa tu amantísima que a pesar de lo sentida que estoy de ver enfermo a mi querido Sebastián doy mil gracias a Dios por tus triunfos y los celebro con todo mi corazón*»[cclxxi]. Y este le respondía a vuelta de telégrafo: «*Con gran sentimiento recibo tu telegrama querida tía, y tú sabes si será grande mi dolor; yo que quiero tanto al tío y cuyo recuerdo me ha acompañado en la victoria y cuyos consejos me han sido siempre tan útiles. Así, pues, he tenido una gran emoción al ver que en medio de su enfermedad me recuerda y me nombra. Espero que pronto estará bueno; de todos modos te ruego que me tengas al corriente de su salud, que tanto me interesa. Te abraza así como a mis primos tu amante sobrino Alfonso*»[cclxxii].

El 12 de febrero recibió el Santo Viático, en una triste ceremonia llena de velas encendidas en presencia de su esposa, sus hijos y miembros de la colonia española en Pau, tras lo cual él impartió sus bendiciones a sus cinco varones en medio de una gran emoción. Dos días después recibió la extremaunción en medio de las lágrimas de la familia y de los miembros de su casa, falleciendo a las once de la noche a los 63 años. Poco antes, y para su paz interior, había recibido de la Santa Sede la bendición apostólica y la indulgencia plenaria que había solicitado al Papa. Su cuerpo fue embalsamado y expuesto en una capilla mortuoria de la ciudad, a la que no faltaron en acudir el precepto francés del departamento con sus dos secretarios, varios sacerdotes y numerosos habitantes de Pau.

El rey hizo disponer su entierro en el panteón de infantes del monasterio de El Escorial, pero este aún se dilataría hasta el mes de julio teniendo que permanecer el féretro en Francia hasta entonces.

Entre tanto Cristina escribía a una de sus hermanas: «*Mi muy querida hermana Isabelita. Cuanto te he agradecido tu cariñosa y sentida carta a la que no he podido contestar antes porque ya podras figurarte como estara mi corazon habiendo perdido a mi bueno y querido Sebastian que tanto me quiso y cuya perdida me es mas dolorosa. Mi unico consuelo son mis pobrecitos hijos. Me he visto sola sin ninguno de mi familia que si no fuera por mi Carolina*[263] *que hace cuanto puede por consolarme estaria enteramente sola*»[ccclxxiii].

Y desde París la reina madre le escribía: «*Mi muy querida sobrina, cuando hace dos semanas recibí una carta muy amable del escelente Sebastian, bien distante estaba yo de tenerte que escribir tan tristemente. Y en efecto vengo a repetirte lo que ya por telegrama te dije ayer. La infausta noticia del fallecimiento de mi querido sobrino y cuñado, aunque ya estabamos preparados para ella estos dias, nos ha producido a mi familia y a mí un verdadero dolor, pues tantos años de tratarlo de cerca nos habían acostumbrado a quererlo mucho, como lo merecía por sus numerosas cualidades […] Ayer hablaba yo de tu desgracia con mi querida hija la Reina y su pena y su compasion hacia tí por tu gran pérdida eran como la mía. Pero cumplido el deber de llorarle ya sabes, mi querida Cristina, dónde tenemos que buscar los únicos consuelos: en la Religión y solo en la Religión. Sebastian era muy bueno y debemos creer que, con su muerte, habrá logrado esa felicidad que ya nadie puede arrebatarle […] Adiós, Cristina, triste es la ocasión y aprovecho para que sepas que tienes siempre el cariño de tu amante Tia. María Cristina*»[ccclxxiv]. A ello la infanta le respondía: «*Estoy deseando salir de esta casa, donde tengo tantos tristes recuerdos, y volver a España, al lado de nuestro querido Alfonso que espero sera el Protector de mis hijos. Espero que será pronto, Dios me lo conceda*»[ccclxxv].

La pérdida de su esposo dejaba a la simplona Cristina desamparada y con cinco hijos a su cargo fuera de España. Su hermano Paquito, consciente de sus limitaciones, quiso convencerla para que se fuera a vivir con él y enviar a sus hijos mayores a Madrid bajo el cuidado del rey, pero ella prefirió seguir fiel a los deseos de su difunto esposo y regresar a España para que sus hijos crecieran y se educasen en su país. Así el 26 de abril, por real decreto y cumpliendo con los deseos del finado infante expresados por carta el día previo a su óbito, el rey declaró tomar bajo su protección y tutela a los huérfanos (Francisco, Pedro de Alcántara, Luis Jesús, Alfonso y Gabriel) «*teniendo en cuenta el estado valetudinario de su viuda mi muy amada tía Doña María Cristina de Borbón y Borbón y haciendo uso de la potestad doméstica de la ley 1ª del Título 8º de la Partida 3ª concede al Rey sobre todos los miembros de la familia real*»[ccclxxvi]. Por ese mismo decreto, se nombraba tutor y curador de los menores a don José Mariano Quindós y Tejada, marqués de San Saturnino[264], quien el 22 de junio llegaba a Madrid

acompañando el féretro del infante que al día siguiente fue conducido a su última morada con la mayor solemnidad.

Transcurridas dos semanas, Cristina y sus hijos, que habían dejado su colegio de Orleans, llegaban por tren a la capital donde en la estación les esperaban el rey y la princesa de Asturias, doña Isabel (*la Chata*), acompañados de un nutrido séquito. De inmediato la familia marchó a su palacio de Aranjuez en el que se afincó por el momento, quedando en Pau muebles, cuadros, objetos y enseres. Desde entonces el monarca se hizo cargo de la educación de sus primos, contando para ello con el permiso de la infanta que le escribía: «*pero como tu eres el solo que manda sobre mi y mi protector tu me diras que debo hacer*»[cccLxxvii]. Salvada de la opacidad por el reflejo del brillo de su esposo, Cristina entraba ahora en la época más irrelevante de su vida, cayendo progresivamente en el olvido.

*

Nada más llegar a España, se puso a buscar casa en Madrid, adquiriendo una casa-palacio con capilla en el núm. 20 de la calle Ferraz[265]. Un palacete situado en el nuevo y elegante ensanche madrileño de Argüelles, cercano al palacio real, al que llegó la mayor parte de la gran colección de pintura de su esposo de la que ella fue directa heredera. Allí se celebró el 3 de octubre la boda de María Dolores Gabriel Lasquetty, hija de su fiel dama Carolina, con el jurista y político progresista José Gallostra Frau, en la que ella y Paquito oficiaron de padrinos.

De acuerdo a lo dispuesto en sus capitulaciones matrimoniales, en su viudez pasaba a gozar de una sexta parte de todos los bienes y rentas libres de su finado esposo, mientras que el grueso de la masa hereditaria, a dividir entre sus cinco hijos menores de edad, quedaba bajo la administración del rey y, por delegación suya, del marqués de San Saturnino. El infante había fallecido *ab intestato* y su compleja testamentaría se alargaría hasta 1891 por incorporar una ingente masa de bienes, mientras que su reputada galería de pinturas permanecía aún en Pau, gracias a un acuerdo con el ayuntamiento local, custodiada por su fiel Eusebio Rey y sólo regresando a España en varias partidas entre los años 1881 y 1883.

Meses antes de su regreso a España, Cristina había vendido en Pau una pequeña parte de aquel ingente conjunto de obras y, en 1879, vendió en pública subasta el palacio lisboeta de Monte Cristo, adquirido por el conde de Burnay. Una vertiginosa política de ventas, para transformar patrimonio en dinero líquido, que por aquellos años también se llevó por delante el palacio *A Junqueira* de Lisboa y la Cueva de Medrano en Argamasilla de Alba. Su primogénito, Francisco, que ya contaba catorce años, había dejado su colegio del Petit

Séminaire la Chapelle Saint Mesmin[266], en Orleans, y él y sus hermanos Pedro de Alcántara y Luis Jesús, de trece y once años, fueron enviados por deseo del rey a estudiar al prestigioso *Theresianum* de Viena, en el que don Alfonso había cursado parte de sus estudios. De ellos se ocupaba el prefecto Herr Rack, los domingos se veían con su adjunto el duque de Tetuán, que les llevaba a patinar, al teatro, a comer al palacio del archiduque Rainiero, que era gran amigo de la familia real española, y a pasar cortas vacaciones en lugares como Russbach am Pass Gschütt, cerca de Salzburgo. Desde allí todos mantenían correspondencia regular en perfecto alemán con el rey, a quien confesaban «*aquí nos divertimos mucho*».

Nada sabemos sobre la vida de la infanta en aquellos días, si bien tomaba parte en todas las ceremonias palatinas y era tratada con el mayor afecto por toda la familia real, que era consciente de su estado, pues desde Épinay don Francisco solicitaba semanalmente al secretario de esta hermana un parte telegráfico para tener noticia de su salud y le reiteraba a ella que él llevaba una vida tranquila y que ambos podrían vivir bien en su palacete francés. En enero de 1883 un incendio afectó parcialmente a su casa, pero ella confiaba plenamente en el buen hacer del rey, que se afanaba en sacar adelante a aquellos primos, que no habiendo recibido el tratamiento de infantes de gracia, eran únicamente Excelentísimos Señores con derecho al apellido Borbón. Francisco había tenido la fortuna de recibir la orden del Toisón de Oro de la reina Isabel en el ahora lejano 1862, pero con el nuevo reinado tan alta distinción no se haría extensiva a sus hermanos menores. Por otra parte, ni él ni sus hermanos serían elevados al rango de Infantes de Gracia, pues por parte de la Corona no existía el deseo de ampliar el número de infantes varones con derecho a recibir tratamiento y a percibir una lista civil por parte del Estado.

Así, y a falta de princesas a las que poder acceder por carecer de rango suficiente, los tres mayores pusieron sus ojos en damas de fortuna de la aristocracia española. Por ello, en abril de 1884 la prensa ya hablaba de la petición de mano por parte del segundo, Pedro de Alcántara, a Caridad Mádan y Uriondo. Una joven cubana de origen canario, pero nacida en la localidad de Guantánamo donde su padre había ejercido el cargo de gobernador político-militar de Cavite. Por línea paterna procedía de una de las familias de hacendados más ricas de Tenerife[267] y por su madre, Francisca de Uriondo y Saavedra, era prima de los duques de Baena y de Sessa[268]. Un proyecto matrimonial al que siguió casi de inmediato el de su hermano mayor Francisco con otra rica dama de la nueva aristocracia del dinero. Se trataba de María del Pilar de Muguiro y Beruete, hija mayor de los influyentes y poderosos condes de Muguiro.

Un compromiso para el que el padre de la novia solicitó permiso al

rey, que se oficializó en febrero de 1885 y que la prensa siguió con especial atención dado que se trataba del enlace de un primo del monarca con un miembro de una familia prominente, destacando que el novio contaba como parte de su herencia paterna con unos valiosísimos diamantes del Brasil y que «*la insignia del Toisón de Oro que lleva, es, después de la del Rey D. Fernando de Portugal, una de las más ricas de Europa*»[cccLxxviii]. Dos bodas de talante aristocrático, pero a todas luces desiguales, que sacaban a los hermanos del circuito de la realeza auténtica y que llevaron a Paquito a escribir a su hermana Isabelita*:*

«*Recibí tu carta que te agradecí mucho y en la que me hablas de nuestra hermana Cristina. Siento en el alma lo que me refieres del estado de su ánimo, y que no me sorprende extraordinariamente, pues conozco su temperamento nervioso y se todo el cuidado de que necesita estar rodeada. Me alegra que la boda de nuestro sobrino contribuya a su felicidad y que viéndolos colocados adquiere su espíritu más tranquilidad. No conozco a la novia pero el nombre de su padre todos lo conocemos y su posición es muy buena. También me han dicho que otro de los chicos de Cristina se casa y que la boda no es inferior a la primera. Ambas tienen fortuna y aunque nuestros sobrinos están bien como dice el refrán por mucho trigo no es mal año. Quién había de decir hace unos años que nuestra familia había de congratularse de esos enlaces. Así andan los tiempos, y cuando los que antes estaban arriba y ahora bajan los de abajo suben. Estas son las cosas y los resultados de nuestros disparates, pues si ha habido una familia que haya sido más desdichada no es fácil encontrarla. El sol de Luis XIV se puso de veras*»[cccLxxix].

El matrimonio de Pedro y Caridad se celebró en la sala de armas del palacio real el 6 de abril de ese año, llegando el novio ya investido de su nuevo título de duque de Dúrcal (también se había barajado el ducado de Segovia) concedido por el rey en enero. Ofició el patriarca de las Indias siendo padrinos los reyes Alfonso y María Cristina, que regalaron a la novia un aderezo de perlas y brillantes. Esa misma tarde, los recién casados salieron camino de París para saludar allí a la reina Isabel, antes de emprender su largo viaje de novios. Un mes más tarde el marqués de San Saturnino solicitaba para Francisco, que ya servía en el ejército e iba siempre acompañado de su ayo don Eduardo Pignatelli y Arias de Saavedra, la mano de Pilar Muguiro. A ello siguió una gran cena en casa de los barones de Castillo de Chirel, y el magnífico *trousseau* de la novia y los regalos de boda fueron expuestos en el palacio de los ricos Muguiro para deleite de la prensa.

«*La sección de trajes* —recogía el diario *La Época*— *se compone de varios vestidos de casa, de baile, de viaje y de calle. Entre los de baile hay dos que llaman mucho la atención, uno con la falda de tul color rosa, adornado con pájaros y el cuerpo de terciopelo verde musgo, y otro de*

estilo japonés, de raso azul oscuro y encarnado. Hay otro de tul crema, con guirnaldas de margaritas; otro de terciopelo verde oscuro, y varios de combinaciones de paño y terciopelo. Entre los regalos del novio, figuran el traje de desposada, cubierto de encajes Alençon, y otro de brocatel color rosa, bordado de plata. El duque de Marchena regala á su futura esposa las alhajas de la princesa de Beira, que le han correspondido en el reparto de las valiosas joyas que llegó a reunir el infante D. Sebastián. La infanta doña Cristiana ha regalado a su futura hija una gran mariposa de brillantes y zafiro, la abuela materna de la novia le ha enviado un collar de brillantes; su tío el señor ministro de Estado, una pulsera de brillantes y zafiro, otra la condesa de Heredia Spinola, la de la Corzana un abanico de encaje con varillaje de concha y entre brillantes»[cccl xxx].

En esas, el 25 de noviembre el rey Alfonso fallecía de forma trágica en el palacio de El Pardo. Una situación penosísima para toda la familia real, cuando ya se preparaba la gran boda Borbón-Muguiro, que se celebró finalmente el 7 de enero del nuevo año de 1886 en la capilla del palacio de la infanta, siendo padrinos Paquito y la reina regente María Cristina, que se hicieron representar por el duque de Sesto y la duquesa de Medina de las Torres. Un año antes, el ahora difunto rey había concedido al novio el ducado de Marchena.

«*Concluida la ceremonia religiosa* —relataba el diario *La Época —, se dirigieron los novios, acompañados de los Condes de Muguiro en coches de Palacio, a dar las gracias a la Reina Regente, a la Reina Isabel y a las Infantas, que les abrazaron y les entretuvieron largo tiempo enterándose del viaje que pensaban realizar. Como presente de boda, recibió la bella Duquesa de Marchena, de manos de la Regente, un valioso brazalete de brillantes, y el Duque un artístico jarrón de cristal de roca tallado y oro. La Reina Isabel regaló a la novia una magnífica corona ducal de brillantes. SM, el Rey D. Francisco les ha enviado desde París una pulsera de esmeraldas y una botonadura de brillantes. La Srta. de Muguiro estaba encantadora con su traje de raso blanco, cuya delantera era de rico encaje de Alençon, adornado con guirnaldas de azahar, y sujeto a la frente el blanco velo de desposada. El Duque de Marchena lucía uniforme de Maestrante de Granada, con el Toisón de oro, y cruzando su pecho una banda verde y roja. A la una se sirvió en el hotel de la Infanta doña Cristina un espléndido almuerzo, al que asistieron todos los que habían presenciado la ceremonia, excepción hecha del Sr. Moret, que tuvo que acudir al Consejo de Ministros*»[ccclxxxi].

Francisco y Pilar, flamantes duques de Marchena, salieron esa misma noche en el Sud Express camino de Burdeos y de Marsella, desde donde embarcaron hacia Italia para pasar allí su luna de miel. Posteriormente siguieron hasta Austria, en momentos en los que la infanta enfermaba de gravedad en Madrid, llegándose a temer por su vida. Tal era su estado de postración que recibió el viático, corrió el

rumor de su muerte y recibió la visita de todos los miembros de la familia real.

En marzo, y ya recuperada, solicitó a la regente la emancipación de sus hijos solteros, Luis Jesús y Alfonso, pues el menor, Gabriel, sujeto a un grado de discapacidad por su sordomudez y tutelado por su ayo Manuel Huertas, habría de permanecer siempre a su lado. Una decisión que se tomó en vísperas de la boda de Luis Jesús con su prima Ana Germana Bernaldo de Quirós y Muñoz, hija de los marqueses de Campo Sagrado[269] y nieta de la vieja reina abuela María Cristina y del duque de Riánsares. Un matrimonio de gran significación familiar, pues unía a un hijo de la infanta con una de las nietas de aquella tía que se había ocupado de ella en la orfandad parisina de su infancia en el convento des Oiseaux.

En esas mismas fechas, el marqués de San Saturnino abandonó su cargo de apoderado general, siendo sustituido por José Gallostra[270], el yerno de la dama de la infanta, Carolina Lasquetty. Poco después la infanta Eulalia y su esposo el infante don Antonio de Orleans, recién casados, que acababan de adquirir casa propia en el 7 de la calle de Ferraz a escasa distancia de palacete de Cristina, representaron a la reina regente en la boda de Luis Jesús y Ana Germana. Una ceremonia celebrada el 31 de mayo en el palacete de la infanta Cristina y apadrinada por la reina regente y por el rey Luis I de Portugal, motivo por el cual el novio lució su uniforme de húsar y la banda de la orden portuguesa del Cristo. La prensa habló de trajes elegantísimos y de valiosas joyas, hubo «*un suntuoso almuerzo*» en casa de la madre del novio y los recién casados salieron de inmediato en el Sud Express camino de Francia con destino final San Petersburgo, donde el padre de la novia ostentaba el cargo de embajador de España. Llevaban bajo el brazo el título de duques de Ánsola, recién concedido por la regente en nombre del recién nacido Alfonso XIII.

*

El 10 de noviembre de aquel año de 1886, los duques de Dúrcal, que ya habían adquirido un hotel particular en la calle Amor de Dios de Madrid, hicieron abuela a la infanta con el nacimiento de su primera hija a la que decidieron llamar María Cristina y fue apadrinada por Paquito y la reina regente. Dos meses más tarde la infanta perdía a Carolina, su fiel amiga y dama de tantos años, cuando el ministerio de Estado acababa de expedir una real orden que prohibía el uso del escudo de armas, coronas, escarapelas y demás distintivos de la familia real a aquellos que no formaban parte de esta[ccclxxxii], como era el caso de estos hermanos Borbón cuya conducta, quizá, comenzaba a dejar que desear. Según la marquesa de Fontenoy, los duques de Marchena y de Dúrcal se parecían a su madre en su falta

de intelecto y llevaban una vida poco edificante. Mientras su hermano el duque de Ánsola y su esposa Ana Germana (conocida en familia como «Poulot»), se habían instalado de forma permanente en París en un gran departamento del 90 de la avenue Marceau, donde el 9 de marzo de 1887 les nació su primer hijo, al que llamaron Luis Alfonso.

Los Dúrcal estaban bien integrados en la vida de la corte, pues cuando en julio de 1887 llegaron de visita a Madrid sus tíos los emperadores del Brasil estuvieron en todo momento con ellos, acompañándoles a la Exposición de Filipinas y al Museo Arqueológico Nacional. Ese diciembre el duque marchó a París para entrar en posesión de los cuadros que le habían correspondido en la testamentaria paterna y, meses más tarde, el 12 de abril de 1888, el portero de su casa recibió un paquete para él entregado por un joven desconocido que contenía «*una fosforera de metal blanco, de las que tienen mecha, metida en un sobre y envuelta en unos papeles de estraza*». Un artefacto que fue analizado y que hubiera podido causar graves daños en el edificio de haber sido abierto, pues contenía «*pólvora y fulminantes*». Un susto que quedó aquietado por el nacimiento el 20 de agosto de su segundo hijo. Una niña que recibió el nombre de María Pía en honor de la reina de Portugal, que junto con su esposo el rey Carlos la apadrinó en octubre con ocasión de una visita de los monarcas lusos a España.

A finales de ese año Dúrcal marchó a París acompañado por su pariente político Ramiro Uriondo, y desde el Havre embarcaron hacia Nueva York a donde llegaron el 17 de diciembre a bordo del vapor francés *La Bourgogne*. Se hospedaron en el hotel Victoria, en un viaje cuya finalidad no era otra que vender parte de su colección pictórica de 109 obras de arte de la colección paterna. Obras de Murillo, Van Dyck y Rembrandt, entre otros que fueron depositadas en los almacenes de la *Garfield Safe Deposit Company*, cubiertas por un seguro de 300.000 pesos, y que expuestas en los salones de la *American Art Association*[ccclxxxiii] generaron más de un millón de pesos[271]. El duque aprovechó para publicar en el diario *The Herald* un artículo sobre sus impresiones sobre el progreso americano, los lazos que vinculaban a España con las naciones americanas y sus impresiones sobre aquel viaje por los Estados Unidos y el Canadá.

Por aquellas mismas fechas, los Marchena decidieron afincarse en París, en el 4 de la rue Lesueur[272], donde el 27 de julio de 1889 les nació una primera hija que también bautizaron María Cristina. El matrimonio llevaba un lujoso y dispendioso tren de vida sostenido en la notable herencia de Francisco, que en 1889 había cambiado a su madre un numeroso conjunto de valiosos objetos de plata por unas fincas en la provincia de Ciudad Real. Pero aquella instalación en París cubría un alejamiento de Madrid que facilitaba evitar

escándalos, pues el duque era un homosexual notorio que hubiera encontrado muy difícil poder vivir en España.

Como era de esperar su matrimonio no había funcionado bien desde un inicio, y en el seno de aquella singular pareja se había instalado desde fechas muy tempranas una tercera e imponente figura. Un hombre muy poderoso llamado *sir* Basil Zaharoff, cuyo nombre se pronunciaba tanto con temor como con admiración en toda Europa, y sobre cuya relación con la duquesa su biógrafo Robert Neumann escribe: «*una fuente cuenta que ella se hallaba en su luna de miel cuando se encontró con ese caballero [Zaharoff], que en aquel momento estaba especialmente interesado en los negocios de España, y otra fuente añade que ella cayó literalmente en sus brazos, cuando iba huyendo del vagón cama y de la brutalidad del esposo con el que acababa de contraer matrimonio*»[cccLxxxiv]. Una versión acaso un tanto novelada de su primer encuentro, pero que muchos años después ratificó el propio Zaharoff quien, en una entrevista en prensa, contaría con todo lujo de detalles cómo conoció a la duquesa en el tren cuando huía a los gritos de « ¡*ayudadme, mi marido me quiere matar!*» y como tuvo que defenderla de las agresiones de su esposo[cccLxxxv]. Según otros, se habrían conocido en una recepción en el Escorial entrando muy rápidamente en relación de amantes para humillación del duque, que semanas más tarde habría enviado unos sicarios a matar al turco que habría salido herido de la escaramuza.

Verdad o ficción, no cabe duda de que el matrimonio de los duques fue un desastre desde primera hora (se rumorearon, incluso, malos tratos), y de que la *liaison* entre la duquesa y Zaharoff se fraguó en los primeros años del matrimonio Marchena, pues es probable que se hubiesen conocido en Madrid a donde en aquellos años él había viajado como encargado de negocios en calidad de presidente de la poderosa firma naval y armamentística británica Vickers-Armstrong. Estancias en Madrid, entre 1886 y 1890, cuyo objetivo era boicotear el submarino de Isaac Peral, vender armas al ejército español y adquirir una fábrica de armamento.

Fines para los que se apoyó en los excelentes contactos sociales de la duquesa, que era hija del poderoso banquero Fermín Muguiro, persona muy influyente en el Partido Conservador, y sobrina del político liberal Segismundo Moret. Para entonces, Zaharoff, que era de origen armenio, gozaba de una enorme influencia en Europa, que le había valido la concesión del título británico de *Sir*, y había conseguido amasar una de las mayores fortunas del momento gracias a sus muchos y variados negocios que no excluían el tráfico de armas. Hasta se decía que él que había fomentado algunos conflictos bélicos para poder venderlas. Diecinueve años mayor que Pilar, se convirtió de inmediato en su protector y en su amante, viajando juntos desde entonces mientras que el duque se ocupaba de sus heterodoxas aventuras galantes en París.

Una relación que era sobradamente conocida en el seno de la familia y que no dejaba de generar un gran desagrado por lo escandaloso, pues Paquito se alarmaba al ver al «inefable Zaharoff» rodeando a la familia de su sobrino y en carta a su hermana le decía: «*No entiendo querida Cristina como Paco permite tales historias entre Pilar y ese innombrable. Yo ya les cerré de bruces una vez que la vi con el y no le permití que ocuparan un asiento a mi lado en el teatro, pobre Paco mio, es tan endeble de caracter que no es capaz de poner freno a esos escandalos que llegan hasta mi, que como bien sabes ando lejos de los salones y de los chismes*»[ccclxxxvi].

Los Marchena convivían bajo el mismo techo guardando todas las debidas apariencias, pero una carta encontrada en el archivo del palacio real de Madrid y que va acompañada de una sugerente fotografía de Francisco, recostado sobre un diván en cierto *deshabillé* y en compañía de un perrito, nos da idea de cuáles eran sus intereses en aquel tiempo. La breve misiva, dirigida a un cierto Ahmed, escrita con una buena caligrafía en francés y fechada en París el 22 de abril de aquel año de 1888, merece ser transcrita aquí en toda su extensión para darnos idea de una conducta que en la muy católica España hubiera levantado las críticas más feroces y las más encarnizadas persecuciones. «*Querido Ahmed* —le escribía— *Me siento desolado por no poder verle, y me sentiría muy feliz si pudiéramos mantener un largo encuentro con usted en solitario. Usted sabe que pienso siempre en usted, y que le amo apasionadamente. Estoy a su entera disposición en mi dormitorio todas las noches después de la medianoche, para recibirle con los brazos abiertos. Créame, mi querido Ahmed, que todavía soy completamente virgen y únicamente para usted, aunque por las apariencias haya creído otra cosa. Su muy apasionado, duque de Marchena*»[ccclxxxvii]. Difícil saber cómo un documento de esa naturaleza pudo llegar a los archivos de palacio, pero no cabe duda de que en Madrid la reina regente debió de tener noticia de aquellos hechos, o de otros

parecidos, prefiriendo sin duda que aquello aconteciese en Francia y no en la pacata España del momento.

Situaciones escandalosas que también afectaban a los duques de Ánsola, pues después de instalarse durante un tiempo en su casa de París y pasar luego una temporada en Málaga, Luis Jesús se embarcó camino de Tánger, donde se hospedó en el Hotel Continental antes de proseguir camino a su destino final, que era el puerto de Argel. Un desplazamiento motivado por su quebrantada salud que le llevó a buscar un clima más benigno y más temperado, mientras su esposa quedó en Europa viviendo entre Madrid y París y entrando en amoríos con el diplomático don Manuel Méndez de Vigo y Méndez de Vigo. *Poulot* era una mujer de temperamento y, según algunos de sus descendientes, llevaba casi dos años sin ver a su esposo cuando quedó embarazada y tuvo que marchar precipitadamente a Argel para dar allí a luz a su segundo hijo.

En el país africano su marido vivía rodeado de cuidados en la *Villa Roussot*, en el barrio de Mustapha, donde a poco de la llegada de ella y, con sólo 25 años, le llegó la muerte el 24 de enero de 1889 sucumbiendo, según el parte médico, de una afección del pecho de la que venía aquejándose hacía tiempo. Días más tarde, el 3 de febrero, nacía póstumo su hijo Manfredo, sobre quien siempre pesaría el estigma de la ilegitimidad. Como final de aquel irregular episodio, la duquesa regresó a Madrid llevando consigo a sus dos hijos y el féretro de su esposo, que fue enterrado en la capilla del palacio de sus primos los condes de Guendulain en Toledo[273]. Poco más de un año después, y respetados ya los lutos de rigor, el 30 de noviembre de 1890 contrajo matrimonio en Irún con Méndez de Vigo con quien sería madre de una larga prole[274].

Imposible saber cuántos de aquellos líos llegaron a oídos de la infanta Cristina que, encerrada en su palacio madrileño, el 5 de junio de 1889 había perdido a su hijo menor, el sordomudo Gabriel. El cuerpo del joven, que había fallecido víctima de una enfermedad de pecho, fue embalsamado y expuesto en capilla ardiente en el palacio materno y dos días después fue enterrado en el panteón que su madre adquirió en el madrileño cementerio de San Isidro. Una pérdida que probablemente agravó la atávica limitación de la infanta, a quien este hijo había dejado como heredera universal. Meses más tarde, ya en 1890, la Corona nombraba como nuevo tutor de sus otros hijos a Alfonso Osorio de Moscoso, duque de Terranova[275], dado que la situación personal de ella requería de «*especial guarda y cuidado de su persona y bienes [...] mientras dure su estado de incapacidad*»[cccl xxxviii]. Un trance difícil al que vino a sumarse la rápida dispersión del gran patrimonio familiar, pues ese mismo año el duque de Dúrcal dejó la cortijada de Ánsola[276] en garantía de un préstamo de 25.000 pesetas

solicitado al literato madrileño José María Alcalde Sánchez. Un préstamo impagado que terminó con el conde de Agrela[277] asumiendo finalmente la deuda y quedándose con la propiedad.

Entre tanto en noviembre de ese mismo año, los Marchena, ahora residentes en Biarritz, traían al mundo a una segunda hija que recibió el nombre de Elena, meses después de que su dispendioso hermano Dúrcal hubiese sacado a la venta en pública subasta en Francia otra parte de la pinacoteca heredada de su padre; 59 valiosas obras procedentes de las colecciones reales españolas (Murillo, Carreño de Miranda, Holbein), de la herencia de la primera esposa de don Sebastián (Van Eyck, Guido Reni, Carduccio, Tiepolo, Vaccaro) y de adquisiciones del infante durante su vida en España (Brueghel, Goya, Teniers, Juan de Juanes, Greco, Mengs, Poussin, Martin de Vos), que se vendieron el 3 de febrero en el Hotel Drouot de París por 111.710 francos[cccclxxxix]. Una venta que dio comienzo a lo que en años posteriores sería la gran liquidación de la otrora magnífica galería de pinturas de don Sebastián. Con aquellos dineros los Dúrcal marcharon a vivir a París, donde el 4 de febrero de 1891 nació su tercer hijo, y único varón, que recibió los nombres de Fernando Sebastián.

Sin embargo, la salud de Pedro Dúrcal andaba frágil, pues el 5 de enero de 1892 falleció inesperadamente a los 29 años en su domicilio parisino del 8 de la rue de Berry, a consecuencia de una tuberculosis según los doctores Mennier y Howard que su tía, la reina Isabel, había mandado llamar para atenderle. Su muerte fue declarada en el registro civil francés por su amigo el conde Charles León, nieto del gran Napoleón, y su cuerpo fue repatriado a España para ser enterrado en el panteón familiar del cementerio de San Isidro. Una pérdida envuelta en la polémica, pues se llegó a acusar a su esposa de haberle secuestrado. A tanto llegó la cosa, pues las lenguas se desataron en los salones de Madrid, que Caridad se apresuró a conceder una entrevista al corresponsal de *El Imparcial* en París, contando una rocambolesca historia.

Según ella relató, su esposo se encontraba en Madrid llevando a cabo unos negocios que acabaron con su fortuna, mientras ella se hallaba enferma en París y, viendo que hacía semanas que no tenía noticias suyas, se decidió a ir a buscarlo a España. Mas no habiéndolo encontrado en la casa en la que le suponía, se instaló en una fonda cercana a la Puerta del Sol hasta averiguar que él estaba enfermo en un cuarto piso de la calle de la Paz. Hasta allí se desplazó con un médico, que juzgó que ante el lamentable estado de aquella vivienda la mejor solución era que ella se lo llevase consigo de vuelta a París, saliendo hacia allí de forma oculta «*porque no podía ser de otro modo*», según palabras de ella. Además, y según aquellas mismas declaraciones, el duque se encontraba en busca y captura acusado de

estafa y con un auto de prisión pesando sobre su cabeza. «*Yo sentía* —seguía relatando ella— *el peligro crecer por instantes; me creí espiada. Pero sin duda debió ser una ilusión; pues una noche bajamos por distintos caminos a la plaza de Oriente, y allí nos reunimos, dirigiéndonos ambos a la estación del Norte*»[cccxc].

Ya en Francia le hizo reconocer por el doctor Aubard, que le diagnosticó una tuberculosis y que tomó la decisión, junto con el doctor Muquier, de administrarle un fuerte vejigatorio. A renglón seguido la reina doña Isabel, siempre pendiente de los avatares de las vidas de aquellos sobrinos, le envió al doctor Simón que aseguró que el padecimiento del enfermo era tisis. Todo un folletín que, tras la muerte de Pedro, vino a poner en cuestión el señor José Romero Cerdeña, amigo del difunto y propietario de la casa de calle de la Paz, al negar de forma rotunda que aquellas habitaciones hubiesen estado en malas condiciones, que el duque ya estuviera por entonces enfermo y que hubiese ningún tipo de auto de procesamiento contra él[cccxci]. Un misterio sin resolver pero que dejó manchada la reputación de la duquesa.

*

En tan solo cuatro años Cristina había perdido a tres hijos, quedándole ahora únicamente el mayor, Marchena, y el soltero Alfonso, y sólo en aquellos años se planteó la posibilidad de marchar a vivir con su hermano Paquito a Épinay, como confirma la correspondencia entre ambos, si bien desconocemos los motivos por los que finalmente optó por permanecer en Madrid. Pero, para colmo de males, en diciembre de ese año de 1892, su nuera Caridad le puso un pleito reclamándole alimentos para sus tres hijos. Una petición que sacó al público las gruesas desavenencias pasadas en el matrimonio de los duques, y que le fue denegada por los tribunales que la obligaron a pagar las costas del proceso[cccxcii], teniendo que regresar a Madrid asediada por las deudas después de una breve estancia en Lisboa para visitar a la familia real portuguesa. Vivencias difíciles de hijos que siempre vivieron con grandes dispendios, y que acosaron a la infanta en su ancianidad cuando aún le aguardaba un último gran disgusto que fue el matrimonio, en julio de 1894, de su hijo Alfonso con la extremeña Julia Tomasa Méndez Morales, hija de un barbero. Una boda muy desigual y contra todo pronóstico por parte de un hombre de quien se ha dicho que llegó a rechazar un título ducal de la Corona, por no querer que este restara la importancia a su apellido Borbón. Lo que en realidad le hubiera gustado es ser infante de España[278].

En julio de 1895 la infanta aún alcanzó a tener noticia del nacimiento de una última nieta, llamada Ángeles; una hija de los Marchena, que aún mantenían en París una ficción de matrimonio en

su nueva casa del 3 de la rue Boccador. Poco más se sabe de la vida del duque a partir de entonces, en tiempos en los que su esposa afianzaba su relación con Zaharoff que, años después, adquiriría para ella en Francia el bello castillo de Balincourt[279]. No hay rastro documental de la relación que la infanta mantuvo con estos nietos Marchena, con sus nietos Dúrcal, ahora que la duquesa viuda se había enfrentado con ella y mantenía una relación amorosa con un conocido político de aquellos tiempos[280], o con su nietos Ánsola dado que *Poulot* había creado una nueva familia con Manuel Méndez de Vigo. Sí sabemos que aún mantenía alguna vida social, pues en 1897 asistió a la boda de su sobrino nieto, el duque de Sessa, con la hija de los condes de Fuenclara, y que en los veranos solía marchar al País Vasco para instalarse en la *Villa Pozzi* del barrio donostiarra de Ategorrieta, o en hoteles en San Sebastián, en compañía de sus damas, las señoras de Aguilera y de Aguirre de Tejada, y del jefe de su casa Ricardo Redondo.

Oculta al ojo público, pues apenas se dejaba ver, en diciembre de 1900 Cristina no quiso dejar de dar su último adiós a su hermana Luisita. Se hace difícil saber cuánto entendía de todo cuanto sucedía en el seno de su familia, pero los tiempos cambiaban y ese año del comienzo del nuevo siglo, en medio de las discusiones sobre los presupuestos públicos, se alzaron algunas voces contra la asignación que ella, una de las mujeres más ricas de España, recibía por el hecho de ser miembro de la familia real. Sin tener muy claro si ella misma lo autorizó, se decidió dejar de pagarle la asignación, pero los problemas no acababan ahí ya que ese mismo año trajo consigo un nuevo proceso judicial cuando en junio Francisco Silvela, presidente del Gobierno, firmó un decreto declarándola incapacitada y nombrando tutor suyo al duque de Terranova miembro, como él, del partido conservador.

Un decreto que ya en 1901 intentó impugnar sin éxito su hijo Alfonso, que desde octubre de 1891 ya era tutor legal de su también incapacitado hermano Marchena[281], y que ahora interpuso una demanda ante el Juzgado de la Latina, solicitando que se le nombrase a él tutor de su madre apartando del cargo al duque de Terranova[cccxciii]. Un proceso que no llegó a parte alguna por el deseo de la reina regente de ser ella quien, a través del duque que se mantuvo en el cargo[282], continuase dirigiendo la curatela de la infanta y sus intereses personales. Alfonso apeló, pero el tiempo le corría en contra pues su madre cayó enferma de gravedad en diciembre, falleciendo finalmente de una infección bronquial en su casa palacio el 19 de enero de 1902 a los 68 años.

Durante la noche del día anterior se la había intentado reanimar con inyecciones de alcanfor y fue consciente de su fin. Junto a ella se encontraban su hijo Alfonso, el jefe de su casa y el doctor Baeza, y el

cadáver, que fue embalsamado, fue expuesto en capilla ardiente en la planta baja de su casa-palacio, disponiendo la reina regente que se le dispensasen los mismos honores que al duque de Montpensier. Su otro hijo vivo, el duque de Marchena, no viajó a Madrid aduciendo padecer un ataque de gota y, el día 21, el féretro fue conducido al monasterio de El Escorial para su entierro en el panteón de infantes. Su testamentaria arroja que dejó a sus dos hijos vivos, Marchena y Alfonso, y a sus nietos Dúrcal y Ánsola, una desahogada herencia consistente en 340.788 pesetas en metálico, 1.564.548 de pesetas en efectos públicos, 511.519 pesetas en alhajas, 354.071 pesetas en bienes muebles y otras 1.171.014 pesetas en bienes inmuebles[cccxciv].

Una hacienda que pronto se evaporaría en manos de sus herederos que, de inmediato, sacaron a la venta en pública subasta un notable conjunto de su colección de pinturas de 89 obras de Goya, El Greco, Tiépolo, Tintoretto, Carreño de Miranda, Luca Giordano, Mengs y van der Weyden, entre otros, que fue catalogado a toda prisa por el ex director del museo de El Prado Francisco Pradilla[cccxcv]. Las joyas correspondientes a Marchena y a los hijos de Ánsola fueron depositadas en el Banco de España, mientras que Alfonso y la duquesa viuda de Dúrcal decidieron tomar posesión de las suyas[cccxcvi].

El duque de Marchena, de cuya vida posterior se pierde el rastro en aquellos años, continuó bajo la tutela de su hermano Alfonso que, en algún momento, decidió enviarlo a París para que fuese su esposa quien se hiciera cargo de él. Figura fuertemente incomoda por su homosexualidad y sus maneras, en 1902 no se le permitió asistir al entierro de su tío Paquito, fallecido en su castillo de Épinay, y lo mismo sucedería en 1904 con ocasión de la muerte de la reina Isabel. Unos tíos por los que debió de sentir un verdadero aprecio, pues Cristina siempre había encomendado a su hermano la protección y la vigilancia de este hijo que, de tanto en tanto, pasaba temporadas con él en Épinay. Su hermano Alfonso sería quien en aquellos años precediese a vender, en su nombre, varios cuadros de Goya y quien en 1910 adquiría para él un castillo en la localidad francesa de L'Echelle-Saint-Martin, que sería completamente destruido durante la primera Guerra Mundial. Francisco Marchena aún alcanzaría a asistir, en 1911, a la boda de su hija María Cristina con el armador Leopold Walford[283], y en 1920 a la de su otra hija, Ángeles, con el conde polaco nacido en Estambul Jan Ostrorog[284].

Hasta el final de sus días continuó residiendo en París en su casa de la rue Dumont d'Urville, si bien la muerte le sobrevino el 17 de noviembre de 1923 estando internado en la *Casa de Hidroterapia y Convalecencia* de Neuilly sur Seine[285]. Una clínica que debía de frecuentar y en la que se procuraban ciertos tratamientos, sin duda alguna muy cruentos, para el tratamiento de la homosexualidad. Fue

enterrado en la capilla del castillo de Balincourt[286], propiedad de su esposa, y todas sus propiedades en Andalucía fueron vendidas. En junio del año siguiente su viuda contrajo matrimonio finalmente con Zaharoff[287], que terminó adoptando a sus dos hijas[288] a quienes tras su muerte dejaría herederas de su cuantiosa fortuna[289].

Los hijos del difunto duque de Dúrcal dejarían larga progenie en España e Iberoamérica[290], destacando entre ellos la hija nacida de la relación adulterina que el segundo duque de Dúrcal, Fernando de Borbón y Madan, mantuvo con la famosa bailaora Pastora Imperio[291]. Por lo que respecta a Luis Alfonso y Manfredo, los hijos del también desaparecido duque de Ánsola, el mayor únicamente dejaría hijos nacidos fuera del matrimonio tras haberse casado en el Reino Unido con Beatrice Harrington. Un matrimonio desigual que tan solo duró unos días y que su madre, la inefable *Poulot*, se esforzó en deshacer de forma inmediata apelando hasta al rey Alfonso XIII. El menor, Manfredo, sería agraciado en enero de 1914 con el ducado de Hernani por el rey Alfonso XIII[292]. Su tío Alfonso, el hijo menor de la infanta, que era alférez de infantería, terminó separándose de Julia Méndez que en 1910 le llevó a los tribunales en demanda de una pensión de alimentos. Llegó a ser presidente de la Cruz Roja y falleció el 28 de abril de 1934 en su casa madrileña del 17 de la calle O'Donnell. Fue enterrado en el cementerio de San Isidro, tras haber sido testigo tres años antes de la caída de la monarquía de su sobrino Alfonso XIII.

AMALIA, LA PRINCESA

«*No fue acceso de verdadera locura el que tuvo la infanta, sino que la acometió una violentísima crisis nerviosa*.»
(*El Día* sobre la infanta Amalia, enero de 1889)

Cuando Amalia, la menor de esta fratría de infantas, llegó de regreso a la España de sus mayores en el verano de 1844, contaba tan solo 9 años, hacía tres que no veía a sus padres, había quedado huérfana de madre y no había alcanzado a participar de los fastos de la vida de corte de la monarquía burguesa de su tío el rey Luis Felipe. Opacada por los caracteres más marcados de sus hermanas Isabelita, Luisita y Pepita, todavía debía de vivir muy ajena a las realidades del mundo. Apenas podía recordar España, de donde había salido a los 4 años, su español era muy vacilante y se enfrentaba a un gran cambio de vida en un país nuevo del que no conocía los parámetros. Además arrastraba algunos problemas motrices en las piernas, pues durante sus primeros años había tenido que contar con la ayuda de cierta máquina de naturaleza ortopédica para poder caminar, como informaba su padre por carta a la reina María Cristina: «*La Amalia esta*

buena de salud, va mejor de las piernas pero aún tendrá para dos años para quitarle la máquina, y que esté enteramente buena de las piernas bajo la dirección del médico que le asiste»[cccxcvii]. Escasos atractivos para una infanta segundona que, sin embargo, sería de entre todas sus hermanas la única llamada a casar con un príncipe extranjero, hijo de una familia de gran prosapia.

Ya en España, las jóvenes se instalaron en casa de su padre, donde de inmediato se vieron rodeadas de un entorno más opulento que el que habían conocido en el convento parisino y de mucho más personal de servicio. Una pequeña corte en la que se respetaba un cierto ceremonial, pues como recogía la prensa, «*El Sermo. Sr. infante D. Francisco de Paula ha recibido hoy a la una y media en su palacio de San Juan, con motivo de ser los dias [el cumpleaños] de su augusta hija la infanta Doña Amalia Felipa. El besamanos ha estado muy concurrido, habiendo asistido toda la oficialidad de los cuerpos de la guarnicion, cuyas músicas han tocado durante este acto, los ministros, autoridades, altos funcionarios, grandes de España y otros personajes distinguidos*»[cccxcviii]. Por entonces Luisita y Pepita ya contaban con edad suficiente para participar en la gran vida social, mientras que ella y Cristina compartían asignación, aya, doncellas y profesores, transitando junto su hermano Fernandito aquellos años agitados de 1846, 1847 y 1848, en los que Paquito se convirtió en rey consorte, Teresa Arredondo entró en la vida de su padre y Luisita, Pepita y Enriquito contrajeron matrimonios desiguales que supusieron el exilio de los dos últimos.

Acontecimientos notables para estas dos hermanas, que en algún momento de aquellos años pasaron a vivir en palacio bajo el ala protectora de los reyes, pues en febrero de 1848 la prensa recogía: «*Hace dos días que don Antonio Rotondo, cirujano dentista de cámara, tuvo ocasion de practicar la avulsion de una muela en la augusta persona de la Serma. Sra. infanta doña Amalia. Parece que tanto el facultativo como las demas personas que se hallaban presentes, admiraron la serenidad de la jóven princesa, al sufrir tan dolorosa y delicada operacion. A pesar de hallarse en boga el cloroformo, no quiso hacer uso de él el señor Rotondo, porque, segun su opinion, esta clase de operaciones, practicadas como deben serlo, es decir, con destreza y prontitud, no han menester de ningun agente anestésico*»[cccxcix].

*

La familia de don Francisco, tan marcada por el temperamento de muchos de sus hijos, no ponía las cosas fáciles para que Amalia pudiese encontrar a un príncipe adecuado pero, en octubre de 1848 y calmada ya en Europa la ola revolucionaria de aquel año, el príncipe Adalberto de Baviera llegó a Madrid para lo que iba a ser un largo viaje por España y por Portugal. Un príncipe de notable talla (medía

1,90 metros), dotado de un gran amor por el arte, la literatura, la historia y los idiomas, pues además del alemán hablaba italiano y español de forma fluida, que llegó acompañado del barón Max von Ow. En Madrid fue agasajado con toda la pompa requerida durante dos semanas de cenas de gala, bailes, visitas culturales y excursiones a los reales sitios, desde allí se marchó a Sevilla, donde fue huésped de los duques de Montpensier en su palacio de San Telmo, y finalmente visitó Málaga y Cádiz antes de embarcar desde Gibraltar hacia Marsella camino de su Baviera natal. Una ocasión que se aprovechó para incluir en las festividades a Cristina y a Amalia, que ya salían al siempre incierto mercado matrimonial y que, a partir de entonces, comenzaron a tomar parte en los saraos y las ceremonias de palacio, pues en abril del año siguiente la menor de las hermanas no faltó a un baile en palacio al que asistió vestida de blanco y bailó el nuevo ritmo de moda que era el *Schotisch*.

El bávaro marchó vivamente impresionado por esta infanta y por la recepción que le habían dispensado en Madrid, pero dos largos años pasaron sin que llegasen noticias de Múnich. Así, en la primavera de 1850 se rumoreó en prensa la posibilidad de un matrimonio entre Amalia y el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, que desde dos años antes ostentaba la presidencia de la República Francesa[cd]. Una posibilidad que no tuvo recorrido alguno, pues Adalberto había gustado mucho en Madrid y por entonces era, sin duda, un partido considerado mucho más digno que un príncipe medio revolucionario que presidía una república y que, como miembro del clan Bonaparte, era tenido por un *parvenu*. Además, el rey consorte no estaba dispuesto a dejar escapar tan buen partido habida cuenta de los pobres matrimonios de Isabelita, Enriquito, Luisita y Pepita. Quería obstinadamente un príncipe para Amalia y para Cristina.

Mientras, en la lejana Baviera el viejo rey Luis I, padre de Adalberto, se hacía mieles ante la posibilidad de un matrimonio español para su hijo menor. Nadie en Europa tenía fama de sentir una mayor pasión por el mundo de la Grecia clásica y de las culturas de la antigüedad que aquel peculiar soberano, que en 1848 había sido forzado a abdicar por una revolución y porque su imagen pública había quedado fuertemente dañada por su escandalosa relación amorosa con la bailarina Lola Montes[293]. Una situación que había puesto patas arriba a la fuertemente católica familia real bávara, los Wittelsbach, y que había forzado al sanguíneo y mercurial rey a abandonar el palacio de Nymphenburg para instalarse en el Wittelsbacher Palais de Múnich.

Desde aquel año de 1848, tan marcado por las revoluciones en toda Europa, reinaba en Baviera su primogénito, Maximiliano II, pero entre bambalinas era el depuesto Luis quien estaba dispuesto a mover los

hilos en favor de la boda española. Años atrás, él mismo había declarado de forma enfática querer hacer de Múnich «*la Atenas del norte*», su interés por España era incuestionable, hablaba y leía el idioma con la mayor facilidad, se decía de él que en 1808 se había mostrado dispuesto a venir a luchar contra los franceses en la guerra de la Independencia, y veía con el mayor gusto la posibilidad de incorporar la sangre mediterránea de los Borbones a la de su propia familia. Intereses que coincidían plenamente con los de la corte española, donde por entonces Cristina y Amalia eran las únicas infantas en edad casadera, si bien a nadie se le ocultaba que la poco lucida Cristina no era la princesa adecuada para enviar al entorno de la por entonces pujante realeza alemana. Por tanto todo parecía favorecer la idea de un matrimonio entre Adalberto y Amalia que, como vemos, estaba en la agenda del rey consorte.

No obstante, había un gran escollo a salvar cuyo origen se encontraba en una lejana región del Mediterráneo, pues desde 1832 el príncipe Otto de Baviera, segundo hermano de Adalberto, reinaba en Atenas como rey de la nueva Grecia independiente. Otto, que estaba casado con la duquesa Amalia de Oldenburg, carecía de hijos y, con toda probabilidad, ya no alcanzaría a tenerlos, y ello colocaba al novio de la infanta en la posición de presunto heredero de aquella corona toda vez que su otro hermano mayor, el príncipe Leopoldo, se había negado a aceptar aquella herencia por encontrar intolerable la idea de abandonar el catolicismo para abrazar la fe ortodoxa griega. Un asunto muy espinoso que por el momento, y durante unos años, dejó en suspenso aquel proyecto matrimonial que, en realidad, nunca se abandonó ni en Múnich ni en Madrid.

Al parecer, desde su primera vista a España el príncipe había dejado muy claro que quería casarse con Amalia, pero las negociaciones secretas se topaban con notables dificultades, ya que desde Rusia el zar presionaba fuertemente en contra, por no tolerar la idea de que el eventual sucesor del trono griego, y su progenie, no abrazasen la confesión ortodoxa. Un asunto que, lógicamente, también preocupaba mucho en Atenas pero que, cinco años después, en febrero de 1853, pareció dar un giro que vino a sacar a Amalia de su *ennui.* La pesada maquinaria de las cancillerías se había desencallado y, según recogía el diario español *El Observador,* «*Parece que está muy adelantado el proyecto de casar a la hermana de S. M. el rey, la infanta doña Amalia, con el principe Adalberto de Baviera, el mismo que ya ha visto nuestro país y tenido ocasion de apreciar personalmente las gracias y las virtudes de su futura esposa. S. M. el rey de Baviera, que debe llegar precisamente a España, es quien regularmente terminará este negocio*»[cdi]. La prensa alemana hasta hablaba de un posible viaje del rey Luis a España y de que, tras la boda, que se celebraría en Madrid, los recién

casados se instalarían en el viejo palacio de los arzobispos de Würzburg.

Los reyes de España llegaron a aceptar que los futuros hijos del matrimonio fuesen educados en la ortodoxia griega, y así se lo trasladaron al barón de Wendland, plenipotenciario bávaro, pero fue el gobierno español el que puso el freno negándose a que la infanta, o sus futuros hijos, tuvieran otra fe que no fuera la católica[cdii]. Una nueva traba que llevó a Adalberto, cansado de todo aquello, a declarar que estaba dispuesto a renunciar a sus hipotéticos derechos sucesorios en Grecia para casarse con la infanta[cdiii].

En mayo la idea de la boda bávara fue ganando enteros en la prensa española que, haciéndose eco de la prusiana, continuaba insistiendo en que, a falta de hijos de Otto este hermano estaba llamado a heredar la corona griega. Durante el año siguiente, 1854, nada volvió a mencionarse, pero desde enero Amalia comenzó a recibir clases de alemán impartidas por el barón de Wendland, sustituido en ocasiones, cuando estaba ausente, por el encargado de negocios del reino de Sajonia, Adolf Keil, residente en el 4 de la calle de San Quintín[294].

*

Adalberto había nacido en el palacio muniqués de Nymphenburg el 19 de julio de 1828, y había crecido en el seno de una familia culta en la que sus padres habían desplegado la ternura y habían potenciado el gusto por las cosas sencillas y el amor por la naturaleza. Por su madre, la princesa Teresa de Sajonia-Altenburg, enlazaba con toda la realeza protestante del norte de Europa e incluso de Gran Bretaña y, según su padre, desde fechas muy tempranas había expresado su claro deseo de casarse con una española. Una idea en la que sin duda alguna habían influido tanto la inclinación de su progenitor por las culturas del sur, como la imagen goyesca de España que tras las guerras napoleónicas se había extendido por Europa, y particularmente por Francia, a través de escritores como Merimée. Sumado a ello es probable que la elección de una Borbón de España como esposa hubiera estado animada por la estrecha relación que, por entonces, unía a su familia con la casa real de Sajonia que, a su vez, mantenía un parentesco estrecho con la casa real española. Dos de sus tías, las princesas María y Amalia, estaban casadas con el rey Federico Augusto de Sajonia y con su hermano y heredero el príncipe Juan, cuya madre, la princesa Carolina de Parma, era sobrina de Carlos IV de España. Circuitos estrechos que mantenían sus vínculos por vía epistolar, pues ya hemos visto como la princesa Amalia de Sajonia, hermana del citado rey Federico Augusto, mantenía correspondencia regular con Isabelita, la hermana mayor de Amalia.

Sin embargo aún no estaba todo dicho en aquellas negociaciones, pues a Adalberto no le resultó tan fácil desligarse de sus obligaciones para con Grecia y, esta vez, fue el papa Pío IX quien se negó a que los hijos de una infanta pudiesen profesar la fe ortodoxa. El enlace se llegó a descartar, pero Paquito estaba más que empeñado en que su hermana se casara con algún príncipe y se puso manos a la obra en lo que él mismo denominó «el asunto de familia». De ahí que exista una amplia correspondencia confidencial de aquellos años entre él, Luis López de la Torre Ayllón[cdiv], el marqués de Bassecourt, Manuel Bertrán de Lis y el marqués de Miraflores con un único objetivo: casar a Amalia con un príncipe. «*Sería satisfactorio* —escribía el marqués de Miraflores— *procurar para la infanta un marido que la situara en una posición privilegiada, recuperando el prestigio y los principios monárquicos perdidos con los matrimonios de sus hermanas y hermano*»[cdv].

En esas, la vieja reina Amelia de los franceses, ya viuda del rey Luis Felipe, llegó a Sevilla para visitar a sus hijos los duques de Montpensier. Una ocasión que Paquito aprovechó para enviar a aquella ciudad a Cristina y Amalia, aduciendo querer alejarlas de los levantamientos revolucionarios de aquel año en Madrid. Un viaje cuyo motivo real era la llegada prevista a la capital hispalense del príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, que de visita en Lisboa a su hermano el rey Fernando de Portugal pensaba entrar en España. Años atrás Leopoldo había sido considerado uno de los más serios candidatos a la mano de la reina Isabel, y ahora se esperaba que conociera a estas dos infantas aún solteras. Por desgracia todo se vino abajo por la oposición de la reina Victoria del Reino Unido que, enterada del asunto, desaconsejó a su primo Leopoldo que recalase en Sevilla[cdvi].

Tras aquel fracaso, y a petición de Paquito, la tupida red familiar se puso manos a la obra para buscar un candidato idóneo, comenzando por la propia reina Amelia y siguiendo por su hija la princesa Clementina y por la infanta María Luisa, hermana del duque de Parma y viuda del príncipe Maximiliano de Sajonia. Los príncipes elegidos fueron varios: el duque Luis Guillermo en Baviera, hermano de la emperatriz de Austria; tres archiduques austriacos hermanos del emperador Francisco José (Maximiliano, futuro emperador de México; Carlos Luis; y Luis Víctor); y un cuarto archiduque, José, príncipe palatino de Hungría. La corte austriaca mostró cierto recelo y, aunque Maximiliano solicitó un retrato e informes sobre Amalia, todo quedó finalmente en nada.

Mientras tanto ese otoño de 1854 falleció en Múnich, de forma inesperada, la madre de Adalberto, la reina Teresa, tras haberse contagiado de cólera en la capital bávara. Una pérdida muy sentida por todos, pues aquella madre que él calificaba de «*inolvidable*» en

carta a su hermano Otto, había padecido en silencio el sonoro *affaire* de su esposo con Lola Montes. El largo luto se impuso en la corte bávara pero, llegado 1855, el proyecto matrimonial se retomó con determinación, pues Adalberto se plantó y dijo que se casaría con Amalia a cualquier costo. Tanto era así que, en mayo, él y su padre viajaron a Roma para tratar con el Papa la cuestión de la sucesión griega, y en junio él llegaba a Valencia a bordo del *Mercurio*, procedente de Marsella, viajando de incógnito como conde de Andechs. Allí se hospedó en la Fonda del Cid, prosiguiendo días más tarde hacia Almería y Málaga, donde visitó la catedral, y el 19 de julio ya estaba en Madrid donde se hablaba «*de su vasta instrucción*».

«*Ayer* —publicaba el diario *La Iberia— fué visitado el príncipe Adalberto de Baviera por los gefes de las legaciones estranjeras en Madrid. S.A. ha recibido a los representantes de las potencias amigas de la España con la mayor cordialidad. La noticia de su casamiento con la infanta doña Cristina [sic.] adquiere cada momento mayor viso de verosimilitud. Se dice que ya está vencida la dificultad que en época no lejana impidió este casamiento. Siendo el príncipe Adalberto heredero presunto del trono de Grecia, es necesario que sus hijos se eduquen en la religión griega. Ante esta dificultad se retrocedió antes; pero parece que hoy ya no existe*»[cdvii].

En la corte todo fueron agasajos tanto en las legaciones extranjeras presentes en la capital como en palacio, y en los reales sitios como El Escorial ya que, como publicaba *La Época:* «*El asunto principal de las conversaciones es el enlace del principe bávaro con la infanta Amalia. Se cree cosa resuelta, y el magnífico banquete con que S. M. le obsequió ayer, ha prestado nueva consistencia a las conjeturas en que nos ocupamos a la sombra de estas magníficas arboledas o bajo las soberbias galerías del monasterio*»[cdviii].

Semanas después, a fines de mayo, llegaba a Madrid el conde Klemens von Waldkirch, representante y consejero de Estado de la corte bávara, acompañado del barón de Malzen, para pedir la mano de la infanta. La comitiva se hospedó en la denominada «*Casa del Cordero*»*,* y la ceremonia de recepción a aquella embajada extraordinaria se llevó a cabo, con gran protocolo, en palacio el 1 de junio estando presentes los reyes y el padre de la novia. Doña Isabel y Paquito estaban henchidos de satisfacción, pues hacía décadas que una infanta española no se casaba con un miembro de una casa soberana extranjera. El día 13 las Cortes dieron su aprobación a la boda, y el día 16 se oficializó con toda la pompa palatina la petición oficial de la mano de Amalia por parte de los delegados bávaros. Esa misma noche, el padre de la novia escribía a su cuñada la reina madre: «*Te pongo estos renglones como sé que tanto te interesas por mi y por mi familia, para participarte de que ya fué pedida en matrimonio por el Principe Adalberto de Baviera mi hija Amalia*»[cdix].

Convenido ya el matrimonio, tan del gusto de ambas familias y que llevaría a Múnich las anheladas flores de lis de los Borbones, la familia real española encargó a los joyeros londinenses Widdowson & Veale parte de las valiosas piezas que Amalia llevaría consigo a Baviera, para dar realce a su nueva posición en una corte extranjera. Las joyas, regalo de la reina, viajaron a España en abril de 1856 y, según el diario *La Época*, consistían en un conjunto completo de gran tiara, broche, collar y pulseras a juego en gruesos brillantes.

En esas la prensa británica volvió a airear la cuestión de la sucesión griega, afirmando que el gobierno francés había solicitado explicaciones por aquel matrimonio que podía, eventualmente, llevar a una Borbón como consorte al trono de Atenas. La patata caliente volvía a ser la cuestión de la obligada educación de los hijos de la pareja en la fe ortodoxa, pero por el momento el asunto se dio por finiquitado por parte de ambas familias, pues el papa Pío IX había dejado claro que no transigiría con la educación de los hijos fuera de la fe católica. Así, y con el compromiso matrimonial ya oficializado, el día 26, Waldkirch regresó a Múnich mientras Amalia, sin duda feliz, escribía a Bruselas a su hermana Isabelita: «*te pido, que ahora mas que nunca, unas tus oraciones a las mias para que mi unión con mi amado Adalberto, sea dichosa siempre, y que Dios nos dé su gracia para que mutuamente nos guardemos en esta vida y nos llene de sus bendiciones hasta la muerte*»[cdx]. Días más tarde, la princesa Amalia de Sajonia se dirigía a Isabelita para darle cuenta de su visita a la ciudad bávara de Lindau donde «*vi al príncipe Adalberto, el prometido de vuestra querida hermana que estaba encantado de su felicidad*»[cdxi].

La boda se fijó para el 25 de agosto, festividad de San Luis de Francia, y el 31 de julio el suegro de Luisita, el marqués de Palomares y Dionisio Prendergast, empleado de la tesorería de la Real Casa, salieron camino de Marsella para recibir allí el día 10 a Adalberto, cuya personalidad despertaba gran interés en la prensa hispana.

«*El próximo enlace del príncipe Adalberto de Baviera con la infanta Amalia* —relataba el diario *La Época*— *, presta hoy un gran interés a todas las noticias referentes al carácter y cualidades del príncipe y al estado de cultura en que se encuentra la parte de Alemania en la que va a vivir nuestra simpática y bella princesa. El hermano del actual rey de Baviera, que hace algunos años visitó España, donde tuvo ocasion de ver a la infanta y de quedar prendado de su hermosura y virtudes, es un jóven de talento, de ilustracion y de un gran sentimiento artístico. Su carácter es afable y bondadoso, y está, como saben nuestros lectores, educado en la iglesia católica romana […] El príncipe Adalberto posee una gran renta, dos hermosos palacios y los trenes más lujosos del pais. El rey Luis, padre del príncipe y del monarca actual, era un soberano muy instruido, había viajado mucho por Italia, escrito varias obras, algunas en verso, y fue*

siempre tan entusiasta y amigo de España, que quiso venir a pelear por nuestra independencia en 1808, cosa que no le consintió su padre, por razones políticas fáciles de comprender»[cdxii].

En Marsella los españoles esperaron la llegada del bávaro instalados en el Hotel de Oriente y los diarios, que seguían todos aquellos movimientos con vivo interés, filtraron que Amalia aportaría al matrimonio un ajuar valorado en cuatro millones de reales, otro millón regalo de la reina Isabel y un aderezo de brillantes heredado de su madre. Las ropas y las ricas telas procedían todas de las fábricas catalanas, y en palacio se procedió a cubrir son tapices las frías galerías y a acondicionar la real capilla en la que habrían de celebrarse los esponsales. El día 23 Adalberto, tras un largo viaje enlentecido por la mala marcha de los trenes, ya estaba finalmente en Madrid donde fue alojado en el palacio de las Vistillas, propiedad del riquísimo duque de Osuna, y de inmediato fue a visitar a los hermanos y hermanas de la novia que, a excepción de Cristina, no asistirían a la ceremonia de boda. La reina le concedió la orden del Toisón de Oro y así llegó el día de la boda, oficiada por el arzobispo de Toledo, con la presencia especial del conde de Galen, plenipotenciario de Prusia, y del de Grecia, en representación del rey Otto. La prensa reseñó:

«*El príncipe Adalberto, entró pocos minutos despues vestido de uniforme encarnado de la órden de San Jorge con solapa blanca, charreteras de plata, gran cruz de Cárlos III, calzón corto blanco y medias de seda. Muchas de nuestras damas estaban perfectamente prendidas, y en los trajes de los hombres habia también una gran magnificencia. A las once la familia real entró en las habitaciones de la reina, yendo delante el rey y el príncipe, y despues la reina, que llevaba de la mano a su querida hermana. El pueblo, que agradecido a la solicitud y a las bondades de sus reyes, toma siempre parte en sus alegrías, acudió al regio alcázar, cuyas avenidas estaban cuajadas de gentes presenciando la llegada de los lujosos carruajes, como en los besamanos; los felices auspicios de tan fausto suceso auguran a los augustos príncipes días venturosos, que todos les desean*».

El pintor José Galofré fue encargado de recoger en un memorable cuadro aquella ceremonia y él mismo recogía en prensa:

«*[la reina] vestía un riquísimo [traje] de mairé antique, tejido con oro y dos volantes que cubrían toda la falda, con guirnaldas de flores de azahar y marabúes verdes; su manto se hallaba guarnecido de ricos encajes de oro y de igual adorno de flores y marabúes; radiaba en su cabeza una guirnalda de estrellas de brillantes y perlas, siendo sumamente gruesas las de los pendientes, y en el broche flores de brillantes con otras perlas y las condecoraciones correspondientes. S. M. el rey vestia el uniforme grande de capitan general con los collares y bandas de España y Baviera. Con SS.MM. se presentó en la cámara la augusta desposada, siendo su belleza comparable únicamente con su modestia, y S.A.R. vestia de seda, grabado*

de blanco con magníficos encajes y guarnecido el traje con guirnaldas de flores de azahar: todo su adorno era de brillantes, que parecían rayos de luz por entre un velo blanco de encaje primorosamente prendido. La señora infanta doña Cristina vestía también de blanco con alhajas parecidas a las de su amada hermana»[cdxiii].

Amalia había elegido flores azules que representaban los colores de Baviera y, tras las nupcias, hubo cena de gala en palacio asignándose a la pareja los cuartos de los duques de Montpensier. Un día más tarde la prensa alemana afirmaba que los hijos de Adalberto y Amalia serían educados en el catolicismo, pues él había renunciado a la herencia griega, mientras corría el rumor de que el sucesor de Otto sería su cuñado el joven duque Elimar de Oldenburg[295]. Intentos de la reina griega de convertir en sucesor de su marido a un miembro de su propia familia, pero que irritaban particularmente al viejo rey Luis que no toleraba la idea de que los Wittelsbach pudiesen dejar de reinar sobre aquellas tierras del mundo clásico por las que sentía tan aguda pasión. Cuestiones que generaban inestabilidad en Atenas y de las que se hacían eco los periódicos como recoge un biógrafo de Otto al escribir: «*la prensa ateniense publicó una declaración según la cual el hermano de Otto, el príncipe Adalberto, pretendía casarse con una princesa española y llevarla a Grecia donde tenían intención de vivir. Algo que alentó aún más el desagrado público por la familia Wittelsbach, pues los griegos consideraban que los miembros de la familia real española eran tendentes a la intriga. Durante los 23 años que Otto había reinado sobre Grecia, había mantenido su corte libre de escándalos e inmoralidades, y la reputación de libertinaje de la familia real española generaba antagonismo entre los griegos*»[cdxiv]. Mientras, en Madrid todo era fiesta y el día 30 hubo gran baile en palacio que duró hasta las cinco de la madrugada. Amalia llegó vestida de rosa y blanco con gran aderezo de brillantes, y la reina inauguró la velada bailando el rigodón con el novio y la novia con su hermano el rey. Celebraciones todas a las que faltaron tanto las hermanas de la recién casada como Enriquito, ninguno de los cuales había alcanzado a contraer un matrimonio dinástico tan ventajoso.

El 7 de septiembre la pareja abandonó finalmente Madrid, saliendo por la carretera del norte. Amalia llevaba como acompañante a la vizcondesa de Armería, hija del marqués de Miraflores, y fueron escoltados hasta Burgos por el regimiento de cazadores a caballo de Talavera. En un gesto de generosidad y de agradecimiento, Adalberto había dejado tras de sí importantes sumas para fines caritativos, regalos para personas de su confianza y notables propinas para el personal a su servicio durante su estancia en la capital, donde se había labrado una buena imagen y contaba con grandes simpatías. En Burgos se hospedaron en la Fonda de Badals y visitaron la cartuja, la catedral y el monasterio de las Huelgas, siendo recibidos en todas

partes con grandes solemnidades. A su llegada a Biarritz, ya en Francia, fueron agasajados por los emperadores Napoleón III y Eugenia, que dieron para ellos un ágape en la villa imperial, y poco después marcharon en tren desde Bayona a Burdeos llegando a París el día 16.

«*Tenemos en esta ciudad* —recogía la prensa francesa—*, desde hace cinco dias, al príncipe Adalberto de Baviera y a su jóven y bella esposa la infanta Amalia, quien se encuentra algun tanto indispuesta, a consecuencia de un pasmo que cogió en el Bois de Boulogne, en cuyos frondosos paseos y sombrios senderos, y magníficas calles se dejan ya sentir la humedad y el frio. A causa de la indisposicion de la princesa, desde el siguiente dia al de su llegada a esta, y de haberse por ello visto obligada a guardar cama, o sea a no dejarla, es por lo que, sin duda, no han tenido todavia recepcion SS.AA., ni han pasado a la Malmaison a ofrecer sus respetos a S. M. la reina madre. Los españoles aquí residentes, y somos bastantes, nos hemos presentado en el Hotel del Louvre, donde se hallan alojados los príncipes, a rendirles homenaje como a miembros de nuestra real familia. La servidumbre bávara para SS.AA. se halla ya en Paris desde hace cuatro dias, y la española que acompaña a la infanta regresará por lo tanto desde aqui a Madrid, sin llegar a Múnich, como en un principio se habia pensado. Ya saben ustedes que los jefes de esta servidumbre son el conde de Altamira, el marqués de Palomares y la vizcondesa de la Armería, de los cuales hemos oído que el segundo marche acaso con los príncipes hasta la capital de Baviera*»[cdxv].

Los príncipes eran esperados en Múnich para la *Oktoberfest*, una festividad muy popular que se había instituido en 1810 para celebrar el matrimonio de los padres de Adalberto, pero la enfermedad de la infanta se complicaba y tuvieron que quedar detenidos en París, hacia donde de inmediato viajaron el médico de cámara de la familia real, señor Robiralta, y la dama de la infanta Cristina, señora Prendergast. Entre tanto, y a la espera de su salida a hacia Baviera, el rey Maximiliano concluía una cacería de gamos en el castillo de Berchtesgaden para poder recibir a la pareja, y desde Italia llegaban a Múnich el duque Francisco de Módena y su esposa bávara la princesa Adelgunda. Todavía en Francia, los recién casados se instalaron en un hotel en Meudon, a donde fue a visitarlos el príncipe Jerónimo Bonaparte, primo del emperador, y por fin a las dos de la tarde del 24 de octubre hicieron su entrada triunfal en la capital del reino de Baviera. Viajaron vía Augsburg y a su llegada a la estación de Múnich se encontraron con un gran arco de triunfo profusamente decorado con los colores de España y de Baviera, en medio de himnos, fanfarrias y el enorme júbilo de la población allí congregada. El alcalde leyó una alocución en su honor y, a continuación, marcharon en carroza por las calles engalanadas hacia el palacio real, la *Residenz,* donde todos los

príncipes de la casa les dieron la bienvenida, acompañándolos a la parte superior de la gran escalinata, donde les aguardaban el rey Maximiliano y el rey Otto. Todos se habían congregado para recibir a Amalia de Borbón, y a las cinco de la tarde hubo gran banquete de gala para setenta cubiertos, tras el cual a los recién casados se les mostraron los numerosos y valiosos regalos recibidos[296]. Esa misma jornada se instalaron en palacio, en las habitaciones que hasta poco antes habían ocupado el príncipe Leopoldo y su esposa la archiduquesa Augusta de Austria-Toscana[297]. Un magnífico recibimiento para una infanta de España, cuyas hermanas mayores habían casado con un conde polaco arruinado, un grande de España en trance de perder la mayor parte de su patrimonio y un poeta cubano.

*

Amalia, que procedía de una familia singular, cayó bien a la muy peculiar familia real bávara, por entonces compuesta por numerosos miembros. En primer lugar su suegro, el apasionado rey Luis, con quien hizo buenas migas. Seguían los hermanos de Adalberto: el rey Maximiliano, su esposa María, que era una princesa de Prusia, y sus hijos los guapos pero perturbados Luis y Otto; el rey Otto de Grecia y su esposa la duquesa Amalia de Oldenburg; el príncipe Leopoldo, su esposa y sus hijos Luis, Leopoldo, Arnulfo y Teresa; la princesa Matilde, esposa del gran duque Luis III de Hesse y del Rin; la princesa Adelgunda, esposa del duque Francisco V de Módena; la princesa Hildegarda, esposa del rico archiduque Alberto de Austria; y la soltera y también desequilibrada princesa Alejandra. Un grupo familiar unido y muy variopinto en el que, aunque convivían matrimonios entre católicos y protestantes, se respetaba la más sólida catolicidad. Las conexiones de la casa real bávara no podían ser mejores, pues tanto el emperador Francisco José como la emperatriz Isabel de Austria eran primos hermanos de Adalberto, su tía Carolina Augusta era viuda del emperador Francisco I de Austria, su tía Elisa era reina de Prusia, sus tías Amalia y María estaban casadas con el rey y con el príncipe heredero de Sajonia, y sus tías Sofía y Ludovica eran esposas del archiduque Francisco Carlos de Austria y del duque Maximiliano en Baviera.

La infanta se insertaba en uno de los centros neurálgicos de la red de parentescos regios de la realeza europea, que unía aquellos dos mundos que eran el católico y el luterano en una Alemania, todavía romántica, conformada por cinco reinos y por numerosos Estados soberanos menores en la que Baviera pugnaba con la poderosa Prusia por el liderazgo en el proceso unificador de todas aquellas tierras teutonas. Los Wittelsbach eran ricos, poseían grandes tesoros

históricos y la familia tenía a su disposición dos palacios principales en el capital: la *Residenz*, donde el viejo rey Luis albergaba su famosa «galería de bellezas», y el barroco palacio de Nymphenburg, situado en las afueras. Sin embargo, los Baviera no eran príncipes muy al uso, pues hasta aceptaban con relativa facilidad el punto de excentricidad, o de locura, del que algunos miembros de la familia hacían gala, cuyo caso más extremo era el de la pobre Alejandra quien, poseída por la extraña manía de sentirse siempre cubierta de polvo, hacía cepillar de forma continua todas sus ropas y hasta cuando comía o bebía todo debía de ser desempolvado ante sus ojos[298].

La misma noche del día de su llegada Amalia y Adalberto, acompañados por numerosos parientes, asistieron en el teatro real a la representación de una ópera de Alessandro Stradella y la prensa se hizo eco del cariño que el rey padre cobró de inmediato por la infanta, con quien conversaba en español y a quien regaló una valiosa tiara de brillantes de su difunta esposa. No obstante, Amalia volvió a caer enferma con fiebres gástricas, se cancelaron algunas de las festividades previstas y hasta el rey Otto retrasó su regreso a Atenas hasta saberla restablecida. Su marido no se apartó de ella en aquellos días, en los que también recibió los cuidados de su cuñada la gran duquesa Matilde de Hesse. Pero una vez más volvía a surgir la recurrente cuestión de la sucesión griega, pues se hablaba de convocar un encuentro entre representantes de las potencias para resolver la cuestión y se rumoreaba que Adalberto estaba dispuesto a renunciar definitivamente a todo derecho por su aversión a cambiar de fe, aunque deseaba preservar los derechos de sus hijos. Finalmente todo quedó en nada, pues el asunto se consideró ya finiquitado y regulado por las capitulaciones matrimoniales firmadas en Madrid. El tiempo decidiría.

El matrimonio se instaló en sus habitaciones de la *Residenz*, a Amalia le fue asignada la condesa viuda de Moulin como dama de honor y ambos se integraron a la perfección en la reglamentada vida de la corte bávara. En enero del nuevo año de 1857 se anunció el primer embarazo de la infanta, que por ser pintora de cierto talento comenzó a tomar clases del famoso paisajista Bamberger, a quien animó a viajar a España para que conociera sus obras de arte. Una existencia salpicada por las visitas familiares de rigor, peregrinaciones al santuario de Altötting, excursiones por las tierras bávaras, las caridades prescriptivas y la construcción de hospitales para el ejército en tiempos de gran inestabilidad política en Alemania. Además, la corte de Múnich era un lugar de paso obligado entre Austria y el resto de Alemania para muchos soberanos y príncipes europeos de viaje por Centroeuropa, pues aquella primavera llegaron de visita los duques de Leuchtenberg[299], los archiduques Luis y Margarita de Austria y la gran

duquesa de Hesse. Visitas marcadas en cada ocasión por bailes de corte y representaciones operísticas en el Odeón.

A comienzos de agosto Amalia, asistida por el doctor Schöder, perdió al hijo que esperaba y poco después, para la estación estival, ella y Adalberto se instalaron en Nymphenburg desde donde en septiembre ella viajó a Heidelberg para encontrarse con su prima la duquesa de Montpensier. En enero siguiente Adalberto salió camino de Grecia para celebrar los 25 años del reinado de su hermano, acompañándole Amalia hasta Dresde desde donde siguió hacia Leipzig como huésped de la casa real de Sajonia. Semanas después él abandonó Atenas, dejando sin resolver el asunto de la sucesión griega, y marcho a Constantinopla donde fue recibido suntuosamente por el sultán de Turquía. Luego, ya de regreso, la pareja se preparó para la visita en agosto de sus tíos, los reyes Federico Guillermo IV y Elisa de Prusia, y llegado diciembre salieron camino de España a donde llegaron el día 24 a bordo del vapor de guerra español *Vasco Núñez de Balboa*. Desde Marsella habían navegado hasta Alicante, procediendo luego hacia Madrid a donde llegaron el día de Reyes del nuevo año de 1859.

Los príncipes bávaros fueron recibidos con las mayores deferencias por los reyes, que los alojaron en palacio y, el día 8, hubo un gran banquete en el salón de Columnas al que no faltaron el infante don Francisco y la todavía soltera Cristina. Días más tarde José Güell, el esposo de Pepita, escribía al duque de Riánsares: «*La infanta de Baviera llegó aquí y al otro día vino a hacernos visita con el príncipe Adalberto, su esposo, y al siguiente fuimos a pagarle el cumplimiento. Estaba ella sola y luego no hemos vuelto*»[cdxvi]. Amalia pronto se puso al tanto de las disensiones familiares y de las intrigas en la corte, y escribía a su hermana Isabelita: «*nosotros hemos resuelto hace mucho tiempo en no mezclarnos en ningún asunto doméstico y sobre todo no incomodar a papá para amargarle los últimos días de su vida, como hacen mis amados hermanos Paquito y Cristinita, pues mi corazón no me permite otra cosa*»[cdxvii].

Alejada de España, y asentada en una corte extranjera en la que gozaba de posición y de recursos, no tenía necesidad de entrar en pleitos y en enfrenamientos que cuadraban poco con su carácter más plácido. Por tanto, en aquellos días ella y Adalberto no faltaron a los conciertos en el teatro real, fueron a los teatros del Príncipe y de la Zarzuela, participaron en excursiones a Aranjuez y no faltaron al baile en casa Herr Weissweiller, el cónsul de Baviera, que se alargó hasta altas horas de la madrugada. El príncipe, que ya era general del Segundo Regimiento de Coraceros bávaro, mostraba desde niño un gran interés por las artes escénicas (le encantaba el teatro y tenía una buena voz), gustaba de hacer versos y no ocultaba su curiosidad por

los fenómenos de lo oculto, pues era buen amigo del médico, poeta y escritor Justinos Kerner, que había incursionado en el mundo de lo esotérico por entonces tan en boga entre la realeza y las clases acomodadas. También era un gran amante de la botánica y de la vida natural, hecho por el cual en aquel viaje trajo consigo a España al eminente ornitólogo alemán Reinaldo Brehm, a quien introdujo en la buena sociedad de Madrid y que sería el descubridor del águila imperial ibérica a la que dio el nombre taxonómico de *Aquila Adalberti*.

Una estancia en España muy gratificante para la pareja que sólo se vio perturbada cuando en junio llegaron inquietantes noticias de Italia donde, el día 14, el duque Francisco de Módena, cuñado de Adalberto, se había visto obligado a abandonar su ducado que había sido ocupado por los ejércitos combinados de Francia y del Piamonte. Un duro golpe para todos los Baviera, muy unidos a su hermana la duquesa Adelgunda, pero que no impidió que Amalia y su esposo continuaran en Madrid, donde por aquellas fechas se oficializó el nuevo embarazo de ella, que el 22 de octubre dio a luz un hijo varón en palacio. El recién nacido recibió el nombre de Luis Fernando y, siguiendo la antigua etiqueta de la casa de España, fue protocolariamente presentado a la corte en bandeja de plata y bautizado en presencia de los reyes que representaron al padrino que fue el viejo rey Luis de Baviera. Días más tarde la reina concedía al neófito la orden del Toisón de Oro y Amalia y Adalberto asistían al bautizo de la infanta Concepción, segunda hija de la reina.

Los príncipes habían pasado prácticamente un año entero en España. Un tiempo que Paquito aprovechó para mandar construir sobre los terrenos del antiguo jardín de plantas medicinales de la familia real (el denominado «jardín de la botica»), frente al palacio de Aranjuez, un palacio que desde entonces pondría a disposición de los bávaros durante sus futuras visitas a España. Un edificio diseñado por el arquitecto José Segundo de Lema en el estilo denominado «racionalismo neogótico», muy del gusto de aquellos años, con fachada de ladrillo de Valladolid y piedra de Colmenar, que desde entonces sería conocido como palacio Baviera[300]. Pero llegó la hora de regresar a Alemania, y el 26 de marzo el matrimonio y su hijo emprendieron el camino de regreso, saliendo hacia Marsella, si bien antes de llegar a Múnich se desviaron hasta Darmstadt para presentar a su primogénito a los grandes duques de Hesse. Días después, y ya en la capital bávara, se reencontraron con los desposeídos duques de Módena, que decidieron tomar residencia en su castillo de Wildenwart.

En el otoño de 1861 Amalia volvía a estar embarazada de un segundo hijo, que nació el 24 de enero del nuevo año. Un varón que

recibió los nombres claramente españoles de Alfonso María Francisco de Asís, y que fue apadrinado por su tío Paquito. Meses más tarde, en junio, ella y Adalberto apadrinaron, por representación, a una nueva hija de la reina Isabel que recibió el nombre de María de la Paz y que, andando el tiempo, se convertiría en su nuera. Ya preparaban un nuevo viaje a España, y esta vez fueron Luisita y su esposo quienes marcharon a Marsella a reunirse con ellos, en un viaje que se había retrasado unas semanas por las malas noticias llegadas desde Atenas, donde el rey Otto había perdido su trono, poco después de que un estudiante hubiese intentado asesinar a la reina Amalia. Durante una visita de Otto al Peloponeso se había producido un golpe de Estado, y las potencias habían conminado al soberano a no oponer resistencia a lo inevitable. Como consecuencia los tristes y depuestos reyes embarcaron hacia Alemania, llevando consigo la corona real griega, que muchos años atrás él mismo había llevado desde Baviera a su nuevo país. Todo un impacto para la familia real bávara, tan amante de las viejas glorias de la antigua Grecia, y en particular para el viejo rey Luis, que reprochaba a su nuera el haber contribuido a la pérdida del reino con sus maniobras en torno a una sucesión en favor de su propia familia. Para él, de no haber existido aquellas intrigas se habría podido designar un heredero que ahora, en medio de tan grave crisis, pudiese suceder en el trono a Otto, evitándose con ello que los Wittelsbach fuesen expulsados para siempre de aquellas tierras. Los ex reyes se instalaron durante un año en Múnich, pero su relación con los reyes Maximiliano y María no era buena y aún empeoró más hasta el punto de acabar siendo enviados a vivir en el antiguo palacio de los príncipes obispos de Bamberg. Un lugar en el que ambos se entregarían desde entonces a su desmedida pasión, a momentos rayana en el delirio, por la Grecia perdida, con Otto fotografiándose una y otra vez en su viejo traje de ezvon ateniense.

En medio de aquellos acontecimientos, a finales de diciembre Adalberto y Amalia llegaron a España y la víspera del año nuevo participaron en el baile de Herr Weisweiller, que siguió a un gran sarao en el palacio de los duques de Fernán Núñez. En Madrid permanecieron hasta el mes de abril, cuando embarcaron en Alicante camino de Marsella. Una vez más se detuvieron en Darmstadt, en la corte del gran ducado de Hesse y del Rin, para visitar allí a la enferma gran duquesa Matilde, que un mes después fallecía sumiéndolos a todos de nuevo en grandes lutos. Todo ello cuando el rey Maximiliano intentaba oponerse a los intentos del rey Guillermo de Prusia, que había heredado la Corona prusiana tras la muerte de su hermano Federico Guillermo IV e intentaba liderar una unión de los pequeños Estados alemanes, siguiendo la política imperialista de su canciller Otto von Bismarck, amparado en la potencia de su ejército.

Entre tanto la vida de corte continuaba su rutina en Múnich, con continuas visitas de príncipes extranjeros, ceremonias palatinas, visitas a los duques de Módena en Wildenwart, representaciones operísticas y musicales y bailes de disfraces en los que Amalia participaba con gusto. En agosto de 1863 ella dio a luz en Nymphenburg a su primera hija, Isabella (siempre conocida como «Bela»), que fue apadrinada por la reina Isabel y, un año más tarde, en marzo de 1864, el rey Maximiliano moría de forma inesperada pasando la corona a su primogénito, el psicológicamente inestable Luis II. Una muerte relevante que fue seguida, un mes más tarde, de la de su cuñada Augusta, esposa del príncipe Leopoldo, y de su hermana Hildegarda, esposa del archiduque Alberto. Muertes que contribuyeron a ensombrecer un escenario político muy enrarecido y muy preocupante en Alemania si bien, por el momento, pocas cosas variaron en la vida de los Adalbertos que, en diciembre de 1866, volvían de nuevo a España donde permanecieron hasta bien avanzada de la primavera del año siguiente, durante la cual fueron de visita a Lisboa donde fueron recibidos por los reyes de Portugal, marchando en diciembre a París.

Los Habsburgo de Viena y los Wittelsbach de Baviera estaban fuertemente unidos por estrechos lazos de parentesco, de intereses comunes y de religión, y conformaban un tándem que mantenía viva la presencia del mundo católico en el concierto de los numerosos Estados alemanes. Menos militaristas que los Hohenzollern de Prusia, las cortes austriaca y bávara intentaban hacer de contrapeso de la potencia prusiana en las tierras alemanas, en un equilibrio difícil e inestable que terminó con una guerra entre ambos bandos en la primavera de 1866 que, aunque solo duró unas pocas semanas, tuvo graves consecuencias en el tablero político. El joven e inexperto rey Luis II no tenía la solidez de su padre y todo hacía temer que, tarde o temprano, el arrollador expansionismo prusiano intentase revivir un nuevo Imperio alemán bajo su hegemonía, minimizando la posición de Baviera y engullendo en su política al resto de pequeños reinos, grandes ducados, ducados y principados alemanes. Por tanto, la victoria prusiana en la guerra supuso la muerte de la efímera Confederación Alemana, que dio paso a la Confederación Alemana del Norte que excluía a Baviera, a Austria y a algunos Estados del sur de Alemania.

Una situación política inquietante que seguían de cerca Adalberto y Amalia, a quien en mayo de ese año de 1866 las Cortes españolas reconocieron, como a todas sus hermanas, una lista civil que en su caso, como en el de Cristina, fue de 12.000 escudos anuales. Luego, en diciembre, la pareja volvió a salir camino de Madrid y en julio de 1867 fallecía en Bamberg el rey Otto. Para entonces el joven rey Luis comenzaba a dar inquietantes signos de inestabilidad mental y a

entregarse tanto a su pasión constructora de bellos castillos, como a sus éxtasis ante la monumental obra musical de Richard Wagner. Homosexual notorio, el soberano había roto su compromiso con su prima la duquesa Sofía Carlota en Baviera y la sucesión a la corona se resentía, pues su único hermano, Otto, estaba aquejado de accesos de locura aún mayores que los suyos. Algo que auguraba que tras la muerte de Luis el trono fuese finalmente a recaer en el príncipe Leopoldo, cuyo hijo primogénito, Luis, contrajo matrimonio en febrero de 1868 con la archiduquesa María Teresa de Austria-Módena.

Sin embargo, apenas habían concluido los fastos de aquella boda real cuando el viejo rey Luis I fallecía, en su *Villa Diesbach* de Niza, en presencia de sus hijos Leopoldo y Adalberto. El difunto había expresado en su testamento la petición a sus hijos de que no hiciesen reclamación alguna del trono de Grecia, pues para él «*la religión no es un ornamento que se cambia según las circunstancias o para animar a otros al cambio. Las cuestiones temporales nunca deben pasar por delante de la ventaja eterna de la salvación del alma*»[cdxviii]. Todo un manifiesto de la fuerte catolicidad que impregnaba a la familia bávara, en cuyo seno nacía en noviembre una nueva princesa, hija de Amalia, que recibió el nombre español de Elvira y que fue apadrinada por su loca tía la princesa Alejandra. Una alegría en medio de la gran desazón que la caída de la monarquía en España había generado en la familia tan solo dos meses antes. Una revolución, cuya consecuencia fue la marcha de la reina Isabel y de los Borbones de España al exilio en París, en medio de grandes disensiones internas entre la pareja real. Así, a poco de su instalación en Francia, Paquito viajó a Múnich para visitar a Amalia y a los suyos acompañado por su medio hermano Ricardo y por su favorito Antonio Ramos de Meneses. Allí llegaron el 13 de septiembre de 1869 y fueron recibidos con todos los honores, tomando parte en encuentros familiares que permitieron a la infanta ponerse al día de todo cuanto de preocupante había acontecido en el seno de la familia, y a Adalberto aclarar algunas cuestiones, pues en cierta prensa española se había llegado a decir, sin fundamento alguno, que él se había postulado como candidato al ahora trono vacante de España[cdxix].

*

En marzo de 1870 la muerte en duelo a pistola de Enriquito fue otro fuerte golpe para Amalia, cuando los aires bélicos ya se extendían por Alemania. En agosto Adalberto marchó a Ginebra para encontrarse allí con su cuñado Paquito, cuando Francia se enfrentaba a Prusia y a sus aliados de la Confederación Alemana del Norte que arrastraron consigo a los reinos de Baviera y de Wurttemberg y al gran ducado de Baden. Una guerra que tuvo como excusa la candidatura

alemana del príncipe Leopoldo de Hohenzollern al trono vacante de España, a la que el Imperio francés había impuesto un veto total. Adalberto tomó parte en la contienda como miembro del ejército bávaro, llegándosele a dar por muerto en una escaramuza del ejército francés contra él, el duque de Nassau y el príncipe de Reuss, cuando iban a unirse a sus regimientos respectivos[cdxx].

Por desgracia Napoleón III había infravalorado la potencia prusiano-alemana, que terminó dando un golpe de muerte al Segundo Imperio francés y cuya consecuencia inmediata fue la creación de un nuevo Reich alemán, bajo la égida prusiana del nuevo rey-emperador Guillermo I y de su canciller Otto von Bismarck. Un golpe de efecto que dejó para siempre disminuida la posición del Baviera en el concierto del nuevo imperio, en momentos de creciente enajenación mental del rey Luis que fragilizaba al estado bávaro, que con la creación del imperio perdía capacidad de gobierno y de gestión desde su posición de reino de segundo orden sometido a la hegemonía militarista prusiana. La Prusia luterana se imponía sobre la Alemania católica, y se abría una brecha que tendría largas consecuencias en la relación entre los Wittelsbach de Múnich y los Hohenzollern de Berlín.

La caída del Imperio francés fue seguida del proceso revolucionario de la Comuna en París, que obligó a los Borbones de España a marchar hacia Suiza. Allí se instalaron en el Hôtel de la Paix de Ginebra, a donde Adalberto se desplazó desde Múnich con la intención de tratar con la reina Isabel la futura formación académica del príncipe de Asturias, don Alfonso. Luego, tras su regreso a Francia ya en 1871, fue la depuesta soberana quien a finales de noviembre viajó con su hijo a Múnich para visitar a sus cuñados. Un viaje marcado por luctuosas noticias, pues llegando a Augsburg le fue notificado el suicidio de su yerno el conde de Girgenti, siendo Adalberto quien fue a recibirla para sostenerla en tan trágico trance. Don Alfonso se quedó unos meses en casa de sus tíos bávaros, durante los cuales aprendió alemán y fraguó una sólida relación con sus primos Luis Fernando, Alfonso, Isabella y Elvira.

Aquella estancia fue un paso previo para la marcha de Alfonso a Austria, donde fue matriculado en el prestigioso Theresianum de Viena. Una elección en la que es más que probable que tuviera cierta influencia el archiduque Alberto, por entonces ya viudo de la princesa Hildegarda de Baviera, hermana de Adalberto. Pero también una oportunidad para estrechar la relación del futuro rey de España con estos primos, que a partir de entonces siempre visitaría a su paso por Múnich, de regreso a París desde su colegio vienés. Poco después Amalia y los suyos marcharon a Italia para un viaje de tres meses por el centro y el sur del país, en busca de un clima más benigno. No faltaron ni los encuentros con la familia real italiana ni una visita al

Papa y, de regreso ya en abril, asistieron a la fastuosa boda del príncipe Leopoldo, sobrino de Adalberto, con la archiduquesa Gisela, hija del emperador Francisco José de Austria. Los vínculos familiares entre los Habsburgo y los Wittelsbach volvían a fortalecerse, y en noviembre de 1874 Amalia daba a luz a su última hija, Clara, que fue apadrinada por su tía la infanta Cristina.

El año 1875 comenzó con la jubilosa noticia de la restauración de la monarquía en España en la persona del joven Alfonso XII, que tras cursar estudios en Viena había marchado a la reputada academia militar británica de Sandhurst. El joven rey se instaló en el palacio real de Madrid en compañía, únicamente, de su hermana la infanta Isabel, ahora convertida en princesa de Asturias y viuda del conde de Girgenti. Con Alfonso aún soltero, la todavía joven Isabel aún podía contribuir a asegurar la precaria sucesión al trono, y se habló entonces de su posible matrimonio con el príncipe Arnulfo de Baviera, otro de los hijos del príncipe Leopoldo y sobrino de Adalberto. Un proyecto conveniente que podía afianzar los ya sólidos vínculos entre ambas casas reales, y para el que sin duda se contó con las gestiones de Adalberto y de Amalia, si bien todo quedó en nada por la clara negativa de Isabel a la idea de residir fuera de España y por su apego a su rango de princesa de Asturias. Poco después, y ya más entrado el año, todo se vio ensombrecido por un rosario de luctuosas pérdidas que golpeó con fuerza a la familia bávara.

En mayo falleció en Bamberg la viuda del rey Otto y el 21 de julio la muerte se llevó a Adalberto con solo 47 años, dejando a Amalia muy desconsolada. La pérdida fue muy sentida entre los Borbones de España, como Paquito expresaba por carta a su hermana Isabelita: «*La muerte del príncipe Adalberto me ha causado una honda pena, tanto porque valía cuanto por la desgracia que es para nuestra pobre hermana Amalia que todavía joven queda viuda, y con sus cinco hijos sin padre*»[cdxxi]. En Madrid el rey decretó seis semanas de luto oficial y la prensa española recogía: «*Este príncipe era muy amado de toda la familia real española, y su muerte causó verdadero dolor en ella*»[cdxxii]. Adalberto había muerto en el palacio de Nymphenburg y fue enterrado en la necrópolis familiar de la iglesia de San Miguel de Múnich, quedando en España recuerdo de su bonhomía y de lo que la prensa calificaba de «*sus heroicidades gastronómicas*», pues había sido un gran amante de la buena mesa cosa que justificaba su *enbompoint*. Pero aún no se había terminado de llorarle cuando, en septiembre, moría su hermana, la trastornada Alejandra, seguida en noviembre por su cuñado el duque Francisco de Módena. De repente, de los hijos del viejo rey Luis solo quedaban Leopoldo y la duquesa viuda Adelgunda de Módena, heredera de parte de los muy cuantiosos bienes de su difunto marido y persona que, en su viudez, iba a convertirse en el «ángel guardián» de

la familia de Amalia, a la que recibiría en incontables ocasiones en Wildenwart.

Con la muerte de Adalberto, Amalia quedó al cargo de Luis Fernando, de 16 años, Alfonso, de 13, Isabella, de 12, Elvira, de 7, y Clara, de 1. El mayor, que ya estaba inmerso en su formación militar, pasaba ahora a hacerse responsable de las finanzas y de los intereses de su rama familiar. Eran muchos de familia y había tres hermanas que dotar, pero Amalia recibía su pensión de España y estaba llamada a heredar numerosos bienes procedentes de la testamentaria de su padre. Los «Adalbertos», como eran conocidos entre el grupo familiar más amplio, eran muy respetados en Baviera y contaban con el particular afecto del peculiar rey Luis, que sentía fascinación por la sangre borbónica y sureña de Amalia. Un año más tarde Paquito volvía a visitarlos en Múnich, y en mayo de 1880 la infanta y sus hijos Luis Fernando, Alfonso e Isabella marcharon de visita a París. «*La tía Amalia* — escribía la infanta Paz en su diario — *está ahora en París con sus dos hijos Luis Fernando y Alfonso y su hija mayor Isabella. Luis quiere absolutamente conocerme, pues parece que le gusta mi fotografía. Los dos hermanos vendrán aquí en el otoño. Nunca he escuchado más que cosas buenas de Luis. Todo el mundo dice que es muy amable y sincero*»[cdxxiii].

Pronto habría que empezar a pensar en matrimonios convenientes para los mayores, y nada mejor que comenzar inspeccionando el grupo familiar cercano. A su llegada a Madrid, el rey Alfonso les hospedó en palacio, pues Luis Fernando quería celebrar su 21 cumpleaños y su mayoría de edad en su Madrid natal. Una ocasión que el joven príncipe aprovechó para conocer mejor a la hermana del rey y prima suya, la infanta Paz, de quien se quedó prendado con la idea de proponerle matrimonio en cuanto llegase la ocasión. Paz y sus hermanas Pilar y Eulalia habían regresado dos años antes a España llamadas por su hermano Alfonso, pero Pilar había fallecido trágicamente en agosto de 1879 y, poco después, el rey, viudo de su primera esposa, la infanta Mercedes de Orleans, había contraído un segundo matrimonio con la archiduquesa María Cristina de Austria, que también mantenía estrechos vínculos de parentesco con la familia real bávara[301].

Una boda a la que había contribuido notablemente su tío, el influyente archiduque Alberto, viudo de aquella hermana de Adalberto que había sido la princesa Hildegarda. Por ello, un nuevo matrimonio entre los Borbón y los Wittelsbach, en las personas de Paz y Luis Fernando, era más que bienvenido en ambas familias. Luego, y de regreso a Múnich, el príncipe fue adscrito al segundo regimiento de Dragones Pesados («Schweren Reiter»), en momentos en los que mostraba un incuestionable interés por la medicina, si bien la idea de abandonar la vida militar por aquellos estudios no era algo bien visto

en un príncipe real. Afortunadamente contó con el apoyo moral del rey Luis y con el buen ejemplo, y el ánimo, de su primo el duque Carlos Teodoro en Baviera, que por entonces ya era un oculista de prestigio y, a partir de ese año de 1880, comenzó a cursar estudios de medicina en la universidad de Múnich, teniendo como profesor a uno de los más prestigiosos médicos del momento.

La medicina sería siempre la gran pasión de Luis Fernando, mientras que su hermano Alfonso, alto, rubio y gran bailarín, era un apasionado de los caballos y un militar de convicción. Isabella era una gran melómana y estaba desarrollando un carácter resuelto, Elvira era la más bella de entre las hermanas y la pequeña Clara pronto entraría a dirigir, como antes lo había hecho su tía Alejandra, el capítulo de damas nobles de Santa Ana de la ciudad de Würzburg. Determinado a casarse, Luis Fernando viajó en varias ocasiones a España para cortejar a su prima Paz que, finalmente y tras hacerse de rogar, aceptó casarse con él, haciéndose oficial el compromiso en enero de 1883. El matrimonio fue aprobado por las Cortes españolas, Paz no tuvo que renunciar a sus derechos sucesorios a la corona y la unión fue muy bien recibida en España, donde la prensa glosaba al novio afirmando:

«*D. Luis Fernando es, a todas luces, un príncipe muy ilustrado. Sus estudios en el arma de caballeria, en la que tiene el grado de capitan, no han impedido que siga con brillantez la carrera de medicina, a la que siempre ha tenido especial inclinacion, ocupándose en la actualidad en escribir una obra con la que ha de presentarse a recibir el grado de doctor en esa facultad. Al par que a las ciencias, rinde ferviente culto a las letras y a las artes, siendo distinguidísimo pianista y hábil pintor. Acompáñanlo constantemente el doctor Schroeder y el Sr. Ruetz, preceptor que fué de S.A. y hoy su capellan y fiel amigo. El trato de D. Luis Fernando es ameno y jovial. Sus costumbres irreprochables*»[cdxxiv].

Las casas de España y de Baviera volvían a unirse para gozo de todos y Luis Fernando, por entonces ya capitán del ejército bávaro y miembro del consejo de la corona, afianzaba su acendrado amor por una España ya muy querida por su padre y por su abuelo. En Baviera la noticia también hizo las delicias del joven rey Luis, que escribía a Paz: «*Podéis estar segura de que me siento orgulloso y feliz de poder contar con otra princesa de la gloriosa Casa de Borbón, por la cual siempre he sentido una real veneración y una predilección, entre los miembros de mi familia*»[cdxxv]. La boda se celebró con todo fasto en Madrid el 2 de abril, y los recién casados marcharon de inmediato hacia Múnich, donde Paz escribía en su diario:

«*En Augsburg nos quedamos una noche en el hotel Drei Mohren, antes de entrar en Múnich. Al día siguiente, según la costumbre, me vestí de azul y blanco [los colores de Baviera] antes de entrar en el tren. En la estación me presentaron una gran cantidad de gente y yo pasé grandes apuros para*

poder decirles alguna palabra, pues hablaba muy poco alemán entonces, mientras tanto la música tocaba el Himno de Riego, creyendo que era la Marcha Real Española, pero les agradecí lo mismo la buena voluntad. En Múnich me esperaba una victoria tirada por cuatro caballos blancos y un escuadrón del segundo regimiento de coraceros para servirnos de escolta. La ciudad estaba llena de banderas españolas y bávaras y todos sus habitantes en los balcones y en las calles gritando vivas; al llegar a la tribuna del ayuntamiento paró el coche, unas cuantas niñas vestidas de blanco con cinturones azules me ofrecieron un ramo y el alcalde pronunció un discurso muy bonito en el cual habló "del país donde florecen los limones y naranjos"»[cdxxvi].

Doce días después, Isabella se casaba en Nymphenburg con el príncipe italiano Tomás de Saboya, duque de Génova. Un primo y cuñado de aquel rey Humberto I de Italia que siempre decía envidiar los buenos cigarros habanos que veía fumar a la infanta Amalia y que su esposa, la reina Margarita, no le dejaba fumar. Tomás era primo hermano de Amadeo de Saboya, el fugaz rey de España, su madre era la princesa Isabel de Sajonia y se había educado en Brighton y en el prestigioso internado londinense de Harrow. Oficial de la marina italiana, había dado la vuelta al mundo, era muy deportista, poseía un gran encanto y era amable y cortés, además de muy piadoso.

«*La noche de la boda* —recuerda Adalberto, el hijo de Paz— *hubo una cena para ciento treinta cubiertos en el gran Steinernen Saal. La excitación en el palacio era grande —obviamente entre el personal— por temor a que las cosas no saliesen del todo bien. Mi madre se sentía tan apática y tan cansada de las incontables festividades y de tanta agitación que nada en el mundo podía excitarla, y ni siquiera supo sino hasta mucho más tarde que justo antes del banquete el mayordomo mayor se había pegado un tiro con una escopeta de caza perteneciente a mi padre, porque uno de los sirvientes había cambiado algunos de sus arreglos de las mesas para gastarle una broma […] Por fortuna la representación de gala en el teatro al día siguiente, y la representación del Circo Renz en la noche de ese día, contaron con las dos parejas de recién casados para quienes, para evitar que se sintiesen olvidados, aún de organizó entre medias una cena formal y otra recepción de gala. Cuando por fin concluyeron todas las ceremonias y todas las festividades, los invitados se dispersaron y los Génova salieron camino de Italia*»[cdxxvii].

La pareja se instaló en Turín, tomando residencia en el palacio real, pero pronto comenzaría a pasar largas temporadas en el palacio de Agliè[302], en el Piamonte, propiedad del duque, alejados de la encorsetada etiqueta cortesana. Entre tanto, Paz, que era de gustos muy sencillos y sentía una gran nostalgia de España, intentaba adaptarse a la ceremoniosa corte bávara donde fue particularmente bien recibida por el rey Luis, que en la noche del 11 de mayo quiso

agasajarla por primera vez.

«*A las ocho de la noche* —recogía ella en su diario— *recibimos una invitación de S. M. para ir a verle a las diez, Luis de frac y yo escotada. A la hora marcada llegamos a palacio y, al salir del coche, ví al rey salir a nuestro encuentro. Me besó la mano y me dio el brazo para subir la escalera […] Un hombre con una antorcha iba delante de nosotros y se paró a la entrada de las habitaciones del rey. Entramos en un salón de terciopelo encarnado; en el centro había un dosel bordado de oro y forrado de armiño, bajo el cual se hallaba un sillón Luis XIV y una mesa con un tapete, también bordado en oro. Sobre la chimenea, una estatua de mármol, representando a Safo; además, varios objetos de arte, tíbores chinos, vasos de alabastro, etc. Pasamos por un despacho digno de Versalles. Sobre las puertas hay bajos relieves de mármol, con retratos de reyes en medallones. Todo en estilo rococó, hasta el tintero y las plumas. Delante de la ventana, en medio de una profusión de flores, está el busto de Wagner. La alcoba es también Luis XIV, los bordados de las cortinas de las camas son magníficos. Todo muy regio. Pasando por otro cuarto, no menos suntuoso que los demás, llegamos a una puerta cubierta con una cortina; el rey se adelantó sonriente y la levantó. ¡Me quedé extática! Un inmenso jardín, iluminado a la veneciana, con palmeras y lagos, fuentes y chozas, palacios […] Yo soñaba cuando una banda militar hizo tocar una música que hizo palpitar mi corazón. Era la Marcha de Infantes, tocada lenta y majestuosamente […] Necesitaba apoyarme en el suelo, y empecé a hablar. La música tocó una habanera; hablamos de Cuba, y desde entonces España fue el tema de nuestra conversación […] Su Majestad me hizo recitar algunas de mis poesías en castellano, para oír la melodía de las palabras, aunque no entendía la lengua. Se las traduje al francés, y me dijo que le encantaba el fondo de melancolía que fluía en ellas. Se levantó y me trajo un inmenso ramo de rosas […] "Ya viene la aurora", dijo el rey, cuando abandonamos aquel paraíso, y, en efecto, las primeras tintas de la mañana comenzaban a iluminar el cielo*»[cdxxviii].

*

En septiembre llegó de visita a Baviera el rey Alfonso, que iba de camino a la ciudad alemana de Bad Homburg a donde había sido invitado por el emperador para asistir a unas maniobras militares, y un mes más tarde toda la familia bávara organizó una gran cena de gala para celebrar el 49 aniversario de Amalia. Llegada la primavera de 1884, la infanta marchó con Elvira y Clara a pasar unas semanas con Adelgunda Módena en Wildenwart, aunque se sabe muy poco sobre su vida en aquellos años de su viudez. Con frecuencia alquilaba una casa a orillas del lago Starnberg y, en ocasiones, era huésped de la peculiar princesa viuda de Thurn und Taxis, la duquesa Elena en Baviera, en su castillo de Garatshausen. Desde la boda de Luis

Fernando y Paz, había pasado a ocupar otras habitaciones en Nymphenburg, contando con una servidumbre de 33 personas entre las que se encontraban el jefe de su casa barón von Hütten, su dama de honor la condesa Carolina Butler von Clonebough-Haimhausen, el barón von Gise y la baronesa von Hütten.

Tras su estancia en Wildenwart, Amalia, Elvira y Clara volvieron a marchar a Italia con motivo del próximo nacimiento del primer hijo de los duques de Génova. Se instalaron en el palacio real de Turín y allí, el 21 de abril, nació Fernando, que el 10 de mayo fue seguido de la llegada al mundo, en Madrid, del primogénito de Luis Fernando y Paz, que también se llamó Fernando. Sin embargo, y según la marquesa de Fontenoy, la salud mental de Amalia daba claros signos de grave perturbación. Al parecer en torno a aquellos años, y aunque viuda, habría mantenido una relación amorosa con un actor alemán muy popular. Una conducta sin duda alguna considerada escandalosa y que concluyó con suicidio de la joven novia de él, en circunstancias muy dramáticas. Además, y siempre según la marquesa, desde la muerte de Adalberto se había considerado en varias ocasiones ponerla bajo vigilancia por su extraño comportamiento.

«*Una de las cosas más extraordinarias que le he visto hacer* —escribe la Fontenoy— *fue durante una representación en la ópera de Múnich, hace unos siete años, cuando de forma súbita, y para consternación de toda la audiencia, hizo un intento desesperado de sentarse sobre la balaustrada del palco real con los pies colgando sobre las cabezas de las personas que estaban debajo. Y sólo con enorme dificultad sus damas de compañía y sus asistentes consiguieron inducirla a retirarse de aquella extraordinaria y peligrosa posición para volver a su asiento. Las extravagancias de la duquesa [sic.] no sorprenderán a nadie si recordamos que es la cuñada de la reina Isabel de España y que todos sus hermanos y hermanas se han convertido en el descrédito de la familia real*»[cdxxix].

Pocas más reseñas hay sobre la naturaleza del trastorno de la infanta, pues las fuentes son tan opacas como su figura en aquellos años de su viudez, y ni siquiera aparecen menciones a ella en la extensa correspondencia de aquellos años entre su nuera Paz y la hermana de esta, la infanta Eulalia. Entre tanto su hijo Luis Fernando continuaba entregado con pasión a la práctica médica, pues su hijo Adalberto recuerda: «*Por entonces estaba preparando su tesis para su grado de doctor y tenía que hacer examinar con minuciosidad ratones, ranas y otros animales. Mi madre estaba decidida a impedir, cuando hubiese concluido ese trabajo, que comenzase con otro de sus proyectos de libros, en esa ocasión sobre el sistema nervioso de las hormigas. Quería que fuese un médico en la praxis y que dedicase sus talentos a la tarea de ayudar a las personas, cosa en la que se salió con la suya*»[cdxxx].

En noviembre de 1885 el rey Alfonso agonizaba tristemente en el

palacio de El Pardo, hecho que precipitó la marcha de Luis Fernando y Paz a España, a donde no llegaron a verle con vida. Una pérdida trágica y muy dolorosa para la infanta, siempre tan unida a su familia española y tan añorante de los aires de España, a la que siempre regresaba con inmensa alegría. Meses más tarde, en mayo de 1886, la reina Isabel llegó de visita a Amalia y a los suyos, hospedándose con su séquito en el palacio de Nymphenburg; y el 3 de junio del año siguiente, Luis Fernando y Paz tuvieron su segundo hijo, bautizado Adalberto, que fue apadrinado por su tío Alfonso Baviera y por Amalia.

Alegrías que no ocultaban la gran inquietud de la familia bávara, que andaba para pocas alegrías, pues la locura del rey Luis había llegado a extremos insospechados e insostenibles, y todo hacía augurar un posible golpe de Estado por parte del príncipe Leopoldo, que era el siguiente en la línea sucesoria después del también trastornado príncipe Otto, que padecía el delirio de creerse un perro. Luis vivía aislado, abandonado, sucio, con sobrepeso, perdido en sus ensoñaciones wagnerianas, y entregado desde años atrás a su pasión constructora, en la que había enterrado una fortuna con la edificación de sus bellos castillos de Neuschwanstein, Herrenchiemsee y Linderhof. Siempre falto de dinero para sufragar tan mesiánicos proyectos, sus peticiones de efectivo a Luis Fernando habían sido constantes, pues sabía que podía contar con el afecto y la lealtad de la familia de Amalia, a la que se sentía particularmente unido. «*Siento verdaderamente* —le había escrito— *tener que molestarte con cartas con tanta frecuencia, especialmente en los últimos días… pues hasta el momento parece que mantienes la esperanza de poder conseguir un préstamo. Te ruego que con urgencia puedas emplearte lo más posible para evitar, sobre todo, el secuestro de mis castillos*»[cdxxxi].

Una situación muy preocupante, porque el soberano hasta había solicitado a Luis Fernando que apelase a la reina Isabel para que ella pudiese contribuir a la consecución de un empréstito a su favor. «*Luis* —escribía Paz a su madre la reina— *no puede escribirte porque está casi enloquecido con las cartas que recibe todos los días del rey*»[cdxxxii]. Algo que, además, generaba graves tensiones entre el príncipe y su tío Leopoldo, que se veían enfrentados a causa de sus posiciones muy encontradas. Una circunstancia muy espinosa en una familia fuertemente católica y afecta a la legitimidad dinástica, pero que concluyó con el arresto del rey el 10 de junio y su confinamiento en el castillo de Berg a orillas del lago Starnberg. Esa misma noche el monarca había escrito su última carta a Luis Fernando diciéndole:

«*Amadísimo primo. Perdona la mala caligrafía. Te escribo esto de forma muy apresurada. ¡No tiene nombre lo que ha ocurrido hoy! Uno de mis criados subió esta noche apresuradamente desde las caballerizas, para*

comunicarme que había abajo varios hombres (entre ellos "horribile dictu") con uno de mis ministros y un oficial de tropa, que ordenaron se retirasen mi coche y mis caballos, a espaldas mías, y que querían obviamente obligarme a ir al castillo de Linderhof para tenerme allí prisionero, y maquinar sabe Dios qué cosas, arrebatarme violentamente la abdicación. ¿Quién puede esconderse tras semejante conspiración? Seguramente el príncipe Leopoldo»[cdxxxiii].

Luis no fue obligado a abdicar y continuó siendo rey titular, pero su tío Leopoldo pasó a convertirse en regente del reino de forma inmediata. Tres días más tarde, el prisionero era encontrado ahogado en las aguas del lago, sin dilucidarse nunca de forma clara si su novelesco fin había sido un suicidio o un asesinato encubierto. Un golpe severo para la familia real bávara, pues las relaciones entre el nuevo regente y la familia de Amalia tardarían mucho tiempo en recomponerse ya que, si para el primero debía imperar el pragmatismo, para los segundos la lealtad al rey difunto pasaba por encima de todo. La fractura pronto se hizo notar, pues ahora el más adusto Leopoldo no se mostraba con Luis Fernando y con los suyos ni tan amable ni tan deferente con lo había hecho el rey. Así se trasluce en las quejas que Paz trasladaba a su madre en aquellos años, pues dos semanas después de la muerte de Luis II escribía a la reina Isabel: «*Ayer hubo una gran procesión del Corpus, fueron todos los príncipes después de 14 años que no habían salido al público. Me parece que el tío [Leopoldo] podría esperar un año más. Dicen que va a haber muchas funciones ahora. Para los príncipes, se entiende, porque aquí las mujeres son cero a la izquierda*»[cdxxxiv]. Y en octubre añadía: «*Ayer me presenté en el palacio del Regente para obtener el permiso del viaje a España, y me dijeron que no podía presentarme así por las buenas sin haber solicitado audiencia con su asistente. He ido sin haber solicitado audiencia para ver si me echaban*»[cdxxxv].

No obstante, los vínculos del regente con España no se resintieron, pues la esposa de su hijo y heredero el príncipe Luis, la archiduquesa María Teresa de Austria-Este, era hermana de madre de la reina regente María Cristina de España, que en aquellos años y en otros posteriores siempre visitaría Múnich en sus viajes camino de su Austria natal. Por otra parte, Luis Fernando, su madre y sus hermanos y hermanas continuaban manteniendo lazos muy estrechos con la vieja duquesa de Módena, que fue la figura que contribuyó a aquietar las tensiones, y también con los hijos del regente: Luis, Leopoldo, Arnulfo (ya casado con la princesa Teresa de Liechtenstein) y la soltera Teresa que era una avezada lingüista capaz de manejar con destreza hasta 22 idiomas diferentes.

En marzo de 1887, Amalia y sus hijas Elvira y Clara volvieron a salir de viaje, en esta ocasión a Viena, pues ambas jóvenes ya estaban

en edad casadera y había que sacarlas al mercado matrimonial europeo.

«*Los miembros de la familia Adalberto* —escribe el hijo de Paz— *estaban casi siempre juntos. La suegra de mi madre, la infanta Amalia, y sus dos hijas solteras, Elvira y Clara, y su hermano Alfonso siempre pasaban los meses de verano en Nymphenburg. Mis padres podrían haber pasado los meses de invierno en su casa de Múnich, pero a mi padre no le gustaba y mi madre, como siempre, se plegaba a sus deseos. A los otros miembros de la familia Wittelsbach mis padres les veían poco, pues casi las únicas ocasiones en las que se encontraban eran las funciones de corte y las cenas de familia, ya que hasta en el teatro los "Adalbert" tenían su propio palco. Entre las mayores alegrías de mi madre estaban las visitas a Baviera de la reina Isabel y de sus hermanas Isabel y Eulalia y de los miembros de la familia Génova. En esas ocasiones el palacio despertaba a una nueva vida, en especial cuando los niños de ambas familias comenzaron a crecer y a generar un tremendo barullo entre todos*»[cdxxxvi].

Tiempos jalonados de visitas de la reina Isabel y de su hija Eulalia, que ahora casada con el infante Antonio de Orleans y madre de dos hijos, Alfonso y Luis Fernando, con frecuencia dejaba a sus retoños al cuidado de Paz cuando emprendía algunos de sus muy frecuentes y largos viajes. Paz y Eulalia, a quien Clara encontraba particularmente divertida, estaban íntimamente unidas y los hijos de la primera serían siempre casi hijos propios para la segunda. En esas, a comienzos de enero de 1889, Amalia sufrió un severo ataque nervioso del que se hacía eco la prensa española, que recogía en sus páginas:

«*Dicen con fecha de hoy, de Munich, que la infanta doña Amalia de Borbón ha experimentado notable alivio en su padecimiento, y que los médicos esperan una pronta y completa curación. Varios periódicos extranjeros suponen que la infanta ha perdido la razón, porque estando la noche del lunes último en el teatro de la Opera de Múnich viendo la representación del "Sueño de una noche de verano", comenzó a gritar y a dirigirse con desesperados ademanes a los espectadores, arrancándose las joyas y los adornos de su traje. El público se mostró vivamente emocionado, y la representación se suspendió. Según los médicos, no fué acceso de verdadera locura el que tuvo la infanta, sino que la acometió una violentísima crisis nerviosa […] La infanta Amalia está cuidada con el mayor esmero por su nuera doña Paz*»[cdxxxvii].

Es probable que aquel padecimiento fuese el motivo de sus prolongadas estancias en hoteles y lugares de reposo de la geografía bávara, como Wildbald o el Hotel Springer de Wasseburg, a orillas del lago Constanza, a donde marchaba vigilada por el nuevo jefe de su casa, el barón Max von Kramer. Pero sabemos que en aquellos años viajó a París para encontrarse con Paquito y con todas sus hermanas. Una ocasión excepcional en la que Isabelita, Luisita, Pepita, Cristina y

Amalia posaron para el fotógrafo en la escalinata de entrada del palacio de su hermano en Épinay. Quizá por ello, en mayo de 1890, Paquito llegó de visita a Múnich. «*Los niños* —escribía Paz a su hermana la infanta Isabel— *están encantados con su abuelo. Les trajo juguetes hermosos, como por ejemplo un elefante gigante y una anciana que hace punto cuando se le da cuerda. También mi suegra estaba muy feliz por ver a su hermano de nuevo, y se mostró muy alegre en esos días*»[cdxxxviii]. Todo ello mientras la prensa hablaba del posible enlace de Elvira con el príncipe italiano Manuel Filiberto de Saboya-Aosta, duque Aosta y primo de los Génova, pues en la primavera de 1891 hasta se llegó a hablar de un matrimonio entre ambos que nunca se materializó[cdxxxix].

Poco antes Paz había tenido un último hijo, una niña que fue bautizada Pilar, casi en vísperas de la boda de su cuñado Alfonso, el segundo hijo de Amalia, con la princesa Luisa de Orleans, hija de los duques de Alençon y sobrina de la emperatriz Isabel de Austria. Una boda que fue muy bienvenida en la familia, y sobre la que Paz recogía en su diario: «*La novia estaba guapa en su sencillo traje de satín, con un largo velo de tul y sin joyas. Tras la ceremonia su madre me dijo con lágrimas en los ojos, y con una expresión en su voz que solo una madre puede tener cuando habla de la felicidad de un hijo: "ahora te pertenece a ti", y yo le contesté: "Puedes quedarte tranquila"*»[cdxl]. Un enlace principesco de primer orden que fue seguido, en diciembre, por la boda de Elvira que, contra todo pronóstico, no se casaba con el duque de Aosta sino con un refinado noble checo, propietario de importantes predios rurales. Se llamaba Rudolf («Rudi» en familia), era conde von Wrbna-Kaunitz-Reitberg-Questenberg und Freudenthal y descendía de las mejores familias de la nobleza checa. Viudo desde hacía tres años de la condesa Teresa Chorinski, con quien era padre de una hija, era el heredero de notables linajes aristocráticos de Moravia, su familia había aglutinado bienes y propiedades procedentes de los Kaunitz, los Questenberg y los Rietberg y ello le hacía propietario del condado y el castillo de Holleschau, cerca de la ciudad de Kremsir, que contaba con una amplia comunidad judía, y de extensas tierras asociadas al fideicomiso de Jarmeritz, Holleschau, Rimnitz y Waltersdorf en Bohemia[303].

Aquel era un matrimonio fuera del circuito de la realeza del momento, y de ahí las fuertes reticencias que el regente Leopoldo puso al enlace, que terminó por aceptar, aunque con gran renuencia, tentado por la gran fortuna del novio. Finalmente el matrimonio no fue considerado morganático, pues colocaba a Elvira en una posición muy desahogada, amén de que limpiaba su nombre que, a decir de la marquesa de Fontenoy, «*había estado expuesto al público por un episodio romántico que no sería conveniente describir aquí*»[cdxli]. Algo de lo que Paz

se hacía eco en carta a su madre en el mes de diciembre diciéndole «*en el plazo de un mes se celebrará la boda de Elvira; ella se ha marchado unos días para arreglar unos cuartos en Helleschau; indignación por la cartas que ha recibido el viejo conde Wrbna en Austria difamando a Elvira*»[cdxlii]. La ceremonia se celebró en Nymphenburg el 28 de diciembre, y Paz volvía a escribir a la reina Isabel: «*Son una pareja de guapos. Ella simpatiza con todos los deseos de él, y espero que siempre continúe siendo así. Él toca el violín maravillosamente y ella le acompaña al piano. Además, ella ha retomado el canto*»[cdxliii].

Como consecuencia Amalia quedó sola con su hija Clara, residiendo ambas en Nymphenburg, aunque a finales de septiembre solían llegar los Génova desde Turín y los Wrbna desde Holleschau para participar en la festiva Oktoberfest. Muy frecuentes eran también las visitas de Eulalia desde París, ya que adoraba a Paz con quien en 1897 se entretenía en buscar novio para la poco atractiva Clara, ya fuese con el príncipe Enrique de Orleans o con el príncipe Adam Czartoryski. Intentos infructuosos, pero que no serían los únicos, mientras Clara continuaba al cargo del capítulo de damas Nobles de Santa Ana en Würzburg y gozaba de las visitas de esta prima española a quien Paz escribía: «*Clara y yo nos echamos a reír pensando en ti al comer almondiguillas de hígado, con ajo y mucha grasa*»[cdxliv]. Luis Fernando y Paz habían construido una familia muy unida, de gustos sencillos de tono burgués y dada a las bromas y las diversiones. A él no le gustaba viajar porque le alejaba de su práctica cotidiana de la medicina y ella era muy poco amiga de las ceremonias de la corte sobre las que decía: «*al igual que un caballo de circo, hay que ponerse en marcha cuando empieza la música*».

Por eso las llegadas de Eulalia, más mundana y más sofisticada, siempre alegraban la casa y eran esperadas con enorme gusto por Fernando, Adalberto y Pilar. Y Paz, siempre económica y sencilla, se ocupaba en todo momento del bienestar familiar y de buscar a su hermana y a sus hijos el mejor acomodo, tal y como se desprende de una carta suya a Eulalia en el verano de 1898.

«*Yo prefiero* —le decía— *tenerte en casa y a los chicos también, pero si para sus horas de comida etc. les es más cómodo el Burgarten la propietaria se desviviría por complacerlos. Lo único que me molesta es que especialmente los Domingos hay mucha gente bebiendo cerveza en el jardín […] Alfonso nos da por lo que comen él, Luisa [de Orleans, su mujer] y la [condesa] Tattenbach 300 Marcos al mes, Clara que cena todos los días con nosotros trae generalmente uno de los platos; los Génovas contribuyen también con una cantidad […] No me gusta contar los cuartos como un judío, pero no hay más remedio cuando en vez de los 10.000 Marcos al mes envía Bauer 4.000 ó sean 6.000 menos que antes*»[cdxlv].

Eulalia y sus hijos llevaban a Nymphenburg alegría y aires de

mundo, y animaban a Fernando, más fino y puntilloso, a Adalberto, que era más suelto y más bohemio, y a la sencilla Pilar, pues juntos bromeaban y hasta hacían pequeñas burlas sobre el tío Tomas Génova al que apodaban *Onkel Tomato*. Como Paz escribía a Eulalia, «*Apata [Adalberto] está ya otra vez bailando por el cuarto. El otro día para quedarse quieto rezó todo un rosario por la tía Eulalia*». Visitas que renovaban los aires españoles en Nymphenburg donde, según Paz, «*Mis cuñadas Isabel, Luisa y Elvira no encajan bien juntas y con mi suegra además es difícil de sostener un salón*»[cdxlvi]. Además la infanta aprovechaba para recibir bellos y costosos trajes de su más elegante hermana, para poder ataviarse de forma más adecuada en las ceremonias de las cortes de Baviera, Austria y Alemania. «*Para una cena que dio Arnulfo [de Baviera]* —le escribía en una ocasión— *me puse tu vestido azul con el cinturón de oro y me sentía muy elegante, la "sortie de bal" es también tuya*».

Pero a Nymphenburg también llegaban reyes y príncipes extranjeros de toda suerte, que estaban de paso o de visita oficial en Baviera, como fue el caso de los reyes de Rumanía en septiembre de 1895. Ese año los Génova tuvieron un segundo hijo, Filiberto, que sería seguido por otros cuatro nacidos entre 1898 y 1904: Adalberto, Eugenio, Bona y Adelaida. Entre tanto los Wrbna ya habían tenido dos hijos llamados Rodolfo e Isabel, en 1893 y 1894, a los que en 1896 se uniría un tercero llamado Alfonso. Por lo que respecta a Alfonso y Luisa Orleans, sólo tendrían su primer hijo llamado José Clemente y nacido en 1902 y su única hija, Elisabeth, a la que Amalia no llegaría a conocer. En la primavera de 1900 Paz viajó a Viena y desde allí marchó a visitar a los Wrbna en Holleschau, lugar que describía en carta a Eulalia como «*un palacio muy hermoso y muy bien montado. Los chicos monísimos; el pequeño me recordaba a tu Luis*»[cdxlvii]. La infanta quería también viajar a Roma con los Génova para asistir a la beatificación de la religiosa francisca alemana del siglo XVIII, María Crescentia Höss, pero las tensiones entre su grupo familiar y el regente aún no se habían distendido del todo, como ella relataba en carta a su hermana: «*el ayudante del Regente ha telegrafiado a Ow [el barón von Ow] que antes de que el Regente me dé permiso de ir a Roma tienen que saber qué es lo que quiero hacer allí y quien me acompaña. He contestado que pensaba ir solamente bajo la protección de la Casa de Saboya y a poder besar el pie del Papa. Tomaso es tan bueno que está dispuesto a retrasar el viaje*»[cdxlviii]. Pequeñas rencillas que, por otra parte, no minaban el aprecio y el respeto que el resto de la familia bávara sentía por Luis Fernando y Paz, que por entonces escribía «*la familia aquí empieza a tratarme como una especie de Tía Adelgunda, es decir como refugio universal sobre todo los jóvenes*»[cdxlix].

*

La familia de Amalia crecía exponencialmente, y en 1901 Eulalia aún intentó sacar adelante otro proyecto matrimonial fallido para Clara, esta vez con el solterón príncipe Luis de Mónaco[304]. Una maniobra condenada al fracaso porque, según escribía Paz a Eulalia, «*la idea de Mónaco no nos es simpática a nadie. Clara no se decidirá nunca a dar ese paso más que con un príncipe alemán y no los hay católicos*»[cdl]. Razonamiento también aplicable al católico, pero no alemán, conde de Turín, el príncipe italiano Víctor Manuel de Saboya-Aosta[305], que no se sintió atraído por las escasas gracias físicas de la princesa. Intentos que buscaban dinamitar los amores de Clara con el barón Theodor von Cramer-Klett, de los que ya en 1900 se había hecho eco la prensa. Al parecer la princesa estaba muy enamorada del riquísimo Theodor, cuyo padre había comenzado una fulgurante carrera como periodista y, posteriormente, como industrial de peso en Nuremberg ganándose en 1876 el título de barón. El idilio había tomado cuerpo, pero el regente se oponía frontalmente a un enlace que, a sus ojos, bajaba considerablemente el listón matrimonial de los Baviera pues, a pesar de la gran fortuna de los von Cramer-Klett, que se habían hecho construir el magnífico castillo de Hohenaschau en tierras bávaras, el joven era de confesión luterana, su padre había terminado sus días internado en un psiquiátrico por graves desvaríos mentales y su sangre no se consideraba suficientemente aristocrática. La cosa llegó a tanto que, en enero de 1903, la prensa norteamericana anunciaba el compromiso matrimonial entre ambos, avanzando que Theodor estaba dispuesto a convertirse al catolicismo[cdli]. Pero en esta ocasión el regente no dio un paso atrás[306] y, como escribía la marquesa de Fontenoy: «*Clara se vio condenada a convertirse en la acompañante de su excéntrica madre*».

Ese mismo año llegaron noticias preocupantes desde Holleschau donde, según Paz, «*los Wrbna están en efecto al borde del abismo. Si pierden el pleito están completamente arruinados. Nosotros no podemos dar a Elvira más de lo que le damos ya*»[cdlii]. Un genealogista avezado había descubierto que una de las antepasadas de Rudi no era de origen noble, cuestión que invalidaba su posesión del importante fideicomiso familiar de los Kaunitz-Rietberg, que ahora le pleiteaban los condes Pálffy de Erdödy argumentando mayor derecho[307]. Una situación muy preocupante y que se agravaría aún más con el paso de los años, en tiempos en los que la imagen de Amalia parece estar muy desdibujada y prácticamente borrada de la historia, sin que apenas aparezcan referencias a ella ni siquiera en la correspondencia familiar, aunque fue recordada por su prima Isabel II en su testamento[308]. Sin embargo siempre estuvo muy bien atendida y fue muy respetada hasta su

fallecimiento, en Nymphenburg, el 27 de agosto de 1905 a los 70 años. Fue enterrada junto a su esposo en la iglesia de San Miguel, sin alcanzar a ver a su nieto primogénito, Fernando, renovar la tradición familiar de los matrimonios entre los Baviera y los Borbón de España, al casarse en 1906 con la infanta María Teresa, hija del difunto Alfonso XII.

Todos los hijos de Amalia estarían llamados a ver hundirse el Imperio alemán en 1918 y, por tanto, también la monarquía bávara, como consecuencia de la Gran Guerra. Para entonces ya había muerto el otro rey loco Otto, el regente Leopoldo también había desaparecido y su hijo, Luis III, había sucedido en la Corona en 1913. Durante los peores momentos de la Revolución de 1918, toda la familia se vio obligada a abandonar Nymphenburg, buscando refugio temporal en el castillo de Berchtesgaden. Luego, tras su regreso a Múnich, el grupo de Paz y los suyos pudo volver a residir en un pabellón lateral de palacio, mientras que Alfonso, los suyos y Clara se instalaron definitivamente en casas propias de la ciudad. Paz y Luis Fernando aún continuarían viajando con frecuencia a España, donde ella poseía la finca denominada *Luján*[309] en la localidad de Saelices, en la provincia de Cuenca, para visitar a su hijo Fernando y a sus nietos españoles, y aún les cabría pasar por el amargo trago de ver caer, con enorme tristeza, la monarquía española en abril de 1931. Ella falleció el 4 de diciembre de 1946 y fue enterrada en la iglesia de San Miguel, y él la sobrevivió hasta el 23 de noviembre de 1949 siendo enterrado junto a ella. Años más tarde su hijo Adalberto, ya casado con la condesa Augusta von Seefried auf Buttenheim, bisnieta del emperador Francisco José de Austria, sería embajador de Alemania en España tras concluir la Gran Guerra.

El príncipe Alfonso, su esposa Luisa y sus hijos José Clemente e Isabel, también continuaron viviendo en Baviera donde él falleció el 8 de enero de 1933 y ella el 4 de febrero de 1952. Todos ellos serían claros opositores al régimen Nazi durante los años 30 y la Segunda Gran Guerra, mientras que Elvira y Rudi Wrbna hacía ya tiempo que habían sufrido grandes pérdidas económicas en Checoslovaquia, como consecuencia de la primera Gran Guerra y del derrumbe de los Imperios centrales. Con su notable fortuna familiar ahora desaparecida, él falleció en la ciudad checa de Brünn el 24 de diciembre de 1927; Elvira le sobrevivió hasta el 1 de abril de 1943 cuando falleció en Viena. Mejor fue la suerte de los Génova, amparados por la monarquía italiana a la que no alcanzaron a ver caer en 1946. Isabella, muy querida en Italia, falleció en Roma el 26 de febrero de 1924, y Tomás la sobrevivió hasta el 15 de abril de 1931 cuando falleció en Turín un día después de la proclamación de la República en España. En cuanto a Clara, falleció soltera en

Nymphenburg el 29 de mayo de 1941. Un grupo familiar que todavía en España y en Alemania, y a través de los descendientes de los príncipes Fernando y Adalberto, mantiene vivo el espíritu de la rama dinástica de los «Adalbert» y la memoria de esta línea de la casa real bávara de estrechísima vinculación con España.

RICARDITO, EL DUQUE MALOGRADO

«*Era el duque trasunto vivo de las más modestas*
pero más humanas virtudes de su raza:
afable, cariñoso, familiar, servicial
y exento en su trato y sus actos de la más mínima altivez.»
(Pico della Mirándola sobre el duque de San Ricardo,
febrero de 1873)

No podíamos concluir este libro sin reservar un espacio para el hermano más desconocido y más olvidado de nuestras protagonistas, Ricardo Arredondo, un malogrado joven que fue el primer y único duque de San Ricardo, y a su no menos importante madre, Teresa Arredondo. Los estudios sobre la historia de la casa real de España apenas han reparado en ellos, sin duda alguna por el morganatismo de este matrimonio del infante don Francisco y por su irrelevancia en la turbulenta política del reinado de Isabel II. De ahí que madre e hijo siempre hayan sido arrojados al olvido en aquellos escasos trabajos dedicados a la vida de su padre y esposo. Las mismas razones por las cuales sus figuras han permitido hacer volar la fantasía de ciertos autores, como Fernando Palanqués y Ayén en sus *Apuntes Genealógicos y Heráldicos de la Villa de Vélez-Rubio* publicado en 1910, o Miguel Guirao Gea en *Los hermanos Dª Teresa y D. Federico Arredondo y Ramírez de Arellano*, que transmitieron grandes inexactitudes sobre la historia de la familia de Teresa, probablemente en un deseo de enaltecerla.

Según estos autores, los Arredondo serían descendientes de un marqués de San Juan Nepomuceno[310], y se habrían asentado en Vélez-Rubio en el siglo XVIII en la persona de un hidalgo llamado Antonio Arredondo González. Un personaje que sería el padre de Rosendo José, a quien dan el tratamiento de mariscal y quien, a su vez, sería el padre de nuestra Teresa en su matrimonio con Francisca Ramírez de Arellano y Marquetti, a quien titulan duquesa de Santa Teresa. Pero nada más lejos de la realidad, pues nunca existió tal ducado[311] ni Teresa fue, como ellos afirmaban, creada infanta de España por su sobrina política la reina Isabel. Así mismo se ha intentado buscar entronques nobles a esta familia, a veces incluso con la aprobación de familiares que se intentaron aprovechar del matrimonio de Teresa con

el infante. Hasta la grafía del apellido lleva a confusión, porque en las partidas de bautismo de los miembros de la familia consta como Redondo, y solo fue modificado y convertido en Arredondo por un documento posterior del 17 de septiembre de 1864.

*

Teresa Librada Antolina Redondo y Ramírez de Arellano, nació a las once y media de la mañana del 20 de julio de 1825 en el número 16 de la plaza de San Antolín, en la ciudad de Murcia[cdliii]. Su padre era Rosendo José Redondo Gandía[312], natural de Vélez-Rubio, y su madre Francisca Ramírez de Arellano y Marquetti[313], natural de Cartagena. Nada se sabe sobre los primeros años de este matrimonio, del que solo se conoce la identidad de otros dos hijos llamados Federico[314] y Enrique Leandro, este último nacido en Cartagena el 12 de marzo de 1838 y mencionado como séptimo hijo de la pareja.

Una familia de ascendencia almeriense, murciana y genovesa, pero no cántabra, según nos informa uno de sus descendientes, que añade que el padre de Teresa no fue mariscal sino que trabajó algunos años de veterinario[315], aunque también percibía algunas rentas de ciertas propiedades. Algo que les permitió dar una buena educación a sus hijos, pues cuando Teresa llegó a Madrid hablaba francés e italiano y era una gran aficionada a la música, interés que había heredado de su madre.

En abril de 1844 ya formaba parte del *Conservatorio de Música y Declamación de María Cristina*, siendo una de las alumnas que el día 25 cantó en honor a la recién regresada reina María Cristina el *Himno a S. M. la Reina Madre*. A sus 19 años le correspondió la primera estrofa, seguida por su madre que cantó la segunda[cdliv], de la mano de uno de sus profesores, Ramón Carnicer, de quien sabemos que mantenía amistad con el infante don Francisco. Un pedagogo que había puesto muchas esperanzas en ella, hecho por el cual es más que probable que fuese durante alguna de las muchas visitas que por entonces el infante realizó al conservatorio, institución a la que garantizaba su apoyo, cuando reparó en la joven Teresa. Un año más tarde ella ya brillaba en los escenarios con su *Dúo dei Capulleti,* que cantaba junto a su amiga Carolina Olivera, y en su papel de Lucrecia Borgia fue muy aclamada por el público.

Fue entonces cuando comenzó a ser conocida como *La Arredondo* y, con veintiún años y ya formada como soprano, comenzó a trabajar como segunda dama en la *Compañía del Año Cómico* bajo la dirección de Juan Ugalde y del director Juan Skozdopole. En aquel medio trabó buena amistad con personas conocidas del mundo del teatro y de la ópera, como Úrsula Bertoloti, Angela Bossío, Felicidad Alessandri, Fanny Persiani, Noemi de Roissy o la condesa Cabagna di Qualdan

(conocida en el teatro como Ida Edelvir).

Aunque no sabemos cómo don Francisco empezó a interesarse por ella, queda claro que quiénes les presentaron fueron Mariano Rodríguez de Ledesma, gran amigo del infante y antiguo profesor de canto de la difunta infanta Luisa Carlota, y Dionisio Scarlatti y Aldama, que por entonces andaba detrás de la creación de una Academia Nacional de Música y buscaba su apoyo y su patrocinio[316]. Don Francisco era el gran melómano de la familia real, y ese año de 1845 asistió a varias de las actuaciones de Teresa: el 23 de enero *Anna la Prie*, el 21 de abril *Lucia di Lamermoor*, el 30 de abril *La Sonnambula*, el 14 de mayo *I Puritanni*, el 18 de junio *Il Fantasma*, el 7 de julio *Nabuco* y el 25 de julio *L'Orfana Savoiarda*[cdlv].

Por entonces él llevaba viudo dos años y ya se le había intentado buscar una nueva esposa, pues su frenesí sexual le había traído algún que otro problema seguido de escándalos, como cuando fue encontrado en actitudes poco decorosas con dos señoritas francesas de su servicio. Hasta se llegó a rumorear en los salones de la corte sobre un pequeño e infructuoso *affaire* entre él y una de las hermanas del duque de Riánsares. Desde el Gobierno se ejercieron presiones sobre él para que contrajera un segundo matrimonio de rango desigual, que le colocase en una posición de menor influencia en la corte, y se habló seriamente de un enlace con la condesa viuda de Brunetti[317]. Pero don Francisco escribía a su hija Isabelita que, de casarse, sólo lo haría con una «princesa de la sangre» y, por ello, solicitó a la reina María Cristina que hiciese los oficios para un posible matrimonio entre él y otra de las hermanas de ella, la princesa María Carolina de las Dos Sicilias[318]. Una situación sobre la que el bien conectado marqués de Rumigny informaba puntualmente a la reina Luisa de Bélgica.

«*La Infanta Isabel Fernanda* —le escribía— *ha recibido una carta de su padre anunciándole su deseo de volver a casarse con una princesa y solicitando su ayuda en su elección. Él designaba en particular una princesa de la Casa de Prusia de una rama católica, o bien una princesa rusa*[319]*. Quería desposar una princesa porque creía que era mejor que hacerlo con una particular […] Pero al mismo tiempo la infanta ha sabido de Madrid que su pobre padre está a punto de hacer cualquier gran locura. Sus hermanas le han dicho que la casa paterna ya no es sostenible, pues tal es el punto en el que la conducta de su padre se ha vuelto extraña […] La Reina Isabel ya no sabe a quién dirigirse, reducida a invocar el socorro del duque de Riánsares*»[cdlvi].

En 1847 Francisco y Teresa ya mantenían algún tipo de relación íntima, pues fue entonces cuando el gabinete de Narváez le exigió que se alejase momentáneamente de la corte y marchó a vivir al Palacio Real de Valladolid, donde ella y su madre eran visitantes muy asiduas. Corrían tiempos complicados en los que se intentaba resolver el

matrimonio de la infanta Pepita con José Güell, y la amante del infante debió de que jugar algún papel en todo aquel embrollo pues, desde Madrid, el presidente del Consejo de Ministros dio orden de mantener a madre e hija bajo control, mandando que fueran expulsadas de la ciudad castellana.

«*Otro suceso notable* —recogía la prensa— *ha ocurrido en el intermedio, que puede considerarse como un episodio de esta especie de drama. Una jóven llamada doña Teresa Redondo, que vino aquí al mismo tiempo que SS.AA. que tenia frecuente acceso en Palacio, llamando con este motivo la atencion pública y siendo objeto de la crítica general, ha sido expulsada por este gefe político, dándola tan solo el término de dos horas para salir de la ciudad y dirigirse a esa corte, adonde ha sido conducida por un dependiente de policía, a las órdenes del director del ramo. Se cree que debe haber tenido participación más o menos directa en estas ocurrencias del matrimonio [de Pepita]*»[cdlvii].

Cuando poco después don Francisco volvió a Madrid, Teresa y él retomaron su relación y comenzaron a convivir en el palacio de San Juan. Entre ellos había una notable diferencia de treinta y un años de edad, lo cual desde palacio podía contemplarse como un capricho del ya viejo infante, ya que para entonces ella ya había abandonado por completo su carrera artística. Una relación que, por otra parte, generaba sonoras críticas en algunos de los hijos de don Francisco, en particular Isabelita y Enriquito, que desde su exilio en Toulouse escribía a esta hermana:

«*Nuestro padre ya no escribe para ocuparse de ninguno de nosotros dos porque desde las tablas de un teatro una corista rige sus destinos, nuestra desgracia y miseria, se ha labrado su descrédito y ruina y este próximo, muy próximo a labrar la de su familia. Es ninguna su prudencia y toma parte… en todo lo malo […] todo lo ha sacrificado al seguir en un todo a la mujer que hoy escandaliza al mundo con sus desmanes y obscenidades para cubrir sus debilidades y apetitos*»[cdlviii].

Es probable que todo aquello suscitase lógicos temores en los reyes, pues era fácil pensar que la joven buscaba aprovecharse de la bonhomía del infante. Sin embargo, lo cierto es que en el palacio de San Juan reinaba la armonía, y hasta parece que los tres hijos aún solteros de don Francisco, Fernando, Cristina y Amalia, sintieron cierto cariño por Teresa. Poco después, y a sus ya cincuenta y siete años, el 26 de diciembre de 1851, el infante vio nacer a su doceavo hijo (el único de Teresa), que recibió el nombre de Ricardo María y el apellido de la madre todavía escrito como Redondo[320]. Un niño bautizado dos días después en la parroquia de San Millán, de la que los padres de Teresa eran feligreses como residentes en el nº 4 de la calle Casino[321], y que llegó como ilegítimo aunque sus padrinos fueron el gentilhombre del infante, don José Carrizosa, que representó al rey

consorte, y su abuela materna Francisca Ramírez de Arellano.

Un año después, y con el objeto de legitimarle y regularizar la situación personal de la pareja, el infante y Teresa procedieron a casarse el 19 de diciembre de 1852[322] ante el párroco de la iglesia de San Andrés. Un matrimonio para el que no se firmaron capitulaciones y que se celebró en régimen de separación de bienes, aportando Teresa como dote 25.000 duros en alhajas y en joyas. Pocos días antes, él había firmado un codicilo adicional a su testamento de 1844, por el que dejaba a su esposa la décima parte de sus bienes habidos en aquel tiempo, 20.000 duros, «*por el acendrado amor y cariño que la profesa en consideración a las loables prendas que la adornan*».

La boda tuvo carácter secreto y tuvo lugar en ausencia de cualquier miembro de la familia real, pero contó con el beneplácito oficioso de la reina pues, al día siguiente, los reyes acudieron a almorzar al palacio de San Juan con la pequeña princesa de Asturias. No existe mención alguna al matrimonio en los documentos oficiales de la corte, pero aquella unión fue conocida de forma pública y notoria en la sociedad, y aunque Teresa y Ricardito no acudían a las ceremonias palatinas, sí se desplazaban con el infante a los reales sitios y ocupaban las habitaciones que tenía asignadas, manteniendo una relación de índole privado con la familia real.

Teresa había abandonado los escenarios, pero siempre se consideró a sí misma actriz y se mantuvo en contacto con aquel mundo asistiendo asiduamente a conciertos, teatros y galas benéficas. Ejemplo de ello fue cuando en 1853 se produjo un hundimiento provocado por las obras de alcantarillado en la Puerta de Atocha, y las compañías de actores donaron dinero para las familias de los fallecidos, Teresa donó 100 reales de vellón y su madre otros 19 en su calidad de actrices del *Circo*[cdlix].

Fuera de los escenarios su rol doméstico se limitó a apoyar y dar sostén a su esposo en los conflictos familiares, que siempre menudearon en su relación con sus hijos mayores, y sin duda supuso un gran soporte para el infante en los tristes sucesos que rodearon la muerte de su hijo Fernandito, acaecida en la embajada francesa durante los tumultos que siguieron a la revolución de 1854 en Madrid. Así mismo, en 1856 estuvo detrás de bastidores en la negociación de la boda de Amalia con el príncipe Adalberto de Baviera, asistiendo a las comidas privadas con las que se agasajó al príncipe en el palacio de San Juan.

En 1857 la corte se puso de celebración por el nacimiento del príncipe de Asturias, futuro Alfonso XII, y don Francisco aprovechó aquellos júbilos para solicitar a la reina un título para Ricardito, por quien sentía un tierno afecto. A sus 63 años temía que, con su fallecimiento, su esposa y Ricardito cayesen en desgracia y de ahí su

enfático deseo de dejar a este hijo colocado y reconocido en sociedad, por más que no tuviese derecho a llevar el apellido Borbón. En un principio los reyes estuvieron de acuerdo con aquella medida, pero según el propio infante fue el marqués de Miraflores quien convenció al rey de detener el asunto. Algo que airó al infante, que llegó a apelar a las más altas instancias y a escribir al papa Pío IX, padrino del príncipe de Asturias, como él mismo informaba a la reina Cristina:

«*Yo escribí a su Santidad el día siguiente del Nacimiento del Principe una carta y espero haya llegado a su Santidad en la que le pedía que el, como Padrino del Principe, pidiera por mí, y mi Esposa e hijo, pues como lo que son, no siendo el unico exemplar en España de los antiguos Reyes aun de hijo bastardo, con mas razon siendo tan legítimo mi hijo Ricardo. El día que yo falte como quedaria este hijo y mi amada Esposa sin consideracion ninguna en la Sociedad [...] Mientras que a Elena [esposa de Enriquito] se le ha dado el titulo de Duquesa de Sevilla y su hijo ya es Cadete de Artillería que no he podido lograr para el mio*»[cdlx].

Abundando en su empeño, elaboró un memorial que su confesor entregó al rey y que versaba sobre los hijos bastardos de reyes y príncipes en la Historia de Europa, en el que hacía hincapié en los reinos de Francia y de las Dos Sicilias. Para ello contaba con el apoyo de Francisco Javier Istúriz, por aquel entonces presidente del Senado y gran amigo suyo, que fue quien se reunió con los reyes para elevarles aquella solicitud. Finalmente, el 22 de marzo de 1858 la reina prometió a su suegro que se crearía un título del reino para Ricardito en un momento que fuera propicio y el pequeño tuviera más edad, quedando la cosa en suspenso por el momento.

*

En el interior de la pequeña corte del palacio de San Juan la familia vivía muy unida, y el infante aún pudo disfrutar unos años de este hijo tardío, a quien estuvo más unido que a sus mayores, nacidos en tiempos marcados por un exilio y sembrados de intrigas y de ambiciones. Las cosas habían cambiado y Ricardito no creció rodeado de un ejército de criados, ayas y cuidadores en quienes delegar su educación, pues los aires burgueses de Teresa se notaban, aunque cuando se organizaban recepciones y besamanos por «los días» (el cumpleaños) del infante, todo se revestía de cierta pompa y protocolo.

Una cercanía a sus progenitores que propició que el niño tuviese desde pequeño una educación cuidada y, como no podía ser de otra forma, recibiese lecciones de música, canto y pintura. Su padre le hablaba en francés, su madre en italiano y solo cuando estaban todos juntos hablaban en español. Además, y a decir de su amigo Pico della Mirándola, «*era aplicado, estudioso y de claro talento*». Creció como un chico afable y educado, aunque enfermizo, porque a una edad muy

temprana fue diagnosticado de diabetes en tiempos en los que los pobres tratamientos médicos se limitaban a prescribir una dieta estricta.

Para entonces los temores iniciales sobre el posible carácter advenedizo y ambicioso de Teresa se habían disipado, pues ella nunca participó en intrigas y siempre se mantuvo en un segundo plano sin sacar provecho alguno de la condición de su esposo y sin pedir estatus alguno para sí. Cada agosto ella y su hijo viajaban a Valencia a tomar baños de mar, pero en julio de 1858 los tres marcharon a la localidad guipuzcoana de Deva para proseguir luego, ya en agosto, hasta Irún, donde el infante se instaló mientras ellos dos cruzaron la frontera para pasar unos días en París y hacer unas compras. Aprovechando su estancia en la capital francesa, decidieron llegarse a Le Havre para visitar allí a la reina María Cristina, ahora residente en su castillo de Mondésir, pues ésta aún no conocía ni a su nueva cuñada ni a su sobrino, sobre quienes no tardó en escribir al infante:

«*El otro dia cuando tuve el grandisimo placer de abrazar a tu buena y hermosa esposa quise escribirte pero no me ha sido posible y ahora aunque un poco tarde cumplo con este deber para mi tanto mas grato quanto que mi corazon desea decirte que soy feliz de haber hecho conocimiento con tu esposa y haber abrazado a mi amado sobrino Ricardo, que me ha encantado por su espresiva fisonomia y por su caracter decidido y despejado. Dios te conserve estos caros obgetos de tu corazon y los haga felices como a ti, querido hermano*»[cdlxi].

En noviembre de ese mismo año don Francisco modificó su testamento, y dejó a Teresa el remanente del quinto de sus bienes en propiedad «*como un testimonio de lo muy satisfecho que me hallo de su comportamiento conmigo y de la felicidad que me ha proporcionado en el último periodo de mi vida*»[cdlxii]. Como era lógico, la nombró tutora y curadora de Ricardo, a quien mejoró con el tercio de sus bienes y con la casa que había mandado construir en Madrid en el número 5 de la calle Subida de Santo Domingo, cerca de palacio. Así mismo, y para no dejarlos desprotegidos, recomendó a los reyes:

«*que atiendan y consideren a mi muy querida esposa Doña Teresa Arredondo y mi muy querido hijo D. Ricardo, dispensándole toda la protección y afecto que puedan necesitar, y a que es tan acreedora la primera por su buen comportamiento conmigo, y el último por su edad y demás circunstancias y tributando desde ahora a dichos mis muy queridos hijos doña Isabel II y su augusto esposo, las gracias más entrañables por todo lo que en su buen corazón y cariño que me profesan puedan hacer en obsequio de esta mi última recomendación*».

Unos cambios de última hora que no gustaron a sus hijos Isabelita y Enriquito, siempre tan faltos de dinero, aunque el infante no rectificó cuando a su ya avanzada edad temía un fallecimiento repentino. Nada

parece indicar que hubiera habido desavenencias importantes en su primer matrimonio con la imperiosa Luisa Carlota, pero no cabe duda de que aquel fue un matrimonio siempre inmerso en polémicas y en intrigas palaciegas, a diferencia de este segundo que se compenetraba bastante bien. Teresa había puesto cierto orden en el caótico palacio de San Juan, y había llevado paz y tranquilidad al entorno del viejo infante, creando un equilibrio entre los salones y las ceremonias de palacio, a las que él debía acudir en su calidad de infante y padre del rey, y una vida mucho más familiar y doméstica en un círculo reducido en el que también participaban los miembros de la familia real, y los abuelos paternos de Ricardito que pasaron a vivir al número 8 del paseo de Isabel II.

El padre de Teresa, Rosendo José, falleció a los 62 años el 24 de octubre de 1862 y fue enterrado en la Sacramental de San Ginés y San Luis. En mayo de ese mismo año había hecho testamento ante Manuel Calderón, y una mirada a la identidad de sus albaceas nos permite apreciar su cercanía a su yerno, que le había abierto las puertas de ciertos grupos de influencia: el teniente general Lersundi, expresidente del Consejo de Ministros, Ángel María Paz y Membiela (secretario del infante) y su hermano Patricio. «*He recibido* —escribía Teresa a su hermano Federico— *con sumo gusto la tuya del 25 del corriente en la que me indicabas que se va a proceder con la testamentaria de Papá. Ya sabes que el era muy zeloso de lo suyo asi que a lo mejor nos llebamos alguna sorpresa que otra pero tu haora mismo no deves preocuparte por mi, pues yo estoy bien a pesar de la enorme perdida que a supuesto para mi, al igual que para ti, la muerte de nuestro querido Padre. La noticia como sabes a afectado mucho a Ricardito y por eso no le queriamos decir nada pero tambien es bueno que se enfrente a estas cosas*»[cdlxiii].

La enfermedad de este hijo preocupaba mucho tanto al infante como a su esposa, que, en junio del año siguiente, volvía a escribir a este hermano: «*Nosotros estamos en Aranjuez y estamos pasando unos dias regulares por la enfermedad de Ricardito, los medicos le an logrado controlar los desmallos pero el pobre se queja de que se siente débil, solo hace que tomar Te de canela y no puede hacer mucho exercicio físico pero no te creas que el no moverse le esta dejando mas gordo, al contrario por la dieta que tiene esta cada vez mas delgado. La semana próxima viene un profesor Frances a tratar al Rey de sus dolencias y tambien vera a Ricardito*»[cdlxiv].

Una salud frágil, que requería de cuidados y que aún debió de quedar más afectada por la inesperada y traumática muerte de Teresa, acaecida a las 9 de la noche del 28 de diciembre de 1863, en la propiedad que poseía en Pozuelo de Alarcón y en la que la familia se encontraba pasando las Navidades. Nada en la correspondencia del infante permite sospechar algún tipo de enfermedad o problema de

salud, y todo parece indicar que murió repentinamente con solo 37 años[323]. «*El lunes, a las nueve de la noche* —recogía la prensa— *falleció en el vecino pueblo de Pozuelo de Alarcon la señora doña Teresa Arredondo de Borbon, esposa del infante don Francisco de Paula Antonio. Su cadáver ha sido trasladado a esta corte*»[cdlxv].

La noticia llegó rápido a Francia, desde donde la reina María Cristina escribió inmediatamente a su cuñado:

«*Mi muy querido hermano Francisco Antonio. No me sería fácil decirte el bien doloroso afecto que ha producido en mi la noticia que Güell acaba de darme en tu nombre por telégrafo. Cuanto siento, querido hermano mío, el estar lejos de tí, porque aunque de poco valdría mi compañía, ni mis palabras en tan tristes momentos, siempre verías que mi dolor no es fingido, y si que te acompaño con verdadero cariño en tu justo dolor. Yo recuerdo con cariño la esposa que acabas de perder y uno mis lágrimas a las tuyas pidiendo al Señor por el alma de la que lloramos, y para que Dios te conceda aquella resignación y fuerzas que son tan necesarias en tan dolorosos momentos. Yo no dudo que tu, que eres tan bueno, buscaras en la Religión y en tu familia aquellos consuelos que necesitas y piensa también que aquí tienes corazones que te aman y que sienten vivamente tu pena. Toda, toda mi familia se une a mis sentimientos y me encargan uno a uno de decirte cuánta parte toman en tu pena. Y el pobre Ricardito que hace? Pobrecito! Cuanto pienso en él y comprendo su gran pena! Dale por mí mil besos. Dios te guarde y haga que esta querida criatura sea el consuelo de tu vida. Adiós, amado hermano mío, cuenta siempre con el sincero cariño de tu afecta hermana*»[cdlxvi].

Grande fue el duelo para don Francisco, tal y como su yerno José Güell relataba por carta al duque de Riánsares: «*Recibi con mucho gusto su carta del 4 del corriente y al momento fui a ver a S.A.R. el señor infante don Francisco, al cual lei los renglones que V. dedicaba a su persona y agradeció mucho la bondad de V. y me dijo que le escribiera dandole las gracias. Muy afligido lo ha dejado la perdida de su buena esposa, pero el tiempo irá cicatrizando la herida*»[cdlxvii].

Finalmente, cuando padre e hijo llegaron a Madrid con el cadáver de la difunta, en el palacio de San Juan les esperaba el rey, que se llevó a Ricardo a palacio mientras se preparaban los funerales que se celebraron el 4 de enero en la parroquia de San José. La ceremonia fue presidida por el arzobispo de Toledo, acompañado por el patriarca de las Indias, asistiendo el citado jefe del cuarto del infante, Ángel María Paz y Membiela, y José Güell. Fue enterrada en el cementerio de San Isidro[324] y, por deseo de don Francisco, en su panteón el escultor Francisco Bellver produjo un grupo escultórico en piedra de Colmenar de ocho pies y medio de altura que simbolizaba La Religión y La Caridad, tallando dos estatuas de piedra que representan dos genios con antorchas y atributos mortuorios[cdlxviii].

Días después el infante donó por el alma de su esposa 500 reales de vellón al Hospicio de Madrid, y tan luctuosa pérdida llevó a la compasiva reina Isabel a conceder finalmente a su cuñado huérfano el ducado de San Ricardo con Grandeza de España de primera clase.

«*En atencion a las especiales circunstancias que concurren en D. Ricardo María Arredondo, hijo de S.A.R. el Sermo. señor infante D. Francisco de Paula Antonio, vengo en hacerle merced de la grandeza de España de primera clase, con la denominación de duque de San Ricardo, para sí, sus hijos y descendientes legítimos. Dado en Palacio a veintidós de marzo de mil ochocientos sesenta y cuatro*»[cdlxix].

El acceso de la Grandeza supuso la entrada del niño en sociedad y le granjeó una posición en la corte en tanto que Grande de España. Desde ese momento ya sí acompañó, aunque siempre en un segundo plano, a su padre a todas las ceremonias palatinas a las que éste ya acudía menos a causa de su edad y de sus padecimientos físicos. Así, en 1864 en el palacio de San Juan se celebró por primera vez un besamanos por el cumpleaños de Ricardo, al que acudieron aristócratas, ministros y diplomáticos.

Para entonces el nuevo duque había recibido en herencia la propiedad de Pozuelo de Alarcón en la que su madre había fallecido, que era una hacienda con una superficie de 4648.85 metros cuadrados con casa principal, casa para el hortelano, jardín y huerta (el todo tasado en 168.080 reales de vellón), además de 340 fanegas de tierra cercanas a Pozuelo y repartidas entre los términos de Las Rozas, Humera y Bobadilla, tasadas en otros 160,321 reales. Bienes que Ricardo sacó a pública subasta el 16 de septiembre de 1864[cdlxx] y que fueron adquiridos por dos opulentos banqueros «*con el objeto de hacer varias casas de recreo en esta posesión, y cuyos planos fotograbados se han repartido ayer en Madrid*»[cdlxxi]. Al señor Obregón, director de la Compañía lírica del teatro del Circo y gran amigo de su madre, le regaló unos preciosos botones de amatistas con estrellitas de brillantes[cdlxxii].

Don Francisco veía cada vez más cerca su final y se enfocaba en la educación de este hijo adolescente, que daba claros síntomas de fragilidad física. Conocedor de esa realidad, siempre que pudo propició un acercamiento entre él y su hermano Paquito, única persona que consideraba que podía asegurarle un futuro decente una vez que él faltase. Por ello aprovechaba los encuentros familiares en palacio, o en los reales sitios, para fomentar la unión entre hermanos que, por otro lado, parece que fue muy buena a tenor de las palabras de Pico della Mirándola al escribir:

«*Era, no obstante, para él su augusto hermano, el rey don Francisco de Asís, un padre cariñosísimo y un amigo solícito, y rodeaban además al duque otras íntimas afecciones. Colocado por su nacimiento y los azares de*

la cosa pública en medio de personas y acontecimientos capaces de desvanecer primero y agriar mas tarde el espíritu, jamás el duque de San Ricardo pronunció una frase que aludiese a su alcurnia, á sus legítimas ilusiones o esperanzas, ni mucho menos á sentimientos de rencor, envidia o ambicion, que no cabian en su corazon desprendido de las cosas de la tierra. Profundamente respetuoso hacia su hermano y hacia todos los príncipes de la casa de Borbon, nunca se permitió ni aun aludir á las cosas políticas y mucho menos apreciar las cosas interiores de la real familia».

*

Hacia julio de 1864 el infante, que ya llevaba un tiempo padeciendo algunos problemas de salud, decidió modificar de nuevo su testamento para nombrar a su hijo el rey como tutor y curador de Ricardo, en detrimento de su abuela materna. En marzo del año siguiente padre e hijo tuvieron que abandonar precipitadamente Aranjuez, donde habían acudido para pasar la primavera, por las molestias de don Francisco, que falleció a los 71 años el 13 de agosto de ese año de 1865[325]. Recibió sepultura en El Escorial y Ricardito abandonó para siempre el palacio de San Juan[326], marchando a vivir en el palacio real donde ocupó unas habitaciones próximas a las de su hermano, con quien comenzó a compartir una mayor intimidad de la que también fue partícipe la reina, que siempre le dispensó un gran cariño. Una situación que fue dinamitada por la llegada de la revolución de 1868, que dio al traste con la monarquía isabelina y que forzó a toda la familia real, con Ricardo incluido, a salir a toda prisa de España desde las provincias vascas, en las que se encontraban veraneando, hacia un largo e incierto exilio en suelo francés.

Ya en la Francia del Segundo Imperio, el duque acompañó a la familia real en todo su periplo hasta llegar finalmente a París. En un primer momento todos desembarcaron por unos meses en el *Pavillon de Rohan* de la rue de Rivolí, mudándose a finales de 1869 al palacio Basilewsky, que la reina adquirió finalmente en la capital francesa. Un año después Paquito y Ricardito emprendieron un viaje por distintos países de Europa, recalando en Múnich para visitar a Adalberto y Amalia de Baviera, que les hospedaron en el palacio de Nymphenburg, y marchando después al Reino Unido. Para desgracia suya, en el fatídico verano de 1870 estalló la guerra franco-prusiana, que en septiembre dio al traste con el imperio de Napoleón III, cuya caída fue seguida en París por el proceso revolucionario de la Comuna. Sucesos que pillaron a los hermanos en Viena, como huéspedes de los populares archiduques Rainiero y María Carolina, desde donde marcharon a Bélgica, lugar de grandes recuerdos para Paquito. Allí alquilaron un palacete en el nº 9 de la rue de Marie Thérèse, en momentos en los que el rey consideraba seriamente asentarse en la

ciudad Malinas, que ya conocía desde sus años de juventud. En la capital belga fueron recibidos en privado por los reyes Leopoldo II y María Enriqueta, y en julio de 1871 volvieron de nuevo al Reino Unido, donde Paquito siempre se sentía cómodo.

De allí regresaron en el verano de 1871, aquietados ya los graves disturbios en París, y fue entonces cuando se instalaron de forma provisional en el 91 del elegante Faubourg Saint Honoré en compañía de Antonio Ramos de Meneses, duque de Baños y fiel amigo del rey, y el personal de servicio. «*He alquilado* —escribía él a su hermana Isabelita— *un cuarto pequeño pero decente con nuestro hermano don Ricardo a quien hice venir a mi lado hace un mes y para cumplir la voluntad de nuestro inolvidable padre que me dejó como sabes por su tutor y curador con los más amplios poderes para ello. El pobre también se quedó sin nada de lo que le dejó, pues perdida la testamentaría todo siguió la misma suerte*»[cdlxxiii].

Sin embargo, su viaje más emotivo se materializó en febrero de 1872 cuando, el día 16, Ricardo y Meneses cruzaron la frontera española y marcharon a Madrid, donde el duque pudo volver a ver a su abuela. Desde allí siguió hasta Sevilla, para reencontrarse con Paquito que había entrado en España de incógnito por Gibraltar. Un viaje estrictamente privado, y velado por el secreto, pues en Francia el resto de la familia se mantuvo ignorante de todo creyendo que continuaban en Bruselas. Cuando aquel paso por España se filtró al público, los exaltados aires políticos dieron lugar a mil y una conjeturas sobre su finalidad pues, según algunos, Ricardito y el duque de Baños habrían regresado para reunirse con el «partido radical» en nombre del rey, de quien se decía (todo una mera lucubración) que tenía la intención de hacerse con la regencia durante la minoría de edad de su hijo, el príncipe Alfonso, en quien doña Isabel había abdicado sus derechos dos años antes. Todo ello fundamentado en el apoyo masónico con el que décadas atrás habría contado su padre, el difunto infante Francisco de Paula, ya que según la prensa, «*D. Francisco de Asis habría hecho, por medio de su agente [Ricardo], según los que dicen estar enterados, grandes protestas de radicalismo e invocado los manes de sus padres, la infanta Carlota y el infante D. Francisco de Paula, que fueron en su tiempo muy afectos al partido progresista*»[cdlxxiv]. Elucubraciones que no casaban en nada con los intereses reales del rey consorte en aquellos años.

Aquel otoño Paquito se decidió a mudarse a una casa situada en el 7 de la rue Lesueur, que era propiedad de su querido Meneses, desde donde volvía a escribir a su hermana: «*Me he mudado como ves a esta calle donde he tomado el pequeño hotel que habito en condiciones tan ventajosas que me equivale a un alquiler con la condición que aquel no lo tendría de propietario. Los que no saben cómo lo he hecho me creen con*

grandes capitales, pero la verdad es que no tengo que desembolsar casi nada pues tengo cincuenta años para pagar»[cdlxxv].

En Francia, Ricardito trabó gran amistad con Mariano Ruiz de Arana y Osorio de Moscoso, hijo de la duquesa de Baena y sobrino de su medio hermana Luisita, con quien se le veía acompañado en algunos bailes y fiestas. Heredero del gusto por la ópera de sus padres, se le podía ver en los palcos en compañía del duque de Baños, del marqués de Scepeaux o de su hermano el rey, pero su delicada salud, ahora agravada, obligó a poner fin a aquellos desplazamientos pues, según parece, empezó a perder peso y a sufrir mareos constantes. No obstante, los doctores parisinos afirmaban que aún le podían quedar años de vida por delante, y él se mostraba resignado a la posibilidad de fallecer a causa de su enfermedad. Tanto así que, según la prensa francesa, se empezó a barajar la posibilidad de que pudiera casar con alguna princesa de rango menor, católica por supuesto, y seguramente de alguna casa destronada. Un proyecto que no pasó del nivel de las tentativas.

La tarde del lunes 27 de enero de 1873, Ricardo se sintió un tanto indispuesto y sin acabar de almorzar, volvió a la cama mientras el duque de Baños marchaba a buscar al médico, que comunicó que el joven duque estaba pronto a fallecer. Paquito llamó al doctor Fovel, eminencia médica, y pidió a la reina que enviase también al marqués de San Gregorio, su médico personal, que por desgracia no se encontraba en París. Pocas horas después de recibir los auxilios espirituales, y ya en el día 28, Ricardo María Arredondo fallecía a los 22 años en su casa de la rue Lesueur[327].

Días después su amigo Pico della Mirándola escribía:

«*El finado fué el duque de San Ricardo, hijo del, en su vida, popular infante D. Francisco de Paula, y yo, que me honré durante su existencia con la sencilla amistad de este malogrado jóven y que no he de dejar sus frios restos hasta que reciban cristiana sepultura, no podria dedicar hoy mi pluma a otro asunto que el que conmueve mi afligido corazon. Era el duque trasunto vivo de las mas modestas pero mas humanas virtudes de su raza: afable, cariñoso, familiar, servicial y exento en su trato y sus actos de la mas mínima altivez. En su pálido semblante, demacrado por la consuncion, que con lenta pero segura mano venia apagando su vida desde que salvó los límites de la adolescencia, se leia la mas plácida resignacion en aceptar la sentencia de muerte que sobre él pesaba y que era conocida del doliente jóven. Jamás una queja, una palabra agria, una rebelion contra su fúnebre destino salió de aquella boca, siempre abundante en espresiones de ternura hácia los suyos, de hidalga cortesía hácia los estraños. La historia del pobre duque fué un perpétuo holocausto. Todos sus actos eran de sumision y de humildad; todas sus frases respiraban la abnegacion, y al verle y escucharle, nadie que ignorase su rango podia*

sospechar en él a un grande de España que ostentaba en su escudo de armas las tres flores de lis, sino mas bien suponer que tenía ante sí a un pobre huérfano, desamparado y recogido en el seno de una familia estraña»[cdlxxvi].

Los funerales, presididos por el rey, se celebraron el 2 de febrero en la iglesia de Saint-Honoré de Passy y a ellos acudieron las reinas Isabel y María Cristina, la condesa de Girgenti, todos los infantes de España residentes en París, Ignacy Gurowski, el príncipe Luis de Borbón[328], el príncipe Eugenio de Bauffremont-Courtenay (yerno de Luisita), el príncipe de Salm-Kyrburg[329], el duque de Riánsares, el conde de Mercy d'Argenteau, el duque de Sesto, el barón de Ezpeleta, el duque de Baños, el conde de Fernandina, el conde de la Jara, el barón Weisweiller, el conde d'Hane, el doctor Fovel, el general Reina, la duquesa de Valencia, la señora de Coello de Portugal, y los señores Armand Gouzien, Angel de Miranda y Georges de Wlindwort[cdlxxvii].

La vieja reina María Cristina acudió en silla de ruedas y tuvo que abandonar la ceremonia bastante afligida. Fue enterrado en el panteón familiar que su hermano adquirió en el cementerio parisino de Montmartre y, días más tarde, la reina Isabel escribía al médico de la familia, marqués de San Gregorio: «*Ya sabrás la muerte del pobre duque de San Ricardo, me ha afligido mucho esa desgracia. Ha sido muy de repente. Mi marido, como es natural, está afligidísimo. El doctor Fovel parece ser que es el que ha asistido al pobre Ricardo. Se ha lucido…*»[cdlxxviii]. Y desde Nymphenburg Amalia escribía al apenado Paquito: «*Aunque yo no lo tenia tan tratado como tu, mucho he llorado por la muerte de nuestro querido Ricardito, tan parecido a Papá no solo en su cara sino en sus modales y su forma de hablar. Imagino el duro tranze que estas pasando por esta perdida tan dolorosa, yo tengo aqui todavia esos libros que el me habia pedido cuando estubisteis aqui los dos y aora que marcho para Italia pensaba mandarlos desde allí, porque no vienes a vernos cuando regresemos de nuestro paseo? a Adalberto y a mi nos agradaria verte de nuevo. Piensatelo querido Hermano mio*»[cdlxxix].

Tras la muerte de Ricardito, en diciembre de 1881, su ducado fue declarado vacante pues, aunque ya había monarquía en España, nadie reclamó la sucesión y cayó en el olvido[cdlxxx]. Un siglo después, en los años setenta del siglo XX, varios descendientes de Carlos IV mostraron un notable interés por él, solicitando la rehabilitación y entrando en pugna entre sí: el príncipe Nicolás de Rumanía[330], que fundamentaba su derecho en descender de la infanta Carlota Joaquina, reina de Portugal; Francisco de Borbón y Borbón[cdlxxxi], hijo de la IV duquesa de Sevilla y por tanto tataranieto del infante Francisco de Paula; su propio hijo, Alfonso de Borbón Escasany[cdlxxxii], hermano del actual duque de Sevilla; y Carmen Martínez Bordiú y Franco, nieta del general Franco, que lo solicitó en nombre de su hijo Luis Alfonso de

Borbón, en calidad de descendiente del rey consorte. Todos quisieron ser duques de San Ricardo hasta que, en noviembre de 1991, el entonces rey Juan Carlos I decidió suprimir el título y poner fin a aquellos anhelos.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Francisco. *Dictionnaire des hommes célèbres et des personnages que j'aime bien*. Manuscrito hallado en la Bibliothèque Richelieu de París
- ANCELOT, Sylvie, *Sur les pas d'Isabelle II. Reine d'Espagne en exil à Paris de 1868 à 1904*. L'Harmattan, Paris, 2018
- BALLESTER Y ROCAMORA, Miquel, *Recordando a María de la Paz, la infanta pacifista. En el 50 aniversario de su muerte,* Alicante, 1996.
- BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *Through Four Revolutions 1862-1933, by H.R.H. Princess Ludwig Ferdinand of Bavaria, Infanta of Spain*, John Murray, Londres, 1933.
- BENALÚA, conde de, *Memorias del conde de Benalúa, duque de San Pedro Galatino,* Madrid.
- BOWER, Leonard y BOLITHO, Gordon, *Otho I: King of Greece. A Biography,* Royalty Digest, Ticehurst, 1995.
- BRONNE, Carlo, *Le tiroir secret.*
- BUDZYNSKI M., *Wspomnienia z mojego życia [Les souvenirs de ma vie],* t. II, Poznań, J. K. Żupanski, 1880.
- BURDIEL, Isabel. *Isabel II: una biografía*, Taurus, memorias y biografías, 2010
- BURGO, Jaime del, *Carlos VII y su tiempo: leyenda y realidad.* Fundación Hernando de Larramendi, D.L. 1994
- CÁRCEL ORTÍ, Vicente, *Correspondencia diplomática del nuncio Amat (1833-1840)*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1982.
- CARLAVILA, Mauricio, *Borbones masones,* Ediciones Acervo, Barcelona, 1967
- CHAPMAN-HUSTON, Desmond. *Bavarian Fantasy: The Story of Ludwig II,* NY Library Publishers, Nueva York,

1956.

- CIERVA, Ricardo de la, *La otra vida de Alfonso XII*, editorial Fénix, Madrid, 1994
- *Colección Legislativa de España. Sentencias del Tribunal Supremo en materia civil, salas primera y tercera*. Primer semestre de 1883. Imprenta del ministerio de Gracia y Justicia, Madrid, 1884.
- COLOGÁN Y GONZÁLEZ-MASSIEU, Jorge, *Una tinerfeña en palacio: el enlace nupcial de don Pedro de Borbón y Borbón, duque de Dúrcal, con doña María de la Caridad de ádan y Uriondo,* Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2019
- CORTI, conde Egon, *Ludwig I of Bavaria,* Thornton Butterworth Ltd., Londres, 1938.
- CUSTINE A., *Lettres à Vernhagen d'Ense,* Genève, Slatkine Reprints, 1979.
- CUSTINE, Robert de, *Les Bourbons de Goritz et les Bourbons d'Espagne,* Hachette Livre, París 2018.
- DE LA LAMA CERECEDA, Enrique. *Visiones políticas. Cartas sobre España: Guistiniani-Consalvi., 1817-1823*. Eunsa, 2020.
- DEFRANCE, Olivier, *La Médicis des Cobourg, Clémentine d'Orleans,* Éditions Racine, Bruselas, 2007.
- DINO, duquesa de, *Memoirs of the Duchesse de Dino 1836-1840,* William Heineman, Londres, 1910.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando, *Mis memorias íntimas*, Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1886.
- FONTENOY, marquesa de, *Within royal palaces. The private life of emperors, kings, queens, princes and princesses,* Edgewood, Londres, 1892.
- GUIMARAES, ARGEU, *Em torno do casamento de Pedro II*, Livraria Zelio Valverde, Rio de Janeiro, Brasil.
- Instituto Português de Heráldica, *Anuário da Nobreza de Portugal,* IPH, Lisboa, 1985.
- *Jurispudencia Civil. Colección completa de las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo*, volumen 46. Imprenta de la Revista de Legislación, Madrid, 1882.

- JEFFS, Julian, *Sherry,* Infinite Ideas Limited, Londres, 2014.
- KERREBROUCK, Patrick van, *La Maison de Bourbon 1256-2004,* Villeneuve d'Ascq, 2004.
- LAZEU, Enrique de. *Apuntes históricos-contemporáneos*, Madrid, Imprenta a cargo de Julián Peña, 1876
- LUCEY M., *The Misfit of the Family: Balzac and the social form of sexuality*, Durham, Duke University Press, 2003
- MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *Memorias de luz y niebla,* Galaxia Gutenberg, Madrid, 2020
- MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo, *Eulalia de Borbón, l'enfant terrible,* Alberdi Ediciones, Madrid, 2014.
- MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Los desconocidos infantes de España. Casa de Borbón*, editorial Thassàlia, 1996.
- MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Nobleza Obliga. Una historia íntima de la aristocracia española*, La Esfera de los Libros, 2006.
- *Memorias y correspondencia secreta de Luis Felipe y otros soberanos: relativas entre otras cuestiones a las de los casamientos españoles, la alianza anglo-francesa, el carlismo, las sociedades secretas, etc*. Madrid: Imprenta de la Biblioteca del Siglo.
- MORAL RONCAL, Antonio Manuel, *Carlos V de Borbón (1788-1855),* Editorial Actas, Madrid, 1999.
- NORONHA DA COSTA, Marcus, *Ensaios genealógicos ao ritmo das geraçoes,* Lisboa, 2017.
- PARRY, E. Jones. *The Spanish Marriages: 1841-1846*, MacMillan, Londres, 1936.
- PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, Juan. *Estudios de la vida, reinado, proscripción y muerte de Carlos IV y María Luisa de Parma, reyes de España*, 1908.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (ed.), *Isabel II, los espejos de la reina,* Marcial Pons Historia, Madrid, 2004.
- PORTILLO, Filiberto. *Précis historique des motifs de son émigration*. Pollet et Compagnie, París, 1850.

- REIG-FERRER, Abilio, *Aves españolas con nombres de personas,* Argutorio nº 26/69, 1er semestre 2011.
- ROA Y EROSTABE, Joaquín de, *Biografía de SAR el Sermo. Sr. Don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, infante de España y de Portugal,* Ed. Juan Muñoz, Madrid.
- SAGRERA, Ana de, *La duquesa de Madrid: (última reina de los carlistas)*, Talleres Mossén Alcover, 1969.
  - SAMPEDRO ESCOLAR, José Luis, *Los matrimonios de la familia del infante don Francisco de Paula (1819-1856),* en "Ana de Sagrera. Homenaje en el centenario de su nacimiento", Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Madrid, 2019.
  - URSEL, Hippolyte de, *La cour de Belgique et la cour de France de 1832 à 1850. Lettres intimes de Louise Marie d'Orléans, première reine des Belges, au roi Louis Philippe et à la reine Marie Amélie*, Paris, Librairie Plon, 1933.
  - VASILI, Paul y ADAM, Juliette, *La société de Madrid*, Nouvelle Revue, Paris, 1886.
  - *Vente aux enchères publiques des objects d'Art et de curiosité orfevrerie des XVI, XVII et XVIII siècles, cristaux de roche, tabatières, bijoux émaux cloisonnés objets d'ameublement. Tableaux dont un par greuze objets divers compossant la collection de M. le Marquis de Valcarlos*. 1872.

Archivos consultados:

- Archives de la Préfecture de Police
  - Archives Nationales de France
  - Archivio Histórico Diocesano de Mérida-Badajoz
  - Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, marqués de Marañón
  - Archivo del Congreso de los Diputados
  - Archivo del Ministerio de Justicia
  - Archivo del Senado
  - Archivo Diocesano de Cartagena

- ○ Archivo Ducal de Maqueda
- ○ Archivo General del Palacio Real
- ○ Archivo General Militar de Segovia
- ○ Archivo Histórico de la Nobleza
- ○ Archivo Histórico de la Real Academia de la Historia
- ○ Archivo Histórico del Santuario de Loyola
- ○ Archivo Histórico Diocesano de Valladolid
- ○ Archivo Histórico Nacional
- ○ Archivo Municipal de Pau
- ○ Biblioteca Nacional de España

Prensa:

- *ABC*
- *Diario Balear*
- *Diario oficial de avisos de Madrid*
- *El Áncora*
- *El Católico*
- *El Clamor Público*
- *El Correo*
- *El Corresponsal*
- *El Día*
- *El Eco del Comercio*
- *El Espectador*
- *El Globo*
- *El Heraldo*
- *El Imparcial*
- *El Lloyd Español*
- *El Observador*
- *El Pabellón Nacional*
- *El Pensamiento Español*
- *El Popular*
- *El Siglo Futuro*
- *El Universal, observador español*

- *Gil Blas*
- *Figaro: journal non politique*
- *Indiana Tribune*
- *Journal de Bruxelles*
- *Journal de Confolens*
- *Journal de Toulouse*
- *Journal des débats politiques et lit*éraires
- *L'Ami de la religion et du Roi: journal ecclésiastique, politique et littéraire*
- *L'Indépendance de Belge*
- *La Corona*
- *La Correspondencia de España*
- *La Discusión*
- *La Época*
- *La España*
- *La Esperanza*
- *La France*
- *La Gaceta de Madrid*
- *La Iberia*
- *La Igualdad*
- *La Monarquía*
- *La Nación*
- *La Patria*
- *La Presse*
- *Le Bien Public*
- *Le Constitutionnel*
- *Le Figaro*
- *Le Matin*
- *Le Mémorial Bordelais*
- *Le Phare*
- *Le Soir*
- *Le Sport: Journal des gens du monde*
- *L'Union Nationale*
- *Organe des Flandres*

- *The Times-Pycayune*
- День (*Día* de Moscú)

1. Elizabeth Fox (1771-1845), casada en primeras nupcias con sir Geodfrey Webster y en segundas con el gran hispanista Henry Fox, III barón Holland. Fervientes admiradores de Napoleón, los Holland viajaron a España en 1803 donde conocieron a la familia real.

2. La exclusión había sido decidida por las Cortes de Cádiz en un momento en que tanto Francisco de Paula como su hermana María Luisa, ex reina de Etruria, vivían en el exilio bajo el control de Napoleón, pues se temía que ambos pudieran ser utilizados como peones por el emperador de los franceses. Sin embargo, esta medida no hizo otra cosa que potenciar en los años posteriores los rumores de la supuesta ilegitimidad de Francisco.

3. Existe constancia documental de los deseos de la reina María Luisa de casar a Francisco con Carlota Godoy, la hija del favorito, en los años de convivencia del infante con sus padres en Roma. Algo que contradice los extendidos rumores según los cuales sería hijo de Godoy, pues ni la propia reina, fuertemente católica, hubiese concebido un matrimonio tan claramente incestuoso entre los que habrían sido hermanos de padre.

4. Ambos eligieron como administrador de tan importante señorío al general Elio, último virrey del Río de la Plata.

5. Un priorato de la orden de San Juan que el infante dirigiría hasta su disolución en 1851.

6. Hija del rey Víctor Manuel I de Cerdeña, María Ana acabaría casándose en 1831 con el mentalmente inestable emperador Fernando I de Austria-Hungría.

7. Las princesas Elisabeth y Amalia, hijas del rey Maximiliano I de Baviera, y luego esposas respectivamente de los reyes Federico Guillermo IV de Prusia y Juan I de Sajonia.

8. A última hora, Fernando VII le concedió también 80.000 pesos de 20 reales para joyas y, si quedaba viuda y permanecía en España, una pensión de 150.000 escudos de vellón de 10 reales.

9. El infante había tenido problemas en Roma cuando se descubrió que mantenía relaciones íntimas con una criada, apareciendo rumores de un hijo bastardo luego desmentidos por el propio Carlos IV.

10. La poderosa Isabel de Farnesio (1692-1766), hija del príncipe Eduardo II Farnesio y de la condesa palatina Dorotea Sofía de Neoburgo, casó en 1714 con Felipe V, viudo de su primera esposa, con quien tuvo amplia descendencia asentada en los tronos de España, Nápoles y el ducado de Parma.

11. Sus amas de cría fueron las burgalesas Antonia Sáiz Diez y María Jacinta Sáez Martínez, que al retirarse recibieron la suma de 11.000 reales.

12. Anteriormente Carlos III había consentido que su hermano menor, el infante don Luis, recibiera el condado de Chinchón (vendido a este por su hermano el duque de Parma, que lo había comprado a José Sforza Cesarini Savelli). Don Luis tuvo tres hijos de un matrimonio morganático con la hija de los condes de Castelblanco: el mayor, llamado también Luis heredó el condado de Chinchón, que pasaría a su hermana Teresa (esposa de Godoy) quien a su vez recibiría de Carlos IV el marquesado de Bobadilla del Monte.

13. Esta propiedad sería cedida al Estado por la reina Isabel II en 1865. Posteriormente, fue vendida en 1869 y actualmente se halla bajo las aguas del embalse de Buendí, siendo visibles sus ruinas.

14. La dotación al rey quedó en 40.000 millones de reales y la de la reina en 640.000 reales.

15. Hilario Torres, primer médico de cámara del rey.

16. Sus amas de cría fueron las burgalesas Luisa Ibeas Monedero y Juliana Hernández Cañizar. El viaje de las personas encargadas de ir a recogerlas a su provincia coincidió con el levantamiento del cura Jerónimo Merino lo cual hizo que en la corte se temiese por sus vidas.

17. El infante Pedro Carlos, nieto del rey Carlos III, había quedado huérfano a una tierna edad y había sido enviado a educarse a Portugal en la corte de su abuela la reina María I. De allí había marchado en 1808 al Brasil con la familia real portuguesa, que huía de la invasión francesa, y había casado en aquellas tierras con esta infanta María Teresa. Falleció en 1812 en Río de Janeiro donde está enterrado.

18. Las rentas procedían de las encomiendas del Gran Priorato de Castilla de la Orden de San Juan de Jerusalén, que Carlos III había cedido a perpetuidad a su hijo don Gabriel y a su progenie.

19. Sus amas de cría fueron las burgalesas Francisca Rubio y Juana Rábagos.

20. El príncipe Luis de Francia, sobrino del rey Luis XVIII y esposo de su prima la infausta princesa María Teresa de Francia, hija de los guillotinados Luis XVI y María Antonieta.

21. Por encontrarse la familia en Andalucía, su ama de cría fue Micaela Marín natural de Grazalema.

22. Sus amas de cría fueron las burgalesas Juliana Hernando e Ignacia Arnaiz. Esta última falleció en Aranjuez el 27 de abril de aquel año.

23. Un aventurero que decía llamarse José Agustín Fort Yegros Cabot de Zúñiga Saavedra y utilizaba el título de fantasía de marqués de Guarany. Afirmaba poseer una gran fortuna y haber sido comisionado por las autoridades del Paraguay.

24. Probablemente el conde Claude Henri de Crouy-Chanel (1764-1843), originario de Hungría.

25. Sus amas de cría fueron las burgalesas Plácida Fernández y Bernardina Sáiz.

26. El duque Luis Felipe de Orleans y su esposa la princesa María Amelia de las Dos Sicilias, que era tía de la infanta Luisa Carlota.

27. Se habló también del infante don Carlos, del duque Carlos Luis de Lucca y del archiduque Carlos de Austria, duque de Teschen.

28. Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838), I duque de Dino, influyente político francés que desempeñó en su carrera política los cargos de diputado en los Estados Generales, miembro de la Asamblea Constituyente, ministro de Relaciones Exteriores, primer ministro y embajador en el Reino Unido.

29. Alexandre Daniel, I barón de Talleyrand-Périgord (1776-1839), importante político francés elevado a par de Francia en 1828.

30. Jean Kazareff y el peluquero del propio rey, Monsieur Monchez, fueron acusados de ejercer contrabando ilegal al conseguir que entrasen en Madrid carros y mercancías que pasaban sin pagar aduanas bajo pretexto de ser abastos para la familia real.

31. Sus amas de cría fueron las burgalesas Victoria Rodríguez y Antonia López.

32. Vincenzo Grifeo, IX príncipe de Partanna y esposo de Ágata Gravina IX princesa de Palagonia. Su madre, Lucia Migliaccio, había sido la segunda esposa (morganática) del rey Fernando I de las Dos Sicilias, abuelo de la infanta Luisa Carlota.

33. Carlos Luis de Borbón, heredero del ducado de Parma y su esposa la princesa María Teresa de Cerdeña.

34. Según algunos, la reina no habría fallecido en Madrid sino que se habría fingido su muerte por el deseo de ella de regresar a su Sajonia natal, a donde habría sido enviada para pasar sus últimos años retirada del mundo en un convento.

35. Tanto don Miguel como María Francisca y la princesa de Beira eran hijos del difunto rey João VI. Su otro hermano, y el primogénito de la fratría, se había hecho proclamar emperador de Brasil como Pedro I todavía en vida de su padre, pero al fallecer éste en 1826, y siendo Pedro también portador de los derechos a la corona de Portugal, reclamó ese trono para su hija María da Gloria dejando a su hermano don Miguel como regente. Algo que aprovechó éste para proclamarse rey de Portugal pasando por delante de los derechos de su sobrina.

36. Las archiduquesas María Teresa y María Beatriz de Austria, princesas de Módena y luego esposas respectivamente del conde de Chambord y del pretendiente carlista Juan III.

37. Ella afirmaba querer esa medida porque se iba a quedar sin sustento, pese a que el rey le había otorgado una renta de 50.000 duros.

38. Su hermano Manuel era el secretario de la reina Cristina. Los hermanos Dusmet gozaron de cierto poder en los últimos años de la corte fernandina.

39. En 1820 José Joaquín del Álamo recibió del rey Fernando un contrato de enfiteusis sobre el Soto y palacio de Aldovea.

40. Inés Francisca de Silva y Téllez-Girón, esposa de Nicolás de Osorio y Zayas, XVI marqués de Alcañices y XV duque de Alburquerque.

41. Don Antonio de Saavedra y Jofré, VII conde de Alcudia.

42. El 26 de mayo de 1834 don Miguel fue forzado por su hermano don Pedro a abdicar la corona de Portugal en su sobrina, la reina niña María II, marchando al exilio en Alemania.

43. Desde 1834 sería VII conde de Parcent, VIII conde de Contamina y Grande de España. También era VIII marqués de Bárboles y conde del Villar. En 1814 había casado con María Luisa de Gand y La Rochefoucauld.

44. La marquesa de Branciforte era sobrina de Manuel Godoy, en tanto que hija de su

hermana Antonia Godoy y Álvarez de Faria y del napolitano Manuel de La Grúa-Talamanca, I marqués de Branciforte.

45. Su abuela, Eugenia Funes, había sido nodriza de la infanta Carlota Joaquina luego reina de Portugal.

46. Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen (1792-1872), político y conspirador progresista, fue amigo del famoso Empecinado en la Guerra de Independencia y fiel seguidor de la reina María Cristina. Era tío abuelo segundo de Pío Baroja y protagonista de algunos de sus escritos.

47. Un palacete rodeado de vastos jardines construido en 1792 para el marqués Alexandre Galliffet, presidente del parlamento de Provenza. En 1821 sus herederos lo dividieron en departamentos varios de los cuales fueron alquilados en 1838 al infante Francisco de Paula. En la actualidad alberga la embajada de Italia en Francia.

48. El escritor, viajero, anticuario y político marqués Alexandre de Laborde (1773-1842).

49. Fernando Felipe de Orleans, primogénito de los reyes franceses y casado con la duquesa Elena de Mecklemburg-Schwerin. El hijo al que se hace referencia es Luis Felipe de Orleans, futuro conde de París.

50. Manuel Pando y Fernández de Pinedo, marqués de Miraflores y esposo de Vicenta Moñino y Pontejos condesa de Floridablanca y sobrina del famoso ministro ilustrado de tiempos de Carlos III.

51. La influyente Dorothea von Biron, princesa de Curlandia y esposa de Edmond de Talleyrand-Périgord II duque de Dino y de Talleyrand.

52. Narciso Heredia y Begines de los Ríos (1775-1843), marqués de Heredia y conde de Heredia-Spínola, era más conocido como conde de Ofalia por el título de su esposa María Dolores Salabert y Torres. Ocupó varios cargos durante la regencia de María Cristina.

53. El príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, primo hermano del príncipe consorte Alberto de Gran Bretaña, acabaría contrayendo un matrimonio desigual en 1861 con la compositora Constanze Geiger, creada baronesa von Ruttenstein.

54. Otros prestatarios fueron el diputado francés Mauguin y un mallorquín llamado Palet.

55. *Juan de las Viñas* era una comedia en dos actos en prosa de Eugenio Hartzenbusch.

56. María Antonia Anduaga Siles-Cuenca esposa del político Francisco Cea Bermúdez. En 1839 el matrimonio se había afincado en París en el 14 de la rue de la Paix.

57. Pauline de Talleyrand-Périgord, hija de la duquesa de Dino y esposa del marqués Henri de Castellane.

58. El progresista Baldomero Espartero, I duque de la Victoria, cuya participación en la guerra carlista fue vital para la victoria isabelina.

59. El banquero, financiero y político judío Achille Fould.

60. James de Rothschild, fundador de la rama francesa de la familia de banqueros judíos.

61. En Florencia reinaba como gran duque de Toscana su cuñado Leopoldo II, esposo de su hermana la princesa María Antonieta de las Dos Sicilias.

62. Denominado «palacio Braganza» por haberse hospedado en él El emperador Pedro I del Brasil, sería vendido en años posteriores a la princesa Matilde Bonaparte.

63. Fueron notorios los casos de princesas como Mariana de Holanda, Guillermina de Baden o Thyra de Dinamarca, por solo citar algunos.

64. Tras el fallecimiento en 1834 del emperador don Pedro I el trono lo había heredado este hijo.

65. Según otros, su primer encuentro se habría producido en 1840 en un baile del duque de Serracapriola, Nicola Maresca Donnorso, embajador del reino de las Dos Sicilias en París.

66. Kalisz es el lugar que consta en la partida de matrimonio de su hija María Luisa, pero en la partida de defunción de él consta Varsovia.

67. El gran ducado de Posen, con capital en Poznan, estaba gobernado por el príncipe Antonin Radziwill, esposo de la princesa Luisa de Prusia, sobrina de Federico *II el Grande*.

68. Una especie de funcionarios locales que se remontaban a la Edad Media polaca y que gozaban de prerrogativas judiciales, económicas y políticas dentro de una *kasztelanii* (división territorial), pero que con el tiempo fueron perdiendo poder y relevancia.

69. Hija de Ignacy Cielecki y de Wiktoria Zbijewska.

70. El radical Adam Gurowski sería en breve un ferviente partidario del paneslavismo, que consideraba que la cultura polaca había quedado polucionada por las influencias latinas. Por ello poco después se dirigiría al zar Nicolás para solicitar la amnistía y su regreso a Rusia desde donde, años más tarde, emigró a los Estados Unidos. Cercano a los postulados del socialismo utópico, en años posteriores gozó de cierta notoriedad en la vida política

norteamericana y fue autor de numerosas obras sobre el Imperio ruso como *La Russie en 1839*. Soltero y sin descendencia, falleció en Washington en 1866.

71. Otro de los hermanos, Joseph, casó con Stephanie von Walewski y se instaló en Reino Unido donde sus descendientes fueron más tarde reconocidos como condes Gurowski por la corona británica, dejando amplia descendencia en Gran Bretaña.

72. Años más tarde el segundo hijo de este príncipe, Wladislaw Czartoryski, contraería matrimonio con María del Amparo Muñoz y Borbón, hija de la reina María Cristina de España y de su segundo marido.

73. Durante los meses de la insurrección polaca, Czartoryski formó una confederación de las tres provincias meridionales de Sandomierz,Kraków y Kalisz, donde tenían sus tierras los Gurowski.

74. Luis XV había casado con María Leczynska, hija del último rey de Polonia.

75. Elisabeth Félix (1821-1858), más conocida como Mademoiselle Rachel, fue una figura muy prominente de la escena francesa siendo en años posteriores amante de Napoleón III y de su primo el conde Alexandre Colonna-Walewski.

76. No faltó quien conjeturó que Isabel podía estar embarazada del conde de Parcent, que sería quien «*habría facilitado su evasión para ponerla a cubierto*».

77. Albert Bruneel, I conde Bruneel y esposo de Marie Philippine de Clermont-Tonnerre.

78. Un periódico parcialmente financiado por el infante Francisco de Paula y uno de cuyos fundadores, Angel Iznardi, tenía vinculaciones con la masonería y era gran amigo del conde de Parcent.

79. Otros contaban erróneamente que los fugitivos habían sido detenidos en Fontainebleau, llevados a casa del conde Charles Tanneguy Duchâtel y casados gracias a la intervención de la reina Amelia de Francia.

80. Marie-Hyppolyte de Gueurie, II marqués de Rumigny (1784-1871), diplomático francés y confidente del rey Luis Felipe que en 1839 había sido enviado como embajador a Madrid y posteriormente a Bruselas.

81. Probablemente el príncipe liberal Félix Lichnowsky (1814-1848).

82. María Manuela Kirckpatrick de Closeburn, viuda del conde de Montijo y madre de la futura emperatriz Eugenia de Francia.

83. Isabel era tataranieta de Luis XV y a través la esposa de éste, María Leczynska, tenía ascendencia polaca.

84. Vendedores de falsos remedios.

85. Jacoba Ortiz de Taranco, viuda de don Francisco Fernández de Castro y Marchioti marqués de Barrio Lucio.

86. Su hija, la princesa Teresa Cristina de las Dos Sicilias, recientemente casada con el emperador Pedro II del Brasil.

87. Una vez viuda, María Isabel mantuvo una relación escandalosa con el barón austriaco Peter von Schmuckher, que había llegado a Nápoles en el cortejo de la esposa del rey Fernando II y que acabó siendo expulsado de la corte por sus ampulosas pretensiones. Tras los graves rumores según los cuales la reina viuda había tenido un hijo con él, en 1839 se consintió en que ella casara con el noble Francesco del Balzo.

88. Su hijo, el príncipe Luis de las Dos Sicilias, conde de Aquila, que había marchado al Brasil para acompañar a su hermana la emperatriz Teresa Cristina y allí había contraído finalmente matrimonio con la hermana del emperador Pedro II, la princesa Januaria del Brasil. La misma en la que tiempo antes se había pensado para los infantes Francisco de Asís o Enrique.

89. Camino de Bruselas el padre Fulgencio pasó por Bourges, donde en aquel momento residía bajo vigilancia la familia real carlista. Una misión que quizá obedecía al deseo último de la difunta Luisa Carlota de llevar a cabo una reconciliación familiar entre los Borbones de España.

90. Otras fuentes dan como lugar el castillo de Pfoffendorf, en Alemania.

91. Carlos Luis Gurowski había sido ahijado de su bisabuela, la reina viuda María Isabel de las Dos Sicilias, que tras su fallecimiento había escrito a Isabelita: «*sé que has sufrido infinito la pérdida del ahijadito*».

92. La reina también le había concedido en 1846 el marquesado de San Agustín y en 1847 el rey Luis Felipe le iba a conceder el título de duque de Montmorot y Par de Francia.

93. El liberal príncipe Leopoldo de las Dos-Sicilias (1813-1860) casado con la princesa María de Saboya-Carignano.

94. Una hermana de la princesa María Josefa de Sajonia, tercera esposa del rey Fernando VII, y por tanto, tía de Isabel.

95. Hija de Antonio de Padua de Castellví y Fernández de Córdoba, XIII conde de Castellá, y de Margarita Shelly Mackarty.

96. Un inglés establecido en Barcelona donde en 1835 había adquirido los bienes desamortizados del convento de los padres capuchinos de Sarriá.

97. Aún no se había resuelto la testamentaría de la infanta Luisa Carlota en la que a Isabel, al igual que a sus hermanos, le correspondían las siguientes sumas: 647.300,80 reales de la hijuela y dos partidas pagadas por su hermano el rey Francisco de Asís en compensación por un octavo de un aderezo de joyas que él se había quedado (517.655,40 reales) y un octavo de la parte de otro aderezo que él también se había quedado procedente de su abuela la reina de las Dos Sicilias (80.600 reales).

98. Un censo belga de 1846 ya indicaba que para aquellas fechas contaban con 10 personas de servicio.

99. Hermano del político Francisco Cea-Bermúdez, citado arriba, y casado con María Antonia Gertrudis Colombí Bode.

100. Probablemente los propietarios del castillo, Lambert Charles de Woot de Trixhe y su esposa Félicie de Prez d'Aye, que acababan de casarse en 1851.

101. Estaba ubicado en el solar en el que actualmente se encuentra la sede del ayuntamiento de Madrid.

102. Este palacio pasó a ser propiedad de Samuel Lambert (nacido Samuel Cahen). Más tarde sería la residencia del primer ministro belga.

103. Esta deuda nunca sería saldada y tampoco sería nunca reclamada por Pigeolet a la infanta o a sus hijos tras la muerte de ella.

104. Fernando II de Portugal (1816-1885), viudo de la reina María II y regente de su hijo el futuro Pedro V.

105. La marquesa de Loulé, hija de João VI de Portugal y de la infanta Carlota Joaquina, y por tanto prima hermana de Isabel.

106. Curiosamente este viaje de Gurowski a Rusia coincide en fechas con el reconocimiento de Isabel II como reina de España por parte del Imperio ruso. También sabemos que en enero de 1857 se encontraba en Niza, donde fue recibido por la zarina Alexandra Feodorovna y por las grandes duquesas Helena Mikhailovna y Olga Nikolaievna.

107. Fue enterrado junto a su hermano Carlos Federico en la basílica de la Virgen de Atocha.

108. Luis de Borbón y Castellví fallecido en Valencia el 25 de febrero de 1854.

109. El príncipe Antonio Pasquale de las Dos Sicilias, conde de Lecce, hijo de los reyes Francisco y María Isabel y fallecido en Nápoles el 12 de enero de 1843.

110. Así lo afirma Mauricio Carlavila en su libro *Borbones masones*.

111. El infante quedó viudo con cuatro hijos: Enrique, Francisco de Paula, Alberto y María del Olvido de Borbón y Castellví.

112. Vicente Bertrán de Lis y Thomas (1772-1857) tuvo una participación decisiva en la guerra de la Independencia en Valencia, estuvo encarcelado por liberal, financió la lucha contra el carlismo y había sido senador vitalicio y diputado por Valencia del Partido del Progreso. Fue represenante de la Banca Rothschild en España y rechazó un título de la Corona por sentir que él «*representaba al pueblo*».

113. Era hijo del general Jehiel Perkins y de Althea Gibbs Northrup que era de origen inglés, prima del revolucionario Ethan Allen e hija de una acaudalada familia propietaria de la mayor parte del condado de Dutchess en Nueva York.

114. Los Allen-Perkins tenían buenas conexiones en la sociedad norteamericana como el ministro de finanzas John Y. Manson, el embajador general J.J. Batlett o el coronel Charles H. Lewis. Además uno de los tíos de Charles estaba casado con una hija del riquísimo industrial y financiero Jay Gould, otra de cuyas hijas había casado con el conde francés Boni de Castellane y posteriormente con el duque de Talleyrand.

115. Su sobrino Vicente Bertrán de Lis le sucedería en el marquesado de Bondad Real, pero solamente en 1910.

116. Los Giraldes eran una familia hidalga conocida desde el siglo XV y descendiente de Alfonso Giraldes, fundador de un mayorazgo en Idanha-a-Nova.

117. Bartolomeu estaba viudo de Bárbara de Noronha e Brito, hija del X conde dos Arcos, con quien había tenido cuatro hijos: Maria do Carmo, Francisco de Asis, Mariana y María Eulalia.

118. Título concedido por el rey Pedro V de Portugal el ١٢ de septiembre de ١٨٥٥ a María do Carmo da Costa Macedo e Ornelas Segueira Reymao, por ser viuda del brigadier Francisco Antonio Marques Giraldes Barba e Meneses, poseedor de los mayorazgos de los Giraldes.

119. Un mayorazgo fundado en 1605 por su antepasado Rui Lopes de Ebora.

120. De ella recibió 2.592.800 reales en dinero y otros 1.000.000 en piezas de oro.

121. Bienes tasados en 948.381 reales portugueses.

122. Bienes valorados en 448 millones de reales portugueses.

123. Bejo, Aljustrel, Serpa, Ferreira do Alemtejo, Ponte do Sor, Avis, Fronteira, Nisa, Crato, Montargil, Abrantes, Vila de Alpedrinha, Vila Pouça, Vila Cova, Barril, Anceriz, Ovoa, Lourosa y Sao Paio.

124. Tras el fallecimiento del conde dos Arcos pasaron al tutelaje de su tía Mariana de

Noronha e Brito, esposa de Sebastián Guedes Brandao de Melo VII conde de Sao Miguel.

125. La princesa Johanna de Auersperg. Su marido, el príncipe Benjamin de Rohan-Guemenée, era hermano de la princesa doña Bertha, segunda esposa del pretendiente Carlista don Carlos VII.

126. José Mesía del Barco y Gayoso de los Cobos, duque de Tamames, casado con María Asunción Fitz-James-Stuart y Portocarrero sobrina de la emperatriz de Francia Eugenia de Montijo. Los duques de Tamames eran grandes amigos de don Vicente y de sus hijas Juana y Margarita Bertrán de Lis y Gurowski.

127. Pseudónimo de la princesa polaca Catherine Radziwill (1858-1941).

128. Francisco Antonio Marques Giraldes Barba y Brites Giraldes Barba, nacidos antes del matrimonio del padre de sus amores con María Aurelia Merino da Silva Vilda; y Francisco de Paula que había nacido de los amores de su padre, casado por entonces, con Henriqueta Justina Alves. Tres hijos que habían sido muy favorecidos en el testamento de su progenitor.

129. Bartolomeu había sido incapacitado por «idiotismo y demencia» para administrar sus bienes en 1853 y, no habiendo tenido hijos, quienes reclamaban sus bienes eran su viuda, Maria do O Osório Cabral Vieira, hermana del administrador del difunto, y su hijo Duarte de Alarcao Velasques Sarmiento Osório.

130. Imeldo Serís Granier y Blanco (1848-1904), VIII marqués de Villasegura, fue diputado por Santa Cruz de Tenerife y jefe de la real casa de Isabel II.

131. De estilo barroco, el edifico había sido mandado construir en la segunda mitad del siglo XVIII por Jacinto Lopes da Costa Tavares, gobernador de Beira. Está destinado a acoger el museo de historia de la ciudad.

132. A pesar de que el matrimonio aparece reseñado en todas las genealogías como habiendo tenido lugar en Málaga el 19 de noviembre de 1866, y que él consta como casado en su partida de defunción, el documento no aparece en el registro civil de la ciudad.

133. En Howard Street, en la ciudad de Syracuse.

134. El mecenas y cosmopolita Melchior Gurowski, cónsul del Imperio austrohúngaro en Niza y en Mónaco. Fue naturalizado en Reino Unido y reconocido como conde Gurowski.

135. Los Larios eran una relevante y rica familia malagueña encabezada por Manuel Domingo Larios, II marqués de Larios.

136. El segundo duque de Sevilla había fallecido el 12 de julio de 1894 a bordo del vapor *Montevideo* que navegaba desde Port Said a Barcelona.

137. Siempre faltos de fondos, tras la muerte en París en 1902 de su tío abuelo el rey Francisco de Asís, los hermanos recibieron unas mandas testamentarias del difunto.

138. José María Díaz-Martín y Tornería fallecería en Málaga el 1 de diciembre de 1917.

139. En 1900 María Isabel había retomado la correspondencia que en 1867 su madre la infanta había cesado con el viejo doctor Pigeolet, con quien mantendría una relación epistolar hasta el fallecimiento de éste en Bruselas en 1902.

140. El vizcondado de Trancoso fue heredado en Portugal por su hija de su primer matrimonio, María do Carmo Giraldes Barba de Noronha e Brito de Meneses, XI condesa dos Arcos de Valdevez, en cuya descendencia ha permanecido. No obstante, también fue y ha sido utilizado en España por el nieto de la infanta, Alfonso Giraldes Gurowski y sus descendientes. Su hija portuguesa, Mariana, fue quien heredó los bienes en Trancoso.

141. Su hijo Alfonso Giraldes de la Helguera fue asesinado por los milicianos en Madrid el 14 de agosto de 1936, y el hermano de éste, Enrique, cayó en el frente ruso, en los combates de la Bolsa de Volchov el 21 de junio de 1942 como miembro de la División Azul de la que también formó parte otro hermano, Manuel.

142. El 21 de febrero de 1906 los hermanos Giraldes Gurowski vendieron finalmente la casa familiar portuguesa de Castelo Novo a Antonio Mendes Falcao por 96.000 reales portugueses.

143. Sus nietas Juanita y Margot Bertrán de Lis fueron durante largas décadas damas de compañía de la infanta doña Isabel hasta la caída de la monarquía en 1931. Ambas fallecieron solteras, aunque en 1915 Margot estuvo a punto de casarse con el primer teniente de artillería Andrés Zaforteza y Francia pero la boda de canceló el mismo día de la ceremonia al personarse su hermano, el marqués de Bondad Real, en la iglesia de la Concepción de Madrid para notificar a los invitados que la novia no comparecería por estar «*presa de un violentísimo ataque de nervios*». Al parecer una de estas hermanas anduvo enamoriscada del diplomático Joaquín Ezpeleta pero aquella relación tampoco prosperó.

144. Beltrán Osorio y Díez de Rivera, duque de Alburquerque y esposo de María Teresa Bertrán de Lis, sería durante muchos años jefe de la casa de don Juan de Borbón, conde de

Barcelona.

145. Patricia Bertrán de Lis y Pidal casó en 1941 con Gregorio Marañón Moya, luego I marqués de Marañón y Grande de España e hijo del insigne doctor Gregorio Marañón Posadillo.

146. Uno de los Allen-Perkins terminó sus días en Barcelona como vendedor de cupones de la ONCE. Otro, José Ángel Leal y Allen-Perkins, fue entrenador de la Federación Española de Gimnasia Rítmica y participó en las Olimpiadas de Roma de 1960. El poeta y letrista de copla andaluza Antonio García Padilla ("*Kola*"), padre de la actriz y cantante Carmen Sevilla, tuvo mucho trato con algunos de los Allen-Perkins.

147. Según Marisol Ayuso ha relatado a los autores, durante los entreactos de la grabación de la popular serie *Hostal Royal Manzanares* ella y su amiga la actriz Lina Morgan se entretenían entre bastidores en compartiendo anécdotas de estas familias.

148. María Benedicta Pereira, esposa del banquero José Buschenthal.

149. El príncipe Francisco de Paula de las Dos Sicilias, casó en 1850 con su sobrina, la archiduquesa Isabel de Austria-Toscana.

150. Situaciones parecidas ya habían ocurrido en la familia, pues con el nacimiento de la infanta Josefa Carmela en 1744 se pensó que había nacido varón cuando en realidad era una niña. Años después el infante Luis de Orleans, hijo de la infanta Eulalia, sería sometido a severas operaciones también por problemas en sus genitales.

151. Henry Bulwer, I barón Dalling and Bulwer, embajador de Gran Bretaña en España entre noviembre de 1843 y 1848 y figura clave de la diplomacia en las complejas tratativas para el matrimonio de la reina niña Isabel II.

152. Henry John Temple, III vizconde Palmerston, primer ministro británico en varios momentos.

153. El conde de Parcent fallecería en Madrid el 16 de febrero de 1851.

154. Curioso y atractivo personaje que había sido secretario de Paquito en Navarra y que «por la excesiva familiaridad» existente entre ambos, se había decidido sacar de Pamplona y enviar a Madrid. Una vez fue rey, Paquito volvió a llamarlo a su lado creando con ello unas grandes complicaciones en la denominado «Asunto de Palacio». Finalmente fue expulsado de la servidumbre del rey consorte.

155. Construido en el siglo XVI el palacio pasó por varios propietarios como Felipe II, Isabel de Farnesio y Manuel Godoy, hasta que volvió a la Casa Real. Fue la sede del ministerio de Guerra en 1847 y actualmente es la sede del Cuartel General del Ejército de Tierra.

156. María de la Candelaria Saavedra y Ramírez de Baquenado (1794-1879), condesa de Sevilla la Nueva y hermana del III duque Rivas. Casó en 1823 con el diplomático José María Ruiz de Arana y Álvarez.

157. Anastasia, Juliana o Alejandra Muñoz Sánchez.

158. Don Mariano Téllez-Girón y Beaufort-Spontin XII duque de Osuna y XV duque del Infantado que en 1866 contraería matrimonio con su prima la princesa Leonor de Salm-Salm.

159. El XIV conde de Altamira, don Vicente Isabel Osorio de Moscoso y Álvarez de Toledo, había dividido parte del gran mayorazgo de la casa de Sessa-Baena entre su hijo Vicente Pío y su hija María Antonia, esposa del marqués de Albudeite, generando con ello gruesas hipotecas y cargas a su primogénito por haberle concedido a ella una dote de 8.422.381 reales.

160. El palacio ocupaba toda la manzana entre las calles San Bernardo, Marqués de Leganés, Libreros y Flor Alta.

161. El religioso Martín Merino y Gómez, un viejo liberal, había atentado contra la vida de la reina asestándole una puñalada el 2 de febrero de 1852 cuando se dirigía a la basílica de la Virgen de Atocha.

162. El conde de Sevilla la Nueva, conocido en Madrid como *el pollo Arana*, contraería matrimonio en 1859 con Rosalía Osorio de Mosco y Carvajal, hermana del duque de Sessa.

163. Alejandro de Prusia (1820-1896), hijo del príncipe Federico y de la princesa Luisa de Anhalt-Bernburg.

164. Federico Francisco II y su primera esposa, la princesa Augusta de Reuss-Köstritz.

165. Emma de Hawái (1836-1885), de ascendencia británica, era hija del gran jefe George Na'ea de Maui y casó con el rey Kamehameha IV.

166. Un banquero parisino vinculado al carlismo.

167. El matrimonio había fallecido víctima del tifus al igual que el hermano de él, el infante don Fernando, muerto unos días antes. Como en tantas otras ocasiones no faltó quien habló de envenenamiento.

168. Don Juan, devenido Charles Monfort en el Reino Unido, vivía con su amante Helen Sarah Carter con quien era padre de Helena Mary y John Monfort, nacidos en Kensington, en 1859 y 1861.

169. Al enviudar de María Francisca de Braganza, don Carlos se había casado en 1838 con su cuñada la princesa de Beira, que fue quien prohijó a sus hijos.

170. Don Manuel Pando Fernández de Pinedo, jefe de gobierno desde el 2 de marzo de 1863.

171. Dejó en herencia a la reina Isabel algunas obras notables de Goya y de Madrazo.

172. En 1842 el difunto don Vicente Pío se había desprendido del estado de Cavia, en Burgos; en 1847 de la hacienda la «Alhondiguilla», en la localidad cordobesa de Trasierra; en 1848 tierras en Sant Martí de Provençals, en Barcelona, y la torre Codina de Badalona, además de 40 fanegas de tierra en Perales de Tajuña y una casa palacio en Morata; y en 1849 el estado de Monzón, en Palencia, y el de Villanueva del Campo, en Zamora.

173. El duque de Sessa; Rosalía que era duquesa de Baena; María Eulalia que era duquesa de Medina de las Torres; y María Cristina que era duquesa de Sanlúcar la Mayor.

174. Aunque se aseguró que los bienes estaban libres de cargas, pesaban sobre ellos dos hipotecas procedentes de la época del difunto conde de Altamira y, a pesar de que el duque intentó que su hermana la duquesa de Baena pagara las hipotecas, fue finalmente él quien fue conminado a hacerlo por orden judicial en 1881.

175. Alexis Jacques de Serre, conde de Saint-Roman y de Frégeville, un antiguo oficial de los mosqueteros grises.

176. Fueron puestos en libertad más tarde Domingo Arias, Juan Fernández Suárez y Juan Pérez, por ser hallados inocentes tras ser detenidos por sospechas sin fundamento.

177. Doña Joaquina Arteaga Domínguez, II condesa de El Pilar casada en 1878 con Eugenio Bermejillo y Garcia Menocal.

178. Según consta en el Archivo del Senado el duque de Sessa juró por primera vez como senador en 1861 y por última vez en mayo de 1868.

179. La Desgautière conservaría el palacio hasta octubre de 1904, cuando se vio obligado a venderlo tras la muerte trágica de su esposa que había sido atropellada por un tren. *La Lignière* pasó entonces a ser propiedad de la Iglesia Adventista que la convirtió en una clínica de gran renombre todavía existente.

180. Leticia Bonaparte-Wyse, nieta del príncipe Luciano Bonaparte y por entonces residente en Madrid con su tercer esposo, el político Luis de Rute Giner, con el que había contraído matrimonio en 1880.

181. Algunos cuentan que el duque llevaba un tiempo acosado por serios padecimientos mentales. Fue enterrado en el cementerio de Cabra hasta que en 1891 su cadáver fue trasladado a una bóveda privada del mismo camposanto.

182. Hija de André Boonen y de Jeanne van der Sande. Su hermana estaba casada con el vizconde de Courcelles.

183. No sabemos cuándo ella y su nuevo esposo el conde de Cabra vendieron este castillo.

184. Esta parte del antiguo edificio fue sustituida por edificios de viviendas al ser subdividida en al menos siete fincas.

185. Años más tarde ella heredaría el condado de Fuenclara.

186. En 1892 el palacio había sido sede del Teatro Isabel y a principios del XX una gran parte fue adquirida por María de la Puente y Soto, más tarde marquesa de Castañiza. Posteriormente fue alquilado al Ministerio de Educación y Ciencia, fue Instituto Quevedo y en 1939 sede de la Escuela de Peritos Industriales de Madrid hasta 1956. En 1977 fue declarado Monumento Histórico-Artístico y por su estado de abandono estuvo a punto de ser derribado, siendo salvado en última instancia por sus actuales propietarios que lo adquirieron en 2003 en pública subasta. Actualmente alberga el Instituto Europeo de Diseño.

187. El príncipe Eugêne de Bauffremont-Courtenay sobrevivió a su esposa hasta agosto de 1917.

188. El viejo castillo-palacio de Cabra fue vendido en dos partes. Una de ellas a la familia Pallarés y la otra a los procuradores Antonio Ortiz y Juan de Dios Amo por 25.000 pesetas pagaderas a 20 años al 3,6%. Esta segunda mitad fue posteriormente vendida en iguales condiciones al Pío Instituto de Religiosas Hijas de María Escolapia, actuando como compradora la madre general María Ángeles Bofurrul y Esteva, para establecer en el inmueble un colegio que todavía está en marcha. Allí se educó la ex vicepresidenta primera del Gobierno del PSOE, Carmen Calvo.

189. Sus descendientes Gerardo y Francisco Javier Osorio de Mosco y Reynoso, condes de Altamira y de Fuenclara respectivamente, y el medio hermano de éstos, Ramón Osorio de Moscoso y de Taramona, conde de Cabra, fueron asesinados en Paracuellos del Jarama el 28 de noviembre de 1936. En 1947 su prima Consuelo Osorio de Moscoso y Moreno, hija del duque de Montemar, fue arrestada por la Guardia Civil y condenada a un mes de prisión en Sanlúcar de Barrameda y a pagar una multa por haber tildado al general Franco de «impostor» en una carta dirigida a don Juan de Borbón, conde de Barcelona.

190. Su descendiente el príncipe Alexandre de Merode sería durante años un miembro muy relevante del Comité Olímpico Internacional.

191. Era hijo de Pablo Güell y Fatjó del Xiprers, natural de Torrelles de Llobregat, y de María Josefa Renté y Ruiz del Álamo, natural de Cuba.

192. El conocido pintor y retratista romántico Antonio María Esquivel y Suárez de Urbina (1806-1857).

193. Como gran liberal, Filiberto Portillo tenía en gran estima al infante don Enrique, a quien intentó favorecer en numerosas ocasiones. En 1843 envió una carta a la reina niña en la que afirmaba que, de ser por él, nombraría al infante, que hacía carrera en la marina, teniente de navío. Una buena relación que tiempo después se vería fuertemente enrarecida por diferencias políticas.

194. El político y filósofo Juan Donoso Cortés y Fernández Canedo, I marqués de Valdegamas, un personaje que se movía en el entorno de confianza de la reina María Cristina.

195. Istúriz era buen amigo del infante Francisco de Paula, a quien años más tarde apoyaría en su solicitud de un título de la Corona para su hijo Ricardo de Arredondo nacido de su segundo matrimonio.

196. Probablemente la entonces condesa de Ureña.

197. El infante puede referirse a doña María Concepción Castro Casal, esposa de don Francisco Álvarez de Lorenzana Armesto, marqués de Villagarcía.

198. El duque de Riánsares era conquense y natural de Tarancón y Portillo tenía casa en el cercano pueblo de Pozorrubio.

199. Blanca Portillo y Fernández de Velasco vivió en Pozorrubio y falleció sin descendencia.

200. Patricio de la Escosura (1807-1878) fue un miembro del Partido Liberal Moderado, periodista, autor dramático, crítico y escsritor.

201. Según su expediente, depositado en el Archivo Histórico Nacional, estaba en posesión de la Gran Cruz de Gracia de la orden de San Juan, que le había sido concedida en 1846.

202. El infante Francisco Fernando, nacido el 12 de julio de ese año de 1850 y fallecido a las pocas horas.

203. Se afirmaba, erróneamente, que ese era el nombre de una propiedad de José Güell cerca de La Habana.

204. Como sabemos, Isabelita no volvería hasta 1854. En cambio Enriquito volvió a principios de 1851, tras la caída del gobierno de Narváez y la llegada al poder de Bravo Murillo.

205. Al detenerse para visitar el convento desamortizado y abandonado de San Miguel de los Reyes, la infanta se interesó por la suerte de los pobres e inválidos que allí se refugiaban, a quienes entregó 1.000 reales de vellón recibiendo vítores y alabanzas a los gritos de «¡*Viva la hermana de S. M. el Rey de España!*».

206. Juan Nepomuceno Roca de Togores y Carrasco, III conde de Pinohermoso y VII conde de Villaleal.

207. El joven Manuel de Saavedra y Frígola, VIII conde de Alcudia y de Gestalgar, cuyo padre había fallecido en el exilio en Génova en 1842 por haber sido un notable promotor de la causa carlista en Valencia.

208. La infanta María Luisa Carlota, princesa de Parma y nieta de Carlos IV, que tras enviudar del príncipe Maximiliano de Sajonia se había vuelto a casar en 1838 con el conde Giovanni Francesco de Rossi.

209. Una referencia al infante don Luis de Borbón y Farnesio, hijo de Felipe V, cuyos hijos no fueron excluidos del uso del apellido Borbón a pesar de la indicación expresada en la Pragmática según la cual «*los hijos de estos matrimonios llevarán el apellido del que cause la notable desigualdad*».

210. Es probable que para aquella estancia en Madrid, la reina les hubiese ofrecido como residencia temporal el denominado «Casino de la Reina», ubicado en la confluencia de la Ronda de Toledo con Embajadores. Un edificio que el ayuntamiento de Madrid había regalado

a la segunda esposa de Fernando VII, María Isabel de Braganza, y que había recaído por herencia en Isabel II.

211. A su hermano Enriquito, desterrado en Mallorca, se le había permitido marchar a Valencia donde la familia de su esposa tenía propiedades.

212. Referencia al nacimiento el 28 de noviembre de 1857 del príncipe Alfonso, futuro Alfonso XII.

213. Fernando había heredado el ducado de Tarancón que había sido concedido a su fallecido hermano Agustín. Más tarde sería también el II duque de Riánsares y II marqués de San Agustín, casando en 1861 con su consuñada Eladia Bernaldo de Quirós, hija de los marqueses de Campo Sagrado.

214. María Eulalia Osorio de Moscoso y Carvajal, duquesa de Medina de las Torres, y su esposo Fernando Osorio de Moscoso y Fernández de Córdoba.

215. José María Bernaldo de Quirós y González de Cienfuegos, VIII marqués de Campo Sagrado.

216. St. Mary's College, situado en Oscott, era un seminario católico romano de la archidiócesis de Birmingham.

217. El padre Claret, Antonio Ramos de Meneses, el conde de Oñate, la marquesa de Novaliches, el marqués de Roncal, el conde de Ezpeleta, el duque de Moctezuma, el marqués de Villamagna, el señor Loza, los generales Ballesteros y Alós, los doctores Canal y Alonso, las señoras de Valledor y de Gabriel, y los coroneles Adriani y Lorescha.

218. Carlos Marfori y Callejas (1821-1892), partícipe en algunos de los últimos gobiernos de la monarquía y esposo de Asunción Fernández de Córdoba y de Campos, sobrina del general Narváez, a quien él debía su carrera política y en la corte.

219. Manuel Antonio de las Heras, conde de Sanafé, un diputado de Cortes de tiempos de la monarquía isabelina, que llegaría a ser senador vitalicio en 1881. Falleció en París el 21 de enero de 1898.

220. Quien declaró su fallecimiento en el registro civil francés fue el pintor y retratista Alphonse Muraton, amigo de sus padres.

221. Su hermano el príncipe Luis de las Dos Sicilias, conde de Aquila, les ayudó a encontrar un palacete en 26 de Laud Downe, en Brighton.

222. Fernando Fernández de Córdova y Varcárcel (1809-1883), II marqués de Mendigorría y persona de gran influencia en el mundo político y en el ámbito cortesano.

223. Tanto él como su hermano, el financiero y también político José Cánovas del Castillo, hicieron fortuna con aquellos negocios en la isla. José fue creado en 1878 conde del Castillo de Cuba.

224. Para complicar las cosas, es posible que en aquellos meses doña Isabel se retirase a su castillo de Fontenay-Trésigny por estar embarazada en secreto de Puente, tal y como afirmaría años después el conocido cronista Pedro de Répide, que siempre albergó la pretensión de ser el hijo nacido de aquellos amores.

225. Fernando aún tardaría dos años en pagar los derechos a la hacienda pública, de modo que no entraría en posesión efectiva de su marquesado hasta el 8 de agosto de 1879.

226. Las nuevas cartas de concesión se expidieron el 28 de junio de 1883.

227. En octubre de 1880 se le había autorizado por fin el uso de su título nobiliario en España. Falleció en Madrid el 16 de diciembre de 1909.

228. El tinerfeño Imeldo Serís-Granier y Blanco, diputado en Cortes y VIII marqués de Villasegura.

229. El apuesto Meneses estaba viudo desde 1880 de la francesa Luisa Ernestina de Saint-Etienne (un matrimonio orquestado por el rey Francisco), y tras su muerte en marzo de 1882 su cadáver y el de su esposa fueron trasladados a Morón de la Frontera donde permanecen enterrados.

230. Gran liberal, María Buschenthal había sido buena amiga del general Prim y conocía bien a Güell desde décadas atrás.

231. Situada en el 3 de la rue de Numides. A la muerte de la infanta, hubo pleitos por esta propiedad porque ninguno de sus hijos decidía a aceptarla en herencia. Finalmente parece que fue apropiada por algún organismo público de Argel.

232. Un caso originado en la sentencia judicial de corte antisemita de la que fue víctima el capitán judío Alfred Dreyfus, falsamente acusado de traidor a Francia.

233. Nació en París el 29 de marzo de 1896 y fue inscrito como George Henri Edouard, hijo de Edgar Edouard y de Estelle Georges. Tras ser reconocido por su padre, tomó el nombre de Henir Antoine Güell y Bourbon. Murió en Chilly-Mazarin (región de la Isla de Francia) el

18 de junio de 1971, dejando descendencia.

234. Doña Isabel legó a Pepita un broche redondo con pintura sobre esmalte y orla de brillantes, valorado en 500 francos y al marqués de Valcarlos un anillo con una esmeralda rodeada por diez brillantes, valorado en 450 francos.

235. El mismo José Galofré, que en 1860 había pintado el gran cuadro representando el matrimonio de su hermana Amalia con el príncipe Adalberto de Baviera.

236. La marquesa de Valcarlos continuó residiendo con sus dos hijas en el 24 de la rue Prony. Falleció el 10 de septiembre de 1940 en la localidad francesa de Plaisance de Gers y fue enterrada en el cementerio parisino de Montmarte.

237. En 1914 las hijas solteras del marqués de Valcarlos, no queriendo hacerse cargo del mantenimiento de los gastos de conservación del panteón, consideraron la posibilidad de enviar el cuerpo de la infanta a España para ser enterrado en el monasterio de El Escorial. Como los gastos eran elevados y desde Madrid la casa real no quiso hacerse cargo de ellos, ellas y su tío el marqués de Güell decidieron buscar una solución distinta. Así decidieron rechazar la herencia de ciertas joyas que les correspondían por legado del millonario francés Auguste Blanpain Vignot de Renusson, buen amigo de doña Pepita, a cambio de que la villa de Bar-le-Duc, a la que el millonario había dejado el grueso de sus bienes, se hiciera cargo de la sepultura. Desde entonces, los costes de mantenimiento del panteón del cementerio de Montmartre corren a cargo del consistorio de esa ciudad.

238. Al menos hasta el comienzo de la Gran Guerra en 1914, el marqués de Güell residió en el 34 del boulevard de Courcelles de París.

239. Su esposa falleció también en Madrid, en plena guerra civil, el 27 de octubre de 1938.

240. Victoria Güell y Alberti fue la única que alcanzó a contraer matrimonio, en 1920, con Gontram Crucius de La Croix, de quien se divorció poco después por causa de flagrantes malos tratos. Posteriormente pasó a segundas nupcias con el también francés Louis Legriel.

241. Algunos miembros de la familia extendida de los Borbones habían padecido de epilepsia como había sido el caso del príncipe Filippo de las Dos Sicillias, hijo primogénito de Carlos III, del rey de Etruria, o del príncipe Cayetano de las Dos Sicillias, esposo de la infanta Isabel.

242. Rosa Prendergast y Gordon (1817-1882) acuarelista y dama de la infanta, que en 1837 había casado con su primo Pedro Carlos Gordon Beigbeder. Viuda en 1857, casó en segundas nupcias en 1862 con José Garcés de Marcilla, marqués de Villaverde y conde de Argillo.

243. La modista Celestina Petibon, con tienda en el núm 9 de la calle Preciados, se convirtió en 1874 en proveedora real.

244. Para paliar su disgusto, los reyes Carlos IV y María Luisa decidieron casar a la decepcionada Amalia con su tío el infante don Antonio Pascual hermano del rey.

245. El infante se había batido valientemente en la batalla de Oriamendi en marzo de 1837, derrotando al ejército liberal.

246. En la casa del conde de Chambord, jefe de la familia real de Francia, en Gorizia.

247. Íntimo de la familia real de las Dos Sicilias, el marqués de Lema era amante de la esposa del príncipe Luis, conde de Trani, que era la duquesa Matilde en Baviera.

248. Doña Amalia dejó a su esposo como heredero universal de sus bienes en su testamento, fechado el 16 de agosto de 1854. Poco después de su fallecimiento, el infante reclamó a su cuñado el rey de las Dos Sicilias los 120.000 ducados napolitanos que ella había recibido de dote en el momento de su matrimonio.

249. Tras la marcha de España del infante en 1835, y la declaración de secuestro de sus bienes, su primo y luego suegro el infante Francisco de Paula, considerando aquel mayorazgo infantazgo vacante, lo reclamó para sí emprendiendo un pleito que le fue denegado en 1841 por el Tribunal Supremo.

250. Con ocasión de la boda de su hijo el infante don Gabriel con la infanta María Ana de Portugal, Carlos III había constituido en su favor (tras obtención de un Breve Pontificio favorable del 17 de agosto de 1784) un denominado Mayorazgo Infantazgo «*para que este pudiera establecerse de una manera digna y cual convenía a un infante de Castilla predilecto de su padre por los vastos conocimientos literarios y científicos de los que ha dejado imperecedera memoria*». Un mayorazgo que fue dotado con las rentas del Gran Priorato de la Orden de San Juan de Jerusalén en los reinos de Castilla y León, agregándosele una pensión de 150.000 ducados. El mayorazgo estaba vinculado a la descendencia del infante, pasando a su muerte a su hijo el infante Pedro Carlos que, al quedar huérfano en 1788, fue enviado a la corte portuguesa de su abuela la reina loca doña María I. En 1808 la familia real portuguesa

abandonó el país para asentarse en el Brasil por causa de la invasión de las tropas napoleónicas, y allí falleció Pedro Carlos en 1812 a poco de haber casado con la princesa de Beira, hija primogénita del rey Joao VI de Portugal. Don Sebastián fue su único hijo y fue criado en la lejana América. Con la restauración de los Borbones en España en 1814, el rey Fernando dispuso que aquellos bienes del Mayorazgo Infantazgo fuesen transferidos a su hermano don Carlos. Una situación irregular sólo reparada por un decreto del 31 de marzo de 1822 que restituyó a Sebastián los bienes un año después de su regreso a España.

251. La toma de Gaeta por parte de las tropas del nuevo reino de Italia terminó para siempre con el reino de las Dos Sicilias, marchando al exilio los reyes Francisco y María Sofía. Uno de sus grandes apoyos en aquellos difíciles días fue el embajador español, marqués de Lema. El mismo ante quien Sebastián había jurado en 1859 su reconocimiento de la reina Isabel antes de regresar a España.

252. Juan María Muñoz y de Borbón, I conde de El Recuerdo.

253. El príncipe Carlos de Prusia (1801-1883) compartía con don Sebastián el ser caballero de la Orden de San Juan, de la que fue Gran Maestre en el reino de Prusia.

254. Entre sus piezas más valiosas destacaban un *Cristo muerto sostenido por ángeles*, de Rosso Fiorentino, o una versión de *San Lucas retratando a la Virgen*, de Lucas de Leyden (ambos en el Museum of Fine Arts de Boston), y numerosas obras de pintura española del siglo de oro como cuatro Murillos actualmente dispersos en varios de los mejores museos del mundo, un retrato de Velázquez de la infanta Margarita (en la Fine Arts Gallery de San Diego), un *Retrato de Fernando de Moncada* de Ribera (en la Galleria Contini-Bonacossi de Roma), varios Goyas o una *Ascensión de la Virgen* de El Greco (en el Art Institute de Chicago).

255. El infante vendió esta propiedad en 1865 y tras la revolución de 1868 pasó a pertenecer a la Beneficencia. En 1872 intentó recuperarla, pero la Diputación Provincial de Córdoba se lo denegó.

256. El paso al Estado de estas encomiendas se articularía en agosto de 1868: las de Segura de la Sierra, Villahermosa, Socuéllamos, Horcajo, Monreal, Montealegre, Valdericote, Socobos, Moratalla, Estepa y Medina de las Torres por la orden de Santiago; las de Abanilla, Monroy, Peñarroya, Bexix y Castell por la de Calatrava; y las de Silla, Mayor de Montera y Alcalá de Chivert por la de Montesa.

257. Rosa Elena Prendergast y Gordon (1817-1882), casada en primeras nupcias con su primo Pedro Gordon y Beigbeder, VII laird of Wardhouse y Kildrummy, y en segundas nupcias con José Garcés de Marcilla, IV conde de Argillo. Tuvo descendencia del primero.

258. La princesa terminaría casándose en 1865 con Antoine Marie de Noailles, VI duque de Mouchy, con quien tuvo dos hijos.

259. El actualmente denominado *palacio Burnay*, construido en el siglo XVIII por un hermano del conde de Sabugosa, era por entonces propiedad del financiero brasileño Manuel António da Fonseca, conocido como Monte Cristo, quien lo remodeló y lo vendió al infante.

260. Tras ser abandonada por la familia, en 1876, la villa fue habitada por el misterioso príncipe de Béarn, una persona del entorno de la reina Isabel. Años más tarde, en febrero 1909, Alfonso XIII almorzó allí con las grandes duquesas Xenia y Olga Alexandrovna, hermanas del zar Nicolás II de Rusia, y sus maridos el gran duque Alejandro Mijailovich y el príncipe Pedro de Oldemburgo, con motivo de darles el pésame por la reciente muerte del gran duque Wladimir Alexandrovich. La villa fue demolida en 1913.

261. El edificio fue sede de las reuniones del Gobierno hasta 1914, cuando el deterioro de sus cimientos aconsejó que se trasladasen al denominado palacio del marqués de Villamejor, situado en Castellana 3, que el infante don Carlos de Borbón acababa de vender al Estado. El Almacén de Cristal fue derruido en 1916 y en su solar se edificó la antigua sede del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

262. El infante heredó de su madre joyas valiosas y el palacio *A Junqueira* de Lisboa.

263. Carolina Lasquetty y Castro, dama de compañía de la infanta y viuda desde 1857 de Tomás Gabriel Ruíz de Apodaca.

264. José Mariano Quindós y Tejada (1822-1900), VI marqués de San Saturnino y antiguo alcalde de Madrid, estaba casado con Fernanda de Villarroel y Goicolea, vizcondesa de la Frontera y hermana del duque de la Conquista.

265. En 1896 la infanta mandó instalar luz eléctrica en esta casa.

266. Allí habían estudiado también sus primos Fernando y Augusto Gurowski y el infante Fernando de Orleans, hijo de los duques de Montpensier.

267. Su padre, el militar Juan Antonio Madan Cambreleng, descendía de una familia

irlandesa asentada en Tenerife tras la caída del trono de los Estuardo en Inglaterra. Allí fue poseedor de un mayorazgo fundado en 1769. En 1911 el tío de Caridad, Ramón Madan, sería creado marqués de Arucas.

268. Por su abuela materna, Luisa de Saavedra y Mantilla de los Ríos, perteneciente a la familia de los duques de Rivas.

269. María Cristina Muñoz y Borbón, I marquesa de la Isabela, y José Bernaldo de Quirós y González de Cienfuegos, VIII marqués de Campo Sagrado.

270. José Gallostra y Frau (1833-1888), político español liberal que había sido ministro de Hacienda y senador vitalicio.

271. A pesar de sus continuadas ventas, el duque de Dúrcal aún dejó numerosas obras de artes y objetos valiosos en herencia a sus hijos pues en 1936 la Junta de Incautación y Protección del Patrimonio Artístico de la República retiró 242 piezas del piso de la calle O'Donnell número 17, propiedad de Maria Cristina de Borbón y Madam. Algo parecido sucedió con la colección de su hermano, el duque de Ánsola, a cuyo hijo, el duque de Hernandi, le fueron devueltas tras la guerra cerca de 300 pinturas procedentes de la colección del infante don Sebastián.

272. Entre los numerosos bienes que el duque había heredado de su padre, se encontraba un censo enfitéutico establecido en 1786 sobre la denominada Laguna y Dehesa de Villafranca de los Caballeros. Una gran propiedad que su hija María Cristina vendería en 1926 y que un año después el ayuntamiento local terminó adquiriendo por la suma de 135.000 pesetas.

273. En 1902 su sobrino el rey Alfonso XIII le concedió el marquesado de Atarfe con Grandeza de España.

274. De ese matrimonio desciende, entre muchos otros, el ex ministro del Partido Popular Íñigo Méndez de Vigo y Montojo, barón de Claret.

275. Alfonso Osorio de Moscoso y Osorio de Moscoso, duque de Terranova, duque de Soma, marqués de Monesterio y esposo de María Isabel López y Ximénez de Embun, baronesa de La Joyosa.

276. Tras la muerte de don Sebastián esta finca había pasado en herencia a su hijo Gabriel quien, a su fallecimiento, la dejó a su madre la infanta Cristina.

277. El rico Mariano de Agrela y Moreno.

278. Años después, el pretendiente carlista don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este le reconoció el rango de príncipe y el tratamiento de Alteza.

279. La compra se efectuó en 1916 a la baronesa de Vaughan, antigua amante oficial del rey Leopoldo II de Bélgica.

280. Una relación de la que habría nacido, en 1897, la conocida actriz de teatro María Fernanda Ladrón de Guevara, madre de los también actores Amparo Rivelles y Carlos Larrañaga.

281. El juez Emilio Méndez Muñoz, juez de primera instancia del distrito sur de Madrid, le había declarado pródigo e incapaz de administrar sus bienes y los de la sociedad conyugal.

282. Continuó siéndolo hasta su propia muerte cuando fue sustituido en el cargo por Ventura García-Sancho Ibarrondo (1837-1914), I conde de Consuegra, marqués consorte de Aguilar de Campoó y ministro de Estado.

283. Leopold Walford, originario de Amberes y afincado en Inglaterra, era un armador de barcos vinculado estrechamente a los negocios de *sir* Basil Zaharoff.

284. Jan Ostrorog era el hombre de *sir* Basil Zaharoff en Estambul.

285. Situado en el nº 6 del Boulevard du Château.

286. La duquesa poseía un castillo en las cercanías de Rouen que terminó destruido en 1914 por el avance de las tropas alemanas. Un año más tarde, en 1915, ella y Zaharoff comenzaron a alquilar a la baronesa de Vaughan el castillo Balincourt que finalmente adquirieron en 1916.

287. Con ocasión de aquel matrimonio el rey Alfonso, que quería mantener buenas relaciones con el poderoso Zaharoff, creó para su esposa, la duquesa viuda de Marchena, el ducado vitalicio de Villafranca de los Caballeros que le fue concedido el 14 de junio de 1924.

288. Su hija Elena había fallecido en París en enero de 1910.

289. María Cristina fue heredera del castillo de La Chapelle, vecino del castillo de Balincourt que heredó su hermana Ángeles.

290. Una de sus hijas, María Pía de Borbón y Madan, contrajo matrimonio en 1907 con el diplomático argentino Rafael Padilla por entonces propietario de un ingenio azucarero en la ciudad de Tucuman. De ellos es nieto el cantante y actor brasileño Juan Padilla, que utiliza el nombre artístico de «Juan de Borbón»

.

291. Pastora Imperio estaba por entonces casada con el torero Rafael Gómez Ortega («El Gallo») que dio su apellido a esta hija, Rosario Gómez Rojas, casada a su vez con el torero Rafael Vega de los Reyes («Gitanillo de Triana»). Nieta de estos últimos es la actriz y presentadora de televisión Pastora Vega.

292. En 1954 el duque de Hernani, junto con otros nobles titulados, fue firmante de una carta dirigida al general Franco y al conde de Barcelona, por la cual se oponían a cualquier intento de apoyo a una monarquía liberal desconectada de los valores del Movimiento Nacional.

293. La exótica bailarina y actriz irlandesa Elizabeth Rosanna Gilbert, conocida como «Lola Montes», había despertado la pasión del rey Luis, que en 1847 le había concedido el título de condesa de Landsfeld. La relación amorosa entre ambos, y las injerencias políticas de ella, generaron grandes perturbaciones en la corte bávara y en la vida del rey Luis, que en 1848 se había visto finalmente obligado a abdicar la Corona.

294. Algo se tuvo que mover en ese año de 1854, antes de la segunda visita de Adalberto a Madrid, pues hasta entonces no hay constancia en la *Guía de forasteros en Madrid* de una representación bávara en España.

295. Hijo del gran duque Augusto de Oldenburg y de la princesa Cecilia de Suecia, y hermano de padre de la reina Amalia de Grecia. En realidad Elimar nunca fue seriamente considerado como sucesor del rey Otto.

296. El rey Maximiliano les regaló seis docenas de platos de oro y plata obra del platero Weishaupt, y el príncipe Leopoldo un servicio de té y café con candelabros a juego todo en plata del mismo orfebre.

297. En 1852 el príncipe Leopoldo había adquirido un palacio propio a los hijos de su difunta tía la princesa Augusta de Baviera, viuda de Eugenio de Beauharnais.

298. Se decía que su padecimiento era consecuencia de unos amores imposibles con un joven oficial, y durante largo tiempo mantuvo también el delirio de que un sillón se había aposentado en su cabeza lo cual le dificultaba asistir a ciertos actos oficiales por temor a que este chocara con las puertas de los salones.

299. La familia de Maximiliano de Beauharnais, duque de Leuchtenberg, cuya madre era la princesa Augusta de Baviera.

300. Se hace difícil averiguar si la construcción de este palacio corrió a cargo de Amalia y de Adalberto, o si fue una propiedad del rey consorte que en años subsiguientes lo habría puesto a disposición de sus hermanos bávaros. Si sabemos que en el momento de su fallecimiento en 1902 el palacio era propiedad de don Francisco de Asís, correspondiendo en herencia a partes iguales a sus hijas las infantas Isabel y Paz que, posteriormente, lo vendieron en 1905 al político Francisco Silvela. De ahí que desde entonces se conozca como «palacio Silvela».

301. Su hermana de madre, la archiduquesa María Teresa de Austria-Este, era la esposa del príncipe Luis de Baviera.

302. Este hermoso palacio, propiedad de la casa de Saboya desde 1823, había pasado a ser propiedad de Tomás en cuya familia pertenecería hasta su venta al Estado italiano en 1939 por ocho millones de liras.

303. Tras el fallecimiento en 1848 del último miembro varón de la familia Kaunitz-Rietberg-Questenberg, se había iniciado una larga disputa entre sus hijas y los miembros de una rama checa de la familia. De ella salió favorecida su hija María Teresa, casada con el conde Rudolf Wrbna. Entonces, y como resultado de la división de los bienes familiares, la pareja recibió la gran propiedad de Jaromeritz, que por sentencia judicial de 1897 pasó a su nieto Rudolf. Un año más tarde, el emperador Francisco José permitió a Rudolf unir los apellidos, adoptar el escudo de armas familiar y establecer un fideicomiso sobre aquellas tierras. Así mismo, Rudolf recibió la importante herencia de su tío Rudolf Wrbna, fallecido en 1883, de quien heredó el señorío de Holleschau con su gran castillo.

304. Hijo del príncipe Alberto I de Mónaco y de *lady* Mary Douglas Hamilton.

305. Es probable que fuese también la infanta Eulalia quien intentase orquestar ese matrimonio dada su gran amistad con la duquesa viuda Letizia de Aosta, madrastra del conde de Turín.

306. Ese mismo año Theodor se convirtió al catolicismo y se casó con la baronesa Annie von Würtzburg, con quien tuvo cuatro hijos falleciendo en su castillo bávaro en mayo de 1938.

307. El viejo canciller del Imperio conde Wenzel Anton von Kaunitz-Rietberg había dejado

dispuesto en su testamento que su gruesa herencia solo podría pasar a aquellos de sus descendientes que pudiesen probar ocho generaciones ininterrumpidas de nobleza, tanto por línea paterna como por línea materna. Años después, al extinguirse la línea de varón de los Kaunitz los bienes habían pasado a los descendientes de María Teresa, una hija del canciller que era esposa del conde Rudolf Wrbna de quien descendía el esposo de Elvira. Pero ahora se intentaba probar que una bisabuela de Rudi no cumplía con esos requisitos de ascendencia noble, afirmándose que los papeles referentes a su filiación habían sido falsificados. De ahí que los Pálffy, descendientes del matrimonio de María Eleonora von Kaunitz-Rietberg y de su esposo el conde Rudolf I Pálffy de Erdödy, emprendiesen pleito para hacerse con las propiedades familiares.

308. Isabel II le dejó un broche de flor de lis en brillantes, valorado en 600 francos.

309. Esta finca, heredada por Paz de su abuela la reina María Cristina, pasó a la muerte de ella a sus hijos que en los años 50 terminaron vendiéndola al torero Luis Miguel Dominguín que casó allí con Lucía Bosé.

310. Manuel Arredondo (¿1738?-1822), nacido en Cantabria y creado I marqués de San Juan Nepomuceno por Carlos IV. Un personaje que llegó a presidir la Audiencia de Lima, gobernando provisionalmente el virreinato del Perú.

311. Existe el condado de Santa Teresa, concedido en 1882 por Alfonso XII a Teresa Cepeda y Alcalde, condesa pontificia de Cepeda. En 1931 robaron unas joyas familiares a esta condesa de Santa Teresa a la que la prensa denominaba duquesa de Santa Teresa.

312. Rosendo Redondo (1800-1862) era hijo de José Redondo, natural de Vélez Rubio, y de María Gandía, natural de Murcia. Sus abuelos paternos eran Antonio Redondo, natural de la villa de Zújar, y de Juana La Fuente Abadía, natural de la villa de Vélez Rubio. Los maternos Antonio Gandía, natural de Vélez Rubio, y Antonia Castillo Granados, natural de la villa de Mula.

313. Francisca Ramírez de Arellano y Marqueti (¿?-1879), hija de José Ramírez de Arellano, primer cabo del Real Cuerpo de artillería de Marina, y de María de la Encarnación Marqueti, naturales de Cartagena. Sus abuelos paternos fueron Pedro Ramírez de Arellano y Juana María Salcedo, natural de Villena; y los maternos D. Juan Maqueti, natural de Génova, y María de la O, natural de Cartagena.

314. Federico Arredondo y Ramírez de Arellano fue un político liberal y diputado a Cortes durante el periodo de la restauración. En 1886 fue elegido diputado por el distrito de Villajoyosa y, posteriormente, diputado por el distrito de Villena en varias ocasiones. Casó con Isabel Pons y Vicens y no dejó descendencia.

315. Así consta en el certificado de bautismo de Teresa, aunque en 1864 eso fue tachado y sustituido por «propietario».

316. Scarlatti quería crear una ópera lírica exclusivamente para la música vocal española y, para tal proyecto, quiso ensayar su ópera *Güelfos y gibelinos* contando también con Teresa.

317. María Josefa Gayoso de los Cobos y Téllez-Girón (1803-1858), hija de Joaquín María Gayoso de los Cobos y Bermúdez de Castro, XII marqués de Camarasa, y de Josefa Manuela Téllez-Girón y Alfonso Pimentel, marquesa de Marguini e hija de los duques de Osuna. Casó en primeras nupcias con Lazzaro Fernando Brunetti Salvioni, conde de Brunetti y representante del emperador austriaco en España, con quien tuvo cuatro hijos. Casó en segundas nupcias con Fernando María de Nieulant y Sánchez-Pleités, marqués de Perijaa.

318. María Carolina terminó contrayendo matrimonio en 1850 con el conde de Montemolín, primogénito del pretendiente carlista Carlos V.

319. Una peculiar fantasía de don Francisco, o un gran desconocimiento por su parte, pues por entonces todas las princesas de la rama católica de los Hohenzollern de Prusia estaban casadas. Más plausible hubiera sido la posibilidad de casarse con la gran duquesa Helena Mikhailovna de Rusia, luego esposa del duque Georg de Mecklenburg.Strelitz, o con la gran duquesa Olga Nikolaievna luego esposa del rey Carlos I de Wurttemberg.

320. Su nombre completo fue Ricardo María Francisco de Paula Esteban Rafael Gabriel y Miguel Redondo.

321. Tenemos constancia también que Francisca Ramírez de Arellano tenía junto a su hermana Antonia algún tipo de propiedad en San Lorenzo de El Escorial.

322. El archivo parroquial fue destruido en 1936 y por tanto no hay constancia documental del matrimonio, si bien tenemos constancia de él gracias a la comunicación que se hizo a la parroquia de San Millán para legitimar al pequeño Ricardo.

323. La temprana muerte de Teresa hizo volar la imaginación de Pío Baroja al afirmar que

murió envenenada.

324. Tras la guerra civil, y habiendo sido destruida su tumba, sus restos pasaron al osario común.

325. Había dejado escrito que quería ser enterrado en la iglesia de San Francisco el Grande pero, finalmente, se optó por El Escorial por su condición de infante.

326. El palacio de San Juan fue posteriormente derribado tras la cesión del parque del Buen Retiro al ayuntamiento de Madrid, por Alfonso XII, en 1876.

327. En su certificado de defunción consta como Ricardo de Borbón y Arredondo. El acta fue firmada por el conde de Casa Miranda, afín a *La Gloriosa* y amigo del rey Francisco.

328. Probablemente el príncipe Luis de las Dos Sicilias, conde de Aquila, por entonces residente en París.

329. El príncipe Friedrich de Salm-Kyrburg esposo de la princesa francesa Eleonore de La Tremouille.

330. Hijo del rey Fernando I y de la princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha. Falleció en Madrid estando casado en segundas nupcias con la brasileña Maria Thereza Lisboa Figueira de Mello.

Notas bibliográficas

i *Diario Universal,* 11 de junio de 1910.

CAPÍTULO I: Francisco de Paula y Luisa Carlota. Dos infantes de leyenda

ii Sección Histórica, caja 22, expediente 1. A.G.P.

iii PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, Juan. *Estudios de la vida, reinado, proscripción y muerte de Carlos IV y María Luisa de Parma, reyes de España*, p. 302.

iv Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, 16 de julio de 1819. Reinado de Fernando VII. caja 42. A.G.P.

v Actas del Consejo de Estado, libro 21. Estado. A.H.N.

vi *El Universal observador español*, 2 de junio de 1820.

vii Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, 29 de julio 1821. Reinado de Fernando VII. caja 42. A.G.P.

viii Ver CARLAVILA, Mauricio, *Borbones masones*

ix Cifra Giustiniani-Consalvi, sin número ni fecha, según registro 2 de septiembre de 1820. DE LA LAMA CERECEDA, Enrique. *Visiones políticas. Cartas sobre España: Guistiniani-Consalvi., 1817-1823*, p. 315.

x Apunte que continúa la Minuta del despacho Giustiniani-Consalvi, nº 104, Madrid, 25 de febrero de 1821. *Ibid.*

xi Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, 20 de julio de 1821. Reinado de Fernando VII. caja 42. A.G.P.

xii *Expediente original y muy reservado sobre un viaje proyectado por S.A. el infante don Francisco de Paula a Francia en 1824 y a que se opuso el Consejo de Estado, de modo y por el motivo que consta*. Reinado de Fernando VII, caja 29, expediente 6. A.G.P.

xiii Carta de la infanta Luisa Carlota a su cuñado el rey Fernando VII, 21 de noviembre de 1824. Reinado de Fernando VII, caja 40. A.G.P.

xiv *Expedientes sobre negociaciones de índole política seguidas en París por S.A. el S.S. infante don Francisco de Paula. Incidentes posteriores a dicha época*. Reinado de Fernando VII, caja 29. A.G.P.

xv Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, 24 de septiembre de 1827. Reinado de Fernando VII. Caja 42. A.G.P.

xvi MORAL RONCAL, Antonio Manuel, *Carlos V de Borbón,* p. 198.

xvii *Ibid.* p. 199.

xviii *Ibid.* p. 200.

xix FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando, *Mis memorias íntimas*, volumen I, p. 75.

xx *Diario Balear*, 26 de marzo de 1829.

xxi Carta de la infanta Luisa Carlota a su cuñado el rey Fernando VII. Reinado de Fernando VII, caja 40, expiente 3. A.G.P.

xxii Carta de la infanta Luisa Carlota a su hermana la reina María Cristina, 3 de agosto de 1830. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3495, legajo 10. A.H.N.

xxiii Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, 28 de julio de 1826. Reinado de Fernando VII. Caja 42. A.G.P.

xxiv MORAL RONCAL, Antonio Manuel, *op., cit.*, p. 206.

xxv *Diario de María Cristina. Desde el 1 de mayo al 31 de diciembre de 1831*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3530, L. 81. A.H.N.

xxvi Entrada del 26 de septiembre de 1831 del diario de la reina María Cristina. *Ibid*.

xxvii Entrada del 9 de junio de 1832. *Apuntes para el diario de la reina María Cristina*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3482, legajo 387, expediente 1. A.H.N.

xxviii Carta del infante Francisco de Paula a su hermano el rey Fernando VII, Sevilla, 20 de julio de 1832. Reinado de Fernando VII. Caja 42. A.G.P.

xxix BURDIEL, Isabel. *Isabel II: una biografía*, pp. 31-32.

xxx MORAL RONCAL, Antonio Manuel, *op., cit.*, p. 241.

xxxi *Ibid*. p. 241.

xxxii *El Correo*, 18 de febrero de 1833.

xxxiii Despacho nº 30 del nuncio apostólico, monseñor Amat, al secretario de Estado vaticano, cardenal Bernetti, del 3 de noviembre de 1833, citado en CÁRCEL ORTÍ, Vicente. *Correspondencia diplomática del nuncio Amat*, p. 142.

xxxiv *Correspondencia sobre el nombramiento de mayordomo mayor y jefe de su real cuarto, otorgado por la reina gobernadora María Cristina, al conde de Parcent, José Máximo de la Cerda Cernesio*. PARCENT, C.190, D.23. A.H.Nobleza

xxxv *Copias de cartas de Francisco Calomarde y los infantes Francisco de Paula Antonio y Luisa Carlota. Anecdotario de estos últimos*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3481, legajo 385, expediente 1. A.H.N.

xxxvi Carta de don Juan Álvarez Mendizábal, dirigida a la Reina Gobernadora, sobre el proyecto de enlace de uno de los hijos del infante Francisco de Paula, con la heredera del Brasil, Januaria, 9/6943, legajo V, nº 1 (8/1 - 8/2). A.R.A.H.

S.A. El Infante de España, Francisco de Paula Antonio, hace a la Reina Gobernadora, el ofrecimiento de medio millón de reales, para levantar un Batallón, en defensa de los derechos de la Reina Isabel II. Madrid, 15 de octubre de 1835. 9/6939, legajo I, nº 40 (1-2). A.R.A.H.

Capítulo II. Interludio en la corte francesa

xxxviii AMORÓS, Francisco. *Dictionnaire des hommes célèbres et des personnages que j'aime bien*. Manuscrito localizado en la Bibliothèque Richelieu de París, voz "Fco de Paula (Infante Dn)".

xxxix *La Presse* 13 de septiembre de 1838.

xl Carta de la reina María Cristina a su hermana la infanta Luisa Carlota, 4 mayo de 1839. Sección Histórica, caja 302, *Correspondencia de María Cristina con su hermana Luisa Carlota*. A.G.P.

xli *Cartulario de María Cristina. Informes de Domingo Simó, la mayor parte sobre actividades del infante Francisco de Paula Antonio*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3521, legajo 56. A.H.N.

xlii DINO, duquesa de, *Memoirs of the Duchesse de Dino 1836-1840,* p. 179.

xliii *Le Phare*, 16 de noviembre de 1839.

xliv Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 9 de diciembre de 1839. *Cartulario de María Cristina. Correspondencia de la familia real italiana y francesa*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3518, legajo 46. A.H.N.

xlv *Increíble papel firmado por el rey Francisco de Asís y su padre*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3556, legajo 20, expediente 35. A.H.N.

xlvi DEFRANCE, Olivier, *La Médicis des Cobourg, Clémentine d'Orleans,* p. 53.

xlvii Carta de la infanta Luisa Carlota a su hermana la reina María Cristina, 13 de junio de 1840. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3364, legajo 36, expediente 3. A.H.N.

xlviii BURDIEL, Isabel, *op., cit.,* p. 76.

xlix Carta del 3 de julio de 1840. Reinado de Fernando VII, caja 15, expediente 8. A.G.P.

l DINO, duquesa de, *op. cit.,* p. 187.

li *La France*, 21 de octubre de 1840.

lii *La Presse*, 28 de octubre de 1840.

liii *La France*, 7 de noviembre de 1840.

liv *Renuncia a la Regencia. Manifiestos de la reina gobernadora María Cristina sobre tutela de su hija Isabel. Manifiesto del Infante Francisco de Paula Antonio sobre el mismo asunto*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3368, legajo 46, expediente 5. A.H.N.

lv DINO, duquesa de, *op. cit.,* p. 287.

lvi *Ibid.* pp. 300-301.

lvii *L'Ami de la religion et du Roi: journal ecclésiastique, politique et littéraire*, 20 de abril de 1841.

DEL BURGO, Jaime, *Carlos VII y su tiempo,* pp. 25-26.

Capítulo III. Isabel Fernandina, la romántica

lix Citado en Burdel, Isabel, *op., cit*, p. 175.

lx LUCEY M., *The Misfit of the Family: Balzac and the social form of sexuality*, p. 97.

lxi Archives Police Paris (APP), BB4, "Pédés", folio 159.

lxii CUSTINE A., *Lettres à Vernhagen d'Ense, Genève, Slatkine Reprints, 1979,* p. 412.

lxiii BUDZYNSKI M., *Wspomnienia z mojego życia [Les souvenirs de ma vie],* t. II, p. 278-280.

lxiv *El Eco del Comercio*, 22 de mayo de 1841.

lxv *Journal de Bruxelles*, 27 de mayo de 1841.

lxvi Carta de la reina Luisa del 19 mayo de 1841. D'Ursel, Hippolyte, *La cour de Belgique et la cour de France de 1832 à 1850*, p. 167.

lxvii Carta de la reina Luisa del 20 de mayo de 1841. D'Ursel, Hippolyte, *op., cit.*, p. 167.

lxviii *L'Indépendance Belge*, 15 de mayo de 1841.

lxix GUIMARAES, ARGEU, *Em torno do casamento de Pedro II*, p. 140.

lxx GUIMARAES, ARGEU, *Op. Cit.*, pp. 138-139.

lxxi Carta de la reina Luisa del 26 de mayo de 1841. D'Ursel, Hippolyte, *op., cit.*, p. 169.

lxxii Carta de la reina Luisa del 1 junio de 1841. D'Ursel, Hippolyte, *op., cit.*, p 169.

lxxiii *Organe des Flandres*, 2 de julio de 1841.

lxxiv Carta del infante Enrique a su hermana la infanta Isabel Fernandina desde Dover, 26 de junio de 1841. *Cartas del infante D. Enrique, duque de Sevilla, a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*, MSS/12978/34. B.N.E.

lxxv Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tía la reina María Cristina, 16 de

agosto de 1841. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3521, legajo 57. A.H.N.

lxxvi Carta de la reina Luisa del 16 de diciembre de 1841. D'Ursel, Hippolyte, *op., cit.*, p. 168.

lxxvii *El Espectador*, 21 de noviembre de 1841, p. 4.

lxxviii BRONNE, Carlo, *Le tiroir secret.*

lxxix Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en Madrid el 22 de junio de 1843. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

lxxx MARAÑÓN BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *Memorias de luz y niebla,* pp. 30-31.

lxxxi Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en Madrid el 23 de octubre de 1843. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

lxxxii Carta de la reina Luisa del 3 de diciembre de 1843. Hippolyte D'Ursel, *op., cit.,* p 168.

lxxxiii Carta de la reina viuda de las Dos Sicilias, María Isabel a su nieta la infanta Isabel Fernandina, Nápoles, 28 de julio de 1843. *Cartas de María Isabel de Borbón, reina de las Dos Sicilias, a su nieta la infanta Isabel Fernandina de Borbón, condesa de Gurowski*, MSS/14613/11. B.N.E.

lxxxiv Carta de la reina viuda de las Dos Sicilias, María Isabel a su nieta la infanta Isabel Fernandina, Nápoles, 28 de septiembre de 1844. *Cartas de María Isabel de Borbón, reina de las Dos Sicilias, a su nieta la infanta Isabel Fernandina de Borbón, condesa de Gurowski*, MSS/14613/11. B.N.E.

lxxxv Carta de la reina viuda de las Dos Sicilias, María Isabel a su nieta la infanta Isabel Fernandina, Nápoles, 8 de noviembre de 1844. *Cartas de María Isabel de Borbón, reina de las Dos Sicilias, a su nieta la infanta Isabel Fernandina de Borbón, condesa de Gurowski*, MSS/14613/11. B.N.E.

lxxxvi Carta de la reina madre María Cristina a su sobrina la infanta Isabel Fernandina, París, 4 de febrero de 1844. *Cartas de la Reina María Cristina de Borbón Dos Sicilias, a su sobrina la Infanta Isabel Fernandina de Borbón, Condesa de Gurowski*. MSS 14613/13. B.N.E.

lxxxvii Carta del infante Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 17 de abril de 1844. *Cartas de D. Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/36. B.N.E.

lxxxviii Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en Madrid el 3 de agosto de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

lxxxix Carta de la reina madre María Cristina a su sobrina la infanta Isabel Fernandina, París, 27 de agosto de 1844. *Cartas de la Reina María Cristina de Borbón Dos Sicilias, a su sobrina la Infanta Isabel Fernandina de Borbón, Condesa de Gurowski*. MSS 14613/13. B.N.E.

xc Carta del infante Francisco de Paula a su sobrina la reina Isabel II, 30 de diciembre de 1844, AHN, DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3390, legajo 94, expediente 2. A.H.N.

xci Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en Madrid el 21 de febrero de 1845. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N

xcii Carta del infante Enrique a su hermana la infanta Isabel Fernandina desde el bergantín *Manzanares*, 16 de enero de 1845. *Cartas del infante D. Enrique, duque de*

Sevilla, a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón, MSS/12978/34. B.N.E.

xciii Carta de la reina Luisa del 10 de febrero de 1845. Hippolyte D'Ursel, *op., cit.,* pp. 168-169.

xciv Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tía la reina María Cristina, sin fecha. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3402, legajo 121, expediente 1. A.H.N.

xcv Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, Pamplona, 23 de marzo de 1846. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N

xcvi Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tío el duque de Riánsares, 4 de agosto de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3540, legajo 4, expediente 5. A.H.N.

xcvii *L'Indépendance Belge*, 1 de agosto de 1848.

xcviii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, Valladolid, 16 de abril de 1848. AHN, DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

xcix Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tía la reina María Cristina, Bruselas, 18 de agosto de 1849. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3416, legajo 157, expediente 1. A.H.N.

c Carta del infante Enrique a su hermana la infanta Isabel, sin fecha. *Cartas del infante D. Enrique, duque de Sevilla, a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*, MSS/12978/34. B.N.E.

ci Carta de la infanta Josefa Fernanda a su hermana la infanta Isabel Fernandina, desde Eaux Bonnes, 29 de agosto de 1850. *Cartas de Josefa Fernanda de Borbón a la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/39. B.N.E.

cii *Le Soir*, 29 de julio 1949.

ciii *L'Indépendance Belge*, 5 de enero de 1854.

civ *L'Indépendance Belge*, 11 de agosto de 1854.

cv Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Biarritz el 16 de abril de 1854. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cvi Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 23 de agosto de 1854. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3429, legajo 194, expediente 1. A.H.N.

cvii MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *op., cit.,* p. 32.

cviii Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 9 de octubre de 1854. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cix Cartas de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechadas en Madrid el 23 de noviembre de 1854 y el 1 de enero de 1855. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis

cx Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 25 de mayo de 1855. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cxi Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 19 de febrero de 1856. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cxii *L'Indépendance Belge*, 13 de septiembre de 1856.

cxiii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 8 de octubre de 1856. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3429, legajo 194, expediente 1. A.H.N.

cxiv *L'Indépendance Belge*, 14 de diciembre de 1856.

cxv Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tía la reina María Cristina, Madrid, 9

de octubre de 1856. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3433, legajo 206, expediente 1. A.H.N.

cxvi Carta de la reina María Cristina a su sobrina la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 9 de octubre de 1856. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3433, legajo 206, expediente 1. A.H.N.

cxvii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, 24 de marzo de 1858. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439 legajo 224, expediente 1. A.H.N.

cxviii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, 4 de diciembre de 1857. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

cxix Carta del infante Enrique a su hermana la infanta Isabel, sin fecha. *Cartas del infante D. Enrique, duque de Sevilla, a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*, MSS/12978/34. B.N.E.

cxx День (*Día* de Moscú), 4 de mayo de 1861.

cxxi Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, Le Havre, 23 de agosto de 1859. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3441, legajo 231, expediente 1. A.H.N.

cxxii Carta del Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, San Ildefonso, 30 de agosto de 1859. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3441, legajo 231, expediente 1. A.H.N.

cxxiii Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 28 de agosto de 1858. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cxxiv Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, Madrid, 23 de marzo de 1859. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3441, legajo 231, expediente 1. A.H.N.

cxxv *L'Indépendance Belge* 04 de enero de 1861.

cxxvi *La Época*, 5 de septiembre de 1862.

cxxvii MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *op. cit.,* p. 32.

cxxviii Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 15 de febrero de 1866. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cxxix *La Esperanza*, 1 de mayo de 1866.

cxxx Carta de la infanta Isabel al doctor Arsène Pigeolet fechada en Madrid el 8 de enero de 1867. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cxxxi MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *op. cit.,* p. 32.

cxxxii Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tío el duque de Riánsares, 29 de julio de 1873. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3465, legajo 326, expediente 1. A.H.N.

cxxxiii *Le Bien Public*, 31 de marzo de 1873.

cxxxiv Carta del conde Fernando Gurowski a su madre la infanta Isabel Fernandina fechada el 21 de abril de 1873. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernandina de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N

cxxxv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, mayo de 1875. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cxxxvi Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, mayo de 1875. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la*

infanta Isabel Fernandina de Borbón. MSS/12978/55. B.N.E.

cxxxvii Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en París el 29 de diciembre de 1874. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cxxxviii SAGRERA, Ana de, *La duquesa de Madrid (última reina de los carlistas),* p. 422.

cxxxix Carta del conde Fernando Gurowski a su madre la infanta Isabel Fernandina fechada en el Cuartel Real de Durango el 6 de febrero de 1874. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cxl SAGRERA, Ana de, *op., cit.,* p. 450.

cxli SAGRERA, Ana de, *op., cit.,* p. 451.

cxlii Carta de la infanta Isabel Fernandina a su tía la reina María Cristina, Lisboa, 23 de noviembre de 1875. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3467, legajo 332, expediente 1. A.H.N.

cxliii Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 3 de diciembre de 1875. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cxliv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 7 de octubre de 1876. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cxlv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 13 de julio de 1876. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cxlvi NORONHA DA COSTA, Marcus. *Ensaios genealógicos ao ritmo das geraçoes,* p. 255.

cxlvii VASILI, Paul y ADAM, Juliette, *La société de Madrid*, p. 39

cxlviii MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, Gregorio, *op., cit.,* p. 26.

cxlix *Hijuela de la testamentaría de S.M. el rey don Francisco de Asís de Borbón y Borbón*. Registros, 5693. A.G.P.

cl FONTENOY, marquesa de, *Within royal palaces*, p. 482.

cli VASILI, Paul y ADAM, Juliette, *op., cit.*, p. 38.

clii Carta de la reina Isabel II a la infanta Isabel Fernandina fechada en París el 23 de noviembre de 1879. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cliii Carta de la reina Isabel II a la condesa María Cristina Gurowska fechada en Sevilla el 22 de noviembre de 1884. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cliv Carta de la reina Isabel II a su sobrina la condesa María Cristina Gurowska, Sevilla, 1 de mayo de 1883. Correspondencia dirigida a María Cristina y a Fernando Gurowski de Borbón. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

clv *The Times-Pycayune. New Orleans, Louisiana*, 25 agosto 1892.

clvi Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 1 de mayo de 1886. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

clvii *L'Indépendance Belge* ,21 de abril de 1887.

clviii *El Imparcial*, 1 de marzo de 1901.

clix BRONNE, Carlo, *op., cit.*, p. 357.

clx *Hoja matriz de servicios de D. Augusto Gurowski y Borbón*. Registro, 4334G. A.G.M.S.

clxi *Le Matin: derniers télégrammes de la nuit*, 22 de mayo de 1897.

clxii *El Día*, 25 de mayo de 1897.

clxiii *Journal de Confolens: littéraire, scientifique, industriel*, 23 de mayo de 1897

El Imparcial, 1 de marzo de 1901.

Capítulo IV: Luisa Teresa, la derrochona

clxv GUIMARAES, ARGEU, *Em torno do casamento de Pedro II*, p. 75.

clxvi Carta de la infanta Luisa Carlota a su hermana la reina María Cristina, 6 de julio de 1839. *Cartulario de María Cristina. Correspondencia de la familia real italiana y francesa*. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3518, legajo 46. A.H.N.

clxvii Oficio confidencial de la embajada de Brasil en Madrid, 28 de noviembre de 1840.

clxviii GUIMARAES, ARGEU*, Em torno do casamento de Pedro II,* p. 113.

clxix PARRY, E. Jones. *The Spanish Marriages: 1841-1846,* p. 132.

clxx *Ibid.* pp. 97-98.

clxxi *Ibid*. p. 328.

clxxii *El Corresponsal*, 31 de enero de 1844, p. 3.

clxxiii Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 2 de febrero de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

clxxiv Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 10 de febrero de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3395, legajo 103, expediente 1. A.H.N.

clxxv Informe anónimo sin fecha enviado a la reina María Cristina. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3395, legajo 103, expediente 1. A.H.N.

clxxvi *Actas del Consejo de Ministros*. Isabel II. Tomo X. Madrid. Ministerio de la Presidencia (1995), p. 96.

clxxvii Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, 10 de febrero de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3364, legajo 36, expediente 3. A.H.N.

clxxviii Carta de Candelaria Rivas a la reina María Cristina, 31 de julio de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3395, legajo 103, expediente 1. A.H.N.

clxxix *Memorias y correspondencia secreta de Luis Felipe y otros soberanos: relativas entre otras cuestiones a las de los casamientos españoles, la alianza anglo-francesa, el carlismo, las sociedades secretas, etc*. Madrid: Imprenta de la Biblioteca del Siglo. pp. 203-204.

clxxx MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Nobleza obliga: una historia íntima de la aristocracia española*, p. 86.

clxxxi *El Clamor público*, 12 de febrero de 1847.

clxxxii *El Clamor público*, 12 de febrero de 1847.

clxxxiii *Le Mémorial bordelais: feuille politique et littéraire*, 19 de febrero de 1847.

clxxxiv Carta del infante Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 10 de febrero de 1846. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

clxxxv *Journal de Toulouse: politique et littéraire*, 26 de enero de 1848.

clxxxvi Carta de la reina María Cristina a su sobrina la infanta Luisa Teresa, 15 de junio de 1850. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

clxxxvii Carta de la infanta Luisa Teresa a su hermana la infanta Isabel, *La Lignière* 29 febrero 1851. BNE. *Cartas de Luisa Teresa de Borbón, duquesa de Sessa, a la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/41.

clxxxviii Carta de reina María Cristina a su sobrina la infanta Luisa Teresa, 29 de febrero de 1852. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3422, legajo 174, expediente 1. A.H.N.

clxxxix Carta de la infanta Luisa Teresa a su tía la reina María Cristina, La Ligniere, 31 de diciembre de 1850. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3422, legajo 174, expediente 1. A.H.N.

cxc SAGRERA, Ana de, *op., cit.,* p. 80.

cxci Carta de la infanta Luisa Teresa a su tía la reina María Cristina, 20 de julio de 1857. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3436, legajo 213, expediente 1. A.H.N.

cxcii LAZEU, Enrique de. *Apuntes históricos-contemporáneos*, pp. 157-159.

cxciii *Cartas y documentos cruzados entre la reina Isabel II y Juan de Borbón. ex.infante de España. primo de la reina Isabel II. Carta de Luisa Teresa de Borbón a Isabel II, original y copia*. 31 de julio de 1862. ARAH. 9/6954, Legajo XV, Nº 61-62. A.R.A.H.

cxciv LAZEU, Enrique de, *op., cit.*, p. 170.

cxcv *Ibid*. 173-176.

cxcvi Carta de la infanta Luisa Teresa a su primo Juan de Borbón, *La Lignière*, 8 de octubre de 1862, *Ibid*. pp. 182-183.

cxcvii Londres, 23 octubre 1862. Citado en: LAZEU, Enrique de. *op., cit.*, pp. 183-184.

cxcviii *Ibid*. pp. 205-208.

cxcix *Ibid*. pp. 212-213.

cc *La España*, 25 de febrero de 1864.

cci *El Lloyd Español*, 5 de diciembre de 1864.

ccii *El Pensamiento Español*, 13 de marzo de 1865.

cciii *Jurisprudencia Civil*, volumen 46, p. 344.

cciv *Le Sport: journal des gens du monde,* 27 de enero de 1867.

ccv *La Discusión*, 3 de marzo de 1866.

ccvi *La España*, 17 de julio de 1868.

ccvii Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes, dieron principio el día 11 de febrero de 1869. Tomo II. (1870), p. 1131 Discurso dado por Rojo Arias.

ccviii *El Pabellón Nacional*, 13 de mayo de 1868.

ccix *El Imparcial*, 22 de julio de 1868.

ccx *La España*, 30 de julio de 1868.

ccxi *Figaro: journal non politique*, 26 de julio de 1868.

ccxii *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 24 de febrero de 1870.

ccxiii *La Correspondencia de España*, 16 de diciembre de 1872.

ccxiv *L'Union nationale: journal quotidien*, 26 marzo 1875.

ccxv *La Iberia*, 28 de octubre de 1876.

ccxvi Carta de la infanta Luisa Teresa al presidente del Consejo de Ministros, 18 de junio de 1877. DIVERSOS-COLECCIONES, 17, N.1398. A.H.N.

ccxvii *La Presse*, 28 de junio de 1881.

ccxviii Carta de la infanta Luisa Teresa al presidente del Consejo de Ministros, 27 de junio de 1877. DIVERSOS-COLECCIONES, 17, N.1399. A.H.N.

ccxix *Le Sport: journal des gens du monde*, 16 de noviembre de 1881.

ccxx *La Época*, 12 de marzo de 1882.

ccxxi *Colección Legislativa de España. Sentencias del Tribunal Supremo en materia civil*, pp. 309-314.

ccxxii *La Correspondencia de España*, 23 de octubre de 1882.

ccxxiii Carta de la infanta Luisa Teresa a su hijo Francisco, duque de Sessa, 6 de noviembre de 1884. DIVERSOS-COLECCIONES, 17, N.1400. A.H.N.

ccxxiv *La Época*, 8 de abril de 1885.

ccxxv *La Unión*, 24 de noviembre de 1886.

ccxxvi *La Época*, 30 de diciembre de 1886.

ccxxvii *Diario de Avisos de Madrid*, 12 de octubre de 1896.

ccxxviii *La Correspondencia de España*, 5 de diciembre de 1897.

ccxxix *La Correspondencia de España*, 7 de noviembre de 1899.

ccxxx *La Época*, 29 de diciembre de 1900, p. 1.

Registro de la Propiedad de Cabra. Libro 277. Finca 8804. Inscripción 2º al folio 16v.

Capítulo V: Pepita, la liberal

ccxxxii Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, 4 de marzo de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3395, legajo 103, expediente 1. A.H.N.

ccxxxiii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 16 de febrero de 1844. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3395, legajo103, expediente 1. A.H.N.

ccxxxiv *Convalidación de estudios de Derecho de Juan y José Güell y Renté*. ULTRAMAR, 11, expediente 9. A.H.N.

ccxxxv *La Esperanza*, 11 de mayo de 1847.

ccxxxvi *Eco del Comercio*, 12 de mayo de 1847.

ccxxxvii *El Espectador*, 22 de mayo de 1847.

ccxxxviii BURDIEL, Isabel, *op., cit.,* p. 198.

ccxxxix *El Católico*, 4 de mayo de 1847.

ccxl *El Popular*, 8 de mayo de 1847.

ccxli *El Heraldo*, 2 de julio de 1847.

ccxlii *El Católico*, 15 de julio de 1847.

ccxliii *Le Constitutionnel: journal du commerce, politique et littéraire*, 13 de julio de 1847.

ccxliv Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, San Sebastián, 23 de julio de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3540, legajo 4, expediente 4. A.H.N.

ccxlv Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, 25 de agosto de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3407, legajo 136, expediente 1. A.H.N.

ccxlvi Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, San Sebastián, 7 agosto de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3540, legajo 4, expediente 4. A.H.N.

ccxlvii Carta del general Filiberto Portillo al duque de Riansares, Burgos, 21 de septiembre de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3540, legajo 4, expediente 4. A.H.N.

ccxlviii Carta del general Filiberto Portillo al duque de Riansares, Burgos, 10 de octubre de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3407, legajo 135, expediente 1. A.H.N.

ccxlix Carta del general Filiberto Portillo al duque de Riansares, Burgos, 19 de octubre de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3407, legajo 135, expediente 1. A.H.N.

ccl . *La Esperanza*, 12 de octubre de 1847.

ccli Carta del general Filiberto Portillo a la reina María Cristina, octubre de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3407, legajo 135, expediente 1. A.H.N.

cclii Carta del general Filiberto Portillo al duque de Riánsares, Valencia, 10 de noviembre de 1847. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3407, legajo 135, expediente 1. A.H.N.

ccliii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su amiga Camila, Burgos, 23 de octubre de 1847. DIVERSOS-COLECCIONES, 8, N.656. A.H.N.

ccliv PORTILLO, Filiberto. *Précis historique des motifs de son émigration*, pp. 11-13.

cclv Al capitán general de Castilla la Vieja, 1 de mayo de 1848. 1063. Célebre, caja 20 expediente 1. A.G.M.S.

cclvi Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, Valladolid, 28 de mayo de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

cclvii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, Valladolid, 28 de mayo de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3412, legajo 146, expediente 2. A.H.N.

cclviii Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, 5 de junio de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

cclix *El Globo*, 19 de marzo de 1884.

cclx *Gaceta de Madrid*, núm. 5038, de 29 de junio de 1848, p. 1.

cclxi Libro 3bis de Matrimonios de la Parroquia de San Martín y San Benito el Viejo de Valladolid, signatura 210, folios 34 vuelto-36 recto.

cclxii *La España*, 12 de julio de 1848.

cclxiii 1063 AGMS Celebre, caja 20 expediente 1. A.G.M.S.

cclxiv 1063 AGMS Celebre, caja 20 expediente 1. A.G.M.S.

cclxv 1063 AGMS Celebre, caja 20 expediente 1. A.G.M.S.

cclxvi *El Católico,* 21 de julio de 1848, p. 6.

cclxvii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 6 de agosto de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

cclxviii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, París, 19 de agosto de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

cclxix Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 21 de diciembre de 1848. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3411, legajo 142, expediente 1. A.H.N.

cclxx Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Bayona, 18 de enero de 1849. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3416, legajo 157, expediente 1. A.H.N.

cclxxi *El Clamor público*, 5 de junio de 1849.

cclxxii Carta de José Güell a la reina María Cristina, Biarritz, 18 de septiembre de 1849. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3416, legajo 155, expediente 1. A.H.N.

cclxxiii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, París, 22 de enero de 1850. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3417, legajo 160, expediente 1. A.H.N.

cclxxiv *El Clamor Público*, 18 de julio de 1850.

cclxxv *La Patria*, 10 de octubre de 1850.

cclxxvi *Ibid*.

cclxxvii *La Patria*, 20 de octubre de 1850.

cclxxviii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Valencia, 30 de octubre de 1850. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3417, legajo 160, expediente 1. A.H.N.

cclxxix «*Entre varios rasgos de filantropía que de esta señora son notables las limosnas de 320 rs que hizo distribuir el 27 y 29 del próximo pasado noviembre a los pobres que iban á las puertas de la iglesia de Santa Mónica y de la capilla de nuestra Señora de los Desamparados, donde oyó misa dichos días, y el donativo que ha hecho de 2,000 reales á la cofradía de nuestra Señora del Remedio para el adorno de esta imagen*». *La Patria*, 6 de diciembre de 1850.

cclxxx Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Valencia, 3 de enero de 1851. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3543, legajo 7, expediente 17. A.H.N.

cclxxxi Carta de José Güell a la reina María Cristina, Valencia, 11 de enero de 1851. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3421, legajo 171, expediente 1. A.H.N.

cclxxxii *La Esperanza*, 15 de noviembre de 1851.

cclxxxiii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Valladolid, 23 de septiembre de 1851. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3543, legajo 7, expediente 17. A.H.N.

cclxxxiv *La Nación*, 29 de mayo de 1853.

cclxxxv *La Nación*, 1 de agosto de 1854.

cclxxxvi *La España*, 11 de agosto de 1854.

cclxxxvii Archivo de títulos y grandezas del Ministerio de Justicia, expediente del marquesado de Valcarlos.

cclxxxviii *La Nación*, 26 de octubre de 1854.

cclxxxix Carta del infante Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina

fechada el 16 de noviembre de 1854. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

ccxc *La Discusión*, 8 de octubre de 1856.

ccxci *El Globo,* ١٩ de marzo de ١٨٨٤.

ccxcii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, 13 de octubre de 1856. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3549, legajo 13, expediente 17. A.H.N.

ccxciii Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Madrid, 4 de diciembre de 1857. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

ccxciv Carta de José Güell al duque de Riánsares, Madrid, diciembre de 1857. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

ccxcv Carta de la infanta Josefa Fernanda a su tía la reina María Cristina, Madrid, 24 de marzo de 1858. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

ccxcvi Carta de José Güell al duque de Riánsares, 30 de abril de 1858. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3552, legajo 16, expediente 51. A.H.N.

ccxcvii PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *Isabel II, los espejos de la reina*, p. 241.

ccxcviii Carta de José Güell al duque de Riánsares, París, 1 de enero de 1861. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3558, legajo 22, expediente 29. A.H.N.

ccxcix Carta de la infanta Josefa Fernanda a la reina María Cristina, París, 7 de febrero de 1861. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3446, legajo 247, expediente 1. A.H.N.

ccc Carta de José Güell al duque de Riánsares, 10 de enero de 1862. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3559, legajo 23, expediente 37. A.H.N.

ccci Carta de José Güell al duque de Riánsares, sin fecha. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3559, legajo 23, expediente 37. A.H.N.

cccii Carta de José Güell al duque de Riánsares, 2 de marzo de 1863. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3562, legajo 26, expediente 45. A.H.N.

ccciii Carta de José Güell al duque de Riánsares, 13 de enero de 1864. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3559, legajo 23, expediente 37. A.H.N.

ccciv Carta de José Güell al duque de Riánsares, París, 27 de septiembre de 1866. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3566, legajo 30, expediente 19. A.H.N.

cccv Carta de José Güell al duque de Riánsares, París, 28 de octubre de 1867. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3566, legajo 30, expediente 20. A.H.N.

cccvi Carta de José Güell al duque de Riánsares, París, 28 de octubre de 1867. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3566, legajo 30, expediente 20. A.H.N.

cccvii 1063 AGMS Celebre, caja 20 expediente 1. A.G.M.S.

cccviii *La Discusión*, 3 de septiembre de 1874.

cccix LA CIERVA, Ricardo de, *La otra vida de Alfonso XII,* p. 333.

cccx BENALÚA, conde de, *Memorias del conde de Benalúa, duque de San Pedro Galatino,* pp. 47-48.

cccxi AGP, Alfonso XIII, caja 16.333.

cccxii *Vente aux enchères publiques des objets d'Art et de curiosité composant la collection de M. le Marquis de Valcarlos*, 1872.

cccxiii *El Globo*, 19 de marzo de 1884.

cccxiv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 4 de septiembre de 1875. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cccxv *El Globo*, 19 de marzo de 1884.

cccxvi *Journal des débats politiques et lit*éraires, 13 de abril de 1880.

cccxvii *El Globo*, 21 de junio de 1881.

cccxviii *El Globo*, 19 de marzo de 1884.

cccxix Carta de la infanta Josefa Fernanda a su hermana Isabel Fernandina, rue de Lisbonne, 23 mayo 1883. *Cartas de Josefa Fernanda de Borbón a la Infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/39. B.N.E.

cccxx *Le Figaro*, 3 de diciembre de 1884.

cccxxi *El Liberal*, 23 de diciembre de 1884.

cccxxii *Figaro: journal non politique,* 11 de enero de 1887.

cccxxiii *El Día*, 13 de enero de 1887.

cccxxiv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Josefa fechada en Épinay-sur-Seine el 13 de marzo de 1899. Archivo particular.

cccxxv *La Época*, 26 de mayo de 1899.

cccxxvi Partida de defunción de Henry Antoine Güell y Bourbon, Archives d'État civil de Paris,

cccxxvii Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Josefa, 26 de noviembre de 1898. Archivo privado.

El Imparcial, 31 de junio de 1909.

Capítulo VI: Cristina, la boba

cccxxix Carta del infante Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 29 de febrero de 1844. Cartas de D. Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina de Borbón. MSS/12978/36. B.N.E.

cccxxx *La Correspondencia de España*, 26 de octubre de 1893.

cccxxxi Carta del infante Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina, Madrid, 6 de junio de 1844. *Cartas de D. Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/36. B.N.E.

cccxxxii Partida de gastos de diciembre de 1846. HNOB. *Oficios remitidos por la "Jefatura única de la Real Casa del Infante Francisco de Paula Antonio" a Candelaria Saavedra Ruiz de Arana, [VII] condesa de Sevilla la Nueva, dando traslado de la aprobación de las cuentas anuales de cargo y data de los gastos de las infantas, como aya de las mismas, que se adjuntan, formadas por la citada condesa, correspondientes al ejercicio de sus funciones como aya de las citadas infantas*. Baena. C.22, D.12. A.H.NB.

cccxxxiii Carta del infante Francisco de Paula a su hija la infanta Isabel Fernandina fechada en Madrid el 21 de julio de 1854. Archivo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

cccxxxiv CUSTINE, Robert de, *Les Bourbons de Goritz et les Bourbons d'Espagne*, pp. 257-258.

cccxxxv MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Los infantes desconocidos de España. Casa de Borbón*, p. 144.

cccxxxvi Oficios remitidos por la jefatura única de la Real Casa del infante Francisco de Paula Antonio. BAENA, C.22, D.12. A.H.NB.

cccxxxvii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñado el duque de Riánsares, 20 de agosto de 1860. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3557, legajo 21, expediente 67. A.H.N.

cccxxxviii Carta del infante Francisco de Paula a la infanta María Teresa, princesa de Beira, Denia, 4 de septiembre de 1860. Fondo Apalategui (1867-1948). Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

cccxxxix Carta de la princesa de Beira al infante Francisco de Paula, 18 de septiembre de 1860. Fondo Apalategui. *Carta de María Teresa a su hermano Francisco Antonio*. Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

cccxl *Contratos matrimoniales de los infantes Sebastián Gabriel y María Cristina*. Sección Histórica. Caja 25. A.G.P.

cccxli *La Esperanza*, 20 de noviembre de 1860.

cccxlii *La Correspondencia de España*, 21 de noviembre de 1860.

cccxliii Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 23 de noviembre de 1860. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3443, legajo 237, expediente 1. A.H.N.

cccxliv Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, Madrid, 10 de marzo de 1861. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3446, legajo 247, expediente 1. A.H.N.

cccxlv Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 9 de junio de 1861. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3446, legajo 247, expediente 1. A.H.N.

cccxlvi Carta del infante Sebastián Gabriel a su madre la princesa de Beira, 23 de diciembre de 1861. *Cartas de Sebastián Gabriel a su madre*. Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

cccxlvii *La Época*, 17 de enero de 1862.

cccxlviii Carta de la princesa de Beira a su hijo el infante Sebastián Gabriel, Trieste 2 de febrero de 1862. *Cartas de Sebastián Gabriel a su madre*. Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

cccxlix *La Época*, 27 de enero de 1862.

cccl *La Esperanza*, 21 de mayo de 1862.

ccccli *La Corona*, 27 de abril de 1863.

ccclii ROA Y EROSTABE, Joaquín, *Biografía de SAR el Sermo. Sr. Don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza,* p. 121.

ccccliii Telegrama del infante Enrique a su tía la reina María Cristina, 30 de septiembre de 1864. Archivo de Narváez, cajas 14-15. A.R.A.H.

ccccliv *La Época*, 24 de julio de 1865.

ccclv Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, Palacio *A Junqueira*, 26 de febrero de 1866. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3455, legajo 283, expediente 1. A.H.N.

ccclvi ROA Y EROSTABE, *op. cit.,* p. 147.

ccclvii Carta de la princesa de Beira a su hijo el infante Sebastián, 11 de septiembre de 1867. *Cartas de Sebastián Gabriel a su madre*. Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

ccclviii *El Pabellón nacional*, 4 de octubre de 1868.

ccclix Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, Villa Labordette (Pau), 28 de noviembre de 1868. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3458, legajo 294, expediente 1. A.H.N.

ccclx Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 27 de marzo de 1869. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3460, legajo 302, expediente 1. A.H.N.

ccclxi Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, Villa Labordette, 20 de septiembre de 1869. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3460, legajo 302, expediente 1. A.H.N.

ccclxii Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, Villa Labordette, 18 de diciembre de 1869. AHN, DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3460, legajo 302, expediente 1. A.H.N.

ccclxiii Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 16 de marzo de 1870. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3461, legajo 308, expediente 1. A.H.N.

ccclxiv Carta del infante Sebastián a la reina madre, 29 de mayo de 1870. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3461, legajo 307, expediente 1. A.H.N.

ccclxv Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 29 de junio de 1871. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3472, legajo 349, expediente 1. A.H.N.

ccclxvi Carta del infante Sebastián Gabriel a la reina María Cristina, 25 de agosto de 1871. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3472, legajo 349, expediente 1. A.H.N.

ccclxvii Carta del infante Sebastián a la reina madre, 29 de mayo de 1870. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3461, legajo 307, expediente 1. A.H.N.

ccclxviii Carta del infante Sebastián Gabriel a su sobrino el príncipe Alfonso, Pau, 24 de noviembre de 1872. Cajón 20, Alfonso XII. A.G.P.

ccclxix Carta de la princesa de Beira a su hijo el infante Sebastián, 17 de septiembre de 1871. *Cartas de Sebastián Gabriel a su madre*. Caja 28. Archivo Histórico del Santuario de Loyola.

ccclxx Carta del infante Sebastián Gabriel a su sobrino el rey Alfonso XII, Pau, 26 de enero de 1875. Cajón 20, reinado Alfonso XII. A.G.P.

ccclxxi Telegrama de la infanta María Cristina a su sobrino el rey Alfonso XII, fechado en Pau el 9 de febrero de 1875. Cajón 20, reinado Alfonso XII. A.G.P.

ccclxxii Telegrama de Cristina al rey Alfonso fechado el 10 de febrero de 1875. Alfonso XII, cajón 20. A.G.P.

ccclxxiii Carta de la infanta María Cristina a su hermana la infanta Isabel Fernandina, sin fecha. *Cartas de Dña. Cristina de Borbón a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/36. B.N.E.

ccclxxiv Carta de la reina María Cristina a su sobrina la infanta María Cristina, París, 16 de febrero de 1875. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3467, legajo 332, expediente 1. A.H.N.

ccclxxv Carta de la infanta María Cristina a su tía la reina María Cristina, fin fecha DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3467, leg.332, exp.1. A.H.N.

ccclxxvi Reinado Alfonso XIII. Caja 12.907. A.G.P.

ccclxxvii Carta de la infanta María Cristina a su sobrino el rey Alfonso XII. AGP.

ccclxxviii *La Época*, 28 de febrero de 1885.

ccclxxix Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 25 de marzo de 1885. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

ccclxxx *La Época*, 25 de mayo de 1885.

ccclxxxi *La Época*, 7 de enero de 1886.

ccclxxxii *La Correspondencia de España*, 23 de octubre de 1886.

ccclxxxiii *La Correspondencia de España*, 2 de enero de 1889.

ccclxxxiv MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Nobleza obliga: una historia íntima de la aristocracia española*. p. 463.

ccclxxxv *Paris-presse, L'Intransigeant*, 2 de abril de 1957.

ccclxxxvi Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Cristina, febrero de 1888. Archivo privado.

ccclxxxvii 22 de abril de 1888. Alfonso XIII, caja 25.017, expediente 10. A.G.P.

ccclxxxviii Caja 12.907. Alfonso XIII. A.G.P.

ccclxxxix *La Monarquía*, 7 de febrero de 1890.

cccxc *El Imparcial*, 19 de enero de 1892.

cccxci *El Imparcial*, 22 de enero de 1892.

cccxcii *La Época*, 26 de diciembre de 1892.

cccxciii *El Heraldo de Madrid*, 3 de mayo de 1901.

cccxciv MATEOS SAINZ DE MEDRANO, Ricardo. *Los infantes desconocidos de España. Casa de Borbón*, p. 149-150.

cccxcv *Catalogue de la collection de tableaux de feu Son Altesse Royal l'Infante Marie Christine de Bourbon*, Madrid, 1902.

El Siglo Futuro, 23 de mayo de 1903.

Capítulo VII: Amalia, la princesa

cccxcvii Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 6 de junio de 1840. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3364, legajo 36, expediente 3. A.H.N.

cccxcviii *La Esperanza*, 10 de julio de 1845.

cccxcix *El Clamor Público*. 13 de febrero de 1848.

cd *El Observador*, 16 de abril de 1850.

cdi *El Observador*, 21 de febrero de 1853.

cdii Borrador de carta de Luis López de la Torre Ayllón al conde de Alcoy, Viena, 31 de enero de 1853. II/4557.-Documento 893. Real Biblioteca

cdiii Borrador de carta de Luis Lopez de la Torre de Ayllón a Antonio Riquelme, Viena, 17 de febrero de 1853II/4557.-Documento 898. Real Biblioteca

cdiv Borrador de carta de Luis de la Torre Ayllón a Antonio Riquelme, Viena, 26 de diciembre de 1852. II/4557.-Documento 869. Real Bilioteca

cdv Carta del marqués de Miraflores a Luis López de la Torre Ayllón, La Granja, 6 de agosto de 1852. II/4557.-Documento 822. Real Biblioteca

cdvi Borrador de carta de Luís López de la Torre Ayllón al rey Francisco de Asís, Viena, 28 de junio de 1854. II/4557.-Doc. 809. Real Biblioteca

cdvii *La Iberia*, 20 de julio de 1855.

cdviii *La Época*, 26 de julio de 1855.

cdix Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 16 junio 1856. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3433, legajo 206, expediente 1. A.H.N.

cdx Carta de la infanta Amalia Felipe a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 12 de julio de 1856. *Cartas de Amalia de Borbón a su hermana la infanta Isabel fernandina de Borbón*. MSS/12978/42. B.N.E.

cdxi Carta de la princesa Amalia de Sajonia a la infanta Isabel Fernandina fechada en Dresde el 28 de julio de 1856 DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de

Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cdxii *La Época*, 11 de agosto de 1856.

cdxiii *La Época*, 27 de agosto de 1856.

cdxiv BOWER, Leonard y BOLITHO, Gordon, *Otho I: King of Greece,* p. 208.

cdxv *La Época*, 25 de septiembre de 1856.

cdxvi Carta de José Güell al duque de Riánsares, 26 de enero de 1859. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3555, legajo 19, expediente 37. A.H.N.

cdxvii Carta de la infanta Amalia Felipe a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 17 de enero de 1859. *Cartas de Amalia de Borbón a su hermana la infanta Isabel fernandina de Borbón*. MSS/12978/42. B.N.E.

cdxviii CORTI, conde Egon, *Ludwig I of Bavaria*, pp. 411-412.

cdxix *Gil Blas,* 5 de noviembre de 1868.

cdxx *La Igualdad,* 7 de octubre de 1870.

cdxxi Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina, 3 de octubre de 1875. *abr.1875-mayo 1886, del rey D. Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/55. B.N.E.

cdxxii *El Siglo Futuro,* ٢٨ de septiembre de ١٨٧٥.

cdxxiii BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *Through Four Revolutions 1862-1933*, p.88.

cdxxiv *La Época*, 26 de febrero de 1883.

cdxxv BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* p. 104.

cdxxvi BALLESTER Y ROCAMORA, Miquel, *Recordando a María de la Paz, la infanta pacifista,* pp. 53-54.

cdxxvii BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* 14-115.

cdxxviii BALLESTER Y ROCAMORA, Miquel, *op. cit.*, pp. 95-98.

cdxxix FONTENOY, marquesa de, *op. cit.,* p. 408.

cdxxx BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* p. 129.

cdxxxi CHAPMAN-HUSTON, Desmond. *Bavarian Fantasy: The Story of Ludwig II*. p. 268.

cdxxxii *Ibid*. p. 268.

cdxxxiii BALLESTER Y ROCAMORA, Miquel, *op. cit.,* pp. 99-100.

cdxxxiv *Ibid*. p. 102.

cdxxxv *Ibid*. p. 104.

cdxxxvi BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* pp. 165-166.

cdxxxvii *El Día*, 6 de enero de 1889, p. 3.

cdxxxviii BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* p. 200.

cdxxxix *El Heraldo de Madrid*, 9 de mayo de 1891.

cdxl BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* pp. 210-211.

cdxli FONTENOY, marquesa de, *op. cit.,* p. 408

cdxlii Carta de la infanta Paz a la reina Isabel, fechada el 28 de noviembre de 1891. II/4557, doc. 188. Real Biblioteca de Palacio.

cdxliii BAVIERA, príncipe Adalberto de (editor), *op. cit.,* p. 213.

cdxliv La infanta Paz a la infanta Eulalia, Múnich, 7 de noviembre de 1899. Alfonso XIII, caja 13353, expediente 1. A.G.P.

cdxlv La infanta Paz a la infanta Eulalia, Múnich, 15 de julio de 1898. Alfonso XIII, caja 13.353, expediente 1. A.G.P.

cdxlvi La infanta Paz a la infanta Eulalia, Múnich, 11 de octubre de 1897. Alfonso XIII, caja 13.353, expediente 1. A.G.P.

cdxlvii Carta de la infanta Paz a la infanta Eulalia, Múnich, 15 de marzo de 1900. Alfonso XIII, caja 13.353. A.G.P.

cdxlviii Carta de la infanta Paz a la infanta Eulalia fechada en Múnich el 23 de abril de 1900. Alfonso XIII, caja 13.353. A.G.P.

cdxlix Carta de la infanta Paz a la infanta Eulalia fechada en Múnich el 13 de julio de 1899. Alfonso XIII, caja 13.353. A.G.P.

cdl Carta de la infanta Paz a la infanta Eulalia fechada en Múnich el 6 de marzo de 1901. Alfonso XIII, caja 13.353. A.G.P.

cdli *Indiana Tribune*, 21 de enero de 1903.

Carta de la infanta Paz a la infanta Eulalia fechada en Múnich el 21 de agosto de 1903. Alfonso XIII, caja 13.353. A.G.P.

Epílogo: Ricardito, el duque malogrado

cdliii Información extraída de la partida de bautismo de Teresa, Libro de Bautismos de la parroquia de San Antolín, Archivo Diocesano de Cartagena.

cdliv *El Heraldo*, 25 de abril de 1844.

cdlv Información extraída de *Crónica de la ópera italiana en Madrid desde 1738 hasta nuestros días*.

cdlvi Carta del marqués de Rumigny a la reina Luisa de los Belgas, 3 de marzo de 1845. D'Ursel, Hippolyte, *op. cit.*.

cdlvii *La España*, 12 de julio de 1848.

cdlviii Carta del infante Enrique María a su hermana la infanta Isabel Fernandina, desde Toulouse, sin fecha. *Cartas del infante D. Enrique, duque de Sevilla, a su hermana la infanta Isabel Fernandina de Borbón*. MSS/12978/34. B.N.E.

cdlix *La Nación*, 22 de marzo de 1853.

cdlx Carta del infante Francisco de Paula a su cuñada la reina María Cristina, 17 de enero de 1858. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

cdlxi Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, 14 de septiembre de 1858. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3439, legajo 224, expediente 1. A.H.N.

cdlxii Fondo Cortina, *Testamentaría de Francisco de Paula Antonio de Borbón*, Legajo 86, signatura, 2025, Patrimonio documental del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid.

cdlxiii Carta de Teresa Arredondo a su hermano Federico, fechada el 30 de noviembre de 1862. Archivo personal de Juan Antonio Medina Arredondo.

cdlxiv Carta de Teresa Arredondo a su hermano Federico, fechada el 4 de junio de 1863. Archivo personal de Juan Antonio Medina Arredondo.

cdlxv *El Clamor Público*, 31 de diciembre de 1863.

cdlxvi Carta de la reina María Cristina a su cuñado el infante Francisco de Paula, 30 de diciembre de 1863. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3449, legajo 257, expediente 1. A.H.N.

cdlxvii Carta de José Güell al duque de Riánsares, ١٣ de enero de 1864. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3562, legajo 26, expediente 45. A.H.N.

cdlxviii Ossorio y Bernard, Manuel, *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, p. 75. Francisco Bellver también fue quien esculpió toda la ornamentación del sepulcro de la infanta Luisa Carlota en El Escorial.

cdlxix *La Época*, 23 de marzo de 1864.

cdlxx *Diario oficial de avisos de Madrid*. 18 de septiembre de 1864.

cdlxxi *La Correspondencia de España*. 13 de noviembre de 1864.

cdlxxii *La Iberia*. ٨ de enero de ١٨٦٥.

cdlxxiii Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en París el 11 de agosto de 1871. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N

cdlxxiv *Diario de Córdoba de comercio, industria, administración, noticias y avisos*, 8 de marzo de 1872.

cdlxxv Carta del rey Francisco de Asís a su hermana la infanta Isabel Fernandina fechada en París en noviembre de 1872. DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS, 3784. Archivo de Isabel Fernanda de Borbón y Borbón-Dos Sicilias. A.H.N.

cdlxxvi *La Época*, 2 de febrero de 1873.

cdlxxvii *Le Constitutionnel: Journal du commerce, politique et littéraire*, 1 de febrero de 1873.

cdlxxviii Boletín de la Real Academia de la Historia (1877), p. 188.

cdlxxix Carta de la infanta Amalia a su hermano el rey Francisco de Asís, 1 de febrero de 1873. Archivo privado.

cdlxxx *Gaceta de Madrid*, 7 de diciembre de 1881.

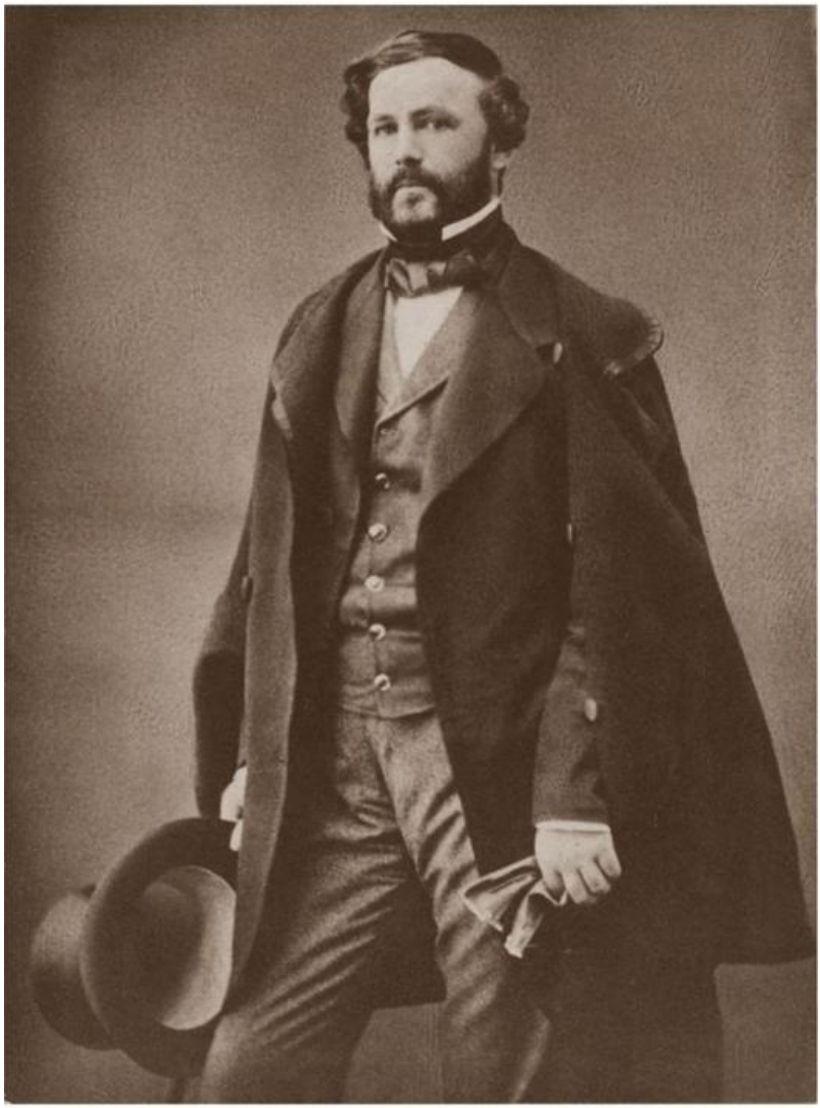
cdlxxxi *ABC*, 21 de agosto de 1987.

cdlxxxii *ABC*, 12 de abril de 1973.

Miniaturas representando a los infantes Francisco de Paula y Luisa Carlota y a sus hijos mayores. Abajo, de izquierda a derecha: Paquito (futuro rey consorte), Isabelita, Luisita, Enriquito y Pepita. (Cortesía del Marqués de Marañón).

ANEXO

El infante Fernando, fallecido a causa de los tumultos acontecidos en Madrid a consecuencia de la Revolución de 1854.



El guapo conde polaco Ignacy Gurowski, que supo inflamar la pasión de la infanta Isabel Fernandina. (Cortesía del Marqués de Marañón).

La Infanta doña Isabel Fernandina en su madurez. Romántica y poseedora de un espíritu libre y generoso, terminó sus días en la mayor precariedad en París en 1897.

María Luisa Gurowski y Borbón, condesa Gurowska y esposa del valenciano Vicente Bertrán de Lis. De ella descienden grandes títulos de la nobleza española.

María Isabel Gurowski y Borbón, condesa Gurowska, que tras su separación oficiosa del norteamericano Charles Allen contrajo un segundo matrimonio bígamo con un abogado de Málaga.

La infanta doña Luisa Teresa, gran amiga del fasto y de la opulencia, casó con uno de los nobles más ricos de España siendo una de las causantes de la ruina de su casa.

José María Osorio de Moscoso y Carvajal, duque de Sessa, conde de Altamira y Marqués de Astorga, esposo de la infanta Luisa Teresa que terminó incapacitándole.

La infanta doña Luisa Teresa con sus dos hijos varones: Francisco de Asís (izquierda) duque de Sessa y jefe de la casa de Astorga-Altamira; y Luis (derecha) conde de Cabra y pintor de talento. (Cortesía del dique de Maqueda).

La infanta doña Luisa Teresa en su ancianidad retratada por su hijo el conde de Cabra. (Cortesía del dique de Maqueda).

La infanta doña Pepita pintada por Antonio María Esquivel, gran amigo de su futuro esposo, portando aderezo de zafiros y diamantes y la banda de la Orden de María Luisa para damas creada por su abuela la reina María Luisa de Parma.

El poeta, escritor y periodista cubano José Güell Renté. Un gran liberal que cortejó a la infanta Pepita luchando contra viento y marea para sacar adelante aquel matrimonio.

La infanta doña Pepita, una gran hipocondríaca que supo inspirar la causa liberal en la Revolución de 1854 y falleció en París en 1910 en el mayor olvido.

Raimundo Güell y Borbón, marqués de Valcarlos. Una figura familiar conflictiva que se vio implicada en el polémico *affaire Dreyfus* en Francia.

La infanta doña Cristina, conocida como “la infanta boba”, que consiguió burlar el destino de una soltería impenitente gracias a su matrimonio tardío con su tío y primo el infante don Sebastián.

El infante don Sebastián de Borbón y Braganza, el hombre más culto de la familia real española en el siglo XIX.

Francisco de Borbón y Borbón, duque de Marchena, en una provocativa pose para esta fotografía que remitió a uno de sus amantes masculinos. (Archivo General de Palacio).

Luis Jesús de Borbón y Borbón, duque de Ánsola, que murió joven en la ciudad africana de Argel.

La infanta doña Amalia, que llevó las lises de los Borbones de España a la corte de Baviera en Múnich.

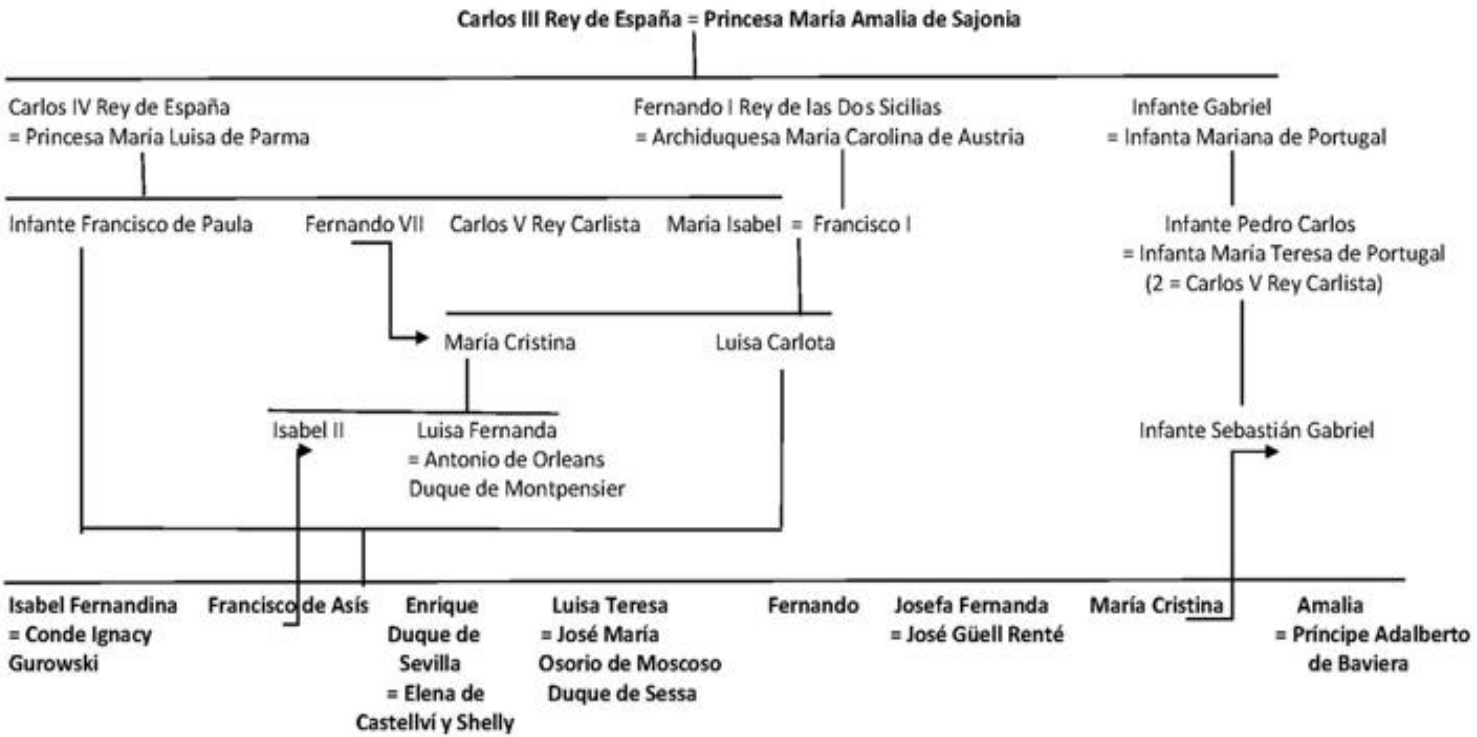
El príncipe Adalberto de Baviera, esposo de doña Amalia, y durante años tenido por heredero de la corona real de Grecia.

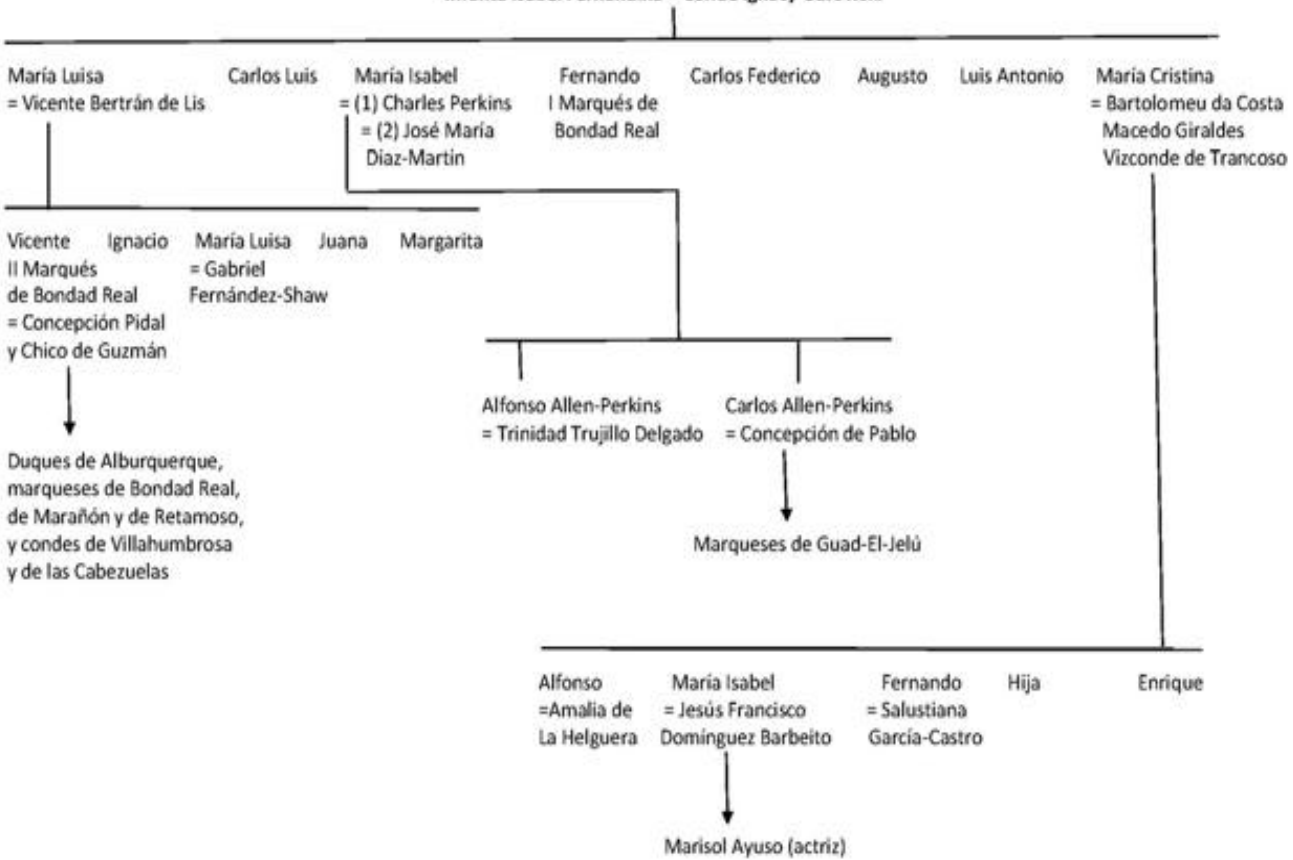
La infanta doña Amalia fotografiada en la ancianidad, cuando estaba sujeta a ciertos trastornos de naturaleza psicológica.

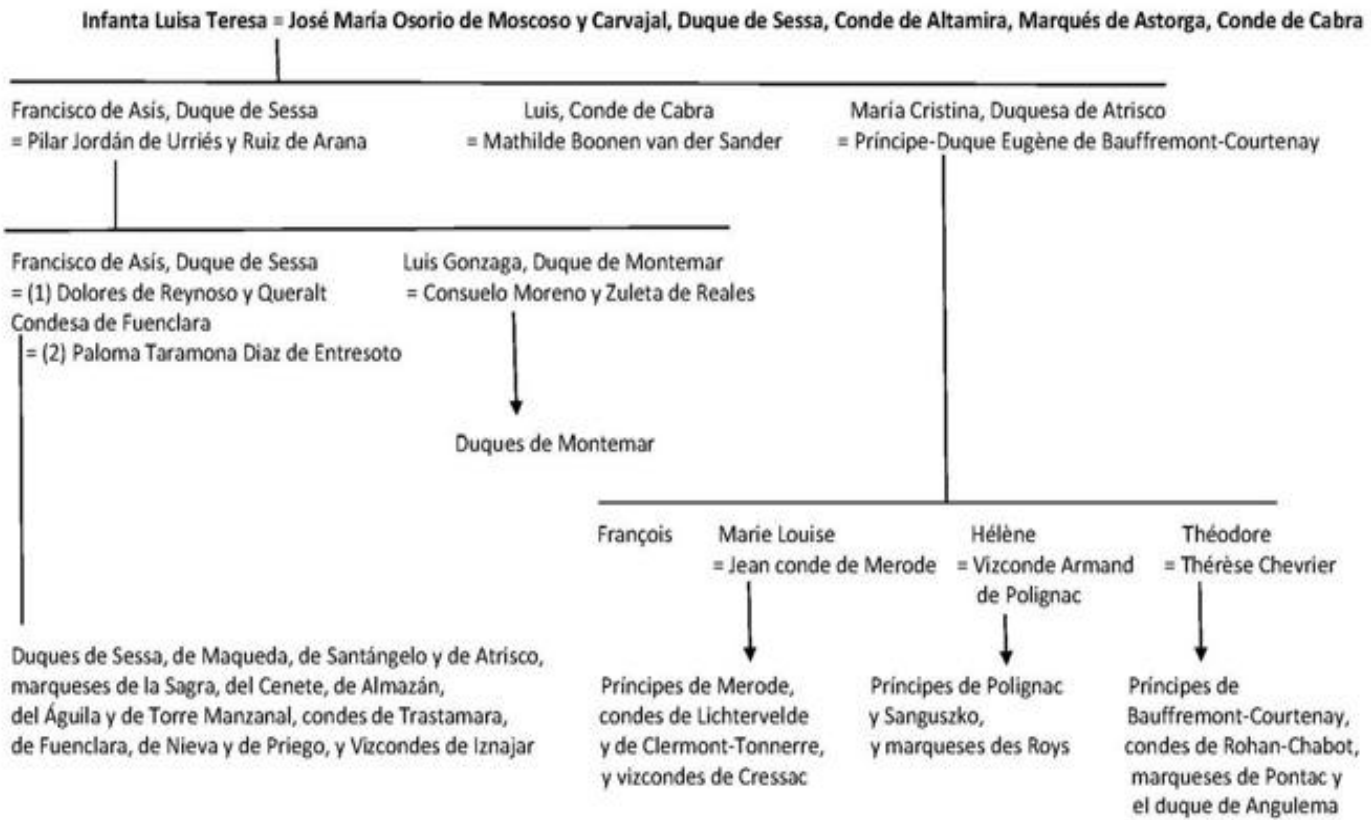
La infanta doña Amalia y su familia retratadas en el palacio de Nymphenburg, en Múnich, hacia 1898. Sentadas, de izquierda a derecha: infanta doña Amalia, princesa Isabella de Baviera (duquesa de Génova) y princesa Clara de Baviera. De pie: infanta doña Paz, príncipe Fernando de Baviera, infanta doña Eulalia, príncipe Fernando de Saboya, príncipe Alfonso de Baviera, príncipe Luis Fernando de Baviera, princesa Elvira de Baviera, príncipe Tomás de Saboya (duque de Génova) y príncipe Adalberto de Baviera.

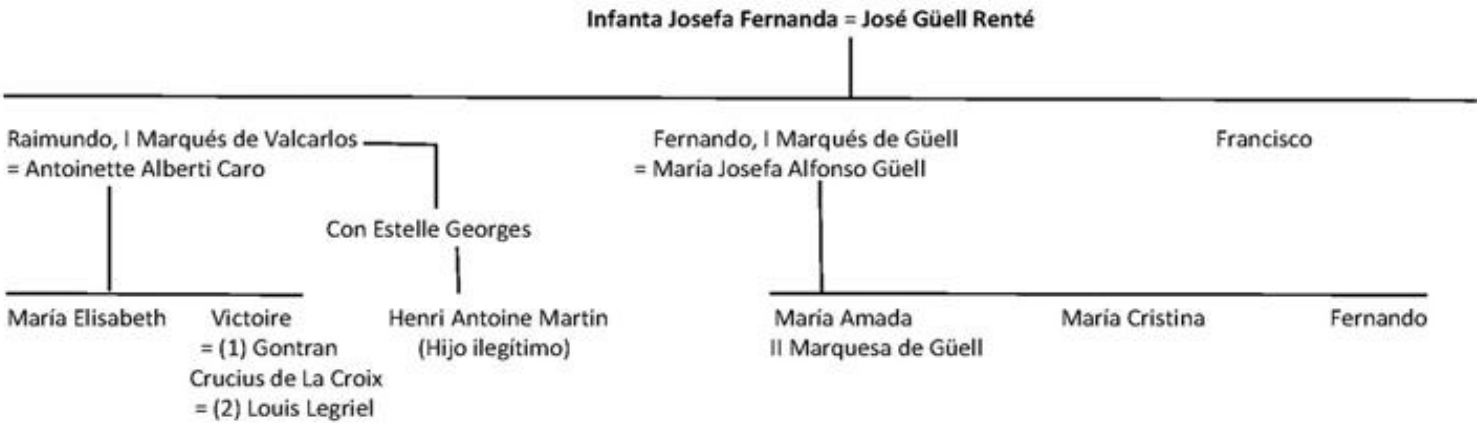
Las princesas Isabella y Elvira de Baviera, casadas con el príncipe Tomás de Saboya, duque de Génova, y el conde Rudolf von Wrbna-Kaunitz-Rietberg-Questenberg und Freudenthal.

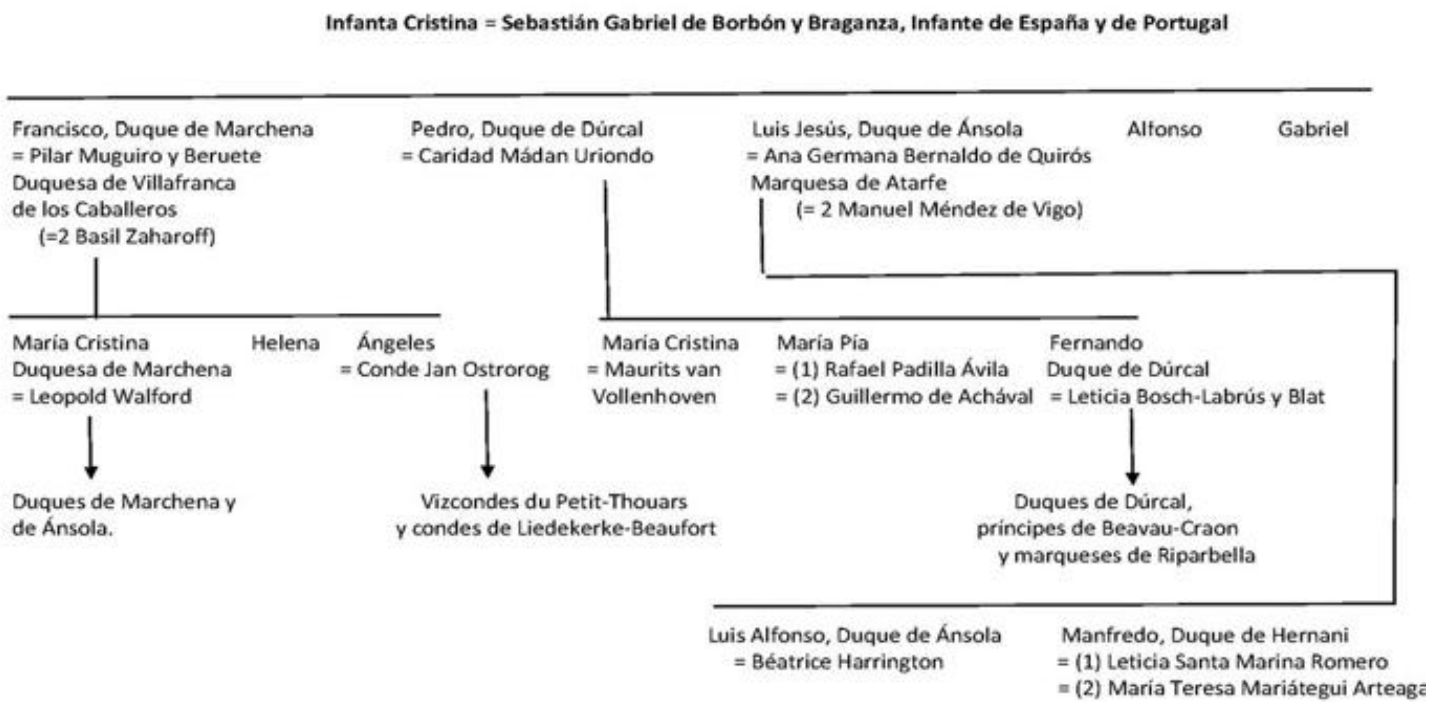
El infante don Francisco de Paula con su segunda esposa, la cantante lírica Teresa Arredondo, y su hijo Ricardo, duque de San Ricardo.

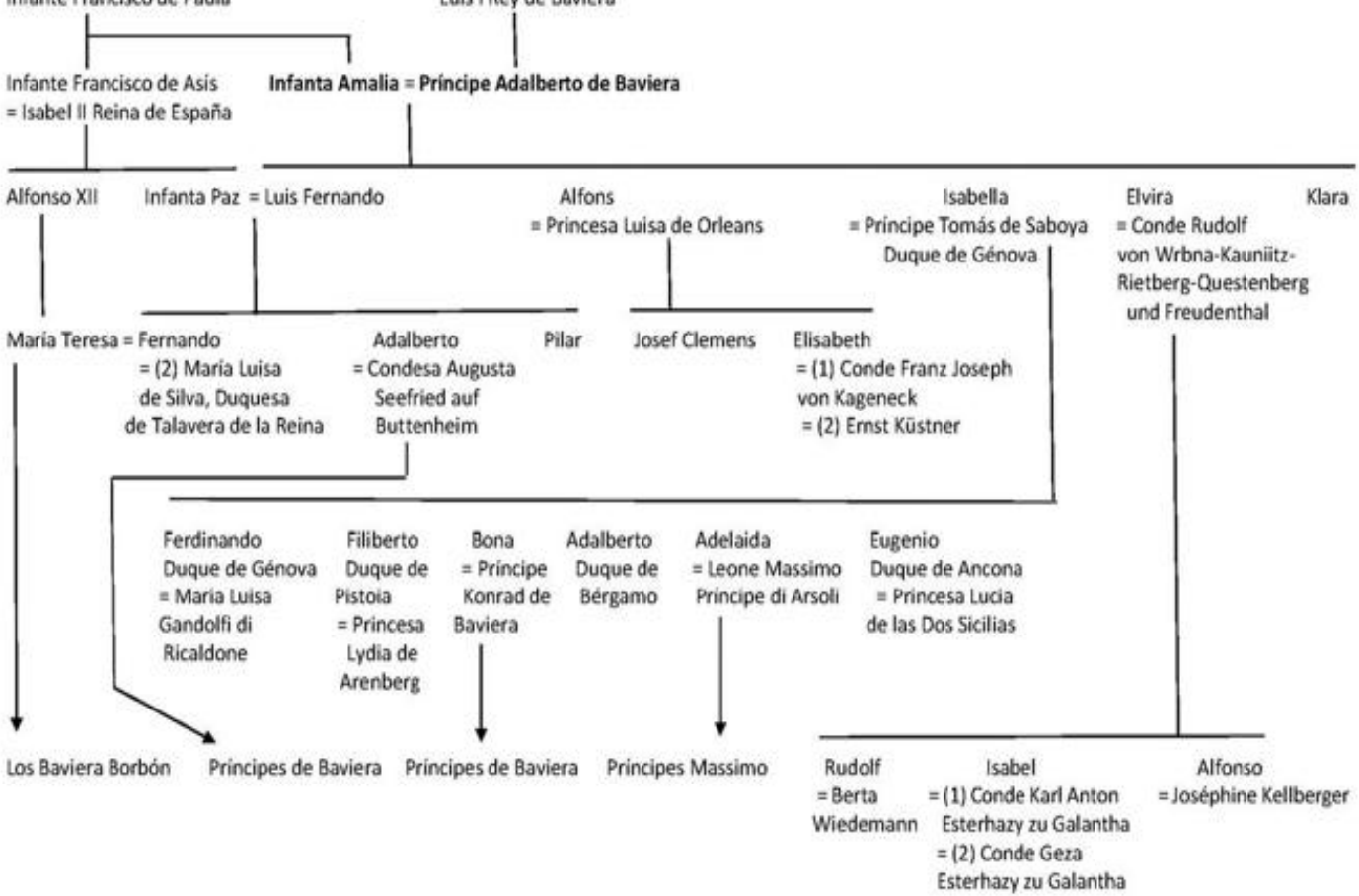

Carlos III Rey de España = Princesa María Amalia de Sajonia
Carlos IV Rey de España
= Princesa María Luisa de Parma
Fernando I Rey de las Dos Sicilias
= Archiduquesa María Carolina de Austria
Infante Gabriel
= Infanta Mariana de Portugal
Infante Francisco de Paula
Fernando VII
Carlos V Rey Carlista
María Isabel = Francisco I
Infante Pedro Carlos
= Infanta María Teresa de Portugal
(2 = Carlos V Rey Carlista)
María Cristina
Luisa Carlota
Isabel II
Luisa Fernanda
= Antonio de Orleans
Duque de Montpensier
Infante Sebastián Gabriel
Isabel Fernandina
= Conde Ignacy
Gurowski
Francisco de Asís
Enrique
Duque de
Sevilla
= Elena de
Castellví y Shelly
Luisa Teresa
= José María
Osorio de Moscoso
Duque de Sessa
Fernando
Josefa Fernanda
= José Güell Renté
María Cristina
Amalia
= Príncipe Adalberto
de Baviera


Infanta Isabel Fernandina = Conde Ignacy Gurowski
María Luisa = Vicente Bertrán de Lis
Carlos Luis
María Isabel = (1) Charles Perkins = (2) José María Diaz-Martin
Fernando I Marqués de Bondad Real
Carlos Federico
Augusto
Luis Antonio
María Cristina = Bartolomeu da Costa Macedo Giraldes Vizconde de Trancoso
Vicente II Marqués de Bondad Real = Concepción Pidal y Chico de Guzmán
Ignacio
María Luisa = Gabriel Fernández-Shaw
Juana
Margarita
Duques de Alburquerque, marqueses de Bondad Real, de Marañón y de Retamoso, y condes de Villahumbrosa y de las Cabezuelas
Alfonso Allen-Perkins = Trinidad Trujillo Delgado
Carlos Allen-Perkins = Concepción de Pablo
Marqueses de Guad-El-Jelú
Alfonso =Amalia de La Helguera
María Isabel = Jesús Francisco Domínguez Barbeito
Fernando = Salustiana García-Castro
Hija
Enrique
Marisol Ayuso (actriz)


Infanta Luisa Teresa = José María Osorio de Moscoso y Carvajal, Duque de Sessa, Conde de Altamira, Marqués de Astorga, Conde de Cabra
Francisco de Asís, Duque de Sessa
= Pilar Jordán de Urriés y Ruiz de Arana
Luis, Conde de Cabra
= Mathilde Boonen van der Sander
María Cristina, Duquesa de Atrisco
= Príncipe-Duque Eugène de Bauffremont-Courtenay
Francisco de Asís, Duque de Sessa
= (1) Dolores de Reynoso y Queralt
Condesa de Fuenclara
= (2) Paloma Taramona Diaz de Entresoto
Luis Gonzaga, Duque de Montemar
= Consuelo Moreno y Zuleta de Reales
Duques de Montemar
Duques de Sessa, de Maqueda, de Santángelo y de Atrisco,
marqueses de la Sagra, del Cenete, de Almazán,
del Águila y de Torre Manzanal, condes de Trastamara,
de Fuenclara, de Nieva y de Priego, y Vizcondes de Iznajar
François
Marie Louise
= Jean conde de Merode
Hélène
= Vizconde Armand
de Polignac
Théodore
= Thérèse Chevrier
Príncipes de Merode,
condes de Lichtervelde
y de Clermont-Tonnerre,
y vizcondes de Cressac
Príncipes de Polignac
y Sanguszko,
y marqueses des Roys
Príncipes de
Bauffremont-Courtenay,
condes de Rohan-Chabot,
marqueses de Pontac y
el duque de Angulema


Infanta Josefa Fernanda = José Güell Renté
Raimundo, I Marqués de Valcarlos
= Antoinette Alberti Caro
Con Estelle Georges
Fernando, I Marqués de Güell
= María Josefa Alfonso Güell
Francisco
María Elisabeth
Victoire
= (1) Gontran
Crucius de La Croix
= (2) Louis Legriel
Henri Antoine Martin
(Hijo ilegítimo)
María Amada
II Marquesa de Güell
María Cristina
Fernando


Infanta Cristina = Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, Infante de España y de Portugal
Francisco, Duque de Marchena
= Pilar Muguiro y Beruete
Duquesa de Villafranca
de los Caballeros
(=2 Basil Zaharoff)
Pedro, Duque de Dúrcal
= Caridad Mádan Uriondo
Luis Jesús, Duque de Ánsola
= Ana Germana Bernaldo de Quirós
Marquesa de Atarfe
(= 2 Manuel Méndez de Vigo)
Alfonso
Gabriel
María Cristina
Duquesa de Marchena
= Leopold Walford
Helena
Ángeles
= Conde Jan Ostrorog
María Cristina
= Maurits van
Vollenhoven
María Pía
= (1) Rafael Padilla Ávila
= (2) Guillermo de Achával
Fernando
Duque de Dúrcal
= Leticia Bosch-Labrús y Blat
Duques de Marchena y
de Ánsola.
Vizcondes du Petit-Thouars
y condes de Liedekerke-Beaufort
Duques de Dúrcal,
príncipes de Beavau-Craon
y marqueses de Riparbella
Luis Alfonso, Duque de Ánsola
= Béatrice Harrington
Manfredo, Duque de Hernani
= (1) Leticia Santa Marina Romero
= (2) María Teresa Mariátegui Arteaga


Infante Francisco de Asís
= Isabel II Reina de España
Infanta Amalia = Príncipe Adalberto de Baviera
Alfonso XII
Infanta Paz = Luis Fernando
Alfons
= Princesa Luisa de Orleans
Isabella
= Príncipe Tomás de Saboya
Duque de Génova
Elvira
= Conde Rudolf
von Wrbna-Kauniitz-
Rietberg-Questenberg
und Freudenthal
Klara
María Teresa = Fernando
= (2) María Luisa
de Silva, Duquesa
de Talavera de la Reina
Adalberto
= Condesa Augusta
Seefried auf
Buttenheim
Pilar
Josef Clemens
Elisabeth
= (1) Conde Franz Joseph
von Kageneck
= (2) Ernst Küstner
Ferdinando
Duque de Génova
= Maria Luisa
Gandolfi di
Ricaldone
Filiberto
Duque de
Pistoia
= Princesa
Lydia de
Arenberg
Bona
= Príncipe
Konrad de
Baviera
Adalberto
Duque de
Bérgamo
Adelaida
= Leone Massimo
Príncipe di Arsoli
Eugenio
Duque de Ancona
= Princesa Lucia
de las Dos Sicilias
Los Baviera Borbón
Príncipes de Baviera
Príncipes de Baviera
Príncipes Massimo
Rudolf
= Berta
Wiedemann
Isabel
= (1) Conde Karl Anton
Esterhazy zu Galantha
= (2) Conde Geza
Esterhazy zu Galantha
Alfonso
= Joséphine Kellberger